

Martín Alvera
(Alfredo Varela)

La vida romántica y aventurera de Parravicini

El hombre que hizo reír
a tres generaciones

Textos preliminares a cargo de Guillermo Korn, Javier Trímboli,
Federico Boido, Nicolás Reydó y Tomás Schuliaquer

COLECCIÓN LOS RAROS
Biblioteca Nacional



COLECCIÓN LOS RAROS

Biblioteca Nacional

La colección Los Raros se propone interrogar los libros clásicos argentinos que han corrido la suerte de la lenta omisión que trae el tiempo y el olvido de los hombres. Ser clásico es lo contrario que ser raro, es su espejo invertido, su destino dado vuelta. Toda política editorial en el espacio público busca volver lo raro a lo clásico y hacer que lo raro no se pierda ni se abandone en la memoria atenta del presente.

La vida romántica y aventurera de Parravicini

El hombre que hizo reír a tres generaciones

Martín Alvera
(seudónimo de Alfredo Varela)

Introducción de Javier Trímboli
y Guillermo Korn

Estudio preliminar de Federico Boido,
Nicolás Reydó y Tomás Schuliaquer



COLECCIÓN LOS RAROS N° 54

COLECCIÓN LOS RAROS

Varela, Alfredo

La vida romántica y aventurera de Parravicini : el hombre que hizo reír a tres generaciones / Alfredo Varela ; compilación de Federico Boido ; Nicolás Reydó ; Tomás Schuliaquer ; prólogo de Guillermo Korn ; Javier Trímboli. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2023.

572 p. ; 21 x 13 cm. - (Los Raros / 54)

ISBN 978-987-728-166-8

1. Biografías. 2. Teatro. 3. Crónica Periodística. I. Boido, Federico, comp. II. Reydó, Nicolás, comp. III. Schuliaquer, Tomás, comp. IV. Korn, Guillermo, prolog. V. Trímboli, Javier, prolog. VI. Título.

CDD 792.028092

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Dirección: Juan Sasturain

Subdirección: Elsa Rapetti

Coordinación de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción y diseño editorial: Ediciones BN

Dirección de investigaciones: Evelyn Galiazo y Andrés Tronquoy

Compilación: Federico Boido, Nicolás Reydó y Tomás Schuliaquer

© 2023, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 - C1425EID

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.bn.gob.ar

ISBN 978-987-728-166-8

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

Parra por Varela: pliegues y tensiones

por Javier Trímboli y Guillermo Korn.....9

Estudio preliminar

por Federico Boido, Nicolás Reydó y Tomás Schuliaquer 23

LA VIDA ROMÁNTICA Y AVENTURERA DE PARRAVICINI

El hombre que hizo reír a tres generaciones

El hombre que hizo reír a tres generaciones	35
“Este muchacho es un caso perdido...”	57
El niño Florencio salva una vida	69
Parra, sargento revolucionario	81
Yrigoyen salva a Pellegrini	93
De los cinco, uno no volvió	105
A tientas, al borde de un precipicio	117
“A fuerza de palizas, me torcieron...”	129
“¿Qué vamos a hacer con Florencio?”	141
“Ese marinero que hacía reír...”	151
“Y bueno: ¡me caso con la india!”	163
Contrabandista en la Patagonia	173
Un cañonazo que da en el blanco	183
“¡Vas a ir a un lugar tranquilo!”	193
“Ese marinero de patas largas que me salvó del degüello...”	203
Parra quiere estudiar en Europa	213
Descubierto y repatriado	223
De comerciante a capitán de Guardias Nacionales	231
Un millón de pesos se hace humo en París	241
El tirador Parravicini hiere a su <i>partenaire</i>	253
Apagando fósforos a balazos	265

¡Sirve para matar reyes!	275
El nieto del conde se desmaya de hambre	285
“Y te doy una comisión del quince por ciento...”	295
Un tiro entre dos narices	303
Un resfrío convierte a Parra en actor	313
Éxito escandaloso en el género libre	323
Seis hombres de teatro encuentran un primer actor	335
“Esta noche no queda una butaca sana en el Apolo”	345
La consagración del actor	355
Ese año trágico de 1908	365
Parra, víctima de las llamas	375
Una época de vacas gordas	385
Parra, árbitro de duelos	395
Sangre en el teatro	403
Los locos del aire	413
Volando en una “cafetera”	421
“Las viejas y heroicas alas”	431
¡Parra ha desaparecido!	441
“Me doy a pedazos para que mi público se ría”	451
Parra prohibido por prescripción médica	459
“Lo precisamos urgentemente en Madrid”	469
“Este tío no me hace reír ni con cosquillas”	477
Todo Madrid habla de Parra	485
Parra en su casa de juguete	493
¿Es un Garrick o un bufón vulgar?	501
Parra escribe un drama	509
<i>Melgarejo</i> le regala una fortuna	517
El niño mimado de su ciudad	525
Si el espejo de su camarín hablara	535
El veterano de 60 años quiere renovarse	545
Se le había terminado el tabaco	555

Parra por Varela: pliegues y tensiones

por Javier Trímboli y Guillermo Korn

Él representa al “corruptor” de las familias populares que en realidad se están riendo de sí mismas. Sobre todo de las “santas esposas” de clase media en ascenso: Parravicini les insinúa que si ellas quieren ser putas, no se animan a serlo; y que a lo sumo se ríen cuando él, en el escenario, acepta apagar la luz del supuesto dormitorio, de acuerdo a la orden de la actriz que sugiere “dejala encendida” en voz muy baja.

David Viñas, “El teatro popular: Vaccarezza y Parravicini. Morcillas, lapsus y traición”.

Creemos no exagerar ni un poco al afirmar que las cincuenta y dos notas que publica Alfredo Varela a lo largo de seis meses sobre episodios de la vida de Florencio Parravicini nos colocan ante lo inesperado, incluso ante lo insólito. En primer lugar, porque no puede sino sorprender que un escritor militante, convicto y confeso, del Partido Comunista, se dedique sostenidamente a recorrer y avivar la memoria de quien fue un genial actor cómico, experto en la improvisación y en lanzar “chistes de tono subido”, de “gracia directa y efectiva”, pero que, al mismo tiempo, de cabo a rabo fue un retoño de la aristocracia porteña, un dilapidador de fortunas —un “manirroto incontrolable”—, “un frívolo impenitente” tal como queda escrito en la última de estas notas. Además, solo dos años antes, en 1943, Varela había llamado la atención por una novela que, aunque afiliada al realismo social, no se privaba de incursionar en búsquedas expresivas de vanguardia. Es decir: se vuelve improbable imaginar que de la misma pluma, o de la misma máquina

de escribir, que salió *El río oscuro*, a ese libro aludíamos, y poco antes las notas tituladas “¡También en la Argentina hay esclavos blancos!”, hechas desde Misiones y entre mensúes, con los pies hundidos en yerbales y obrajes, surgiera esto otro que se lee al borde de la risa sino traspasándolo, y que seguramente su autor quiso destinado a un público masivo, por lo pronto distante de la política y sus bemoles así como de dramas sociales mayores. Que las haya firmado con un seudónimo, el de Martín Alvera —su segundo nombre y su apellido en anagrama—, podría a primera vista amortiguar el desvío, quizás también el escándalo; cosa que se encadena con la justificación: principalmente se concentró en esta vida tan ajena a sus preocupaciones, a la suya propia, por la imperiosa necesidad de asegurar el sustento, de ganarse el pan en una coyuntura que es cuesta arriba para un militante orgánico de un partido que se encuentra en la semi-clandestinidad. Después de todo, el periodismo le era familiar, pues junto con la militancia y la literatura, venía siendo uno de los ejes de su existencia, en particular su oficio mejor sabido. Sin embargo, atentos a cómo se plasma la larga serie de notas, al ánimo que las atraviesa, la intensidad que une a Varela con Parravicini no parece ser forzada ni de ocasión, por lo tanto, ni una ni otra cosa alcanza para explicar esta relación.

Por lo demás, Alvera/Varela escribe sobre “el gran mimo” —ya que así, aunque nunca con unanimidad, llegó a ser considerado—, pero también, y mucho, escribe sobre las circunstancias previas, de “gestación” rumbosa e improbable del actor, entreverado en situaciones que merecen un análisis de carácter social, que empujan a que desenfunde una lectura de clase o, al menos, una adjetivación crítica pues están sobradamente maduras para ella. Pero, aunque Varela dispone a sus anchas del instrumental necesario, muy poco o nada de eso ocurre. Veamos: siendo un muchachito, Florencio le mete “un tiro en el pecho al mucamo de su hermano Reinaldo”. No había buscado, claro, que ocurriera de ese modo; sucede que el

buen sirviente es proclive ante él, que lo provoca, a alardear de su valentía, entonces el “malevito de buena familia”, como el mismo “Parra” se llamó, le apunta con un revólver suponiendo que está descargado. Anotamos al margen que siempre tuvo armas cerca este hombre que subió por primera vez a un escenario como eximio tirador, y lo repitió por muchos años. Pero sale una bala y el mucamo se salva porque el proyectil choca contra el reloj que lleva en un bolsillo de la librea. Le ocultan al médico el origen del accidente, nadie avisa a la policía. Concluye Alvera: “Ni su conocida ligereza ni el imperdible buen humor impiden que la fuerte impresión recibida perdure por algún tiempo en Florencio. Poco tiempo le dura para ser veraces”. Para rematar la anécdota con un chiste que el propio actor años después contaba: “Yo creo que se hubiera curado mucho antes, si en lugar de llamar a un médico, llaman a un relojero...”. Otro punto muy significativo al respecto tiene lugar al introducirse en estas páginas nada más y nada menos que el coronel Ramón L. Falcón. Después de una función lo hace trasladar a la Jefatura de Policía por “¿cuándo no?, una cuestión de faldas” que trajo aparejada una sonora pelea. Le da una filípica en la que le recuerda quién había sido su padre —también un coronel, un viejo amigo suyo que fue director de la Penitenciaría Nacional—, lo increpa hasta hacerlo lagrimear y arrepentirse. Al menos eso es lo que cree el coronel Falcón, que está siendo engañado por una actuación más, de modo que finalmente se apiada y modera sus palabras. Parra amaga besarle las manos pero el jefe de la Policía se niega a aceptar tal humillación. Como sea, el cronista no hace ni la más sucinta caracterización de aquel que, con inquina y durante esos mismos años, en paralelo a esta situación, reprimió a las clases populares de Buenos Aires y contra el que atentó con éxito, poco antes del Centenario, el anarquista Simón Radowitzky. No hay condena por aquí, tampoco por allá, siquiera un claroscuro que obligue a tomar distancia del “personaje Parra” o que lo incluya decididamente en la crueldad que era propia de su

clase, a la que no obstante le devuelve mucha de su medicina, a la que traiciona. Solo excepcionalmente Parra se enlista a favor de una causa, porque su participación con un grupo de compañeros de la escuela en la revolución radical de 1893 es una fenomenal aventura pero nunca el fruto de una decisión política; la impresión es que poco le interesa el ideario que defienden quienes se levantaron en armas. El caso aislado ocurre cuando las bailarinas del teatro Varieté piden un aumento salarial y algunas reivindicaciones más. Como no se las conceden, declaran “una huelga de piernas”. La fama de Parra está en franco ascenso pero aún no salió del todo de los “bajos fondos”. Les da la razón, les aconseja que no retrocedan. Apenas dice Alvera que se convierte en “líder del original movimiento”, no le interesa dar un paso más y no vuelve al tema. Si para contenerse se ató las manos Varela/Alvera, si para no emitir juicio se aplicó una disciplina rigurosa que fue la que le dio el tono a esta escritura, lo cierto es que apenas si queda marca de ese esfuerzo, porque la narración fluye con la levedad y la alegría jovial de una pieza de entretenimiento. No hay pista segura que haga sospechar encorsetamientos.

Por si hiciera falta algo más a favor de la rareza de *La vida romántica y aventurera de Parravicini. El hombre que hizo reír a tres generaciones* —este fue el nombre de la serie publicada en la revista *¡Aquí Está!*—, subrayamos que el primer envío se publicó el 5 de julio de 1945 y el último el 31 de diciembre de ese mismo año que, claro está, no fue cualquier año. Como en contadas oportunidades antes y después, se trata en nuestro país de una coyuntura de creciente movilización de masas, obreras por un lado y de las clases acomodadas por el otro —aunque fueron las medias “respetables”, nucleadas alrededor de las universidades, las que le dieron su tinte más propio—, que solo tuvo sus picos el 19 de septiembre y el 17 de octubre. Y en la movilización del 19, “Por la Constitución y la Libertad”, sin dudas marchó Varela. Es decir, no se trata de un reflujo de la lucha social

y política, de una escena calma en la que nada urgente ocurre y que permite sumergirse en una historia sino menor, neutra. No, a contramano de una hora principal de nuestra experiencia como sociedad, incluso tenida por tal por unos y otros —hoy en 2023 pero también en ese mismo presente—, Varela apuesta por zambullirse en una vida desmesurada, “romántica y aventurera”, y hacerlo con una perspectiva y una escritura que ni punto de contacto tiene con lo que a todos inquieta. Esto en los límites nacionales, pues en la escena internacional, que conmovía a Varela y sobre la que tenía clavados sus ojos quizás más que en la nuestra, la gravedad era mayúscula. La celebrada derrota del nazismo disparaba situaciones, como las producidas por las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, que dejaban muy en claro que asegurar la existencia humana sobre la tierra pasaría a ser una inquietud de primera línea. De hecho, desde los años cincuenta, a este asunto se dedicará Alfredo Varela en decenas de congresos por la paz. Como si tampoco nada de esto pesara, como si no hubiera connotación posible desde un contexto en ebullición y crítico, todo un umbral o un parteaguas del siglo, un escritor comunista, es cierto, amparado en un seudónimo, se recuesta en esta historia que parece de otro mundo. Por último, la vida misma de Florencio Parravicini tiene mucho de insólita, es una “vida funambulesca” que se mueve entre los extremos de la fortuna, la heredada así como la que finalmente produjo, y la bancarrota; entre la aceptación popular fervorosa por el humor repleto de doble sentido y el desprecio de las elites de la cultura; una y otra vez el lujo y el placer pero al mismo tiempo las tantas formas del peligro que conjuga. También es una incógnita, o es parte de lo inesperado para Varela/Alvera, que “el hombre que hizo reír a tres generaciones” y que, por lo tanto, mucho daba a entender tenía asegurado el recuerdo público y popular, se fuera atenuando en la memoria colectiva, esto al margen de ocasionales fulguraciones como fueron el libro de César Tiempo publicado a treinta años de la muerte del cómico, la personificación

de Pepe Soriano en *Parra*, la obra teatral de Luis Macchi basada en apuntes de David Viñas (1976) y *Flop*, la película de Eduardo Mignona (1990).

Una cosa más otra llevan a que nos preguntemos qué lectores tuvo esta serie de notas de Martín Alvera. La primera impresión indica que la revista que las publica aseguraba la llegada a un público masivo. *¡Aquí Está!*, que conoció su primer número en 1936, casi diez años antes que apareciera *La vida romántica y aventurera de Parravicini*, respalda la continuidad de artículos sin quedar a medias y asegura una gran cantidad de seguidores a los distintos aspectos de la vida del popular artista. *¡Aquí Está!*, al igual que *Leoplán* —editadas ambas por Sopena— o *El Hogar*, eran magazines destinados a una diversidad de lectores. Eso, en primer término. Por otro lado, su nómina de colaboradores era cuantiosa: en el repaso aparecen artículos firmados por Ramón Columba, Bernardo González Arrilli, Horacio Estol, Ignacio Covarrubias, Andrés Muñoz, Mariano Bosch, Carlos Alberto Leumann, Adolfo Abello, Héctor Pedro Blomberg, José Luis Muñoz Azpiri, Valentín de Pedro, el húngaro Ladislao Szabó y un tal Alejandro Ianka, el seudónimo con el que Witold Gombrowicz hizo media docena de notas. En este medio también hizo sus primeros palotes Héctor Torino con una tira humorística llamada *Conventillo*, de la que derivó el popular personaje Don Nicola. En ese entorno, Alfredo Varela —siempre luego del golpe de junio de 1943— publica una cantidad de artículos periodísticos. En uno de los primeros, del 6 de septiembre de ese año, incluso se pregunta “¿por qué muchos escritores sienten la necesidad de usar seudónimo?”. Pero las respuestas se bifurcan, se hacen diversas, lo cual dificulta la chance de dar en la tecla. Sospechamos que ni es refugio —la nota en cuestión se titula “El seudónimo: refugio de los escritores”—, ni alteridad de un nombre corriente, tampoco la procura de corte con apelativo estridente. Intuimos más bien que el recurso facilitaba el cobro de un salario al periodista, que disimulaba al

militante político bajo un apelativo y evitaba el riesgo de la identificación inmediata. La mayoría comprenden una sola nota, aunque muchos otros se constituyen en saga, así las series que se derivan de entrevistas al “Paisano” Almada —una de las glorias del polo argentino—, las dedicadas al compositor de tangos y pianista Enrique Delfino, la vida de Gardel contada por su chofer. Ninguna de esas empresas tuvo una extensión como la dedicada al capo cómico.

Permítasenos formular algunas preguntas contrafácticas, de esas que no cuentan con archivo para ser respondidas: entre los diez mil trabajadores y trabajadoras que se convocaron frente a la Secretaría de Trabajo y Previsión el 10 de octubre de 1945, ¿alguno llevaba un ejemplar de *¿Aquí Está!?* ¿A alguien se le ocurrió, ya volviendo a casa, en tranvía o tren, y con el regusto amargo de sospechar que Perón y su obra serían borrados de la experiencia política argentina, leer la nota de Alvera? Esa semana daba cuenta de la indecisión de los Podestá al momento de ofrecerle un mejor contrato a Parra, avisados de que “los inspectores municipales no hacen más que asestarle multas” al teatro Roma en el que actúa “por las libertades que se toma el bufo en sus monólogos o en los diálogos subidísimos de tono que mantiene con Pepita Avellaneda”. Parecido: entre los estudiantes que se manifestaron jubilosos en la Plaza San Martín convencidos de que nunca más tendrían que escuchar hablar del coronel Perón, ¿hubo quien se enterara de la existencia de un tal Alvera que escribía detenidamente sobre Parravicini? Más aún, que reconociera en Alvera a Alfredo Varela, un conmitión de la hora, necesitado de escribir esta suerte de folletín. ¿O fue lectura de los que no estaban ni de un lado ni de otro, de haber existido esa zona franca? Imposible tener certezas sobre esto pero lo que sí sabemos es que el eco de estas notas fue prácticamente nulo, incluso si se tiene en cuenta los acercamientos posteriores a Florencio Parravicini, que fueron pocos pero existieron: ni Luis Ordaz, ni Beatriz Seibel parecen haber

llegado hasta ellas. El mismo Varela no tuvo interés en reconocer esta pieza como propia, que quedó postrada en una revista de actualidad y del espectáculo bajo el peso de un seudónimo que nadie reclamó como propio. Solo César Tiempo y Jorge Nielsen hacen mención del escrito de Alvera.

Parravicini había nacido en 1876 en Buenos Aires, el último vástago de una familia que, según él mismo decía —y fanfarroneaba—, tenía parentesco con Napoleón y con Giacomo Casanova, y que había llegado a estas pampas con el abuelo, cónsul del Imperio austrohúngaro durante los años del gobierno de Rosas. Solo para medir, para arracimarlo sino en una generación con sus contemporáneos: de 1878 es Horacio Quiroga, de 1874 Macedonio Fernández y Leopoldo Lugones; Agustín P. Justo del 76 y Alvear del 68. Y se suicida en 1941. Viñas lee en su suicidio “el fin de la inocencia de los argentinos” que se inició hacia 1930. En su perspectiva, Parravicini, ese “peculiar *inmoralista* a lo Gide”, es la figura antagónica y complementaria de Lisandro de la Torre, que representa “la verdad frontal”. Lanza Viñas que su gran modelo es Lucio V. Mansilla, entre los ranqueles y en las *causeries*. Dandi y diablillo que no le hace asco a nada. En este sentido, el investigador Martín Rodríguez piensa a Parravicini como “una figura ciertamente moderna pero anclada en el siglo XIX”. Agregamos: alguien que pasa o transita —y encarna ese tránsito— del dominio patricio y oligárquico, porfiado, con resistencias sordas, a la ilegitimidad de un poder que se revela ante los ojos de todos. Del círculo que se cerraba, y por el cual se velaba, al florecimiento de una cultura de masas. De los teatros desvencijados y salvajes al esplendor del cine. La corrosión de la autoridad y del régimen encuentran expresión “zafada” en sus “morcillas” o “astracanas”. Sin embargo, con el pie adelantado no llega a pisar en ninguna tierra firme, pues apenas se encuentra en el límite candente de una nueva y enorme mutación. Su final, que ya era tal antes del suicidio, linda con el final de toda una época, de una Argentina

aún con masas relegadas en el escenario de la vida política. Por lo tanto, todo lo suyo en 1945 parece de un tiempo pretérito, de un anacronismo irremediable. Un puro destiempo, como el que —agreguemos— se apodera del mismo Varela/Alvera al escribir sobre él. Es ese el sabor que dejan cantidad de anécdotas: con un amigo mayor al que hace pasar por ingeniero mecánico y por su “preceptor”, montan una “comedia” para que la familia le financie los estudios en París, ya que Florencio tiene 19 años y alucina por conocer los placeres que esa ciudad no cesa de prometer. Pierden todo el “financiamiento”, pero continúan con la pantomima ante el cónsul argentino que les suministra los francos que precisan; hasta que los descubre. Recoge Alvera/Varela la evaluación que, ya famoso, hace Parravicini:

No me arrepiento de haber vivido mi vida. Si tuviera que nacer de nuevo y Dios me preguntara: “Decime, che, ‘Parra’, ahora, ¿qué existencia te gustaría llevar?”. Sin titubear yo le contestaría: “La misma que la pasada...”.

O, mucho antes de esto: sus hermanos desesperan por que frene con las calaveradas, pero por una vez deciden ponerlo en vereda sin aplicarle una golpiza, camino repetido que con él no funciona. Tan solo lo llevan engañado al puerto, con la creencia de que van a recibir una visita, y de sopetón lo meten en un barco con tripulación brava que tiene como destino, sin fecha de regreso, la Patagonia. Buscan que por fin aprenda pero Florencio se hace amigo de todos, da muestras de coraje que no suponían en un “señorito”, los divierte a más no poder y, mientras tanto, vive más aventuras, entre ellas una con indios tehuelches, en especial con una india con la que llega a casarse. Es otra época, es otro mundo.

Ya en la primera nota Alvera/Varela juega con la hipótesis de la novela, dejando ver su sospecha de que el material que tiene entre manos podría llegar a tener un registro distinto al de las páginas de una revista. Arguye, no obstante, que llevada al libro,

esta vida “llamativa” hubiera parecido una exageración del escritor. Todo está ahí, y es demasiado; no hace falta inventar nada porque “parece el sueño delirante de un jefe de propaganda de Hollywood”. En contra de la apariencia, en *La vida romántica y aventurera de Parravicini* no impera la imaginación que ha tomado vuelo, desenfrenada, sino rastros ciertos de una vida, aunque también de su narración mitificadora, espectacular. Alvera menciona su entrevista con Sara Piñeiro —viuda de Parravicini—, quien facilitó conocer valiosos documentos y fotos. Pero fue el propio “bufo” quien se ocupó de recrear largamente su propio mito y dejar elementos para la biografía; de seguro que Sara Piñeiro, de quien aparecen varias fotografías exclusivas de *¡Aquí Está!* junto con el *reporter* —y se lo reconoce a Alfredo Varela—, también repitió algo de esto ante él. En otra de las muchas fotos se ve a tres hombres de sobretodo, uno de ellos está de espaldas tomando una fotografía a otros dos que parecen conversar. Son Florencio Parravicini y Juan José de Soiza Reilly: nombres que fueron recurrentes en las páginas de la revista *Caras y Caretas*. El primero como noticia, el segundo como periodista. Parra forma parte de los *Cien hombres célebres* a los que Soiza Reilly reúne en un libro pleno de retratos y entrevistas publicadas en aquel semanario. El retrato periodístico de 1906, titulado “Bohemia criolla”, se publicará idéntico tres años más tarde, aunque con un título que define a Parravicini como melancólico bohemio. César Tiempo, en *Máscaras y caras*, rechazará esa caracterización para enfatizar la de aventurero, “un evadido de sí mismo, en fuga constante hacia una realidad que no alcanza porque su imaginación la crea y la destruye a cada instante”. El retrato de Soiza Reilly concluía narrando un diálogo con el actor, a quien le debe una respuesta. El periodista logra captar algo de la fibra del personaje y escribe: “No pude contestarle. Pensé en el manicomio. Y lo miré como se mira a un muerto...”. El mito cobra vuelo, pero su construcción no termina allí. Es el comienzo textual, en todo caso, que se continúa en una escueta autobiografía publicada en las páginas de

la revista *Fray Mocho*, en 1914. Soiza Reilly amplía ese relato en otro libro, *Amores de artistas y almas de mujeres*, donde explicita que una parte de aquellas “aventuras y desventuras de Florencio Parravicini” le fueron dictadas por el “famoso artista cómico”. Hacia 1930, cuando asoma una mala temporada, la palabra en molde hecha testimonio permite un ingreso extra: Parravicini da charlas sobre su vida en el teatro Politeama. El círculo se cerrará, en 1938, con un anuncio que da en la conferencia que brinda en el Teatro Nacional de Comedia: allí dice estar escribiendo sus memorias. Es el año en que filma *Tres argentinos en París*, de Manuel Romero, con Tito Lusiardo y con un actor en ascenso, que años más tarde llevará al cine la novela *El río oscuro*, de Alfredo Varela. Nos referimos, claro está, a Hugo del Carril. Si es arduo distinguir entre vida y fabulación de una vida, en el caso de Parravicini, por su propia decisión y por haber sido abrazado por la cultura popular y de masas, tal discriminación se vuelve imposible, quizás también innecesaria.

Volvamos a Alvera: se nos ocurre que hoy sus notas —por qué no, deliciosas— ofrecen un cuadro de época hecho de



Esta fotografía de Florencio fue obtenida en el Jardín Zoológico. Junto a él aparece Soiza Reilly. Foto: Archivo Gráfico de la Nación.

anécdotas que quedan eximidas del juicio moral y político. Se sabe que hubo un tiempo prolongado, que quizás incluso llegue hasta el presente, en el que las anécdotas tuvieron muy mala prensa, relegadas o destituidas por la supuesta superioridad del concepto. Alvera está entre quienes nos reconcilia con ellas, y a través de su textura vemos ante todo que Parravicini no encaja bajo las formas de una vida burguesa, así como tampoco en las retículas de una conciencia social, moderna o progresista. Más bien es refractario a todo eso. No por nada el público que lo catapultó a la fama se compone de marineros y trabajadores del puerto que estuvieron entre sus primeros seguidores y de la “juventud rica y despreocupada”. Añade Alvera/Varela que también es la Buenos Aires “noctámbula” que busca diversión, “ansiosa de sensaciones fuertes”. Si un ciudadano correcto llega hasta los antros de donde surgió como actor, pero también a los teatros que lo acogen ya un éxito, es porque está soberanamente aburrido de la “solemnidad de su vida”. O sea, se llega a Parra desde la contracara, desde el revés, desde lo oculto. No hay cómo comprobarlo, porque Alvera/Varela no suelta prenda al respecto, pero cabe pensar que él se apretó en uno de esos teatros abarrotados y ruidosos. Es por el lado del exceso respecto de lo burgués que se puede adivinar una fibra de complicidad entre la persona —o el personaje— y el escritor con seudónimo. En 1929, el historiador teatral Mariano Bosch condensaba de este modo la posición antiplebeya, de alta y buena cultura, que se sentía visceralmente incómoda con Parravicini:

Actor que pasó su vida artística desde 1909 hasta hoy día, despreciando a los autores, burlándose de las gentes, cosechando aplausos de los simples i de los lutra-botas de la claqué; i las agrias censuras de todo hombre decente e intelectual.

A Alvera/Varela nada de esta impugnación le interesó cuando compuso su versión de Parra, y se revela a gusto con el fenómeno

artístico de masas que amenazaba con ponerlo todo patas para arriba y esmerilaba a la Argentina pacata, helada de sensatez. El cuadro de época que se lee en *La vida romántica y aventurera de Florencio Parravicini* tiene aún más valor porque, eludiendo las definiciones políticas e ideológicas, es un cuadro que se distorsiona a partir del desplazamiento de esa posición burguesa y bien pensante que en 1945 se hace añicos aunque por otros motivos, los explícitos de la lucha de clases.

Bibliografía

- Agrelo-Castillo, *La vida de F. Parravicini*, Buenos Aires, s. e., 1943.
- Bosch, Mariano, *Historia de los orígenes del teatro nacional argentino y la época de Pablo Podestá*, Buenos Aires, Talleres gráficos argentinos L. J. Rosso, 1929.
- Korn, Guillermo y Trimboli, Javier, *Los ríos profundos. Hugo del Carril / Alfredo Varela. Un detalle en la historia del peronismo y la izquierda*, Buenos Aires, Eudeba, 2015.
- Nielsen, Jorge, *Nuestros actores. Primeras minibiografías*, Buenos Aires, Ediciones del Jilguero, 2007.
- Rodríguez, Martín, “Modernidad y tradición en Florencio Parravicini”, en Osvaldo Pelletieri (dir.), *De Totó a Sandrini. Del “cómic italiano” al actor nacional argentino*, Buenos Aires, Galerna, 2001.
- Parravicini, Florencio. “Mis experiencias como actor”, *Cuaderno de Cultura Teatral*, nro. 10, Instituto Nacional de Estudios de Teatro, 1940.
- Seibel, Beatriz, *Historia del teatro argentino: Desde los rituales hasta 1930*, Buenos Aires, Corregidor, 2002.
- Soiza Reilly, Juan José de, “Bohemia criolla”, *Caras y Caretas*, nro. 425, 24 de noviembre de 1906.
- , *Cien hombres célebres. Confesiones literarias*, Madrid, Casa Editorial Maucci, 1909.

——, *Amores de artistas y almas de mujeres*, Buenos Aires, Vicente Matera, 1922.

Tiempo, César, *Máscaras y caras*, Buenos Aires, Arrayán, 1943.

——, *Florencio Parravicini*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.

Varela, Alfredo, *¡También en la Argentina hay esclavos blancos!*, Buenos Aires, Omnívora Editora, 2020.

Viñas, David, “El teatro popular: Vaccareza y Parravicini. Morcillas, lapsus y traición”, en Horacio Vázquez Rial (dir.), *Buenos Aires 1880-1930. La capital de un imperio imaginario*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

Estudio preliminar
por Federico Boido, Nicolás Reydó
y Tomás Schuliaquer

La Biblioteca Nacional recopila y edita, por primera vez en libro, las cincuenta y dos notas que Alfredo Varela publicó, con el seudónimo de Martín Alvera, sobre la vida del popular actor Florencio Parravicini. La serie titulada *La vida romántica y aventurera de Parravicini. El hombre que hizo reír a tres generaciones* salió entre el 5 de julio y el 31 de diciembre de 1945 en la revista *¡Aquí Está!*

Varela fue un escritor que militó en el Partido Comunista de la Argentina (PCA) desde su temprana juventud durante la década del treinta hasta su muerte en 1984. Traductor, investigador, periodista, intelectual, militante por la paz, colaboró en decenas de publicaciones, periódicos y revistas culturales y de interés general. Sus libros fueron traducidos a más de quince idiomas y circularon en gran número en los países socialistas durante la Guerra Fría. Viajó por parte de las provincias argentinas, recorrió África, Asia, Europa, América Latina, asistió al funeral de Stalin, cofundó y fue vicepresidente del Consejo Mundial por la Paz (CMP), fue a Cuba un año después de la Revolución. El aspecto multifacético de Varela y su constante ética del trabajo son notorias en su vasta producción, que excede en mucho a lo editado en libro.

En los últimos años, su obra y su figura han recobrado un creciente interés. En 2007, la crítica literaria Sylvia Sáitta compiló *Hacia la Revolución: viajeros argentinos de izquierda*, donde incluyó un capítulo de *Un periodista en la Unión Soviética* (1950), libro de crónicas de Varela sobre una gira por la URSS. Un año después, Abelardo Castillo, en la colección que dirigía en Capital

Intelectual, los Recobrados, reeditó *El río oscuro*. Publicada en 1943 por Lautaro, sello del PCA, fue luego traducida a numerosos idiomas, desde el rumano, checo o búlgaro hasta el francés o el italiano, y llevada al cine por Hugo del Carril en *Las aguas bajan turbias*, una de las películas más emblemáticas del primer peronismo. En su tesis de doctorado de 2013, la historiadora Adriana Petra analizó el lugar de los intelectuales argentinos ligados al PCA, su participación en la cultura argentina y su pertenencia partidaria. Editada por el Fondo de Cultura Económica, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra* (2018) recupera el rol de Varela en *Las aguas bajan turbias* y en el Consejo Argentino por la Paz, que él mismo cofundó. En 2014, el PCA editó a modo de homenaje una serie de testimonios sobre su historia militante: *En el centenario de Alfredo Varela*.

Por su parte, el historiador Javier Trímboli y el sociólogo Guillermo Korn escribieron en Eudeba *Los ríos profundos. Hugo del Carril / Alfredo Varela. Un detalle en la historia del peronismo y la izquierda* (2015). Allí analizaron exhaustivamente el vínculo entre el peronismo y el comunismo en la Argentina de mediados del siglo XX, a partir de *El río oscuro* y *Las aguas bajan turbias*. En la editorial Omnívora, Trímboli y Korn recopilaron la serie de notas periodísticas *¡También en la Argentina hay esclavos blancos!* (2020), que fueron fruto de la investigación de Varela en Misiones, y germen de su novela más leída. Hay otras publicaciones y rescates de su obra en los últimos años: el fragmento de “La masacre de Oberá” de 1936, que Rosita Escalada Salvo y Rodolfo Nicolás Capaccio incorporaron en *Misiones mágica y trágica* (2010); la inclusión por parte de Pablo José Hernández en *Patria de escritores* (2014); capítulos de *El río oscuro* que aparecieron en 2015 en la revista del Centro Cultural Kirchner, *La Ballena Azul*, y en 2016 en *Carapachay*, dirigida por Hernán Ronsino y Luciano Guiñazú.

De este modo, si bien Varela no es un actor destacado del campo literario argentino, se puede detectar en la actualidad

una recuperación de su obra, tanto desde el ámbito literario como desde el académico. La producción central de Varela, y la que hoy volvemos a leer, es de la década del cuarenta y sirve para indagar en los años de la Segunda Guerra y en la posguerra inmediata, es decir, del surgimiento del peronismo, un período bisagra de nuestra historia nacional.

El interés de varios investigadores por Varela se trama con el encuentro azaroso de un conjunto de documentos que permiten acercarnos al pasado con nuevas herramientas. Hace más de diez años, un PH antiguo en Villa Urquiza estaba en reconstrucción. Mientras los obreros preparaban el living para demoler dos paredes —la reforma de la casa era integral—, encontraron cajas guardadas en un depósito. Llamaron al arquitecto para que decidiera qué hacer con ellas. Al día siguiente, el arquitecto fue a la obra y se encontró con cartas, libros, cuadernos, manuscritos, y le resonó, sobre todo, un nombre: Alfredo Varela. El arquitecto había sido, en su juventud, militante de la Federación Juvenil Comunista (FJC). Entendió que ese material era valioso y, después de consultar con el dueño de la casa, decidió llevárselo. Lo vieron junto a su pareja, a quien había conocido en la FJC, y lo donaron al Departamento de Archivos de la Biblioteca Nacional, donde está el fondo personal de Varela desde 2013. O, en realidad, una parte: hay cajas que conserva su hija Ana en Moscú y otros materiales que se encuentran en el archivo del PCA. La fragmentación de los papeles de Varela expresan el propio itinerario vital del escritor y la persecución a la que eran sometidas las políticas culturales de las izquierdas en nuestro país. El archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA), que desde el año 2000 es parte del Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria, da cuenta de este repertorio represivo. En el legajo sobre Varela hay diversos documentos: todo lo referido al seguimiento por su participación en el CMP; los datos del allanamiento de su casa en 1957 en el marco de la “Operación Cardenal”, que consistió en

el encarcelamiento de intelectuales comunistas y la clausura de locales del PCA, y la posterior carta de Varela a la Policía reclamando la devolución de su biblioteca personal. Encontramos allí una huella de un conjunto de libros, revistas y documentos de Varela que hoy están parcialmente perdidos.

Los documentos que conserva la Biblioteca son diversos. Hay material del PCA, carnets, invitaciones, medallas; también diarios y cartas de sus viajes a la URSS, Europa, China, Cuba, Nicaragua, entre otros; proyectos de libros truncos; una porción de su biblioteca; traducciones de *El río oscuro* a otras lenguas; una traducción anotada de Varela de la obra poética completa del escritor turco Nazim Hikmet; apuntes de una entrevista extensa a Elizabeth Shine, viuda de Roberto Arlt.

En el Archivo se encuentra un cuaderno manuscrito con el proyecto de una novela situada en el Litoral: se titularía *Paraná Medio*. La hoja de ruta incluye una lista de los libros que, sobre el tema, Varela pensaba leer. También la planificación de un viaje para interiorizarse en la región y su historia. Se repite el método que utilizó en *El río oscuro*: viaje, lectura, investigación, reportajes, producción propia. La novela, según se lee en el cuaderno, comenzaría con una escena del futuro en la que se produciría un movimiento migratorio inverso —que él llama “éxodo al revés”—: la gente de las villas miseria retornaría a su lugar de origen, del que habían sido expulsados porque no tenían tierras para trabajar. Varela sostenía que al narrar la historia del río se podía contar también la historia del país, para lo cual pretendía darle voz al río de forma directa. En una anotación al margen, Varela se preguntaba: “¿Cómo se hace hablar al río?”. También hay otros proyectos truncos, papeles personales de ideas que nunca llevó a cabo. No sabemos el grado de avance que alcanzaron, pero sí que por sus responsabilidades en el Partido y, principalmente, en el CMP, el tiempo que pudo dedicar a la creación literaria disminuyó a fines de la década del cuarenta. Según escribe en su diario de la cárcel de Devoto, el

22 de febrero de 1949: “la literatura es el oficio que más quiero, la actividad que más me apasiona, y sin embargo, es la que más abandono, con una superficialidad, una inconsciencia, que verdaderamente me asombra las escasas veces que me detengo a pensar sobre esto”.

Además de *El río oscuro*, Varela publicó libros de otras temáticas. Aquellos ligados a sus viajes por países socialistas: *Un periodista en la Unión Soviética* (1950) y *A Cuba con toda la barba* (1960). Dos novelas: *Güemes y la guerra de los gauchos* (1946), dentro de la colección La Marcha de los Héroes de la editorial Abril, dedicada a recuperar, para los jóvenes, “héroes del pasado”; y *Jorge Calvo. Una juventud heroica* (1952), donde homenajea la vida del militante comunista asesinado. Un poema extenso y emotivo dedicado a los camaradas muertos en la lucha, *Abono inagotable* (1967). Por último, escribió, como parte de su activismo en el CMP, *El peligro es grande: ¡Luchar juntos por la paz!* (1981).

Más allá de estas producciones, trabajó en medios gráficos, algunos orgánicos del Partido. Fue colaborador de *Nueva Era*, *Expresión*, *Ahora*, *La Hora*, *Nuestra Palabra*, *Crítica*, *Cuadernos de Cultura*, *Hoy y Contexto*, entre otras publicaciones. En ese sentido, cabe preguntarse por *¡Aquí Está!*, donde Varela publicó *La vida romántica y aventurera de Parravicini*. Escrita en folletín, esta serie podría leerse como una biografía novelada, o una novela de aventuras: de circulación masiva, en formato breve, las notas están compuestas por anécdotas que hilan la vida de Parra y tienen una estructura que genera suspenso, ya que suelen finalizar con anuncios de lo que va a venir en el próximo número, giros dramáticos y enigmáticos que convocan a continuar la lectura en la siguiente publicación. La tercera nota, por ejemplo, concluye así:

Tendría poco más de dieciséis años cuando estalla la revolución del 93. Apenas lo sabe, ya no piensa más que en la fuga.

Puede asegurarse que, desde entonces, el movimiento lo contará entre los suyos. Pero nadie podría adivinar, en cambio, todas las peripecias que están prontas a caer sobre su cabeza, apenas ponga el pie fuera del colegio...

Si bien no se publicó como libro hasta hoy, el narrador de *La vida romántica y aventurera de Parravicini*, en la introducción al primer artículo anuncia que “su vida es una de las novelas más llamativas, amenas y curiosas que puedan imaginarse. Llevada al libro, la vida de Parravicini hubiera parecido una exageración del autor”. No sabemos cómo fue estrictamente el proceso de escritura, cuántas notas había hecho una vez comenzada la publicación periódica y cuántas agregó en base a la repercusión que estas tenían. Sin embargo, podemos afirmar que todas ellas conforman una biografía novelada de Parra, un libro originalmente en folletín que tiene un valor sustancial en su completitud, ya que parecen haber sido escritas como una unidad. Si *El río oscuro* es una novela de denuncia ligada al realismo socialista, esta biografía es una novela de aventuras, destinada al entretenimiento y algo distante de la coyuntura política.

¡Aquí Está!, editada por Sopena, salió entre 1936 y 1950 con frecuencia bisemanal y la Hemeroteca de la Biblioteca conserva sus ejemplares. Es una revista de cultura e interés general donde conviven el deporte, el entretenimiento, la cultura popular y la política internacional, entre otros tópicos. Cuando Varela publicó sus notas, entre julio y diciembre de 1945, en la revista predominaban artículos sobre la posguerra: la resistencia francesa, los juicios de Núremberg, testimonios de sobrevivientes de los campos de concentración nazis, y las consecuencias de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Por otra parte, si bien no hay una orientación política unívoca, se destacan textos sobre los derechos y libertades civiles en la Segunda República española, y también del lugar de la mujer en la Unión Soviética: pistas que permiten encontrar cierto alineamiento internacional

con la política del PCA. En cuanto a Argentina, hay referencias históricas nacionales: una nota por el centenario de la batalla de la Vuelta de Obligado, otra sobre Hilario Ascasubi y la gauchesca, y una sobre Cornelio Saavedra. Nada se dice, sin embargo, del 17 de octubre de ese año.

En *¡Aquí Está!*, Varela escribió por primera vez en noviembre de 1943 y mantuvo una colaboración sostenida durante siete años, hasta el cierre de la revista. En ese tiempo, además de las cincuenta y dos sobre Parravicini, publicó otro centenar de notas sobre temas diversos, como el avestruz criollo, la riqueza que desaprovechamos al no consumir pescado, el automovilismo o la flora indígena. Entre el 16 de marzo y el 10 de abril de 1944 escribió, con su nombre real, una serie de ocho notas titulada “La vida de Gardel contada por su chofer”. Y desde el 6 de diciembre de 1948 al 3 de enero de 1949, firma con seudónimo diez entregas tituladas “El Gran reportaje a Enrique Delfino”, donde se entrevista con el tanguero argentino. En línea con estas producciones sobre íconos de la cultura popular, en los mismos números que la de Parra, *¡Aquí Está!* publica una extensa serie del periodista Horacio Estol sobre el boxeador Luis Ángel Firpo.

La primera vez que Varela firmó como Martín Alvera fue en junio de 1944, en una entrevista a Juan Cazenave, cantante y autor que fue popular en los años veinte. El seudónimo va a seguir hasta las últimas notas en la revista *¡Aquí Está!* Podríamos conjeturar múltiples razones para el uso de seudónimo: cierta popularidad de Varela por haber publicado *El río oscuro*; su importancia creciente en el PCA que no coincidía necesariamente con la temática de artículos que escribía más por necesidad laboral que por interés político; la persecución estatal sufrida por los intelectuales y militantes comunistas. Sin embargo, ninguna hipótesis es concluyente o definitiva, porque incluso en abril de 1947, tres años después de haber inaugurado su seudónimo, siguió publicando en *¡Aquí Está!* con su verdadero nombre. La última nota que firmó en esta revista como Alfredo Varela fue “Villarrica,

ciudad para vivir y para morir”, un artículo que no se diferencia de otros que, en la misma época, firmaba con seudónimo. Por ejemplo, diez días antes, como Alvera, había escrito “Un yuyo para cada dolencia”, sobre el poder curativo de ciertas hierbas.

En los papeles del Archivo encontramos anotaciones sobre el cultivo de algodón en el Chaco —se conservan registros de los libros que Varela, como lector, consultó en la Biblioteca Nacional— y las pésimas condiciones laborales a las que estaban sometidos los trabajadores. En julio de 1946 publicó en *¡Aquí Está!* un artículo sobre la pérdida de las riquezas naturales y la explotación de nuestro suelo, y otro sobre el camino del algodón en el Chaco. El tono de escritura es similar al de *La vida romántica y aventurera de Parravicini* y no tanto al de *El río oscuro*, ya que en *¡Aquí Está!*, antes que la denuncia, predomina el entretenimiento.

Publicar la serie sobre Parra en libro permite una nueva circulación de la obra, y echa luz sobre diversos aspectos. Por un lado, la Buenos Aires de fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX: la modernización de la ciudad, su transformación en metrópoli y el desarrollo de la cultura de masas, ya que, como dice Varela,

para conocer al Buenos Aires de entonces, el que se va, el que se fue, es preciso seguir a sus gentes también cuando iban al teatro, y cuando iban a reír. En ese sentido habrá que tener siempre en cuenta ese fenómeno, poco común, que fue Florencio Parravicini.

Por otro lado, leer sobre uno de los mayores representantes de la masificación del teatro, el actor más popular y que más entradas vendía, también supone la posibilidad de recuperar ese aspecto cultural constitutivo de la ciudad de Buenos Aires, los diversos teatros porteños por los que circula Parra —Varieté, Roma y Apolo—, sus diferencias, el vínculo con el público, con los

dramaturgos, con actores y actrices, con los empresarios y las compañías de teatro. También es un aporte para reflexionar sobre la cultura de masas y las élites, el rol del arte en la transformación urbana y, más específicamente, la tensión entre tragedia y comedia, el lugar del humor en el campo artístico cultural.

Varela afirma que “cuando una obra llega a las cincuenta representaciones en manos de Parra, ya no la conoce ni el autor... Del libro original ya no queda sino el esqueleto”. Es un actor que improvisa, un intérprete que crea, en el escenario, y cada noche, una historia distinta. Parra no ensaya, y su popularidad reside justamente en eso: sorprender a sus propios compañeros de las obras y al público, a quien interpela en medio de la función. Para dar cuenta de esta experiencia, Varela realiza un gesto estético fundamental: se propone contar algo fugaz, una suerte de reproducción del teatro espontáneo y efímero de la improvisación de Parra asumiendo la propia forma de sus actuaciones, es por eso que afirma que las notas “llevarán el sello apresurado y jovial de su carácter”.

Hoy se puede acceder a las obras que Parra escribió y las películas en las que actuó, pero el carácter original de sus actuaciones, lo que lo popularizó, es, de algún modo, irrecuperable. En las notas de Varela hay un intento de recuperar la improvisación irreplicable, sabiendo que Parra “no escribe ni para la posteridad ni para la crítica. Escribe para su público, para este Buenos Aires que siempre debe aplaudir a Florencio, porque Florencio hace muchos años que lo divierte, y le regala el buen don de la risa, grato a los dioses...”. Varela se propone el desafío de construir en la escritura el carisma y la gracia de un actor que no se sabe los libretos y que hace de la improvisación su arte. Por eso *La vida romántica y aventurera de Parravicini* está compuesta por interpelaciones al lector, digresiones, humor, suspenso y anécdotas escritas con precisión. Esa elección narrativa es la condición de posibilidad para que casi ochenta años después disfrutemos de leerlo.

En la anteúltima nota, nos enteramos que Parra, después de la crisis del 29, ya no tiene el éxito de antes y necesita plata. Decide convertirse en “charlista”: lo contratan para dar conferencias y hablar sobre su trayectoria. Sobre el final del libro, entonces, la escritura de Varela se confunde con el yo de Parra narrador de su propia vida, hasta el punto de que los lectores nos preguntamos quién habla. *La vida romántica y aventurera de Parravicini* no parece escrita para la posteridad. Como las improvisaciones de Parra, estas notas folletinescas parecerían destinadas al olvido, a no trascender más allá de la lectura fugaz de una revista de interés general. La decisión de la Biblioteca Nacional de publicar *La vida romántica y aventurera de Parravicini* de Alfredo Varela transita la tensión existente entre conservar el acervo documental de una cultura y ponerlo en circulación. También implica una apuesta hacia nuevos lectores, porque podemos arriesgar que no existe lector contemporáneo que haya leído anteriormente estas notas de forma completa. De allí que invitemos a las y los lectores a entrar en la increíble vida de Parra a través de la pluma de Varela.

La vida romántica y aventurera de Parravicini

El hombre que hizo reír a tres generaciones

**¡AQUÍ
ESTÁ!**

AÑO X - N.º 953

5 de JULIO de 1945

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta 79

TARIFA REDUCIDA
Censura 3505

Registro de la Propiedad Intelectual
Nº 28071



**PÁRRAVICINI, EL HOMBRE QUE
HIZO REIR A TRES GENERACIONES**

Vida romántica y aventurera del inolvidable actor, por MARTIN ALVERA

El hombre que hizo reír a tres generaciones

“LA LEYENDA DE PARRA” ♦ PARIENTE DE NAPOLEÓN
Y DESCENDIENTE DE CASANOVA ♦ “DEL DÍA DE
MI NACIMIENTO NO RECUERDO NADA” ♦ PÉSIMO
ESTUDIANTE Y HÁBIL TIRADOR

El hombre de rostro cansado apoyó el caño, sobre la sien, y casi enseñada, el dedo, dócil a su voluntad concentrada, hizo retroceder el gatillo. Un instante después el cuerpo oscilaba y caía pesadamente, rotos sus resortes. El reloj marcaba las nueve de la mañana del 25 de marzo de 1941.

El que se había pasado la vida haciendo muecas a todo y a todos, incluso a sí mismo, efectuaba su mutis definitivo, haciéndole la última mueca a la muerte.

Florencio Parravicini moría como había vivido, improvisando. El hecho sorpresivo con que concluyó su existencia, no fue sino uno más en la larga recopilación de sucesos extraordinarios. El riesgo, el salto a lo desconocido, la aventura, lo tentaron desde el primer momento y siempre.

Por eso su vida es una de las novelas más llamativas, amenas y curiosas que puedan imaginarse. Llevada al libro, la vida de Parravicini hubiera parecido una exageración del autor. Por eso al querer referirla, ahora, desde estas páginas, afrontamos un riesgo tremendo: el de que no se nos crea. Aún mientras él vivía, muchos se negaban a dar crédito a ciertos relatos autobiográficos.

—¡Claro que eso no puede ser cierto! —decían—. Son cuentos de “Parra”...

Sobre la base de esa incredulidad se formó lo que se conoce como “la leyenda de Florencio Parravicini”. Una leyenda que, en su mayor parte, es absolutamente verídica...

Es difícil que otro hombre de vida pública haya sido tan admirado y tan discutido, a la vez, como él. Mientras para unos era el genio, para otros evocaba al payaso, y apenas un payaso del montón. Las gentes lo quisieron o no, pero nadie pudo quedar indiferente a su influencia. Florencio Parravicini era un viento caliente, un rebullir incesante, una máscara ruidosa y jocosa que nadie podía ignorar. Él representó un momento, una época del teatro nacional.

Pero aquí, en esta serie de notas en que intentamos diseñar la novela de su vida, no nos interesa solo el actor. Porque el actor no era nada más que uno de los tantos personajes de Parravicini: el hombre. Y ese es el que queremos presentar. Con sus innumerables aventuras, con esas anécdotas que surgían paso que daba, con esas sus frases características, con sus salidas inolvidables, hilarantes, con la vitalidad que le brotaba por todos los poros.

Quizá el mayor interés de su personalidad resida, justamente, en ese impulso vital que lo llevaba a correr tras los peligros o en busca de todas las facetas deleitosas y amables de la existencia. Fue un impaciente que se esforzó en gastar diez vidas en el curso de una sola, porque la que le correspondía le pareció una cuota demasiado corta para sus ansias.

Por eso tendremos que ir contando, a lo largo de estas notas, que han de llevar el sello apresurado y jovial de su carácter, cómo tentó oficios de los más dispares e inesperados, y se vio metido en peripecias fantásticas. Por qué aparecía, de pronto, ganándose penosamente los garbanzos como cantor de tangos en Europa o lavacopas a bordo de un navío, y a las pocas semanas estaba derrochando un millón de pesos en la vida nocturna de Buenos Aires o de la Ciudad Luz. Y desfilarán sus años, a contar del primer lloriqueo hasta el amargo trago final, como aspirante a fraile, marinero a la fuerza, revolucionario adolescente y tirador excepcional, cazador de lobos marinos en los mares australes, o cicerone, o autor teatral. ¿Y qué más? A veces parecería que este hombre hubiera tentado todos los caminos, para tener la seguridad de no equivocarse al escoger el definitivo. Porque aun fue aprendiz de pirata y el primer aviador de nuestro

país, concejal, profesor de patinaje, pioner del cinematógrafo, pintor, aeronauta, empresario, yachtman entusiasta arriesgado automovilista y tantas cosas más, que irán recordándose a su tiempo y medida. Pero sobre todo fue el dueño de la risa, el domador ante el cual se rendía todas las noches, doblándose en carcajadas estrepitosas, un público numeroso y adicto; la ciudad toda.

Si “Parra” estuviera aún entre nosotros, nos ayudaría gustoso en esta tarea nada liviana de rehacer su vida. Siempre fue muy amigo de los periodistas. Solía facilitarnos la tarea y casi siempre se prestaba gustoso al reportaje. Por otra parte, le hubiera interesado la confección de su propia historia. Él mismo lo intentó muchas veces. Han quedado algunos esbozos, que vieron la luz en revistas de hace muchos años, y otros, que propaló en sus charlas radiotelefónicas. La gentileza de la señora Sarah Piñeiro de Parravicini nos ha permitido ver sus apuntes, donde con letra nerviosa intentaba coordinar los agitados capítulos de su existencia. Pero nunca persistió en esa tarea. Porque no tenía paciencia o vaya a saberse por qué. Por otra parte, él no conocía el final. Nosotros, sí...

Si algo prometemos es no inventar nada. Ninguna biografía lo necesita menos que la de Parravicini, que parece el sueño delirante de un jefe de propaganda de Hollywood.

Que se alce, pues, el telón sobre esta vida funambulesca, alrededor de la cual estará siempre desplegada, como música de fondo, la risa desenfadada de Florencio Parravicini.

“En mi familia hubo de todo...”

La cosa comenzó en la península itálica, hace unos cuantos siglos.

A unos quince kilómetros de Como y cerca del lago Alsério había una ciudad llamada Paravicino. Allí se han encontrado los primeros rastros de los Parravicini, junto con un inmenso panteón donde reposan los huesos de muchos de ellos, y las ruinas

del castillo que en alguna época habitaron. De allí parten las huellas de esta numerosa familia, muchos de cuyos miembros dieron que hablar a sus contemporáneos y a la posteridad. Pero dudamos de que ninguno de ellos, por elevada que haya sido su posición social o su influencia, haya hecho más ruido que este vástago que vivió y rió entre nosotros.

—En mi familia ha habido de todo: ministros, generales, obispos, abogados, escultores, caballeros feudales, músicos y, ¿por qué no decirlo?, hasta asesinos...

Y una carcajada estentórea, verdaderamente parravicinesca, convulsionaba el rostro del actor, cada vez que aludía, festivamente, a su árbol genealógico. Los contertulios del café o de su camarín celebraban con no menos algazara lo que suponían una gracia más del bromista impenitente. ¡Este Parra!

Pero él, imperturbable, continuaba:

—Vengo a ser pariente de Napoleón y desciendo del irresistible Casanova...

Las risas aumentaban sin que él se molestara. Para los escépticos, tenía a mano la prueba de sus afirmaciones. Un voluminoso cartapacio, con un sesudo y minucioso estudio de sus antecedentes genealógicos. Se lo habían enviado desde Rotterdam, a su pedido, varios especializados en la materia, después de conseguir la documentación necesaria en Italia y Austria, en Córcega, Holanda, Inglaterra, Alemania, Cuba y la Argentina. Porque por todos esos lugares había ido extendiendo sus ramificaciones la familia.

A muchos sorprendió que justamente el despreocupado Parra se hubiera interesado en documentar sus orígenes. ¡Él que solo daba valor al presente y al minuto fugaz, a la vida fresca y palpitante! Pero había que rendirse ante la evidencia. Parra, el alocado, había querido darse el gusto de conocer a sus mayores, tal vez para conocerse mejor a sí mismo. Él se justificaba recordando una anécdota del presidente Juárez Celman, quien solía visitar la casa de su padre, cuando Florencio era un niño de pocos años.

—Resulta que sus hijos eran muy aficionados a los “burros”. Hasta colaboraban en la sección hípica de un diario. Don Miguel, que detestaba el juego, quería desarraigar en sus hijos esa tendencia. Pero era inútil. Un día discutían arduosamente, de sobremesa, la ascendencia de un campeón de las pistas. Los dos contendientes evidenciaron una erudición admirable. Sabían de memoria el árbol genealógico del caballo. El presidente, que escuchaba en silencio el acalorado debate, los interrumpió de pronto.

—Tomás, ¿cómo se llamaba tu abuelo?

—Miguel.

—¡No es cierto! ¿Y tu bisabuelo?

El joven Juárez confesó sonriendo, pero turbado, que lo ignoraba.

Entonces don Miguel remató el asunto, diciendo irónicamente:

—¡Ya ve! Conoces muy bien el *pedigree* de los caballos, pero ignoras el tuyo...

Florencio había ido a buscar el origen y la razón de esa sangre tumultuosa y alegre que le zumbaba en las venas. Así se encontró con Dionysus Parravicini, que fue uno de los primeros impresores de Cremona; con Cario, conde; con Giovanni Pietro, marqués, y muchos otros ilustres antepasados. Al parecer, una María Xaveria Parravicini se casó con el abuelo de Napoleón Bonaparte; y además, un Nicolás Aloysus Parravicini vino a ser tío político del desterrado de Santa Elena.

Hay una constancia con respecto a este hecho. En “El Aguilucho”, de Rostand, uno de los personajes le dice al hijo del emperador: “No llores, que ahora vendrá a traerte juguetes el tío Parravicini...”.

Lo cierto es que una de las personalidades más admiradas por Parra fue, precisamente, la de Bonaparte. Su figura regordeta y poco airosa, pero imponente, aparecía siempre en el gabinete o en el camarín del actor, ya en láminas, en pequeñas esculturas o en medallas. ¿Acaso la férrea disciplina que se impuso a sí mismo el

gran curso impresionaba a Florencio, el indisciplinado por excelencia? ¿Admiraba sus éxitos espectaculares, su reconocida capacidad de actor, un actor que tenía por escenario al mundo? ¡Quién sabe!

Donde aparece el noble Parravicini di Casanova...

Un buen día apareció por estas playas un miembro de la añeja familia. Se llamaba Jacobo Parravicini di Casanova, y venía como ministro del imperio austrohúngaro ante el gobierno argentino. Era noble, y caballero de la corte de Francisco José y de la Orden del Santo Sepulcro.

El buen señor no imaginaba, seguramente, al pisar estas tierras, allá por la época de Rosas, que su apellido iba a hacerse famoso y popularísimo aquí, por las artes de un nieto dedicado a una profesión que por entonces —y durante mucho tiempo— se consideraba poco honrosa. Porque de saberlo, tal vez hubiera dado la espalda a nuestro joven país, para ir a prolongar su estirpe bajo otros soles...

Pero la verdad es que estos vientos le resultaron prósperos al noble don Jacobo. Traía él una fortuna, que invirtió provechosamente y se le multiplicó, sin mayor fatiga, a la vuelta de pocos años. Tierras que entonces costaban centavos, luego se vendieron por millones. Calcúlese que uno de los bienes que Florencio Parravicini recibió en herencia consistía en una manzana íntegra, con sus correspondientes edificios, frente a la plaza del Once. Si no la hubiera permutado a grandes trozos por unas cuantas noches alegres, en el París finisecular, las rentas de esa propiedad le hubieran bastado para sostenerse desahogadamente por el resto de su vida.

Pero no nos apresuremos. El nieto vendrá a su tiempo, cuando el abuelo haya desaparecido.

El ministro de Austria-Hungría frecuentaba, con su continente elegante y su cuidadoso peinado a la Rochefort, la sociedad del tirano. Allí, en sus tertulias, fue seguramente donde

conoció a la familia Nonell; y así pudo unirse a una de las hijas, Dolores, que aportó al matrimonio una crecida dote.

Cuando murió Jacobo Parravicini di Casanova, sus bienes comprendían, entre otras cosas, no menos de cien casas en la Capital Federal, seis estancias y alrededor de cincuenta campos, algunos muy extensos. Ambas fortunas, reunidas, habían fructificado con celeridad. Pero más rápidamente aún desaparecieron en las manos de su descuidado descendiente. Cierta vez, un periodista le preguntó al creador de *Panete*:

—Dígame, Parra: ¿volvió triste después de haber dilapidado su fortuna en París?

—¡Al contrario, amigo! —contestó—. Con la satisfacción del deber cumplido. No crea que eso me costó ningún trabajo. Fue la cosa más fácil del mundo...

De que fue fácil hay muchas pruebas. Ya se recordarán oportunamente algunas anécdotas que denuncian al manirroto incontrolable. Uno de sus viejos amigos nos refería un día su encuentro, en las inmediaciones de la ruleta. Parra venía tranquilo, como si no hubiese tentado suerte siquiera. Él lo detuvo:

—¿Jugaste?

—Sí... En unos minutos me perdí tres mil pesos...

Y, enseguida, sin la menor amargura, como si quisiera sacar alguna consecuencia filosófica del asunto, agregó:

—Mirá lo que son las cosas. Un numerito y se traga una vida...

A él no le tragó la vida, pero sí muchos cientos de miles, que hubieran podido aliviar muchas vidas...

Fue el día en que “anda el diablo suelto”

Los Parravicini-Nonell trajeron al mundo cuatro hijos: Emilio, Lola, Anita y, por último, Reinaldo, que nació en 1835. Parece ser que su madre no pudo criarlo, y lo hizo en su reemplazo una de sus amigas íntimas, como entonces se estilaba. Esta era doña

Agustina Rosas, hermana del Restaurador de las Leyes y esposa del general Lucio Mansilla. Por lo tanto, Reinaldo vino a ser hermano de leche del autor de *Una excursión a los indios ranqueles* y, seguramente, su compañero de juegos. Siguió después la carrera militar, en la que llegó al grado de coronel, y ocupó diversos cargos públicos. Era —según recordaría luego Florencio— un hombre de carácter altivo, enérgico y bondadoso.

Se casó con doña Rafaela Romero Cazón, hija de Florencio Romero, ese médico que se constituyó en el amigo íntimo del jefe de los mazorqueros, don Juan Manuel. La flamante pareja alternó con la sociedad brillante de su tiempo y, oportunamente, comenzaron a llegar los hijos.

Primero fueron tres varones: Nicolás, Jacobo y Reinaldo, a quienes tendremos que nombrar más adelante. Luego una mujer: Silvina. Más tarde, Rafael, cuya vida había de extinguirse a los pocos años. Parecía que ya no habrían de tener más hijos. Pero tardíamente llegó un robusto varón. Al recién llegado lo llamaron Florencio, como su abuelo paterno, y en segundo término, Bartolomé, porque había nacido en ese día en que —contaba Parra— “anda el diablo suelto: a eso atribuyo mi inquietud de vivir y matar moscas con el rabo...”.

Su padre tenía entonces más de cuarenta años, y poco menos su progenitora. Fue Florencio, entonces, “el hijo de la madurez”, lo que explica —como quería uno de sus biógrafos— ciertos rasgos de su temperamento; pero, sobre todo, los cuidados particulares, la atención casi excesiva, los mimos con que fue rodeado desde el primer momento.

Pero, ¿cuándo fue ese primer momento? Parra alardeaba de no haber escamoteado nunca su verdadera edad. Creámosle, entonces, cuando asegura haber nacido el 24 de agosto de 1876. Por otra parte, hemos hojeado distintos documentos que confirman la fecha.

El nacimiento de Parra se produjo en circunstancias curiosísimas, entre cómicas y dramáticas. Parecería que hubiese querido

revelar con esa primera travesura, hecha al ver la luz, lo accidentada y espectacular que habría de ser su existencia.

“Mi nacimiento —decía él— fue todo un espectáculo. Salí al mundo sin esperar a que el traspunte me anunciara que debía salir a escena...”.

Sus padres vivían entonces en una amplia residencia situada en la calle Callao, cerca de la antigua calle Cuyo. Esa tarde estaban de tertulia. Como siempre, los amigos de don Reinaldo se habían reunido en la gran sala de armas, y dos de ellos realizaban, florete en mano, una exhibición. Doña Rafaela, que no creía muy cercano el alumbramiento, sintió deseos de dar un paseo por el jardín, y salió.

Pero no bien había dado unos pasos, cuando sintió los dolores característicos. Estaba sola, y únicamente atinó a regresar enseguida hacia la casa. Apenas había conseguido entrar en la sala de armas, cuando dio a luz.

Los caballeros, aterrados ante situación tan inesperada y desconcertante, intentaron huir, despejando el campo. Pero ya era tarde. El *ragazzo* se debatía vivamente, emitiendo inarmónicos pero ya vigorosos chillidos. El coronel Parravicini levantó el desnudo cuerpo de su hijo, para que lo conocieran sus amigos. Así fue cómo Florencio hizo su presentación en sociedad.

—Hay quien nace hasta en un tranvía —contaba luego él, como disculpándose—. A mí me tocó nacer entre el fragor de los sables que se entrechocan...

Entre los presentes se hallaba el coronel uruguayo Martín Souberain, amigo íntimo de don Reinaldo. La curiosa forma en que había hecho su ingreso en la vida el flamante vástago de los Parravicini, lo impulsó a decir una frase que luego iba a ser largamente recordada:

—Este chico va a ser hombre de armas llevar...

—Y un gran calavera —agregó el general Garmendia, que también estaba allí—. Lo felicito, coronel; la inteligencia le brota por los ojos a este botija...

“Pero otra cosa fue lo que me brotó”, refería, riéndose a carcajadas, cincuenta años después, el aplaudidísimo bufo. “Fuese el frío, fuese la posición en que me hallaba, cuentan que si mi padre no me retira a tiempo *lo lluevo* al coronel Souberain...”.

Un hombre de armas llevar...

La predicción resultó de una exactitud asombrosa. Florencio Parravicini fue hombre de armas tomar... y manejarlas bien. Tal vez tenía siempre presente aquel ladino pero juicioso consejo del Viejo Vizcacha:

Las armas son necesarias,
pero naides sabe cuándo...

Por lo que pudiera pasar, él siempre las llevaba, de tal modo que siempre salían cortando. En muchas peripecias que afrontó y que iremos refiriendo aquí, tuvo parte principal una espada o un revólver. Con algunas de sus anécdotas más jugosas ocurre lo mismo. Las armas intervinieron en ciertos momentos difíciles de su adolescencia, las usó en sus lides revolucionarias y en sus contiendas personales. Gracias a ellas se ganó la vida en las épocas más duras que debió atravesar. Hasta las hizo jugar un papel en algunas obras teatrales salidas de su pluma. Y, finalmente, un revólver brilló en sus manos cuando puso la palabra “fin” en el último capítulo de su vida. Nació entre armas, y un arma lo liberó de los dolores finales. El coronel Souberain había acertado...

El hombre que tuvo infancia

Los primeros años de Florencio... La felicidad que experimentó durante esa época, ¿no habrá sido una de las causas —la principal tal vez— de esa alegría irreprimible, volcánica, que le bailaba en el rostro y estallaba en una catarata de chistes y ocurrencias,

apenas se presentaba la oportunidad, en el teatro o en la calle? Por cierto, él no llevó a su juventud o a sus años maduros el lastre de una infancia desdichada. Siempre recordaba la suya con placer y agradecimiento.



A los 8 años de edad le tomaron esta foto al "niño Florencio", que adoptó, como se ve, una pose romántica, poco adecuada a la fama que ya por entonces había ganado.

“¡Si supieran! —decía en cierta ocasión—. ¡Si supiera aquel ilustre caballero gordo que se sienta todas las noches en la segunda fila de la platea; y aquella rubia oxigenada, que se ríe sin cesar cuando digo alguna tontería llena de perejil; si supieran los ingenuos muchachos del paraíso y las damas selectas de los palcos, que mientras estoy diciendo algo que estremece a la sala en un temblor de miedo o en una carcajada de alegría, mi pensamiento se aleja del teatro, de la obra, del personaje, de todo lo que me rodea, y corre hacia las lejanas y lindas horas de mi infancia...!”.

Sus retratos de entonces nos muestran a una criatura bien parecida, de rostro muy agradable. La boca, de labios firmes y bien trazados, es sugestiva. La barbilla resulta voluntariosa. Bajo el enrulado cabello se abren dos ojos grandes, de notable expresividad. Ya aparecen allí esas cejas pobladas y, sobre todo, esa famosa del lado derecho, que tanto iba a dar que hablar a la gente, años después. Ya entonces —por lo menos a partir de los cinco años— esa ceja se muestra disparada hacia lo alto, como una negra pronta a levantar vuelo. En otro retrato posterior la faz comienza a perfilar esa apariencia burlona que iba a caracterizar al Parravicini de los años siguientes.

Entre los asiduos concurrentes a la casa paterna, figuraban el general Roca, Avellaneda, Juárez Celman, Sarmiento, Vélez Sársfield, Eduardo Wilde. El notable humorista fue quien le prestó los primeros servicios profesionales a Florencio, ya que le aplicó la primera vacuna. Cuando ellos trataban arduas cuestiones militares o políticas, el chico se aburría soberanamente y despejaba el lugar. Pero si la conversación era matizada con bromas y agudezas, no se movía de allí ni a cañonazos.

Por fin decidieron que ya era hora de que fuese a aprender algo. No intentaremos hacer la lista de su actuación escolar, porque se convertiría en la lista de sus ignominiosas expulsiones. Florencio era un incomprendido. Los profesores no entendían, según parece, ciertas bromas subidas de tono que hacía apenas se descuidaban, ni sus espectaculares peleas con los compañeros,

que siempre salían malparados de entre las manos de este “malevito de buena familia” —como se denominó él mismo alguna vez—. Con su primo Raimundo Parravicini, que luego, siguiendo su carrera diplomática, habría de ser ministro argentino ante el Vaticano, concurrió al célebre Colegio de las Inglesitas, en la barriada de Flores. Allí duró poco tiempo, y lo mismo había de sucederle con los jesuitas. Estos hicieron el siguiente balance de su breve actuación en esas aulas:

Tres cabezas de condiscípulos averiadas. Cinco pupitres patas arriba. Ocho escapadas. Quince bromas pesadas al padre Barber, prefecto de estudios. Y unas cuantas docenas de faltas de menor cuantía...

La sentencia inapelable fue: ¡a la calle! Pero Florencio no se desmoralizó. Todo lo que fuera cambio, variación, novedad, le gusta mucho ya entonces. Y para él todas las escuelas tenían un defecto: pretendían que fuese disciplinado y que estudiara cosas tan insulsas como la aritmética. Así que abandonaba esas jaulas pedagógicas muy satisfecho, como un vencedor. Aunque sus familiares, que casualmente no pensaban lo mismo, no tardaban en tentar suerte nuevamente con otro colegio.

Pero el futuro intérprete de “Fruta picada” no aprendió a leer en ningún colegio. Lo que no conseguían castigos, disciplinas ni imposiciones, lo logró la simpatía de un preceptor particular que le habían puesto los padres. Se llamaba Fausto Sánchez, y había intervenido en la guerra contra el Paraguay. En sus memorias sobre esa contienda, se ocupan de él los generales Garmendia y Fotheringham. Capitán retirado, se defendía dando lecciones, y así fue cómo le tocó enseñar a Florencio las primeras letras. Como el profesor Bonnet —que también iba a su casa para enseñarle el francés y a tocar el piano—, don Fausto tuvo muchos dolores de cabeza con su discípulo. Pero al final logró sacarlo adelante. Una proeza de proporciones que

nadie había podido realizar. Tal vez le resultó un poco más costoso que tomar una trinchera...

El niño Florencio en la Penitenciaría

Por entonces, el coronel Reinaldo Parravicini fue nombrado director de la Penitenciaría Nacional. La familia Parravicini vivía, por lo tanto, al lado de la cárcel, y esa circunstancia inauguró para Florencio un nuevo ciclo de emociones y abrió a sus conocimientos un mundo extraño y cautivador. Al poco tiempo había intimado con muchos de los penados. Conocía los nombres y el récord de cada uno, y hasta sus manías. Cada cual tenía la suya. Uno de ellos, por ejemplo, que tenía en su haber algunos crímenes sensacionales, se mostraba tan pacífico y bueno, que los gorriones hubieran comido en su mano. Pero los gorriones no podían acercarse. En cambio, lo hacían las ratas, que abundaban en el lugar. El hombre ganó su confianza y las amaestró. Al final le obedecían según la inflexión de su voz. Cada uno tenía un nombre, que correspondía a los políticos y hombres públicos más conocidos. Un día el coronel entró intempestivamente. El penado, arrodillado junto a un boquete por donde salía en ese momento un roedor de largos y cuidados bigotes, lo llamaba:

—Vení, Parravicini, vení...

En esos tiempos aplicábase, en ocasiones, la pena capital. En vísperas del cumplimiento de alguna sentencia, el coronel hacía “acuartelar” a sus hijos, a fin de que no se enterasen del macabro acontecimiento. Pero en una u otra forma, ellos lo sabían. Presa de una curiosidad febricitante y angustiada, Florencio quedábase despierto, hasta que allá por la madrugada oíanse, amortiguados por la distancia y los gruesos muros, unos estampidos secos.

Uno de los fusilados fue Grasso, que gozó de un momento de lúgubre celebridad, por haber asesinado a su esposa y tres hijas. El chicuelo no consiguió, pese a todos sus esfuerzos, verlo en

capilla ni presenciar su ejecución. Pero después logró colarse en la morgue y curiosear el cadáver. Parece que se sintió él también un vengador a su modo, porque alguna vez refería:

—Creo que hasta le pegué unos tajos...

Pero casi todos fueron sus amigos. Parravicini no olvidó nunca a esos hombres extraños, aislados de los demás hombres. En una oportunidad, varios lustros después, se ofreció para darles un espectáculo en la cárcel. La función tuvo lugar un 25 de Mayo, poco antes de la Primera Guerra Mundial. Vivían aún —cumpliendo la pena de prisión perpetua— algunos de los reclusos que él conociera cuando niño...

Un compás casi asesino

Hicieron con él una nueva tentativa e ingresó en la Academia Británica. Entre sus condiscípulos figuraban Marcelo Torcuato de Alvear, Pablo Ángel Pacheco, Horacio Anasagasti y otros.

—He sido un estudiante pésimo. Pésimo. Pésimo... —habría de confesar luego él mismo—. En el colegio ingresé con carácter de diablo y sostuve mi reputación con heroísmo. Un día me peleé con un compañero, hijo del propietario de una gran tienda céntrica, y le metí un compás, íntegro, en la espalda. Casi se muere...

No es cierto que fuera tan mal estudiante. La historia, por ejemplo, lo apasionaba. Claro que cuando llegaba el momento de pasar al frente, no sabía nada, pero ya se sabe que Parra jamás en su vida aprendió los argumentos... Ante el profesor inventaba, improvisaba, pero con mucho menos éxito que el que luego habría de alcanzar ante públicos favorables y bien dispuestos. Su mímica y sus ocurrencias impresionaban poco al inflexible *magister*.

Además tenía una facilidad extraordinaria para el dibujo y la pintura. Pero las figuras y las frases que —diseñadas por él— corrían luego de boca en boca y de pupitre en pupitre, hubieran escandalizado al mismo Rabelais. Por eso las

autoridades escolares estaban lejos de encomiar sus habilidades en esas materias...

La *rabona* lo atraía irresistiblemente. Lo habían colocado como pupilo, pero los domingos podía visitar a su familia. El lunes, un sargento lo acompañaba para reintegrarlo a la escuela. Florencio iba con su violín, porque le gustaba mucho la música. A veces, el sargento lo dejaba en la puerta y se iba. Apenas había hecho mutis, el informal hijo del coronel salía en dirección contraria.

Vagaba sin brújula, y finalmente se encaminaba hacia Olivos, donde su familia tenía una quinta. Por allí existe aún la calle Parravicini. Pero las delicias de *la rata* se olvidaban al aproximarse la hora de almorzar, ya que él no tenía con qué. Entonces recurría a su violín, que pulsaba hábilmente. No dejaban de admitirlo en alguna fonda o restaurante, donde tocaba a cambio de la comida.

Más de uno de los parroquianos pensaría contristado, al echar una moneda en el clásico platito, en la desgraciada suerte de este chico obligado a ganarse la vida a tan tierna edad, ¡ni respingo hubiera dado el tal al enterarse de que estaba ante el hijo del director de la Penitenciaría Nacional y el nieto de un noble, heredero, además, de una fortuna millonaria!

Allá en esas propiedades que sus padres tenían en las afueras, disfrutaba de horas deliciosas. Disfrutaba cómodamente de su conquistada soledad, compartiéndola solo con los animales que abundaban en la vegetación que se extendía hasta el río.

Recorría las salas de la casona, desde donde lo vigilaban las armaduras y los retratos de sus antepasados, y cantaba, reía, hablaba. ¿Qué es lo que decía? Cualquier cosa, lo que le inspiraba en ese mismo momento su espoleada fantasía. Eran monólogos disparatados, donde se refería a sí mismo, sin orden ni concierto, los episodios vividos en los últimos tiempos, sus propias ocurrencias, las ideas que se iba formando sobre el mundo que lo rodeaba. De pronto introducía en su improvisación un espontáneo chiste, y él mismo lanzaba la carcajada. Y cambiando

repentinamente de parecer, salía corriendo para ir a martirizar algún bicho o tirotear las ramas pensativas de los sauces.

Finalmente, también en la Academia lo declararon *persona non grata*.

Pervirtiendo a los profesores...

En el colegio San José, que iba a ser, como los demás, campo propicio para sus aventuras, consiguió intimar con uno de los profesores.

La amistad le servía de salvoconducto para abandonar el edificio cuando se le antojaba. Y se le antojaba muy a menudo. Las escapadas tenían lugar cuando las sombras propicias ocultaban discretamente a los fugitivos.

Y así Florencio se puso en contacto, precozmente y por primera vez, con la bulliciosa vida nocturna.

Un día tropezaron infaustamente con el director del instituto. Las consecuencias fueron abrumadoras: el futuro actor fue expulsado una vez más, pero al profesor le fue peor aún. La aventura le costó el puesto.

Años después, cuando el joven heredero de los Parravicini viajaba por Italia con las alforjas llenas y procurando descubrir la mejor manera de vaciarlas rápidamente, se encontró con su antiguo *dómine*. Había superado los malos tiempos y estaba en buenas relaciones con algunos miembros de la aristocracia italiana, como el duque de Toscana, que presentó a Parra. Juntos, reeditaron en Roma las primeras experiencias alegres de la lejana Buenos Aires.

Uno de sus condiscípulos en ese colegio se llamaba Iturraspe.

El muchacho era sonámbulo. Florencio no se atrevía a molestarlo, temeroso de las consecuencias. Pero el asunto aguijoneaba tentadoramente su jocosa inventiva.

Una vez, cuando Iturraspe comenzó a recorrer dormido las salas y patios, Parravicini despertó a todos los pupilos, que

comenzaron a caminar tras aquel, en hieráticas posturas, conteniendo a duras penas el estallido de la risa. Como todos iban en camisón, parecía una procesión silenciosa de fantasmas.

Otras veces, mientras todos estaban durmiendo, él se deslizaba sigilosamente hasta donde pendía la campana, y de repente comenzaba a tocar a rebato. No solo se despertaba la población del colegio, sino el vecindario entero.

Todos corrían alarmados, creyendo que se trataba de un incendio o de otra catástrofe semejante. Florencio era el que parecía más ajeno a la cuestión.

Pero luego el disimulo le valió poco. Tan pronto se producía alguna barrabasada, comprendían que él era el responsable.

Las libras esterlinas y su puntería

Pero no solo había aprendido a saltar muros ilegalmente, a despertar profesores y a tocar el violín. Contagiado por el ejemplo de los *habitués* de su casa, todos los cuales sabían empuñar diversas armas y hacían prácticas ante él, se dio maña para aprender su manejo secretamente. En la quinta que su padre tenía en la antigua plaza de las Cabecitas, hoy Vicente López, solía ejercitarse sin censores molestos en el tiro al blanco. Seguramente pensaba: ¿por qué a los profesores no se le ocurre enseñarme cosas divertidas como esta?

Lo que menos le faltaban eran elementos para probar su puntería. Desde los avestruces o las elegantes garzas o los chajaes, hasta los cuidados mirasoles, ninguno se libraba de su persecución porfiada y de sus tiros certeros.

Un día, el padre —ajeno a los progresos de su hijo— le aconsejaba que comenzara a hacerse ducho en el manejo de las armas.

Para alentarlo, le refirió algunas hazañas de grandes tiradores. En todos los casos, Florencio se encogía de hombros, despectivamente.

—¡Bah! Eso no es nada.

El padre estaba asombrado:

—¿Y vos qué sabés, trompeta?

—Bueno, papá. Tiré una esterlina al aire...

Dudando, el coronel lo hizo. Apenas iniciaba el descenso del áureo disco, cuando el balazo del muchacho lo había atravesado de parte a parte. Repitió la prueba y pasó lo mismo. Padre e hijo se entusiasmaron, y el número fue repetido otra vez. De pronto, don Reinaldo detuvo a su hijo con un gesto:

—Bueno, basta. Si sigues tirando me arruinas a balazos...

La “rabona” en el teatro

En relación con esta manía suya de tirador, habría de ocurrirle años después un lance gracioso, que también incluye una referencia a su padre.

Parra, mimado por su público, solía olvidarse a veces de él. Suspendía la función sin avisar a nadie o diciéndolo a último momento. Y desaparecía hasta la jornada siguiente. Eso fue lo que ocurrió una tarde, en que quiso convencer a Vittone, Pomar y Ballerini —que entonces estaban en su compañía— para que fueran a divertirse con él.

—Vámonos por ahí, muchachos. Quiero festejar mi cumpleaños...

—¿Y la función?

Él se encogió de hombros:

—No se preocupen. Después yo arreglo todo...

Sus compañeros intentaron oponer objeciones, aunque con Parra era inútil.

—Pero Soria no sabe nada...

—No importa. Se va a enterar cuando vea que no aparecemos...

¡Y don Ezequiel Soria era el director del conjunto!

“Salimos, pues, en el auto de Parra”, cuenta Ballerini, recordando esta humorada:

Al llegar al Tigre tomamos un barco que nos dejó en una de las islas del Delta. Recuerdo que descendimos frente a una casa de hermoso aspecto y bien instalada. A poco apareció un señor, quien mostró gran alegría al ver a Florencio. Se le echó al cuello y no cesaba de abrazarlo, diciéndole: “Yo lo conozco a usted desde que era chiquito. Y a su padre también. Era muy amigo del coronel Parravicini...”.

Resultó que era el dueño del hotelito. El día era hermoso y el lugar mejor. Y como estábamos en buena compañía, las horas transcurrieron rápidamente, entre chiste y chiste. A veces, alguno de nosotros pensaba con remordimiento en la función frustrada esa noche, pero procurábamos olvidarnos. En cuanto a Parra, ni se acordaba del asunto. Llegó la hora de cenar. Mientras comíamos abundantemente, el hotelero no cesaba de recordar:

—¡Ah, qué gran amigo he sido yo de su padre! ¡Qué gran persona era el coronel!

Parra había llevado consigo una escopeta, para practicar su deporte favorito. Había por allí unos pollos y gallinas, y cada vez que pasaba cerca les tiraba con resultado siempre infalible. Mientras tanto, el hotelero, sin enojarse, sonreía con discreción. Y seguía invocando su antigua y devota amistad con el coronel Parravicini. Llegó el momento de pagar. Al ver la cuenta, el del cumpleaños pegó un respingo. Resulta que después de cada plato, figuraba un pollo.

Fiambres, tanto.

Un pollo, tanto.

Tallarines, tanto.

Una gallina, tanto.

Y así seguía la adición hasta el final.

Extrañado, Parra protestó:

—Pero, ¿de dónde salieron tantos pollos?

El hotelero volvió a mostrar su sonrisa discreta:

—Son los que usted mató con su escopeta —dijo tímidamente—. Yo no podía impedirselo. Como he sido tan amigo de su padre...

“Y tuvo que pagarla”, concluye Ballerini. “La cena salió costando un platal. Fue verdaderamente una cacería cara. Y, para colmo, cuando volvimos, Soria quería echarnos a todos...”.

Cuando casi mata a dos hermanos

Pero esta aventura, como tantas otras, solo representó un peligro para su bolsillo. En cambio, en su infancia, su temprana afición hacia las armas causó serios accidentes.

Uno de sus hermanos mayores, Jacobo, era también aficionado a las armas, y poseía una variada colección. Un día le regalaron un hermoso y moderno fusil. Por orden suya, el mucamo se había puesto a limpiarlo cuidadosamente. Al concluir, tuvo que dejar la pieza por un momento, y al ver el arma abandonada, la tentación lo llevó a tomarla. ¿Y si probara puntería? Distraídamente empujó el gatillo... En ese instante entraba su hermano Jacobo y ni tuvo tiempo de echarse a un lado.

Cuando se repuso del susto, notó que la bala había pasado rozándolo. Siguiendo su trayectoria, atravesó el tabique de la habitación contigua, que era el baño. En esos momentos estaba bañándose su hermana Silvina. Tampoco comprendió lo que ocurría, hasta que todo había pasado. La bala cruzó la bañera de parte a parte, pero sin herir a la que la ocupaba...

En su casa estaban ya acostumbrados a las travesuras de Florencio. Pero esa colmaba la medida. Impresionados por el suceso, los familiares se reunieron para decidir qué criterio debían adoptar en lo sucesivo para domar a ese diablo ingobernable.

Pero las medidas que tomaron entonces, como las que vinieron después, mucho más severas, no consiguieron nada.

Lo que más difícil resultaba era desarraigar su pasión por las armas de fuego. Era en vano que le repitieran:

—Un día vas a matar a alguien...

Sin embargo, él hubiese sido el primer sorprendido de saber que la profecía iba a recibir una confirmación alarmante antes de mucho. Fue cuando le metió un tiro en el pecho al mucamo de su hermano Reinaldo.

“Este muchacho es un caso perdido...”

SABLAZOS Y “SABLAZOS” ♦ ¡LO VOY A MATAR!
♦ LA BARRA BRAVA DEL HIJO DEL CORONEL
♦ EL MOTOR QUE IBA A SER EMPEÑADO ♦ ¡ES UN
ERROR JUDICIAL! ♦ POR QUÉ PARRA NO PUDO
EXHIBIRSE COMO “EL HOMBRE SIN HUESOS”

Después de cada uno de esos percances, que directa o indirectamente él ha provocado, Florencio se promete no reincidir. No se trata de una simple promesa formal arrancada por los parientes tras la conmoción del primer instante; tampoco de una decisión adoptada de labios afuera. Es un compromiso que contrae consigo mismo, asustado por el efecto de sus imprudencias. ¿Y si la trayectoria de aquella bala que rozó a su hermano Jacobo hubiera sido distinta en unos milímetros apenas? ¿Y si su hermana Silvina no hubiese esquivado milagrosamente ese mismo plomo? ¿Y si...?

Armas a la vista

Florencio es despreocupado, pero extremadamente sensible. En esos instantes en que la aflicción y el remordimiento lo atañean se propone ser más cuidadoso. En lo sucesivo no tocará las armas de fuego sino adoptando las más minuciosas precauciones. Más aún: solo ha de usarlas cuando se halle en la quinta paterna o en cualquier otro lugar apto para sus prácticas favoritas. ¿Cuántas veces habrá adoptado el muchacho resoluciones semejantes? Muchas, seguramente. Claro que nunca las cumplió. Y así fueron las cosas...

Pero, ¿de quién es la culpa, si la tentación sáltale a los ojos? En la mansión de los Parravicini las armas andan desparramadas por todas partes: en la sala que les está especialmente dedicada, y en las habitaciones de los hermanos mayores, y en la biblioteca, y en los cajones o sobre cualquier mueble. Allí figuran desde las más modernas herramientas para matar gente, hasta verdaderas reliquias; piezas codiciadas y antiquísimas. Entre tantas armas curiosas, exhibíase allí el trabuco que reventó por exceso de carga, en manos de uno de los Guerci, cuando quiso atentar contra la vida de Sarmiento.

Estocada a fondo y hombre al suelo

Para comprender esa afición solo es preciso recordar que el padre, don Reinaldo, es militar, como muchos de sus ascendientes. Todos los hombres de la casa han aprendido a servirse con destreza del florete o la pistola. En esa época aún se consideraba la esgrima y el tiro al blanco complementos indispensables en la educación de un caballero. Cada cual debía estar pronto para lavar su honor, apenas las circunstancias lo exigieran, aunque en realidad, y fatalmente, los duelos terminaran siendo una amable farsa, donde, salvo rarísimas excepciones, nadie sufría más heridas que algún dedo agujereado o un desgarrón en el antebrazo.

Por eso también “el niño Florencio” es enviado al colegio San Luis, donde el profesor Bay lo instruye en las artes espectaculares de la esgrima.

Él asimila rápidamente la ciencia de la finta y de la estocada, y lo demuestra en los varios encuentros sostenidos con otros condiscípulos. Pero esa sangre impulsiva que saltaba por sus venas, parecida a la de su pariente Bonaparte, da a las sesiones de entrenamiento las características de un combate a muerte. Un día, manteniendo un asalto con un amigo llamado Contreras, se le va encima audazmente, descargándole mandoble tras mandoble.

Cuando el profesor y los demás logran contener a Parra, el otro ya había rodado por el suelo, vapuleado en forma...

Ya veremos cómo esos sablazos, a veces peligrosos pero simplemente materiales, fueron los únicos que supo dar en su vida Parravicini. En cuanto a los otros, a aquellos a los que se ha aplicado simbólicamente la misma denominación, era realmente incapaz de asestarlos. Cada vez que necesitó pedir dinero, un miedo espantoso cohibía su lengua, siempre tan dispuesta, y paralizaba sus piernas. Los bolsillos de sus amigos y conocidos supieron muy pocas veces, por eso, de los “sablazos” de Parra...

¡Lo voy a matar!

Aquella tarde, por casualidad, Florencio ha vuelto temprano a su casa. Solo viene a ser un paréntesis de unas horas en sus correrías. Al cruzar una de las habitaciones de esa gran casa de la avenida Quintana, la antigua calle larga de la Recoleta, se encuentra con Manuel, mucamo de su hermano Reinaldo. A él le gusta provocar la charla de Manuel. No hace falta más que rozarle el puntillo de la vanidad y ya salen de su boca parlanchina abundantes anécdotas sobre las hazañas bélicas que en alguna época cumplió, según él asegura. Al muchacho le gusta dejar hablar al jactancioso, para luego desafiarlo con su incredulidad.

—No es cierto... ¡Qué va a ser valiente usted!

El otro se exaspera. Abunda en citas, en referencias, en pruebas.

Florencio permanece impasible. De pronto distingue la figura reluciente de un revólver, a través de un cajón entreabierto. Se apodera de él sigilosamente, mientras Manuel sigue hablando. Escondiendo el arma detrás de su espalda, gatilla una y otra vez. Le responde únicamente un ruidito breve y seco. No hay balas, pues...

Entonces se acerca al mucamo y exhibe sorpresivamente el revólver.

—¿Usted dice que es muy valiente, no?

—¡Claro!

—¡Vamos a verlo! ¡Lo voy a matar!

Florencio levanta el arma y apunta hacia esa sólida armazón humana que se le enfrenta. Piensa que el otro ha de salir corriendo, presa del pánico.

Pero ocurre algo inesperado. Manuel no se mueve. ¡Qué demonios! Está en juego su prestigio. Si ahora huye, “el niño Florencio” lo tomará en lo sucesivo para el titeo. El hombre no cree, además, que el hermano de su patrón vaya a balearlo en serio. Pero, de todas maneras, se necesita cierta dosis de valentía para aguardar a pie firme, mientras a uno le encañonan el pecho. Florencio está sorprendido:

—¿Le tiro?

—Y..., si quiere...

Es una bravuconada de Manuel y una extravagancia de Florencio. Los dos están seguros de que la cosa terminará alegremente, entre risas y bromas, como empezó. El muchacho sabe que el revólver no está cargado, y el mucamo —aunque no lo ha comprobado— intuye que es así. Pero, sin embargo, los dos están tensos, molestos, ¿Qué pasa? La desazón crece en Florencio. Comprende que es una broma estúpida. Pero no pueden retroceder. Quien renunciara a la prueba, sería luego víctima propicia para las chanzas del otro. No duda más, y tira.

¿Dónde está la sangre?

La burlesca polémica acaba por tener un final absurdo y desgraciado.

Parravicini niegase a creer lo que sus ojos le denuncian, pero es inútil. Entre la humareda, distingue vívidamente a Manuel tendido en el suelo, exánime. Tiene una mano en el pecho. Allí, justamente, ha ido a dar la bala, esa bala caprichosa que se negó a salir antes y que en cambio lo ha hecho ahora, tan inoportunamente.

¡Acaba de matar a un hombre!

El futuro fabricante de carcajadas no tiene tiempo para desesperarse. Ahora se trata de prestar socorros, de comprobar si, realmente, todo está perdido. Corre y se arrodilla junto al mucamo.

Manuel gime blandamente y de pronto se desmaya.

Realmente es patético el cuadro que ofrece el adolescente, con el otro inerte en sus brazos. Así lo encuentran sus familiares cuando acuden espantados, atraídos por el tremendo estampido.

Nicolás, el hermano mayor, ordena que se llame de inmediato a un médico. Reinaldo y Jacobo comprueban que aún respira; le toman el pulso, entrecierran sus ropas y lo depositan sobre un sofá. Uno de ellos —no Florencio, que se halla completamente apabullado, aunque sus hermanos ni lo miran siquiera— hace un notable descubrimiento.

—¡No hay sangre!

Es cierto. La roja savia no aparece por ningún lado. Ese puede ser un síntoma muy bueno, o muy malo... Pero no hay tiempo para hacer deducciones, porque el médico acaba de llegar y pone manos a la obra.

Procura seguir el rumbo de la bala a través del saco perforado de Manuel. Pero... Considerando la cuestión, lógicamente ahí mismo, sobre el corazón, la piel debería mostrar un tremendo ojal. Ese ojal no está. ¿Dónde ha ido la bala?

Aquí es donde se descubre la intervención de un factor inesperado. Manuel llevaba en el bolsillo alto del chaleco un reloj voluminoso, pesado. Es allí donde se ha incrustado el balazo. La máquina ha venido a salvar, pues, la vida de su dueño. Pero, ¿por qué se ha desvanecido este? Cada uno de los presentes reacciona de su angustia con una sonrisa comprensiva:

—El miedo, señores. Muy humano...

Pero el reloj no salió indemne de la aventura. Al contrario, ha saltado en pedazos. El médico comienza a extraer de la piel, sobre las costillas y el pecho, donde se habían adherido fuertemente, rueditas, tornillos, clavos, tuercas, trozos de vidrio. Estupefacto, pregunta:

—¿Pero qué diablos le ha ocurrido a este hombre?

Jacobo ensaya una explicación de lo que no puede explicarse:

—¿Sabe, doctor?... Florencio estaba jugando... con ese revólver. Por ahí se le escapó un tiro... Pasaba Manuel... y...

—¡Pero, qué bárbaro! —interrumpe el otro—. ¡Ni que le hubiera pegado el tiro con un reloj! ¡Tiene el pecho como una relojería!

En ese instante se levantan los párpados de Manuel, y unos ojos asustados parecen preguntar si despierta en el reino de los vivos o en el de los muertos...

Ni su conocida ligereza, ni el imperdible buen humor impiden que la fuerte impresión recibida perdure por algún tiempo en Florencio. Poco tiempo le dura, para ser veraces. Pero recién unos años después podrá comentar el asunto con burlona displicencia:

—Fue una refección difícil, pero el pobre Manuel se curó finalmente. Yo creo que se hubiera curado mucho antes, si en lugar de llamar a un médico, llaman a un relojero...

Como siempre, sacará de cada suceso una moraleja risueña. Para él es cierto aquello de que está bien todo lo que termina bien. Y eso es lo que ha de ocurrirle durante toda su vida. Cuando la suerte parece mostrársele esquiva, es solo un espejismo momentáneo. Está atada a Parravicini por la misma cadena dorada, y no lo abandonará jamás...

Tres compinches que se las traen

Es que Florencio se cuida poco de lo que puedan pensar o decir los demás. Son los otros quienes deben estar siempre preocupándose por cada uno de los pasos que él da. Son sus parientes o amigos los que viven de sobresalto en sobresalto.

Los hermanos mayores se quejan de la blandura con que doña Rafaela trata a Florencio. Sigue siendo el preferido, el benjamín... Pero ellos no pueden demostrar, ciertamente, que sus

métodos violentos hayan conducido a resultados más alentadores. Finalmente, deciden tomar una medida que por lo menos ha de permitir que se serenen los nervios excitados de sus familiares: lo enviarán al campo por unos meses.

A Florencio le gusta mucho el proyecto. Pocas cosas le agradan más que alejarse de censuras, recriminaciones y tutorías. Precisamente uno de sus amigos, Alberto Doyhenard, acaba de invitarlo a pasar una temporada en la estancia de su familia, cerca de la estación Garín. También será de la partida Pablo Ángel Pacheco, cuya amistad con Parra ha de renovarse luego durante largos años, a través de sucesivos encuentros en París.

Se trata de una barra brava.

Los tres compinches tienen gustos parecidos, una extraordinaria e idéntica avidez por acumular experiencias —que si son riesgosas, mejor— y una audacia que no conoce el miedo. Florencio, como siempre, dirigirá las operaciones. ¡Pobres de aquellos que se les pongan a tiro!

El motor salvador

El programa se desarrolla exitosamente durante un tiempo.

Los amigos usan y abusan de una libertad tan amplia como fructífera. Solo experimentan una molestia: la falta de dinero. Sus respectivas familias, acusando cierta penetración psicológica, les han regateado los fondos y empequeñecido la bolsa, para cortar las alas de estos aventureros adolescentes. Sin plata, se verán obligados a limitar sus correrías.

¿Cómo van a admitir los tres mosqueteros de barba incipiente, que un obstáculo tan vil les impida el logro de ciertos placeres y determinadas satisfacciones? Apelando a recursos heroicos, empeñan o malvenden algunos objetos de su pertenencia. Así se hacen de algunos pesos y pueden financiar sus amores con el chinerío de las inmediaciones.

Pero pronto descubren que ni arañando los bolsillos se encuentra un cobre. El reloj de Florencio ha sido pignorado, e igual suerte han corrido las pertenencias de algún valor de sus dos compañeros. ¿Qué hacer ahora?

—¡Como no nos empeñemos nosotros mismos! —masculla Florencio, ensombrecido.

Doyhenard y Pacheco cavilan. De pronto, el primero da un salto. Una idea originalísima se ha abierto camino en su caletre, y en su prisa por exponerla a los compañeros, se le traba la lengua y tartamudea:

—¡El motor, muchachos!

—¿Qué motor?

—¡El que da luz eléctrica a la estancia! ¿Qué les parece si lo convertimos en plata?

—¡Estupendo! ¡Venga un abrazo, hermano!

El proyecto es magnífico, en eso todos están de acuerdo. Pero, ¿cómo llevarlo a la práctica? Los familiares de Doyhenard están ausentes pero allí hay peones, algún capataz y, sobre todo, el mayordomo, que no les pierde pisada. Sin embargo, esas dificultades no desalientan a ninguno de los tres. Nadie habla de ellas. Se trata, únicamente, de encontrar un plan satisfactorio para realizar exitosamente la empresa.

Los conjurados se van a dormir, prometiéndose consultar con la almohada la táctica a emplear en la emergencia.

Al día siguiente vuelven a reunirse, sonrientes y satisfechos. Y el maquiavélico plan comienza a ponerse en ejecución.

Los inocentes atropellados

Los peones se acuestan temprano, por la noche. Esperan, pues, a que por ese lado todo esté tranquilo y quieto. Deliberadamente, dejan la cena para la última hora.

El mayordomo está impaciente. ¿Es que estos muchachos piensan tenerlo levantado hasta la madrugada?

No. Piensan algo mucho peor. Antes de sentarse a la mesa, le ruegan cariñosamente que les traiga de la bodega alguna botella de buen vino.

El hombre, paciente, desciende al húmedo sótano, cuya llave solo él maneja, dicho sea de paso. No bien se escuchan sus pasos en la escalera, los muchachos cierran la tapa y construyen sobre ella una barricada: roperos, mesas, baúles, se amontonan allí para impedir toda tentativa de huida. El pobre hombre no podrá molestarlos por un rato largo. Y, seguramente, no ha de salir por sus propios medios...

Quedan, sin embargo, otros enemigos temibles: los perros.

También con ellos se emplean el engaño, primero, y la fuerza, después. Los compran con un poco de carne y luego los encierran.

Despejado ya el camino de adversarios peligrosos, solo les falta robar el motor. Y ahora los tenemos camino adelante, a bordo de un rechinante carro que va dando tumbos con su misteriosa carga, entre las luces opacas de la madrugada. Detrás se mueven unas sombras lerdonas: se trata de alguna hacienda, que los compinches han reunido “de paso”, para venderla en el camino.

Efectivamente, logran colocarla en Escobar. No han hecho un buen negocio, precisamente, pero ellos necesitan plata y se permiten esa generosidad con los bienes ajenos. Así consiguen el dinero necesario para pagar sus pasajes hasta la capital.

Llegan al fin. Solo calculan una estada breve para pignorar el motor y divertirse un poco, a fin de volver con nuevos bríos al teatro momentáneo de sus hazañas. Pero al arribar a la estación Retiro, divisan en el andén a algunas personas conocidas. ¿Qué hacen aquí? Estupefactos, se llaman mutuamente la atención. ¿Quién ha podido avisarles? Resulta que también hay empleados policiales y vigilantes.

Los tres son rodeados rápidamente y los llevan detenidos, junto con el motor, causa inocente de su desgracia. ¿El

inesperado golpe ha aplastado a los amigos? Al contrario; reaccionan rápidamente e intentan una contraofensiva. Florencio acude a todas las reservas de su desfachatez, y protesta:

—¡Este es un atropello insoportable! ¡Una equivocación tremenda!

—¡Una injusticia! —subraya Pacheco.

—¡Un error judicial! —refuerza campanudamente Doyhenard.

Pero la representación de tan formidables actores se desarrolla, desgraciadamente, en el vacío. Los rostros severos que los cercan demuestran incredulidad, condena e incomprensión. Inútil pretender convencerlos. Uno de los parientes de Doyhenard intenta darles el golpe de gracia:

—¿Cómo pretenden negar que estaban cometiendo un robo? Y si no, ¿adonde llevaban ese motor?

Parravicini lo mira de frente, y sin pestañear, contesta con rapidez:

—Lo llevábamos a componer... ¿No ve que está descompuesto?

Tenía razón. ¿Cómo no iba a estar en malas condiciones la pobre maquinaria, después del trato hereje que le habían dado los raptos?

Pero la situación no podía ser arreglada con desenfado y sangre fría. Los amigos tienen que aguantar la breve detención y el chubasco de quejas, protestas y recriminaciones.

Pero, en cuanto a Florencio, el drama no ha hecho sino empezar. Un rato después se presenta en su casa el señor Doyhenard, padre. Su indignación lo lleva a interponer ante la familia Parravicini una protesta en forma. Los hermanos de Florencio, que se preparaban para administrarle un correctivo ejemplar, sienten crecer su furia con el nuevo combustible.

Allí mismo comienzan a propinarle el castigo, que dista bastante de ser suave. Ante ese espectáculo, el señor Doyhenard siente que su furia comienza a perder fuerza. Se había presentado reclamando venganza, pero ahora, paradójicamente, se transforma en defensor de aquel que lo ha agraviado. ¡Este

Parra! Está visto que hasta sus peores momentos se verán suavizados siempre por una intervención inesperada.

—¡Y vean ustedes qué lástima! —habría de decir alguna vez, al acordarse de aquella situación difícil—. Si no hubiera sido por el señor Doyhenard, hoy yo podría exhibirme en el paseo de Julio como “hombre-fenómeno”. ¡Adelante, señores! Aquí está el hombre sin huesos... *Veinte centavos la entrada*. ¿Se dan cuenta? Porque si aquel no me defiende, mis hermanos me hubieran arrancado allí todas las costillas a bastonazos...

El muchacho era, evidentemente, un caso perdido. En ese criterio coincidían familiares, amigos y preceptores y hasta los mismos compañeros y condiscípulos del endemoniado nieto del embajador de Austria-Hungría. Únicamente su madre, que soportaba como los demás las consecuencias de estas actitudes de Parra, se negaba a dejarse influenciar por la opinión general. Ella creía en ese muchacho. Es cierto que estaba lleno de defectos. Pero adivinaba en él, con aguda sagacidad maternal, ciertas condiciones extraordinarias que finalmente habrían de revelarse, pese a todos los contratiempos. Las costras de barro eran bastante espesas. No obstante, habría entre ellas, seguramente, algunas pepitas de bonísimo oro. Solo era preciso lavar la mezcla con paciencia, dejar hacer al tiempo, tener confianza. Y ella jamás perdió la confianza en Florencio. Fue la única de sus familiares que no se asombró de la carrera meteórica que este habría de cumplir luego. Las ovaciones que después recogería abundantemente por el mundo ya le habían sido dispensadas por el corazón materno con notable prioridad.

—Usted es demasiado complaciente con él, mamá...

—Tal vez, pero...

Y como para dar consistencia y fundamento a este “pero”, el muchacho loco sorprende repentinamente a todos con un hecho estrafalario, con una hazaña increíble en sus pocos años. Él, que había puesto tantas veces en peligro la vida de los demás, se juega un día la suya para salvar la del prójimo.

El niño Florencio salva una vida

LA INDISCUTIBLE VALENTÍA DE PARRA ♦ INCENDIO
♦ LA DESEADA OVACIÓN ♦ ¿QUÉ LES HABRÁ HECHO
EL GATO? ♦ DÓNDE APUNTAN LOS RASGOS COMPLEJOS
DEL FUTURO ACTOR ♦ “NUNCA HE PODIDO HACER
MORIR A NADIE”

La intrepidez es, posiblemente, una de las cualidades más afirmadas en Florencio Parravicini. De ahí proviene, justamente, la abundancia y temeridad de sus aventuras. Poner la mano en el fuego es peligroso, pero tiene sus compensaciones. La compensación consiste, para Florencio, en ese sabor agrídulce, en esa emoción violenta y frenética que se experimenta durante tales instantes. Es eso, precisamente, lo que ha de buscar luego, cuando se lance a velocidades vertiginosas en su motocicleta o a subir por primera vez en avión —considerado entonces solo un novedoso vehículo de la muerte—, o deambular sin un cobre por Europa, frente a la vida, con una decisión tan grande como sus hambrunas, las hambrunas auténticas que en su existencia sucedieron más de una vez a los periodos fastuosos.

¡Se quema la casa!

No es que Parra se jacte de esta condición suya. Pero refiriendo en cierta ocasión alguna grave peripecia, explica:

—Uno de mis defectos más peligrosos es el de no ser cobarde. El valor, como la cobardía, son virtudes que no se fabrican. Ni se compran. Se nace con ellas... Y por ser valiente, más de una vez me hincharon un ojo, aunque yo también, gracias a Dios, he golpeado todos los ojos que he podido.

La familia Parravicini reside por entonces en una gran casa situada en la calle Juncal, entre Larrea y Azcuénaga. Florencio conoce al dedillo los alrededores, y también al vecindario. Como Napoleón antes de dar una batalla, el muchacho estudia siempre a fondo lo que ha de ser el campo propicio para sus travesuras, si es que puede dársele un nombre tan inocente a los desaguisados que comete. Sabe así qué verjas son pasibles de escalamiento, y qué vecinitas se prestan mejor a su galanteo precoz. Junto a su casa vive la familia Cabrera, uno de cuyos hijos se llama Raúl. El chico, que solo tiene nueve años, está dotado de una vivacidad y una simpatía muy particulares. A pesar de la diferencia de edades, Florencio se siente atraído por él. Por su parte, Raúl lo admira sin reservas. No tardan en hacerse buenos amigos.

Una noche, a horas avanzadas, gritos angustiosos despiertan a los vecinos:

—¡Fuego! ¡Auxilio! ¡Se está quemando la casa!

En unos instantes, puertas y balcones se ven atestados por gentes ansiosas arrancadas al sueño. Es en la casa de los Cabrera: se ha declarado un violento incendio, y las llamas asoman sus lenguas insolentes desde los pisos superiores. La familia Cabrera ha logrado salir a la vereda, y sus miembros, abatidos, ven cómo el fuego devora rápidamente sus pertenencias. Los bomberos aún no han aparecido.

De pronto, entre la confusión general, alguien pregunta:

—¿Y Raúl? ¿Dónde está Raúl?

Con la familia no está. Entre los curiosos, tampoco. Sin embargo, hace unos momentos descansaba, como los demás, en uno de los dormitorios de arriba. Es el único que falta... La gente comienza a vislumbrar la tragedia. La madre, espantada, no hace más que llamar a su hijo:

—¡Raúl! ¡Raúl!

Florencio está junto a los suyos, asomado a un balcón, en camisa de dormir. Desde el primer instante asiste a ese

espectáculo impresionante del incendio. Pero él no sirve para espectador. Jamás se contentó con la pasiva actitud del que se limita a observar. Es, auténticamente, un actor. Un actor de la vida. Por eso no puede extrañar que ahora dé un salto hasta la calle, antes de que los suyos puedan retenerlo. Pasa veloz, enfundado en su camisa, ante la familia Cabrera, y grita a la angustiada madre:

—¡Señora! ¡Yo le salvaré a su hijo!

Pero a lo mejor no tiene tiempo de gritar nada. Probablemente no hace más que correr hasta hundirse en esa caverna de humo y llamas en que se ha convertido la casa. La gente amontonada, a la que paraliza el temor y el asombro por la intrépida actitud del muchacho, lo ve desaparecer...

Buscando una salida entre el fuego

Florencio se encuentra en las habitaciones llenas de humo, donde el fuego chisporrotea y avanza aquí y allá. Tose, se sofoca, siente dificultarse su respiración. Pero en realidad, recién después se da cuenta de cuán difíciles fueron esos momentos. Ahora, los ojos brillantes, la ansiedad alerta, corre por la casa con paso ágil. Abajo no encuentra a nadie. Sube rápidamente las escaleras y se precipita en las otras piezas. Parece que aquí tampoco... Pero no. De la última habitación llegan gemidos. Es el chico que, acostado en la cama, llora lastimosamente. El toma a Raúl en sus brazos y corre hacia la salida. Solo le resta presentarse espectacularmente ante el público reunido. Se siente triunfador. Pero demasiado pronto. El peligro recién comienza. Florencio corre de un lado para otro, pero no encuentra una salida practicable. Las llamas y el humo cierran el paso, esconden las puertas, le dificultan la visión. ¿Es que salvado y salvador están condenados a una muerte lastimosa? Florencio nota que comienzan a faltarle las fuerzas. El chico sigue llorando desesperadamente.

En ese mismo instante ve que las llamas del costado izquierdo comienzan a doblarse y a desaparecer, como si se devoraran a sí mismas; y que entre las paredes ennegrecidas y los escombros se abre un corredor transitable. No, no se trata de un milagro. Es que acaban de llegar los bomberos, y los poderosos chorros de agua se baten a muerte con el fuego. Florencio corre ahora hacia la escalera, ya libre de llamas. Pero no alcanza a poner el pie en el primer escalón, cuando se desploma, minada por la hoguera. Entonces se asoma al balcón más cercano. Los bomberos tienden la clásica lona, que no tarda en recibir los dos cuerpos. Raúl, siempre en brazos de Florencio, ha resultado completamente ileso. Pero su amigo...

Esa naturaleza incontrolable

Florencio acusa los efectos de la hombrada. La fatiga, la lucha contra las llamas, y como remate ese golpe final de la caída, han sacudido su organismo. La lesión interna que sufre se acusa en un violento vómito de sangre.

Y así, exhausto, enfermo, recibe congratulaciones, abrazos, aplausos. Es un héroe... Pero lo que seguramente le agrada más es haberse constituido en el centro de la atención general. Es que desde ya le gusta conquistar al público, arrebatarlo y hacerse querer por él. Florencio paladea golosamente ese éxito, y cae desmayado.

Y he aquí que sus familiares, sorprendidos, se ven enfrentados una vez más a esta naturaleza variable, desconcertante, singularísima. El muchacho incontrolable, el autor de tantos malos ratos que han pasado, se revela ahora en un nuevo aspecto. ¿Quiere decir que, después de todo, está hecho de buena madera? Eso es, por otra parte, lo que siempre afirmó su madre.

Orgullosos de ese gesto heroico de Florencio, sus hermanos están dispuestos a olvidar lo pasado, a mostrar indulgencia y a empezar de nuevo la cuenta...

Pero no se apresuren. La condición de Florencio no se ha alterado un ápice, no hay en él variación alguna. Sigue siendo insubmisivo, travieso, inquieto. No han concluido aún en su hogar de elogiar la proeza, cuando Florencio los apabulla con una locura, y otra y otra más. Verdaderamente, el muchacho no podría hacer olvidar sus bromas ni salvando una vida por día...

“Vengan; no hay perros...”

En la misma cuadra está emplazada la residencia de la familia Guimaraes. Cierta vez, Florencio se entera de que se hallan veraneando desde hace un tiempo. La casa ha quedado sola. De inmediato se le antoja la posibilidad de una emocionante exploración en ese mundo ignorado. Para compartir las emociones que esa empresa ha de depararle, seguramente, busca compañeros. Entonces se confía a dos amigos de su misma edad, Diego y Manuel Fernández.

Ellos sienten algún recelo por los peligros que pueden acecharlos en la casa ajena.

Florencio se impone con energía:

—Vengan sin miedo. Ya me hice un plano del lugar. No correremos peligro, porque no hay perros.

Desechadas todas las vacilaciones, los expedicionarios se ponen en marcha. Escalando la pared del fondo de la casa de Florencio, trepan por un techo hasta llegar a la casa vecina. Nuestro aventurero, asomándose por el pretil, contempla el patio por algunos momentos. Los otros permanecen agazapados. Parra les hace una señal alentadora y siguen avanzando. Por la escalera de un altillo bajan hasta el patio. ¡Hurra, se han apoderado del edificio! Descubre que, como si se hubiera querido favorecer sus planes, la puerta del comedor ha quedado sin llave. Por allí se deslizan al interior de las habitaciones. Y entonces comienza una verdadera batalla campal.

Pero, ¿batalla contra quiénes? ¿No habíamos quedado en que la casa está vacía? Es cierto. Las hostilidades tienen lugar contra muebles, alfombras, adornos. No queda títere con cabeza ni vajilla sana. A botellazos rompen espejos, estatuas y cuadros. Los percheros y mesitas son hechos trizas y desventradas las macetas. Pero cuando más empeñados están en su furor destructivo, los sorprende un gemido impresionante. ¿Qué ocurre?

Derramando sangre inocente

Los temerarios exploradores quedan en suspenso por unos momentos.

El primero en reponerse es Florencio.

Pero apenas ha dado dos pasos para ir a enterarse de lo que sucede, se le aparece un gato con el pelo erizado, maullando estremecedoramente, amagando temibles zarpazos. Es el gato de la casa, al que habían dejado encerrado, y que se halla enfurecido por el hambre.

Al verlo avanzar, Florencio descuelga de una panoplia cercana un florete y lo atraviesa de una estocada. Así es como el gato resulta la única víctima, inocente por cierto, de esa arrasadora invasión.

Pocos días después regresa la familia Guimaraes. Apenas abren las puertas se ofrece a sus ojos un espectáculo impresionante. Muebles, lozas, ropas, yacen destrozados y revueltos en todas las habitaciones, como si por ellas hubiera pasado un centenar de encolerizados jabalíes. En un rincón están los restos del gato. Atinan a llamar a la policía. Pero esta no encuentra ningún rastro orientador. Y por otra parte, se comprueba que no ha sido robado nada. No han podido ser ladrones, pues. ¿Quién, entonces? Nadie puede decirlo, a pesar de que todos los vecinos desfilan por la casa para contemplar el estropicio y expresar su pesar a la estupefacta familia. Uno de los primeros

en presentarse, y seguramente el más condolido de todos, es Florencio. No cesa de anatematizar a los autores del atentado:

—¡Pero qué bárbaros! Y el gato, ¿qué culpa tenía?

Si a alguno de los presentes se le ocurriera observar atentamente su rostro, tal vez podría descubrir que la ceja derecha se eleva y descende nerviosamente, y que en las comisuras de la boca porfía por abrirse paso una risa chacotona. Pero su cara de seriedad y compunción despista a todos. El futuro histrión está presente de cuerpo entero en esta singular farsa. Cuando se está riendo por dentro, los demás creen en la tristeza que cubre su rostro. Muchos años después, convertido en imán para millares de ojos y oídos, se le dará también el juego contrario. Y tal vez le ocurra que mientras suscita oleadas de risas con sus palabras y sus gestos, la melancolía esté mordién-dole despiadadamente, muy adentro. Es el destino de los grandes actores. Eligen una vez la máscara, y ya no pueden desprenderse de ella jamás.

Un combate en plena calle

¿Descubriría su familia todos sus entuertos? Todos no. El de la casa de los Guimaraes, por ejemplo, quedó envuelto en el misterio. Pero en otros casos, los hechos se desarrollan abiertamente. Florencio tiene algunos amigos que concurren al colegio Negrotto. Por eso acostumbran pasar por allí, para luego planear con ellos sus correrías. Un día se produce allí un pequeño alboroto e intervienen los vigilantes.

Los golpes menudean. Pero los estudiantes están lejos de limitarse a recibirlos. Los dan también, y en buena cantidad. Cuando el cuerpo a cuerpo se hace peligroso, recurren a los cascotes.

Finalmente, la superioridad de las fuerzas policiales es tan abrumadora que los rodean y son conducidos a la seccional más próxima. ¡El hijo del director de la Penitenciaría Nacional, arrestado por causar desórdenes en la vía pública!

“Cuando quiera, me volveré loco”

Tras nuevos conciliábulos familiares lo envían “al destierro”, en la quinta de San Isidro.

Allí se empeña en atormentar al cochero de la casa, Armando, asegurándole que él, Florencio, está por volverse loco.

El otro se niega a creerlo.

Un día, el muchacho se obsesiona con su fingida locura, comienza a hacer barbaridades en la casa, grita, destroza los vidrios de las habitaciones, que lo lastiman, corre desatentado. El empeño que pone en parecer loco llega a alterar un poco sus facultades mentales.

Cuando llega el cochero, se asusta ante ese espectáculo. Florencio, con los ojos casi fuera de los órbitas, la cara ensangrentada, la boca llena de espuma, se le arroja encima y lo muerde.

El cochero, presa de un pánico atroz, procura huir. Lo consigue, pero la impresión ha sido demasiado fuerte, y cae enfermo.

Cuando a Florencio le comunican que tiene más de cuarenta grados de fiebre, respira satisfecho. ¡Ahora aprenderá ese rústico que pretendía resistirse a su influencia! Porque, en el fondo, eso es lo que ha empujado a Parra a esa locura. Convencer, rendir, imponerse a quien se muestra impermeable a su ya desarrollada capacidad para el fingimiento y la farsa.

Si aquí nos permitiéramos dar un salto en el tiempo, comprobaríamos que Parravicini no perdió jamás esa costumbre. Espectador que aparecía sustrayéndose a su “vis cómica”, lo perturbaba, lo molestaba, lo enfurecía. Realmente era un caso curioso. Estaba representando en su teatro ante salas repletas de gente. Todos festejaban con ruidosas carcajadas cada gesto y cada chiste del inimitable bufo. Pero apenas este distinguía a una sola persona que no se sumaba al coro general, se ponía de pésimo humor. Provocó, así, algunos incidentes que a veces tenían ribetes humorísticos, y otras no. Un caso así es el que suele recordar Benita Puértolas, quien actuó durante tanto tiempo en la compañía de Parravicini.

“Se va él, o me voy yo”

También esa noche el teatro está lleno. La representación se desarrolla, como siempre, entre abundantes risas y aplausos.

De pronto, Parra nota que en una de las primeras filas, un señor de edad mediana se mantiene ajeno al regocijo general.

En todo caso, condesciende a esbozar una sonrisita. Pero esa sonrisa tiene un marcado sabor irónico. Parra, ya nervioso, se dedica a observarlo.

En el segundo acto las cosas se agravan. El gesto burlón se ha instalado definitivamente en la cara del espectador misterioso. El autor de *Melgarejo*, malhumorado, comienza a dirigir miradas poco amables a su mudo crítico. Finalmente, y ya colérico, suspende la representación.

Adelantándose hacia el proscenio se dirige al público con un corto y elocuente *speech*.

—Estimados amigos: entre ustedes hay un señor, precisamente el que está sentado en ese extremo de la tercera fila —¡sí, a usted me refiero!—. Muestra desde hace rato una sonrisita irónica que me irrita los nervios. Así yo no puedo seguir trabajando. O él se va o yo planto la obra aquí mismo...

Una pausa llena de expectación. Y Parra remata:

—Como es posible que a mí no me haga caso, les



Como otros notables histriones, Parra eligió su máscara desde muy pequeño y ya no pudo desprenderse de ella jamás. Siempre despistó a los que lo rodeaban.

ruego a ustedes, que han pagado dos pesos para presenciar el espectáculo, que le hagan entender que debe retirarse del teatro...

Las últimas palabras del cómico se pierden entre una rechiffa ensordecedora. Los silbidos se dirigen, por supuesto, al espectador reacio a la risa. Él intenta hacer valer sus derechos y resistir la presión general. Pero la algarabía arrecia, y se distinguen cada vez más los gritos conminatorios: “¡Que se vaya...!”. Entonces se levanta y abandona el campo.

La representación continúa enseguida. Pero ahora no hay un solo espectador que turbe la regocijada unanimidad del público adicto al bufo...

Solo de risa puede matar a la gente

En cuanto al cochero, queda por decir que no se murió. Las peligrosísimas ocurrencias de Florencio ponían en trance de muerte a medio mundo, pero, finalmente, los entuertos se resolvían en la mejor forma posible y la tragedia se convertía en cosquilleante *vaudeville*.

—¡Si ustedes supieran —decía él— cuánto me agradaría ocupar en la historia el sitio reservado a los grandes delinquentes! Sin embargo, no puedo. Desde chico me consagré a las pillerías más extravagantes, con una mala suerte tan notoria que nunca he podido hacer morir a nadie. Si alguien ha muerto por mí, habrá sido de risa. Conozco a más de un hombre que ha consagrado su vida a hacer el bien, y que sin quererlo es causa de infinitas desgracias. En cambio, yo, que he puesto en práctica todos los medios y remedios inventados desde Hipócrates hasta Lorentz para destruir la humanidad, solo consigo aumentar el número de mis amigos...

El cochero Armando iba a convertirse también en uno de ellos. Durante muchos años, Parra recibía todas las semanas

nutritivos envíos de huevos y otros artículos de granja que Armando le mandaba puntualmente...

¿Parra, sacerdote?

Y mientras este asesino fracasado concibe esas travesuras que aterrorizan a los suyos, está en trance de convertirse en sacerdote. ¿Una broma más? ¡Quién sabe! Entre sus preceptores hay un fraile que ejerce cierta influencia sobre el espíritu de su inquieto alumno. Se ha empeñado en que Florencio tome los hábitos, y machaca insistentemente sobre el tema, cada vez que se entrevista con él.

Al principio parece haberle gustado la idea a Florencio. Tal vez se sienta atraído por el misterioso e impresionante espectáculo de las ceremonias religiosas. Ayudado por las abundantes luces de su imaginación, se ve a sí mismo, recorriendo los caminos, convertido en mendicante franciscano, dotado de esa picardía que Anatole France descubre en el limosnero de “El figón de la reina Patoja”. O fabricando aromático anís en la reposada intimidad de un convento. O...

Pero tal vez no tuvo tiempo para dejar correr su fantasía. Una nueva voltereta en su vida, un nuevo cambio en su carácter y el proyecto había de ser abandonado. Lo cierto es que hablaron de él, por última vez, poco antes de que hiciera una de sus mayores trastadas.

Fue cuando convenció a su familia de que le diera dinero para estudiar en París, y en cambio... Pero de eso ya hablaremos después.

Finalmente, el coronel Reinaldo Parravicini resuelve hacerlo cursar el bachillerato en el Colegio General San Martín.

Es una de las últimas medidas que adopta con respecto a Florencio. Poco después fallece, y, en lo sucesivo, el audaz adolescente ha de quedar bajo la tutoría de uno de sus hermanos, Jacobo, y la vigilancia de todos.

Es de ese colegio de donde se escapa para intervenir en lo que él mismo habría de llamar después “la aventura más peligrosa de mi vida”. Tendría poco más de dieciséis años cuando estalla la revolución del 93. Apenas lo sabe, ya no piensa más que en la fuga. Puede asegurarse que, desde entonces, el movimiento lo contará entre los suyos. Pero nadie podría adivinar, en cambio, todas las peripecias que están prontas a caer sobre su cabeza, apenas ponga el pie fuera del colegio...

Parra, sargento revolucionario

ESTALLÓ LA REVOLUCIÓN ♦ LA FUGA Y LA OFICINA DE
RECLUTAMIENTO ♦ ¡CON LAS JINETAS DE SARGENTO,
A LOS 16 AÑOS! ♦ QUINIENTOS HOMBRES, CUIDADOS
POR UN PUÑADO DE MUCHACHITOS ♦ SE ACERCAN
TROPAS DESCONOCIDAS

—¡Estalló la revolución en la provincia!

—¡Acaban de levantarse los radicales!

—¡Los mitristas también salieron a la calle por su cuenta!

La capital de la República está llena de rumores, en este 30 de julio de 1893. Noticias sensacionales corren de boca en boca; se convierten en el motivo y tema obligado de los gruesos corrillos esquineros.

El acontecimiento era esperado. Todos sabían que un estallido popular debía producirse de un momento a otro. Pero no por eso deja de sorprender a unos, excitar a otros y entusiasmar a los más. En verdad, el clima ha sido oportuna y convenientemente caldeado. Ese mismo día, la Unión Cívica Radical conmemora en la ciudad de Buenos Aires el tercer aniversario de la famosa revolución del 90. La procesión cívica organizada es imponente. Una densa multitud se apretuja en las calles, desde la Plaza de Mayo hasta la Recoleta. La manifestación está integrada por unas quince mil personas. “Jamás —dice la gente— ha ofrecido Buenos Aires un aspecto semejante”. Los participantes de la demostración rivalizan en fervor y entusiasmo. “Fue, pues, aquello —dice uno de sus comentaristas— un verdadero plebiscito del pueblo de la Capital Federal en pro de la libertad y en honor de la revolución de julio...”.

¡A la revolución!

Y en esos mismos momentos, la población bonaerense es sacudida por una ardorosa proclama, cuyo primer párrafo dice:

Con conocimiento pleno de las responsabilidades que la Unión Cívica Radical asume ante el pueblo entero de la provincia de Buenos Aires, obedeciendo exclusivamente a los móviles más levantados del patriotismo y persiguiendo como ideal único el bien y felicidad comunes, nos lanzamos a la lucha proclamando la revolución...

El primero de los firmantes se llama Hipólito Yrigoyen.

La nueva cae como un relámpago entre la muchedumbre congregada en la Recoleta, junto al monumento levantado a las víctimas del 90, cuyas gradas están literalmente cubiertas de flores y coronas.

—¡Saladillo y Zárate fueron tomadas por los radicales!

—¡Delfor del Valle ya se impuso en San Fernando!

—Los boletines dicen que en San Luis fue derrocado el gobernador.

—En Rosario, los muertos son centenares...

Joaquín Castellanos, tocado por el extraordinario dramatismo del momento, deja de lado el discurso que traía escrito e improvisa ardiente arenga, en la cual mezcla y alaba por igual a los muertos en las jornadas del Parque y a los vivos levantados en armas ahora en tres provincias contra las oligarquías locales. La manifestación se disuelve entre vivas y ovaciones, para ir a repartir por toda la urbe y sus alrededores la excitación que a sus participantes domina. Son esos días y horas empapados en la atmósfera febril de las grandes jornadas. Los jóvenes, sobre todo, son arrastrados por ese nimbo heroico que rodea a los revolucionarios. Y se apresura a acercarse a la hoguera, para dar sus brazos, su sangre, su entusiasmo generoso y desinteresado. Esa animación es más visible aún en los colegios

y facultades, donde los estudiantes no se conforman con expresar verbalmente su adhesión al movimiento. Algunos —y no son pocos, precisamente— anhelan también empuñar el fusil.

Uno de los que piensan de este modo es un adolescente que se llama Florencio Parravicini...

La reja de los ajusticiados

El Instituto General San Martín está situado en la calle Corrientes, entre Junín y Andes —que luego será Ayacucho—.

El comportamiento que allí observa “el niño Florencio” no se diferencia en mucho del que lo hiciera famoso en tantos otros colegios.

Los profesores se sorprenden ante sus abundantes rasgos de inteligencia, la sagacidad con que penetra en la médula de algunos problemas inaccesibles hasta para sus compañeros más adelantados. Pero Parravicini no es disciplinado, no tiene perseverancia, no estudia. Si aprueba alguna materia, se debe al azar y, sobre todo, a su extraordinaria capacidad intuitiva, a la facilidad que demuestra para la improvisación. Le gusta más entretenerse en diabluras tortuosas dirigidas contra los profesores o en ensayar guerrillas con los condiscípulos.

A veces también se cansa de todo eso y se fuga del colegio. Para hacerlo, tiene que sortear el obstáculo de las grandes verjas de hierro forjado que rodean al edificio. Esas verjas tienen historia, y nada alegre, por cierto. Las han traído desde el viejo mercado que estuviera en la calle del Perú durante tantos años. De esas rejas los mazorqueros de Rosas solían colgar las cabezas de los ajusticiados... La tétrica fama que rodea a esos hierros impresiona al espíritu sensible de Florencio, que a veces se detiene largamente ante ellos, como intentando apoderarse de los secretos que seguramente deben guardar. Y junto a esas verjas pasa nuevamente cuando sus familiares, al ser advertidos de su fuga, lo devuelven una vez más al instituto.

Pero una de sus escapatorias está destinada a tener consecuencias mucho más graves que las demás.

Apenas se conocen en el colegio las primeras noticias sobre el levantamiento bonaerense, Florencio reúne a algunos de sus más íntimos amigos. Entre ellos se encuentran Adrián y Justo Chichizola, entrerrianos; el Vasco Elizalde, también de Gualeguay; Shiquendan; Luis Rojo; y, finalmente, Teófilo González, hijo de un caballero muy conocido en la sociedad porteña, donde lo llaman Palito González, y con el cual tendremos que encontrarnos más adelante.

A ellos somete el osado plan que ha venido elaborando rápidamente.

Los muchachos son conquistados por el verbo convincente y los argumentos del futuro campeón de tiro al blanco. Rojo y González en primer término, como los más entusiastas, y también Shiquendan y el Vasco aprueban su proyecto y se declaran dispuestos a seguirle. Parra promete avisarles en el momento oportuno. Para algo es *recordman* invicto en el difícil arte de la fuga. Será cuando las sombras protectoras de la noche oscura, amiga de toda clase de averías y enredos, disimule la escapatoria.

Y, efectivamente, horas después, los cinco conjurados superan sigilosamente la verja que supiera sostener tantas cabezas inertes, y se arrojan al otro lado.

Así comienza otra aventura de Parra, *la más peligrosa de su vida...*
¿Qué suerte corre, mientras tanto, la revolución?

Cuando el aire sabe a pólvora

A las cuatro de la madrugada de ese 30 de julio han sonado los primeros tiros de los voluntarios levantados en armas contra el gobierno bonaerense de Costa.

Desde el comienzo logran dominar tantas localidades que de hecho el éxito del levantamiento queda asegurado en ese día

inicial en las zonas norte, centro y sur de la provincia. Pero, sin embargo, la lucha está aún en sus principios. Y todavía ha de correr mucha sangre y en algunos sectores el combate proseguirá durante algunos días con encarnizamiento.

El aporte de la juventud a esta empresa que reconoce por jefe a don Hipólito Yrigoyen, es inmenso e incluso decisivo. En sus columnas participan numerosos jóvenes porteños. Son ellos los que atacan y casi siempre dominan en las primeras de cambio a los grupos de policías y guardiacárceles del oficialismo. Se distinguen por su premura en incorporarse a la revolución, y por el entusiasmo que los anima, los estudiantes de las facultades de Derecho, de Ingeniería, de Medicina. Pese a los defectos de organización que presenta el movimiento, pese a la falta de un plan claro y coordinado, así como a la carencia de armas, estos muchachos se traban bizarramente en lucha con fuerzas aguerridas, y casi siempre las obligan a batirse en retirada.

Es dentro del marco de estos acontecimientos que Florencio y sus amigos se presentan en la oficina de alistamiento que los radicales tienen en la calle Cangallo, entre Reconquista y San Martín.

Allí tienen que esperar un rato. A los voluntarios se les da destino recién cuando se forma un nuevo destacamento.

A ellos los envían entonces a la localidad de San Martín.

Ya en marcha, nuestros héroes comienzan a sentirse nerviosos. El aire que respiran sabe a pólvora y la tensión ambiente parece advertirles que ellos acaban de traspasar el linde de la travesura inofensiva, para invadir la zona del auténtico peligro, donde cada paso tiene un significado solemne y decisivo. Aquí cada cual se juega de veras, y cuando muere, es en serio...

Los que tengan instrucción militar...

Los cuatro adolescentes, hasta el arriesgado Florencio, no pueden dejar de situar sus pensamientos, por unos instantes, en sus

respectivas familias, ajenas por completo al actual paradero de sus vástagos. Los suponen reclusos en las aulas severas, estudiando matemáticas, idiomas o historia. En cambio, ellos están haciendo historia. Aunque no lo sepan...

Parravicini teme, sobre todo, que pueda descubrirlo algún miembro de su familia. La aventura sería violentamente clausurada aún antes de llegar el plato fuerte. Sin embargo, no tarda en desechar esos temores. ¿Cómo podría hallarse tan a tiro?

Pero no bien acaba de tranquilizarse, cuando nota que dos ojos lo observan fijamente, con incredulidad y alarma, allí, en esa estación ferroviaria donde esperan ser conducidos apenas se consigan unos vagones. Mira, a su vez, y se sobresalta:

—¡Es don Juan! —piensa, azorado.

Efectivamente, se trata del padre de su cuñado, don Juan Antonio Agrelo, que ya se dirige rápidamente hacia él.

El muchacho reacciona en forma instantánea y corre, zigzaguea entre la multitud, logra perderlo de vista. Entonces respira aliviado.

En San Martín reina un contagioso clima bélico. La Municipalidad y la Jefatura de Policía han sido convertidas en sedes del comité revolucionario. La plaza está rodeada de carretas y carros cargados con víveres, armamentos y municiones.

Apenas arriba el contingente donde figuran entre otros los fugados del colegio San Martín, los hacen formar, se los revista y cuenta. En total, son unos cuarenta, a los cuales se les hace entrega de armas y balas. Luego los presentan a los jefes de esas fuerzas: Delfor del Valle —hermano de Aristóbulo, entonces ministro de Guerra y virtual jefe de gabinete del gobierno nacional—, Fernando Cordero y el comandante Torres. Estos dirigentes tienen acreditados ya algunos triunfos. El primer día de la revolución, a las 4 y 20 de la madrugada, se han apoderado de la zona que se les había asignado, San Fernando y sus alrededores, sin disparar un tiro. Luego les ordenan dirigirse a San Martín, de la que también se adueñan. Y ahora están reconstruyendo sus efectivos, para emprender nuevas operaciones.

Delfor del Valle se adelanta, y pregunta a los reunidos, con fuerte voz:

—¿Quiénes, de entre ustedes, tienen alguna instrucción militar? ¡Que den un paso al frente!

Ese primer ascenso

De los cuarenta que forman el grupo, solo avanzan unos pocos. Entre ellos se encuentra ese muchachito, Florencio.

Muchos años después, cuando Parra y Delfor del Valle se encuentran en cualquier parte, ya lejos de las jornadas bulliciosas del 93, el antiguo dirigente de la Unión Cívica no deja de recordar al ya por entonces aplaudido actor aquellas circunstancias especialísimas. Su primera impresión —confiesa— fue de asombro. Aquel voluntario era un mocoso, apenas. Pero su extrañeza no podía durar mucho. ¿Acaso no se registraban todos los días adhesiones semejantes? ¿Acaso no compartían los mismos riesgos hombres formados y maduros y pollos recién liberados de las faldas maternas? Los muchachos de 14 o 16 años que llegaban para ofrecerse no eran, ciertamente, pocos, y los méritos de su aporte han quedado registrados en las crónicas de ese movimiento.

De cualquier manera, la vacilación de Delfor del Valle dura poco. Luego de un breve examen, que confirma las condiciones de Florencio, lo nombra sargento de la primera compañía.

El júbilo del colegial no tiene límites. ¡Nada menos que sargento! Su vocación para el mando, para los puestos espectaculares, para el lucimiento, se halla en vías de ser satisfecha. Agradecido por la distinción, está dispuesto a realizar los mayores sacrificios, a cumplir su tarea en forma irreprochable. Cuando le entregan la clásica boina blanca y las jinetas que acreditan su grado, las acaricia con una mano que tiembla levemente...

El capitán de su compañía, Room, se acerca para darle la primera orden:

—¡A ver, sargento Parravicini: elija a sus hombres e instrúyalos!

Otra noche sin dormir

Ya tenemos a Florencio en campaña.

Eso de seleccionar a quienes deben estar bajo sus órdenes lo complace mucho. Lo primero que hace es incluir a sus discípulos. No se trata simplemente de una muestra de afecto. Es que teme por ellos: tal vez alguno afloje, o aquel otro pierda entusiasmo. Parra prefiere tenerlos a su lado, bien cerca. Los hechos habrán de demostrarle luego que esos muchachos se portan como buenos.

Nuestro sargento, que tan bien domina el manejo del fusil y el revólver, origen de tantas desventuras domésticas, transmite rápidamente sus conocimientos a los voluntarios bajo sus órdenes. A las pocas horas, todos están en condiciones de disparar pasablemente sus armas y de evolucionar o echar el cuerpo a tierra con rapidez y disciplina. Florencio se presenta entonces a su jefe:

—Ya está listo lo que usted ordenó, mi capitán.

Sorprendido y satisfecho, el otro resuelve encargarle una tarea que constituye un reconocimiento honroso de su valor, pero que, por otra parte, implica una nueva carga nada liviana.

—Esta noche, usted se encargará de la guardia en este sector, con su gente.

El benjamín de la familia Parravicini está cansado. A decir verdad, muy cansado. Desde que comenzó esta aventura, desde la víspera de su huida del colegio, no sabe lo que es dormir, y ni siquiera se ha recostado unos momentos. Carreras, viajes, ejercicios, lo tienen rendido. Pero se guarda muy bien de protestar. Eso de la guardia nocturna se le aparece como otra experiencia tentadora. Saluda y marcha a cumplir el nuevo encargo.

En ese campamento, las fuerzas reunidas alcanzan a unos quinientos hombres. Sabe que el enemigo se ha movilizad, que desde La Plata adóptanse disposiciones para copar el movimiento en los distintos puntos. Todas las precauciones que se adopten serán útiles. Delfor del Valle quiere evitar las sorpresas. Por eso pesa sobre los centinelas una responsabilidad muy delicada.

El sargento Florencio Parravicini no se conforma, entonces, con establecer los puestos de guardia de acuerdo con las indicaciones de su capitán, sino que los inspecciona cada media hora. Si los acampados son sorprendidos por algún ataque repentino, no será, precisamente, a causa de su descuido. Todo error que suceda en un sector y durante su guardia constituirá una mancha en la foja del flamante sargento. Eso es, en todo caso, lo que él piensa. Y por eso, después de exhortarlos convenientemente, coloca en los puestos más comprometidos, donde la vigilancia debe ser más cuidadosa, a sus compañeros de estudio y aventura: el Vasco, Shiquendan, Rojo y González. Esta noche, el azar ha dispuesto que media docena de muchachitos estén velando y cuidando el sueño de quinientos hombres, cuya vida depende de aquellos...

Viene gente extraña

Avanza la noche. Las últimas luces del campamento se han ido apagando. Solo los jefes se mantienen despiertos, preparando el plan de operaciones para el día siguiente, telegrafando al cuartel general, emitiendo a su vez noticias al resto de la provincia.

El sargento Florencio prosigue su recorrida. Hasta ahora, todo parece marchar bien. Cada uno de los imaginarios está en pie y alerta. Pero, ¿qué pasa aquí? En la oscuridad, intenta encontrar la figura enhiesta coronada por ese signo de admiración que es el fusil. Pero no lo encuentra. Después de mucho buscar, solo halla el arma abandonada sobre el pasto. Preocupado, corre a

los otros puestos. Comprueba entonces que son tres los milicianos que hicieron abandono de los que se les han confiado. ¿Cuál puede ser la causa de la desertión? Es lo que se pregunta a sí mismo, primero, y lo que luego quiere dilucidar consultándolo con Del Valle. Tal vez los haya corrido la calidad de la comida, bastante mala, por cierto, y, además, escasa. (Es que hasta ahora, en lo que menos han pensado los revolucionarios es en el “rancho”). También puede haberlos hecho desertar el miedo. Se acerca el momento de entrar en combate y algunos ánimos, indecisos, flaquean.

Mientras conversa con Delfor, a Florencio se le ocurre una idea feliz: doblar la guardia, dejar cada puesto a cargo de dos centinelas.

—¡Muy bien, amigo! ¡Hágalo! —lo anima Del Valle.

Antes de un cuarto de hora, el precoz dirigente militar ha llevado a cabo su proyecto. Y, efectivamente, resulta tal como él pensaba: cada miembro de la pareja vigila al otro; y si es que realmente alguno se inclina a desertar, el temor de aparecer cobarde ante su compañero de guardia sirve para disuadirlo. En toda la noche, solamente una de las parejas se hace “humo”. El plan de Florencio resulta eficaz.

Pero está visto que en esta bendita noche, víspera de tantos acontecimientos importantes, el sargento no ha de ganar para sustos. A eso de las cuatro de la mañana, y cuando Parravicini va a ponerse a matear con otros compañeros, un centinela cercano repite los gritos desaforados que lanza uno situado mucho más allá, en el confín del campamento:

—¡Sargento! ¡Sargento! ¡Viene gente!

Florencio sale disparado para allá. Otros corren junto a él. Pronto llegan al puesto avanzado. Entonces comprueba que la alarma es fundada. En el corro de voluntarios se comenta nerviosamente:

—Parece que son muchos...

—Por el paso, se me antojan tropas regulares...

—Han de ser los gubernistas, nomás...

Florencio no opina. Tenso, intenta escrutar las inmediaciones, entre las luces cómplices de una luna ahora libre de nubes. Efectivamente, afinando la vista nota que un grupo compacto de gente armada se aproxima del lado del Colegio Militar. Aún están lejos, pero no hay tiempo que perder. Es preciso que rápidamente decida la conducta a seguir. Con voz baja, pero vibrante, el sargento Parravicini ordena a dos de sus hombres que corran para advertir a los oficiales. Estos, por si se tratara del esperado ataque de las fuerzas costistas, no tardan en poner en pie a parte de la tropa, distribuyéndola estratégicamente. Entonces Florencio da una nueva orden:

—¡A ver, ustedes, desplegarse en guerrilla, de dos en dos, y rodilla en tierra!

Ruidos breves. Luego, silencio. De una ojeada, comprueba que todos le han obedecido. Su gente forma un semicírculo que abarca el camino. Ahora habla nuevamente:

—¡Listos para hacer fuego apenas yo lo ordene!

Los dedos corren hasta los fríos gatillos. Ya el ruido de los pasos se escucha apenas a una cuadra de distancia. Por lo demás, es el único ruido audible, entre las sombras difusas de este día que comienza bajo tan severos auspicios. Precisamente, es ese silencio general lleno de una ansiosa expectación lo que da un sentido especial, impresionante, al sonido que hacen las botas al tocar secamente la calzada. De pie junto al centinela, Florencio siente que una poderosa y hasta ahora desconocida emoción lo invade totalmente. ¿Qué irá a pasar ahora? ¿Comenzará dentro de unos instantes su prueba de fuego, su primera batalla? El corazón le late con fuerza, redoblando acompasadamente, cada vez con más violencia, con mayor ímpetu. Pero después de todo, eso no tiene importancia. ¿Acaso su antepasado Napoleón no habrá temblado también en su debut como soldado? Lo que le preocupa es otra cosa. Años después lo confiesa:

—Temía que los demás escucharan ese ruido bárbaro que hacía mi corazón...

Aunque tal cosa fuera posible, los demás están demasiado preocupados con su propia ansiedad. Los ojos y los oídos de todos están allá, unos cien metros adelante. Y, de pronto, se produce un cambio. Alguien, entre los que avanzan, ha dado una orden, seca como un chasquido. Ya no se oye ruido de pasos ni otro alguno. En ese silencio estremecedor, el corazón de Parra, que sigue latiendo vivamente, parece repetir su propia pregunta:

—¿Qué irá a pasar ahora?

Yrigoyen salva a Pellegrini

EL VIEJO FUSIL SIN GATILLO ♦ “SOMOS AMIGOS,
RADICALES...” ♦ INVASIÓN, CONQUISTA Y VICTORIA
DEL SARGENTO FLORENCIO ♦ PARRA, ESPECTADOR DE
SUCEOS DECISIVOS ♦ “¿LO FUSILAMOS O LO DEJAMOS
EN LIBERTAD?” ♦ LA PALABRA DE YRIGOYEN

“**I**tiempos lindos aquellos de boina blanca y fusil!”. Cuando el actor Parravicini, en el apogeo de su fama, estaba entre sus amigos, solía recordar con esa frase unos momentos gratísimos de aquel pasado suyo, hundido en las brumas del siglo. Y entonces su mirada recorría las panoplias y las vitrinas, que siempre tuvo tan surtidas con toda clase de armas, hasta detenerse en una que, realmente, desentonaba con sus modernas y bien aceitadas compañeras. Tratábase de un fusil antiguo, enmohecido, con el cañón abollado y, para colmo, sin gatillo. Lo contemplaba cariñosamente, y luego se volvía hacia sus contertulios para explicar:

—Ese es el que usé cuando el 93...

“¿Quién vive? Amigos...”

Y precisamente ese fusil es el que ahora ciñen sus manos que no tiemblan, en las cercanías del campamento revolucionario de San Martín.

Las fuerzas que venían en esa dirección se han detenido súbitamente. El sargento Florencio solo ve una masa compacta e inmóvil. ¿Amigos, enemigos?, ¿qué son?

Ahora se produce una novedad. Del grupo se separan dos personas que se dirigen hacia el puesto donde se encuentran

Parra y sus voluntarios. Él los deja acercarse sin molestarlos. Pero cuando calcula que se hallan a unos cincuenta metros, da una orden en voz baja al centinela; y este repite, a gritos:

—¡Alto! ¿Quién vive?

Los desconocidos, obedientes, se detienen.

—Amigos...

Entonces Florencio habla, a su vez:

—¿Qué gente son ustedes?

—Radicales, también... Venimos a incorporarnos al movimiento.

Florencio es muy joven, pero la vida le ha enseñado muchas de sus tretas. Por eso es que ahora vacila. ¿Y si se trata de una emboscada hábilmente urdida? Sin conmoverse, y con el aplomo de un luchador veterano, manda:

—Sigam avanzando ustedes dos solamente.

No es necesario sino que caminen unos pasos para que la luz de la luna ilumine vivamente a los intrusos. Los uniformes denuncian su procedencia. Son cadetes del Colegio Militar. El que ha llevado la voz cantante, porque viene dirigiendo el grupo, es Miguel A. Morel, sargento segundo del Colegio, que, días después, logrará apoderarse de Luján con 17 hombres y sin disparar un tiro. A este señor Morel solía encontrarlo, mucho tiempo después, Parravicini, paseando “muy *dandy*” —como él le decía, bromeando— por la calle Florida. Acostumbraban ir a beber juntos para recordar aquella curiosa forma en que se conocieron el militar profesional y el muchachito voluntario ascendido al mismo grado casi sobre el campo de batalla.

“En Haedo los precisan”

Este puñado de cadetes inflamados por sus ideas democráticas trae a la revolución el aporte de sus pechos generosos. Al salir del Colegio Militar, no se han limitado a cargar con su máuser.

Además traen otro cargado a la espalda. Esta es una contribución de no menos valor, ya que allí se necesitan urgentemente muchas armas. Uno de ellos es Leandro Alem, hijo del tribuno radical. Ahora, disipada toda desconfianza, cadetes y civiles fraternizan. Así, abrazados, entran en el campo, mientras se cruzan los vivos y los gritos alusivos:

—¡Viva la revolución!

—¡Abajo la oligarquía!

—¡Viva don Hipólito Yrigoyen! ¡Arriba la Unión Cívica Radical!

Los jefes de las fuerzas salen a recibir a los recién llegados. El suceso representa una inyección de optimismo para los revolucionarios. Hasta entonces, y contando con unos pocos elementos del ejército de línea, se ha intentado suplir la experiencia militar y la técnica con el entusiasmo y la decisión. Pero he aquí que ahora se dispone de oficiales capacitados, de escuela. Las fuerzas acampadas en San Martín se sienten alentadas por el refuerzo. Así lo aseguran todos en la rueda que se forma en torno al fogón, y donde el mate circula de mano en mano.

—Entonces hablamos mucho —recordaba Parra—, como ocurre siempre después de un susto...

Pero ahora aparece un centinela para noticiar la llegada de un hombre a caballo. Ha venido a todo galope, desde Haedo.

¿Qué ocurre allí?

La situación es confusa, y mandan a pedir refuerzos. Durante todo el día 30 de julio, el dirigente radical doctor Abel Pardo y sus compañeros han sostenido un nutrido fuego con las fuerzas oficialistas.

Estas se han venido defendiendo con tenacidad. Lo mismo ocurrió el 1° de agosto, en que, pese a su ímpetu, los revolucionarios no han conseguido imponerse definitivamente. El caso es grave, porque se trata de una posición estratégica, casi a las puertas de Buenos Aires. Los jefes deliberan, y poco después se decide salir para Haedo. Y el sargento Florencio recibe la orden de alistar su gente.

Balas y churrascos

Esa misma madrugada, cuando aún no ha aclarado completamente, las tropas salen en dirección a Haedo, llevando todas sus armas y el convoy con las provisiones.

A marcha forzada llegan por fin a destino.

Basta su presencia y algún tiroteo esporádico, para convencer a las fuerzas gubernistas que deben cesar la resistencia, y entonces todo el pueblo queda en poder de los radicales. Los trescientos hombres que comandaba Delfor del Valle acampan en la misma estación ferroviaria, y allí es donde los vecinos, agradecidos, los convidan con una churrascada reconfortante. Luego se permite descansar a la tropa.

Y recién entonces Parravicini logra cerrar los ojos desaprensivamente. Lleva más de setenta y dos horas de trajín, sin siquiera un minuto de pausa... El muchacho tendrá sus cosas, pero flojo, precisamente, no es.

Pero, ¿cuánto dura su descanso? Un rato, nomás. A poco está nuevamente en pie, revistando a sus hombres, o pidiendo instrucciones a los superiores. Y el caso es que a todos les ha caído en gracia el joven descendiente de la familia Parravicini. Su viveza, el espíritu de iniciativa que evidencia, la notable audacia demostrada hasta entonces, les sorprenden y agradan. Así que nadie se molesta cuando el joven sargento se acerca sin ser invitado a la rueda de jefes que discute las próximas operaciones, y hasta aventura audazmente alguna opinión. De pronto, una sonrisa intencionada le inunda la cara.

—¿Qué te pasa a vos? —le pregunta alguien.

Sorprendido, reacciona rápidamente:

—¿A mí? Nada...

Pero está mintiendo. Nada, no. En realidad, se le acaba de ocurrir una comparación muy graciosa. Hace algún tiempo, siendo su padre director de la Penitenciaría Nacional, estuvieron allí detenidos, por orden del gobierno, algunos revolucionarios

del 90. Él recuerda que el coronel Reinaldo Parravicini los trataba con mesurada cortesía, pero, después de todo, sus relaciones no podían ser sino las de carcelero y encarcelados. Y he aquí que tres años después, el revoltoso hijo del circunspecto coronel está fraternizando con los jefes de otro movimiento insurreccional, que tiene estrecho parentesco con el del Parque.

¿No es como para reírse de estas ironías del azar?

Un César de 16 años

El telégrafo funciona transmitiendo noticias diversas: se combate en toda la provincia; los radicales triunfan aquí y allá, pero no logran imponerse en aquella localidad o han perdido alguna otra. Los mitristas también se muestran activos, y no solo en Barracas.

Aunque la situación se inclina decididamente en favor de las improvisadas huestes radicales, aún es preciso conquistar ciertas zonas, y limpiar de enemigos numerosas localidades pequeñas.

Precisamente en torno de Haedo se encuentran algunas en poder de los costistas. Por lo tanto, se envían pequeñas expediciones a cada uno de esos puntos. Se distribuyen los hombres, designanse los jefes. De pronto, el corazón de Florencio amenaza dejar de latir. La emoción le colorea repentinamente el rostro. Es que el jefe acaba de decir:

—Sargento Parravicini: usted marchará con veinte hombres para tomar a...

¡Rayos y centellas! Florencio ya no escucha nada más, y siente furiosos deseos de ponerse a jurar como un carretero, o mejor, como su antepasado, el pirata y negrero Cardas Parravicini, que hacia el año 1600 sufrió ignominiosamente la pena capital en la horca.

Aún no ha concluido de hablar su superior, cuando él ya está haciendo febrilmente sus preparativos. Una característica acusada de ese movimiento del 93 es la utilización

intensiva del transporte ferroviario. Locomotoras y vagones son continuamente empleados para trasladar fuerzas de un punto a otro, y a veces requisados para servicio exclusivo de las bisoñas tropas. Por eso nuestro sargento puede hacerse de un vagón, arrastrado por una jadeante locomotora, gracias al cual arriba rápidamente a la localidad que se le ha encargado reducir. La escaramuza es breve y favorable al arrojado estratega huido del colegio. Después de tirotearlo en la estación ferroviaria la policía se entrega e, incluso, acepta incorporarse a su destacamento.

Parra se siente eufórico, y algo así como un gusto tibio asciende hasta su boca. Debe de ser el gustillo de la gloria. También él podría decir, parafraseando al otro conquistador:

—Vine, tiroteé y vencí...

Aunque fuera así, sería concebible esa satisfacción vanidosa en su foja de dieciséis años. Pero cuando alguna vez, en su madurez, se acuerda, de sobremesa, de la aventura, dirá burlonamente:

—Lo que nadie sabe es que cuando nos apoderamos de ese pueblo, derrotándola completamente, la policía constaba de un viejo comisario paralítico, un cabo tuerto y dos agentes de buenas piernas... Y nosotros éramos veinte Napoleones...

Tuertos y paralíticos o no, el caso es que el sargento Parravicini cumple exitosamente la misión que le encomendaran. Deja allí diez hombres, como se le ha ordenado previamente, y regresa. En Haedo lo reciben con vítores, y los jefes lo felicitan, pero un nuevo acontecimiento le arrebató esa momentánea popularidad.

El primer encuentro con Marcelo de Alvear

Acaba de llegar otro tren con numerosas tropas, que vienen al mando de un joven oficial: Marcelo T. de Alvear. Lo acompañan Luis Belaunde, con uniforme de teniente, Pablo Ángel Pacheco y otros jóvenes conocidos.

Se origina entonces una animada charla, después de la cual pasan a almorzar y a conferenciar secretamente los jefes de una y otra columna. Luego Alvear y los suyos se embarcan nuevamente para Temperley. Se despiden con un simple “hasta luego”, porque allí, en el campamento general, tendrán que encontrarse todos.

Así es como se produce el primer encuentro de Parra con Alvear. De allí parte la cordialísima relación que iba a existir siempre entre los dos hombres. Es que amistad nacida en tan especialísimas circunstancias, al calor de la sangre vertida y de la pólvora, tiene que estar destinada, necesariamente, a ser auténtica y estrecha. El que presidiera los destinos de la Nación argentina habría de acordarse siempre de ese inquieto muchacho que había conocido accidentalmente en la brega del 93. La casualidad quiso que Parra se dedicara al teatro, por el cual siempre sintió marcada inclinación don Marcelo, y el que le había permitido, además, conocer a su esposa Regina Paccini. Así, no puede extrañar que Alvear fuera *habitué* a las veladas teatrales de Parravicini, y que cuando no pudiera asistir a cualquier estreno, se disculpara expresamente mediante una cortés misiva, dirigida por igual al estimado actor y al amigo. También iba a reunirlos en otra oportunidad un acto grato para ambos por fundados motivos: la colocación de la piedra fundamental de la Casa del Teatro, iniciativa a la que los dos habían prestado su calurosa adhesión. La primera palada la dio aquel oficial revolucionario que ahora era presidente de la República, y casi inmediatamente le siguió el actor de la popularidad ilimitada, el desopilante Parra, justamente aquel jovencito que en las jornadas del 93 se distinguiera por su audacia y por esa bendita ceja derecha levantada sobre el ojo burlón, como una negra espada vigilante y pendiente de un hilo: el hilo de su curiosidad inagotable...

Una gran maniobra política

Pero las circunstancias deparan al joven Parravicini la posibilidad de asistir a otro de los sucesos más relevantes de la revolución. Es que Haedo, por su ubicación geográfica, por el lugar que le corresponde en la red ferroviaria, y a causa de su cercanía a la capital, es obligado lugar de paso para ciertas zonas, y uno de los centros nerviosos del movimiento.

Naturalmente, Florencio solo conoce y comprende los fines generales de la insurrección, las reivindicaciones liberales y democráticas que levanta. Pero sus entretelones se le escapan, así como la significación de cada uno de los actos que se desarrollan ante sus ojos. Y cuando aparece de pronto, para desaparecer con igual rapidez, el ex presidente Pellegrini, Florencio no sabe que ese hecho tan sencillo y aparentemente tan desprovisto de valor, acaba de decidirse —y no en forma favorable— la suerte del movimiento.

Es cierto que no solo él resulta despistado. Otros, con más edad y un gran caudal de experiencia política, también se engañan o cometen algunos de esos errores que parecen inofensivos y triviales, pero que en el ajedrez —cuando el adversario los aprovecha hábilmente— terminan por costar el partido. En el ajedrez y en la política... Ante los ojos curiosos, siempre asombrados y vivaces, del futuro bufo, juegan su papel con una maestría sin igual otros actores que tienen por tablado toda la República. Y el que mejor juega la farsa es este señor de galera y retorcidos bigotes que todos conocen a través de los retratos y, mejor aún, por las innúmeras caricaturas que la prensa porteña le dedica: Carlos Pellegrini.

¿Qué está haciendo el doctor Pellegrini aquí, en la estación de Haedo, ocupada por las fuerzas radicales en armas?

Ciertamente, no es por su gusto que se encuentra de pronto metido entre la multitud revolucionaria, de la cual se siente profundamente distanciado, y que a su vez lo odia sin recato.

Pellegrini sabía posiblemente, que iba a tropezarse aquí con los opositores sublevados, pero no ha podido evitarlo. Le urge llegar cuanto antes a la Capital Federal, en cumplimiento de un plan de contornos maquiavélicos, que ha venido maquinando con sus amigos y, sobre todo, con el general Roca.

Bastará tal vez historiar brevemente la cuestión. El presidente Luis Sáenz Peña había conseguido que Aristóbulo del Valle aportara su prestigio incontestable a su gobierno tambaleante, solo mediante la promesa de permitir la liquidación de las oligarquías provinciales. Por ese motivo el gobierno nacional no hostiliza la revolución radical en la provincia. El doctor Del Valle tiene su plan, un plan concreto y claro, que persigue la normalización institucional y el respeto de los derechos ciudadanos. Pero el sector que venía gobernando hasta la ascensión de ese ministro tiene también el suyo. Comprende que es necesario dar a la situación un vuelco rápido, antes de que el doctor Aristóbulo del Valle y la Unión Cívica de los radicales, marchando en la misma dirección —y haya o no acuerdo previo— entroniquen gobiernos progresistas por todo el país. Roca, que públicamente guarda riguroso silencio, hace conocer su pensamiento al doctor Pellegrini, íntimo allegado político.

La consecuencia de todo esto es que abandona de improviso la estación de baños adonde había ido para reponer su salud. Poco después se sabe que ha partido hacia la Capital Federal. El doctor Pellegrini intuye que a una revolución no se la vence solamente con las armas de fuego. Hay otras más sutiles, y a veces más efectivas.

Eso es lo que viene pensando, tal vez, cuando oye que alguien da el ¡alto! al tren en que viaja.

Se asoma por la ventanilla. Están en Haedo, y acaba de detenerlo una partida radical.

Un participante de estos sucesos ha de llamar luego al doctor Pellegrini el brazo amenazador de la oligarquía, levantado y pronto a descargarse sobre sus enemigos. Ahora estos lo tienen

en sus manos, en virtud de factores accidentales, en esa estación de Haedo. ¿Aprovecharán la oportunidad para cortar ese brazo o, por lo menos para mantenerlo maniatado hasta que no pueda serles perjudicial?

En la múltiple experiencia que acumula en su vida Florencio Parravicini, esta ha de ser una de las más completas. Ahora el muchacho es testigo asombrado del revuelo que causa la presencia del doctor Pellegrini entre los suyos. Él mismo está mirando al político con la boca admirativamente abierta. En cuanto a los demás, desorientados, corren de un lado para otro.

Los jefes conferencian, hablan con Pellegrini, vuelven a discutir exponiendo criterios dispares. El más sereno parece ser el mismo Pellegrini. Este se asoma a la escalerilla del vagón y comienza a hablar. ¿Qué dice? Lo que dice es, ciertamente, importante, pero a Florencio le encanta más aún atender al ropaje de su pensamiento. Entusiasmado y absorto, escucha casi sin atreverse a respirar a ese gran hilvanador de frases, a ese ingeniero paciente y laborioso de las palabras. ¡Qué diera Parra por saber hablar así, por improvisar con tal facundia y semejante elocuencia! En esos instantes cedería todos sus flamantes lauros militares, y hasta los que espera adquirir en un futuro próximo, a cambio de esa maravillosa facultad que admira en Pellegrini. Esta impresión ha de engarzarse en un espíritu junto a tantas otras, y como él es un intuitivo, un notable asimilador, a la vuelta de los años ha de verse cómo esta lección ha dejado también huellas en el hombre y ha ayudado a formarlo. Los grandes actores de la vida contribuyen así, sin saberlo, a la formación del gran actor de las tablas.

¿Lo fusilamos o lo ponemos en libertad?

Lo que pide Pellegrini es que lo dejen pasar porque tiene que cumplir una misión que resultará en beneficio de todos.

Los jefes de Haedo vacilan, discuten. Unos proponen acceder a su solicitud. Otros son partidarios de mantenerlo detenido. Un tercer grupo recuerda los decretos firmados por el doctor Pellegrini en abril del 92, deportando, encarcelando y amordazando a los dirigentes y a la prensa opositora, y concluye proponiendo que se lo fusile allí mismo.

Finalmente, se decide telegrafiar al campamento central de Temperley, pidiendo instrucciones. Y de parte del mismo Hipólito Yrigoyen viene la orden irrevocable: “Que se permita al doctor Pellegrini continuar libremente su viaje”.

Calificando este suceso, habría de decir Luis R. Fors, al estudiar el movimiento del 93, que fue

fatal, funesto, de proyecciones sombrías y que había de aniquilar todos los esfuerzos y sacrificios de un pueblo, esterilizando la revolución y agostando en flor todas las esperanzas y votos de los espíritus liberales y generosos.

El doctor Pellegrini —agrega— quedó en libertad para llegar a Buenos Aires y allí emprender una serie de maquinaciones que habían de dar por tierra con el gobierno del doctor Del Valle, destruir la obra revolucionaria y desarmar y humillar al pueblo porteño. A ese fin, el 7 de agosto, según noticia que circuló por todos los diarios, reuniéronse en el domicilio de aquel hombre público numerosos diputados y senadores, que habían de llevar a cabo aquella incalificable inconsecuencia de votar la misma intervención que pocos días antes habían rechazado por inconstitucional, y con cuyo acto de insólita versatilidad, derrumbaron al gobierno nacional y esterilizaron el generoso levantamiento de Buenos Aires.

¡Nada menos que esa trascendencia tienen los sucesos aparentemente tan simples e inofensivos que desfilan ante el joven Florencio Parravicini! Pero ahora no alcanzan a vislumbrar su importancia ni él, ni tampoco los dirigentes políticos

y militares a cuyas órdenes está batiéndose. Pero, sin embargo, cuando el tren vuelve a ponerse en marcha conduciendo a ese personaje que desde lejos saluda con fría reserva, el muchacho intuye algo de lo que acaba de ocurrir. Y murmura a sus compañeros de colegio:

—Me parece que nos han fumado...

Dos días después, y ya en Temperley, un fuerte contingente es enviado a tomar Luján. En él forman el sargento Parravicini y sus discípulos Rojo, González y el Vasco. Cuando se dirigen hacia allá cantando alegremente, el corazón feliz y los pies ligeros, están lejos de imaginar que les tocará intervenir en uno de los combates más sangrientos de la revolución. Y que uno de ellos no ha de regresar jamás...

De los cinco, uno no volvió...

LA VIDA EN EL CAMPAMENTO DE TEMPERLEY ♦ FRANK
BROWN ES RECONOCIDO ♦ UN DESCUIDO QUE HA DE
COSTAR MUCHAS VIDAS ♦ UN BALAZO EN LA CABEZA
♦ EL DESENCANTO DE PARRA ♦ LA INCERTIDUMBRE
DEL REGRESO AL HOGAR...

¡Qué días espléndidos son para Florencio esos de la revolución! Aquí, en este ambiente extraordinario, bullicioso, puede vivir esa existencia turbulenta que tanto ha de atraerle siempre.

3250 voluntarios de boina blanca

Se siente lejos de todos los que tienen derechos sobre él, de censores, familiares y maestros. No es un muchachito encerrado en prejuicios, obligaciones y rutinas, sino un combatiente, tratado como un hombre, considerado por sus superiores, en condiciones de desplegar su amplio espíritu de iniciativa, avanzando audazmente por el abierto camino de la aventura.

¡Qué vida magnífica! En ese campamento de Temperley —adonde han sido llamados obedeciendo a las órdenes de Yrigoyen, que quiere disponer de la mayor cantidad posible de tropas reunidas—, todo es movimiento. Primero ha llegado para acantonarse allí Marcelo T. de Alvear con seiscientos voluntarios, decididos y perfectamente armados. Luego se le han ido agregando otras fuerzas, como las del coronel Martín Yrigoyen, con ochocientos. Días más tarde llega don Hipólito, que ha hecho un verdadero paseo militar por las líneas del sur, apoderándose de todas las localidades, desde Las Flores hasta

Sierra Chica, casi sin gastar pólvora. Sus efectivos se acercan a los mil doscientos hombres, distribuidos en batallones.

Cuando se hace el recuento de todas las fuerzas reunidas, totalizan 3250 voluntarios, cada uno con sus armas, la divisa blanca y la boina.

Nuevas adhesiones, algunas muy curiosas, otras emocionantes, registranse continuamente. Un señor inglés se presenta ante Alvear ofreciendo sus dos hijos a la revolución, ya que a causa de su avanzada edad no puede participar él mismo; cien jóvenes porteños llegan en un solo contingente el día 4; otros grupos menores, casi siempre llevando carabinas, fusiles y revólveres, se acercan desde distintas localidades. En todos los casos son recibidos con aplausos y vítores. No es esa la única muestra del auspicio popular. Uno de los cronistas refiere:

Los trenes que llegaban de Buenos Aires iban materialmente atestados de recursos para el ejército, de obsequios y agasajos para los entusiastas revolucionarios, y de amigos, deudos y parientes de muchos de estos, que anhelaban ver a tantos miles de ciudadanos inspirados por idénticos sentimientos y propósitos. Esta afluencia de gente dio lugar a más de una escena conmovedora y a más de cuatro de carácter cómico. Hubo damas y señoritas que llevaron flores, divisas y hasta naranjas a los radicales...

Este relato evidencia la animación que reina en ese campamento, la atmósfera de fiesta que se respira. Florencio no descansa. Corre de un lado a otro. Recibe y transmite órdenes, mantiene siempre preparado a su destacamento, lo entrena en el tiro al blanco, lo hace maniobrar y hacer ejercicios.

Payaso contra periodista

En una de las frecuentes recorridas que su curiosidad le impulsa a hacer, nota que en un carruaje pasa una figura conocida. El rostro es serio, pero él recuerda haberlo visto crispado en un gesto distinto, en carcajadas desopilantes, en muecas asombrosas. Súbitamente recuerda de quién se trata. Y sin darse cuenta, dice en alta voz:

—¡Frank Brown!

Efectivamente, se trata del famoso payaso, a cuyos inolvidables espectáculos ha asistido Parravicini tantas veces, y del cual siempre procura imitar las contorsiones y ademanes ante el espejo de su casa, al volver del circo. Al verse reconocido, Frank Brown se vuelve y lo saluda amistosamente.

Pero Florencio no es el único que se ha dado cuenta de su presencia. Hay por ahí un repórter infatigable, dinámico, entusiasta, al cual no se le escapa ni uno de los acontecimientos interesantes que se producen. Es el joven Marcos Arredondo, de *La Prensa*, que ahora se dirige hacia el payaso. Se saludan cordialmente. Al despedirse, este le ruega:

—Por favor, Arredondo, no vaya a decir nada en su diario sobre mi presencia aquí. Además, no tiene ninguna importancia.

El reportero se lo promete efusivamente. No obstante, al día siguiente puede leerse en *La Prensa*:

En uno de aquellos coches vi al clown Frank Brown, a quien inquirí el objeto de su presencia, obteniendo la respuesta siguiente:

—Vengo —me dijo— con el fin de repartir entre los soldados del campamento estas partidas de yerba, azúcar, cigarros y fósforos. Tengo mis simpatías por esta causa y quiero contribuir en la esfera de mis esfuerzos a aliviar la situación de los voluntarios, que a no dudar es precaria. No mencione mi nombre, que, al fin y al cabo, no es nada.

Es que una noticia es... una noticia. Cumpliendo lo prometido, el joven Arredondo hubiera demostrado ser un buen amigo, pero un mal periodista.

Y, sin embargo, pese a su sagacidad siempre alerta, se le escapa otro hecho no menos interesante. La presencia de ese muchachito que está ahí, separado por unos pasos, luciendo las jinetas de sargento. ¡Qué gran éxito para Arredondo si él pudiera saber que se trata del hijo, recién fugado del colegio, de la aristocrática y millonaria familia Parravicini, del que años después mantendrá en Buenos Aires el indiscutible centro de la risa y una popularidad prolongada durante un cuarto de siglo!

Claro está que Arredondo no puede penetrar el porvenir, y por eso pierde una sensacional primicia. Por su parte, Florencio ignora que este payaso amable, al cual una reverenciosa admiración le impide acercarse demasiado, ha de aplaudirlo a su vez a él antes de que pasen muchos años, y que hasta su muerte los unirá una recíproca y estrecha estima.

Los gallos de riña de don Fausto

Pero esos días plácidos y divertidos van a cambiar bruscamente su curso, por lo menos para Florencio y sus amigos. Hasta entonces solo han intervenido en escaramuzas, en choques sin importancia. Pero ahora van a tomar parte en una pelea de verdad. Lo comprenden por el tono con que les ordenan alistarse a fin de salir inmediatamente rumbo a Luján. Pero no se amilanan, y ellos son los primeros en subir al tren que ha de conducirlos hasta allí.

No es rara esa instintiva valentía que acusan todos ellos, ya que se trata de jóvenes. Pero en Florencio hay algo más. Lo atrae la pelea.

¿De dónde le llega esa afición? ¿Tendrá que ver algo en ella don Fausto Sánchez, aquel veterano de la guerra con el Paraguay que logró enseñarle las primeras letras?

Aún no se ha hablado aquí del único vicio del buen viejo: las riñas de gallos. Don Fausto desvivíase por sus bichos de pelea. Apenas terminaba de suministrar la diaria ración de conocimientos a su indomable discípulo, corría a visitar sus valiosos animales, a continuar su preparación cuidadosa.

Florencio no había tardado en enterarse de las tendencias de su preceptor. Solo rogándole mucho consiguió que lo llevara al reñidero, una y otra vez. Las enseñanzas que recibía allí “el niño Florencio” no eran, precisamente, las que su familia hubiera aplaudido. Pero uno y otro sabían guardar estricta reserva, y nadie descubría sus sabrosas escapadas. Así podían darse el gusto de llegarse hasta un baldío o los fondos de ciertos boliches, donde un cerco de caras ansiosas seguía las evoluciones rápidas de algún giro belicoso, y los feroces picotazos se sucedían entre el clamor de las voces vinosas que alentaban a sus créditos, hacían apuestas, protestaban o se dirigían saladas injurias.

Allí, en esos reñideros, fue tal vez donde Florencio había aquílato las primeras lecciones de bravura y el espíritu combativo que ahora lo ha traído a este tren que marcha rechinando hacia donde opositores y gubernistas libran enconada pelea.

Una búsqueda que no da resultado

Mientras tanto, su familia sigue ignorando su paradero. Florencio no se ha cuidado de dirigirle mensaje ni aviso alguno. Únicamente conoce su fuga por las autoridades del colegio. Pero no sabe dónde se halla, aunque se lo figura. ¿Dónde ha de estar el muchacho, sino en pleno berenjenal, entre los ciudadanos levantados en armas?

Sus hermanos dedícanse a buscarlo, pero no es fácil encontrar a nadie, en medio de la confusión característica de tales movimientos. Además, cuando tras ímprobos esfuerzos aciertan a averiguar que ha andado por San Martín y Haedo, resulta que “el hijo pródigo” ya está por Temperley, y no bien alcanzan esa

localidad, les dicen que Florencio ha salido dos días antes para Luján. Luego resulta que tampoco está allí.

Todas las pesquisas resultan inútiles, y el Parravicini primogénito y el segundón regresan desalentados y furiosos.

En esos mismos instantes, Florencio está disparando con certera puntería contra los cantones tras los que se refugian los elementos del oficialismo...

La fatal equivocación de Mercedes

Pero, ¿cómo es que nuestro conquistador viene a aparecer en Mercedes?

Al llegar a Temperley, el señor Hipólito Yrigoyen ha convocado para un consejo de guerra a todos los jefes y oficiales de línea, revolucionarios. La reunión tiene lugar en la estación ferroviaria. En un cuarto de hora se adoptan varias medidas urgentes.

La más importante es el envío de doscientos hombres de infantería al mando del comandante Ponciano Torres, a quien se ordena dirigirse a Luján. Allí debe batir al comandante Mena, que con doscientos gubernistas se ha fortificado en esa ciudad.

Las fuerzas expedicionarias ocupan quince vagones. En el paragolpes del último coche va Florencio, quien ha descubierto que esa es la manera más cómoda y divertida de viajar.

Al llegar al punto indicado, una avanzada, al mando del sargento Morel, comprueba que Mena se ha retirado del pueblo, dirigiéndose a Mercedes.

Hacia allí salen enseguida los voluntarios de la divisa blanca.

Pero, mientras tanto, ¿qué es lo que viene ocurriendo en Mercedes? ¿No había sido tomada el primer día de la revolución?

En efecto, las reducidas fuerzas policiales dejadas allí habían sido batidas por un grupo radical más pequeño aún, que se había visto obligado a conseguir armas limosneándolas por el pueblo, entre los vecinos, una por una. Sin embargo, el jefe local

ha cometido luego, a pesar de recibir refuerzos, un serio error: descuidar la vigilancia en los alrededores, y no dejar un grueso destacamento en el interior de la cárcel. Eso iba a costar poco después numerosas vidas. Cuando el comandante Mena, en retirada desde Luján, llega a Mercedes a las cuatro de la mañana con sus doscientos hombres, se apresura a atrincherarse en ese edificio. Se trata de un magnífico puesto estratégico, ya que desde allí tiene bajo sus fuegos la entrada de la población por la parte del río.

Esa es la situación con que se encuentra el comandante Ponciano Torres cuando arriba a Mercedes con sus fuerzas, compuestas principalmente por los batallones San Martín y San Fernando.

Comprende que no debe perder tiempo. Da al comandante enemigo diez minutos de plazo para que rinda las armas.

Cumplido ese lapso se lanza decididamente al ataque. El entusiasmo que reina entre sus hombres es visible, y entre ellos se distinguen cuatro muchachos que hasta hace cuatro o cinco días estudiaban pacíficamente en un colegio porteño. Sus nombres: Teófilo González, Luis Rojo, Elizalde y Florencio Parravicini...

Peleando entre una lluvia de plomo hirviente

Las órdenes del comandante Torres se suceden como balazos:

—Que salgan varios destacamentos para hacerse fuertes en el Banco Nacional, en el Cabildo, en la Municipalidad y en la calle 26.

—Que desde todos esos cantones disparen sin cesar contra la cárcel.

—Que un puñado de hombres se despliegue en guerrilla hostilizando a los gubernistas por el otro lado.

—Que...

Esa última orden concierne directamente a Florencio y a sus amigos. Arrastrándose bajo el fuego enemigo, se acercan hasta

una distancia conveniente y apoyan la ofensiva que sus camaradas llevan desde los cantones. Ambos bandos se hallan muy bien pertrechados con armas y municiones. Además, Torres dispone de dos pequeños cañones. El estruendo que producen las repetidas descargas es infernal. Pocos combates de esta revolución son tan violentos y encarnizados. A los pocos minutos el frente de la cárcel aparece uniformemente picoteado por los tiros. Las balas aumentan. Poco después del combate, el comandante Mena le contará a un amigo:

—Las balas caían que era un gusto. Le garanto que aquello era una lluvia de plomo hirviente...

Los colegiales que acaudilla Florencio se sienten aturdidos por ese estrépito, al que viene a agregar un tono sombrío el silbido impresionante de las balas que pasan casi rozándolos. Los jefes transmiten sus órdenes mediante toques de clarín. La primera hora de pelea y aun la segunda son, con todo, soportables. Pero cuando la lucha prosigue aún, sin que su violencia decaiga en ningún momento, el cansancio y la tensión nerviosa comienzan a hacer sentir sus efectos a los jóvenes combatientes.

Florencio lo nota, y quiere reanimar a los suyos. Riendo, comenta:

—¡Qué baile!, ¿eh, muchachos? Ni que estuviéramos en clase cuando falta el profesor...

Resguardándose del mortífero fuego adversario corre de un puesto a otro, animando, reconfortando, repitiendo chistes ante los cuales es difícil contener la sonrisa. Apenas la ve aparecer en el rostro amigo, sale disparando para otro lugar. Porque no se trata solamente de sostener la moral de los voluntarios. Hay que incitarlos a seguir avanzando sin cesar. Las órdenes de Torres concluyen todas con el mismo latiguillo:

—¡Tomen posiciones! ¡Sigan avanzando!

Animados por Florencio, los jóvenes francotiradores se lanzan impetuosamente hacia adelante, mientras, por su parte, avanzan desplegadas en guerrilla, sin dejar de hacer fuego, las fuerzas que operaban en los cantones.

Ya están cerca de la calle, a cien metros apenas. El fuego de los defensores ha decrecido en intensidad. Uno de los muchachos, Rojo o el Vasco, lanza un grito de alegría que preanuncia el triunfo.

Pero en ese mismo instante le contesta un grito de dolor. Fugazmente, en el delirio del combate, Parra alcanza a ver a su condiscípulo González que se dobla alcanzado por una bala, en el preciso momento en que iba a traspasar un alambrado.

Duda una fracción de segundo, y enseguida vuélvese hacia donde está el compañero. Sobre la frente hay una mancha roja que se extiende con rapidez. Florencio comprende que no hay nada que hacer.

Con nueva furia se lanza hacia el reducto gubernista, desde una de cuyas ventanas se alza casi enseguida una bandera de parlamento. Mena y sus hombres quieren entregarse, después de cinco o seis horas de ruda pelea. Solo piden que se les garantice la vida. Gritos gozosos, vivas, abrazos, estrujones, celebran jubilosamente la victoria entre los revolucionarios. Pero Florencio se siente repentinamente enfriado. Desde que ha visto esa mancha en la cabeza de González, una angustia poderosa parece haber ceñido su corazón con mano de fuego. A poco se le reúnen los otros condiscípulos. Todos conocen la mala nueva, pero ninguno se atreve a hablar. Tal vez no podrían hacerlo aunque quisiesen. Al fin, la garganta de Florencio deja escapar roncamente unas pocas sílabas:

—Vamos a buscarlo...

Los espera una sorpresa. El cuerpo no aparece por ninguna parte. Sin embargo, ellos lo han visto caer a pocos pasos de esta esquina, junto al alambrado. ¿Dónde puede estar? Alguno de los muchachos alienta una tímida esperanza. ¿Y si solo ha caído herido y ha ido arrastrándose hacia otro lugar? Pero Parra sabe que no hay ilusión posible. Él ha visto asomar al rostro de su camarada esa expresión fría, ajena, esa máscara que la muerte coloca a sus elegidos. Por eso porfía en seguir buscando. Están rendidos, hambrientos, embarrados, manchadas de sangre las ropas y de

pólvora las manos. Pero prosiguen la búsqueda, hasta que, en una carreta situada junto a la plaza, descubren el cadáver de González confundido con otros. Es que la Cruz Roja ha estado activa en la atención de los heridos y de los muertos. Allí se enteraran de que los restos solo serán entregados oportunamente a la familia. De ese muchacho decidido y alegre que hace unos meses marchaba junto a ellos, ¿qué les queda?

De la mano izquierda de Florencio cuelga un destrozado sombrero. Lo acaba de recoger allá, en el lugar donde cayó su amigo. Sus dedos lo ciñen fuertemente, y ya no lo abandonará hasta Buenos Aires.

“Seguí vos; yo me voy...”

¿Hasta Buenos Aires?

Sí. En eso están pensando todos ellos en estos momentos, sin que exista acuerdo previo de ninguna índole. El balazo que atravesó la cabeza de González también ha venido a herir de muerte su entusiasmo.

Eso es visible, sobre todo en Parra. En él, el ardor había alcanzado la más alta expresión. Y también en él desciende ahora el interés por la aventura en forma más sensible que en los demás. Es que su adolescencia no ha experimentado nunca un golpe tan rudo, y también que su carácter no le permite una conducta estable. Él, que hace un rato nomás acariciaba con placer sus jinetas de sargento, ahora quiere abandonarlo todo sin echar atrás ni una mirada.

¡Cuántas anécdotas podrían ilustrar esta condición suya tan tornadiza!

Cuando su actuación en el Teatro Argentino allá por el Centenario, interpretaba cierta vez una comedia en tres actos que, francamente, no le gustaba, al segundo día, a poco de comenzar la comedia, se siente aburrido. De pronto ve que entre

bambalinas se halla su compañero de trabajo y amigo Ballerini, quien no tiene que actuar en esa obra. Apenas termina el acto, se le acerca rápidamente y le dice:

—No te vayas, Ballerini. Esperame...

Al ratito nomás sale del camarín con su traje de calle, y aproximándose nuevamente al actual empresario del Smart le pide, tendiéndole la ropa que acaba de sacarse:

—Tomá, ponete esto.

—¿Para qué?...

—Seguí vos. Yo me voy, porque me cansé de este bodrio.

“Fue inútil”, recuerda Ballerini,

que yo quisiera disuadirlo diciéndole que no sabía el papel y ni siquiera de qué trataba la obra. Él se fue y yo tuve que salir a escena a terminar con su papel. Imagínese que el público estaba sorprendido por el cambio, pero no se le dio ninguna explicación. Cosas de Parra...

Lo que escondía esa serenidad del padre

Cosas de Parra, sí. *Viarazas* como esta que lo asalta hoy en Mercedes. Por la noche, mientras sus compañeros de armas celebran el triunfo y la población fraterniza con los voluntarios, agasajándoles, los colegiales permanecen en un rincón, pugnando por contener las lágrimas, mientras preparan la huida a Buenos Aires.

No les resulta difícil ocultarse en un tren de carga que sale en esa dirección.

El viaje de vuelta es turbado por el recuerdo penoso de la jornada anterior. Sin embargo, cuando se van acercando a la capital, el irrefrenable buen humor de Florencio vuelve a campar por sus respetos. Comienza por ir a situarse en su puesto favorito: los paragolpes del vagón trasero. Cuando entran en la estación del Once intenta largarse y desaparecer.

Pero allí está la policía esperándolos.

Los conduce al Departamento para interrogarlos, y hasta allí se llega el padre de Teófilo, que en alguna forma ha sabido de su llegada.

La entrevista es corta, pero patética. En silencio le entregan el sombrero de su hijo.

El hombre se mantiene aparentemente sereno. Se limita a hacer algunas preguntas que Florencio logra contestar escondiendo a duras penas su emoción.

—¿Sufrió mucho?

—Nada. *Aquello* fue instantáneo...

—¿Cuándo traerán el cuerpo?

Se lo dicen.

Hasta ahora no se ha movido un músculo de su rostro. Recoge el sombrero y se va.

Parra se queda asombrado de su entereza. Tres días después, Palito González vuelve a la estación Once para recibir los restos de quien era su único hijo. En el momento en que bajan el féretro, suena un estampido. Proviene del revólver del padre de Teófilo, que acaba de suicidarse...

En cuanto a Florencio, apenas recobra la libertad se dirige a su casa. La depresión ha pasado, y lentamente vuelve a enseñorearse de él el orgullo por las hazañas cumplidas. ¡Ya es un hombre, puesto que ha atravesado con honor semejante prueba y ha resistido impávido la asechanza de los fusiles!

—A pesar de mi ropa hecha jirones y de la cara sucia y de todo mi lamentable aspecto de desgredado atorrante de plaza —ha de referir luego—, llegué a mi domicilio con la cabeza altiva; orgulloso de ostentar todavía mis jinetas de sargento.

Él espera un recibimiento triunfal. Pero en el momento en que empuña el picaporte, algo así como una corazonada le advierte que debe alejarse de allí cuanto antes. Y, no obstante, desecha rápidamente esa idea y entra en la casa...

A tientas, al borde de un precipicio

UN RECIBIMIENTO INESPERADO ♦ “TE VAMOS
A CURAR A GOLPES” ♦ LA REVELACIÓN DE YRIGOYEN
♦ EL DIABLO EN TUCUMÁN ♦ UNA BROMA TORPE
♦ MÁS SANGRE EN LA CUENTA DEL JOVEN PARRAVICINI

Los aplausos y silbidos alternan muchas veces en la misma representación. Esta experiencia que luego habría de sufrir en carne propia el actor Parra, no la tiene aún este muchacho sucio, embarrado, ojeroso, que en este momento va a entrar en la lujosa mansión de los Parravicini. Él no se ha detenido ni un solo momento a pensar que su familia puede considerar su última aventura como una nueva barrabasada, menos tolerable que las demás en cuanto más peligrosa que otra alguna. Él vuelve satisfecho de su hombrada. Sus oídos retienen aún el eco de las felicitaciones que recibiera al apoderarse, al mando de un puñado de voluntarios radicales, de un pueblito defendido por la policía. Aún le parece vivir ese instante en que lo designaron sargento o aquellas horas en que podía alternar con los jefes revolucionarios.

Perdido en estos ensueños, Florencio da los últimos pasos que lo separan de la puerta, y entra...

Una paliza por día

Él no atina a darse cuenta de lo que pasa. Algo así como un bólido ha pasado junto a su nariz y otro se estrella en su oreja. Casi al mismo tiempo, una sonora cachetada estalla en el lado izquierdo de su cara y otra en el derecho, y otra y otra... Unas sombras movidas, en las que ahora cree reconocer a sus hermanos, bailan a su alrededor, se le echan encima, lo zamarrean, lo

hacen blanco infalible de sus golpes. Pero esta dinámica película es también hablada. Las preguntas se suceden al ritmo de los castañazos:

—¿De dónde venís?

—¡Atorrante! ¿Dónde estuviste metido?

—¡Sos la vergüenza de la familia!

—¿No sabés que tu madre no hace más que pensar en vos?
¿No te da pena tenerla con el alma en un hilo?

—¡Esta vez te vamos a curar para siempre!

Florencio no atina a contestar —lo que no le valdría de nada— ni a defenderse de los golpes —que sería un intento inútil—. La sorpresa, la indignación, el desaliento, el temor, sucedense rápidamente en su ánimo. Él venía casi muerto de hambre y de cansancio, con unas ganas tremendas de comer, bañarse, dormir, todo a la vez; de encontrar rostros atentos que admiraran sus tremendas hazañas y de refugiarse en la ternura comprensiva de la madre, para calmar la tensión de esos días vividos entre descargas de pólvora y gentes endurecidas por la pelea. Y en cambio, aquí lo espera este infausto remate, que torna ridícula su apostura de joven héroe. Imposible mencionar que por méritos hechos se ha ganado el grado de sargento: en este preciso instante su hermano Jacobo acaba de arrancarle a tirones las jinetas que lo documentan.

La paliza dura un largo rato. Toda esa angustia y esa cólera que sus hermanos han acumulado desde la fuga de Florencio del colegio, se descargan en sus cachetadas y puñetazos.

—¡Vas a estar tres meses sin asomar la nariz a la calle!

—¡Si es necesario —agrega otro, jadeando por el esfuerzo hecho—, te vamos a dar una paliza diaria hasta que consigamos domarte!

—¡Si viviera nuestro padre, ibas a ver lo que es bueno!
—completa Nicolás.

Todavía Florencio no ha dicho una palabra. Ahora no podría hacerlo aunque quisiera. Está demasiado molido, y las encías

sangrantes, los labios hinchados, la cara que arde como si le hubieran aplicado una plancha al rojo, no le permiten hilvanar defensa alguna. Abatido, piensa:

—¿Cuándo va terminar esto?

De Napoleón al general Baratieri

Probablemente hubieran continuado un largo rato.

Pero he aquí que una voz muy conocida, a la que la nerviosidad resta algo de su acostumbrada dulzura, se acerca a través de los pasillos, del vestíbulo, y se llega hasta donde están ellos, pidiendo la cesación de hostilidades:

—¡Por favor, hijos míos! ¡Déjenlo! ¡Ya le han dado demasiado! ¡Si casi no se puede tener en pie!

Malhumorados, los hombres suspenden el meneo, volviéndose hacia esa figura que llega hasta ellos presurosa:

—¡Oh, siempre lo mismo, mamá! Si por usted fuera, todavía habría que felicitarlo al bandido este...

Pero no insisten, y se van marchando uno tras otro. Florencio siente que unas manos suaves alivian el rostro amoratado, palpan los miembros molidos, y después lo acomodan en un sofá. Mientras tanto, y más molesto por la ofensa infringida que por los golpes, reflexiona que hasta hace un rato él se creía digno de su antepasado Napoleón. Y ahora, en cambio...

—Muchas veces —contará luego— he pensado que mi gloria militar se parecía a la del general Baratieri. A este, cuando volvió de Abisinia, después de pelear en Abba Carina hasta correr carreras, le dieron una paliza, como a mí... ¡Los grandes guerreros somos incomprendidos!

No se puede pedir un descenso más rápido: ¡en unos momentos había pasado de Napoleón a Baratieri!

¡Si hubiera tenido un telégrafo cerca!

De todas maneras, su intervención en el movimiento del 93 arroja para él un saldo favorable. Las emociones vividas en esas jornadas excepcionales compensan este final ingrato y humillante que han venido a darle sus hermanos.

En un torbellino pasan por su imaginación tantas escenas vigorosas y palpitantes de las que fue impensado espectador. Y las otras, las que le resultan aún más gratas e indelebles porque él mismo jugó un papel. ¡Y qué papel para un mocoso de dieciséis años!

Hay únicamente un borrón: la muerte de su entrañable amigo, Teófilo González, rematada con el suicidio de su padre. Él procura convencerse de que ninguna responsabilidad le cabe en esa muerte. La bala que tronchó esa vida flamante hubiera podido tropezar de la misma forma con él, con Florencio. Después de todo, durante el largo combate de Mercedes, él había andado corriendo de un lado para otro, desafiando a los fusiles oficialistas. Pero salió indemne, mientras su condiscípulo quedaba allí, tendido junto al alambrado que corría frente a la cárcel. ¿Es que Teófilo había sido elegido por destino? De cualquier manera, Florencio no puede olvidar que fue quien propuso la huida a sus compañeros de colegio... fue él quien empujó a Teófilo por ese camino al cabo del cual lo esperaba la Descarnada.

Esa preocupación no ha de abandonarlo nunca. Muchos años después, el notable actor Florencio Parravicini es presentado a don Hipólito Yrigoyen. El gran caudillo y el bufo máximo charlan largamente, mano a mano. Surge el recuerdo de la revolución del 93.

—Yo también estuve allí —refiere Parra.

Yrigoyen se sorprende. Pide detalles, interroga. El actor le va narrando entonces lo ocurrido, con vivacidad y precisión. Y llegan al episodio de Mercedes y a la muerte de González:

—No lo olvidaré jamás —se lamenta Florencio—. Yo lo quería mucho a ese muchacho. Éramos íntimos amigos...

Don Hipólito se ha quedado pensativo. Pero ahora se vuelve hacia Parra y dice pausadamente:

—Fue una desgracia. Yo hubiera podido evitarla...

Lógicamente sorprendido, el bufo pregunta:

—¿Evitarla? ¿Cómo?...

El entonces presidente de la Nación, como si no hubiera escuchado su pregunta, continúa:

—Yo hubiera podido evitar esa muerte y la de tantos otros bravos jóvenes. Solo con tener un telégrafo a mano...

Parra bebe ansiosamente sus palabras. ¿Y entonces? ¿Qué quiere decir este hombre?

—Yo no era partidario de ese ataque a Mercedes. Se hubiera podido conferenciar, convencer al comandante gubernantista de que le convenía rendirse. Esa sangre se podía haber ahorrado.

Y no hay más. Es en vano que Parra quisiera insistir en el asunto, ahondando, esclareciendo lo que acaba de decir Yrigoyen. Este se mantiene inmóvil, mudo, refugiado en ese silencio impenetrable por el que muchos adversarios le adjudicaron el calificativo de “esfinge”.

Hay libros y libros...

¿En verdad creían ellos que eso iba a ser posible? Pero creyeran o no, le aplican de inmediato los tres meses de encarcelamiento casero.

Puede asegurarse que los cumple, porque la resolución era inflexible y la consigna se mantiene firmemente. Lo único que pueden hacer doña Rafaela —siempre tan apasionada por su hijo menor— y su hermana Silvina es aliviar la amargura de la reclusión por todos los medios. Entretanto, él se revuelve como un lobo enjaulado. Como todos los muchachos que han ensayado por vez primera sus fuerzas contra la vida, habíase vuelto más decidido y confiado en sí mismo.

—La paliza doméstica no me domesticó. Al contrario. Me sentí más fuerte, más animoso que antes...

¿Pero qué iban a hacer con él? ¿Insistir en que estudiara? Eso es lo que querían. Pero estaba visto que habría de ser empeño inútil. Cuando una vez, en pleno delirio de aplausos y ganancias, le preguntaron al actor Parra por qué no había pasado nunca del tercer año, en la enseñanza secundaria, respondió:

—He tenido el talento de no querer estudiar en los libros escolares. He preferido siempre estudiar la vida en los libros de carne y hueso, con pantalones o polleras, que encuentro en la calle, en el teatro, en el café... Estos libros humanos me enseñan más que los impresos... Y remató con su picardía siempre alerta:

—Sobre todo, si son libros con polleras...

Tartarín en Tucumán

Ya que no podía conseguirse que estudiara, y en vista de que el recinto de cada colegio solo parecía hecho para que Florencio lo saltara en sucesivas fugas, su familia decide enviarlo al campo por un tiempo. Tal vez el ambiente porteño es lo que resulta nocivo para el muchacho, y en cambio pudiera ocurrir que los aires provincianos barran de su cabeza esa incurable disposición por las pillerías. Pero ¿adónde enviarlo? Jacobo recuerda:

—El jefe de policía de Tucumán es conocido mío. ¿Qué les parece si...?

Efectivamente, a los demás les parece bien.

¿Qué mejor custodia para este demonio brotado como un hongo en el solar parravicinesco, que un jefe de policía? Seguramente, el hombre —acostumbrado a vérselas con matreiros de toda laya— sabrá cómo tenerlo a rienda corta a Florencio. Y en caso necesario, ahí está toda la dotación de vigilantes para contener sus impulsos e impedirle hacer barbaridades.

Y así es como Tartarín de Tarascón sale para su nuevo destino.

Los tucumanos han soportado diversas calamidades, desde las atmosféricas hasta las económicas. Pero aún se recuerdan por ahí los tremendos resultados de la visita de Florencio. Él mismo confesaba:

—Creo que muchos habitantes de esa provincia, cuando oyen decir: “¡Ahí viene Parravicini!”, hacen la señal de la cruz como si el mismo diablo se les apareciera...

¿Qué es lo que no hace el mocito, solo o en compañía de otros que tales, en la sosegada ciudad de los naranjos y en sus alrededores?

Mientras él está allí, hasta las clásicas y apacibles siestas provincianas se llenan de sobresaltos, y las amables tertulias vense envenenadas por bromas feroces, jugarretas indignantes y tomaduras de pelo al por mayor. Raro es que la población tucumana no termine por aplicar al indómito hijo del coronel Parravicini la ley de Lynch, o que no se decida a llevarlo hasta las puertas de la provincia, como se hacía en las nacientes ciudades norteamericanas con los tahúres y pistoleros. Tal vez lo escuda y protege el hecho de alojarse en la misma casa del jefe de policía. Pero más aún le vale, probablemente, esa notable simpatía que poseyera siempre y que llevó a Eduardo Zamacois a concederle un título original y acertadísimo: *conquistador de afectos*. Por eso es que, a pesar de los repetidos escándalos que provoca, continúan invitándolo a reuniones y paseos. “El conquistador de afectos” es figura disputada y querida en todas partes.

Esto significa que la sociedad de Tucumán no escarmienta. Hasta que un día...

Una mula y su carácter

—¿No quiere salir con nosotros mañana? Salimos de excursión...

Los ojos de la hermosa muchacha tucumana encandilan al sensible Florencio. Invitan las palabras e invitan las miradas. ¡Como para negarse!

—¿Adónde van?

—A las sierras de Cololao. Son muy pintorescas, ¿sabe? Y vendrán muchas familias conocidas...

—No he de faltar, simpática...



Todos conocían la notable presencia de ánimo de Parra. Pero hubo ocasiones en que las circunstancias le obligaron a perder el control de sí mismo. Como aquella vez que hirió a un hombre en Tucumán.

—Pero vamos a ir en mula. ¿Usted sabe andar?

—¡Y cómo no! Ya verá...

Por supuesto, hasta entonces Florencio solo había contemplado las mulas desde lejos. Pero una vez dada su palabra, no va a echarse atrás. El día señalado para la excursión, él es uno de los primeros.

Ahí está muy jarifo, caballero en su acémila, cuyo carácter hubiera deseado conocer previamente. ¿Será dócil o inquieta?

Los demás no adivinan sus preocupaciones, porque el mocito dispara chistes y piropos a diestro y siniestro, amenizando la travesía. Y por cierto que esta lo necesita, porque la senda es estrecha y se desliza casi siempre bordeando impresionantes precipicios. En esos casos, mejor es olvidarse de lo que puede ocurrir apenas uno se descuide, y las bromas de Florencio ayudan a disimular el peligro. Las carcajadas se suceden. Y nada hace prever el incidente lamentable que ha de producirse momentos después.

Esta vez, hagámosle justicia, la culpa no hay que cargarla sobre Parra. Él es el menos preparado para la semitragedia que está a punto de producirse. De su sorpresa posterior dan fe estas palabras suyas:

—Ignoro si en aquel tiempo yo tenía cara de otario. Puedo asegurarles que, por dentro, estaba lejos de considerarme una zanahoria. No era bobo ni por mi educación ni por mi experiencia. Pero en el camino ocurrió algo que me hizo dudar de la expresión de mi cara.

Una broma trágica

Por el estrecho camino va Parra manteniendo difícilmente ese doble equilibrio: el de su persona sobre la mula y el de la mula al filo del precipicio. Está pensando si esa tortura durará mucho tiempo o si llegará ya la hora de desmontar, comer, bailar y divertirse un poco, una vez asentados los pies sólidamente sobre la tierra.

Ahora alguien da una orden, y los paseantes, colocándose en fila india, comienzan a atravesar un peligroso desfiladero.

Nadie se anima a contemplar el abismo, que abre ahí nomás su informe bocaza como esperando la presa. En ese instante, Florencio escucha el ruido de otra mula que se le aproxima al trote:

—Pero, ¡qué bárbaro! ¿Cómo quiere pasarme? ¿No ve que aquí no cabe ni uno...?

Eso es lo que hubiera querido decir. Pero el otro no le da tiempo. Rápido como la luz le echa encima un amplio poncho, que le cubre por completo la cabeza y donde se le pierden las manos cuando instintivamente quiere desembarazarse del estorbo.

Lo que se escapa entonces de su boca no podemos repetirlo aquí ahora. Pero hasta sus maldiciones se quiebran repentinamente, cuando nota que ha perdido las riendas, que acaba de escapársele un estribo, que se bambolea sobre su montura. La mula ya no le obedece, y deben estar a punto de despeñarse. Es la suya una situación tan rara como peligrosa. Los demás solo atinan a gritar, espantados por ese drama inminente.

—Si no me agarro, me caigo —contaría él después—. Y me hubiera abierto un cráter donde algunos deberían tener los sesos, a no mediar el otro estribo y la vergüenza. Tal fue la rabia que me dio, que perdí el miedo...

Cuando un valiente se asusta...

A manotones, y con esa clarividencia que da la desesperación, Florencio logra quitarse de encima el poncho traicionero.

Arde en furor y en deseos de averiguar quién es el autor de la trastada. No le cuesta mucho trabajo. Está ahí nomás, a unos pasos. Es un joven perteneciente a la aristocracia tucumana, a quien apenas conoce por haberlo visto en algún baile. El nombre no interesa aquí, aunque Parra nunca se cuidó de ocultarlo.

¿Qué harían ustedes si al salir de un trance tan peligroso, vieran al autor de su desasosiego riéndose en sus propias barbas, como si la broma hubiera sido un hallazgo oportunísimo?

Por lo menos, nadie podría extrañarse de que ahora, Florencio, llevado por la cólera, lleve la mano hasta su infaltable revólver...

Que lo extraiga con unos dedos a los que la ira hace temblar...

Y que ahora apunte al contrario, al que el miedo ha empalidecido repentinamente, cuajándole la sonrisa en una mueca de miedo...

No es la primera vez que Florencio hiere a una persona. Pero de la sangre que derrama en esta ocasión no ha de arrepentirse nunca. Es que cuando un hombre valiente se asusta, hay que esperar de él cualquier cosa...

**“A fuerza de palizas,
me torcieron...”**

UN TIRO EN LA PIERNA PARA QUE ESCARMIENTE
◆ INDIGNACIÓN GENERAL CONTRA PARRA ◆ UN IDILIO
FUGAZ EN EL DELTA ◆ LA RUTILANTE CAMARERA DE
EL GATO NEGRO ◆ “TE REGALO EL AJUAR
DE MI HERMANA...”

Hace un instante apenas, los excursionistas marchaban alegremente, comentando entre risas y bromas los peligros de ese viaje azaroso a la vera del precipicio y limitados al otro lado por ese invulnerable murallón de piedra. Prudente, pero briosamente, las mulas iban cubriendo el arduo camino entre las sierras.

Pero de pronto todo ha cambiado. Y ahora, en cada rostro se reflejan por igual la angustia, la ansiedad y el temor.

Tal vez ese joven tucumano, quemado por alguna de las bromas de Parra, había prometido vengarse en la primera oportunidad. O quizá ha creído ver en él solo un vulgar *cajetilla* porteño. De cualquier modo, se ha equivocado grandemente con Florencio. Eso de envolverle por sorpresa la cabeza con el poncho, en uno de los lugares más difíciles, es tan bárbaro como peligroso. Si Parravicini logra salir con vida, es por casualidad, y también merced a su sangre fría. Pero ahora que ha superado el mal momento, nadie puede contenerlo. La indignación se le ha subido a la cabeza y empuja su mano hacia el revólver.

—Pero... ¡por favor! —atina a decir el otro, al verse apuntado por su reciente víctima.

—¡Qué favor ni qué...!

Y sin terminar de hablar, dispara.

... Y se reconcilian

Su proverbial puntería, ese acierto instintivo para el blanco que sorprendiera a su mismo padre cuando Florencio contaba unos pocos años, no le falla tampoco esta vez.

Pero que el joven bromista dé las gracias a esa ráfaga de lucidez que ha cruzado por la mente de Parra. Porque así es como, en lugar de apuntar a la cabeza, lo ha hecho a las piernas, nomás. No quería matarlo. Es solo para que escarmiente... Pero ahora el otro ha caído con una pierna quebrada y todos se precipitan hacia los contendientes.

Ya tranquilo, Florencio guarda el revólver. Y hasta se acerca al grupo que rodea al herido, para ver en qué puede ayudar él.

¿Para qué comentar lo que pasa luego? Hay recriminaciones mutuas, reproches unánimes. El herido, que al principio se asusta mucho al ver brotar tanta sangre de su pierna izquierda, va calmándose luego, cuando le aseguran que sanará con facilidad, tiempo y curas mediante. Alguien oficia de intermediario, y exhorta a los recientes rivales para que se reconcilien. Y así lo hacen, porque ni Parra es rencoroso ni el otro gana nada con lamentarse por el balazo. Ellos se dan la mano, y están dispuestos a olvidarse de lo que acaba de pasar.

Pero los demás, no. La excursión, por supuesto, ha fracasado. La fiesta que todas esas familias se habían prometido y preparado con tanta anticipación, viene a frustrarse por el loco desplante de estos dos adolescentes. Vuelven grupas, pues, tristes y cabizbajos, rumbo a la ciudad.

El apuro del jefe de policía

Apenas llegan a Tucumán se complican las cosas.

Quienes han visto la disputa saben que Florencio fue atacado primero, y en cierto modo justifican su precipitada reacción.

Pero luego los hechos se examinan más fríamente, y poco a poco todos van coincidiendo en la opinión de que el gesto de Parravicini ha sido exagerado y desusadamente violento.

—Después de todo, el otro lo empujó inocentemente...

—Y mire que balearlo a sangre fría. ¡Qué salvaje!

—¡Si ese mozo tiene el diablo en el cuerpo! ¿No se enteró usted, misia Ramona, de lo que hizo la otra noche en mi casa?

—Dígame a mí... Si anteayer nos tuvo despiertas hasta la madrugada, dándonos una serenata interminable, con otros desocupados como él...

—Yo quisiera saber qué hará ahora el jefe. Como es su protegido...

También hubiera querido saberlo el jefe de policía. Al volver los excursionistas, han desfilado uno por uno por su casa para contarle la última hazaña del porteño. Atónito y encolerizado, duda entre las obligaciones de la amistad y las que le plantea su cargo. ¿Lo pondrá en manos de la justicia? Eso es lo que corresponde. Pero se le hace cuesta arriba. ¡Se trata de un Parravicini, del hijo del coronel, del hermano de Jacobo y de Nicolás, a quienes debe ciertos favores! ¡Imposible! Pero...

Se le ocurre ahora algo coherente. Manda a uno de los *chafes* a averiguar cuándo sale el próximo tren rumbo a la Capital Federal. La respuesta lo tranquiliza de golpe:

—Esta misma noche, mi jefe.

Lo que acaba de antojársele no puede ser más feliz. No quedará mal con la familia porteña, pero tampoco se expondrá a las burlas y críticas de la sociedad tucumana, mediante un acto de favoritismo: lo manda a Buenos Aires, a su casa, *dándole el tren por cárcel*. ¿Qué tal la idea?

El jefe se felicita de un expediente tan elástico que concilia a las mil maravillas una situación tan embrollada. Pero eso sí: acompaña el envío que hace a Jacobo de su hermano preso con una carta donde menudean las expresiones enérgicas. En cuanto a los adjetivos que dedica a Florencio, mejor es no hablar. Lo

más suave que dice a su respecto, es que si vuelve a pisar tierra tucumana lo hará balear sin compasión hasta dejarlo convertido en un colador.

“A fuerza de palizas, me torcieron”

¿Será preciso referir las alternativas de la paliza —¡otra más!— que el benjamín de la familia Parravicini recibe apenas él y la candente carta son recibidos en el hogar materno? Correríamos el peligro de cansar al lector con semejante enumeración boxística. Preferible es dejar que él mismo haga el resumen de lo ocurrido con su gracejo habitual:

—Jacobó me sacudió las alfombras —decía—. Pero yo, para vengarme, le eché dos sapos y un ratón en la jarra de su lavatorio. Cuando se fue a lavar, aprendió —del susto— a hacer ejercicios acrobáticos. Y a puntapiés, hizo juegos malabares conmigo...

Es dudoso que las trompadas y otros recursos enérgicos por el estilo hayan dado resultado para cambiar las inclinaciones de cualquier muchacho. En el caso de Florencio, por lo menos, puede asegurarse que el método fue completamente inútil. Cuanto más le reprenden y pegan, más persiste él en trastornar el mundo que lo rodea.

—Todo cuanto hicieron para enderezarme, fue torcerme...

Esto es tan cierto que ya veremos dentro de muy pronto lo que ocurrió cuando le dieron la entonces desolada Patagonia por lugar de reclusión. Lo que contemos entonces, incluyendo sucesos que tal vez se publican por vez primera, parecerá, probablemente, inverosímil. Pero, sin embargo, todo se halla debidamente comprobado. Quejándose cierta vez de alguna biografía suya bastante mentirosa que andaba circulando por ahí, Parra decía:

—¡Cómo se fantasea sobre mi vida! La mayor parte de las veces se cuentan cosas que jamás me ocurrieron, y en cambio se omiten otras verídicas y llenas de interés...

Precisamente por eso, aquí se pasarán por alto algunos capítulos que tradicionalmente se agregan como un pegote, vaya a saberse por qué, a la vida de Parra. Y en cambio se intercalarán otros que hasta ahora permanecieron inéditos o poco menos, y que tienen el mérito de ser “verídicos y llenos de interés”.

El bufo en potencia

Para olvidarse de las recientes peripecias y distraerse por su nueva reclusión, se va a hacer muecas ante el espejo.

Esta es una costumbre antigua. Ya hemos dicho que al volver del circo se dedicaba a imitar las contorsiones y sobre todo los gestos del inolvidable Frank Brown. Pero estas mismas prácticas repetíalas cuando había visto una función teatral cualquiera. Alguien que lo espío en cierta ocasión, cuando él era un chico aún, contaba que lo había visto pintarse la cara ante un espejo. Pero esto no lo hizo una vez sola, no. Cuando su inventiva siempre alerta, o su inquietud permanentemente alborotada, no había tenido ocasión de manifestarse durante el día, refugiábase por la noche, en la soledad de su habitación, en el espejo compañero. Si quien lo vio pintarse ojeras y bigotes y una boca postiza hubiera seguido espionando, quizá se hubiese asustado. Porque repentinamente ese rostro singular se disloca en muecas inverosímiles, grotescas, risibles o espantosas. Blanquéase los ojos, dilátase la boca, crujen estremecedoramente los dientes. Sus dedos colaboran para que esta deformación de los rasgos sea aún mayor. Y, para colmo, la [*incompleto en el original*]. Esa ceja derecha sube y baja alternativamente, según las distintas expresiones que se reflejen en la cara. Ya imita la cólera, ya constituye al gozo desenfrenado que fingen esos verdes ojos risueños, y la boca abierta en muda carcajada, ya se queda allá arriba, suspendida de un hilo invisible, como ahorcada en el malhumor de Florencio.

Así permanece el muchacho durante largos momentos, asustándose y divirtiéndose con su propio espectáculo.

De pronto, cierto matiz extraño que descubre en su mirada le da miedo. Algo desconocido, indefinible, se denuncia en ella y lo estremece. Entonces sepárase bruscamente del espejo, y necesita correr en busca de los suyos, alborotar y bromear locamente hasta olvidarse de lo que acaba de asomar a su rostro, en el obsesionante cristal azogado.

Durante toda su vida, él ha de repetir ese gesto alarmado del chico. Jamás se atrevió a seguir mirando...

Drama y sainete: fracaso y éxito...

Pero esta tendencia a la representación teatral no se queda encerrada entre los muros de su pieza. A menudo improvisa monólogos y escenas enteras ante sus amigos y compañeros de colegio. El comentario elogioso llega hasta los profesores, a los cuales, hay que decirlo, también imita Florencio apenas desvían de él la mirada. Un día, cuando estudia en el Instituto General San Martín, le avisan:

—Lo llama el director a su despacho.

Con paso lerdito y expresión resignada se dirige hacia el lugar de la ejecución. Porque está seguro de que se trata de una nueva reprimenda, de otro castigo. Pero, en cambio, se encuentra con una sorprendente propuesta:

—Para la fiesta anual daremos unas obritas. ¿Quiere intervenir?

Parra se apresura a responder:

—¡Cómo no! Si usted quiere, ayudo a elegir las obras y a distribuir los papeles...

Satisfechos por su buena voluntad, dejan la organización del espectáculo casi en sus manos.

Llega por fin el día de la función. Los decorados dejan que desear, ciertamente. Los actores de pantalones cortos tienen más

buena voluntad que aciertos. Pero el entusiasmo es grande, y por otra parte, el público —formado por los parientes de los alumnos— hállase predispuesto al aplauso fácil. Aquí cabría decir que Parravicini se revela como el actor más completo y el más aplaudido. Pero no podríamos asegurarlo sin mentir. Probablemente no se destacó ninguno, o lo consiguieron todos, y los laureles tuvieron una distribución equitativa.

La primera de las obras presentadas fue “Parada y fonda”, de Vital Aza. La reidera pieza provocó el continuo regocijo de la concurrencia. Un éxito. A continuación, pasan un drama tremebundo de Zorrilla, que Florencio había insistido para que se incluyera: “El puñal del godó”. El público se pone serio, arruga la nariz, bosteza, mira para otro lado, observa a menudo el reloj. En fin...

—Si no me voy, me mudan... —dijo después Parra.

No aparece este insignificante episodio como un lejano anuncio de lo que le ocurriría luego, en su triunfal carrera por las tablas. Cuando se presente como desopilante cómico, acaparará ovaciones y dinero. Cuando quiere ensayar otra postura, en cambio... Cualquiera sea la causa de esta situación, y ya recaiga la responsabilidad en el público, ya en el mismo Parra, él suele quejarse, allá por el año en que da comienzo la primera guerra mundial:

—Indudablemente, en lo cómico estoy en mi centro. Pero sin embargo, *siento* lo serio, y lo haría y lo he hecho cuando fue necesario, con verdadera afición dramática. Pero el público, acostumbrado a verme bromear, *no me cree* en esos casos, y no me toma en serio...

¿Puede fijarse en esa función escolar la revelación de Parravicini como actor? Nos pronunciamos por la negativa. En realidad, él participa en ese espectáculo como lo han hecho y lo hacen tantos otros pibes que en su vida futura han de ser arquitectos o mozos de café, trabajadores ferroviarios o médicos o buzos. El gran actor que hay en Parra se denuncia por innumerables síntomas, a cada paso que da, en muchas de sus actitudes y ocurrencias. Pero ese actor recién comienza

a desmerecerse después, en circunstancias especialísimas. La concurrencia han de formarla lobos de mar, y los aplausos alternarán con el ruido del oleaje.

Pero todavía estamos en tierra firme. No nos adelantemos demasiado, pues.

Pasión, rapto y fuga

¡Cuántos capítulos sería necesario agregar a esta biografía, si se ocupara también de sus lances sentimentales! Como se trata de un terreno algo resbaladizo, no nos internaremos en él sino cuando su importante proyección en la vida y andanzas de Parra lo exija y justifique.

¿Valdrá la pena hablar, entonces, de aquel rápido y devastador idilio con una muchacha, vecina de la quinta de Vicente López?

Un día, queriendo consumir el rapto, pide a dos amigos que lo acompañen. Uno de ellos, Rojo, había intervenido junto a él en las memorables jornadas de la revolución del 93. ¿Cómo no va a seguirlo ahora también? El otro no se hace rogar, tampoco. Con la complicidad de una noche oscura y de la misma Dulcinea robada, trasládase hasta el Tigre, donde está esperándolos un pequeño velero. ¿De dónde lo han sacado? ¿Es *rapto*, también? No. Se trata de una adquisición legítima. Procede de ciertas entrevistas solemnes que Florencio ha mantenido no hace mucho con sus hermanos.

—Yo necesito plata. La que ustedes me dan no me alcanza.

—¿Y para qué la querés?

—¡Ah! Ese es asunto mío. ¿Por qué no me entregan algo a cuenta de la herencia de mi padre?

El asunto es zarandeado durante un tiempo.

Al final, deciden acordarle una pequeña parte de su hijuela, prometiéndose vigilarle su inversión. Pero apenas Parra se ve con tanto dinero reunido, corre a adquirir un *yatch*. Con la suma

que lleva, solo puede adquirir un barquito bastante modesto. Pero para él es suficiente, por ahora. Con esa propiedad flotante comienza a dar largos paseos por los riachos del Delta. Y precisamente hacia una de sus islas pone proa apenas los tres raptos llegan con su magnífica presa a bordo.

Muy pocos días dura el romance acuático. El encuentro impensado con una lancha de la Prefectura, un “¡alto!” profeso por una voz enérgica, un breve interrogatorio, y la excursión es interrumpida bruscamente.

El idilio también. Esta vez, Florencio logra eludir milagrosamente el castigo fraterno, aunque le quitan el velero. Pero la muchacha no sale tan bien librada. La última noticia que él tuvo fue que sus familiares la habían internado en un convento.

La camarera de El Gato Negro

Pero ni este amorío ni otros que hubo antes o después de él, en su adolescencia, le hacen tanta mella como el que tuvo por protagonista femenina a la camarera de un café cantante muy célebre entonces: El Gato Negro, situado en Maipú, entre Corrientes y la que se conocía como calle Cuyo.

Florencio se acostumbra a concurrir allí cuando sus hermanos lo condenan a una nueva reclusión. Por la noche, cuando todos duermen, él se escapa. Y fatalmente va a parar a El Gato Negro. Los ojos negros de Lola lo atraen irresistiblemente. Luego, él se burlará de esa briosa pasión de su adolescencia impaciente. Pero por ahora se halla tan enamorado que no puede notar la diferencia de edades, ni el deliberado cálculo con que la vampiresa del bar responde a sus avances.

A medida que progresan sus relaciones, el impulsivo Florencio se siente más arrastrado por esa atracción tenaz. Su generosidad no conoce vallas. Vuela y desaparece su dinero, merodean los regalos hasta dejarlo sin fondos para adquirir cigarrillos.

Una madrugada, después de haber estudiado concienzudamente en El Gato Negro el fondo de unas cuantas botellas, salen a la calle. El aire fresco de las tres de la madrugada solo consigue despejarlos un poquito, apenas. De pronto, Florencio se vuelve hacia su rutilante compañera, y le propone:

—¿Y si fuéramos a mi casa?

—¿Para qué?

—Vení, vamos a bailar, después te hago un regalo.

Ya están en marcha hacia la casa de los Parravicini, que se hallaba en la calle Guido, frente a la plaza.

Surge un inconveniente: la puerta está cerrada. Florencio cree tener la llave, pero no está en condiciones de realizar una búsqueda cuidadosa en sus bolsillos. Hay un expediente más simple: forzar la falleba y entrar por el balcón. Y antes de que su lengua, algo entorpecida, termine de anunciarlo, ya están adentro. Se encuentran en la sala. Encienden todas las luces y, sentándose al piano, atacan todas las piezas alegres de moda, cantándolas a dúo.

Mientras tanto, sus familiares siguen durmiendo. Entre la habitación donde ellos se encuentran y los dormitorios, hay varias desocupadas. Y en ese caserón, los ruidos se atenúan y se pierden fácilmente. Su madre y sus hermanos se enterarán del escándalo al siguiente día, por referencia de los indignados vecinos.

Cuando ya la luz del día comienza a colarse entre los visillos, Lola le anuncia:

—Bueno. Ya es un poco tarde. Me voy...

Él recuerda que le ha prometido un regalo, pero, ¿de dónde sacarlo? Súbitamente le asalta una idea muy oportuna. Su hermana acaba de casarse. No hace tres días que salió en viaje de bodas. Allí cerca, en la habitación vecina está todo su nutrido ajuar. Toma de un brazo a la camarera:

—Vení, acompáñame... Te voy a hacer un regalo espléndido...

En un santiamén es forzada la cerradura de los roperos y desparramado el contenido de estantes y cajones. Del montón

de ropas reunido en el centro de la habitación, el polichinela que late en Parravicini va seleccionando piezas, que levanta en alto como un rematador, mientras interroga a Lola:

—¿Esto te gusta? ¡Te lo regalo!

Los ojos de la muchacha se distienden al máximo. Le parece estar viviendo un sueño maravilloso. Emocionado hasta las lágrimas con su propia generosidad, Florencio continúa la fantástica enumeración:

—¿Y este traje de baile? Es lindo, ¿no? Y estos vestidos, ¿te gustan? ¡Te los regalo también!

Así desfilan juegos de ropa interior y bastones, guantes, abanicos, sombreros, encajes, mantillas. Aquello parece la liquidación de una gran tienda.

El último adarme de prudencia que aún conserva Lola, la impulsa a llevarse únicamente una parte de ese espléndido ajuar. A pesar de todo, el paquete es voluminoso. Cuando ya está preparado, se saludan enternecidos y Lola vuelve a atravesar el balcón con su botín. Florencio la mira desaparecer tras la primera esquina, y contemplando el sol que comienza a lamer los muros fronteros con timidez, bosteza ampliamente. De pronto se le ocurre:

—¿Qué dirán de esto en casa?

Por un instante se representa el conocido cuadro de sus familiares indignados, prontos a la represalia. Pero está muy lejos de suponer las graves consecuencias que va a tener la reacción de los suyos. Porque si lo sospechara, no se deslizaría ahora como un sonámbulo hasta su dormitorio, ni se dejaría caer a plomo sobre su cama para dormir un largo sueño de once o doce horas.

Hasta que lo despierta un grito:

—¡Florencio! ¡Anoche entraron ladrones...!

“¿Qué vamos a hacer con Florencio?”

BUSCANDO A LOS LADRONES ♦ SIEMPRE EN ACTOR

♦ UN *MELGAREJO* PARA EL PÚBLICO Y OTRO...

♦ EL TRIBUNAL DELIBERA ♦ EL JOVEN BRUMMEL VISITA
UN BARCO DE GUERRA ♦ ¡TE QUEDÁS! ♦ ESOS IMPOSIBLES
LOBOS DE MAR ♦ PARRAVICINI CON ROPA DE FAJINA

Lentamente los sentidos del muchacho van abriéndose a la realidad. Hace un instante, unos gritos estridentes han perforado su sueño haciéndolo saltar en la cama:

—¡Florencio! ¡Anoche entraron ladrones!

Pero aún no consigue despertarse del todo. Sentado en el lecho, frente al rostro alarmado de su madre, que ha venido a traerle la noticia, Florencio se despereza. Mientras tanto, el sentido de estas palabras se le presenta cada vez más claro. ¿Qué ha ocurrido la noche anterior? ¿Y qué es lo que hizo él? Procura recordarlo desesperadamente, mientras doña Rafaela acumula datos:

—¡Está todo tirado por el suelo...! ¡Han saqueado el dormitorio de Silvina!

Como si un hábil dibujante fuera reconstruyendo la escena, trazo sobre trazo, Parra se ve huyendo de la casa apenas cada cual se ha retirado a sus habitaciones; y llegar a ese café-cantante, El Gato Negro, que lo cuenta entre sus *habitués* desde que se sintiera atraído por la camarera Lola; luego recuerda haberla invitado a la propia casa materna, cuya sala ha presenciado esa alocada diversión de los dos jóvenes, dedicados a cantar, bailar y mortificar el piano hasta el alba. Y, finalmente, la ocurrencia con que culminó esa humorada: el regalo a Lola del ajuar de su hermana Silvina. Cuando se queda solo, mientras se viste lentamente, su cabeza, que aún lucha contra los vapores

espirituosos —resabio de la trasnochada—, da vueltas en torno a una misma preocupación:

—Y ahora, ¿cómo salgo de este lío?

La inesperada confesión

Cuando él se presenta en el dormitorio de Silvina, todos están demasiado ocupados en calcular las consecuencias del saqueo y discutiendo la forma en que pudo haberse producido, para fijarse en la extraña expresión de Florencio. Rápidamente piensa que, después de todo, nada tiene que temer. Todos están de acuerdo en que el desbarajuste se debe a los rateros. ¿Entonces? Solo tiene que evitar traicionarse, y borrar en lo posible sus propias huellas.

Examina con sus hermanos la forzada falleba del balcón por el cual deben de haber entrado los intrusos; revisa con ellos los cajones del ropero que en revuelta confusión yacen por el suelo, y sus expresiones son tanto o más indignadas que la de los otros.

De pronto, Florencio se siente palidecer; es que Nicolás ha dicho:

—Hay que avisar al comisario...

El comisario se llama José Paipoch y es amigo de la familia.

Por lo tanto, encara este asunto con notable celo. De reunir todos los indicios sospechosos, interroga a cada uno de los ocupantes de la casa, incluyendo a la servidumbre. También Florencio tiene que someterse al procedimiento. Seguro de ser descubierto, espera de un momento a otro la revelación fatal. ¡No pueden ser tan ciegos!

Pero, a pesar de sus temores, todos siguen desorientados y la pesquisa se estanca. Parece que por fin puede respirar tranquilo. Sin él quererlo, sin necesidad de urdir la mentira, ha conseguido engañarlos. Solo le basta observar una conducta prudente y no traicionarse. Entonces, nadie podrá descubrirlo, tal como

ocurriera cuando con una banda de amigos tomó por asalto el domicilio de la familia Guimaraes.

Apenas adquiere la plena certidumbre de que así va a ocurrir, cuando está seguro de que nadie abriga dudas sobre él, se adelanta y dice:

—¿Saben?... ¡Fui yo!

¿Qué es lo que lo impulsa a tan paladina confesión? ¿Los remordimientos? No. Él lo atribuía a su incapacidad para guardar cualquier clase de secretos, propios o ajenos. Pero más probable es que la causa haya sido su afición a la farsa. El comediante disfruta con el enredo que provocó. Una vez que todos han sido hábilmente cazados en la bolsa del ilusionista, este desata los cordones y los deja escapar. Con su fingimiento, no busca la impunidad, sino la diversión.

Es que no puede mantenerse en un mismo registro. En su vida y en el teatro Parra estará destinado a cansarse de los papeles que elige o le tocan en suerte. Por eso los varía constantemente. Cierta vez, decía un crítico porteño:

Necesita cambiar la letra una y otra vez. Para él la escena es un sitio muy entretenido, donde nada hay que tomar muy en serio. Por eso se da el caso que una obra en manos de Parra ya no la conoce ni el autor cuando llega a las cincuenta representaciones.

Otro caso ilustrativo. *Melgarejo*, debida a su pluma, se mantuvo durante varios meses en el cartel. Pues bien: el bufo introducía en ella cada noche variantes tan pronunciadas que sus mismos compañeros de elenco quedaban desconcertados y un poco fuera de la cuestión... A medida que se le iban ocurriendo cosas, las mechaba en la obra, empalmaran bien o no. Herminia Mancini, que era entonces una de las principales figuras de su elenco, agrega, al referirnos esta anécdota:

—Nosotros teníamos que esperar pacientemente que terminaran sus injertos para decir nuestra parte. Pero su inventiva

no se detenía allí. En realidad, él jugaba dos obras a la vez. Un *Melgarejo* para el público, y otro, adornado de toda clase de alusiones picantes y bromas, para nosotros, los que trabajábamos a su lado...

Representando dos obras a la vez. ¿Acaso Parravicini no se pasó la vida haciendo eso? Limitarse a una sola, hubiese aburrido a este espíritu movedizo, insaciable, suspendido siempre del hilo quebradizo de la farsa...

Florencio ante el consejo de familia

Y así es como está, ahora, ante sus familiares. Después de desempeñar el papel del inocente, asume el del culpable. Por eso tiene que afrontar este cerco de rostros que pasan rápidamente del asombro al despecho y a la cólera.

Uno de sus hermanos quiere echársele encima, pero lo contienen, mientras exigen explicaciones a Florencio.

Él las proporciona, obedientemente, y muy amplias. A cada pregunta del comisario, el muchacho contesta con rapidez y exactitud.

Paipoch guarda la libreta en el bolsillo.

Esa misma tarde, la desventurada Lola es detenida cuando iba a entrar en El Gato Negro. Entre lágrimas y ataques de nervios confiesa lo ocurrido, confirmando la declaración de Florencio. En su alojamiento hallan la parte que se llevara del ajuar. No la ha tenido en sus manos sino unas pocas horas. Ni siquiera le han dado tiempo de regodearse en la contemplación de esas magníficas piezas cuya posesión le parecía, seguramente, un sueño.

Y en eso se convierte ahora. En un sueño, nomás...

Una vez recuperadas las ropas, se trata de estudiar "el caso Florencio".

Los ánimos familiares están enardecidos. Es cierto que antes había cometido travesuras tremendas, pero esta vez ha superado

sus propios récords. Ni reconvenciones, ni castigos, ni palizas han variado su disposición ingénita para producir hecatombes. ¿Qué es lo que corresponde hacer? Si esta vez ha convertido la casa materna en una sucursal del café-cantante y ha saqueado su propio hogar para obsequiar a una mujer, ¿qué se puede esperar de él la próxima vez?

Para encontrar una solución, se convoca a un solemne consejo de familia. Hasta las tías y tíos lejanos concurren a él, para aportar el peso de su prudencia, las luces de su meditada opinión, y el bagaje de sus respectivas experiencias.

El acusado no es admitido ante el tribunal. Ante esas cerradas puertas, tras las cuales se desarrolla la decisiva conferencia, Florencio da vueltas y más vueltas intensamente preocupado. ¿Qué decidirán allí?

Por si acaso, se prepara para lo peor.

Pero lo que ocurre le causa un explicable asombro. Después de largas horas, el cónclave familiar se disuelve. Espera que lo llamen de un momento a otro, para comunicarle la sentencia. Pero nadie le dice nada. El ceño de sus hermanos se ha desarrugado, nadie lo mira con severidad ni aprensión. Contrariamente a lo que suponía, no recibe retos ni castigo alguno. ¿Será sometido a un nuevo encierro? Tampoco. Puede entrar y salir libremente de su casa, sin que nadie le pida cuentas.

Demasiado hermoso para ser cierto —piensa el adolescente—. Durante algunos días permanece en constante guardia, esperando el golpe. Pero nada ocurre, y al final se cansa de esa espera alarmista y torturante. A poco, comienza a olvidarse del asunto. Ninguna preocupación puede echar anclas en su ánimo liviano. Por eso, no puede darse cuenta de que esa asombrosa calma es, precisamente, la que precede a la tempestad. Y cuando por fin cae el golpe, lo encuentra despreocupado por completo...

El petimetre a bordo

Esa noche, apenas acaban de cenar, Jacobo se dirige a él cordialmente:

—A vos te gustan mucho los barcos, ¿no? ¿Querés acompañarme a visitar uno?

La invitación sorprende y encanta a Florencio. ¡Si los barcos son su pasión! No pocas horas se ha pasado en los muelles, contemplando los buques, soñando con maravillosas travesías.

—¡Claro que quiero ir! ¿Cuál es?

—El transporte “1° de Mayo”, de la Armada Nacional. Como soy amigo del comandante...

La visita queda resuelta para el día siguiente.

Y a la hora acordada, Parra aparece puntualmente en el *hall*, donde lo espera su hermano. Este no puede dejar de observar su indumentaria con cierta ironía, que se le escapa al avisado Florencio. Al muchacho le ha gustado siempre vestir bien, y ahora se ha esmerado en su presentación. Lleva un traje flamante, impecable. La galerita ha sido cuidadosamente cepillada, y nadie podría poner un solo reparo a la raya de su pantalón, ni a la blancura insospechable de sus guantes. El torso del joven es ceñido con elegancia por el chaleco de piqué, cuyo bolsillo superior deja ver la gruesa cadena del reloj de oro. ¿Qué más? ¡Ah! En el ojal luce un pimpollo, y del antebrazo cuelga un pretencioso bastón. El caballero parece un maniquí escapado de alguna revista de la época. Cuando concluye la muda inspección, Jacobo pregunta ceremoniosamente:

—¿Listo?

—¡Vamos!

Florencio no ha notado que el beso con que lo despide su madre es inusualmente largo. Ni sabe que ahora se queda observándolos largamente, de pie en la puerta de la mansión, hasta que los ve desaparecer. Está demasiado preocupado por el acontecimiento inminente. Dentro de unos minutos pondrá

el pie en la cubierta de un barco de guerra. Ahí despierta con fuerza su futura afición a los deportes náuticos, su entusiasmo de *yatchman*, la silueta del incansable viajero que ha de pasear por no pocos mares su constante y siempre avivada curiosidad.

Un señor se va y otro se queda...

El comandante del transporte los atiende con deferencia. Jacobo hace las presentaciones de rigor:

—... y este es mi hermano menor, Florencio...

El marino lo observa escrutadoramente:

—¡Ah, es este...!

La exclamación es sugestiva. ¿Qué es lo que ha querido subrayar? Pero el muchacho no para mientes en ella, porque está ansioso por visitar el barco de punta a punta. Además, el “1° de Mayo” está por levar anclas, y se ultiman los preparativos. Son cargados los últimos bultos que ha de llevar al lejano sur, y ya están a bordo los presidiarios destinados al presidio fueguino.

Estos, que llegan al muelle en número de treinta, proporcionan una atracción más a la jornada. Uno de ellos intenta sorpresivamente una inútil fuga, y por unos momentos todo es agitación y bochínche a bordo y en tierra. Finalmente, el rebelde es reducido y vuelve la calma.

Los visitantes se preparan a dejar el barco. Ya se aproximan a la pasarela. Florencio es el que hace punta. Cuando ya va a poner el pie en la planchada, el marinero destacado allí adelanta un brazo en forma recta cerrándole el camino:

—Deje pasar al señor...

Sorprendido, Florencio se vuelve. El “señor” es su hermano, que va pisándole los talones. Maquinalmente obedece la orden, y Jacobo desciende la planchada con premura. Ahora se dispone a hacerlo Florencio. Pero el marinero vuelve a contenerlo.

—Un momento...

Ahora, la sorpresa del muchacho no conoce límites. ¿Qué es lo que pasa aquí?

Ante sus ojos atónitos, dos tripulantes aflojan la pasarela, que recogen otros desde tierra. Entonces nota que las máquinas del barco ya funcionan desde hace un rato, y que comienzan a separarse del muelle. Desesperado, lanza un grito:

—¡Eh, que me dejan! ¡Quiero bajar!

Pero su hermano, de pie en la orilla, las manos en los bolsillos del saco, lo contempla fijamente. En forma instantánea, comprende todo el alcance del engaño de que ha sido objeto. ¡Ha caído en la treta como un sonso!

—¡Mirá que me tiro!

Pero ya dos tripulantes lo sostienen enérgicamente de los brazos. Jacobo le dice con voz perentoria:

—¡Te quedás!

Florencio se siente impotente, Imposible rebelarse en ese instante. Solo atina a rogar:

—¡Por favor, Jacobo...!

Las últimas palabras que le llegan remachan su condena:

—¡Te quedás! Y a ver si te portás bien...

Ya no hay nada que hacer. Briosamente remolcado, el “1° de Mayo” se desliza por esa avenida líquida que le dejan libre los numerosos vapores ubicados en la dársena. Lentamente se van acercando al canal, donde el transporte dejará de lado toda ayuda. Florencio siente que la mirada se le enreda en ese trozo de la gran aldea que todavía alcanza a dominar su vista. Pero repentinamente nota que es el blanco de la atención de todos. Desde sus respectivos puestos, los hombres de a bordo tienen la mirada burlona fija en él. Allá el comandante, aquí el contramaestre, por el otro lado algunos cadetes, por todas partes los marineros. Molesto por esa unánime y zumbona atención de que es objeto, el futuro intérprete de *La vida es un tango* está a punto de lanzar un terno y encararse enérgicamente con los mirones. Pero algo que se le ocurre en ese instante lo hace callar.

¿Y si lo tiramos al agua?

En realidad, él constituye todo un espectáculo. En ese ambiente rudo, de pie sobre las rústicas tablas, entre estos fogueados lobos de mar y el turbio escenario de las aguas, está como un muñequito de salón este atildado petimetre, que aún conserva el bastón y los albos guantes, y en cuyo ojal no se ha marchitado aún el pimpollo arrancado esa misma mañana en el jardín de la residencia materna. Estos hombres ásperos no tienen ocasión de divertirse muy a menudo. Por eso no puede esperarse que desperdicien semejante oportunidad. Las chanzas y las bromas van subiendo de tono, y llegan hasta las orejas —que han alcanzado un rojo subido— del benjamín de los Parravicini. Aunque quisiera moverse, no lo lograría, porque sus pies están como clavados a la cubierta, y los miembros se resisten a obedecerle. Una fuerte sensación de vergüenza lo oprime, y se le hace insoporable la comprensión del papel ridículo que desempeña. En ese momento, un robusto tripulante le susurra a otro de cara tiznada y poderosas manazas:

—¿Y si lo tiráramos al agua para que se mojara un poco?

—Y... el bautizo no le vendría mal al señorito...

Ahí están todos, gozando su humillación y su rabia. Seguramente, esperan que de un momento a otro el elegantísimo jovencuelo estalle en sollozos. Pero desconocen los quilates de este pillastre que se les ha colado en el barco; de este involuntario compañero de sus futuras penurias y alegrías. Por eso están lejos de sospechar su verdadera reacción frente a los sucesos que se avecinan. Tan lejos, que muchos no esconden la sonrisa anti-reglamentaria, cuando el contraamaestre Ramón, conocido por sus modos bruscos, se acerca al portefeño. ¡Ahora verá este mozo lo que le espera!

Florencio comprende cuánto ha cambiado su situación, al notar el tono imperativo con que se dirige a él este hombrón de rasgos dibujados a cuchillo:

—¡A ver, mocito! ¡Vaya a sacarse esa ropa enseguida!

No ha alcanzado a alejarse dos pasos, cuando otro grito res-
talla a sus espaldas:

—¡Por aquí, le he dicho! Y póngase esta ropa de fajina, porque
aquí no necesitamos niños bonitos. ¡Va a trabajar, qué se ha creído!

Es un ingrato comienzo. Nadie podría imaginar que este
suceso tan desairado será apenas el prólogo de una sabrosa serie
de aventuras. En cambio, podría predecirse que esta nueva exis-
tencia penosa contribuirá poderosamente a formar el hombre
que despunta en Florencio.

Sin embargo, no debemos olvidar que en este momento
Parra solo concita la hostilidad o la indiferencia de quienes se
hallan a bordo del “1° de Mayo”. Pero, pasada la turbación del
primer instante, Florencio recobra poco a poco su desenvoltura
habitual. Y así es como antes de que transcurran 48 horas, esa
atmósfera adversa ha desaparecido por completo, como aven-
tada por alguna ráfaga misteriosa. Y el muchacho que ahora
se está desprendiendo de sus lujosos atavíos ciudadanos para
ponerse las toscas ropas del tripulante, tendrá a cada uno de
estos hombres pendiente de su boca, atado a su magia infalible
de “conquistador de afectos”...

“Ese marinero que hacía reír...”

¡A LA COCINA, A PELAR PAPAS! ♦ APRENDIENDO A
MANEJAR EL BARCO... ♦ UN BAILE EN LO DE “DON
JORGE” ♦ PARRA, FUNCIONARIO EN PUERTO DESEADO

—¡Vaya a cambiarse de ropa! —acaba de decirle el contramaestre Ramón.

Así es como Florencio se despide por mucho tiempo de su indumentaria ciudadana para vestirse el traje de faena del marinero. Dentro de esa tosca vestimenta resulta tan cómico que quienes lo miran no pueden contener una sonrisa. Él se da cuenta de que su aspecto es estrafalario y se promete sacar de esa situación todo el partido posible. Pero a bordo del “1° de Mayo” no hay tiempo para holgazanear. No bien aparece con su nuevo avío, le dan, en el mismo tono poco amable, otra orden:

—¡A la cocina, a pelar papas!

Florencio nunca hubiera imaginado que en un barco se necesitara semejante cantidad de papas. Tantas y tantas desfilan por sus manos en unas horas, que se las creería destinadas a alimentar no a una reducida tripulación, sino a toda una multitud hambrienta. Cuando los últimos tubérculos pasan a la colosal olla, el muchacho siente que las articulaciones de los dedos han quedado endurecidas por el largo ejercicio. ¡Es la primera caricia que le ha hecho el trabajo! Pero se guarda muy bien de quejarse. Al contrario, mientras realiza su labor charla por los codos, relatando al cocinero sucesos reales o fantásticos, mechados con abundantes chistes. El otro, que al principio se limita a acoger su despliegue verbal con un silencio gruñón, comienza luego a sentirse ganado por el buen humor contagioso de Florencio. A las pocas horas, el tripulante veterano y el marinero novato se convierten en amigos íntimos, superando la tremenda diferencia

de edades. Pero no es el único que se deja conquistar. Uno tras otro, los tripulantes van acercándose a ese grupo bullicioso que se forma apenas terminadas las principales labores del día. A cada nueva ocurrencia de Florencio estalla un coro de carcajadas. Los lobos de mar hacen gestos significativos, y más de uno hunde su codo en el estómago del que está más cerca, diciendo:

—¿Qué te parece el mocito? Había sido de mi flor, ¿eh?

De pronto todos se quedan serios, porque se acerca el contra maestre. Florencio, que no lo ha visto, sigue contando. Y cuando al fin el silencio del concurso le advierte algo raro pasa y descubre la presencia de Ramón, este se está riendo sin ocultarse.

Así es como poco después, desde el tripulante más humilde hasta la oficialidad, todos se disputan las audiciones salerosas de Parravicini. A veces lo mandan llamar desde la mesa del comandante, y otras del dormitorio común de los marineros, donde los oídos permanecen alerta desde cada una de las cuquetas. Todos lo miman, y el cocinero le dedica sus mejores platos. Pero en cuanto al trabajo, nadie le afloja una pulgada. Lo han sacado de la cocina, sí, pero para destinarlo a la banda de babor. El contra maestre



Florencio Parravicini tal como aparecía en la obra *Mamá Culepina*, haciendo el sargento Oyarzábal, representada en el Teatro Argentino en 1916. Foto: Archivo Gráfico de la Nación.

Ramón le ha dicho, con una sonrisa pícaro bailándole en las comisuras de la boca:

—Andá, nomás, que te van a enseñar cómo se maneja el barco...

En efecto, un viejo cabo, bastante bondadoso el hombre, se encarga de su instrucción. A los pocos días, Florencio ya sabe limpiar y baldear la cubierta. Su aprendizaje no se detiene allí. Tiene que saber encender los faroles y colocarlos, y sobre todo el aspecto más arduo del oficio de grumete: aferrar los paños a los palos apenas amenace desatarse una tormenta. Las prácticas de equilibrio a las que Florencio solía dedicarse al volver del circo le son muy útiles ahora. Porque, ciertamente, es necesario tener un amplio dominio de sí mismo y saber manejar con gran destreza brazos y piernas para sostenerse sobre ese maderamen azotado por los implacables vientos marinos.

“Hablaban de un marinero que hacía reír...”

La jornada de trabajo no tiene límite. En el transporte siempre hay algo que hacer. Pero de todas maneras, a la hora de cenar, o antes de irse a dormir, los tripulantes encuentran una pausa para reunirse y pasar alegremente el rato. Entonces es cuando Florencio cambia de papel. Ya no es el más oscuro, el más inhábil de los marineros, el señorito venido a menos. En este momento, cuando se pone en el centro de la reunión y comienza a pulsar la guitarra o a recitar alguno de los monólogos que constantemente está inventando, siente que la atención general le pertenece. Canta, baila, inventa cuentos y, sobre todo, se ríe. A veces, él también guarda silencio para escuchar el relato que sale con dificultad de los labios gruesos y partidos de alguno de esos veteranos del mar...

De esa indudable influencia suya han quedado diversos comprobantes. Uno de ellos lo encontramos revisando —gracias a la atención de su viuda— la correspondencia de Parra. Se trata

de una carta muy interesante, en uno de cuyos párrafos se dice textualmente:

Me han dicho que en cierta oportunidad Ud. recordó con alegría a don Agustín Fasce, en cuyos barcos había servido, y dijo que le agradecería tener noticias de algún hijo de este. Sabedor de esta noticia, tengo sumo gusto en presentarme, soy Edelmiro Fasce, quien le ha recordado muy a menudo, puesto que siendo yo muy pequeño, hablaban de un marinero que hacía reír a toda la tripulación y esa persona no era otra que Ud., don Florencio Parravicini...

Incendio y tempestades

El transporte va cubriendo su ruta hacia los mares australes.

Cuando se hallan a la altura de Puerto Madryn, se declara un incendio en el pañol de proa.

—Bueno. Si ahora no volamos todos...

Florencio se vuelve hacia el cocinero:

—¿Por qué?

—¡Ah! ¿No sabés que llevamos kerosene y pólvora en el cargamento?...

Toda la tripulación es movilizada para combatir el fuego. Las llamas prenden en numerosos fardos de pasto, destinados a los animales en pie que también lleva esta verdadera arca bíblica. Funcionan las bombas y mangueras; los baldes van y vienen presurosamente. El grumete Florencio, que ya tuviera que ver con el fuego en otra famosa ocasión, cuando pudo salvar a su amigo Raúl, se distingue en esta ocasión por su arrojo y por el empeño con que colabora en las tareas de salvamento. Cuando el siniestro ha sido dominado, todos se reúnen a festejar la victoria.

Pero no es la única alarma. Tres días después, hacia el crepúsculo, el vigía señala la presencia de otro barco, en la lejanía. Le

hacen señales, pero quienes lo tripulan, en lugar de contestarlas, apagan sus luces.

Se inicia entonces, en plena mar picada, una accidentada persecución que no dura mucho tiempo. Los misteriosos adversarios pronto se pierden de vista, seguramente por haber torcido con habilidad su derrotero...

Florencio ha escuchado a bordo no pocas narraciones que tienen como tema la tempestad. Pero ahora él mismo va a vivir uno de esos episodios. Cuando cruzan el golfo de San Jorge, se ve enfrentado a las tormentas marinas.

El golfo tiene fama de hallarse siempre agitado y bravo. Los marineros, refiriéndose a esa característica, han venido calculando desde días antes:

—A lo mejor, tenemos *baile* en lo de *don Jorge*...

Y baile tienen, en efecto, como si don Jorge quisiera probar al novato. El temporal agita con violencia al “1° de Mayo”, mísera armazón perdida entre el oleaje. Sordos crujidos denuncian el castigo que está soportando. Las olas, que a ratos alcanzan alturas impresionantes, barren coléricamente la cubierta, sepultando a los hombres bajo su constante granizada. Cuando por fin todo pasa, Florencio cree haber participado en un durísimo combate. Se siente molido. Pero ha soportado con valentía también esta prueba, y la gente de a bordo no deja de observarlo. La figura ridícula que él hacía solamente una quincena antes, cuando vestido de punta en blanco veía desesperado cómo el barco levaba anclas llevándolo contra su voluntad, se ha convertido para sus compañeros en un recuerdo borroso. Ese es para el joven Parravicini el mejor premio...

En el *far west* argentino

El “1° de Mayo” es uno de los tres barcos que en ese entonces hacen la travesía a la lejana Patagonia. Los otros son el “Ushuaia”

—también de la Armada Nacional— y el “Villarino”, barco que luego ha de ligarse a una de las aventuras más sonadas de Parra.

Las circunstancias le han deparado a este una extraordinaria experiencia. A los 17 años va a tener el privilegio de conocer un trozo enorme del país, casi totalmente ignorado por el resto.

La Patagonia es considerada entonces como una especie de *far west*, donde unos pocos centenares de aventureros luchan furiosamente por conquistar una fortuna en tiempo récord. Pero esos hombres, aventureros, sí, y visionarios también, tienen razón...

Ellos han visto el porvenir magnífico que diversos factores deparan a esas regiones. Auténticos *pioneers*, se lanzan solos, sin ayuda oficial, sin planos ni mapas, con escasísimos medios de vida y herramientas, a conquistar ese despreciado sur. Por aquí se dedican a criar ovejas o a extraer oro y otros metales; por allá instalan pesquerías, acopian pieles, siembran. Las condiciones en que actúan no pueden ser más difíciles. El alcohol, el juego, la codicia, hacen de la suyas. El cuchillo y el revólver son allí personajes muy importantes. Muchos de los colonizadores se desalientan, y abandonan. Otros mueren. Los que quedan, aprietan los puños y siguen adelante. Constantemente están tirando los dados que pueden decidir el fracaso o el éxito. Esos hombres —que parecen personajes de Jack London— son los que esperan ansiosamente el arribo del transporte en que les llegan alimentos, ropas, útiles y otras mercancías, y que de vuelta transportará los productos que ellos extraen de la tierra o del mar. A veces, sus esperanzas quedan defraudadas. Un día, Florencio divisa unas leves columnas de humo que parecen levantarse desde la costa.

—¿Y eso qué es? —pregunta, haciendo un alto en su faena.

El viejo cabo que le sirviera de instructor sigue la dirección de su mirada.

—¡Ah!, señales. Son los de Puerto Deseado. Así se avisan unos a otros que se acerca el barco. Pero esta vez se van a chasquear, porque pasamos de largo...

—¿Y cuánto hace que no recalca un barco allá?

—Y... yo qué sé... Dos meses, tres, a lo mejor...

Florencio se estremece ante esas gentes, encerradas en la impresionante soledad patagónica. Lo que menos sospecha es que dentro de no mucho tiempo él mismo irá a compartir esa vida, y que Puerto Deseado quedará fuertemente grabado en su memoria. Unos 40 años después de ese día, Parravicini trasmite por una radiodifusora porteña una de sus charlas. A pedido de algunos oyentes que lo conocieron en la Patagonia, toca largamente el tema, y entonces afirma:

—Diré que aquella inmensa soledad no tenía nada de Deseado...

El futuro autor teatral aprende...

Pero por ahora no conoce del lugar sino los contornos, porque desde el barco solo se ven esos humos que sirven —como dijera Payró— de “telégrafo óptico” a los habitantes de la zona. Siguen de largo, pues.

Mientras tanto, Florencio continúa haciendo progresos a bordo.

Poco a poco han ido dándole cargos más importantes. De farolero ha pasado a ser encargado de la repostería. Además, se hace de amigos que no han de olvidarlo fácilmente. Entre ellos está el oficial Jalour, que ha de distinguirse luego en la búsqueda, hecha en el Polo, de la expedición integrada por otro conocido de Parravicini: el alférez Sobral. Sus relaciones con la gente de a bordo van ensanchando rápidamente sus conocimientos. Esta es la única forma en que le gusta estudiar. ¡Qué lejos se siente de aquellas tediosas lecciones en cualquiera de los colegios porteños que fueran escenario de sus hazañas! La experiencia que va aquilatando ahora, ha de usarla luego, a su manera, en su posterior desempeño como autor teatral. Al revisar sus obras *Submarino U-74*, *El lobo de mar* y otras, se descubren en ellas, pese a los defectos que las han arrojado al olvido, las pinceladas hábiles del conocedor. En cuanto al

comediante, aprenderá aún más de ese estrecho contacto con personajes interesantísimos, raros unos, simples los otros, pero todos rodeados de ese nimbo fabuloso que la vida en los mares australes y la leyenda patagónica les confieren.

Debemos renunciar a la crónica de cada uno de los tres viajes que hace hasta la lejana Isla de los Estados, porque nos demandaría varias notas. Después de arribar por segunda vez a Buenos Aires, y cuando están a punto de zarpar nuevamente, nota la presencia a bordo de un muchacho que, cara al muelle, parece querer despedirse melancólicamente de la urbe. Ese rostro le resulta conocido. ¿Quién puede ser?

—¡Rodolfo!

El otro se vuelve hacia él. También lo reconoce, y ambos corren a darse un abrazo. Se trata de Greneval, uno de sus ex condiscípulos del Instituto San Martín.

—¿Qué hacés aquí?

El muchacho se pierde en reticencias, pero termina por confesar la verdad. Lo han metido allí contra su voluntad, castigado. A Greneval le duele reconocerlo, pero Florencio lo interrumpe, palmeándole vigorosamente la espalda:

—¡Pero, che! ¡Si a mí me hicieron lo mismo! Por eso estoy aquí... Pero ya vas a ver cómo te gusta. Yo estoy encantado...

Y realmente logra reconfortarlo. Pero, ¿cómo se sorprendería Parra si alguien le dijera que dentro de muy poco el que va a necesitar consuelos es él!

Con el capitán Wilson, criador de cóndores

En efecto, el comandante de la nave ha recibido instrucciones sobre el joven Parravicini.

Cuando llegan a la altura de Puerto Deseado, esta vez no pasan de largo. Entran por el río y echan anclas junto a un antiguo fuerte que fuera levantado por los españoles.

A unos mil cuatrocientos metros de la entrada del puerto, se halla el edificio de la Subprefectura. Hacia allí se dirige el comandante de la nave. Pero antes se vuelve hacia Florencio, y le dice:

—Usted, Parravicini, venga conmigo.

Sin que sepa por qué, a nuestro ya avezado marinero no le gusta la invitación. Y esta vez no se equivoca. Ya en el local de la Subprefectura, y después de conversar a solas con el titular, su superior lo llama:

—Tengo órdenes de dejarlo aquí. En lo sucesivo, su jefe será el capitán Wilson...

¡Quedarse aquí, en Puerto Deseado, en este inhospitalario trozo de la Patagonia!

Es un castigo que no esperaba. Indignado, está a punto de protestar, pero la disciplina de a bordo lo ha habituado a ser cauteloso. Y además, comprende que toda reclamación será inútil. Parra se limita a servirse del permiso que le conceden para volver al barco, a fin de despedirse de sus camaradas de travesía. Después, cabizbajo, vuelve lentamente bordeando la costa desolada.

Un marinero, con aspecto de pirata, cuya semejanza completa una telita sucia que cubre el hueco que dejara un ojo, le sale al encuentro:

—Oiga, amigo —dice arrastrando las palabras, con una sonrisita malévol—: ahí lo llama el capitán Wilson...

¡El capitán Wilson! Florencio se encuentra ahora ante este hombre alto, de aspecto severo; hay porfiadas arrugas en su rostro, pero pese a su apariencia dura y cansada, los ojos revelan cierta bondad. Y esos ojos, como luego lo comprobó Parra, no mienten. Ocurre que el hombre, ubicado en un medio áspero, entre esta gente recia que debe tratar y donde los colonos se rozan con los bandoleros, se ha acostumbrado a un aire fiero, que imponga respeto.

—Al principio —decía Florencio— me trató con rigor y disciplina. Pero luego nos hicimos grandes amigos...

Además de sus funciones profesionales, Wilson tiene un oficio rarísimo: ¡es criador de cóndores! Es que en esas solitarias regiones cada cual elige un *hobby* que ayude a vencer los días interminables. Lo que Florencio sabe por boca de sus flamantes compañeros y del mismo Wilson a las pocas horas, se lo cuentan unos años después al enviado especial de *La Nación*, Roberto J. Payró, cuando visita esas regiones. Es interesante referir el asunto con las mismas palabras del celebrado autor de *El casamiento de Laucha*:

El señor John Wilson, vecino de Puerto Deseado, tuvo la buena fortuna de tomar varios cóndores pichones, que crió en su casa hasta su completo desarrollo. Naturalmente, siempre impidió que volaran, para que no se le escapasen —e ignoro si para ello los tuvo encadenados de una pata, como se estila, o solamente enjaulados— y allí vivieron sus primeros años los “calvos moradores de la montaña”. Pero un buen día —también ignoro por qué— resolvió Mr. Wilson desprenderse de los esclavizados monarcas, y los regaló a una persona residente en Santa Cruz, que se los llevó a ese puerto, y los tuvo algún tiempo en la Subprefectura. Una mañana le avisaron que las aves habían desaparecido.

“La cabra tira al monte, y el cóndor a los Andes”, dirán ustedes. Pues no, señor. Cual modestas palomas mensajeras que vuelven al palomar paterno, los cóndores alzaron el vuelo, trazaron sus círculos cabalísticos en el aire, y de un solo golpe de alas fueron a dar a Puerto Deseado, y a casa de Mr. Wilson, que, naturalmente, los acogió como merecían. Repito que esos cóndores no habían volado nunca, lo que habla mucho en favor de su instinto, y que volvieron voluntariamente al cautiverio, lo que demuestra que podrían domesticarse... Ya me parece verlos de carteros en la Patagonia, llevando paquetes de impresos bajo el ala, como las palomas los livianos mensajes que se les confían. Eso sería mejor que hacerlos alzar

muchachos en las garras, como hizo Julio Verne, o construir nidos, como nuestro alto poeta.

“¡El cóndor mensajero!”. Vale la pena repetir el ensayo que, sin pensarlo, hizo el señor Wilson, para lo cual podrían utilizarse los ejemplares que parpadean mustios en las jaulas de Palermo...

Este singular personaje es, a partir de este momento, el jefe de Parravicini.

La mirada de Florencio pasea sobre las cosas que lo rodean. La pobreza más desconsoladora estampa su sello en cada una.



Así aparecía Florencio en la pieza *Alegría*, de Payró, cuya acción se desarrolla en la Patagonia, que tan bien conocía Parra.

Los pocos muebles que existen son rudimentarios. La vajilla es tan pobre que casi tienen que comer con las manos. En cuanto a los vasos, son simples botellas cortadas a fuego... Ante esa mísera realidad, el pensamiento de Parra vuela hasta su bien provisto hogar, donde la plata antigua resplandece por doquier y el cristal suena delicadamente al menor roce. Pero con evocar el bien perdido no consigue nada. Por lo tanto, procura estudiar el campo para irse habituando a su nueva vida. El local es una burda construcción de madera, con chapas de zinc, y dividida en

varios compartimientos: oficina, comedor, habitación del capitán Williams, la del segundo subprefecto, Ramiro Ramos, otra que luego concederán a Florencio, y además una cuadra con cuquetas para diez marineros. También hay un cuarto de víveres y la cocina. El personal tiene por tarea hacer el servicio de policía marítima local y prestar auxilios a la navegación cuando sea necesario.

¿Pero es que además de ellos puede vivir alguien en esa desolada tierra, que Florencio se siente inclinado a calificar, como Darwin, de “maldita”?

Sí. Los alrededores están habitados. Es cierto que muchos colonos, desalentados, levantaron campamento. Pero aún quedan unos cuantos. Y hace pocos días que está allí cuando la minúscula población es sacudida por un hecho impresionante. El funcionario Parravicini es llamado a intervenir por primera vez...

“Y bueno: ¡me caso con la india!”

DONDE HAY UNA PERSONA POR CADA OCHO LEGUAS
A LA CUADRADA ♦ LA PATAGONIA QUE SURGE ♦ UN
CRIMEN EN PUERTO DESEADO ♦ CUANDO PARRAVICINI
ERA CIRUJANO AFICIONADO ♦ UNA EXCURSIÓN A LOS
TEHUELCHES ♦ CAÑA PARA LOS INDIOS ♦ LA BIENVENIDA
DEL CACIQUE “UÑA” ♦ “VAMOS A VER CUÁNTO PIDEN
POR LA MUCHACHA”

¡Puerto Deseado! ¿Qué significa ese nombre cuando cae por allí, con su familia incorregible a cuestras, Florencio Parravicini?

En toda la Patagonia solo se encontrarán unos millares de pobladores. Santa Cruz, el más vasto de sus territorios, tiene exactamente 1114 habitantes. Lo que viene a dar uno por cada ocho leguas cuadradas...

Y con el departamento de Puerto Deseado, uno de los cuatro en que se divide el territorio, viven apenas cincuenta personas. Un viajero podría recorrer larguísimas distancias, cubriendo millares de kilómetros con pampas y hondonadas, o a través de esas colinas y pequeñas montañas que recuerdan los estadounidenses cañones del Colorado, sin dar con un solo ser humano. La soledad es dueña y señora en estas regiones.

Muchas ovejas y poca gente

Florencio se siente anonadado en principio por esta majestuosa inmensidad, por este desierto sin límites visibles. Él, que tan a gusto viviría en turbulenta compañía, que prefiere el ruido, la diversión y el cambio constante, solo concibe esta exigencia

como un infernal castigo. No comprende que haya quienes puedan venir a confinarse por su gusto a estas regiones olvidadas del mundo. A este muchacho de diecisiete años se le escapa la epopeya que se vive precisamente en estos momentos en las tierras patagónicas. Desde la ganadería y los cultivos o la caza de ballenas y lobos marinos, hasta la utilización de los mariscos y la extracción de metales preciosos, todo aquí es celosa actividad. La constructiva ambición de los colonos los lleva a levantar mundos sobre la nada. A ese territorio de Santa Cruz donde ahora se encuentra Florencio, ha de llamarlo Lista, en esos mismos días, “país de los pastores y mineros”. Y aunque sus habitantes puedan contarse con los dedos, no ocurre lo mismo con las ovejas, por ejemplo. No hay menos de trece mil...

Luego, Puerto Deseado se convertirá en una ciudad moderna y próspera, con bancos y cines, diarios, teatros y comercios, progresando al impulso de una actividad febril. Pero, por ahora, cuando Florencio mira a su alrededor, solo divisa amplios espacios abiertos y, muy lejos, la vivienda de algún poblador. Al otro lado del río puede ver el esqueleto de la antigua fortaleza española.

—¿Sabe quién está allí? —le pregunta uno de sus nuevos compañeros.

—¿Cómo? ¿Puede vivir alguien entre esas ruinas?

—¡Claro! ¡Un cóndor! Ya lo va a encontrar muchas veces. Es viejo, pero muy grande, enorme. Se pasa un tiempo en el interior, hacia la cordillera, seguramente buscando comida. Luego se viene a descansar aquí, junto al océano...

A talerazos con un puma

En un mismo lado del río vive un colono francés, Duyon. Cuatro leguas más al sur se encuentra un galpón y su corral. Es la casa de otro colono, Vericat, y de su mujer, Doña Luisa. Florencio intimará rápidamente con esta y las otras escasas familias del lugar.

Los Vericat tienen varios hijos. Una de las muchachas, Beatriz, está casada con Constantino Rosito, un mozo uruguayo. Parra se hizo amigo suyo, lo que es favorecido por la igualdad de edades y admiración que le producía este hábil y joven gigante. Con sus dieciocho años y su imponente musculatura, Rosito monta a caballo gallardamente y sabe bolear y enlazar como un indio, lo que ya es mucho decir.

Un día, cuando Florencio va a su encuentro, lo halla trezado en una impresionante pelea. Parece ser que un puma andaba merodeando tras las ovejas, y Constantino acaba de sorprenderlo. Solo tiene su cuchillo y su látigo. Poca arma son, pero suficientes para quien sabe que manejarlas. Parravicini, que aún está lejos, solo puede ser espectador del desigual y apasionado combate. El uruguayo se echa encima del felino y le asesta un talerazo, tan fuerte, que el animal queda atentado. Luego, antes de que pueda reaccionar, lo degüella. Cuando levanta la vista y ve que su amigo lo contempla admirativamente, le dice con sencillez:

—¡Me tenía preocupado este bicho! Había matado varias ovejas...

—¡Pero lo liquidaste vos solo!

—Sí... ¿te gusta la piel? Te la regalo.

Paulina mata a un hombre

Pero los protagonistas de otro acontecimiento, que sacude hondamente la sensibilidad de Florencio, son otro hijo del matrimonio Vericat, Salvador, y su esposa Paulina. Su chacra se encuentra en un paraje muy alejado, que todos conocen por “El Manantial”. Solo de tarde se acercan a la Subprefectura y a la casa de sus padres.

Una tarde, Florencio monta su caballo para distraerse un rato, y sin querer se aleja demasiado. Cuando se decide a volver, nota que una figura borrosa se dirige a su encuentro.

Ahora ve que se trata de una mujer, que cabalga a galope tendido. No tarda en reconocerla. Es Paulina. Pero ¡qué aspecto extraño tiene!

Cuando ella echa pie a tierra, Parra observa que su cabellera, enmarañada y suelta, parece haber encanecido repentinamente. El vestido muestra grandes manchas, que parecen ser de sangre. En cuanto a los ojos, parecen fijos en la contemplación de algo espantoso. El muchacho también se tira al suelo.

—¿Qué pasa, Paulina? ¿Y Salvador?

Los ojos obsesionados de la muchacha se fijan por un momento en él. De su boca se escapa una palabra:

—¡Muerto!

—¡Cómo! ¡Usted no habrá...!

Ahora, la voz de ella se dulcifica mientras mueve la cabeza.

—No. Es cierto que yo maté, pero no a él...

A Florencio le cuesta cierto trabajo conseguir que se tranquilice.

Entonces, Paulina, que hace dos horas ha huido desesperada de su casa, tendida en galope furioso en que la ha sorprendido Parra, cuenta la historia, tan trágica como breve, que acaba de vivir.

Donde hay que prepararse a tirar primero

Dos días antes, y mientras ellos se hallaban —como siempre— cuidando a sus ovejas, había llegado desde los contrafuertes de la cordillera un hombre pidiendo hospitalidad. Se la dieron, y generosa, sin preguntarle ni pedirle nada. El viajero y sus caballos pudieron descansar y comer.

El día en que debía irse, y aprovechando la ausencia del marido, el huésped declaró sus intenciones a Paulina. Ante su negativa, se produjo una violenta lucha, solo interrumpida luego por la aproximación de Salvador.

La muchacha, que dudaba de participar el hecho a su marido o callarse para evitar una pelea, salió de la habitación. En un

momento dado, Salvador inclinóse para alimentar el fuego. No pudo sospechar que el otro estaba tras él, revólver en mano. Así fue que el tiro asestado en la nuca lo dejó muerto instantáneamente.

Cuando Paulina volvió, encontróse sola a merced del matador, y ante el cadáver aún caliente de su marido.

El otro, después de ordenarle que preparara la comida, comenzó a beber.

Aparentando obedecerle, Paulina acechaba el instante oportuno. De pronto alcanzó una astilla resistente, y de un fuerte golpe lo dejó tendido en el suelo. Después, convertida en una leona, había completado la tarea con un hacha. Así se explicaban las manchas de sangre en su vestido.

Florencio tiene la piel dura y no es poco corajudo. Pero ante ese resalto siente que un profundo estremecimiento recoge su epidermis. De todas maneras, acompaña a Paulina hasta el local de la Subprefectura.

Después, hablando con el capitán Wilson, le comunica sus impresiones. El otro lo interrumpe:

¡Ah! Esto lo conmueve, ¿no? Pero cosas así pasan a menudo. Esta no es la calle de la Florida, mi amigo. Hay que dormir con un ojo abierto y con el dedo en el gatillo...

¡Con el dedo en el gatillo! Por si acaso, Florencio ya no se separa del flamante Smith que le han regalado.

Entre médico y curandero

Pero no todos los perfiles de esta vida son tan dramáticos. A pesar de que los diez marineros son otros tantos forajidos, que se hallaban allí castigados, él hace buenas migas con todos.

Poco después lo nombran tercer subprefecto. Entre sus atribuciones figura la de casar en lo civil, lo que da ocasión para intervenir en sucesos curiosos. Además atiende a los enfermeros

empleando métodos que oscilan entre la medicina y el curanderismo. De tal inesperado oficio da fe una carta que recibiera hace unos años de un ex compañero de Puerto Deseado:

¿Se acuerda —decía en unos de sus párrafos— cuando usted tuvo que atender a aquel colono gringo acribillado por un marinero borracho? La herida era honda, y nadie creía que se salvara. Ni siquiera había con qué curarlo. Entonces fue cuando usted hizo lo que aún se comenta por aquí: le cosió el maxilar con una aguja de zurcir bolsas...

Todavía el hombre anda por ahí, vivo...

Un día interviene en una cacería de pumas y otro sale a bolear potros salvajes. Pero mayor atractivo le ofrece la invitación que le hace uno de sus nuevos amigos.

—¿Tiene algo que hacer estos días?

—Usted sabe que aquí, por desgracia, nunca pasa nada. Según para qué sea, puede salir...

—Es para un “raque”.

Florencio no necesita que le expliquen de qué se trata. El término evoca para todos los pobladores patagónicos, por recientes que sean, un asunto familiar. “Raquear” consiste en visitar uno de sus barcos que a menudo naufragan en las difíciles corrientes oceánicas. Si los expedicionarios son gente práctica y avezada, pueden obtener un auténtico botín. De los que componen la partida, Parra es el único que pasa un mal momento: al abrir uno de los camarotes del barco, que el agua ha inundado a medias, encuentra un enorme pulpo. Solo, le hubiera sido difícil zafarse. Pero entonces todos logran terminar con el molusco y convertirlo en un trofeo más.

Una excursión que promete

Pero, pese a estas incidencias, el ex sargento de la revolución radical siente que su sangre se subleva y que el tedio lo domina. Para colmo, las horas de la comida son las más insoportables. Cuando el menú no está compuesto por capón y guanaco, entonces se come guanaco y capón. Lo peor es cuando el animal estaba muy cansado porque en este caso la carne del guanaco desmerece tanto que digerirla exige un esfuerzo penoso. En cuanto a verduras, no las hay en los alrededores. Solo se consiguen cuando arriba un barco. Y ese acontecimiento se produce cada dos meses...

Por eso Florencio ve abrirse ante él una perspectiva agradable, capaz de quebrar el aburrimiento, cuando Agustín Botet se le acerca para decirle en tono misterioso:

—Dígame, Parravicini, ¿tiene ganas de divertirse un poco?

—¿Yo? ¡Mi dios! ¡Si eso es lo que estoy deseando!

—Me lo imaginaba. Usted es de los nuestros, entonces. Pero guarde el secreto, porque solo iremos tres.

—Pero, ¿adónde?

—¡A la toltería de los tehuelches!

La llave mágica, en un barril

¿Quién es Agustín Botet, y de dónde proviene esa amistad con Parra, que lo lleva a incluirlo en sus programas con invitación ilimitada?

Hace poco, y a causa del tratamiento severo que reciben, unos cuantos marineros han querido sublevarse. Botet es su caudillo. Florencio, que tiene algún ascendiente sobre ellos, los ha disuadido vaya a saberse cómo. De todas maneras, la actitud de Botet es conocida por el capitán Wilson y por el segundo, Ramos, quienes lo hacen meter en un calabozo. Interviene otra vez Parra, y ahora consigue la libertad de su amigo.

Así se explica que el agradecimiento de este lo lleve a recordar al porteñito cuando se presenta la posibilidad de una alegre aventura. La oportunidad es inmejorable. Wilson está por algún lugar de la costa, ocupado en dirigir los trabajos de buceo para extraer caracoles de nácar, y el segundo ha ido a entrevistar a varios colonos. De todas maneras, tardarán días en volver.

—Nosotros estaremos aquí antes que ellos... —asegura Agustín.

—¿Quiénes vamos?

—Nada más que usted, el cabo Pacheco y yo. Llevaremos seis caballos y además la carreta, ¿sabe? Allí pondremos los víveres, la bordalesa de agua para nosotros, y el barril de caña para los indios... Con eso nos abrirán los brazos. Podremos divertirnos y también haremos un negocio espléndido...

—Vamos...

El banquete en la toldería

Botet tenía razón. El alcohol es la mejor presentación ante los indígenas. Para reducirlos y aplastarlos, el aguardiente, el coñac y la ginebra han sido más efectivos que las balas. Hoy ya son solo la sombra de los nativos arrogantes y esbeltos que estas tierras conocieron en otra época. Su antigua gallardía va desapareciendo poco a poco y su salud también.

La raza termina de suicidarse con esos tragos de ardiente líquido que los hombres blancos le entregan a cambio de sus pieles o de cualquier otra mercancía valiosa.

Cuando llegan al campamento tehuelche, situado en el valle de Coy-Inlet, salen a recibirlos con grandes agasajos. Botet es un antiguo conocido de la tribu, y lo distingue especialmente el cacique, cuyo nombre, Kachuel, significa “uña”.

Primero beben largamente para celebrar la visita, y luego vuelven a hacerlo con cualquier otro motivo, o aunque no haya ninguno. Después, hablan de enfermedades.

Los indígenas están temerosos porque hace un tiempo han sufrido una fuerte epidemia de influenza. Las mujeres, más afectadas, han muerto a montones. Sin embargo, Florencio ve pasar no pocas ante el toldo en que se hallan, llevando con cierta gracia sus túnicas de algodón o lana. Tienen, como los hombres, el cabello renegrido y la tez color aceituna, pero el cuerpo es notablemente más blanco y forma un llamativo contraste. Los dos sexos llevan pintada la cara con fuertes colores rojos, negros y blancos, obtenidos de los minerales de los barrancos.

Esa misma tarde los invitan a presenciar una cacería de guanacos. Los indios se disponen en círculo y acorralan una inmensa cantidad de animales, empujándolos en una misma dirección. Se trata de una quebrada sin salida, donde luego pueden ir ultimándolos sin que aquellos consigan oponer resistencia.

Al regresar de la cacería, ya les tienen preparada una comida extraordinaria.

Junto a cada uno de ellos se sienta una india joven. Florencio viene notando desde hace un rato la solicitud de Agustín hacia su compañera. Ciertos indicios lo hacen comprender que no es la primera vez que se ven. Pero se queda con la boca abierta cuando su amigo se dirige a él diciéndole:

—¿Sabés? Me voy a casar...

—¿Con quién? ¿Estás loco?

—Con esta muchacha, pues. Ya hablé con sus padres. Es asunto arreglado.

Florencio se asombraría si no hubiese vivido tanto. Al conjuro del alcohol, los hechos tan insólitos se presentan bajo un aspecto normal y justificable. Y la animación es tan grande... y participa del júbilo... Hasta envidia un poco al compañero.

Entonces es cuando Botet, señalando con los ojos a la india ubicada junto a Parra, le grita desde el otro aldo del todo:

—¿Y vos?

—Yo, ¿qué?

—¿Por qué no te casás también?

¡Casarse él! ¡Y con una india tehuelche! La situación es tan absurda, que la risa le brota. Pero con la alegría se le va haciendo aceptable la idea. Casarse... ¿y por qué no? Entonces se vuelve para mirar más detenidamente a su compañera. Bajo la vincha brillan unos ojos pequeños, es cierto, pero muy negros y bastante vivaces. Los pómulos salientes le dan un aspecto exótico y, por eso mismo, agradable. En cuanto a las manos, no podrían ser más pequeñas. De toda esa rara personita se desprende una dulzura que termina de convencer a Florencio. Ella le dirige una mirada en la que él cree leer una aceptación tácita, se inclina hacia la muchacha:

—¿Cómo te llamas?

—Piuqué...

Entonces Parra, con la mirada brillante y la voz algo gangosa, se dirige a sus contertulios gritándoles:

—Bueno, muchachos, ¡ya está! ¡Me caso!

Y se queda esperando las felicitaciones y los aplausos. Pero los indígenas, que apenas comprenden el idioma, se quedan en ayunas y silenciosos. Y Botet, adelantando una mano como para frenar sus entusiasmos, advierte:

—Un momento, che. Primero tenés que comprarla. Vamos a ver cuánto piden por ella...

Contrabandista en la Patagonia

CAÑA Y DOS CABALLOS POR UNA MUJER

◆ “TE QUIERO” EN TEHUELCHÉ ◆ TORMENTA EN LA
SUBPREFECTURA ◆ LA OCASIÓN ANHELADA

◆ “SÉ MANEJAR EL RIFLE” ◆ EL REPRESENTANTE DE LA
LEY, FUERA DE LA LEY ◆ UN BAUTIZO EN GINEBRA

“**S**i querés casarte con Piuqué, tenés que comprarla...”. Un día, unas horas antes, nada le hubiera parecido a Parravicini más fantástico que saber que habría de casarse con una tehuelche, después de adquirirla legalmente. Unos días después, ya disipada la influencia del alcohol y barridos los efectos de la orgía, también comprenderá que ha hecho una locura. Pero ahora llega a convencerse de que su matrimonio y la transacción comercial son perfectamente lógicos. Por otra parte, es imposible pensar con lucidez en medio de este colosal alboroto que arman los tehuelches con sus bailes, gritos y cantos.

—Yo te voy a arreglar las cosas —promete Botet—. Vení, vamos a hablar con el lenguaraz...

Los dos se juntan con el intérprete y le explican de qué se trata.

El hombre no necesita que se lo expliquen dos veces. Con la promesa de que le pagarán bien su gestión si resulta exitosa corre a cumplirla. Solemnemente, solicita de los padres y otros parientes de la muchacha que le concedan una conferencia. Al rato vuelve.

—Dicen que quieren saber si las intenciones son serias.

—¡Claro que sí! Que se queden tranquilos...

Se va, pero solo para retornar al ratito:

—Dicen que si puede pagarles por Piuqué dos buenos caballos, una damajuana de caña y cincuenta tiros...

Los amigos se consultan con la mirada. Botet hace una señal afirmativa, y entonces Florencio da su consentimiento. El intérprete se marcha de nuevo. Tampoco esta vez es larga su ausencia.

—Dicen que gastaron mucho para *la fiesta de los aros* de Piuqué. Y a ver si también les pueden dar un revólver y un chapecado de plata...

—Te quieren esquilmar —le susurra Botet—. Dejé el asunto en mis manos.

Y se dirige al intermediario con voz tonante:

—Mi amigo dice que no. O aceptan las condiciones que fijaron antes, o mi amigo corta el trato y se va.

—¿Y qué es eso de los aros? —pregunta Parra.

—¡Ah!, es cierto que no sabés. Mirá: cuando las hijas cumplen cierta edad, aquí tienen por costumbre hacer una gran fiesta, que llaman del cumpleaños. Pero más importante todavía es la que realizan cuando son chicas. Esa se llama *de los aros*. En esa ocasión es cuando les hacen incisiones en la oreja para colgarles esas joyas... Y como los padres han echado la casa por la ventana, procuran resarcirse cuando la muchacha se les casa, ¿te das cuenta?

Tras una nueva carrerita, el lenguaraz vuelve ahora sonriente.

—Dicen que sí, pero que por favor les den el revólver también.

Finalmente, queda fijado el precio definitivo por la venta de Piuqué: la damajuana, los dos caballos, el revólver y las municiones. Florencio no ha llevado consigo tantas balas, pero los indios transan en recibirlas después. Parravicini quiere lanzarse entonces en busca de su prometida.

—¡Ah, no! —le avisa el lenguaraz—, todavía no puede...

—¿No?

—Es que primero tiene que contestar ella si te acepta —confirma Botet.

Y aquí lo tenemos al joven Florencio Parravicini, hijo de una familia aristocrática y emparentada con la nobleza europea,

bien parecido, futuro millonario, esperando impacientemente que una india tehuelche decida si acepta casarse con él... Y, realmente, la cuestión es seria. Es posible que ella asienta, pero también puede ocurrir que la muchacha desdeñe la oferta, y que le mande una respuesta despreciativa:

—*Jeleme pai ma...*

Lo que viene a significar: “Casate con un perro”.

Cabalgata bajo la luna

Cuando la impaciencia comienza a dominarlo, alguien se llega hasta él haciéndole entrega de una flecha y dos aros de plata.

—Se los manda Piuqué.

Entonces le explican que ese envío significa la aceptación del candidato. ¡Ya es dueño del corazón de la indiecita! ¡Ahora sí puede ir a su encuentro!

Y este muchacho de diecisiete años, que no es precisamente un novato en las lides sentimentales, se sobrecoge cuando los labios trémulos de la muchacha se separan para decirle las palabras inmortales:

—*Emesh coosh.*

El tono con que las dice le permite entenderlas antes de que el solícito lenguaraz las traduzca con su voz, a las que la ronquera provocada por la caña quita toda posible inflexión romántica:

—“Te quiero...”.

Mientras la tribu se dedica a preparar la ceremonia nupcial, los novios salen para dar un largo paseo a caballo, bajo la mirada benévola de la luna patagónica.

Cuando regresan, ya está preparado el banquete, más espléndido que el del día anterior. Botet, cuyo casamiento para esta noche ya estaba arreglado previamente, se muestra radiante al lado de su elegida. La comida se prolonga mucho tiempo, hasta ser rematada, como en la jornada anterior por una orgía

tumultuosa. Grupos de bailarines se presentan a ratos para ejecutar una danza en la que se quiere imitar el movimiento del avestruz. Las cabezas adornadas con plumas de colores suben y bajan al compás de una música primitiva, rítmica.

—Y el casamiento, ¿para cuándo? —pregunta Parra, ya inquieto.

—Tené paciencia —le susurra Botet—. Ahora nomás será.

En efecto, han pasado unos momentos cuando el padre de Piuqué se levanta, toma de una mano a su hija y de la otra a Florencio, y los lleva hasta la salida de la gran carpa donde se hallan. Allí, los empuja hacia afuera.

Hecho esto, vuelve tranquilamente a su puesto. La ceremonia ha sido consumada. El hombre blanco se ha llevado a la muchacha india.

Pero ahí no termina todo. La madre los conduce hasta una carpa flamante que, sin saberlo Parra, les han preparado. Nota que, como deferencia especial, las mantas son nuevas y que lo mismo ocurre con los cascabeles y otros chirimbolos allí usados.

Y ya los dejan tranquilos, mientras prosigue la fiesta que, según ley no escrita pero fielmente cumplida, debe durar tres largos días...

La tristeza de Piuqué

Lo más difícil es el regreso a la Subprefectura. ¿Cómo harán para presentarse ante su jefe con la indiecita?

Pero no hay forma de eludir la situación. Así que se resuelven a despedirse de los tan hospitalarios indígenas y emprenden la vuelta con sus esposas. El único que vuelve solo es el cabo Pacheco, enemigo de complicarse la vida.

Cuando ellas se presentan ataviadas para el viaje, Florencio experimenta una sorpresa: el caballo que monta Piuqué es bueno, pero además las mantas son excelentes, y en cuanto a

la montura, es verdaderamente lujosa. Él no sabía hasta entonces que en esas regiones, donde las mujeres tienen que utilizar el caballo tan a menudo, trasladan parte de su coquetería a la presentación del pingo.

Por fin, y después del difícil viaje, llegan un poco mustios a la Subprefectura.

Como lo suponían, se producen algunas escenas borrascosas. Botet y Florencio sufren reprimendas y algunos días de calabozo. Pero a nuestro héroe lo salva su amistad con el capitán Wilson. Y además, ¿qué es lo que se puede hacer? Están tan alejados de la civilización, que ciertas cosas se hacen más o menos disculpables. ¿Y qué destino darle a la india, por otra parte?

Florencio pasa a disponer de una habitación más grande, y a eso queda reducido el asunto.

Pero él, ya cansado de la aventura, no cambia su vida anterior. Sale cuantas veces puede, a visitar a los colonos, o a cazar y pescar. Piuqué se marchita visiblemente. Si él le pregunta qué le ocurre, ella contesta solamente:

—*Jónchespk...* (“tengo tristeza”).

A los dos meses, reciben la visita de los padres de la muchacha. Han hecho el largo viaje hasta aquí, no solo para conocer la situación y el estado de su hija, sino para reclamar el pago de las municiones que Florencio prometiera. Luego se vuelven a sus toldos muy satisfechos.

El que no está satisfecho es Florencio. El aburrimiento le ha hincado sus garras por un tiempo demasiado largo. Las peleas se suceden entre esos hombres obligados a soportarse mutuamente en medio de la soledad impresionante. Las privaciones no ayudan, precisamente, a calmar los ánimos. Y por otra parte, su aventura con Piuqué le ha malquistado a Florencio la buena voluntad de sus superiores. Por eso va afirmándose en su voluntad la idea de levantar vuelo. Pero ¿cómo salir de allí, donde no hay medios de comunicación casi, y los barcos llegan

cada dos meses? Podría salir por tierra, pero ¿adónde? Llegar hasta Chile le costaría largos días de viaje e infinitas penurias, y tal vez su osamenta quedara en el camino, como la de tantos otros, después que él fuera abatido por la sed, el hambre, los animales salvajes, o... Y llega a una desesperante conclusión: ese espacio inmenso, ilimitado, que tiene ante su vista, constituye en realidad una estrechísima cárcel...

Y cuando ya casi ha perdido las esperanzas de poder huir de allí, se presenta la ocasión propicia, única. Esa oportunidad que solo pueden aprovechar los desesperados y los audaces. En este momento, Parravicini es las dos cosas a la vez...

Náufrago por propia voluntad

La ocasión se presenta en forma de tres barcos veleros.

Su inesperado arribo constituye un acontecimiento extraordinario para la minúscula población de Puerto Deseado. Los navegantes se presentan como gentes dedicadas a comerciar con los indios y los colonos, intercambiando con ellos cueros, oro, provisiones. Justamente esto es lo que les hacía falta ahora, y así es como se han acercado a la costa. Entre los hombres de la Subprefectura se susurra que en realidad son contrabandistas de guano, y que si hubiera por allí algún transporte de la armada, seguramente los veleros pasarían un mal rato. Parravicini trata con ellos, y mientras tanto va concibiendo un plan audaz.

Al fin los navíos enfilan otra vez, uno detrás de otro, el río Deseado, buscando nuevamente el océano.

A las pocas horas de viaje, desde el mayor de ellos notan que un bote les sale al encuentro. El único hombre que lo tripula hace desesperadas señales con un trapo, mientras su barca baila peligrosamente en las aguas.

Suponiendo que es un naufrago, lo recogen.

Cuando pone el pie en la cubierta, recién notan que se trata de ese simpático funcionario de la Subprefectura. Sus primeras palabras son:

—Quiero hablar con el capitán.

Este se presenta enseguida. Al verlo, exhausto y empapado, pregunta:

—¿Náufrago?

—No. He huido de tierra...

—Ajá...

El otro lo contempla con visible desconfianza. Después de todo, Parra es un representante de la ley, del gobierno; es un trozo de esa autoridad desperdigada en aquellas vastísimas regiones. ¿Y si viniera enviado con una misión oficial?

—¿Y qué quiere?

—¡Írme con ustedes! ¿No querrían tomarme a bordo?

—¡Tomarlo a bordo! Los contrabandistas se cruzan miradas de sospecha, observando recelosamente al recién llegado. Entonces Parra se lanza a contar su historia. A medida que habla, se produce el milagro. Los rostros pierden la expresión desconfiada; comienzan a diseñarse sonrisas y miradas de simpatía.

El capitán, ya mejor dispuesto, vuelve a preguntarle:

—Y usted, ¿qué sabe hacer?

Florencio se siente más seguro. Contesta sin vacilar:

—Y, por ejemplo sé tirar...

El contrabandista mira con gesto de duda el rifle que Florencio conserva entre sus manos.

—A ver, ¿puede tirarle a esa gaviota?

El ave ha pasado a gran altura sobre el barco, y ahora se aleja. Parra levanta el arma, apunta con rapidez y dispara. La gente no puede contenerse y aplaude, mientras la gaviota cae en el mar, del lado de proa.

La prueba es tan terminante que ahí mismo lo aceptan. Pero antes, el capitán quiere advertirlo:

—¿Usted sabe quiénes somos nosotros?

Afrontando los riesgos

Se trata, según le explican, de marinos y comerciantes de distintas nacionalidades, pero en su mayoría australianos. Han venido a buscar guano y cueros de lobos marinos, que después han de vender, con mucho provecho, en Australia. El guano existe en grandes cantidades a lo largo de la costa patagónica y en muchos islotes. Ahí mismo, en Deseado, destaca sus blancas y grandes manchas sobre la mole oscura de las peñas. En cuanto a los lobos, pingüinos y ballenas, que antes solían frecuentar esas costas en grandes tropas, han ido desapareciendo con cierta rapidez. La despoblación obedece a que desde principios del siglo XIX los balleneros ingleses, daneses, norteamericanos, etc., han perseguido encarnizadamente esas especies. Al final, estas han ido a refugiarse mucho más al sur, en los mares antárticos.

De todas maneras, y aunque con mayores dificultades, aún pueden encontrarse lobos en ciertas zonas determinadas. Pero hay un inconveniente: está prohibido cazarlos...

Para impedir la total extinción de las focas, el gobierno argentino ha dictado leyes restrictivas. En cuanto al guano, también se prohíbe su extracción, considerándolo una riqueza nacional. Por lo tanto, quienes se obstinan, a pesar de todo, en apoderarse de ellos, desafían la represión oficial. Quedan, pues, fuera de la ley. En cualquier momento, las autoridades navales argentinas pueden darles caza a balazos, hundirlos, tomarlos prisioneros. Ellos comprenden perfectamente los riesgos que corren. Y por eso también van debidamente armados. En las bodegas llevan un verdadero arsenal. Ya veremos el empleo que han de darle cuando llegue el momento de la prueba...

Adhesión incondicional

—Andamos en flota con esos otros dos veleros que usted vio en Puerto Deseado. Como no conviene que vayamos juntos por aquí, en las cercanías de la costa, nos hemos dado cita mar afuera. Mañana nosotros estaremos allí, y juntos nos dirigiremos a conseguir lo que buscamos. Eso es todo. ¿Acepta venir con nosotros, ahora?

—¡Acepto!

Un apretón de manos sella el acuerdo. Pero los tripulantes, a los cuales ha conquistado ya Florencio definitivamente, quieren darle a la admisión un carácter más alegre y más definitivo a la vez. Lo llevan al comedor, y allí, entre risas y bromas, lo bautizan solemnemente con... ginebra.

Recién entonces suben a bordo el bote en que Parra había llegado hasta el barco.

Este navega ahora en medio de la noche, sin luces ni banderas, recortando en el cuadro agitado del mar su silueta fantástica y briosa. Las velas, hinchadas, lo empujan velozmente hacia adelante. Los lleva el viento alegre de la aventura.

Así es como pasa a colocarse fuera de la ley el que hasta hace poco fuera su representante. A partir de este momento en que, con las piernas colgantes fuera de la mesa y el cabello chorreando ginebra, se enzarza en jugoso contrapunte de chistes y retruécanos con sus nuevos compañeros de odisea, Florencio Parravicini se transforma en un contrabandista. Se siente extrañamente triunfante, como si estuviera vengándose de quienes le dieron la Patagonia como lugar de confinamiento:

—Me mandaron aquí para que me formalice, ¿no? —piensa—. Bueno: yo me encargaré de torcerme más...

Un cañonazo que da en el blanco...

LA VOCACIÓN DE PARRAVICINI DESPUNTA EN ALTAMAR
♦ PIRATAS CON DISFRAZ Y SIN ÉL ♦ MINEROS, LOBEROS
Y MERODEADORES DE LAS COSTAS ♦ FLORENCIO,
CAZADOR DE LOBOS MARINOS ♦ UNA SORPRESA
ENTRE LA NIEBLA

“¿Usted sabe quiénes somos nosotros?”. Los contrabandistas han procedido con lealtad y franqueza. No quieren engañar a este muchacho audaz que en forma tan imprevista ha venido a unir su suerte a la de todos ellos. Por eso, si Parravicini se coloca ahora fuera de la ley, es por su propia voluntad. Él mismo ha dado libremente los pasos que ahora lo exponen a la persecución y al castigo de las autoridades argentinas. ¿No se revolverían en su tumba los huesos del austero coronel Parravicini, si pudiese ver a su hijo en trance de convertirse en uno de los habitantes de esa Penitenciaría Nacional que él dirigiera?

Un hombre que aparecerá de nuevo

Pero Florencio está muy lejos de abrigar tales preocupaciones. Alegre, feliz por haber puesto un buen trecho entre las soledades de Puerto Deseado y su persona, repasa los antecedentes de su espectacular fuga. Ha debido disimular ante los jefes y los compañeros, preparar sus planes con cuidado. Así pudo apoderarse del destartalado bote de la Subprefectura y navegar por el río Deseado durante la noche a fin de esperar al velero contrabandista y abordarlo.

Solo a dos personas recuerda con cierta nostalgia: a su efímera esposa indígena, Piuqué, que seguramente será devuelta

a sus toldos nativos, y a su gran compinche, Agustín Botet. Lamenta que las circunstancias le hayan impedido hacerlo partícipe de su arriesgada empresa. Y piensa que tal vez no vuelvan a encontrarse más.

Pero el mundo es una naranja. El azar ha de juntarlos para que puedan cumplir de común acuerdo una habilísima farsa, a consecuencia de la cual Parra podrá conocer a los dieciocho años el mágico París...

Sin embargo, aún está lejos de eso. De aquí a entonces, en este año y pico de diferencia, muchos sucesos sorprendentes tendrán lugar, y cada día traerá nuevas y distintas emociones que irán a agregarse al bazar de sorpresas de este singular aventurero.

Asoma el actor

Mientras tanto, aquí lo tenemos, a bordo de este velero azotado por olas atlánticas. Con su acostumbrada expresión vivaz, los ojos alertas, la risa lista para desplegarse apenas le permitan dar rienda suelta a su buen humor. Llevando todavía su traje de brin de marinero, corre de un lado a otro procurando ser útil y hacerse simpático: cuida del velamen como de la limpieza, y no olvida hacer incursiones en la cocina para prestar alguna ayuda.

Sin embargo, los contrabandistas lo prefieren manejando el rifle o la lengua. Como en el "1° de Mayo", aquí sus relatos y sus chistes siempre encuentran un público atento y favorable. Pero entonces se produce un cambio en sus métodos de comediante. Por primera vez comienza a preocuparse de sus improvisadas representaciones. Calcula con anticipación los disfraces que utilizará, las expresiones que ha de emplear en un momento dado, y dosifica sus bromas para ubicarlas estratégicamente. Poco a poco va formando un pequeño elenco, con tres o cuatro marineros. El espectáculo toma forma, y nuestro futuro mimo se supera con rapidez. Es aquí donde despierta con fuerza incontenible su

vocación. Y aquí, en este marco augusto de los mares patagónicos, es donde hace sus primeras armas el actor cuya figura se mantendrá luego durante treinta y cinco años en el primer plano de la escena nacional.

Digámoslo con sus propias palabras:

—Creo que fue realmente allí donde me inicié como cómico —refería, allá por el año 1925—; en esas noches inolvidables, cuando la tripulación se reunía en cubierta para asistir con entusiasmo siempre nuevo a ese teatro montado por mí, bajo el telón de las estrellas...

Un puñado de bergantes

Por su parte, no deja de estudiar a sus nuevos cofrades.

Realmente, los que tripulan el velero componen un grupo heterogéneo, al que solo puede mantener unido la peligrosidad de la empresa y el anhelo del botín.

Unos son viejos lobos de mar, habituados a las correrías dramáticas bajo todos los cielos y sobre todas las aguas, hombres que solo se marean en tierra, pero con ayuda de la ginebra y el ron. Otros, delincuentes corridos de varios países, tahúres, gente habituada a saltar todos los cercos con osadía y habilidad. En cuanto a los que han fletado los barcos e integran el pasaje, son un puñado de comerciantes amigos de las grandes ganancias obtenidas de una sola vez, aunque sea con riesgos. Y, finalmente, hay unos cuantos jóvenes que se han unido a la expedición no tanto porque les interese el negocio, sino buscando la diversión, el peligro, la aventura.

Parravicini observa, con sorpresa primero, con comprensiva ironía después, que estos jóvenes son los únicos que visten la clásica vestimenta de los piratas, detalle más o menos... Están disfrazados, pero juegan su papel en serio, poniendo en la carta la misma vida.

Los cazadores no temen ser cazados

Cuando el velero ha recorrido unas cuantas decenas de millas, se encuentra en un lugar previamente convenido con los otros dos más pequeños, que componen la flota, y desde entonces siguen juntos.

En determinadas zonas se acercan a la costa para recoger guano, con el que llenan numerosas bolsas. Las guaneras —algunas de las cuales tienen un considerable espesor— son abundantes en la costa patagónica. Atraídos por esa riqueza, son muchos los barcos que se acercan a explotarlas, a pesar de la prohibición existente. Es que saben que los transportes nacionales casi nunca se deciden a perseguirlos, porque es difícil alcanzar a los veloces navíos contrabandistas. Además, los representantes del gobierno se sienten desganados, porque casi nunca les otorgan el prometido premio por la buena presa.

Lo mismo pasa con los lobos marinos...

El capitán del velero ha intimado mucho con Florencio. Este es muy joven, pero su vivacidad y la ya larga experiencia lo hacen apto para manejarse en las circunstancias más difíciles. El otro no titubea en pedirle consejo, en algunos casos. En cambio, Parra va enterándose de los curiosos entretelones de la existencia en esas zonas australes.

—¿Por qué no los persiguen más? —interroga.

El contrabandista sonríe con sorna y luego da una larga y sostenida chupada a su pipa. Finalmente se vuelve hacia su interlocutor:

—¿Y de qué vale que los gobiernos, tanto el chileno como el suyo, nos pongan severas penas? Todos nos reímos de ellas: nosotros y los noruegos y los belgas. A pesar de las amenazas, los barcos loboeros europeos llegan continuamente y se vuelven cargados hasta el tope...

—No hay más que ver las revistas especializadas en pieles —interrumpe uno de los comerciantes—. Las transacciones

realizadas con cueros de lobo marino están alcanzando cifras cada vez más crecidas...

—Para prueba, las señales que quedan en las islas. Cada vez que desembarquemos, usted encontrará las huellas que dejan los tripulantes de esos barcos. Tan poco les importa la persecución...

—¿Y no pueden echarles el guante?

—¡Echarnos el guante...! Vea, ahí está esa goleta norteamericana, la “Sara W. Hunt”. ¿Cuántos años hace que anda por estos mares? Seis o siete, por lo menos... ¿Y quién la ha molestado? ¡Nadie!

Y uno de los jóvenes “piratas” remata la conversación con una salida jactanciosa:

—Que nos echen un galgo, ¡si pueden!

Póker, azar y lobos marinos

Pero Florencio haría bien en no confiar tanto en esas seguridades. La célebre goleta “Hunt” será apresada poco después, en 1895, por dos vapores chilenos. Y el mismo velero en que viaja Parra ha de verse en dificultades antes de que pase mucho tiempo. Sin embargo, ellos descansan confiadamente en esa impunidad disfrutada hasta ahora...

Lo cierto es que no resulta fácil dar con los contrabandistas loberos. Casi todos los lobos codiciados, es decir, los de dos pelos, han ido refugiándose cada vez más al sur, en las cercanías del cabo de Hornos, por donde realmente pasan entonces barcos de guerra. Sabiéndolo, todos los años se organizan expediciones desde la misma vecina ciudad de Punta Arenas. En el famoso café Diluvio, frecuentado por mineros y toda clase de merodeadores de las costas, se preparan esas expediciones. Cuando los loberos no tienen recursos propios, forman una sociedad entre varios, o buscan un capitalista. Así pueden adquirir provisiones y ropas, fletan goletas y pailebotes y se lanzan al mar.

Muchos, víctimas de los numerosos accidentes o de los temporales, y también de las riñas, no vuelven nunca. Otros regresan con una pequeña fortuna. Pero no les ha de durar mucho. El póker se encargará de barrer en unas horas o en unos días con ese dinero tan penosamente ganado.

La matanza

—¡Tierra a la vista!

Los veleros siguen las rutas menos frecuentadas, aunque más peligrosas, para rehuir todo encuentro desagradable. Pero repentinamente cambian el rumbo y ponen proa hacia ciertas islas donde saben que hallarán abundante caza. Cuando se encuentran cerca de las escarpadas orillas, bajan uno o más botes. Florencio siempre participa en estas excursiones.

Una vez en tierra se van aproximando a los mansos lobos.

A veces solo hay unos cuantos animales, y otras son centenares los que se agrupan en compacto ejército sobre las rocas oscuras. Los cazadores calculan rápidamente la táctica que han de emplear en la ocasión, según la distribución de la manada.

Armados de palos, se distribuyen en grupos de dos, tres o cuatro hombres por cada lado. A una señal dada, comienza la matanza. Los lobos casi no se defienden. Guiados por un poderoso y oscuro instinto de conservación, procuran abrirse camino hacia el mar, que está ahí nomás, a unos metros. Pero los hombres golpean metódica e implacablemente hasta que sus presas quedan exánimes.

Entonces se dedican a contar el botín.

Para Florencio, esa labor no solo constituye una nueva y apasionante experiencia. Es asimismo un medio de conseguir fondos. Le pagan dos pesos por lobo cazado. Unas veces reúne treinta pesos, y otras redondea el doble.

Él guarda ese dinero cuidadosamente; espera que pueda servirle para sus pasos futuros. Porque ¿quién sabe lo que puede

depararle el porvenir? Esa reserva puede ser la llave que facilite el paso a nuevas aventuras no menos interesantes. Ya le está tentando mucho esa fabulosa vida que se hace en Punta Arenas, refugio de aventureros de toda laya. Si pudiera llegar hasta allí, para incorporarse a los mineros que parten continuamente en busca de oro...

Hacia el país de los canguros

Pero por ahora está satisfecho con la vida que hace en el velero.

Los demás también se han encariñado con él. ¿Dónde encontrar a otro mozo tan capaz de pulsar una guitarra o preparar una comida, como de manejar maravillosamente el fusil a desempeñar las distintas faenas de a bordo?

Por eso en cierta ocasión el capitán le confía:

—Mirá. Al terminar con esto, saldremos al encuentro de un barco que ha de proveernos y luego seguiremos viaje hacia Australia. Aquel es un país maravilloso, tan rico como el tuyo, o más. ¿Por qué no te venís con nosotros?

¿Irse a Australia? ¿Y por qué no?

Parravicini titubea. Claro que los suyos han de amargarse pensando en su suerte, pero son ellos los que lo han enviado a estas regiones, ¿no es así? Por otra parte, al transformarse en contrabandista, él ha cortado los puentes que lo unían a sus familiares, a su clase, a esos principios rígidos que desde niño ha oído proclamar enfáticamente en su hogar. Por lo menos, Florencio lo imagina así. ¿Cómo pensar en retroceder, ahora? La perspectiva de conocer ese otro país, que desde aquí se aparece fabuloso y seductor, lo atrae.

Parravicini titubea, sí. Son varios los proyectos que lo entusiasman.

Pero no tendrá que decidirse. Unos días más y un suceso imprevisto dará un corte terminante a esa vida andariega y

dejará abortados todos sus fantásticos proyectos. Unos pocos días solamente...

Un barco desconocido

¿Quién es el que da el primer aviso, esa madrugada? Alguien a quien se le ocurre atisbar el horizonte cercano y grisáceo, casi palpable, que los rodea. Y entonces se oye el grito, un grito de alarma:

—¡Barco a la vista! ¡Un barco! ¡Un barco!

Todos se lanzan arriba para comprobar la novedad. ¡Un barco! ¿De dónde puede haber salido? ¿Cuál puede ser? Los interrogantes se acumulan en todas las bocas. Quizás otro lobero...

Pero es difícil tranquilizarse con esa suposición. La gente comprende que esa presencia puede ser, y es seguramente, un peligro. En todo caso, más vale prevenir lo peor.

La sorpresa ha sobrevenido en uno de los momentos más inoportunos. Después de entrar en el canal de Beagle, los tres veleros se han reunido, echando anclas en un lugar cómodo. Los comerciantes tenían pensado recorrer esas islas para seguir cazando, y continuar su viaje rumbo a Australia. Ahora, preparar la fuga es bastante difícil. Pero hay que intentarla: la salvación está en esa misma niebla que los ha engañado y adormecido.

Todos se dedican a trabajar con decisión. En los tres veleros solo se oyen órdenes, arrastrar cables y cadenas, carreras. En media hora, están listos para zarpar.

Mientras tanto, el barco desconocido se ha ido perfilando entre la niebla cada vez más nítidamente. Entonces notan que enarbola bandera argentina y que mientras les hace señales para que se detengan, procura acercárseles navegando a toda máquina.

Los tripulantes que no están ocupados en las maniobras se dedican a contemplar nerviosamente ese duelo angustioso que se prepara. ¿Tendrán tiempo de escapar?

Antes de que puedan responderse, se oye un fuerte estampido, y un cañonazo pasa por encima del mayor de los loberos, aquel en que viaja Florencio.

La imposible fuga

El aviso no intimida al capitán.

Da una orden y el navío sigue maniobrando para salir de la difícil situación en que se halla.

Un segundo velero hace lo mismo, mientras el tercero —el más pequeño— ha logrado ya abrirse paso entre la niebla: apenas se nota ya su mole oscura.

Otro cañonazo, que sigue casi inmediatamente al anterior, y dirigido también por encima de la nave, les da cuenta de que la paciencia de los perseguidores se termina. No obstante, persisten en sus tentativas de huir. Ahora que ya pueden maniobrar cómodamente, no hay que pensar en entregarse. Porque...

Pero todo cálculo es ahogado por un nuevo cañonazo. El estrépito que se produce es extraordinario, como si se hubiera partido una montaña. Es que esta vez han apuntado directamente al gran velero, al que lleva como tripulante ocasional a Parravicini.

Y lo peor es que han dado en el blanco...

“¡Vas a ir a un lugar tranquilo!”

RENDICIÓN SIN GLORIA ♦ UN ENCUENTRO
INESPERADO ♦ ¿NO ME CONOCEN? ♦ SOLIDARIDAD
CON LOS CONTRABANDISTAS ♦ ANGUSTIA DE LA
FAMILIA ♦ OTRA VEZ EN BUENOS AIRES
♦ UNA CALMA QUE NO PUEDE DURAR

Es cierto que Parra ya ha visto utilizar los cañones, aunque solo sea como práctica. No en vano ha hecho tres largos viajes a bordo de un barco de guerra, hace unos pocos meses. Pero es la primera vez que comprueba el efecto desastroso de sus proyectiles.

Los del barco atacante han tirado a pegar. Y, ciertamente, han pegado. El cañonazo arranca una parte de la proa, y trozos del maderamen flotan enseguida a merced de la impetuosa corriente. La mirada de Florencio intenta descubrir si algún hombre ha sido tocado. No. Felizmente, todos se hallaban a cierta distancia del lugar de la explosión. Ahora se trata de saber si el capitán continuará la resistencia. Si así ocurre, pronto todos los tripulantes estarán heridos y el navío hecho trizas. Porque la resistencia es inútil ante ese transporte de la Armada Nacional que los tiene dominados y en condiciones de hacerles fuego a discreción.

¡Prisioneros!

Así parecen comprenderlo los contrabandistas. El velero suspende toda maniobra, y se queda al paio, en muda señal de rendición.

Ante los ojos asombrados de Florencio se ha desarrollado velozmente este pequeño drama, que no puede llamarse ni

remotamente un combate naval. Una persecución entre la niebla, dos cañonazos de aviso, un tercero que da en el blanco, y ya se entregan. Él hubiera preferido, seguramente, una actitud menos realista y prudente, mayor arrojo y valentía ante el desastre. Y quizá irse a pique con las velas desplegadas, honrosamente...

La cosa es que nadie le ha pedido su opinión. Por otra parte, este singular forcejeo entre perseguidos y perseguidor ha durado muy poco. Ahora se ve que el transporte lanza al agua tres



¡AQUÍ ESTÁ!
AÑO X - N.º 966
20 de AGOSTO de 1945
FRANQUEO A PAGAR
Comis. 70
TARIFA REGICIA
Cataluña 3005
Registro de la Propiedad Intelectual
Nº 15871

**LEA EN LAS
PAGINAS
8, 9, 10 Y 11
UN NUEVO
CAPITULO
DE LA VIDA
DE
FLORENCIO
PARRAVI-
NI, ESCRITA
POR
MARTIN
ALVERA**

**«¡VAS A IR A UN
LUGAR TRANQUILO!»**

falúas. Las tripulan marineros armados de máuser con la bayoneta calada. Muy pronto llegan a los costados de ambos veleros y suben rápidamente por unas escalas que les echan.

Y ahora la tripulación de cada uno de ellos está formada en cubierta, bajo la boca amenazante de los máuseres.

Lo que no esperaban

Esta era la situación con la que no habían soñado verse los contrabandistas. Era tan remota la posibilidad de encontrarse con un barco de guerra, y ser alcanzados —dada la rapidez que los veleros eran capaces de desarrollar—, que su seguridad tenía un fundamento lógico. Más de una vez habían asegurado jactanciosamente:

—¡Que nos echen el guante, si pueden!

Por esta vez, han podido. El factor sorpresa juega en la ocasión un papel importante. Luego se enterarán los prisioneros de que el “Villarino” —porque este es el capturador— ha venido siguiéndolos desde tiempo antes, cautelosamente. Durante la noche anterior —y protegido por la niebla espesa— se les ha acercado en silencio, con las luces apagadas, esperando la mañana para dar el golpe final.

Y del resultado de ese golpe tienen completa noticia ahora, al verse alineados para la inspección que vienen a hacer los oficiales de la Armada.

Mientras dos pares de ojos examinan inquisitivamente a cada uno de los prisioneros, Florencio se da a pensar en su trayectoria constantemente accidentada. Del “1° de Mayo” ha ido a dar en las insoportables soledades de Puerto Deseado, y de allí, tras su espectacular fuga, al velero contrabandista. ¿Dónde irá a parar ahora? De lo que está seguro, es de que el cañonazo que destruyó la proa de su barco ha hecho trizas al mismo tiempo sus planes de visitar Australia o de recorrer las costas patagónicas buscando

oro, tras haberse entreverado con los fogueados aventureros de Punta Arenas.

De pronto, experimenta una sacudida que lo arranca bruscamente de sus divagaciones.

Es que uno de los oficiales está observándolo fijamente.

Y ahora su boca se entreabre para decirle unas palabras inesperadas:

—Y vos, ¿qué hacés aquí?...

¡Ahí va Parra!

¿Cómo? ¿El oficial lo conoce?

Y, de repente, la memoria le facilita un dato preciso. Claro, también él lo recuerda ahora. ¡Sí, es el oficial Hermelo, un amigo de su familia!

La casualidad ha hecho que ambos vengán a tropezarse en circunstancias tan anómalas a millares de kilómetros de Buenos Aires y de la mansión de los Parravicini. Parece que el azar siempre quiere jugarle malas pasadas a Florencio. No ha olvidado que cuando intentaba ir a reunirse con los voluntarios radicales comprometidos en la revolución del 93, también lo sorprendió un amigo de su familia. Pero aquí, en el lejano sur, el suceso es más asombroso. Es que el destino se complace en ofrecerle brillantes paradojas.

En este momento no le hace ninguna gracia que lo reconozcan. ¡Cuánto más hubiera deseado pasar inadvertido! Pero tiene unos rasgos tan característicos, un rostro tan original, sobre todo por ese doble subrayado de las cejas, que está destinado a que todos se acuerden de él. Luego, y ya convertido en actor famoso, Parra se acostumbrara a esa constante ubicación que la gente hará en la calle, en los cafés, en el hipódromo, en cualquier parte. El “¡ahí va Parra!”, martillo, exclamación o grito, ha de seguirlo por dondequiera que vaya, y será como el sello de su

popularidad siempre en pie. A él le gustará esa frecuente identificación de su persona, aunque a ratos se le haga cansadora. Y cuando alguna vez le falte, hará notar su extrañeza. Eso es lo que le ocurrió una vez en el Argentino...

Un gaucho desconocido

Se iba a realizar una función en beneficio de Ballerini. Especialmente con ese motivo le habían preparado a este una pieza llamada “Santos Vega”, obra campera, aunque no se refería al payador tan mentado. En el reparto le correspondió a Parravicini el papel de un paisano curandero, que por sus mañas y temperamento tenía mucho que ver con el Viejo Vizcacha. Pero él ni se enteró, porque nunca iba a los ensayos. En la víspera del estreno se le ocurrió aparecer en el ensayo general, y se quedó estupefacto al saber el papel que le tocaba. Entonces protestó:

—¡Pero, che! ¡Si yo nunca hice gauchos!

—¿Y qué importa? Lo hacés ahora...

—¡Ah, eso no! Mejor saquen la obra. Pongan otra...

En boca de Parra la empresa parecía fácil, pero todos sabían que era una locura. Las entradas ya estaban agotadas, y, por otra parte, era imposible preparar otra pieza con unas horas de anticipación. Así que se dedicaron a convencer a Parra. Al final, Ballerini le prometió:

—Mirá, venite un rato antes, y yo prometo caracterizarte como lo hacía Jerónimo Podestá en el Viejo Vizcacha...

En efecto, todos colaboraron para que la caracterización fuera perfecta. Finalmente, Vittone trajo una barba de alambre de que se había servido muchas veces, y con ese último detalle, Parra se convirtió en un personaje evadido de las páginas del *Martín Fierro*. Satisfecho por fin, Florencio se encaminó hacia el escenario. Una vez ante el público, y para hacer más típica su entrada, dejó escapar un sonoro:

—¡Ave María Purísima...!

Después se quedó esperando la ovación con que noche a noche solían recibirlo los espectadores. Pero estos, luego de observar cortésmente, se dedicaron a atender a los otros personajes.

Desconcertado, Parra volvió a repetir la frase, subrayándola y en voz bien fuerte. Tampoco hubo reacción del público. Entonces, y dándose cuenta de lo que pasaba, estiró la barba de alambre, dejando libre su conocidísimo rostro, e inclinándose hacia la gente preguntó:

—¿No me habían conocido?...

La pregunta, que no formaba parte del libreto, tuvo un efecto instantáneo. Un aplauso cerrado saludó al bufo que pedía su diaria ración de incienso, que no se contentaba con pasar inadvertido ni siquiera un momento.

Y recién entonces pudo decidirse a continuar con su papel. Ahora, el público sabía que no había tal gaucho ni tal curandero, sino el gran Parra, su Parra.

¿Quién gana, en definitiva?

Pero a bordo del velero capturado, Parra se encoge de hombros, abatido. Está resuelto a dejarse llevar por los acontecimientos. Sin embargo, el oficial Hermelo no insiste.

Todos los presos son conducidos al “Villarino”, y Florencio entre ellos. Las bolsas de guano son requisadas igualmente, junto con los cueros, y luego se depositarán en un lugar seguro de la costa. Y el transporte, con su tripulación satisfecha por la hazaña, pone proa hacia Buenos Aires...

Y entonces es cuando el adolescente aventurero descubre que ha ganado la partida. ¿Qué importa que todos sus ambiciosos proyectos se hayan ido a pique? ¿O que lo lleven preso, incluido entre los facinerosos, y seguramente para ser juzgado como tal? Después de todo, él ha conseguido al fin lo que se

había propuesto desde que su hermano Jacobo lo embarcara sorpresivamente en un barco de guerra, lo que se prometiera al encontrarse en aquella Subprefectura de Puerto Deseado: salir de ese destierro y volver a Buenos Aires.

Dentro de unas semanas volverá a pisar el empedrado amigo de la capital, se encontrará nuevamente en ese teatro propicio para sus entuertos. Otra vez podrá disfrutar de su existencia de muchacho adinerado. Las penurias experimentadas en los últimos meses le han hecho apreciar de golpe las comodidades que ha conocido desde su infancia. Ahora, todo empezará de nuevo.

Son mis amigos...

Mientras tanto, está esperando que le digan cuál será su destino.

No tendrá que aguardar mucho. A poco de llegar al “Villarino”, lo separan de sus colegas contrabandistas para ponerlo aparte, dándole un trato diferente y, por supuesto, mejor.

Después, el teniente de navío Hermelo —el mismo que hoy es contraalmirante— lo llama a su presencia. Quiere interrogarlo.

Florencio se le presenta con ese maltratado traje de marinero que aún lleva, y en la cara curtida por tantos vientos ariscos, una expresión audaz y despreocupada que ya es característica en él.

El oficial lo observa largamente. Luego le lanza a la cara una pregunta, precisamente la que él estaba esperando desde el primer momento:

—¿Qué estás haciendo vos, en medio de esta gente?

Florencio ya sabe que solo tiene una respuesta:

—Y... estaba trabajando...

El gesto de Hermelo denota a la vez extrañeza y duda:

—¡Trabajando...! Pero, decime: ¿vos sabés con quiénes estabas?

Un encogimiento de hombros. Florencio desvía la mirada para no afrontar la condenación que se lee en la de su interlocutor. Este insiste:

—¿Sabés con quiénes te has metido? ¿Que son bandidos, que muchos de ellos han estado en la cárcel, que...?

Parra se halla en trance difícil. Comprende que su misma situación es comprometida, pero tampoco quiere complicarse en ningún cargo contra los amigos cuya suerte ha venido compartiendo. Por eso se atreve a interrumpir al teniente con una protesta tímida:

—Y..., conmigo se portaron muy bien.

—¡Pero son gente peligrosa, que vive al margen de la ley!

Y Parra, de nuevo:

—Sí, pero para decir la verdad, conmigo fueron muy buenos...

No hay manera de hacer variar su actitud. En todo momento se niega a servir de testigo de cargo contra los loberos, y hasta intenta defenderlos, en algunos casos.

El “Villarino” cubre rápidamente las etapas hacia Buenos Aires, surcando ese camino líquido que Florencio ya conoce tanto.

Por fin, alcanza a divisar el lejano caserío desparramado, y entonces siente que lo domina una profunda agitación. ¡En Buenos Aires otra vez! Ambula de un lado a otro, se impacienta con las maniobras que el barco debe hacer para entrar en puerto, cuenta los minutos que lo separan del desembarco.

Sin embargo, está seguro de que nadie lo espera. Porque, ¿quién podría saber que él llega, y en esta forma inusitada?

Ese “algo” que no tenían los otros

Es que Parra no sabe que su familia, avisada desde el primer momento de su fuga de Puerto Deseado, ha venido realizando intensas averiguaciones para dar con su paradero. Que han escrito a todas partes pidiendo noticias suyas, y obteniendo además que ciertas dependencias gubernamentales colaboren en la búsqueda. Ignora también que con anticipación han sido

avisados de su llegada. Por eso, su sorpresa es inmensa cuando al descender la pasarela es tomado y estrujado por manos y caras ansiosas. Cuando el cerco de los abrazos se entreabre un poco, puede ver a doña Rafaela y a sus hermanos que aún lo palpan como para convencerse de su realidad.

—¡No sabíamos si estabas vivo!

—¡Te hemos estado buscando por todas partes!

—¡Ya te creía perdido! —deja escapar la madre.

En esta pausa de alegría, nadie recuerda los malos ratos pasados, ni las recriminaciones que pensaban dirigir al autor de sus desventuras apenas regresara sano y salvo. Por esta vez, todo ha de quedar olvidado, en beneficio de la armonía familiar.

Siempre tuvo que ser así. Parra fue durante toda su vida un *enfant-gâté*. Eso tendrá mucho que ver con sus hábitos, con su temperamento, con su carácter. Mimado por la madre, por la familia, primero; después por sus amigos, por el público, por ciertos críticos, por su esposa, Parra conseguía, gracias a su arte de “conquistador de afectos”, que se perdonaran sus debilidades y se le permitiera lo que era acremente censurado en los demás. ¡Si hasta la suerte se empeñaba en mantenerlo en la palma de su mano!

Años después doña Rafaela, hablando con su nuera, Sara Piñeiro de Parravicini, le contaría el caso, diciendo:

—¡Ah, los dolores de cabeza que me ha dado ese muchacho!

Para luego agregar con tono sentencioso y cierta satisfacción en la voz:

—Pero yo veía algo en él..., no sé qué, no podría definirlo... Digamos una chispa, una cosa que no tenían sus otros hermanos. Yo veía, sí...

Otra vez desterrado

Durante unos días, todo es almíbar y la paz reina en la casa de los Parravicini. Florencio, demasiado ocupado en reanudar

antiguas amistades, en recorrer los lugares conocidos y renovar antiguas aficiones, no tiene tiempo de planear nuevas hazañas. Pero pasa el tiempo, y ya la vida tranquila y ordenada comienza a cansarlo, se le hace aburrida. Esta calma chicha no puede durar. Nuevas aventuras de Parra y sus amigos hacen trastabillar la tranquilidad general.

La familia recibe nuevas quejas, y sus hermanos llegan nuevamente a la conclusión de que hay que alejar a Florencio.

—¡Pero si es peor! —protesta la madre—. ¿No ven lo que ha ocurrido esta vez?

—De todas maneras —le responden—, es imposible tenerlo acá. Vea, mamá: ahora lo enviaremos a un lugar tranquilo, en Corrientes. Aquello no es un desierto, como la Patagonia. Le gustará más, y al mismo tiempo estará más vigilado. Una temporada allá le hará bien.

Así es como unos días después, Florencio sale para su nuevo destino.

En la Subprefectura correntina desempeñará el cargo de escribiente, bajo las órdenes del comandante Prieto, otro amigo de su hermano.

—A ver si ahora te cuidás un poco —le dice este, al despedirlo—. Vos tenés un talento especial para meterte en líos...

Sí, Jacobo tiene razón; ¿quién sino el mismo Florencio, se metió en esa revolución radical del 93, y tentó la suerte a bordo de un barco de contrabandistas? No es la casualidad, sino su temperamento revoltoso lo que lo precipita en complicaciones tremendas. Si él quisiera...

Sí. Esta vez Florencio quiere. Pero ni su hermano ni él pueden sospechar lo que le espera apenas desembarque en Corrientes. No saben que allí se está incubando una sangrienta refriega y que —aunque Parra no quiera— las circunstancias lo obligarán a intervenir activamente. Y, sin embargo, Jacobo le ha asegurado a doña Rafaela:

—Lo mandamos a un lugar tranquilo. No le pasará nada...

“Ese marinero de patas largas que me salvó del degüello...”

EL DIABLO SIGUE SUELTO ♦ ¡FLORENCIO HA
MUERTO! ♦ YO MISMO NO LO CREO ♦ CORRIENTES,
CONVULSIONADA ♦ UN PRIMO DEL GENERAL ROCA
♦ EL JEFE INSURGENTE Y PARRA ♦ LAS REPRESALIAS
DEL VENCEDOR ♦ ¡ABRA LA PUERTA!

La familia Parravicini aún confía en que el alejamiento, la vida dura entre gentes extrañas, el rigor de los superiores, puedan corregir las inclinaciones del benjamín, Florencio. Por eso se ha decidido a enviarlo a Corrientes, después de su sonada aventura con los contrabandistas, en la Patagonia. Creen los parientes —mejor dicho, se obstinan en querer creer— que esta vez no se producirán complicaciones. Pero el caso es que donde esté Parra infaliblemente se producen líos. O los origina él, o la casualidad lo sitúa en medio de la baraúnda. Por algo solía contar siempre, con esa su sonrisa mefistofélica estampada en la boca:

—Nací el día de San Bartolomé, en que anda el diablo suelto, según dicen...

Lo peor que podía suceder

Cosa del diablo le habrá parecido entonces a la familia que, a los pocos días de salir Florencio rumbo a Corrientes, los diarios traigan una noticia alarmante: en esa provincia acaba de estallar una revolución contra el gobernador Virasoro. Nuevas informaciones indican que el conflicto tiene derivaciones sangrientas y que la lucha es brava. Se habla de las numerosas bajas que se van produciendo.

Angustiados, los Parravicini procuran conseguir noticias sobre el paradero de Florencio. Pero la confusión general les impide orientarse. Por eso, cuando el movimiento va siendo dominado por el gobierno, uno de los hermanos decide embarcarse para Corrientes a fin de dar con aquel.

Precisamente entonces reciben la visita de un amigo correntino. El rostro serio, conmovido, con que este los abraza, parece querer anunciarles la desgracia.

Y efectivamente, su voz entrecortada les da, después de los acostumbrados circunloquios, la peor noticia que pudieran haber esperado.

¡Florencio ha muerto!

Las iniciales reveladoras

Apenas repuestos de los primeros efectos dolorosos del choque quieren averiguar detalles, conocer toda la verdad.

Entonces el amigo habla de los combates callejeros registrados, de la sangre que corrió con profusión por ambas partes, y de un tiroteo en que se vio caer herido a Florencio.

Más tarde fue imposible encontrar su cuerpo. Seguramente ha ido a parar a la fosa común, con tantos otros.

Pero por lo menos, aquí hay un comprobante y un recuerdo. El amigo ha querido traerlo a la familia como mudo aunque elocuente testimonio del drama. Es el capote que llevaba el adolescente el día fatal. Aquí y allá, la burda tela presenta unos rosetones morados: son las huellas dejadas por la sangre al secarse... Y para que no quede resquicio alguno para la duda, se ven en el cuello las iniciales inconfundibles: *F. P.*

Los Parravicini reconocen el capote y comprenden que lo que más temían ha sucedido al fin. Florencio ha sido víctima de sus arrebatos, de su audacia, de su locura. Inclinandose ante lo irreparable, visten el luto de rigor y entornan la puerta,

que ya nunca ha de abrirse de par en par para recibir al hijo pródigo...

Dolor inútil, lamentos superfluos. En esos mismos momentos, mientras los suyos están recibiendo las condolencias de amigos y conocidos, “F. P”., a bordo de un barquito que baja el Paraná, se sube el cuello del capote —un capote ajeno, que le han prestado— para que el viento no le azote tan fácilmente la cara.

¿Qué ha sucedido?

¡Lástima de elogio póstumo!

Detengámonos primero para observar que no es esta la única vez que Parra fue dado por muerto. La falsa noticia circuló, impulsada por el aire propicio del error o la malevolencia, en no pocas ocasiones. En una de ellas, el periódico que la lanzó le dedicaba tan cordiales elogios, que Parra se lamentaba de que ambas cosas no fueran ciertas: su fallecimiento y la crónica. Pero luego, cada vez que el fúnebre dato falso aparecía, limitábase a encogerse de hombros.

Y si le pedían opinión respondía, impasible:

—Tantas veces se han equivocado con mi muerte, que yo mismo ya no lo creo...

Y esta vez no lo cree tampoco. ¿Y cómo no ha de ser así, si se siente con más ganas de vivir que nunca, después de salvar esas bravísimas jornadas de la revolución correntina?

Pero hagamos un rápido viaje a Corrientes, para saber qué le ha sucedido a nuestro personaje.

Buenos monólogos por mala comida

Los primeros días de su estada son tranquilos. Su nuevo puesto de escribiente en la Subprefectura es sencillo y cómodo. Quedan

muchas horas libres para matear y charlar, visitar los alrededores y divertirse. Como siempre, Parra conquista amistades a granel. Su verba chispeante, sus relatos y chistes, son cálidamente celebrados. Por donde él va parece seguirlo —atada con un fino cordel— una dama invisible de cascos ligeros: la risa. Florencio, ya acostumbrado a sus éxitos mundanos, no les da mayor importancia. Pero los demás sí, y más de uno sienta a su mesa al joven aventurero, sabiendo que su gentileza ha de ser compensada con creces por el buen humor de su huésped. De estas invitaciones interesadas recibió muchas Parra durante su larga vida de actor famoso. Si el lector domina un poco su curiosidad por saber lo que le sucedió en Corrientes, podríamos dejarle la palabra al bufo para que nos cuente lo que le ocurriera con uno de esos aprovechados anfitriones, de pretensiones largas y “menú” escaso...

“Brillaban por aquel entonces en Buenos Aires”, contó en una de sus charlas,

los salones de una embajada de cierto país, “de cuyo nombre no quiero acordarme”, en las que el matrimonio que las animaba reunía, periódicamente, a nuestra élite, a la cual le brindaba programas sorprendidos, mediante la concurrencia de artistas y hombres de letras. Después de la comida, los artistas debían pagar su tributo: así, el actor monologaba, la cantante hacía gorgoritos, y el poeta declamaba sus engendros de líneas cortas con consonantes en la punta. Y era fama que en dichas reuniones se comía muy mal y se bebía peor. A mí me habían invitado varias veces para que asistiera a tales ágapes, pero siempre hallaba una disculpa oportuna para escurrirme. Hasta que llegó un momento en que, agotado el repertorio de excusas, no tuve más remedio que apechugar con la invitación y hacerme presente.

Recuerdo que aquella noche sirvieron, como primer plato, un huesito con virutas de ternera, adornado con moñitos de papel; luego una docena de arvejas batiéndose en duelo con

una tostada; y como final de fiesta, cerrando aquel espectáculo a manera de apoteosis, una manzana, que no comí, pues siempre le he tenido recelo a esta fruta que nos hizo perder el paraíso... Bueno, pues: terminado el festín, la dueña de casa, entre bromista y exigente, me dijo mientras pasábamos a otro salón:

—Señor Parravicini: yo cobro la comida. Tiene usted que pagarla recitando un monólogo.

A lo que yo, también en tren de broma, pero con oculta intención, le contesté:

—Señora: he comido muy poco. Como caballero, pagaré a usted la cena con un cumplido a su gentileza y hermosura. Pero como actor, yo también cobro...

Desde entonces perdí de vista a los embajadores, que eran, al parecer, campeones de la dieta. Sin embargo, aquella experiencia tampoco me sirvió de nada, pues muchísimas veces me vi después en el compromiso de aceptar invitaciones a comer, tras de las cuales se me pedía que dijera un monólogo, ni más ni menos como se le dice a los chicos: “A ver, nene. ¿Ya tomaste el chocolate? Decinos cómo rebuzna el burro”. O bien: “Nene, declamó el verso a la bandera”...

Mientras se prepara la tempestad

Pero mientras el joven escribiente de la Subprefectura divierte a los correntinos con sus ocurrencias, no sospecha que sobre las cabezas de todos se incubaba la tormenta.

En verdad, Corrientes está viviendo desde hace un tiempo horas agitadas. Entre 1882 y este año de 1894, es decir, en doce años escasos, se suceden no menos de ocho gobernadores, además de algún interventor nacional. En diciembre de 1892, un movimiento ha dado por tierra con el gobernador Antonio Ruiz. Interviene el presidente de la República y lo repone en el cargo.

Antes de un año, en agosto del 93, otro golpe vuelve a voltearlo antes de que pueda tomar cartas en el asunto el gobierno nacional. Se llama entonces a nuevas elecciones, y así resulta elegida la fórmula que lleva a Valentín Virasoro como gobernador y a Daniel Artaza como vice. Son estos los que gobiernan la provincia cuando pone el pie en ella el nieto del conde Parravicini Casanova. Y contra ellos se dirige la revolución que se prepara activamente mientras Florencio hace sus correrías por la ciudad o entretiene a sus nuevos amigos.

Ese día en que Parra está desempeñando sus tareas más desganado que de costumbre, alguien se acerca para avisarle:

—¿Sabe? Parece que de un momento a otro van a menearse bala. La policía ya está tomando posiciones en el puerto. ¿Ve? Ahí anda el comisario Reina...

—Pero, ¿con quién van a pelear?

—Ah, ¿usted no sabía? ¡Si su mismo jefe, Prieto, está en el asunto! El gobierno lo estaba vigilando hace rato...

“Le debo la vida”

Florencio aún no ha vuelto de su sorpresa cuando se siente un griterío por el lado del río, y ve acercarse un barco.

Los vigilantes, emboscados, abren fuego. Pero los revolucionarios consiguen desembarcar y les hacen muchas bajas, entre las que se cuenta el mismo comisario Reina. La Subprefectura, después de un rápido pero mortífero asedio, debe rendirse también.

En esos instantes, Parra nota que en el río flota un hombre abrazado a un gran madero. Evidentemente está herido, pero aún así su instinto de conservación lo impulsa a mantenerse a flote, aunque con infinitas dificultades. A cada descarga de las armas se sumerge para luego reaparecer chorreando agua y más agotado cada vez.

Sin titubear, Florencio se zambulle. Nadando rápidamente en esa dirección, logra acercarse al hombre. Tiene que braccar enérgicamente para evitar que se hundan juntos, y al fin consiguen llegar a la orilla. Corren a refugiarse tras un muro cercano. Allí el otro se da a conocer:

—¿No me conoce? Soy Lafuente, primo del general Roca... Le debo la vida. No lo olvidaré nunca...

El aspecto del salvado es impresionante: lágrimas de agradecimiento surcan su rostro, manchado, como el resto del cuerpo, por el barro y la sangre que mana de su herida. Florencio lo interrumpe señalándole el peligro que corren quedándose allí. Mientras los sublevados, después de reagruparse, adoptan disposiciones para seguir marchando hacia el centro de la ciudad, Parra consigue alojar a Lafuente en una casa segura.

Pero después vuelve a las calles, porque aunque aún no comprende bien lo que pasa, ni toma partido, lo apasionan esos acontecimientos tumultuosos que se están sucediendo. Lleva consigo su fusil, pero todavía no sabe de qué lado debe estar ni contra quién debe ejercitar su admirable puntería. Sin embargo, y contrariamente a lo que le sucediera en la revolución radical del 93, en esta oportunidad él no está destinado a jugar un papel activo, como combatiente. Le tocará desempeñar un extraño, casual y oportunísimo papel de salvador. Acaba de extraer a un herido del río. Y apenas vuelve a mezclarse en el combate, ejecuta otra hazaña, gracias a la cual se salva inesperadamente uno de los jefes de la revolución. Resulta raro que casi nunca Parra haya recordado este asunto, mientras que, en cambio, refería repetidas veces otros de importancia mucho menor. Tal vez hubiera podido permanecer en la oscuridad, de no encontrarse entre sus papeles una carta que sirve de elocuente testimonio, y que nos ha permitido orientarnos en busca de otros datos para reconstruir lo acontecido.

Este documento cumple además una función no menos útil. Sirve para convencer a quienes pudieran dudar de la verosimilitud de estas singulares aventuras de Parravicini.

Cuando pasan a degüello a los heridos

El 1° de marzo de 1939, el diario *La Mañana*, de Corrientes, noticia el fallecimiento “del teniente coronel de Guardias Nacionales, don Juan Serravalle, ocurrido hace pocos días en la localidad de Resistencia”. A continuación, agrega que había participado activamente en los movimientos revolucionarios realizados por el partido autonomista. Días después, Parra recibe ese recorte con una carta firmada por don George Cereniche, amigo del difunto, quien le expresaba textualmente en uno de sus párrafos:

Acaba de morir el hombre a quien usted lo salvó en esta ciudad en circunstancias en que un pelotón de fuerzas adictas al gobierno correntino pasaba a degüello a todos los heridos tendidos en el suelo, entre los que se hallaba mi amigo Serravalle, cuando, prudencialmente, usted, que andaba en medio de ese batuque, sorteando las balas y exponiendo su cuerpo —sin tener nada que ver con la revolución—, pasó por su lado; lo alzó al herido casi exánime sobre su hombro derecho y corriendo con él lo arrojó a una huerta por sobre un muro de ladrillos, cayendo sobre un rosal que le dejó a lo miseria por los rasguños de los espinas...

... De usted recordaba hasta en los últimos días de su vida, recordaba siempre “de aquel marinero de patas largas —decía— que lo salvó del degüello”, y recordaba que, medio inconsciente por la hemorragia, usted le gritó para que se levantara y corriera porque venía el degüello, y allí nomás usted lo alzó al herido y corriendo como un galgo lo tiró a una huerta...

La historia del capote

El relato del señor Cereniche es exacto. El joven escribiente de la Subprefectura, convertido en oficioso delegado de la Cruz

Roja, se agacha para ofrecer menos blanco a las balas y hace que Serravalle se tome de la culata de su fusil. Así lo va arrastrando un trecho.

Ya faltan pocos metros para alcanzar un lugar protegido. Pero en ese instante, un balazo vuelve a herir al dirigente revolucionario, imposibilitándolo para moverse. Parra comprende que no hay tiempo que perder. Ha sonado, como recuerda el párrafo transcrito, la hora del degüello. Entonces, afrontando el rigor de las balas, corre hasta él, lo toma en sus brazos y a pesar de los disparos consigue llegar hasta una pequeña escalera. Por allí salva la tapia y logra refugiarse con su carga inerte en una quinta vecina.

Recién ahora nota que la sangre de Serravalle lo ha empapado a él también. Los momentos no permiten, sin embargo, detenerse en esas minucias. Ahí hay un hombre que se desangra rápidamente. Los habitantes de la quinta proporcionan a Florencio un poco de caña, y con ella le lava las heridas. Para vendarlo se corta su propia camisa. Al fin el herido cae en un sopor profundo. Cuando se convence de que nada más puede hacer por él, Parra se decide a volver a su casa. Al irse, no sabe si Serravalle morirá o no. Recién un tiempo después se entera de que aquel pregona por todas partes que le debe la vida al “marinero de patas largas...”.

En las calles prosigue el recio tiroteo. De pronto, tropieza con un cuerpo atravesado en su camino. Se inclina. El hombre parece moribundo, y tiembla como si sintiera frío. Comprendiendo que no le es posible prestarle ninguna ayuda útil, Florencio prosigue la marcha. Pero antes se desprende de su capote manchado por la sangre de Serravalle, y lo tiende sobre el caído.

Así queda explicado el hallazgo posterior de esa prenda, con sus iniciales, sobre un cadáver. Por eso días después el capote servirá ante la familia como prueba de su supuesta muerte. Nadie más que la casualidad ha reunido esa serie de curiosas coincidencias. Y ella es la que borda, con una habilidad envidiable, el enredado folletín de su vida...

Preparando la fuga

Por fin, rendido espiritual y físicamente por tantas emociones y trabajos, Parravicini vuelve a su alojamiento. Después de prepararse una exigua comida, se echa en la cama.

Pero no puede dormir, porque una preocupación tenaz se apodera de su ánimo. Evidentemente, la revolución ha fracasado. Aunque él no tomó partido, todos lo han visto socorrer a varios insurgentes, y sobre todo a uno de los más destacados, Serravalle. ¿Qué consecuencias le podrá traer esta actitud? No puede esperar que admitan sus declaraciones de inocencia, y ni siquiera que le permitan defenderse. La lucha ha sido tan enconada que los vencedores no perdonarán a nadie. Cuanto más rumia el asunto, más comprende que la única posibilidad de salvarse reside en la fuga. Comienza, pues, a considerar seriamente la mejor forma de hacerlo.

Pero, de pronto, se sobresalta. Acaba de sentir pasos en la escalera que conduce a su pieza.

Se levanta de la cama para escuchar mejor. El ruido continúa hasta llegar frente a su puerta, y entonces se detiene. Pero ahora lo reemplaza un ruido más fuerte aún. Es el que hacen unos puños golpeando fuertemente en la madera, mientras una voz autoritaria repite insistentemente:

—¡A ver, abra! ¿Es usted, Parravicini? ¡Abra pronto la puerta! ¡Abra, le digo!

Parra quiere estudiar en Europa...

UNA BARRICADA IMPROVISADA ♦ CON EL JEFE DE
LA REVOLUCIÓN ♦ AFEITANDO EN SECO ♦ LA CLAVE
CONVERTIDA EN CENIZAS ♦ LA RISA DE PARRAVICINI
♦ OTRA VEZ AGUSTÍN ♦ INVENTANDO UN INGENIERO

¿Quién puede ser el que está llamando a estas horas a la puerta de la pieza del marinero Parra? No puede concebirse que ningún amigo se acerque a tan altas horas de la noche. El ánimo de Florencio, conturbado por todas las emociones de ese día alborotado, está presto para acoger los peores presentimientos. ¿No será una partida policial que viene a buscarlo, ya conocida su intervención en favor de algunos revolucionarios heridos?

Pero no le dan tiempo a reflexionar. Los golpes son cada vez más fuertes. Y la voz, que parece corresponder a esos puños, repite: —¡Abra, pues!

No le queda otro recurso que hacerlo. Su habitación no tiene ventana ni otra salida, y, por lo tanto, su fuga, aunque quisiera tentarla, es imposible. Además, la puerta es tan vieja y endeble que se la puede echar abajo de un empujón. La decisión que adopta es la única que corresponde. Dispuesto a todo, abre.

Un huésped comprometedor

Apenas ha franqueado la entrada, alguien se precipita como una ráfaga en la pieza. Después, como si lo persiguieran, mira hacia el hueco de la escalera por donde acaba de subir, y entonces cierra la puerta, atrancándola, llevando contra ella sillas, la mesa y algún otro mueble. Solo entonces, después de haber

improvisado esta barricada, se calma un tanto y se vuelve hacia el estupefacto Parravicini.

Este ya ha reconocido a su extraño visitante. Ese rostro tan feo, que parece cincelado por un escultor ciego, es inconfundible. Al que haya tenido ocasión de contemplarlo tan solo una vez, le resultará difícil olvidarlo. Tan irregular como torva y bravía, esa cara se hace extremadamente simpática, sin embargo, apenas se traba conocimiento con su dueño. Pero, ¿qué ha venido a hacer este hombre aquí? ¿Cómo es que llega a refugiarse justamente en la buhardilla de un oscuro muchachito marinero? Florencio lo creía a estas horas muerto, herido, prisionero, o muy lejos de la ciudad. ¿Cómo, entonces...?

Pero no se decide a preguntar nada, por lo menos mientras no hable el otro. Es decir, el coronel Núñez, el jefe de la revolución...

Afeitando con cuchillo

Pero el coronel Núñez no se conserva mucho tiempo en silencio. Al contrario, tiene muchas ganas de hablar, y necesita hablar. Excitado por su difícil escapatoria, burlando los cercos enemigos, y nervioso porque teme que su captura sea inminente, quiere aprovechar estos momentos de tregua.

—¿Le parece raro que haya venido hasta aquí, no? Pero andaba cerca, me buscaban, y tuve que meterme en la casa. Después recordé que usted vivía arriba y...

—Pero, ¿por qué no se sienta, primero?

Florencio está buscando una silla. Pero el caso es que no hay ninguna disponible: las ha usado Núñez para apuntalar la barricada. Por lo tanto, tendrán que sentarse en la cama. El coronel no se preocupa: él no quiere descansar. Los minutos le son muy preciosos. Y quiere que Parra lo ayude. Una vez más, este tendrá que complicarse en la asonada provinciana.

—Las gubernistas me están buscando como tigres. Tengo que evitar que me reconozcan. Voy a sacarme la barba. ¿Me hace el favor de cortármela?

—¿Cortársela?

Florencio vuelve a mirar con detenimiento ese rostro que la agitación vuelve más feo aún. ¿Cómo quedará sin la barba, que por lo menos disimula en parte sus defectos? Pero no hay tiempo de bromear.

—Es que no tengo tijera...

Molesto por el inconveniente, Núñez deja errar sus miradas por la pieza. De pronto encuentra la solución. Una solución bárbara.

—Aunque sea con mi cuchillo.

—Pero...

—No hay pero que valga, ni tiempo que perder. Tome...

La clave de la revolución

Después de todo, calcula Florencio, un hombre que se está jugando la vida y que peligra caer en manos de sus enemigos para ser degollado de un momento a otro, no puede fijarse en pequeñeces. Aunque le raspe un poco este papel de lija que es su cara, y le saque sangre y piel en cada puñado de barba, tendrá que aguantarse...

Y así ocurre. Inmóvil, con los ojos fijos en un punto cualquiera, el coronel Núñez no mueve un músculo ni dice una palabra mientras dura la prolongada y dolorosísima operación. Luego, cuando todo ha terminado, Florencio tiene que quitar los ojos de esa máscara rojiza en que ha quedado convertida la parte inferior del rostro de su protegido. Pero ya la ha sumergido en una palangana, y mientras se cura no deja de hablar. El dolor es aún intenso, pero hay cosas que le preocupan más todavía.

—Me queda por hacer algo más importante... Meta la mano en el bolsillo de mi chaqueta. Allí...

Los dedos de Florencio tropiezan con una cartera abultada. Dentro hay algunos papeles cubiertos de signos extraños. Siguiendo las indicaciones de su huésped, los extrae, y acumula sobre la mesa.

—Es la clave de la revolución —explica Núñez.

Toma la vela, y la va acercando a los papeles. Uno tras otro, se encienden, se van doblando con presteza, y luego quedan arrugados, negruzcos, prestos a convertirse en ceniza apenas se los estruje. Las últimas palabras son comidas finalmente por el fuego, y el coronel Núñez exhala un hondo suspiro.

—Bueno; ya está.

Eso quiere decir que sus enemigos no sabrán nunca ciertos secretos del movimiento, ni serán conocidas muchas de las personas comprometidas en él. Ahora, que las cosas sigan su curso. Su responsabilidad como jefe está salvada. Y todavía puede ser que se libre de la captura.

En busca de la salvación

De todas maneras, el hombre no quiere comprometer a este marinero tan servicial, y ni siquiera se siente seguro en esa casa rondada por los contrarios. Desfigurado por el bárbaro raspaje, y a cubierto de las sombras, espera poder despistarlos. Sin más palabras, abraza enérgicamente a Florencio, libera con la ayuda de él la atrincherada puerta, y se pierde nuevamente en el hueco de la escalera. Parra vuelve a quedar solo.

Y más tranquilo que antes, también. Comprende que debe preocuparse por la suerte que lo espera. Comprometido hasta tal punto, y sin haberlo buscado, con los insurgentes, le conviene poner el mayor terreno posible entre su persona y los partidarios del gobierno provincial. Una vez decidido, distribuye en sus bolsillos todo lo que posee de cierto valor, y se lanza otra vez a las calles que comienzan a invadir las luces tímidas de la madrugada.

Todavía no alcanza a vislumbrar cómo le será posible salir de este enredo. Solo sabe que tiene que salvarse. Por su parte, pone la audacia y el coraje. Y confía en que la suerte hará lo demás. Como siempre...

Una risa como un mar

Después de dar dos recios aldabonazos, una figura se cuelga en la casa de Parravicini, cuya puerta sigue entornada en señal de luto.

Los primeros que reconocen al intruso no quieren dar crédito a sus ojos. ¡Si es Florencio! ¡El mismo del cual guardan como recuerdo un capote ensangrentado con sus iniciales, traído por el amigo que llegó con la fúnebre noticia desde Corrientes! ¡Si están guardando luto por él desde hace una quincena!

Pero es inútil resistir a la evidencia. Aquí está con su cuerpo fornido, su extraña traza —mezcla de colegial y trabajador portuario— y su alegría más suelta que nunca. Ha logrado salir de Corrientes cuando menos lo esperaba, colgándose de las cuerdas de un barquito que estaba por levar anclas. Una vez a bordo, le rogó al patrón: “¡Escóndame hasta Buenos Aires!” Y este accedió, tal vez porque se sintió ganado, como tantos otros, por lo que quiso describir un periodista español cuando, hablando de Parra, dijo: “Tiene toda la simpatía de un aventurero”...

—Nos dijeron que te habías muerto...

La risa de Parra se desparrama como un toro joven, invade las piezas y toda la casa, contagia a los presentes y los obliga a sumarse a esa briosa manifestación de vida. Su risa... Años después, uno de sus admiradores diría en un verso concebido con más buena voluntad que inspiración:

¡Es el mar que se desata,
vapor de incendio que sube;
va al cielo, se abre la nube
y cae la catarata!

Y también:

Su carcajada nutrida
es agua del corazón para apagar
el carbón de los dramas de la vida.

Ese será su oficio

Ríe, ríe Parravicini. Ganados por su ejemplo, ríen los suyos. Años después, millares de personas sentirán despertar su buen humor ante esa carcajada permanentemente contagiosa. Aun aquellos a los que no logre conquistar con sus chistes, los que discutan la legitimidad de su vis cómica, no podrán resistir la invitación arrasadora de su risa. Y a pesar suyo, sentirán que les brota una llamarada jocunda, que los labios se despliegan en rictus amable, y que ellos también ríen, adormecido su sentido crítico por esa carcajada irresistible, por ese “mar que se desata”...

Los dos ex compinches

Reintegrado a la vida ciudadana, Florencio se pasa el día vagabundeando.

En cierta ocasión en que pasea por las calles céntricas, cree divisar a una persona muy conocida. Es decir, lo que conoce es el rostro. Del resto se le escapa todo. La parte superior de la cabeza, enfundada en una galera no muy nueva, pero presentable. La corbata pretenciosa, la chaqueta, el pantalón a rayas, el andar estudiado y la forma en que empuña el bastón. Pero ese rostro... Y de pronto se abalanza hacia él, abiertos los brazos, jubiloso el gesto:

—¡Agustín!

Movimiento de sorpresa en el otro. Pero la indecisión es reemplazada instantáneamente por ademanes de alegría.

También él reconoce a Florencio. Lo que ocurre es que ambos están muy cambiados. Cuando se vieron por última vez, vestían humildes trajes de marineros, y envolvíanse en otras ropas para afrontar los rigores de la temperatura, allá, en Puerto Deseado. Ahora, en cambio... Los dos ex compinches se abrazan, se miran y vuelven a estrujarse. Hay que celebrar el encuentro. Y un cafetín cercano sirve de marco a las regocijadas confidencias.

—¿Te acordás cuando quisiste sublevar a los marineros a causa de la mala comida?

—¿Y cuando vos te casaste con la india?

Parra prepara un plan

Ambos se refieren su fuga de las soledades patagónicas. Agustín Botet, cansado de los castigos, dejó también en el primer momento propicio la Subprefectura. Su trayectoria ha sido desde entonces larga y accidentada. Pero al fin ha venido a dar en este Buenos Aires propicio a los placeres. Sin embargo no resulta fácil costearse la vida. Agustín refiere a su joven amigo sus apuros económicos y las tretas a que ha debido recurrir para solucionar su situación. La misma ropa que viste, y que le da un aspecto digno, se conserva así gracias a sus oportunos remiendos y otras habilidosas industrias. Pero, ¿cuánto tiempo podrá seguir así? Necesita encontrar una salida. Si Parravicini pudiera ayudarlo a encontrar algo...

Pero parece que Florencio no lo escucha. Se ha quedado absorto, la mirada perdida en el vacío, como pensando en otra cosa. Botet lo sacude.

—Che, ¿no me oís?

—Sí, te oigo...

—Es que parecías estar en la luna.

—No. ¿Sabés qué pasa? Que estoy preparando un plan...

El niño Florencio elige una carrera

Desde su regreso a Buenos Aires, Florencio está temiendo que sus hermanos se decidan a darle un nuevo destino. Ya está cansado de andar haciendo el pobre, de servir a las órdenes de otros y de soportar una vida humilde. Después de todo, él es descendiente de nobles, pertenece a una familia aristocrática y está destinado a ser millonario apenas le concedan el disfrute de la herencia paterna. Se siente ansioso por conocer los placeres apenas entrevistos por su ávida curiosidad juvenil; quiere disfrutar la vida alegre, despreocupada y frívola de los elegantes de la época, que ahora apenas intuye. La preocupación de los suyos por corregirlo y enderezarlo, le cierra todas esas posibilidades. Es preciso, pues, que él encuentre un recurso ingenioso para conseguir lo que se propone.

El casual encuentro con Agustín Botet puede traerle la anhelada solución. Pero es preciso concebir el plan con cuidado, para que no fracase. Desde entonces, se dedica a montar la farsa.

Nadie sabe cómo el tema aparece injertado de pronto en la conversación familiar. Pero el caso es que un buen día todos se encuentran discutiendo seriamente un asunto que poco antes les hubiera parecido ridículo: el viaje de Florencio a Europa... para estudiar. ¿Estudiar qué, si siempre ha evidenciado un santo horror por los libros, si sus estudios han sido interrumpidos tantas veces, que más tiempo ha pasado fuera de los colegios que en ellos? Pues resulta que el joven Parravicini se siente atraído por una carrera.

Una jugada maestra

—... Ingeniero mecánico.

—¿Y cómo se te ocurrió eso?

—Verán. Últimamente me ha apasionado todo lo que se refiere a la mecánica. Además, estuve hablando mucho con un

ingeniero, hermano de un antiguo discípulo mío... Como él se va a ir a Bélgica para profundizar sus estudios, estaría dispuesto a acompañarme...

Así aparece por primera vez en escena este singular preceptor. En los días siguientes, Florencio, que teje pacientemente su red, les proporciona abundantes informes sobre aquel. Es un ingeniero naval, que desempeña un importante cargo en la conocida compañía marítima... Además, da lecciones particulares sobre las materias que domina, y es un joven serio, estudioso, ejemplar. Tienen que conocerlo.

Y por fin, una tarde, la madre y los hermanos de Florencio se encuentran reunidos en la sala, esperando la importante visita. El benjamín de los Parravicini también está allí, muy tieso, dominando a duras penas su inquietud. Está por decidirse una gran jugada, una jugada maestra. De ella dependen los ambiciosos y alocados proyectos que ha venido elaborando en sucesivas vigiliat. ¿Y si fallara?

En plena farsa

En ese momento llaman a la puerta.

Debidamente anunciado, el visitante entra en la sala, donde todos se levantan para recibirlo. Viste una impecable levita, y lleva en la mano su flamante sombrero de felpa. El cuidado lazo de la corbata descansa sobre la albura de la bien planchada camisa.

Florencio lo observa con satisfacción. La perfección de cada uno de los detalles revela su propia habilidad. Esta es su obra. Porque el supuesto ingeniero naval no es más que su compañero de turbias andanzas en la Patagonia, Agustín Botet.

Por un momento, lo tienta una retozona idea, en la que se divierte su espíritu burlón. ¿Y si su familia supiera de repente que este visitante bien vestido es el inspirador de algunas de las más peligrosas aventuras de Florencio? ¿Si se enterara de que ambos

se casaron a la vez, en una orgía memorable, con dos jóvenes indias tehuelches, que habían comprado previamente?

Pero a Florencio no le conviene distraerse. Tiene que dedicar todos sus sentidos a la realización de esta farsa, que el más mínimo descuido puede desmoronar.

En ese momento, su hermano Jacobo se vuelve con solemnidad hacía Agustín, y lo invita ceremoniosamente a exponer sus proyectos ante la familia.

—Y bien, ingeniero...

Descubierto y repatriado

GANANDO 50.000 FRANCO EN UNA HORA ♦ CITA EN
UNA BÓVEDA DE RECOLETA ♦ ¡A PARÍS! ♦ EL CÓNSUL
SOSPECHA ♦ DE PASAJERO DE PRIMERA A FOGUISTA ♦
“NO ME ARREPIENTO DE HABER VIVIDO...”

El “ingeniero” hace oír una tosecita significativa, como solicitando atención. En realidad, no necesita pedirla, porque todos están pendientes de sus palabras. Con ademanes estudiados previamente, con palabras elegidas y conceptos que sabe que han de impresionar gratamente a los Parravicini, Botet explica sus proyectos. Hábil en captarse la simpatía ajena, el despreocupado compinche de Florencio traza una perspectiva atrayente. Una semana después piensa salir rumbo a Europa, para ir a profundizar sus estudios en Bruselas. Podría encargarse de Florencio, despertar su interés por la mecánica. Lo ha sondeado, y el joven revela promisorias disposiciones. En cuanto a su conducta, la familia puede tener la seguridad de que el ingeniero lo vigilará estrechamente. El es de costumbres austeras y partidario de sujetar con rienda corta los impulsos juveniles. Por lo tanto...

Hablando de dinero...

El impostor impresiona gratamente a la familia. Florencio paladea el éxito de Botet como si fuera suyo. Y realmente lo es, porque ese discurso, que tan espontáneo parece, lo han confeccionado juntos en los días anteriores, y el buen Agustín casi se lo ha aprendido de memoria. Por otra parte, el hombre se ha venido preparado para desarmar toda posible desconfianza. Exhibe diplomas, certificados, recomendaciones. ¿Cómo los ha conseguido? Realmente, no

podemos saberlo, pero tampoco es difícil suponerlo. Seguramente habrán sido fraguados y falsificados por los dos pícaros embarcados en tan peligrosa empresa. De todas maneras, resulta raro que los hermanos de Florencio no descubran de primera intención la superchería. Pero esta ingenua confianza habla muy alto de la habilidad con que Botet y Parra habían confeccionado sus redes.

Por eso ambos tienen la convicción de que han triunfado en toda la línea, cuando uno de aquellos se vuelve hacia el ingeniero apócrifo para decirle lo que tan ansiosamente esperaban:

—Y ahora hablemos de los gastos...

Esta cuestión del dinero es un poco molesta para los Parravicini. Tratándose de arreglar el destino de Florencio, no querrían mezquinar los fondos. Pero tampoco desean prodigarlos antes de asegurarse de que las cosas marcharán bien. Por eso deciden entregar al preceptor Agustín Baequer —que así lo ha presentado Parra— la cantidad de veinte mil francos para los primeros gastos. Además, se comprometen a girar otras sumas apenas lleguen a Europa, y en forma periódica. El ingeniero se declara satisfecho, sin demostrar mayor interés por el dinero. Sin mirar el cheque, lo guarda en su cartera y se dispone a despedirse.

Una fortuna inesperada

Doña Rafaela lo acompaña hasta la puerta. Comprendiendo que quiere hacerle las últimas recomendaciones al confiarle a su hijo, los demás los dejan solos. Es entonces cuando Botet recibe una profunda sorpresa. La dama acaba de depositar en sus manos un apretado rollo de billetes.

—Sírvase tomarlos —le pide—. Seguramente tendrán más gastos de los que imaginan.

—Pero, señora... —quiere protestar el ingeniero, para continuar con su papel.

Pero ella no lo deja continuar.

—Yo no quiero que a Florencio le falte nada. Tómelos, nomás. Esto viene a ser el equivalente de unos treinta mil francos...

Cuando Botet sale de la mansión siente como si le hubieran crecido alas. Cree ir caminando sobre nubes. Hace una hora, no tenía ni blanca y llevaba ropa alquilada con dinero de Florencio. Ahora guarda en sus bolsillos alrededor de cincuenta mil francos. ¡Una fortuna!

Los comediantes lo aplauden

Por un instante lo asalta una ocurrencia tentadora. ¿Y si desapareciera con ese platal? Con cincuenta mil francos se puede ir lejos, llevar una vida rumbosa, tentar la suerte en el juego y tal vez enderezar la existencia para siempre. Pero eso solo dura un instante. Enseguida rechaza esa posibilidad con indignación. Él es un aventurero, pero a la vez se sabe profundamente leal con sus amigos. Florencio confía en esa lealtad y él no ha de fallarle. Por eso ahora se encamina con paso rápido hacia el lugar convenido de antemano.

—A las siete de la tarde, en punto, detrás de Recoleta...

Y cuando se divisan de lejos, los dos corren para darse un abrazo. Con ese abrazo no solo se felicitan por su victoria común, no solo por el triunfo de sus planes. Se están elogiando por la destreza que han evidenciado como comediantes.

Hablando de este suceso, dijo luego García Velloso: “¿No está ahí, ya, de cuerpo entero, el futuro gran actor que logra conmover la sensibilidad del público, sin conmover la suya?”.

Y refiriéndose a los cincuenta mil francos de marras, contaba, reconstruyendo lo sucedido, según las confidencias que le hiciera Parra: “¿Dónde se los reparten? ¡En el cementerio de la Recoleta, escondidos en una bóveda, entre los féretros! No encontraron sitio más propiciamente solitario para hacer la *repartija*...”.

No se podría afirmar aquí si realmente nuestros héroes necesitaron rodearse de un ambiente tan macabro para poner un digno remate al truco que acababan de realizar. Puede ser que la fantasía de Parra haya ayudado un poco a corregir la realidad, cuando recordaba esos tiempos con su gran amigo García Velloso. Pero el caso es que ese dinero es cuidadosamente dividido en dos partes iguales, y que cada cual toma la suya. Después, solo queda por decir la frase que se les ocurre a ambos a la vez:

—¡Y ahora, a París!

En busca de refuerzos

Aquí tendríamos que tender un telón sobre la vida de Parra. Porque, ¿cómo averiguar lo que ocurre entre su salida de Buenos Aires y los primeros tiempos de su estada en París, junto con el infaltable Agustín? La imaginación del lector puede reconstruir sus correrías por la vida nocturna de la Ciudad Luz, que seguramente multiplicaría su fascinación a los ojos de este muchacho de 19 años recién cumplidos. Pero de este su primer contacto con la capital francesa no nos han quedado los testimonios que, en cambio, habrían de abundar en sus jiras posteriores. Mientras les duran los cincuenta mil francos de marras no tenemos de ellos noticia alguna. El primer dato lo recibimos apenas la última moneda vuela a reunirse con las otras, y Botet cambia una mirada significativa con Florencio: es preciso encontrar fondos urgentemente. De lo contrario...

Y ese mismo día, una mano nerviosa golpea en la puerta del cónsul argentino, Molina Salas.

El giro salvador

Esta visita tiene mucho que ver con lo convenido previamente en Buenos Aires. La familia Parravicini había acordado hacerles

entregar por mano de ese funcionario amigo varios millares de francos por mes. Cuando se dirigen al consulado, los compinches ya van pensando cómo gastar la primera entrega que aquel les hará. Las perspectivas son, en verdad, muy hermosas y confortadoras. Gracias a la tramoya realizada en Buenos Aires, se han asegurado aquí, en París, varios meses de existencia placentera y rumbosa, sin preocupaciones de ninguna índole. Cada vez que se les termine el dinero, ya saben dónde encontrarlo. Para eso recibe los giros correspondientes el señor cónsul...

Pero ellos no saben que en casa del cónsul van a dar con la horma de su zapato.

“Yo no sirvo para guardar secretos”

¿Qué es lo que hace sospechar al señor Molina Salas?

Al principio, su curiosidad solo tiene por base, seguramente, la solicitud que le inspira el hijo de una familia de su amistad. Por eso, sus preguntas solo rondan el tema de los estudios que Florencio realiza, sus planes para el próximo futuro, lo realizado hasta el momento.

Pero a poco hay algo que llama su atención y despierta sus sospechas. ¿Indecisión en las respuestas, quizá? ¿Algunas contradicciones, incoherencias, errores? ¿El aspecto de los dos juerguistas? De cualquier manera, el funcionario extrae conclusiones que lo deciden, *prima facie*, a no soltar un centavo antes de aclarar debidamente lo que está ocurriendo. Y antes de despedirlos con frases corteses, pretextando un inconveniente cualquiera, cita a Florencio para el día siguiente, solicitándole que concurra solo.

En la entrevista siguiente, consigue lo que deseaba: la confesión amplia y detallada de Florencio. Este sabe disimular perfectamente cuando está cometiendo una pillería cualquiera. Pero una vez realizada, pareciera que su vigilancia interna desfallece, y caen todas sus reservas. Por eso solía decir algunas veces:

—Yo no sirvo para guardar secretos. Aunque el revelarlos me comprometa...

Podríamos suponer que esta actitud implica también una fanfarronada. El tramoyista goza en mostrar el mecanismo de la trampa, una vez que ha conseguido atrapar en ella a los incautos. Solo los que no se sienten seguros de su habilidad e inventiva se obstinan en esconder sus trucos. A Parra, en cambio, no le importa mostrarlos. Sabe que tiene su bolsa llena. Tanto, que le alcanzarán para toda la vida...

La moraleja de Agustín

Las semanas siguientes ven el fin catastrófico del castillo de naipes formado por los dos aventureros. Dotado de plenos poderes por la familia Parravicini, el señor Molina Salas decide encargarse de Florencio hasta que sea factible su regreso.

Con Agustín Botet la suerte se muestra más dura aún: encontrándose en la miseria, sin amigos ni apoyo de ninguna índole, tiene que conchabarse en un barco carbonero que se dirige al Río de la Plata. El contraste no puede ser más violento. A la ida viajaba con todo confort, en primera clase, tratado como ingeniero y a la vez preceptor de un joven millonario. Ahora vuelve con traje de fajina, tiznado y sudoroso, rendido por el durísimo trabajo que le toca hacer a bordo y preocupado, además, por la suerte que le deparará su futuro apenas llegue a la Argentina. En fin, su situación es tan lamentable, que más de un moralista la escogería satisfecho para ubicarla en una historia edificante para jóvenes, como moraleja...

“Repito la vuelta”

En cambio, la situación de Florencio no encajaría bien en la susodicha historia. El pecador está lejos de sentirse arrepentido.

En este momento, él podría decir lo que años después se le oiría repetir a menudo al fogueado Parra, en pleno vértigo de aplausos y éxitos a granel:

—No me arrepiento de haber vivido mi vida. Si tuviera que nacer de nuevo, y Dios me preguntara: “Decime, che, Parra, ahora, ¿qué existencia te gustaría llevar?”, sin titubear yo le contestaría: “La misma que la pasada...”.

Y la misma respuesta daría, seguramente, en este momento. Lejos de lamentar lo sucedido, se felicita por haberse proporcionado, gracias a su inventiva, una temporada tan movida y agradable como la que acaba de pasar. ¿Que el final no es el que hubiera deseado? ¿Qué importa? Aunque aún está lejos de ser el experimentado actor que habría de hacerse tan famoso, ya sabe que en el teatro y en la vida las obras terminan siempre, que fatalmente llega el último acto. Y, a veces, el final es feliz, y otras, consiste en lágrimas, imprecaciones y lamentos. Pero aún así, le sigue gustando. Porque lo que le interesa no es el final, sino la obra en sí, su desarrollo y el papel que le toca...

Los aplausos de la gente de mar

Además, sería injusto decir que lo pasa mal. Al contrario, la intervención de Molina Salas le permite conocer, aunque solo sea de paso, un nuevo país: Italia. Ocurre que en esos momentos se están construyendo en Liorna dos acorazados para nuestro país: el “Garibaldi” y el “San Martín”. Al frente de la comisión naval argentina se encuentra el almirante Rivadavia, vigilando los trabajos. Al enviarlo allí, nuestro cónsul solicita que la comisión se encargue de la repatriación de Parra.

Así ocurre, efectivamente. Pero mientras llega el momento de volver al país, Florencio aprovecha el tiempo para hacer amistades entre soldados y oficiales. Los marinos argentinos se reúnen a menudo por la noche, una vez terminadas las tareas, para

recordar la patria lejana. Los bailes y cantos se suceden, y el regocijo es general. La presencia de Parravicini, que no tarda en hacer conocer sus habilidades, contribuye a mantener la alegría. Una vez más son hombres de mar los que baten sus palmas para festejar las gracias del aficionado Parravicini.

Del aficionado, entiéndase bien. Pero esta solidaridad franca y calurosa de los marinos hacia el actor irá más allá de esas primeras exhibiciones espontáneas. Porque el surgimiento de Florencio como profesional vendrá a ser auspiciado, después de todo, por estas gentes rudas que cuando bajan a tierra por horas o unos días se complacen en esa gracia directa y en esa comicidad franca en que se destacó el celebradísimo bufo.

Con todo, llega un día en que Florencio se encuentra contemplando la furiosa danza de las olas desde la borda de un navío. El navío que lo trae de vuelta a la patria. Supone que su última aventura debe haber dejado llagas en los corazones familiares, y que ahora lo aguardan tiempos difíciles.

En eso tiene razón. Lo que no sospecha es que, como consecuencia, pronto habrá de debutar en Buenos Aires ¡como comerciante!

De comerciante a capitán de Guardias Nacionales

- JALONES PARA LA CONQUISTA DE PARÍS ♦ PARRA Y
- VOLTAIRE ♦ VENDIENDO BILLETES DE LOTERÍA
- ♦ UN FONDO DE RESERVA QUE DESAPARECE
- ♦ AQUEL CARRITO QUE VENDÍA CHORIZOS
- ♦ LOS ANTECEDENTES DE SHERLOCK HOLMES
- ♦ “¡ES EL CAPITÁN PARRAVICINI!”

Ha terminado así, con su repatriación forzosa, la primera aventura de Parra en París. Él sabe que no ha de ser la última. En esta ocasión no ha hecho más que clavar las banderillas de su espíritu burlón en la mentada ciudad de los placeres. Ya volverá para completar la conquista. Por lo pronto, ha aprendido una cosa muy importante: que para imponerse en París es necesario gastar mucho dinero. Por eso, cuando vuelva, unos pocos años después, irá alfombrando su camino con billetes de banco. Y la esplendidez del bien humorado “argentin” estimulará la curiosidad de los parisienses, acostumbrados, sin embargo, a los espectaculares maharajes, a los príncipes herederos anhelosos de diversiones exóticas y a los no menos pintorescos millonarios sudamericanos.

No hay que dormirse

Por ahora está en Buenos Aires, y sin dinero. Sus familiares, cansados de tanto desvelo inútil, han terminado por desentender de su celosa vigilancia anterior. Cerca de ellos tendrá siempre techo y comida asegurados. Por eso no necesitaría preocuparse. Pero está lejos de conformarlo tal perspectiva. Él precisa dinero para desenvolverse desahogadamente, para divertirse e intentar

asomarse a nuevos horizontes. Ya que no hay probabilidad de conseguirlo por la vía familiar, se impone tentar otros caminos. Quedándose de brazos cruzados no conseguirá nada, y entonces es cuando recuerda un refrán criollo que alguna vez ha oído de boca de cualquiera de esos marineros con los cuales alternara:

—Yacaré que se duerme, se lo lleva la corriente...

No hay que dormirse, pues, hay que estar siempre alerta, dispuesto a salvar los malos trechos y a dar el salto salvador, a sacar partido de cualquier situación propicia. Él ha de repetirse tanto este dicho, en los años siguientes, que terminará por tenerlo como norte y guía decisivo de sus acciones. Muchos de los cambios sorpresivos que caracterizaron luego la conducta del actor Parravicini, se deben a las reflexiones que le inspiraba esa frase ya recordada: “Yacaré que se duerme, se lo lleva la corriente”...

Así es como pronto aparecía renovando su elenco, introduciendo numerosas piezas en su repertorio, realizando viajes a Europa en busca de material, buscando nuevos recursos de efecto, ensayando inéditas piruetas hacia lo desconocido. Así es como, casi al final de su carrera, ha de tentar otras formas teatrales —tal la comedia fina— u otras rutas artísticas, como el cine. Procuraba así adaptarse a nuevos tiempos, a nuevas situaciones. Lo importante era no dormirse. Puede asegurarse que Parra no se durmió nunca...

En busca de trabajo

Y he aquí que este robusto mancebo de 19 o 20 años, que lleva encima un apellido aristocrático y la seguridad de recoger a la vuelta de unos años —muy pocos— una cuantiosa herencia, se revisa los bolsillos preocupado. No queda ni un solo billete que imponga respeto. Se trata, pues, de tomar una resolución heroica. Y decide:

—Con tal de tener dinero estoy dispuesto, incluso, a trabajar. Pero ¿trabajar en qué? Él no tiene profesión ni oficio alguno. En realidad, no los tendrá nunca. (Hay que recordar que como actor vivió en perpetua improvisación.) Va subrayando una a una las distintas posibilidades que se le presentan, para eliminarlas sucesivamente. De pronto, vacila. ¿Y si...? Efectivamente, allí hay una “chance”. Pero necesita un socio. Hace unos días, ha renovado la antigua amistad con su condiscípulo Salvador López Fianza. Al rato, ya está trenzado en entusiasta conciliábulo con él. De esa conferencia nace una importantísima decisión. Y en efecto, muy poco tiempo después, nace a la vida comercial de Buenos Aires una nueva firma: Parravicini y López Fianza. El ramo: agencia de lotería. Sede: un humildísimo y pequeñísimo local ubicado en la calle Rivadavia. Existencia: unos cuantos billetes prometedores de la fortuna. Como empleados bastan los dos socios y, a decir verdad, sobran... Por eso López Fianza se aburre y sale a menudo, dejando a Parra al frente del comercio. Así es como se facilita la consumación del desastre.

Un balance decepcionante

La primera noticia la tienen apenas intentan hacer un balance. Se trabaja bien, se venden casi todos los billetes de lotería, pero hay pérdidas. En la quincena siguiente ocurre lo mismo. Cuando el hecho se repite tres o cuatro veces, los socios deciden hacer una investigación a fondo. La verdad no tarda en resplandecer, para confusión y bochorno del futuro bufo.

Antes de explicar lo ocurrido, y para justificar a Parra, recordemos la incursión de Voltaire por el campo de la lotería. Se sabe que una vez adquirió todos los billetes de una jugada, obteniendo así una verdadera fortuna. Esto puede parecer inverosímil, pero el caso es que —como el sutil autor de *Zadig o el*

destino había descubierto— los emisores de dicho sorteo habían incurrido en un error garrafal en perjuicio del Estado. Voltaire jugó su carta a ese error, y resultó ganancioso.

El joven Parravicini parece haber intentado hacer otro tanto, aunque en este caso no había más error que el suyo. Los billetes de lotería de su negocio se vendían todos porque... los adquiría él mismo. Partía de la suposición de que acumulando más participaciones multiplicábanse las posibilidades de adjudicarse el *gordo*. Lo único que consiguió, sin embargo, fue hundir el capital inicial. Desencantados, ambos socios vieron cómo se habían evaporado los pocos pesos reunidos para levantar el comercio.

López Fianza no protestó. ¿Para qué? Contempló con mirada melancólica el papel donde habían hecho el lamentable balance y luego propuso lacónicamente a su socio:

—¿Qué te parece si nos separamos?

—Y..., bueno.

Sin medir la engorrosa intervención de terceros, el rubro quedó disuelto. Muchos años después, López Fianza solía ir a presenciar los espectáculos de Parravicini, del cual había seguido siendo inalterable amigo, y juntos reían de aquella aventura comercial, que la impaciencia de Parra había frustrado en sus primeros balbuceos.

¿Cuándo repartimos las ganancias?

Desencantado de la lotería, Florencio no renuncia, sin embargo, a los azares del comercio. No tarda en volver a tentar la suerte. Pero esta vez se trata de una sociedad mucho más seria y responsable. El rubro es bastante solemne y campanudo: Von Bergen y Cía. La compañía es Parravicini. Queda dicho, pues, que no es muy buena, y que al tal Von Bergen le convendría mucho más andar solo. Pero como aún no conoce las características de su

flamante socio, no tiene reparo en establecer con él en la calle Victoria una casa dedicada a la introducción de artículos para dentistas. Florencio no tarda en hacer alguna de las suyas y la paciencia de su cófrade merma con velocidad. Sobre todo, le molesta la insistencia con que Parra lo interroga periódicamente:

—¿Y las ganancias, che? ¿Todavía no repartimos nada?

—¡Ah, no! —responde el otro—. Es necesario crear una reserva, una fuerte reserva...

Los negocios marchan bien, pero Florencio no consigue juntarse con los billetes que van a engrosar en la caja fuerte “las reservas”. Esta situación tan molesta no puede durar mucho.

—Un día —contaba después Parra— me “levanté” con todas las reservas, y en cambio le dejé el negocio al alemán...

Y agregaba con cierta insolencia:

—Claro que en definitiva fue él quien salió ganando, porque a mí la plata se me terminó a los pocos días, y en cambio Von Bergen se hizo rico con el negocio...

El mejor comedor del mundo

Evidentemente, Parra no había nacido para prosperar en el comercio y poquito a poco, comienza a meditar entonces en que le conviene más un empleo. Un empleo fijo, que le permita sufragar sus gastos hasta que pase esta persistente mala racha. Precisamente en esos días se le acerca un amigo de la familia ofreciéndole un trabajo. Sin titubear mucho, Parra acepta. Y pocos días después hace su debut en el puerto de la capital, ¡como empleado de investigaciones!

El contrabando se ha ido acrecentando peligrosamente en los últimos tiempos. Para cortarle las alas se ha resuelto intensificar la vigilancia. El pesquisa Parra viene a ser uno de los tantos destinados a esa misión. Ahora tiene, pues, lo que ambicionaba: un puesto modesto, pero fijo, con la seguridad del sueldo a fin

de mes, sin los riesgos de la lotería ni las hipotéticas ganancias del negocio de artículos dentarios.

Podía pensarse que esa nueva actividad interesaría fuertemente al curioso Florencio. Pero los atractivos de la novedad desaparecen pronto, y solo queda la labor oscura de todos los días. Por eso se explica que lo que más impresiona a Parra de ese período que pasó allí, sea...

Allá por 1925 le hacían uno de los tantos reportajes a que tan dócilmente se sometió durante su vida ruidosa. De pronto, al cronista se le ocurre dirigirle una pregunta tan caprichosa como estrambótica:

—¿Cuál es el mejor comedor que usted ha frecuentado en su vida?

Parravicini había asistido a los comedores más espléndidos de París, y según solía recordar a menudo, había sido invitado a almorzar con la infanta Isabel, en su palacio. Pero repuso:

—Vea, el de Benito Villanueva era magnífico. He conocido otros no menos suntuosos. Y sin embargo, ¿sabe usted cuál resultó para mí más querido e inolvidable? El mostrador de un viejo carrito donde se vendían chorizos en el puerto, cuando yo hacía de pesquisa...

Ese carrito fue, pues, lo único que provocó las simpatías de Florencio y ganó un espacio en su recuerdo, durante su fugaz permanencia en ese empleo. En cuanto a su trabajo, valga la frase que alguna vez él dejó deslizar recordando esos momentos:

—Yo no tenía alma de polizante...

O, como también le contara a su amigo Velloso, según referencias de este:

—Con mi sensibilidad, ¿cómo había yo de cumplir estrictamente mis deberes de polizante? Yo no revistaba nada... Nunca se ha contrabandeado más en Buenos Aires que cuando yo tuve la misión de decomisar alhajas. ¡Me daban una lástima los pobres contrabandistas! ¡Yo les dejaba pasar todo! Y claro, mi jefe, Sustraita, me pidió la renuncia...

El hombre de la lupa

El nieto del conde Parravicini di Casanova, austero representante de Austria ante la República Argentina, hizo su carrera de pesquisa sin interés y sin gusto. Pero, a la vuelta de los años, habría de recordar esa experiencia, como tantas otras, a fin de aprovecharla en sus actividades teatrales. Entonces idealizó ese personaje que fuera él mismo, lo dotó de audacia, autonomía e inteligencia, lo hizo vestir la clásica gorra a cuadritos, la lupa y otros elementos característicos, y lo lanzó desde el escenario entre los aplausos de la multitud. Así dio numerosas obras cuyo título era diferente, pero que rondaban las aventuras de algún notable “detective” como en *Sherlock Holmes* o en *La fuga*, pieza esta última que historiaba las andanzas de un pesquisa en el puerto de la capital... También sobre el mismo tema escribió artículos para revistas especializadas en novelas policiales, y parecidos antecedentes tenía ese personaje: Mr. González, detective particular, que presentó en una temporada de audiciones radiotelefónicas.

Parravicini, en héroe del *far west*

Tras este empleo, se suceden otros. En ninguno dura el inquieto Florencio. De pronto, aparece enganchado entre los guardias nacionales. Era inevitable que tuviera que pasar por los cuarteles este muchacho nacido en una sala de armas, y bautizado como “hombre de armas llevar”. Durante mucho tiempo actúa en el “4 de Caballería”, bajo las órdenes del coronel Díaz Arana. Logra escalar grados rápidamente, y un día amanece capitán. Por entonces interviene en un singular accidente. Con 48 soldados y un suboficial se ha trasladado a un campo cercano para darles clase de equitación. Después de una hora comienzan a ejercitarse en el salto de vallas. De pronto, alguien lanza un grito.

El caballo de uno de los conscriptos se ha desbocado. Como evidentemente el muchacho no está en condiciones de detenerlo, su vida corre serio peligro. Todos lanzan sus pingos en persecución del ya furioso animal. ¿Y Parra?

Parra está más lejos que los otros, pero tiene una ventaja. Dispone de un magnífico caballo que viene adiestrando especialmente con el mayor cuidado, a fin de hacerlo intervenir en unas próximas fiestas hípicas. También él se lanza a intervenir en la carrera. Va alcanzando uno tras otro a los perseguidores, los deja atrás, y ya se aproxima al desbocado equipo. Ahora puede ver claramente al conscripto que, aterrizado, se aferra a las crines del caballo. Adelántase Parra, consigue que se vayan apareando los pingos, y en forma cinematográfica va dominando al otro diestramente, hasta que la resistencia cesa, y el muchacho, más muerto que vivo, puede pisar sin peligro tierra firme.



Ya se ha dicho que Florencio tenía adoración por las armas y que era un consumado tirador. Aquí lo vemos en un club de tiro, listo para intervenir en un concurso.

“¡Es él! ¡Es él!”

Después, ya convertido Parra en caudillo de la risa porteña, fue quedando olvidada su actuación militar. Su condición de capitán de guardias nacionales, que pocas veces mencionaba, se tomaba en broma. Periodistas, admiradores y hasta muchos de sus amigos, creían que ese grado se lo había adjudicado el mismo Florencio en un momento de buen humor, y que jamás había pisado un cuartel, no siendo para hacer morir de risa a los conscriptos, convertidos en entusiastas espectadores. Parra no se preocupa por convencer a la gente de la veracidad de sus afirmaciones. Pero la confirmación viene sin que se moleste en buscarla.

Una noche, durante la función del Teatro Argentino, nota que alguien lo observa fijamente desde las primeras filas. Se trata de un hombre con aspecto de chacarero, vestido a la usanza provinciana. Lo sigue de un lado a otro del escenario con la mirada clavada en él, como intentando descubrir su rostro pintado unos rasgos conocidos. De pronto, el tal se vuelve hacia su compañero de platea y le grita alborozado, con un vozarrón que tapa el diálogo de los actores y sacude todo el teatro:

—¡Es él! ¡Es él! ¡El capitán Parravicini!

Algunos, molestos por ese número fuera de programa, le chistan. El amigo lo toma del brazo para que se calme. Pero el hombre aún repite, feliz del encuentro:

—¡Ya me parecía que era el capitán! ¡Me salvó la vida él...!

Luego, en el camarín, el antiguo conscripto se da a conocer como Pablo Costa, y renueva ante Parra su agradecimiento.

—Si usted no me salva ese día a lo *cowboy*, el porrazo no me lo quitaba nadie y a estas horas no contaría el cuento.

Pero la vida en el cuartel es, generalmente, monótona, y no menudean los incidentes, agradables o no. Ni como capitán puede esperarse que Parra permanezca allí mucho tiempo. En realidad, él solo había planeado permanecer allí hasta cumplir los 22 años. Es una especie de noviciado que se ha impuesto,

como prólogo al cambio espectacular que está por producirse en su vida.

Y por fin, el 24 de agosto de 1898, Florencio Parravicini comprueba con extraordinaria satisfacción que acaba de cumplir 22 años.

Entonces un hondo suspiro saca de su pecho, y procede a quitarse el uniforme de los guardias nacionales.

Y ahora, su vida comienza otra vez...

Un millón de pesos se hace humo en París

EL ESCRIBANO SE INDIGNA ♦ “YO DESCUBRÍ A PARÍS,
PERO...” ♦ UN CRIADO CELOSO ♦ HISTORIA DE UNA
ESTERLINA ♦ SOY MULTIMILLONARIO ♦ EL DR. WILDE Y
PARRA ♦ TRETA SALVADORA ♦ UNA HUIDA FRUSTRADA
♦ ¡EL FRANCÉS!

La vida de Florencio comienza otra vez. No es para menos. Ese día, el 22 de agosto de 1898, le ocurren dos cosas extraordinarias: llega a su mayoría de edad y recibe la parte que le corresponde de la herencia paterna.

Florencio ha esperado este momento ansiosamente. Sabe que le permitirá liberarse de una serie de circunstancias enojosas, de la dependencia familiar y de la necesidad de trabajar para mantener un tren de vida más o menos digno. Desde hace un tiempo ha venido contando las semanas y los días con notoria ansiedad. Hasta que una mañana, al despertarse, se golpea el pecho jubilosamente mientras tararea, aplicando a cualquier música una letra que acaba de ocurrírsele:

—Desde hoy soy millonario...

Y tiene razón. Claro que para que pueda serlo efectivamente lo separa un casi. Ese casi de unos doscientos mil pesos. Porque los bienes que pasan a su poder tienen un valor equivalente a los ochocientos mil nacionales. Se trata de pesos argentinos de aquella época, cuyo valor intrínseco era muy superior al que pueden poseer en 1945. Pero él no recibe esa fortuna en billetes flamantes e imponentes. El escribano le comunica que acaban de pasar a su poder en forma de propiedades, animales, terrenos, casas. Un pequeño mundo habitado que cae en sus manos, reconociéndolo como dueño y señor. Ese mundo incluye:

Ochenta mil ovejas...

Una estancia en Río Colorado, con una superficie de once leguas...

Varias casas en la calle Lavalle, de la Capital Federal...

Una manzana en plaza Once...

Muebles, alhajas, algún dinero en efectivo...

El escribano ha terminado la laboriosa enumeración. De pronto se sobresalta. Le parece haber oído mal, y mira a Florencio levantándose los anteojos hasta la frente, que queda fruncida a medias. Porque aquel acaba de hacerle, con el tono más inocente del mundo, esta pregunta:

—¿Qué más...?

El insaciable heredero

¡Qué más! El asombrado señor no querría indignarse, pero no puede evitarlo. Pero, ¿qué es lo que pretende este petimetre, este jovenzuelo fanfarrón, este porteñito pretencioso? Recibe una herencia que podría hacer felices a decenas de familias, y aún no está conforme. Dominando su irritación alcanza a decirle:

—¿Pero usted sabe que con esta fortuna podrá vivir holgadamente hasta el fin de sus días? ¿Que puede convertirse rápidamente en una de las personas más ricas de Buenos Aires, como sus hermanos? ¿Que...?

Parra sonrío con suficiencia, y decide dejarle hablar. Comprende que resultaría inútil toda explicación. ¿Hasta el fin de sus días? No es eso precisamente lo que está pensando en esos instantes. De acuerdo con los planes que tiene, se conforma con que ese casi millón le dure unos años... Unos pocos años, pero bien vividos...

El escribano no lo sabe. Pero tal vez alcanzaría a comprenderlo todo si ahora, cuando Florencio se despide, se animara a seguirlo sigilosamente a través de las calles ciudadanas.

Entonces vería cómo el joven Parravicini se dirige a una cercana agencia de vapores para entrar en misteriosos conciliábulos con los empleados. Que luego entra en juego su ahora hinchada cartera. Y que por fin sale a la calle, radiante el rostro y triunfador el porte. En el pasaje que acaba de comprar hay una palabra que proporciona la clave del misterio. Una sola palabra, pero sobradamente expresiva:

¡París!

Sí, señor escribano: París.

Ni el maharajá de Kapurtala

A Florencio le falta tiempo para hacer sus valijas. Podría esperar otro barco, que hará la travesía poco después. Pero él tiene prisa por reanudar sus relaciones con la Ciudad Luz. En su viaje anterior, al ser repatriado por el cónsul argentino, se había prometido, antes de abandonar las tierras europeas, volver a los bulevares apenas se presentara la primera ocasión propicia. Ahora, el flamante mayor de edad cumplía aquella resolución. Y casi sin despedirse de parientes y amigos, vuelve a embarcarse rumbo a la aventura.

Ya lo separa de su país una ancha franja de mar. Atrás han quedado afectos, amistades, recuerdos. Y, sobre todo, los pilares de su fortuna, que le permitirán remontarse sin preocupaciones por la costosa existencia parisiense. Él se va, pero, mientras tanto, sus inquilinos seguirán pagando los alquileres, los bancos seguirán abonando los intereses, sus ovejas continuarán reproduciéndose. Sus bienes se multiplican con facilidad en aquellos años pródigos. Pero Parra ha de gastarlos con tanta rapidez que casas, ganados y estancias irán diluyéndose, evaporándose, convertidos en leve humo al contacto de la prodigiosa y alocada vida nocturna de París. Humo y nada más.

El balance que luego habría de hacer Parra de esos años afebrados iba a ser regocijante:

En París establecí mi cuartel general. Es una ciudad maravillosa París. En aquella época era un paraíso. Yo era tanto como el maharajá de Kapurtala. Mi fama se había extendido desde el Sena hasta Saint Lazare y desde el Barrio Latino hasta el parque Monceau.

París y Montecarlo tonificaron mi espíritu, haciéndome sereno, alegre, fuerte. Y debilitaron mi bolsa, que, repleta antes de doblones, fue, al cabo, un mal trapo arrugado, indigno de sacudir el polvo de mis botas aristocráticas.

Como Colón a América, yo descubrí a París y Montecarlo, y como los conquistadores, dejé el pellejo en la conquista...

Pero estoy contento: París no podrá olvidarse jamás de mí. No abundan los derrochadores de alma.

¿Quién es el que manda?

Parra vivía en pleno vértigo y nadie podía detenerlo. Nadie, ni su más íntimo amigo. Ni siquiera su *valet*. A propósito, conviene decir que Florencio sabía ganarse la buena voluntad de sus ayudas de cámara. Los que tuvo en las distintas etapas de su vida le fueron muy adictos, y por lo general se mantuvieron junto a él durante muchos años. Algunos se permitían cuidarlo y aconsejarlo, como este que ahora lo sigue en sus andanzas parisienses y que a menudo le advierte:

—Señor, tiene que cuidar su dinero. Se va como agua...

O sino:

—¿Sabe cuánto hemos gastado este mes? ¡Es una barbaridad!

A este paso...

Y aún atreviéndose a criticar a los amigos de su patrón:

—Esa banda de parásitos que lo rodea quiere aprovecharse de usted. Vienen porque tiene plata, y nada más.

Parravicini lo deja rezongar. Pero un día se cansa de escuchar las cada vez más insistentes letanías de su *valet*. Y lo detiene en seco con una pregunta:

—Pero, decime: ¿quién es el dueño de la plata? ¿Vos o yo?

El quejoso ayuda de cámara no se inmuta, y lanza rápidamente una respuesta digna de un personaje de Molière:

—Si no se modera el señor, pronto seremos iguales...

Y acertó, naturalmente. Pero mucho antes de lo que uno y otro imaginaban.

Un golpe de timón del azar

No hace cinco años que Parra ha reiniciado su conquista de París, cuando comprueba que se halla al borde del *crack* definitivo. Como no ve a su alrededor ningún tablón salvador al cual asirse, se pone en el bolsillo sus últimos francos y unas cuantas monedas extranjeras que le quedan y parte —una vez más— rumbo a Mónaco. Allí, junto a la ruleta, ha de batirse de nuevo con la suerte. Y allí se decidirá si va a convertirse de nuevo en despreocupado millonario o en preocupado pobretón...

Los primeros días son favorables. Jugando prudentemente logra aumentar su tan menguado capital. Parece que, mediante una conducta hábil y mesurada, podrá levantarse de entre sus propias cenizas y reanudar su plácida existencia habitual. Sin embargo, el azar da un violento golpe al timón, y una mala noche barre con todas sus ganancias. Se revisa entonces los bolsillos. ¿Es posible que no le quede absolutamente nada? Una superficie dura roza su mano. Los dedos recorren la forma conocida y la sacan a la luz. ¡Una esterlina!

El último de una larga familia

Las circunstancias dramáticas que rodean la aparición y desaparición de esta moneda dieron a esta un carácter de símbolo a los ojos de Parravicini. De las millares que dilapidó antes no se iba a acordar jamás. Ni tenía en cuenta siquiera en qué la había gastado. Pero esta...

... La última libra, el último vellón de mis ochenta mil ovejitas estaba en la palma de mi mano. Más brillante que nunca la áurea moneda, más hermosa, más provocativa que nunca. Entonces sí que supe lo que valía y pesaba una libra. ¡Si aquella moneda pudiera hablar! Yo le decía cosas, la llamaba, la acariciaba, la imploraba... Tan rubia, tan solita en el desierto de mi palma abierta. Si se me admitiese decir que aquella moneda tenía alma, diría también que el alma de la moneda transmigró apenas la raqueta la arrancó de mi lado. Ahora es una moneda muerta. Su alma está en mí, animada en este recuerdo...

Interrumpiéndole, alguien le pregunta:

—¿La jugó?

—Sí. La jugué. Pero antes le di un beso. Era el último vástago de una familia desaparecida en la vorágine de la ruleta y del cabaret.

—¿Y...?

—La perdí. ¿Qué querían que pasara? La perdí como a tantos otros miles de monedas iguales. ¿Por qué había de ser diferente su suerte? La última esterlina de aquella fortuna heredada de mi padre, don Reinaldo Parravicini, había sido arrojada sobre el verde tapete de Montecarlo. La angustia de aquel histórico momento solamente hubiera podido compararse a la de un chofer que, acometido de repente por una extraña parálisis y en lo más vertiginoso de su carrera, mirara con los ojos bien abiertos la inmensidad de un río a la distancia, sin serle posible detener

el automóvil y teniendo la profunda certeza de que iba a rodar en el abismo...

Así ocurrió, en efecto. La última esterlina rodó al precipicio del tapete verde, confundándose con otras que iban, como estrellas en aquel cielo trágico, a aumentar la obsesionante constelación de la fortuna.

—Me crucé de brazos, dando un adiós amargo, pero tranquilo, a mi vida de príncipe juvenil y millonario...

Vendiendo alegría

Si hay algo que sirva de atenuante al que dilapida su dinero, es el hacerlo con elegancia, sin lamentarlo después. Parra posee ese secreto, y le gusta el *fair play*. Es buen perdedor. Por eso reacciona serenamente ante el contraste, y jamás habrá de condolerse por la fortuna perdida.

—He tirado mucho dinero en aquella temporada de París. Cerca de un millón de pesos... Pero es lo menos que puede hacer una persona de buen gusto que tenga esa suma y el humor que siempre me sobró. Hoy podría ser yo archimillonario.

—¿Lo lamenta? — le preguntan alguna vez.

—¿Yo? ¡Si soy multimillonario de optimismo y de salud! Puedo vender y regalar alegría. Soy el potentado de la risa. Cada sonrisa mía equivale a una emisión de mil pesos. A muchos multimillonarios yanquis hay que darles inyecciones para que puedan sonreír...

Parra no necesita, pues, que le den ninguna clase de excitantes naturales o artificiales para provocar su sonrisa. Pero, en cambio, precisa urgentemente algún dinero. Y, en primer lugar, abandonar la nefasta Montecarlo y volver a París. Por lo menos, esta situación puede ser resuelta rápidamente. Uno conocidos, que ignoran la desastrosa quiebra del rumboso argentino, regresan en auto a la capital francesa y se ofrecen a llevarlo. Él se apresura

a aceptar. Su aspecto honorable despista a cualquiera que no se halle —como su ayuda de cámara— al tanto del desastroso estado de sus finanzas. Viéndolo vestir sus trajes confeccionados por los más afamados sastres de París, es difícil sospechar que en sus bolsillos no hay ni un franco. Todavía ha de conservar durante un tiempo esa irreprochable presencia de *gentleman*.

¿Quién se la prestó?

Este hábito de vestir bien, siempre que su situación se lo permitiera, era inveterado en Parravicini. El hecho de que muchos no lo supiesen y de que los actores nacionales vistieran generalmente con bastante descuido, allá a principios del siglo que corre, hacía que muchos experimentarían una lógica sorpresa cuando aparecía Parra enfundado en cualquier pieza de su nutrido guardarropas. Así se produjo un cómico lance con un diplomático argentino, en ocasión de uno de sus viajes a España.

Fue en 1913, cuando Parravicini y García Velloso presentaron ante el público hispano, con el resonante éxito a que habremos de referirnos oportunamente, la obra del último, *Fruta picada*. Era entonces embajador de nuestro país en España el doctor Wilde. Días antes de la función, este decidió dar una recepción en honor de los miembros de la Real Academia de la Lengua, y consideró oportuno invitar asimismo a sus compatriotas, advirtiéndoles:

—Vengan ustedes temprano, y a medida que entren los invitados los irán conociendo. Eso facilitará las presentaciones.

“Parravicini y Velloso”, refiere el periodista español Luis Morote,

no se hicieron de rogar, y como la fiesta estaba señalada para las cinco de la tarde, a las cuatro y media ya estaban en el palacio de la calle Zurbano. Parravicini se puso la mejor de sus levitas, de correctísimo corte inglés, y un chaleco blanco

que, con su nítida blancura, hacía resaltar el severo color negro del traje. Diríase que era Chamberlain en una recepción del *Foreign Office*.

El doctor Wilde, que tiene respecto de los cómicos prevenciones casi de la Edad Media, se quedó asombrado, y, como todo lo que piensa lo dice, lo interpeló de esta manera:

—¿Y quién le ha prestado esa levita?

Fue preciso convencerlo de que, a pesar de su condición de actor, era tan habitual en Parra el vestir bien, que casi podría decirse que había nacido con levita...

¡Estos cocheros!

Pero el caso es que, por segunda vez en su vida, se encuentra en París sin un cobre. Mientras la casualidad o la suerte no se aprestan a venir en su ayuda, tiene que recurrir a su habilidad. Para ingresar en su nueva condición de lo que luego habría de llamarse “anclado en París”, comienza por despedirse, tras emocionantes abrazos, de su adicto *valet*, el que no cesa de repetir:

—¡Ah, señor, ya se lo decía yo!

Acto seguido se pone a buscar una pensión donde no sean tan exigentes en cuanto a la fecha de pago. La encuentra por fin, y entonces suspira satisfecho. Por un tiempo no tendrá que preocuparse en lo que se refiera a comida y techo. En cuanto a sus otros gastos, tiene que hacerles frente liquidando poco a poco su guardarropa. Hoy una galera; mañana, la *suite* de jinete; pasado, un frac. Pero hay días en que ni aún así puede reunir lo necesario. Y entonces es el ingenio, siempre pronto, el que salva la situación. Así sucede esa noche de crudísimo invierno, que lo encuentra muy lejos del barrio donde vive. Está lloviendo torrencialmente. Imposible volver a pie. Entonces se decide a tomar un coche. Ya están llegando a las cercanías de su pensión, cuando hace parar al conductor. Baja, y nerviosamente le dirige la palabra:

—¿No tiene un fósforo?

—¿Para qué?

—Se me ha caído una esterlina en el piso del coche y no puedo encontrarla...

Oír esto el cochero y arrear rápidamente a los caballos, es todo uno. En unos instantes el coche se pierde entre la lluvia y la noche, dejando a Parra abandonado al filo de la vereda. Y este, restregándose las manos, regocijado por su treta, comenta en voz alta:

—¿Pero qué ladrones son estos cocheros, mi Dios!

Iba a despertarlo

El caso es que al cabo de un tiempo comprende que su estada en la pensión no puede prolongarse más. Su deuda ha alcanzado cifras alarmantes. Convencido de que debe hacer una retirada estratégica, confecciona los planes de rigor y prepara sigilosamente su valija. A medianoche, hora propicia para brujas, enamorados y deudores, se pone en marcha con la mayor cautela para no despertar al propietario. Efectivamente, logra atravesar la sala sin llamar la atención, y ya se desliza por la escalera al *hall*, cuando se tropieza de manos a boca con una persona conocida: la misma de la cual iba huyendo. Es que Parra no tiene tanta experiencia en evadir acreedores, como el otro en atajar a esa rara especie de pensionistas que trasnochan con valija y todo...

—¿Adónde va, señor Parravicini?

Al borde de la derrota, este no pierde su presencia de ánimo. Compone el rostro, y explica:

—Precisamente iba a despertarlo, señor. Tengo que salir inmediatamente para Barcelona, adonde me ha llegado desde la Argentina un dinero que me envía mi familia. Si usted desea, le firmaré un pagaré hasta mi regreso...

A lo mejor, el tono convincente y seguro con que Florencio habla es lo que, contra todo lo que podía esperarse, convence al hotelero. O bien ocurre que, antes de perder todo, prefiera confiarse en esa promesa. El caso es que trae el documento, tinta y también una pluma que Parra empuña parsimoniosamente. Y al pie de la hoja donde queda estampada la cifra que consagra su deuda, dibuja su nombre y el apellido que luego habría de hacer famoso.

Así sale a la calle, libre. En lugar de una huida sigilosa, ha hecho un mutis solemne, con la cabeza alta, y despedido con cordialidad. Claro que ha prometido pagar la abultada cuenta en el término de pocos días, pero ¿quién piensa en eso? Él no, seguramente. Pronto a volver a Buenos Aires, como repatriado, está seguro de que no tendrá que encontrarse en la vida con el hotelero francés.

Pero el diablo, que andaba suelto el día en que nació Parra, sabe siempre enredar las cosas con magia singular. Y es así como Florencio, ya convertido en actor, descubre un buen día que está frente a su hombre. Seguro de que ha venido siguiéndolo y que quiere vengarse por el engaño, solo atina a exclamar desfavorido:

—¡El francés...!

El tirador Parravicini hiere a su *partenaire*

¿CRUZANDO EL OCÉANO POR UN PAGARÉ? ♦ SIEMPRE
PARÍS ♦ DEL PALCO AL ESCENARIO ♦ EL VECINDARIO
DE SAN MARTÍN SE ALARMA ♦ ESE MISTERIOSO “FLO”
♦ EL INCORREGIBLE CENSOR SALE DISPARANDO
♦ “LO DEJÓ MUERTO DE UN TIRO”.

La cosa sucede en el Teatro Argentino, una noche, en plena función. Es cierto que Parra está acostumbrado a la celosa admiración de su público. No son pocos los que no aciertan a quitarle la mirada de encima durante todo el espectáculo. Además, suelen presentarse algunas personas que lo han conocido en cualquier otro momento de su accidentada vida, y que al hallarlo ahora sobre el escenario lo observan con una atención especial. Está habituado, pues, a las miradas escrutadoras y a los ojos inquisidores. Pero ocurre que ese señor de la segunda fila, ornado de una clásica perilla, está excediendo los límites de lo soportable. No le ha quitado el ojo durante todo ese primer acto. ¿Qué es lo que pretende? Lo peor es que Parra recuerda haberlo conocido alguna vez, pero no sabe dónde, ni cómo. Durante el descanso, vienen a avisarle:

—Un señor francés desea verle...

¡Francés! Instintivamente, recuerda Florencio de quién se trata. Es el hotelero, el famoso hotelero de París, a quien firmó un pagaré que nunca pensó en pagar, por algunos millares de francos, importe de su pensión de varios meses. ¿Cómo es que ha venido hasta aquí? ¿Es que el hombre, burlado en su buena fe, ha hecho promesa de dar con él a toda costa y ha cruzado el Atlántico en su busca, hasta hallarlo después de varios años? Por si acaso, Parravicini recomienda:

—No me lo dejen entrar. ¡Debe tener intenciones asesinas ese individuo!

El mismo juego se repite durante el segundo acto. En el nuevo intervalo, se produce otro pedido de audiencia, que Parra vuelve a negar. Pero apenas finaliza la obra, entre aplausos y risas, alguien se introduce sin llamar en el camarín del bufo. ¡El francés!

—¿Qué es lo que quiere? —pregunta Parra, mientras observa las manos de su interlocutor, pronto a reaccionar apenas el otro haga ademán de sacar armas.

—¡Felicitarlo! —le grita— Quería darle un abrazo. Es decir, al principio quería aprovechar la oportunidad para cobrarle ese maldito pagaré, pero me he reído tanto, y con tantas ganas, que le perdono la deuda.

Y en el mismo instante extrae de su bolsillo el pagaré, que hace trizas ante el estupefacto y todavía incrédulo Parravicini...

Hasta luego, París...

Habíamos quedado en que Florencio abandona París para embarcarse rumbo a Buenos Aires, repatriado por el gobierno argentino, esta vez a su pedido. Hace cinco años que llegó, dueño de una fortuna de casi un millón. Ahora regresa sin un centavo. Pero no por eso deja la capital francesa ahíto o desengañado. Al contrario, piensa volver apenas pueda reunir por algún medio otra suma respetable. Al alejarse, deja errar sobre la ciudad una mirada nostálgica, y promete:

—Hasta luego, París.

Su vida está sufriendo uno de los tantos altibajos bruscos que durante mucho tiempo iban a serle característicos. El período de las vacas gordas acaba de pasar, y se aproxima una época que ya se anuncia muy oscura. Su pasivo es muy abultado: tiene más de veintisiete años, no le queda ni un peso, y no cuenta con oficio alguno, ni con medios de vida, ni “palenque ande

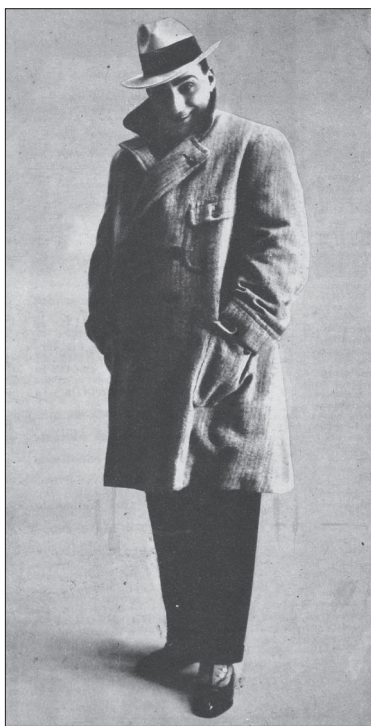
ir a rascarse". Puede realizar, claro está, cualquier tarea. Pero la verdad es que no le gusta ninguna. Su situación es, pues, desesperante. Sin embargo, Florencio está tan acostumbrado a hacer pie aun en las peores circunstancias, que no se asusta ante el fantasma de la miseria que quiere echársele encima.

—Yo pensé: a esta edad, un hombre puede comenzar de nuevo a vivir.

Ya hemos hablado de esta notable capacidad de adaptación que solía revelar Parravicini. Buen vividor, gustando frecuentar los aspectos placenteros de la existencia, no se desalentaba, sin embargo, ante los tragos amargos que a veces le correspondía apurar. Por eso ahora está resuelto a comenzar de nuevo, como iba a hacerlo muchas veces. Ya que hay que arremangarse para afrontar la desesperada lucha por la vida, él ya se está doblando los puños de la camisa. ¡A pelear se ha dicho, señores!

Otra vez el rifle

La familia Parravicini ha mantenido tradicionalmente un palco en el Casino. Mientras está en Buenos Aires, Florencio suele frecuentarlo en compañía de otros jóvenes de la despreocupada élite porteña. El empresario Carlos Seguin lo conoce



Durante su actuación como "tirador", Florencio tuvo la desgracia de herir a su valeroso ayudante Harris, mientras hacía una demostración de su puntería.

mucho, y por eso no se extraña cuando una noche lo ve entrar en su despacho.

—¿Qué tal, Florencio? ¿Alguna actriz lo tiene preocupado?

—No, che. Es por algo más serio. Necesito que me dé trabajo.

—¿Trabajo? ¿A usted? Pero, ¿me está tomando el pelo...?

—No, Seguin. Estoy tronado, con los bolsillos vacíos... ¿No podría conseguirme algo en su empresa?

—Y si es así, vamos a ver... ¿Qué puede hacer usted?

—Mire, yo sabía tirar muy bien, con el rifle o con cualquier otra arma. Podríamos armar un número de atracción, combinándolo bien...

—Tendría que verlo trabajar. El sábado a las tres lo espero.

—*Parfaitement.*

Parra aprovecha los días que lo separan del sábado para entrenarse concienzudamente y examinar si en el tiempo transcurrido sus habilidades han sufrido alguna merma. Con satisfacción comprueba que su puntería sigue siendo maravillosa. Para practicar se traslada hasta la casa de su madre, en San Martín. Encaramado en la azotea, tirotea cuanto objeto atrae su vista. Cristales, pararrayos, chimeneas, campanas, sufren sus certeros disparos. No se salva ni el gallo de zinc de una torre cercana. Un día, los muchachos que juegan al fútbol en la calle envían la pelota a gran altura. Florencio apunta rápidamente y la atraviesa de un balazo. Los vecinos se asustan y comienzan a agitarse contra el hábil francotirador. Entonces, este les abandona el campo. Total, ya ha conseguido lo que quería. Ahora está seguro de que la prueba del sábado será exitosa.

Donde aparece “Flo”

Y así ocurre. El entusiasmo de Seguin despierta inmediatamente al comprender que Parra puede constituir un éxito clamoroso.

—Bueno. Lo contrato ahora mismo. ¿Cuánto quiere?

—Haga una oferta, mejor.

—Cien pesos diarios. ¿Le conviene?

—Aceptado.

Y sin transición alguna, el flamante tirador propone:

—Deme un adelanto, ¿quiere? No tengo ni para cigarrillos...

Así es como hace su aparición por primera vez ante el público de Buenos Aires don Florencio Parravicini. El programa en que se anuncia su número incluye también la actuación del *enano excéntrico Ulpis*, el debut de *La Criolla en la danse du ventre*, y de las *Sisters Mac Lord, cantantes y bailarinas inglesas*. Pero la atracción central es Florencio, anunciado como “tirador sobre blanco humano”.

Pero aquí un detalle que llama la atención. En la cartelera no figura sino un trozo de nombre de pila, convertido así en eficaz seudónimo: *Flo*. Este disfraz no ha de mantenerse mucho tiempo. Poco después, nombre y apellido aparecerán completos, sin velo alguno. ¿A qué se debe entonces el misterio que rodea la primera aparición en público de Parra? Para saberlo, retrocedamos unos días.

La familia se opone

Se trata de una solemne visita de sus hermanos hacen a Florencio. A decir verdad, las relaciones fraternales son algo tensas por entonces. Parra se queja de que ellos, disfrutando de una holgadísima situación económica, no se hayan ofrecido para tenderle una mano. A su vez, los mayores consideran inútil ayudar al benjamín de la familia, nacido, evidentemente, para despilfarrar cuanta moneda caiga en sus manos. Alegan, además, que todos los ensayos hechos para enderezarlo no dieron resultado alguno. Pero esa frialdad ya existente está lejos de desvanecerse con esta entrevista. Los Parravicini vienen a cerciorarse por sí mismos de lo que al principio se han negado a creer:

TEATRO ARGENTINO

DÓMINGO 19 DE JULIO 1903
GRAN FUNCION DE GALA
 ofrecida por el periodista Carlos Reiter al público de La Plata

con el precioso concurso de

Prof. LANCIA DI BROLO
admirable esgrimista del Club de Gimnasia y Esgrima
 Profesor Cap.

AGESILAO GRECO


Prof. José Lucchetti
 Prof. Eduardo Geusous
del club de gimnasia y esgrima

Sra. ELISA GRAMMONT
Mujer-teatr

Mme. M. de Pola
eximia pianista

Por primera vez los renombrados
tiradores

FLO AND HARRIS



C. REITER

PROGRAMA

- 1º—Oratoria por la orquesta.
- 2º—Cuadro La mujer latina comparada con la mujer anglo-sajona (todo maral por el Sr. Carlos Reiter), por **MM.**
- 3º—Cuadros Escuderos y Caris d'Amore—Sra. Elisa Grammont (mujer-teatr).
- 4º—La Asida de los horros—Montaje dramático por el Sr. Carlos Reiter.
- 5º—Intervención por la orquesta.
- 6º—Ejercicios atléticos por el Sr. Carlos Reiter.
- 7º—Ejercicios sobre el caballo por Sr. Sen. Rodio del Club de Gimnasia y Esgrima.

SEGUNDA PARTE

- 1º—Oratoria por la orquesta.
- 2º—Drama alfrances de los renombrados tiradores **FLO AND HARRIS**
- 3º—**TOSCA Y ROMEO** por la Sra. Elisa Grammont.

ASALTO DE FLORETE
por el profesor
EDUARDO GEUSOUS
del club de gimnasia y esgrima
 y el Señor **CARLOS REITER**

GRAN ASALTO DE ESPADA
entre dos esgrimistas
LANCIA DI BROLO
el renombrado campeón del club de Gimnasia y Esgrima
Prof. JOSE LUCCHETTI

Certo intermedio para la preparación de la
LUCHA

2º Dos grandes desafíos de lucha greco-romana
PELADA contra **ESPOSITO**
(Fuerza aguda)

C. REITER contra **EL FUERTE DE LA PLATA**
(Campeón mundial)

Acompañará al piano la eximia pianista **Sra. M. DE POLA**
A LAS 8.30 P. M.

PRECIOS

Piases con entrada \$ 1.00	Piases de balon \$ 5.00
Asiento 1º id..... \$ 1.00	id 2º id..... \$ 3.00
Tercera id id..... \$ 1.50	id cuarta id id..... \$ 2.50
2º y 3º de mesa con entrada..... \$ 0.50	Botella de piados \$ 0.50
Casa de \$ 0.50	Farmacia \$ 0.50
Piase bajo ala estada \$ 0.50	

Un programa de la función ofrecida en el teatro Argentino, en la cual intervenía Parravicini como tirador, bajo el seudónimo de "Flo".

—¿Es cierto que estás dispuesto a exhibirte como un payaso para divertir a la gente?

—Para divertirla, sí, pero no como payaso. Haré unos números de tiro, nomás.

—¿Y te parece correcto eso? ¿Crees prudente arrastrar el nombre de la familia por esos lugares? ¡Es indigno!

—Ustedes están ofuscados. Yo no arrastraré nada. Lo único que quiero es ganarme el pan honradamente. Por eso voy a trabajar.

—¡Trabajar! ¿A eso le llamas trabajar?

—¡Claro! Mi trabajo es este, porque conozco el oficio. Pero si ustedes insisten, les haré una proposición. La empresa me va a pagar cien pesos diarios. Si ustedes se comprometen a pasarme la misma suma, inmediatamente rompo mi compromiso. ¿Qué les parece?

Los otros Parravicini entienden que esa oferta es una burla. Se retiran enseguida del flamante camarín de Parra, contristados por el mal paso que entienden va a dar su hermano menor. Por su parte, Florencio, aunque resuelto a seguir en sus proyectos, queda algo preocupado por la oposición familiar. Y así es como en los carteles aparece, en lugar de su apellido, ese sugestivo y enigmático “Flo”.

No han de pasar unas semanas, sin embargo, sin que el tal “Flo” desaparezca sin dejar rastros, hasta el punto de que ningún cronista iba a conseguir ubicarlo luego en la vida de Florencio. En lo sucesivo, su verdadero nombre campeará por sus respetos en los programas, sin limitación ni corte alguno. Y cuando su apellido sufra, tiempo después, una amputación, serán el público y su popularidad quienes la impongan. Y así, Parra llegará a ser más conocido y popular aún que Parravicini.

¡Trampa! ¡Trampa!

Como había calculado Seguin, el “tirador sobre blanco humano” obtiene una calurosa acogida del público. Entre los espectadores

figuran muchos de los amigos y conocidos de Parra, compinches de sus andanzas hasta ayer nomás. También ellos vuelven ahora de su asombro, ante la nueva locura de Florencio. Pero la aplauden. El éxito clamoroso compensa otras decepciones. El dinero afluye fácilmente. Como el empresario tiene teatros similares en Montevideo y Río de Janeiro, Parra no tarda en viajar de un lado a otro. En la capital uruguaya los aplausos no son menos que los recibidos en Buenos Aires. El futuro actor se siente satisfecho. El trabajo es fácil y agradable; se gana bien. Solo hay que soportar pequeños inconvenientes. Por ejemplo, el que presentan los graciosos...

Quienes tienen a su cargo números efectistas, como el de Parra —los prestidigitadores e ilusionistas de toda laya por ejemplo—, conocen muy bien ese espécimen de espectador que se jacta de conocer todas las tretas y que cree descubrir tras cada prueba, por verídica que sea, un engaño. Cierta noche, mientras actúa en el Casino de Montevideo, uno de esos graciosos amenaza echarle a perder el espectáculo. Cuando el tirador voltea con un certero balazo un huevo colocado al otro lado del escenario, la voz del implacable crítico se hace oír:

—¡Es trampa! ¡Al huevo lo hacen caer al mismo tiempo que él dispara! ¡A mí no me engañan!

Lo peor es que el público comienza a corear sus gritos. Así es como la insistencia del incrédulo termina por molestar a Florencio. Para terminar la cuestión, lo invita a subir al escenario, a fin de comprobar por sí mismo la inexistencia del truco. Pero el hombre se niega a presentarse. Difícil le resulta, sin embargo, retroceder. La gente, que hasta entonces lo apoyaba, ahora se burla de él presionándolo:

—¡Que suba! ¡Que suba!

Al fin se decide. Cuando lo tiene frente a sí, Florencio nota que el espectador, tan desenvuelto cuando estaba en la platea, se siente ahora turbado e indeciso. Para rematarlo, toma un huevo y lo coloca en la mano de su crítico:

—¡A ver! —le grita— Tómelo entre el pulgar y el índice. ¡Así! Ahora, levante el brazo. ¡Bien, quédese quieto!

Para Florencio, el lance es peligroso, ciertamente. Su reputación está en juego. Si el otro hace un falso movimiento, puede producirse un accidente lamentable. Pero es preciso que le dé una lección, porque de lo contrario los concurrentes se habituarán a tomarlo “para el titeo”. Toma su revólver y lo carga.

En la sala reina un silencio mortal.

Pero no se mantiene mucho tiempo. Mil carcajadas sonoras lo quiebran a la vez. En el mismo instante en que Parra apoya el arma en su antebrazo, fijando la puntería, el otro ha pegado un alarido y soltando el huevo emprende despavorida carrera que lo lleva del escenario a la sala y de la sala a la calle. Todo se ha producido en un instante. Y cuando Florencio vuelve de su sorpresa, es para recibir la ovación con que el público lo premia por haber salido vencedor de este singular duelo con el espectador descontento...

“Su porvenir probable...”

Pero esos malos ratos son escasos. Habitualmente, su actuación se desliza en forma apacible y es bien recibida por el público. Así es como puede divertirse alegremente, libre de preocupaciones.

Hasta que una tarde del mes de agosto de 1903 —cuando está a punto de cumplir los veintisiete años— recibe impensadamente uno de los mayores disgustos de su vida.

El responsable indirecto es el cartero.

Parra acaba de levantarse, después de un largo sueño, cuando le alcanzan la correspondencia.

La va leyendo distraídamente, hasta que tropieza con una tarjeta postal que llama poderosamente su atención. Con letra vacilante, alguien ha escrito de un lado, textualmente:

Sr. Florencio Parravicini
Artista tirador.

En la otra cara, el grabado muestra una mísera casucha hecha de latas y arpillera. La leyenda, que una letra nerviosa ha completado, dice así:

Su habitación en la quema de la basura.
Porvenir probable.

Este fatídico y venenoso anuncio impresiona hondamente a Parra. ¿Quiénes pueden ser los autores de mensaje tan innoble? ¿Es posible que él haya despertado una antipatía tan furibunda que llegue a provocar de cualquier persona semejante alusión? Preocupado, revisa mentalmente la lista de los que considera amigos y de los que puede sospechar como enemigos. La búsqueda no da, sin embargo, ningún resultado fructuoso. Lo evidente es que quien ha enviado esas líneas denigrantes anhela verlo fracasar. Al llegar a esa certidumbre, se produce una interesante reacción en Parra.

—¿Con que eso quieren, eh? ¡Ya les demostraré yo que no me va a ocurrir nada parecido! Los que quieran encontrarme hundido me verán triunfar, aunque les pese...

Sobre esa tarjeta infausta se toma a sí mismo una especie de juramento del que jamás ha de apartarse. Se promete trabajar y empeñarse decididamente para imponerse y vencer, cualquiera sea la actividad que desarrolle. Como incentivo, ha de apoyarse en esa misma postal, en esa foto, en esas líneas ofensivas con que han querido fulminarlo. Por eso nunca se separó de ese trozo arrugado y manoseado de cartón. Lo llevaba siempre consigo, y en su casa lo ubicaba siempre dentro de un marco especial, colgándolo a la vista de todo el mundo. Pero lo tenía así sobre todo para darse ánimo, inspiración y confianza a sí mismo. Solo le bastaba mirarlo para sentirse impulsado por nuevas energías. Hasta sus últimos momentos tuvo junto a sí la malhadada postal, recuerdo de una profecía fallida, de una maldición que nunca pudo cumplirse.

Ese “porvenir probable” no era, evidentemente, para él...

Una noche desgraciada

De otra clase, desgraciadamente más concreta, es el disgusto que lo espera a la vuelta de pocos días. Ahora se trata de una cuestión grave y que afecta, no solo su carrera como profesional, sino su misma libertad. Es un desgraciado accidente que se produce durante la realización de su número, y del cual él aparece como responsable directo.

Las versiones circulantes años después con respecto a este suceso fueron invariablemente confusas y contradictorias. Parecía difícil averiguar qué era lo que había pasado en realidad durante aquella lamentable noche de agosto de 1903. Las más estrafalarias descripciones del accidente se mencionaron en distintas oportunidades. Pero, ¿cómo puede extrañar que semejante cosa ocurriera años después, si ya al día siguiente del suceso un diario porteño daba del mismo una noticia fantástica, enviada por su corresponsal en Montevideo? Vale la pena transcribirla:

MONTEVIDEO. — Esta noche, al terminar la función del Casino, el tirador argentino Parravicini, que trabaja en ese teatro, tuvo una disputa con un individuo, cuya identidad no ha sido aún establecida, y pasando de las palabras a las vías del hecho, lo dejó muerto de un tiro.

Aquí es preciso rectificar algunos datos. La víctima no quedó muerta, sino herida; y no se trataba de un desconocido, sino de Harris, el *partenaire* de Parra; y no fue al terminar la función, sino durante el número de ambos. Por lo demás, el telegrama era exacto...

Parravicini, lamentando su mala suerte, se preocupa por conocer el estado de su colaborador, el arriesgado Harris. En principio, la herida parece grave. Absorto en sus cavilaciones, no nota que se le acerca un oficial de policía para notificarle una orden:

—Queda usted detenido...

Apagando fósforos a balazos

¿LORENZO O FLORENCIO? ♦ LA ARRIESGADA PRUEBA
♦ DENTRO DE OCHO DÍAS, EN PIE ♦ AMBIENTE
TEMPESTUOSO CONTRA PARRA ♦ EL AVISO SALVADOR
♦ UNA RARA FOTO ♦ *LE TIREUR BRÉSILIEN*

“**Q**ueda usted detenido...”. Podría preguntar la causa, pero no vale la pena. Parra ya sabe que, aunque solo sea por fórmula, corresponde su detención como autor de la herida de Harris, su ayudante en las exhibiciones de tiro que realiza. Sin embargo, no es cosa de quedarse tranquilo. Si el desdichado accidente llega a tener una derivación lamentable para su *partenaire*, él ha de verse metido, seguramente, en una engorrosa situación.

En las horas siguientes, tiene tiempo para repasar lo ocurrido. ¿Es posible que se haya descuidado él, un tirador tan certero, que acostumbra cuidar minuciosamente cada detalle de su número a fin de hacer imposible el más pequeño error?

De una cosa está completamente seguro: de que él no es el culpable.

¿Qué ha pasado, entonces?

La prueba de Parra

Lo que en estos momentos está cavilando Parra es lo que dirán en esos días los periódicos locales, que con una insistencia llamativa coinciden en el error de llamar a nuestro compatriota “Lorenzo Parravicini”.

La prueba que realiza con su ayudante es, ciertamente, arriesgada y sensacional. Jones Harris se presta a ella de puro valiente

que es. En este sentido existen constancias interesantes. Su principal profesión es la de artista gimnasta, y suele realizar pruebas tan difíciles que hace muy poco tiempo se ha quebrado dos costillas y el brazo derecho. Apenas repuesto, ha vuelto a las tablas. Así se ha encontrado con Parra, conviniendo con él su participación en el número de tiro.

El inglés se coloca en el escenario, llevando en la cabeza una caja de fósforos o un huevo. En el pecho se sujeta una especie

¡AQUÍ ESTÁ!
AÑO X - N.º 973
13 de Septiembre de 1945

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta 76
TARIFA RECIBIDA
Cancel. 64. 3505
Registro de la Propiedad Intelectual
199.571

APAGANDO FOSFOROS A BALAZOS
LEA EN LAS PAGINAS 10, 11, 12 Y 13 UN NUEVO CAPITULO DE LA VIDA DE FLORENCIO PARRAVICINI, ESCRITA POR MARTIN ALVERA

de horquilla de hierro, la que sostiene una esfera de cristal en donde hay un fósforo encendido. Con medidos pasos, y entre el silencio atento de la siempre numerosa concurrencia, Parra se dirige hacia la platea. Desde allí levanta los revólveres que empuña con ambas manos y, a brazo cruzado, tira contra Harris. Infaliblemente una de las balas voltea el objeto colocado en la cabeza, mientras la otra apaga el fósforo. El saludo que hace luego Harris, acreditando su condición de ileso, coincide con el suspiro de alivio que dejan escapar los concurrentes, de vuelta de su contenida emoción de un momento. Es necesaria una puntería excepcional para acertar con tanta exactitud unos blancos tan difíciles. Si la bala enviada por el “notable tirador argentino” —como allá le dicen— se llegara a desviar alguna vez en una fracción de milímetro, el inglés Harris se vería obligado a dejar el oficio... y la vida. Pero Parra no se equivoca nunca. El público, que llena noche a noche la sala de Casino Oriental, siente aliviada su tensión nerviosa por la seguridad de que las cosas terminarán, indefectiblemente, bien. Y es cierto que siempre ocurre así. Hasta esa noche...

El pálpito de Harris

¿Por qué habría tenido Harris ese presentimiento? Diría luego un diario redactado en italiano, refiriéndose al accidente:

Ieri sera l'uomo-bersaglio aveva un triste presentimento di restar ferito e la paura fece si che meutre il tiratore eseguiva il colpo, l'Harris si mosse leggermente in causa d'un sussulto.

Parece que esa misma tarde, el inglés le había dicho a un periodista amigo:

- Esta noche preferiría no trabajar.
- ¿Desganado, che Harris?

—No. Es, como dicen ustedes, “un pálpito”. Me parece que me va a ir mal...

—¡Pero no! De ninguna manera, hombre. Quédate tranquilo. Con Parravicini no te puede pasar nada. Si fuera algún chambón, no digo...

—Ya sé, ya sé... Pero es una ocurrencia, nomás. El mismo aviso tuve poco antes del golpe que me costó las dos costillas...

¿Es que Harris queda impresionado a consecuencia de su corazónada? ¿O se distrae casualmente, nomás? Según parece, el inglés se fija más en el blanco que mantiene sobre su cabeza que en la placa colocada sobre su pecho. Esta —sin él notararlo— queda desviada. Parra tira, con su bonísima puntería habitual y, como siempre, apaga el fósforo. Pero enseguida la bala, después de rebotar en el disco mal situado, se desmenuza hiriendo a Harris en distintos lugares. El rostro queda lastimado, y otros fragmentos se incrustan en el pecho. El médico de la policía, doctor Felippone, que lo atiende enseguida, diagnostica herida de carácter reservado. Y enseguida se produce la detención de Parra.

Es curioso que el público, que se halla atento a cualquier cosa extraña que pueda presentarse en el escenario, apenas se da cuenta de lo sucedido. Algunos espectadores notan algo anormal, y no se les escapa la conmoción que existe telón adentro. Pero la mayor parte de ellos no han visto la mueca de dolor de Harris y suponen que, como siempre, la prueba ha sido exitosa.

Interviene el juez

Y ahora Parra se pasea nerviosamente de un lado a otro, preocupado por la situación de Harris y por la suya. ¿Es que irá a cambiar su buena suerte? ¿Comenzará a soplar el viento del lado contrario?

En cuanto a su racha afortunada, no hay cuidado. Comenzó el día de su nacimiento, y dejará de soplar raramente. Florencio

ha sobornado a la fortuna, y desde las primeras de cambio se ha mostrado muy favorable con él. Y si no, lo dice la solución de este incidente que al principio pareció mostrarse tan turbio.

Harris es llevado a la pensión de Madame Merei, situada en la calle Soriano, entre Arapey y Convención, donde se aloja. Allí lo visita nuevamente el doctor Felippone para hacerle una nueva cura. Esta vez, dictamina: la herida no es de gravedad. Dentro de ocho días podrá volver a las andadas...

El informe médico llega al juez doctor Piñeyro, que entiende en el caso. Este hace comparecer a Parravicini, le toma declaración y accede al instante a ponerlo en libertad bajo fianza. El episodio parece haber terminado bien.

Parece, nomás. Cuando lea los diarios del día siguiente, nuestro tirador pensará de otra manera.

¡Que se ahorque!

Apenas se difunde por la ciudad la noticia del accidente, los comentarios y murmuraciones se suceden, corren, encuentran un inusitado eco en todos los corrillos. Las proyecciones del suceso se amplifican exageradamente y la habilidad de Parra resulta puesta en tela de juicio por los severos críticos que aparecen por doquier. Los periódicos colaboran en estos despiadados ataques contra el *artista tirador Lorenzo*:

- ¿Por qué no se dedicará a cazar pajaritos?
- No deberían permitir que actúe gente inexperta...
- Eso es como jugar con la vida del prójimo. ¡No hay derecho!
- Después de lo que hizo, le convendría suicidarse.
- ¡Pero no! Seguramente erraría el tiro...
- Que se ahorque, entonces...

Parra aguanta estoicamente críticas, pullas y chistes de toda índole. Se dice a sí mismo que todos los triunfadores sufren ciertas crisis de impopularidad. Ahora le ha tocado a

él. Si la gente es bromista y quiere ensañarse basándose en esa desgracia, que lo haga.

Pero, aunque quiera, no puede permanecer impasible. La mala atmósfera se mantiene y puede perjudicar seriamente su actuación. Es cierto que la cuestión de Harris no se arregla fácilmente. Ya se ha convenido con él una adecuada indemnización que lo deja satisfecho. Pero ahora se trata de la carrera de Parra, afectada y herida por los rumores desfigurados que circulan. Hay que tomar alguna medida, ir al encuentro de algunas respuestas.

Decidido a hacerlo, una mañana Parra toma el camino de las redacciones de los principales diarios montevidéanos.

¡Otro que se anime!

No. No piensa desafiar a duelo a los periodistas que lo critican, ni publicar solicitadas o alguna aclaración de esas que contribuyen a enredar más las cosas. Nada de eso. Solo quiere hacer insertar las tres líneas que componen un aviso. El texto dice así:

SE NECESITA AYUDANTE PARA ACOMPAÑAR AL ARTISTA TIRADOR FLORENCIO PARRAVICINI, QUE ACTÚA EN EL CASINO. PRESENTARSE HOY DE 14 A 20 HS.

Parece un poco audaz hacer semejante llamado a tan pocos días del accidente sufrido por Harris. ¿Quién puede animarse a sucederlo? La convocatoria tiene que resultar un fracaso, forzosamente. Los amigos se lo repiten, y Parra ya comienza a creerlo. Ha llegado al teatro antes de las 14, preparándose para atender a los candidatos. Pero ahora se da cuenta de que no va a aparecer nadie.

En ese mismo instante, en el *hall* del teatro se produce un alboroto. Gritos, corridas, ruido de numerosas protestas, pisadas. ¿Qué ocurre?

Salen al *hall*. Allí hay un montón de gente, todos hombres. Se han peleado por entrar primero, y ahora siguen la disputa en el interior. Parra se pregunta por un instante si no habrán venido a lincharlo. Pero no. Se trata, simplemente, de los candidatos a ayudantes del tirador. Estupefacto, este les dirige la palabra:

—Pero yo necesito a uno, nomás.

Un griterío le responde. Entre el tumulto sobresale una frase que doscientas bocas repiten:

—¡A mí! ¡A mí!

—Bueno; los iré examinando a todos, y para que vean mi buena voluntad, tomaré a dos...

Este suceso levanta súbitamente las acciones de Parravicini en el ambiente ciudadano. Sus críticos se llaman a silencio, y los murmuradores también. Si doscientos hombres han ido a ofrecerle para un cargo tan peligroso, quiere decir que le tienen una confianza sin límites.

El triunfo se completa el día de su reaparición, que congrega a un público más numeroso que nunca. Parra exhibe nuevas y complejas habilidades, que suscitan la admiración general y arrancan el aplauso. Las situaciones de peligro no escasean, pero los blancos de Florencio son tan medidos que sus noveles ayudantes no sufren sobresalto alguno. Las ovaciones y el dinero vuelven a caer en abundancia sobre el aristócrata convertido en artista de *variété*...

Mató al chico y se quería suicidar

¿Termina así el sonado episodio Harris?

Permítasenos decir que no. Muchas veces habría de comentarse el *affaire* en los años siguientes. Los relatos estaban destinados a ser mejorados por la fantasía del narrador y por sucesivos añadidos que se le habían ido haciendo. Por ejemplo, es interesante consultar la referencia de Luis Morote. Cuando Parravicini visitó a España en 1913, aquel conocido periodista español recogió

sobre él abundantes datos, con los que compuso una amena nota, mediante la cual quería introducir a nuestro bufo en la simpatía del público peninsular. Un párrafo de esa crónica decía:

Trabajando en Río de Janeiro le ocurrió un gravísimo percance, no obstante su magistral destreza. Hacía de Guillermo Tell, y a tiros partía la manzana que se ponía un muchacho en la cabeza. Una noche, y no por culpa de Parravicini, sino de un descuido del muchacho, que era nuevo en el arriesgado número, mató al chico. Estaba inconsolable; se quería suicidar. Se fue a esconder a la Isla das Cobras, huyendo de la justicia y del dolor por el impensado e involuntario homicidio. Fugitivo y arruinado, empezó para Parravicini una vida imposible de hambre, miserias y sufrimientos...

Como se ve, el suceso original había evolucionado bastante a los doce años de ocurrido. Por cierto, habíase hecho más interesante, más dramático. Esa huida espectacular a la Isla das Cobras, por ejemplo, es un detalle conmovedor. Y los remordimientos de Parra por haber matado al chico dan a su vida un fondo trágico y un nuevo realce a la figura del eterno gracioso. A menudo ocurrió así. Sobre el cañamazo de las auténticas aventuras de Parra, bordábanse toda clase de leyendas, que muchas veces resultaban más pobres que la realidad. El mismo Parra contribuía a esa continua reconstrucción de su vida y, por lo tanto, no podía quejarse mucho...

El *cavalheiro* Parravicini

El éxito obtenido en tierras uruguayas se repite en Brasil. En Río de Janeiro y San Pablo, públicos nutridos concurren a los teatros donde Florencio está *fazendo prodigios com carabina e pistola*. Los comentarios elogiosos hacia su actuación se suceden. Cuando

quiere zarpar para Europa, sus admiradores organizan un festival, en el cual le otorgan una medalla de oro. Una publicación expresa:

No próximo número de Revista da Semana publicaremos a tiro utrate, como justa homenajem a artista que tem sabido distinguir-se pelo mérito...

Efectivamente, cumple lo prometido. La foto es extraña y muestra un Parravicini bastante distinto al que los *habitués* al teatro criollo iban a ver debutar en Buenos Aires dos o tres años después. Tiene un aire desafiante de mosquetero, al que contribuyen especialmente esos bigotes peinados hacia arriba, a lo káiser. La mirada es imperiosa y retadora. En cuanto a las cejas, siguen mostrando guardia allá arriba, como negras nubes dispuestas a describir su mal humo en cualquier momento.

Podría quedarse algún tiempo en Brasil, ya que sigue ganando fama y dinero. Pero lo que le atrae es la capital de Francia. Y hacía allí se embarca con sus armas y unas ganas tremendas de divertirse. O, como podría decir él, de “completar la conquista de París”.

Cambiando nacionalidad

La Ciudad Luz ha conocido antes a este singular aventurero en distintas caracterizaciones. Una vez apareció como fingido comediante, acompañado de un no menos mentiroso “ingeniero”. La segunda, como millonario auténtico. Ahora se presenta como artista de *varietés*. Las tres veces, París le ha tendido los brazos cordialmente. Por eso, cuando se produce su debut en el Olimpia de París, recibe aprobaciones entusiastas. *Le Messenger* asegura que

Mr Parravicini. est un surpressant tîreur qui a droit a tous nos éloges.

Esto no estaría nada mal si los franceses no insistieran en esos errores geográficos que durante mucho tiempo mantuvieron tercamente con respeto a nuestro continente. Porque algunos programas como el del “Eden-Concert d’Asnleres”, del 5 de marzo de 1904, anuncia el sensacional número de Florencio con estas palabras:

Parravicini.

Tireur Bresilien (1re. fois en France).

Otros aseguran que es el conocido tirador brasileño de Buenos Aires. Esto equivale a un pastel internacional, pero tiene un sabor exótico que agrada, seguramente, al paladar de los concurrentes a esos centros de diversión, donde, junto a Parra, exhibense acróbatas, imitadores, fantasistas, monologuistas satíricos, domadores y números típicos como el que anuncian así:

La Frascuelita et son Negre Grégory. Song and Dance Americain.

Es tan difícil ubicar a una “Frascuelita” en el canto y la danza americanos, como a su “negro Grégory”. Pero es indudable que su autenticidad debía ser tan discutible como la nacionalidad brasileña del hijo del coronel Parravicini...

Mientras tanto, Parra hace frecuentes escapadas a los alrededores de París, y aun a los países cercanos, para presentar sus pruebas y conocer otros ambientes.

Un día lo contratan para una corta temporada en Lisboa. Tiene la satisfacción de que lo incluyan en el programa de una función de gala, a la que debe asistir el rey de Portugal. Pero los organizadores del festival están muy lejos de pensar que a ese argentino se le puede ocurrir aprovechar la ocasión y su maravillosa puntería para atentar contra el monarca...

¡Sirve para matar reyes!

EL SUSTO DEL MONARCA ♦ LOS CHISTES SALVADORES
♦ DE LOS SUELDOS FABULOSOS A LA RUINA ♦ PARRA EN
EL CIRCO ♦ UN LEÓN JUBILADO ♦ “LA BARRA” TIENE
UN PLAN ♦ EN NIZA, MATANDO PICHONES ♦ “¡AH, LE
VOLEURI!” ♦ OTRA VEZ LA MISERIA

Velada de honor en el gran Teatro Real de Lisboa. Se celebra la fecha nacional portuguesa. En el programa, al que se ha procurado dar la mayor amenidad y variación posibles, figuran los artistas de *varietés* que en ese momento triunfan en las principales capitales de Europa. París aporta, por supuesto, una cuota alta. Y entre ellos, tiene que figurar, necesariamente, Parravicini.

En efecto, aquí lo tenemos entre bambalinas. Viste su pintoresco uniforme. Porque habíamos olvidado decir que —como todos los artistas de su género que se respetan— gusta impresionar al público con su presentación espectacular. Ha acudido a todos los recursos de su fantasía para confeccionar este traje de colores abigarrados, llamativos, chillones. Las miradas de los espectadores se quedan prendidas en él sin remedio, al aparecer con esa singular vestimenta que le envidiaría cualquier rey-zuelo africano.

—Parravicini: ¡su número!

¿Atentado contra el rey?

El traspunte no se da cuenta de que las cejas del tirador están enarcadas mefistofélicamente. Es una señal sospechosa. Si estuviera por allí cualquiera de sus íntimos, se daría cuenta de que Florencio está preparando alguna de sus malas jugadas. Pero los

que están a su alrededor no conocen las facetas de su originalísimo humor, ni saben leer el lenguaje de sus cejas...

Aparece en el escenario.

Sensación.

Ya le han dicho que el rey de Portugal se encuentra en su palco. Un poco deslumbrado todavía, saluda en esa dirección.

Ahora corresponde que dé comienzo a su número. Como siempre, lo prepara minuciosamente, manteniendo tensa la atención de los espectadores. Luego, con movimientos pausados, carga el arma. Se la echa a la cara y...

Contaba después Parravicini que no se daba cuenta de cómo había podido salir vivo del lance.

Realmente, es difícil comprenderlo. Porque lo que hizo debía haberle atraído de inmediato las peores consecuencias. ¡Un extranjero, atentando contra la vida del rey!

Silbatina y aplausos

Porque, al parecer, eso es lo que intenta Parravicini. Al echarse el fusil a la cara apunta directamente al palco donde está el monarca, a quien tiene en el centro de su punto de mira.

Tomado de sorpresa y asustado, el rey se tira violentamente hacia atrás, y a duras penas mantiene el equilibrio de su sillón. Sus acompañantes tampoco atinan a reaccionar en el primer momento, y el público comparte su alarma y su estupefacción. Pero, antes de que vuelvan de su sorpresa, Parra se encara rápidamente con su *partenaire* y hace varios blancos magníficos.

Pero no por eso ha de librarse de la repulsa. Repuestos de su impresión primera, los espectadores lanzan un hondo suspiro colectivo, y de inmediato le dedican al tirador audaz una poderosa silbatina.

Otro quedaría intimidado. Parra, no. Él ya sabía a qué se arriesgaba. Procurando dominar el creciente tumulto con la

estridencia de su voz, se dirige a la sala y comienza a contar los chistes que en ese momento tienen más éxito en el París nocturno.

Impresionada por su presencia de ánimo y por su aplomo, la gente va aplacando su descontento y le presta oídos. Al momento, comienzan a sentirse risas aquí y allá. Y no pasan muchos minutos cuando el público estalla en una carcajada general, que encabeza la del mismo rey.

Cuando termina la función, este se presenta personalmente en el camarín de Parra, para felicitarlo por su doble actuación.

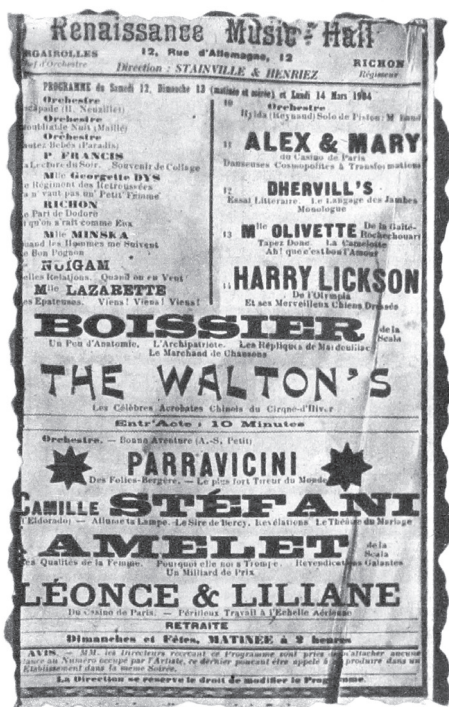
—Sus chistes y su mímica son muy buenos. ¡Pero su puntería es espléndida, también!

Parra le dirige una mirada donde brilla cierta ironía y apunta: —Linda para matar reyes, ¿no?

Su interlocutor no sabe si reírse con él o tomarlo a la remenda. Pero el tirador ya está hablando de otra cosa.

Florencio iba a acordarse siempre de ese suceso y de la conversación aquí reflejada, a causa de un acontecimiento trágico que se produce poco después. Él se entera, por un compañero, una noche, cuando va a entrar en escena:

—¿Sabe, Parravicini? Acaban de asesinar al rey de Portugal...



Programa del Renaissance Music-hall, que muestra a Parravicini en su actividad de “tirador sobre blanco humano”

Otra vez sin dinero

El artista tirador conocerá ahora, en París, épocas de bonanza y momentos desastrosos. En el Olympia, o en el Folies Bergere, llega a percibir un sueldo de tres mil francos mensuales. En otros centros de atracción, sus entradas son mayores aún. Pero, si las gana en unos pocos minutos, no tardan mucho más en desaparecer como si le pesara demasiado el llevarlas en los bolsillos. Por eso no es extraño que, de pronto, se encuentre en una situación apretada. No le queda ningún dinero. Los contratos escasean, y ya su número ha ido perdiendo interés reemplazado por otros más espectaculares y, sobre todo, más nuevos.

Se detiene un momento a reflexionar. Luego, con las manos en los bolsillos y silbando una tonada de moda, se lanza a la calle, despreocupadamente.

Acaba de darse cuenta de que, una vez más, está arruinado.

En el Cirque Espagnol

¿Qué hacer ahora?

Primero, hay que insistir en el ambiente de *varieté*, que ya conoce tan bien. Uno tras otro, los empresarios le dan respuestas corteses, pero negativas.

Ya está por abandonar sus gestiones cuando llega a Valois-Penet, a pocos kilómetros de París, en donde ha acampado una compañía circense en gira. Se trata del *Cirque Espagnol Fernando*, el cual, según pregona orgullosamente el programa, ha sido *fondé á Barcelone* en 1860. Allí actúa como *écuyère* nada menos que una dama aristocrática francesa, de ser cierta la propaganda hecha por los empresarios: *Madame la Comtesse de Lorraine*. Además figuran un tal André Arnosi, a quien presenta como *jockey* brasileño, y varias parejas de cómicos y equilibristas, sin contar el infaltable domador.

Lo que allí le sucede a Parra habría de contarlo, años después, a su amigo García Velloso, quien, a su vez, lo refirió en un discurso pronunciado hace muchos años, en un homenaje hecho al actor.

El empresario, *monsieur* Nagoutte, propietario de una terrible *menagerie* de fieras, era un hombre ciclópeo, que tenía la cara llena de cicatrices, ocasionadas por los zarpazos de sus pupilos africanos y asiáticos... Llegó Parra hasta el circo, compuesto por doce casas de madera con ruedas. Dos de ellas, enrejadas, eran el *bestiarium*, donde rugían los leones, las panteras y los tigres... Todas las casillas se unían por puentes levadizos. El humo espeso que salía de una chimenea, las cortinillas de las ventanas y tragaluces, le hicieron comprender que aquella era la vivienda del director.

Llamó y salió a recibirlo M. Lagoutte, empuñando el tridente que usan los domadores para ahuyentar a las fieras, que en ese momento bramaban... Este episodio, tal como me refirió Parravicini, parece una página de Mark Twain. Le manifestó al hombre del tridente que era tirador, y que deseaba ensayar su número para que lo contratase. Muy gentil, pero muy enérgico, blandiendo siempre el colosal “tenedor”, le hizo entrar, exclamando:

—Voy a llamar al director de la pista...

Con el terrible rey de la selva

“Y desapareció *monsieur* Lagoutte”.

Parra se entretuvo breves instantes en admirar el delicioso confort del habitáculo, todo recubierto de cortinones carmesí y adornado de muelles sillones. De pronto, apareció una chiquilla, como de seis años, deglutiendo una enorme tostada, cuya manteca le chorreaba por la comisura de los labios. Apenas le

dijo *buenas tardes*, hizo irrupción en la casilla, por la puerta del puente levadizo, un inmenso león africano. Florencio se incorporó, aterrado, con la seguridad absoluta de que la fiera se comía, *ipso facto*, a la chica y a él... Nuestro *héroe* tenía las carabinas descargadas y su Smith-Weson... empeñado en París... Echó mano a uno de los tridentes de *monsieur* Lagoutte y, al verlo el león en esa actitud defensiva, por efecto de la costumbre, creyó que Parravicini era domador, y se puso a dar vueltas de carnero y a rugir espantosamente...

Parravicini estaba a dos latidos del aneurisma, cuando llegó *monsieur* Lagoutte, quien, muerto de risa, le dijo:

—No se asuste usted, señor tirador. Este león tiene más años que mi abuela. No le queda ni un diente, ni una uña de sus zarpas... Duerme con nosotros. Lo hemos jubilado, y pronto venderemos su piel. Precisamente, este animal podrá salir de elemento decorativo en el número de usted...

Ganando para la comida

Así es. Las pruebas de tiro de Parra cuentan ahora, no solo con el realce de su ya gastado pero brillante uniforme, sino, también, con la temible presencia del ex rey de la selva. Desde las gradas, la gente no puede descubrir el lamentable estado físico del viejo y vapuleado león. Por eso, no solo los chicos, sino los espectadores todos, inclínanse a admirar la valentía del *américain* —así lo nombran ahora en los programas— que, con una sangre fría increíble, se dedica a colocar sus certeros tiros sin preocuparse de que, a sus espaldas, monta guardia la temible fiera...

Así puede ir ganándose, por unas semanas, su ahora escasa comida. Pero, con todo, ¡cómo han bajado las acciones de Parravicini! De número famoso, disputado por todos los casinos, ha rodado hasta los circos más humildes, donde debe rodearse

de trucos, tales como el del león, para mantener el interés de los públicos y, sobre todo, de los empresarios. Lo peor es que, cuando venza su breve contrato, su situación será más lamentable aún. El futuro se presenta difícil.

Hasta que, como siempre, una circunstancia inesperada viene a devolverle el optimismo y, lo que más importa, el dinero.

La fortuna espera en Niza

Una noche, se llegan hasta el Cirque Espagnol algunos amigos de Parra, argentinos y franceses. Después de ver el número de Florencio, y celebrar como se merece la ocurrencia del león, salen todos juntos a tomar una copa. A nadie le extraña la pésima situación económica que atraviesa Parra. Allí las fortunas se deshacen como copos de nieve, y la aristocracia sudamericana va dejando en el París alegre jirones de sus estancias, de sus extensísimos latifundios, toneladas de trigo, millares de cueros, incontables cabezas de ganado. Allí mismo, en ese grupo de jóvenes dilapidadores de riquezas, hay varios que están tronados. Y uno de ellos, argentino, es el que ahora interpela a Parra:

—Che, ¿sabés que, con tu ayuda, podríamos dar un buen golpe?

—¿Cómo? ¿Piensan secuestrar a algún millonario?

—No. Es algo más sencillo. Se trata de que te inscribas en un concurso de tiro que va a realizarse en Niza...

—¿En Niza? ¿Y cómo voy a viajar hasta allá, si estoy tan pato que ya solo me queda por empeñar el uniforme?...

—Si es por eso, quedate tranquilo. Los gastos corren por cuenta nuestra. Después los descontamos de las ganancias. Porque nos vamos a ganar un fortunón.

—¿Y cómo?...

—Mirá. Nos iremos todos a Niza. Allí...

Cazando palomas... y mixtos

Efectivamente, el plan está bien pensado. Después de enterarse de todos sus detalles, Parra se muestra conforme.

Al día siguiente salen, separados, rumbo a la Costa Azul.

De acuerdo con lo convenido, Florencio se inscribe en el concurso de tiro al pichón. La competencia tiene que ser reñida, porque se han inscripto algunos tiradores de fama conocida y reconocida. En las primeras vueltas, Parra procede con cautela. Deliberadamente, desvía la puntería y pierde en forma sistemática, cuidándose únicamente de no ser eliminado. Poco a poco, el público y los otros competidores dejan de considerarlo un elemento peligroso, y hasta se ríen de la aparente torpeza de sus movimientos.

Mientras tanto, sus amigos siguen apostando a su favor, y hasta dando ventajas. Así pierden algunas cantidades importantes. Pero, de pronto, y cuando las apuestas han llegado a su punto culminante, Parra cambia de táctica. Sus blancos se suceden con la infalibilidad en él conocida, y, realmente, no se le escapa ni una sola paloma. Mientras tanto, la *barra* va acumulando las ganancias y, en un momento determinado, emprendieron una juiciosa retirada. En cuanto a Parra...

Años después relataba, con su jerga peculiar, algunas anécdotas de esa época, y refiriéndose al concurso de marras, decía:

—Yo era un batacazo bárbaro en las cotizaciones. Para el final solo quedábamos un suizo, un italiano y yo. Tiró el primero, y volteó seis palomas seguidas. ¡Qué bárbaro! Aquel suizo era un reloj. Un reloj suizo. Donde ponía el ojo ponía el cartucho. Lástima que en la paloma número siete al tal reloj se le acabó la cuerda, y erró el tiro... Enseguida le tocó el turno al italiano. ¡Lo vieran! ¡Qué puntería! ¡Qué manera de cobrar piezas! Ese italiano cobraba más piezas que un encargado de conventillo a fin de mes. Por fin, en la paloma dieciséis erró la pieza, y se le fue el inquilino. Quiero decir, la paloma. Entonces me tocó el turno a mí, y... ¿Para qué les voy a contar?

—¿Qué pasó?

—¡Tiré las dos series de quince palomas sin errar una sola!

—¿Y se llevó el premio?

—¿El premio? Lo que me llevé fue un susto bárbaro, porque los tipos me querían matar. ¡Claro! Como me veían tan pichón, me querían apichonar. Los oyeran gritar: *¡Ah, le brigand! ¡Ah, le voleur...!*

—Pero, ¿por qué esa indignación?

—Porque decían que, en lugar de ir a agarrar palomas, yo había ido a agarrar *mixtos...*

Ni para cigarrillos...

Pero, ¿qué le importa a Parra la indignación de sus contrincantes y del público burlado? En el momento oportuno, pone la mayor distancia posible entre él y Niza. Poco después, *le voleur* se encuentra en París con sus compinches, y se distribuyen la importante bolsa así ganada.

Es cierto que han salido de pobres por un tiempo. Pero no por eso abandonan la costumbre. Desde entonces, el artista tirador se presenta en todos los concursos similares de que tiene noticia, y sus amigos también.

Ante el público, ocultan su relación. Parra pierde, infaliblemente, sus primeras vueltas, hasta que los apostadores toman confianza. En el momento indicado, guiña un ojo, con disimulo, en dirección a sus compatriotas, y estos ya saben que pueden jugar doble contra sencillo. Tras ellos queda el tendal de víctimas...

Pero, después de un tiempo, comprenden que ese recurso se ha hecho difícil, y hasta peligroso. Vuelven, entonces, tiempos de escasez. Parra tiene que soportar días de dura bohemia. Días en que hasta le faltan los francos indispensables para comer. Días en que se ve obligado a buscar desesperadamente una

ayuda cualquiera. En que no tiene ni calzado ni cigarrillos. En que se convierte, él también, en uno de los más humildes *anclados en París*.

Hasta aquella tarde en que, en plena calle, se desmaya de hambre...

El nieto del conde se desmaya de hambre

LA VIDA BOHEMIA ♦ DEBIENDO CUATRO MESES DE
PENSIÓN ♦ UNA TARJETA ARRUGADA ♦ “CASCARILLA”
Y “EL MÚSICO” NO CONTESTAN ♦ EL ESTÓMAGO DE
PARRAVICINI PROTESTA ♦ ESTA VEZ, EL HADA
SE LLAMA PACHECO

¿Quiénes son los compañeros de bohemia, en estos días duros y penosos de París? En primer lugar, hay que nombrar a Latorre, al pintor Javier Latorre, el tipo más estrambótico que Parra conociera en su vida.

Era uno de los bohemios más conocidos en los tugurios de Montmartre y en las terrazas de los bulevares. Llevaba años allí, y pocos hubieran podido alardear de haber sobrellevado más penurias que él. Pero nada había podido disminuir su talento fanfarrón ni curar su inveterada manía de mentir constantemente grandezas y esplendores. Solía decir Parra que las industrias, artimañas y expedientes de que Latorre había echado mano para sobrenadar en medio de tantas peripecias, no tenían número ni clasificación posible dentro del diccionario de las artes y ocupaciones humanas.

La bohardilla de Latorre

Cuando andaba en la mala —lo que le ocurría casi constantemente—, su humor era aceptable. Pero si las cosas comenzaban a marchar bien, protestaba contra la suerte. Recibir una buena noticia lo sacaba de quicio, haciéndole prorrumpir en protestas y juramentos. Estaba tan acostumbrado a los reveses de la fortuna que toda alteración le parecía un mal presagio... Apenas

conseguía un puñado de francos, preparaba una parranda. La señal para iniciarla la daba poniéndose la camisa de dormir y calzándose un impecable sombrero de copa que por algún milagro había llegado a sus manos.

—Su habitación, grande y destartada —decía Parra—, era el más desaforado revoltijo de trastos inverosímiles que ojos humanos pudieran ver. Latorre era un hombre que tomaba cariño a cuantas cosas caían en su poder, y así, en aquel gigantesco caramanchón, al cual daba luz una enorme ventana que parecía suspendida en el espacio, rozando las nubes, se amontonaban confusamente objetos indefinibles: barriles, dos guitarras, un cornetín, un sobretodo del tiempo de Napoleón I, quince o veinte sombreros, caballetes, cuadros a medio concluir; en fin, la mar...

Los risueños botines de Parra

Por esa época se fueron a vivir juntos, en una pensión situada en la calle Mazagran N° 8. Completan el pintoresco grupo el famoso “Cascarilla”, que fuera empleado de Frégoli y a quien Parravicini tuvo luego en la boletería del Teatro Argentino durante varias temporadas, y otro individuo singular a quien llamaban “el Músico”. Este se dedicó a profundizar el estudio del xilófono y tenía enfermos a sus sufridos compañeros de pieza y a todos los pensionistas con sus prácticas, que comenzaban a las ocho de la mañana, para no concluir sino hacia las cinco de la tarde.

Y ninguno trabajaba...

El número de tiro de Florencio ya estaba “quemado”, pues no había teatro ni *concert* donde no lo hubiese exhibido. Por lo tanto, era muy difícil que consiguiera un nuevo contrato. En cuanto a los demás, ni siquiera se molestaban en tantear la posibilidad de juntarse unos francos. El poco dinero de que disponían se fue terminando. Y el pago de la pensión se atrasó en cuatro meses, por lo menos.

—Eso ponía a la dueña con un humor y una cara capaces de contener a una división blindada... —decía Parra—. Llegó a tal punto la miseria que los botines se reían por una abertura de la suela, lo cual me condenó a andar en los días de sol con unos chanclos de goma, para taparles la boca a mis risueños botines...

Aparece el hombre de la barbita

Parra estaba acostumbrado a que las cosas se le arreglasen por sí solas, cuanto más descompuestas pareciesen. Pero esa vez la situación angustiosa que soportaba se prolongaba exageradamente. Había ido quemando todos sus cartuchos, y conseguir algún trabajo era casi imposible. En cuanto a sus amigos, mermaron en forma llamativa, casi al mismo tiempo que su fortuna. Sus compatriotas habían regresado a la Argentina, y los pocos que quedaron estaban, respecto a las posibilidades económicas, a la par de Parra. ¿A quién recurrir, entonces?

Mientras Florencio se repite a sí mismo estas cosas por milésima vez, en constante monólogo, a lo largo de una calle cualquiera de París, su mano encuentra en el fondo del bolsillo, arrugada y casi ilegible, una tarjeta. A duras penas consigue descifrar el apellido. El resto no importa. Ya recuerda perfectamente de quién se trata.

—¡“El chivo” Villar!

E instantáneamente piensa otra cosa: que en eso puede estar la solución.

Dos días a café con leche

Un rato después está consultando el caso con Latorre.

Le refiere que en el vapor que lo trajo de Río de Janeiro a Francia conoció a ese señor, de profesión ingeniero, y que al

parecer era rico. El mote, naturalmente, le era aplicado por su característica barba terminada en punta. A bordo habíanse hecho muy amigos, y llegaron a ofrecerse mutuamente sus servicios y su ayuda. En aquel tiempo, Parra llegaba con los bolsillos repletos por sus exitosas temporadas realizadas en Buenos Aires, Montevideo, Río y San Pablo, y no soñaba con tener que recurrir a nadie para solventar sus necesidades. Pero en ese momento...

—¡Ahora lo sableamos! ¡Lo sableamos sin compasión! Se va a arrepentir de haberme dado su tarjeta...

Y los amigos rieron a dúo, dichosos por la posibilidad que aparecía en el horizonte de esos días llenos de estrecheces y angustias.

Pero Parra no está tan decidido como parece. En realidad, siempre le resultaba duro pedir dinero prestado. En ese instante mismo interrogó de nuevo al pintor, en la esperanza de que este también juzgase difícil el lance y le evitase la gestión. Pero Latorre, inesperadamente, se muestra enérgico:

—¡Nuestra situación no nos permite entrar en deliberaciones, che! Acordate que la dueña está tan furiosa que ni vos te animás a bajar al comedor de los pensionistas... Además, la ropa y el calzado de todos nosotros están a la miseria. ¿Cuánto tiempo hace ya que no fumamos?

Y una voz que parecía salir de un sótano, le hizo lúgubre coro:

—Como tres o cuatro días. Ya ni me acuerdo del sabor que tiene el tabaco...

Como inspirado por esa intervención del ex empleado de Frégoli, Latorre insiste:

—Ya lo ves. “Cascarilla” y “el Músico” están que ni pueden levantarse de la cama de debilidad. Los tenemos como embalsamados; ya ni responden cuando se les llama. ¿Vas a vacilar ahora?

El tirador en desgracia no se animó a responder a los certeros argumentos de su amigo. Y Latorre, que se sentía dotado de una singular elocuencia cuando se trataba de evocar infortunios y desastres, remata triunfalmente:

—¡Hace dos días que estamos a café con leche! Si esto no cambia, nos van a encontrar a todos colgados de la ventana...

Parra, conmovido, observa el lastimoso espectáculo que ofrecen sus macilentos compañeros, y luego promete lacónicamente:
—Iré.

“Que no vea los chanclos”

La casa del ingeniero Villar está situada en las inmediaciones del Père Lachaise. A Parra, esa proximidad con el famoso cementerio se le antoja un síntoma poco alentador. Mientras camina, va preparando el discurso con que intentará convencer al ingeniero, a fin de que acceda a prestarle algunos cientos de francos.

Pero no puede dejar de distraerse a cada rato. Eso le ocurre cuando pasa frente a cualquier café, y se siente mareado por el olor del “completo” y de las medialunas, calientes y perfumadas. Es que son casi las once de la mañana y aún no ha probado bocado. Casi frente al cementerio se halla un restaurante a cuyo dueño, evidentemente, la macabra vecindad no le ha disminuido el buen humor, pues lo demuestra así un gran cartel que ha puesto en la vidriera de su negocio, y que dice:

“Entren, señores: aquí se está mejor que enfrente”.

—Por mi parte —refiere Parra—, yo le hubiera agregado: “Con el mayor gusto, si fía”.

Por fin llega a la casa de su presunta víctima. Se siente tan decaído en esos momentos que titubea. Ya está por echarse atrás. Para obligarse a sí mismo, tira con fuerza de la campanilla. Ya no puede retroceder. Mientras espera, ruega mentalmente que haya poca o ninguna luz en la sala, a fin de que no vean que lleva chanclos de goma en un día como este, en que brilla un sol africano.

Abren, y una uniformada mucama lo atiende cortésmente. Él le extiende su tarjeta, que cae al suelo. Se inclina ella para recogerla, pero Parra piensa instantáneamente que le verá los zapatos de goma, y se dobla a la vez con igual celeridad. Consecuencia: las cabezas de ambos chocan con gran violencia, y se incorporan aturridos.

“Pero, por lo menos”, piensa Parra, jubiloso, “¡no me vio los chanclos!”.

Un concierto inesperado

Vuelve la sirvienta para decirle que Villar está esperándolo y...

En ese momento mis tripas comienzan a hacer un ruido infernal. La pobre mujer, que ya iba a hablar, miró al suelo como buscando algo y me dijo:

—Me pareció que el Chiquito se quejaba.

El Chiquito era un magnífico gato persa que luego vi sobre un almohadón. ¡Lo había confundido con mis pobres intestinos torturados! Desde ese instante, estos no dejaron de hacer escalas en todos los tonos. Parecía cosa del diablo: cada vez que había un silencio, era cuando más fuerte sonaban. Tanto que el señor Villar, asombrado por mi concierto intestinal, se sintió obligado a decirme:

—¿Hay apetito, amigo?...

—¿Lo dice por...?

—Sí, efectivamente. Y no es raro. Ya es hora de que extrañen el alimento...

Para mi capote, yo le retuqué:

—No, gritan porque creen que hoy los voy a volver a engañar...

La invitación a comer

Por supuesto, el señor Villar está muy lejos de sospechar los apuros que pasa su visitante. Recordando las conversaciones que mantuviera con él en el trasatlántico, habla de los más diversos tópicos, sin notar el desasosiego de Parra. Mientras le responde con simples monosílabos, este piensa: “¿Me invitará a almorzar, por lo menos?”.

Como si su preocupación se hubiera contagiado a Villar, este interrumpe su charla para proponerle:

—¿Qué le parece si tomamos un vermut antes de comer?

Cuando Parra quiere contestar afirmativamente, lleno de júbilo, sus intestinos se le adelantan con un estruendo exagerado. A tal punto que el mimado gato persa se despierta, enarmando el lomo como si lo amenazara algún peligro. Llega la sirvienta, y con ella la bandeja y las bebidas. Florencio, que ya se siente mareado a causa de su debilidad, tiene miedo del efecto que pueda causarle el alcohol después de tan largo ayuno. Pero ¿cómo negarse? Lo peor es que no halla el momento propicio para colocar su pedido al ingeniero. Este, que mantiene una animada conversación, de la que hace el mayor gasto, le obliga a tomar un aperitivo tras otro. Cuando terminan con el cuarto, Parra reflexiona: “¡Menos mal que me dijo que almorzaríamos. Después de comer, lo atropello y le pido la plata...”.

En efecto, llega un momento en que Villar extrae su soberbio reloj y, sorprendido, se dirige a su interlocutor:

—¡La una, ya! ¿Qué le parece si nos vamos a almorzar?

—Yo encantado... —alcanza a decir, con una voz debilísima, Florencio.

—Bueno, en marcha entonces. Porque, ¿sabe?, hoy no almuerzo aquí. Estoy invitado a casa de un cliente. Es una lástima, porque sino hubiéramos podido comer juntos, ¿no? Pero otra vez será...”.

¡Si tuviera una de las ochenta mil!

En realidad, Parra no ha escuchado más que las primeras palabras. A duras penas logra encubrir el efecto desastroso que le causa la salida de Villar. Se despide, y como un sonámbulo llega hasta la calle. Logra dar diez pasos, veinte, dobla la esquina, alcanza a cruzar la calle. Pero ya no da más. Y bajo ese sol brillante y alegre, que muestra su roja cara satisfecha, y ante un policía que dirige el tránsito y la gente que circula apresurada, da una vuelta sobre sí mismo y cae desmayado.

El nieto del conde Parravicini di Casanova, el heredero de una parte millonaria de su fortuna, acaba de desvanecerse ¡de hambre!

¡Qué falta le haría ahora tener alguna de esas ochenta mil ovejas cuyo importe dilapidara tan alegremente durante su estada en este mismo París! ¡Qué succulento asado podría brindarse el ahora desahuciado artista de *varietés*!

Tal vez sueña con eso mientras lo llevan en una ambulancia hasta la pensión de la calle Mazagran.

Cara y seca de Latorre

Por lo tanto, las dificultades continúan.

Fracasada la primera tentativa con respecto a Villar, Parra se niega a insistir. Prefiere acudir a recursos desesperados, ofreciéndose en los *music-halls* y *concerts* para cualquier cosa. Algunos días llega a lavar los platos para comer algo. Y algunas noches se presenta ante salas bien iluminadas y gente que cena confortablemente, como ¡cantor de estilos criollos!

Por su parte, Latorre contribuye con algunos francos obtenidos con otros recursos igualmente heroicos. En una oportunidad llega protestando. Como siempre, es una buena señal. En efecto, acaban de adelantarle algún dinero a cuenta de unos decorados que le han sido encargados para un teatrito de suburbio. Por

unos días, piensan los amigos, podremos comer. Pero el pintor organiza una de sus habituales farras, y esa misma noche los francos encuentran un fin rápido y glorioso.

¡Ese Latorre!

Un año después, Parra, con sus acciones otra vez en alza, escribe desde Buenos Aires a su antiguo compañero. Para sorpresa suya, este le responde, en junio de 1905, con una carta optimista, en medio de la cual campea su retrato. En este no aparece el tan conocido bohemio sino un buen burgués con galerita, una flamante americana, cuello blanco y corbata. Parra duda de que sea ese su amigo. Pero la lectura de esas líneas lo convence.

Mi situación, tanto artística como pecuniaria, ha cambiado favorablemente... De Chile han estado a llevarme con la compañía de ópera Padovani, pero yo no me quise ir... Usted me dará la razón: ¿dónde voy a hallar las comodidades de aquí, sobre todo ahora que nada me falta?... Mi dirección es: Ateliers de Decore. Rué Saint Fargeau, 6. París... La instalación de estos talleres es toda de mi cuenta, y por el momento ya ocupo a cuatro artistas...

No se puede dudar, la fortuna ha golpeado a las puertas de Latorre, y el bohemio ha cedido el paso al empresario. El pintor que Parra conociera, el que protestaba cuando la suerte le sonreía, ha sido reemplazado por este satisfecho caballero de galerita y americana...

Llega alguien de Buenos Aires

Pero eso será un año después. Por ahora, viven juntos, y en la pensión de donde van a ser arrojados de un momento a otro. Parra ya se niega a salir de la pieza, y, como “Cascarilla” y “el Músico”, se ha resignado, filosóficamente, a dejar que su esqueleto saque

ventajas sobre la piel. Pero tanta *guigne* no puede durar. Él está seguro de eso, y por lo tanto no le sorprende, esa tarde, la llegada de otro de los “anhelados en París”.

—Si es mala, prefiero no saberla...

—¡Qué va a ser! Alegrate, hermanito. Los malos tiempos terminan...

Parra se incorpora en la cama, esperanzado:

—¿Vino alguien de Buenos Aires?

—¡Claro! ¡Vino Pacheco! Y lleno de plata. Y te está buscando. Me pidió que te llevara enseguida, porque te necesita...

Parra ya no lo escucha. Al pronunciarse el nombre de Pacheco ha pegado un salto, y va como alma que lleva el diablo por las escaleras, mientras se pone el saco. Él ya sabe que en los momentos más graves siempre se le aparece un hada salvadora. Y esta vez, el hada se llama Pacheco...

“Y te doy una comisión del quince por ciento...”

PARRA HACE UN GRAN NEGOCIO ♦ ¿QUIÉN ES PACHECO?
♦ OTRA VEZ LA CARABINA ♦ EL CARO AMICO DE LOS
ARTISTAS DE *VARIETÉ* ♦ LA GENTE DUDA DEL TIRADOR
ARGENTINO ♦ LOS APUROS DE MONSIEUR FARGON

El hada se llama Pacheco. En su alegría, Parra se ha olvidado de su debilidad, provocada por el forzado ayuno. Ya ni se acuerda de que ayer se negaba a dar un solo paso, convencido de que no le respondería su organismo, difícilmente mantenido a cafés con leche un día sí y dos no. Su ahora delgado cuerpo atraviesa ágilmente corredores, puertas, calles, sube y baja escaleras, esquiva porteros, y al fin, se precipita en unos brazos fraternales. Los brazos de Pacheco.

Y mientras interroga al recién llegado por su salud y se alegra sinceramente por su arribo y le pide noticias de Buenos Aires, Florencio está pensando, transportado de júbilo:

—¡Hurra! ¡Me salvé otra vez! ¡Se terminaron los cafés con leche!

En eso ha acertado. Nuevamente, la casualidad y la suerte se conjuran para aportarle una milagrosa salvación. Y esta vez, la salvación se llama Pacheco.

Pero, ¿se puede saber quién es Pacheco?

Allá, en sus tiempos de turbulento pupilaje en la Academia Británica, Florencio había tejido con Pablo Ángel Pacheco —vástago de otra familia adinerada— una fructífera amistad, que los llevara a compartir todos los riesgos y los éxitos de las correrías emprendidas. Juntos habían llevado a cabo aquellas espeluznantes hazañas que casi dejaron reducida a ruinas la estancia de los Doyhenard, cuyo motor eléctrico hurtaran sigilosamente, intentando venderlo... De jóvenes, habían paseado su amistad

por todos los centros de diversión. En París se habían encontrado ya varias veces, pero en circunstancias muy distintas. Por entonces, Parra tenía dinero. Y estaba en condiciones de derrocharlo en la misma escala que su amigo. Ahora, en cambio...

“Vengo con plata”

Florencio interrumpe las efusiones para preguntar cautamente:

—¿Cómo venís, che? ¿Estás *forrado*?

El otro no necesita hacer preguntas para comprender la situación de Parra. Lo tranquiliza risueñamente:

—Pero sí, hermanito. Y si no, no estaría aquí. Vengo con mucha plata, para farrear en grande... Y por eso necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? Si es para gastarla, contá conmigo. En ese sentido, ya sabés que mi sabiduría no tiene fondo...

—Mirá. Lo que necesito es que me instales, ¿comprendes? Y sin reparar en gastos...

—Conque instalarte, ¿no? Comprendo... Contá conmigo, nomás.

Cuanto más gasta, más gana

La “juventud dorada” de los países sudamericanos tiene en París fama de rumbosa y derrochadora. Por algo será. Las grandes fortunas ganadas en aquellos años pródigos, o heredadas, parecen tener prisa por huir de sus actuales dueños. Cuando sus recepciones no son las más interesantes o divertidas, de todas maneras puede asegurarse que son las que más cuestan. Y sus coches, los de más precio. Y sus *garçonnières* las mejor amuebladas y alhajadas. Y sus invitados, elegidos entre la farándula parisiense. El dinero corre a chorros, a torrentes impetuosos, como esos ríos jóvenes y salvajes de la *demi-sauvage* América. Corre el dinero...

Pacheco y Parra, como buenos amigos, han hecho cuentas claras. El segundo tiene franquicia para gastar todo lo que sea necesario. Como comisión se le reconoce un quince por ciento del monto de las cuentas. Es decir, que su ganancia será mayor cuanto más dinero de su amigo invierta.

Comienza, pues, por alquilar el apartamento más amplio y lujoso que encuentra.

—¿Sabés cuánto sale, Pacheco? Unos dos mil pesos argentinos por mes...

—¡Ah, no, che! A mí no me des explicaciones. Hacé lo que te parezca, nomás...

Una molestia que sale cara

Después, les llega el turno a los muebles. A los autos, a los coches y caballos, a los sirvientes, ropas, palcos para teatros, carreras, etc. Y las fiestas... Parra gasta liberalmente el dinero ajeno, como antes derrochara el propio. Donde hace falta un juego de dormitorio, compra tres, o dos troncos de caballos en lugar de uno. Y así sus entradas aumentan. Por otra parte, los proveedores le conceden a su vez una generosa comisión del veinte por ciento. En un tiempo brevísimo, Parra se llena las alforjas. Ha hecho un negocio envidiable. Pero, ¿podría quejarse Pacheco?, ¡si tiene una de las residencias mejor instaladas de París!

Y así lo reconoce el amigo. Cuando Parra hace la correspondiente liquidación, el otro firma un cheque que luego le desliza en el bolsillo con elegante descuido:

—Por la molestia, che...

La "molestia" vale quince mil francos —que esa es la cantidad estampada en el documento—. Generosidad inútil, después de todo. Porque tanto esos quince mil francos, como los otros buenos millares correspondientes al quince por ciento acordado por Pacheco, como los derivados de la comisión del veinte por

ciento pagada por los proveedores, han de viajar muy en breve rumbo a Montecarlo, en los bolsillos de Parra.

Allí duran unos breves, brevísimos días. O mejor dicho, unas noches. El cuento conocido se repite.

Y Parravicini se encuentra una vez más en la ciudad de sus predilecciones sin un centavo y sin probabilidades de repetir el exitoso golpe con Pacheco. No hay ningún joven millonario argentino a la vista, por el momento...

La simpatía de los compañeros

Pero después de todo, ahí está su oficio. Entre volver a la vida bohemia y mísera de Latorre, “Cascarilla” y “el Músico”, o tentar nuevamente suerte con su fusil, esto lo convence más. Por otra parte, le proporciona una existencia más variada, en la que por lo menos se come todos los días. Como experiencia, la de vivir a café con leche es interesante, pero aburre muy pronto... Y Parra se dedica a limpiar su inseparable carabina. Volverá al *variété*.

Tenemos que anotar al paso que, como le ocurriera en los distintos ambientes que antes frecuentara, Parra sabe conquistarse abundantes simpatías entre los artistas del género. Sus compañeras de actuación en las salas de París, o de los alrededores o en provincias, siéntense atraídos por la comunicativa simpatía del risueño argentino. No lo olvidan fácilmente. Mucho después de haber abandonado a París, cuando actuaba en el Brasil y aún durante su primer período como actor teatral en el Apolo, seguía recibiendo testimonios de esa amistad. Hemos encontrado, entre sus papeles, cartas y tarjetas significativas que así lo prueban. Es interesante repasarlas, porque dan una idea aproximada de lo que se imponía por entonces en el género revisteril.

Desde Carcassone, por ejemplo, le llega una postal firmada por *Les Oscar*, que aparecen fotografiados en la misma. Él tiene vestimenta de torero desmentida por su alto y blanco cuello duro,

unos bigotes imperiales y mirada de galán cinematográfico. Ella no desmiente su origen meridional. Le escriben en italiano al *caro amico*, recomendándole consiga ubicación para dos damas francesas, jóvenes, *riche toilette e buone artiste e giovanissimo molto belle*.

Hay otra de *Lee Freyere's*, creadores de *un acto musical-cómico-eléctrico de transformación*.

También de *Les Florence-Mecherini*, que se presentan como Los Reyes de la Elegancia, y son especialistas en canto, transformaciones y danzas internacionales, como la machicha, el *cake walk* y la *tarantella*.

No falta una pareja de payasos, *Les Jourdan*, cantantes excéntricos franceses, o *The Erwin's*. En la tarjeta de estos, se observa el curioso detalle de que la dirigen al señor Parravicini, *motocycliste comique*, en Buenos Aires. Como entre nosotros, que sepamos, nunca se produjo tal actuación de Parra, es posible que sus amigos le conocieran ese desempeño en otras épocas y países. Es decir, que la de motociclista cómico es una nueva habilidad que convendría agregar a todas las que se le conocieron al múltiple Parravicini.

El “calavera” ante la Naturaleza

En trance de volver al *variété*, Parra admite que en París su número ya no interesa mayormente. La única probabilidad que tiene es la de triunfar en provincias.

Como tantos otros, comienza entonces a recorrer las distintas regiones francesas, y si no obtiene éxitos clamorosos, por lo menos gana lo que necesita. No llena su bolsa, es cierto, pero tiene oportunidad de conocer de cerca los mejores paisajes de Francia. Algunos le producen una impresión agradable, y que no ha de borrarse. De Bretaña, por donde anduvo unos meses, ha de contar años después:

—Es la que tiene paisajes de una belleza verdaderamente ingenua. Esos molinos de viento cuyos brazos extendidos

parecen querer abrazar al viajero; esas hermosas y rollizas bretonas con sus tocados de un blancor inmaculado, con sus brazos desnudos, conduciendo sus vacas para pastar en las praderas; mientras los hombres, con sus sombreros aludos —de los cuales les caen dos cintas por la espalda, dándoles un aire inocente de niñas—, cuidan la rueda de piedra de sus molinos que trituran el pan nuestro de cada día...

El hombre que ha pasado los mejores años de su juventud quemándola en las noches fogosas de París, el calavera impenitente, se siente conmovido por un instante ante ese ingenuo cuadro eglógico. La fuerza del contraste, tal vez...

Un día aparece en Brest.

Como es un puerto militar, espera que sus pruebas de tiro interesen más que en otros lugares. Para aumentar la sensación, emplea como blanco humano a una mujer, que se porta con serenidad y valentía. Efectivamente, tiene éxito, como esperaba. Pero lo que no suponía es tener que pasar por el duro trance a que lo someten una noche dos marineros de esa base naval.

La población de Brest, formada principalmente por militares y marineros, llena habitualmente los *café-concerts*. Uno de los más concurridos es el Casino Brestois, donde actúa Parra. Las pruebas espectaculares del tirador argentino llaman poderosamente la atención. Un periódico dice que acapara todos los “¡bravos!” del público; un segundo, que su éxito no tiene precedentes; otro se refiere al notable *champion tireur, don't l'audace est extraordinaire, exécutant des tirs plus dangereux*.

Sin embargo, hay quienes discuten la autenticidad de su puntería y sostienen que debe haber algún engaño. Otros toman partido por Parravicini. Las discusiones se propagan, suben de tono. No hay corrillo donde no surja el zarandeado tema de Parra y sus tiros “sobre blanco humano”.

La curiosidad general es grande. La expectación crece noche a noche. No puede tardar en producirse un incidente.

Y en efecto, las consecuencias del desasosiego general llegan muy pronto hasta el mismo Parra.

Una delegación de militares

Para enterrar alegremente el año que termina —según anuncia la profusa propaganda de la empresa— se prepara una representación de gala. En ella tomarán parte números extraordinarios, llegados especialmente de París, como *Les Romanos*, cuatro bailarines excéntricos-acrobáticos que pertenecen al elenco del *Folies Bergère*, de París, y un conjunto alumbrante de veinte bataclanas. Entre los platos fuertes del programa figuran, naturalmente, Parravicini y su joven compañera. Para esta ocasión hacen participar, además, a un perro entrenado con paciencia y habilidad: *Qui-Qui*. Después del espectáculo, se ha programado un gran baile, *rendez-vous du tout Brest joyeux*, con el que se dará gozosa acogida al nuevo año de 1904...

Parra se halla en su camarín dando los últimos toques a su *toilette* cuando golpean a la puerta. Calcula que debe ser el *regisseur* y grita:

—Adelante, monsieur Stelen. ¿Qué pasa?

Pero no es monsieur Stelen. El que ahora se introduce en el camarín es monsieur Fargon, empresario del Casino Brestoís y ya bastante amigo de Parra. Entra lentamente, y es visible su aire preocupado, que señalan unas profundas arrugas en la frente. Advirtiéndolo, Parra se levanta y va a estrecharle la mano:

—¿Qué le ocurre, monsieur Fargon? ¿Ha sucedido algo malo? El otro suspira hondamente antes de responder.

—Es algo que tiene que ver con usted...

—¿Conmigo? Que yo sepa...

Fargon lo detiene con un gesto, y continúa explicando:

—Hace un momento estuvieron en mi despacho varios oficiales de alta graduación. ¿Y sabe lo que me han dicho?

Perplejo, Florencio mueve la cabeza. Él no tiene nada que ver, ni cree que su actuación pueda molestar a las fuerzas militares. Por lo tanto...

—Me han dicho —continúa Fargon— que hay quienes creen que sus tiros son simulados o “trucados”. Exigen que usted demuestre claramente que sus pruebas tan exactas son auténticas.

—¿Y cómo?

—Haciéndose sostener los blancos por alguien del público, y no por su *partenaire*...

—Usted sabe, monsieur Fargon, que esas pruebas son peligrosas, a causa de la inexperiencia de la gente...

—Sí, lo sé. Pero tampoco ignoro que si usted se niega, creerán que todos sus tiros han sido falsos. Entonces puede ser que le hagan pasar un mal rato. Y a mi también, inculpándome por haberlo encubierto a usted...

—Bueno, bueno, amigo Fargon. No se preocupe. Yo estoy de acuerdo...

Dispuesto a demostrar la legitimidad de sus habilidades, Parra da las correspondientes instrucciones a monsieur Stelen. Por eso, cuando termina el número habitual de Parra, el *regisseur* vuelve a salir a escena diciendo:

—Si alguna persona del público quiere subir para sostenérselos...

Antes de que termine la frase, se produce un pequeño revuelo en la sexta fila de la platea, y dos personas fornidas se levantan para adelantarse cachazudamente hacia el escenario. Uno de ellos levanta la mano:

—Nosotros...

Lo primero que nota Parra es que son marineros, pertenecientes a un acorazado francés, como lo dicen sus gorras. Y lo segundo, que han bebido bastante, según lo denuncia su paso inseguro.

Quiere decir que tendrá que ejecutar su prueba, que es una maravilla de exactitud y pericia, con dos borrachos...

Un tiro entre dos narices

DOS BORRACHOS COMO “BLANCOS VIVIENTES” ♦
PARRAVICINI, PROFESOR DE DEPORTES SOBRE HIELO ♦
EL EMPRESARIO BRETÓN SE ENCOLERIZA ♦ CINCUENTA
FRANCOS POR ENSEÑAR LOCURAS ♦ HACIÉNDOLE
MORISQUETAS AL KÁISER ♦ PARRA EN UNA CARRERA
INTERNACIONAL DE AUTOS

Los dos marineros acaban de subir al escenario. Ahora, a Parra no le quedan dudas. Estos hombres deben haber andado bebiendo por las tabernas del puerto antes de llegar al Casino porque evidentemente están mareados. Y son ellos los que se empeñan en servirle de blanco humano para su prueba de tiro...

El honor de Parra, en juego

¿Qué hacer?

El momento es realmente dramático. A Parra le queda el recurso de negarse. Pero si lo hace, los marineros lo tomarán a la tremenda y el público lo acusará de haberlo engañado hasta entonces con trucos ingeniosos. Tiene que demostrar que es un tirador extraordinario. No puede permitir que se tejan dudas sobre su pericia. Pero, por otra parte, ¿cómo animarse a realizar la prueba con dos hombres que a duras penas mantienen el equilibrio?

Como para azuzarlo, uno de los marineros beodos se dirige a él campechanamente, tuteándolo:

—Vamos a ver cómo te portás... Si sos tan capaz o nos estas haciendo un cuento...

El desafío está lanzado. Decidiéndose, Parra va a tomar su carabina.

Pero en ese instante se produce algo que lo deja estupefacto. Y su asombro lo comparten centenares de espectadores.

El baile de las narices

Los dos marineros se han acercado a la mesa donde Parra dispone los objetos de que se sirve para sus pruebas.

Allí se apoderan de una pipa de yeso. Le rompen el pequeño horno destinado a contener el tabaco, y dejan únicamente el canuto. Ese canuto se lo ponen entre los labios, sosteniéndolo cada uno de un extremo...

¡A esos seis centímetros que presenta el canuto, deberá tirar Parra desde la platea!

El público, que hasta ese instante había conservado un silencio pleno de expectación, al ver la temeridad exhibida por los dos marinos, rompe en un aplauso cerrado. Con eso consideran terminado el incidente. Dan por descontado que Parra no se animará a tirar.

Algunos ya se burlan de él en alta voz.

Pero no saben que para Florencio se ha convertido el caso en una cuestión de prestigio. ¡Ahora sí que está dispuesto a tirar, pase lo que pase!

Parra aprieta el gatillo

“Yo estaba colocado en el centro de la platea, a unos 20 metros de distancia, aguardando el momento”, contaría luego el futuro actor:

Las narices de los dos marineros estaban bastante juntas. Al cerrar el ojo para tomar puntería, ya no podía verificar si estaba más cerca de uno o de otro. Para colmo, por efecto del

balanceo que ambos efectuaban debido al alcohol ingerido, tan pronto se asomaba una nariz, como la otra. Confieso que por un momento tuve la sensación de la catástrofe. Pero estaban en juego mi pan y mi reputación...

El silencio es completo. El público se halla evidentemente impresionado. Una sensación de angustia domina a muchos de los presentes.

—¡Firmes!

El grito de Parra sobresalta a los espectadores. Los marineros obedecen automáticamente, y por un instante se quedan cuadrados, inmóviles. Se diría que en la vasta sala nadie respira.

—¡Atención!

Después de emitir la segunda orden, Parra vuelve a observar la línea blanca del canuto de la pipa, y sin esperar más, aprieta el disparador. Suena la detonación. El trozo de yeso salta por los aires, hecho añicos. En cuanto a los marineros que han servido de blanco humano..., ¿qué pasa con ellos?

La verdad es que los lobos de mar aún no han salido de su sorpresa. La bala ha pasado rozándolos, arrancándoles la boquilla de los labios temblorosos. Pero ellos están ilesos. El peligro les ha despejado la borrachera de repente. Recién ahora, cuando todo ha pasado, se dan cuenta del riesgo corrido. Primero se abrazan mutuamente, y luego estrechan con efusión al tirador, satisfechos de haber salido con vida de semejante hombrada.

El público no cesa de aplaudir a los tres. Y sobre todo a Parravicini, cuyo magistral desempeño ha despejado todas las dudas.

Pero no saben que a él no lo halagan en ese momento felicitaciones ni aplausos. Le basta con no haber dejado en la plancha de hierro que a modo de protección rodea al escenario, la nariz de uno de los atrevidos marineros...

Haciendo nevar en Buenos Aires

A un biógrafo minucioso le costaría mucho seguir fielmente la enrevesada huella de Parravicini. En su vida hay pausas y huecos que solo su misma palabra podría llenar. Pero no estamos muy seguros de que él lo recordara exactamente. Hay quienes, de tanto rodar, pierden la memoria de sus vueltas... Solo a trechos es posible retomar el hilo de sus andanzas.

Veámoslo ambulando por aquí, en Bretaña, tiempo después de su aventura en Brest. De nuevo está sin dinero, y sin posibilidad de sacar provecho de su carabina. Para decir la verdad, ni tiene con qué comer. Esta es su verídica situación. En esos casos es cuando él pone en juego el ingenio. Y entonces su inventiva daría envidia a más de un truhán de la picaresca española...

Un día en que su estómago lo aguijonea más que de ordinario, llega Parra a un lujoso establecimiento que dispone de una de las mejores pistas de patinaje de la zona. Se trata del deporte favorito. Parravicini pregunta por el dueño, y se presenta como “profesor argentino de patín y otros deportes sobre el hielo”.

—Yo no sabía que en la Argentina se practicaran estos deportes...

Parra no es hombre de batirse en retirada en una discusión semejante:

—¡Y cómo no! ¡Si a cada dos por tres tenemos nevada en Buenos Aires! ¡Y nuestros ríos están helados la mitad del año! ¡Sí, señor!

El fracaso del profesor

No es solo su desventura y seguridad lo que lo salva, sino la ignorancia geográfica del empresario. Este acepta entonces tomarle una prueba.

Pero Parra tiene sus exigencias:

—¡Ah! Primero tengo que comer...

Así es como consigue calmar su apetito.

Pero fatalmente, llega el momento en que debe rendir examen de sus aptitudes. El caso es que calza los esquís por primera vez. Se los pone afectando la mayor confianza posible, como corresponde a un experimentado profesor. Pero eso no impide que su iniciación sea desastrosa. Quien haya intentado el aprendizaje, comprenderá perfectamente por qué. Parra resbala ahora torpemente por el barranco nevado, y después de describir una curiosa y complicada parábola va a aterrizar inesperadamente sobre un árbol, del que queda colgado... Ensayo una segunda vez, y ocurre lo mismo. Un nuevo intento lo deja molido y despatarrado bajo un pequeño cerro de nieve.

—El bretón me quería matar... —contaba Parra, años después, en un reportaje, mientras reía regocijado.

Profesor de porrazos

Pero, por ahora, no tiene ganas de reír. Todo el mundo, hasta los chicos, se mofan de él, de ese estrafalario “profesor argentino de deportes sobre la nieve” que solo sabe, por lo visto, darse porrazos. Algunas de las burlas que le dirigen son, realmente, sangrientas.

Entonces es cuando entra en juego, como en otras ocasiones, su amor propio. Furioso por las bromas de que es objeto — él, el bromista impenitente—, decide aprender a patinar. Y no solo eso. Hacerse un experto... Porque necesita ganarse la vida, y cualquiera se da cuenta de que aquí no podrá hacerlo de otra manera.

Desde entonces, espera a que llegue la noche, y cuando la gente está durmiendo, o cenando, o entregada al baile, Parravicini se calza sigilosamente los esquís y sale a campo abierto.

Se da tantos golpes que no podría llevar cuenta de ellos, aunque lo intentara. Solía mostrar después una cicatriz en su frente,

producto, según él, del tremendo golpe que se había dado contra una piedra disimulada por la nieve.

“Yo enseñaba locuras”

A los pocos días, y satisfecho con sus progresos, se presenta en la pista de patinaje.

Cuando los *habitués* están preparándose para ponerlo en ridículo, como otras veces, experimentan una sorpresa. Parra está dándoles una inesperada y espléndida lección. No patina, vuela. Atraviesa la pista de un lado a otro, entregándose a danzas complicadas, saltos ornamentales, figuras y pasos difíciles, o bien emprendiendo carreras en las que acusa altas velocidades. Cuando vuelven de su asombro, los deportistas lo acosan pidiéndole que les enseñe a patinar como él. Pero el empresario, que comparte la admiración general, reclama sus derechos de primacía:

—Yo lo contraté antes, en forma exclusiva...

Parra reconoce que es así, y llegan a un acuerdo. En lo sucesivo, este recibirá cincuenta francos por lección.

Así es cómo Florencio se convierte en verdadero “profesor argentino de deportes sobre hielo”. La broma se había convertido en realidad.

—Lo que yo les enseñaba eran locuras que ningún bretón, por temerario que fuera, podría hacer. En cambio, yo aprendí de ellos las cosas más elementales, como por ejemplo, el mejor modo de calzar el patín, cosa que al principio ignoraba absolutamente...

Un viaje inesperado

Después de esa actuación en Bretaña, su carrera sigue siendo sorprendentemente dinámica. Parece ser que quiso tentar suerte como profesor de patín en otros países, y un día apareció

enseñándoles ¡a las hijas del rey de Rumania! Otra temporada lo sorprende actuando en los *dancings* londinenses, y no mucho después, lo aplauden en el Empire Musical de Berlín. Y allí, en tierra germana, le toca debutar inesperadamente ¡como corredor de automóviles!

Entre sus amigos de París figura el conocido volante Test. Cuando este decide participar en una carrera internacional a realizarse en Alemania, Parra lo ayuda a preparar convenientemente el coche. Luego, el otro le pregunta:

—¿Por qué no te vienes conmigo a Hamburgo?

Tomado de sorpresa, Parra vacila. Tiene que cumplir ciertos compromisos, es cierto. Y no le queda tiempo para cancelarlos, porque Test ya está por salir. Pero la oferta es tentadora.

—Bueno. Haceme un sitio en el coche.

Parra en el volante

El circuito de la carrera abarca tres ciudades, y es preciso marcar una alta velocidad. Intervienen alrededor de treinta corredores, la mayoría de los cuales son alemanes y franceses. Poco antes de que se dé la señal para largar la prueba, Test es acometido por una violenta descompostura y se ve obligado a renunciar a su participación.

Parra ve entonces su oportunidad. Gestiona y consigue que le permitan intervenir a él con el mismo coche número 16.

Y ya está en carrera, dispuesto a destacarse en cualquier forma y a conseguir un lugar honorable entre los primeros.

Sea que el coche está muy bien preparado o que el mismo Parra resulte un excelente y arriesgado conductor, el caso es que rápidamente logra pasar al frente del pelotón. Cuando le toca cruzar frente al palco donde está el káiser Guillermo II, este saluda a los corredores, y Parra, dejándose llevar por su vena humorística, contesta haciendo extrañas muecas.

Cuando ya solo falta una vuelta para terminar, ejecuta una hazaña que deja asombrados a los presentes. Frena el coche ante el palco imperial, baja, dice en francés un chiste al káiser, que este no entiende —afortunadamente para Parravicini—, se saca la gorra y vuelve a subir. Entonces acelera rápidamente para recuperar el tiempo perdido.

Pero el chiste le ha resultado caro. Así es como lo aventaja el francés They por una brevísima fracción de tiempo.

—Si no me paro ante el palco, gano —se quejaba después Parra—. Pero con todo, y por haber logrado el segundo puesto, me dieron doce mil francos. ¿Cuánto duraron? Poco, muy poco...

Otra vez en Brasil

Tan poco que no mucho después lo encontramos embarcado rumbo a las playas brasileñas. Es que antes de llegar a Buenos Aires quiere hacer escala en las ciudades donde tanto éxito tuviera antes, a fin de fortificar convenientemente su bolsa. Le duele volver a su patria derrotado. Por eso se contrata primero en el Theatro Lyrico de Río de Janeiro.

¡GRANDIOSAS NOVIDADES! ¡O CAMPEAO ARGENTINO FLORENCIO PARAVICINI APRESENTARA SEUS NOTAVEIS TRABÁLHOS DE TIRO AO ALVO!

Pero tan atractivo como su número es el resto del programa. Es que actúa allí la Compañía Excéntrica de Maravillas, la que, por primera vez en América del Sur, según anuncia, presenta un grandioso suceso:

¡O HOMEM SEM ENTRANHAS!

Este número es anunciado con gran desborde de propaganda, y para que se vea que no hay mistificación alguna se

invita solemnemente a asistir al cuerpo médico de la ciudad. Sin embargo, parece ser que el día de la presentación ocurre un rotundo fracaso del pregonado *hombre sin entrañas*.

A no ser por la presencia de Parra, el espectáculo se hundiría en el fracaso. Así lo reconoce la empresa al querer renovarle el contrato. Pero él ya tiene compromisos anteriores con el empresario Paschoal Segreto, y así es como se presenta en las diversas salas de aquel, y especialmente en el teatro Maison Moderne. Refiriéndose a sus intervenciones, dice un periódico que

O estimado atirador prepara algumas surpresas para deslumbrar o público e reunir o maior número de entusiastas.

¿Cuáles son esas sorpresas?

Ya vamos a describirlas. Pero señalemos que en otro órgano de la prensa se alude a la admirable presencia de ánimo de su ayudante, quien se muestra tranquilo, “sem pensar no perigo que se lhe apresenta...”.

¿Es cierto que su *partenaire* no piensa en el peligro? Algunos síntomas parecerían demostrar lo contrario...

Un resfrío convierte a Parra en actor

AQUEL BARRACÓN DE LA CALLE RIVADAVIA ♦ AUTORES
QUE GANAN TRES PESOS POR ACTO ♦ APARECE COLETTI
♦ SE ENFERMA EL CÓMICO RODRÍGUEZ ♦ EL FLAMANTE
ACTOR NO HACE LO QUE SE ESPERA DE ÉL

¿Qué es lo que hace el campeón argentino para deslumbrar a su público, según anunciaban los programas?

Digamos antes que los espectadores se preparen para “el plato fuerte” de la noche con un programa novedoso y variado. En el jardín del teatro se exhiben “36 vistas de la guerra rusojaponesa”, que recién ha concluido. Y en el escenario, se alterna la voz melodiosa de Bugrinha, una cancionista de moda, con la exhibición de *Romance de amor*, película de las primeras épocas del cine, y que se anuncia como “una grandiosa vista romántica”.

Y, finalmente, aparece “o estimado cavalheiro Parravicini”.

Después de sus habituales tiros con un revólver en cada mano, o mediante la carabina, y tirando a la platea desde uno de los palcos, o haciendo un blanco en un punto situado a sus espaldas —al que mira por medio de un espejo—, llega a las pruebas en que debe intervenir su ayudante. Una de ellas consiste en apagar un fósforo que este sostiene entre el pulgar y el índice. Pero hay otra más emocionante y peligrosa. El *partenaire* se acuesta teniendo por almohada una pequeña garrafa, la cual no tiene fondo. Parravicini hace puntería sobre la boca de la vasija, y la bala cumple obedientemente su recorrido penetrando por el reducido agujero hasta salir por el otro lado, sin que se quiebre la garrafa.

La cabeza del muchacho está demasiado cerca de la boca del vaso. Si él se moviera apenas, como le ocurrió en cierta ocasión al

infortunado ayudante que Parra tuvo en Montevideo, Harris... Si su puntería resultara levemente alterada alguna vez...

Pero eso no pasa de ser una aprensión de los espectadores.

“Se o senhor Parravicini erra o tiro...”

La realización de esta prueba demandaba por parte del ayudante de Parra, naturalmente, una dosis no pequeña de decisión y sangre fría. Efectivamente, el hombre parecía siempre muy sereno. Pero que en realidad no las tenía todas consigo lo demuestra una anécdota de la que se hicieron eco los periódicos rioplatenses.

Por entonces, Florencio y su *partenaire* habían abandonado Brasil, y ya actuaban en una sala de Montevideo. A muchos les llamaba la atención que en uno de los números, para el cual el ayudante debía tenderse sobre una mesa, no lo hiciera sin antes extender cuidadosamente una bandera brasileña bajo su cuerpo. Por fin, hubo uno que, más intrigado o curioso, le preguntó:

—¿A qué se debe que se acueste usted sobre la bandera del Brasil?

—¡Ah! —parece que contestó el hombre, con una sonrisa con la que quería corroborar su astucia—; “porque se o senhor Parravicini erra o tiro e me manda ao cemiterio, fago de canta que morro na minha patria...”.

El humildísimo comienzo

Un salto más, y el “hijo pródigo” está de vuelta en Buenos Aires. Es cierto que se encuentra sin dinero, pero no en la miseria. Y, además, tiene un oficio. Su oficio de campeón tirador. Así que no le demanda mucho esfuerzo encontrar trabajo en una sala de diversiones. Pronto consigue contratarse en el Concierto Varieté. Es allí donde da los pasos primeros por el camino que habría de

llevarlo a la fama, a la fortuna, a la popularidad más duradera y sorprendente que jamás haya tenido entre nosotros mimo alguno. Las grandes carreras tienen muchas veces comienzos humildísimos. La del actor cómico Florencio Parravicini se originó en un cafetín alegre. Y si algo puede asegurarse, es que ese principio dejó su sello indeleble a lo largo de toda su aplaudida actuación.

¡Ah, aquella sala que algunos llamaban barracón, llena de humo, de risas, de voces enronquecidas por la abundante ingestión alcohólica! Estaba situado el Concierto Varieté en la calle Rivadavia, entre Libertad y Talcahuano. El amplio local contenía centenar y medio de mesas y numerosas sillas, aunque —como aquellas— en deplorables condiciones de estabilidad. Es que el animoso público las utilizaba a veces, blandiéndolas como pesados proyectiles, en las bataholas que se producían de cuando en cuando por cualquier motivo, o para arrojarlas al pequeño escenario, acompañando el gesto enérgico con estridentes voces que incluían el pedido de la cabeza del autor o del actor. El pateo, la silbatina, eran manifestaciones usuales de aquellos espectadores que iban decididos a procurarse diversiones fuertes por las buenas o por las malas.

Consumición obligatoria

No se cobraba entrada, pero la consumición era obligatoria. Un ejército de camareras pizpiretas y desenfadadas, procedentes de todos los climas y latitudes, se daba maña para hacer frente a esa multitud de estibadores y milicos, “señoritos”, calaveras, damiselas dudosas, a todo el elemento heterogéneo que allí se daba cita. Pero evidentemente sabían desenvolverse con provecho, porque varias de ellas hicieron fortuna. De una, contaba cierta vez Parra:

—La he visto últimamente, después de tantos años. Es dueña de un chalet y de varios cientos de miles de pesos...

Para distraer a ese público deseoso de alegrarse rudamente, hay una pequeña y bastante mediocre compañía, dirigida por Carlos Coletti, y que tiene un actor cómico de apellido Rodríguez, pero a quien todos llaman “el del lunar”. Además suele completarse el flaco programa con variedades, que incluyen dúos gauchescos, algún prestidigitador, bailarinas. Cuando llega Parra, disfruta del favor del público la entonces famosa Rosita Tejero, que a la vez es copropietaria o regente de la casa. Allí es donde debuta una noche cualquiera de 1904 el tirador de renombre internacional Florencio Parravicini.

Se impone desde el principio. “El número que nos presentó anoche es muy emocionante y le valió numerosos aplausos” —dice un periódico—. Demostración de las simpatías que sabe ganarse rápidamente es el beneficio que poco después le dedican en el salón Prince George’s Hall, y del cual Parra cede una parte al asilo de huérfanos de Chascomús...

Cinco pesos por cada cuatrocientos tiros...

En el programa, que animan sus compañeros del Varieté, figuran:

“Los célebres acróbatas Reináis; Los Carriles, notable pareja de baile español; Mademoiselle Margot, cantante francesa; Adelina Paglio, *romanziera* italiana; Rosita Tejero, bailarina española”.

Como se ve, un verdadero cocktail de habilidades y nacionalidades. Además, un señor Manuel Argerich recita “un hermoso monólogo en prosa dedicado expresamente al señor Parravicini, el que se titula *Realidad*. Y después de unos ejercicios de tiro por el beneficiado, complétase la función con la aplaudida zarzuela *El fantasma*, animada por las señoras Bustamante y los señores Fresquet, Contreras, Coletti y el beneficiado. Lo que no sabemos es el papel que cumplía Parra en la tal zarzuela.

Tal vez el beneficio se hiciera también para completar las ganancias no muy crecidas del “reputado tirador”. ¿Cuánto le pagaban

entonces a Parra? Ni más ni menos que cinco pesos por disparar cuatrocientos tiros. Puede parecer baja esta tarifa. Pero en esa misma época, y en el mismo *Varieté*, le pagan entonces al luego famoso autor Alberto Novión —o a Tito Livio Foppa, que también dirigía una revista *Hada Varieté* destinada a comentar esa clase de espectáculos—, tres pesos por cada una de las peticas cómicas o dramáticas que allí se representan. Puede decirse, pues, que el tirador está bastante bien pagado, en relación con los autores...

Para el que corte naipes al filo

Para amenizar la intervención de Florencio, se conciertan sensacionales desafíos con aparentemente calificados adversarios, como un señor F. Picardo, al que en los programas se anuncia como “campeón italiano”. La competición se hace por una apuesta de tres mil francos. Es interesante anotar las condiciones del concurso para completar la descripción de las habilidades de Parra.

El premio del primer *match* lo lleva “el que haga mejor término medio sobre cartones especiales a treinta y sesenta metros de distancia”, entendiéndose que cada competidor debe hacer diez tiros.

El segundo constituye un tiro de velocidad, resultando vencedor el que emplee menos tiempo en acertar ocho blancos de cinco centímetros de diámetro a una distancia de quince metros.

Finalmente, el premio tercero es para “el que corte completamente mayor cantidad de naipes presentados de filo a quince metros”.

Ante el entusiasmo de sus ya numerosos admiradores, Parra logra adjudicarse el triunfo por escaso margen de puntos, y con él los tres mil francos prometidos. Pero la satisfacción que le depara este triunfo es eclipsada muy poco después por otro acontecimiento que ha de ser decisivo para su vida.

Y todo lo que va a suceder tiene por origen un incidente mínimo: un resfrío...

No admiten explicaciones

Esa noche, al llegar al Varieté, nuestro tirador tropieza con el rostro hondamente preocupado de Coletti:

—¿Qué te pasa, Carlos?

El director de la indigente compañía “artística” hace un gesto de fastidio:

—Y, ya ves..., este Rodríguez...

—¿Qué le ocurrió?

—Nada grave, un resfrío, una gripe, ¡qué sé yo! Pero me arruina la noche...

—Hombre, hay que avisarle al público. Todos comprenderán...

—¿Quién? ¿Este público? ¡Pero, Parravicini, ni que recién lo conocieras! ¡Esta gente no admite explicaciones de ninguna clase! Si no damos la función, nos queman la sala. Y...

—¿Y si la dan sin él?

—¡También! A menos que encontremos alguien que lo sustituya. ¡Pero es imposible! ¿Dónde vamos a buscarlo, a última hora?

Hasta entonces Parra ha sostenido la conversación sin mayor interés; pero le preocupa la ansiedad de este hombrecito que ya se ha ido convirtiéndolo en su amigo. Por eso se dedica a buscar una salida a la situación. Los dos, ceñudos y cavilosos, pasean durante un rato con los brazos a la espalda y la cabeza inclinada.

La gran idea de Coletti

De pronto Coletti interrumpe su paseo y lo mira con fijeza:

—¿Por qué no trabajás vos?

—¡Yo! ¿Estás loco?

—Vos tenés gracia y condiciones, y vas a conseguir ser actor.

—Pero si no sé ni pintarme.

—Yo te pinto. ¿Sabés el papel?

—Eso sí. La letra me la sé de memoria, porque he escuchado la piecita esa como cincuenta veces.

—Entonces, todo está arreglado.

—Pero Rodríguez es muy querido por el público. ¿Y si me silban?...

—No, hombre, no va a pasar nada...

Coletti necesita salir del paso y no está en condiciones de reparar si el clavo del cual se toma está calentado al rojo. Los dos se dirigen al cuchitril que hace de camarín, y allí el hombrecito se dedica a Parra. Años después, este recordaría que fue Coletti quien le enseñó a maquillarse.

Inseparable

A partir de esta ocasión ha de estrecharse definitivamente la íntima amistad entre Parra y Coletti. Una amistad muy singular, cimentada por la desmesurada admiración que este sentía por el actor. Una amistad que duró más de quince años, y que solo pudo interrumpir la muerte del risueño *attaché*. Mientras tanto, Coletti fue su secretario — un secretario muy curioso, mezcla de empleado, amigo y consejero—, a veces su empresario o su embajador. O desempeñó a la vez todas esas funciones. Eran inseparables. Difícilmente podía encontrarse al cómico sin esa sombra pequeña y tenaz que se llamaba Carlos Coletti. Hasta fue copartícipe de sus posteriores viajes a España y Francia y de incontables aventuras. Coletti era el siempre bien dispuesto factótum que adivinaba los deseos de Parra antes de que hubiese terminado de expresarse y que defendía mejor que él sus intereses. De esa pareja singular se narraban en los corrillos porteños los más reideros lances y ocurrencias. El mismo Parra tenía siempre listo un cuento donde su movedizo amigo aparecía desempeñando un papel regocijante.

Cuando el solícito Carlos cayó después de una larga enfermedad, los diarios recordaron que también había sido el confidente

de muchos autores noveles, luego miembros de la “guardia vieja”, de la primera época del teatro nacional. “Alguien dice que fue el Crispín de muchos Leandros de ese teatro; tal vez el concepto sea exacto”.

Pero no, en esta noche de 1904, nadie piensa en ese futuro. Aquí lo tenemos a Parra, bastante nervioso, aunque quiera disimularlo, dando los últimos toques a su caracterización. Y a Coletti corriendo de un lado para otro, para arreglar los últimos detalles. El espectáculo es —no hay por qué ocultarlo— de ínfima calidad. Pero se hacen tantos aprestos como si la que estuviera por aparecer en escenario importante, ante un público calificado, fuera una compañía de primer orden.

¿Cuál es la obra con la que está a punto de exponerse por primera vez al juicio de ese gran monstruo anónimo que es el público Florencio Parravicini? Es una píecita cómica en un acto, de las que solían tener acogida en esa clase de salas. Se llama “Los ambulantes”, y le han puesto música. Junto a Parra debe actuar como actriz Rosita Tejero, la bailarina.

Ya la impaciencia cunde entre los asistentes al *concert*. Ya las protestas vuelan de mesa en mesa y, como agitados por ciertas cosquillas, los pies se sienten deseosos de entregarse al zapateo colectivo que tanto temen los empresarios. Hay que levantar el telón.

La extraña conducta de Parra

—¡Parravicini, a usted le toca! ¡Salga!

La voz de Coletti es un poco temblona. Está un poco asustado. Ha tenido que afrontar varias veces el enojo de ese público inquisitorial, y no tiene ganas de repetir la experiencia. Desde adentro se dispone a contemplar la actuación del debutante. Florencio sale a escena. Florencio se detiene en el centro. Ahora le toca hablar. Pero no pronuncia una palabra. ¿Qué ocurre? Sigue

el silencio. No hace medio minuto que se halla ante las candilejas, y ya Coletti se retuerce las manos, entre temeroso y colérico.

Él no podía esperar, realmente, la inexplicable conducta de Parravicini.

Éxito escandaloso en el género libre

EL PRIMERO QUE SE COMUNICA CON EL PÚBLICO ♦
AUMENTO DE SUELDO ♦ SOLIDARIDAD CON LA HUELGA
DE BAILARINAS ♦ EL PÚBLICO SE VA CON PARRA ♦
LA PREDICCIÓN DE PEPITA AVELLANEDA Y LA DE UN
CRÍTICO ANÓNIMO ♦ ESCUADRÓN DE SEGURIDAD PARA
CONTENER A LOS ESPECTADORES

Coletti está furioso, efectivamente. Pero el público... Vaya a saberse qué mueca tenía estampada en su rostro Parra al salir a escena. El caso es que apenas los espectadores lo miran, se ríen. Un poco sorprendido, el debutante los contempla. La gente vuelve a reírse con más ganas. Mientras tanto, Coletti hace desesperadas señales a Florencio para que recite su papel. ¿Es que se ha olvidado? Para eso está el apuntador. Pero el apuntador también se está riendo a mandíbula batiente. Sin comprender del todo aún, Parravicini mira hacia bastidores, donde están sus compañeros, buscando la aclaración del misterio. Pero también ellos han sido ganados por la hilaridad general. Únicamente ve los gestos frenéticos de Coletti. Pero el flamante actor ya se siente más dueño de sí, y sin hacer caso del vociferante director ni de la letra de la pieza, vuelve a encararse con el público.

Un éxito escandaloso

—Hago un chiste —cuenta luego—, el público riéndose. Hago una mueca. Finjo dar un puntapié contra el refugio del apuntador, otra mueca, otro chiste, y las carcajadas se desbordan. Empiezo con mi papel y... ¡qué sé yo! ¡Un éxito, un escandaloso éxito!

Esta es la versión sintética y fiel de lo ocurrido aquella noche. El resultado es precisamente ese: un éxito escandaloso. Los aplausos son interminables y frenéticos. El público del Varieté ha descubierto un nuevo ídolo y se lo quiere expresar en forma inequívoca. Sus interpelaciones directas al público regocijan a los espectadores y provocan respuestas a las que el actor vuelve a replicar con chispeantes ocurrencias.

Uniando la sala con el escenario

Alguien habría de apuntar tiempo después:

—Fue el primero que se comunicó directamente con el público...

Ese fue, tal vez, el secreto de sus triunfos. Por lo menos, de sus primeros triunfos. La gente reunida en esas salas ínfimas sentíase asombrada primero, complacida después, por la condescendencia con que ese original caricato descendía a discutir y confraternizar jocosamente con ella. Así, Parra se ganó al público de un golpe, desde el primer instante en que tomó contacto con él. Y esa mutua comprensión, esa corriente de simpatía creada en forma tan insólita entre el escenario y la sala, ya no habría de alterarse nunca mientras actuara Parra.

El resonante éxito de Parravicini tiene de inmediato varias consecuencias; la primera, el desplazamiento de Rodríguez. Cuando el cómico vuelve después de varios días, se encuentra sustituido. No pudo recuperar su puesto ni la simpatía del público que hasta poco antes había sido tan adicto.

Anuncio de la futura fortuna

La otra consecuencia es la experimentada por el sueldo de Parra. De inmediato le es subido a doscientos cincuenta pesos

mensuales. Es nada más que el anuncio de las ganancias fabulosas que habría de recoger no mucho después; de esos quinientos o mil pesos diarios que años más tarde habrían de abonarle hasta en Rosario por sus actuaciones; de esos veinte mil pesos que alguna vez cobró en Montevideo por doce o quince funciones. Era el dorado comienzo hacia las increíbles fortunas que el prestidigitador de la risa y el dueño del buen humor habría de cosechar fácilmente en fructíferas temporadas. La cosa comienza con esos doscientos cincuenta pesos mensuales de sueldo...

Y una última consecuencia de su triunfo, y la más importante: esa noche, entre las ovaciones del público del Varieté, queda enterrado definitivamente el “artista tirador” o “campeón de tiro” y surge audazmente el actor cómico. La ruidosa carcajada del Buenos Aires nocturno acaba de darle el mejor esparadazo posible.

“No hay sillas”

Las noches siguientes no hacen sino confirmar la gloria del nuevo favorito. No hace caso de la letra, ni del consueta, ni de las entradas o salidas de sus compañeros. Un periódico dice: “Allí se ríe, y se ríe de corazón. Los actores, buenos, distinguiéndose el tenor Píriz y *Lorenzo* Parravicini. Este, de seguir así, resultará uno de los mejores cómicos con que podrá contar nuestro teatro nacional. Las obras son de género libre, y para poder verlas, es necesario ir temprano porque de lo contrario no hay sillas”.

Parece que es así, porque incluso el público va renovándose notablemente. La juventud rica y despreocupada de Buenos Aires y sus amigas, comienzan a acercarse al Varieté. El nombre de Parravicini empieza a circular en los distintos ambientes. Ya está lanzado.

Huelga de piernas

Pero la compañía no nada en la abundancia. Y Parra tampoco. El escenario es tan pequeño y los recursos tan escasos, que la habilidad debe suplirlos. En una obra de Novión, este y Parravicini pintan los decorados sobre las mismas paredes de material, para aprovechar al máximo el espacio disponible. Las obras que dan entonces se llaman *Frou Frou*, *Apunte no-más*, y otras tan libres y picantes como ellas y como ellas insignificantes y, por supuesto, hace ya largo tiempo olvidadas.

Pasan así seis meses.

Un buen día el ambiente del *concert* aparece convulsionado. El cuerpo de bailarinas ha solicitado algunas modestas mejoras en sus sueldos y la satisfacción de otras pequeñas reivindicaciones. Se las niegan. Y entonces, como último recurso, declaran la huelga. Huelga de piernas... Esa noche no se presentan a trabajar ni las bailarinas ni nadie, porque aquellas han recibido un inesperado apoyo: el de Parra.

“Ustedes tienen razón”, les dice el ex tirador, “ahora no deben retroceder”.

En esa forma se convierte en líder del original movimiento. Cuando este obtiene a las pocas horas un completo triunfo, las felicitaciones que recibe Parra por su actitud no son pocas. La empresa no se atreve a tomar medidas contra él a causa de su popularidad. Las favorecidas no habían de olvidar fácilmente ese gesto. Vamos a comprobarlo antes de mucho...

El público también se va

Una noche, al volver a su camarín, terminada la no muy extensa pieza, Parra se sorprende al encontrarse con un visitante. Es el empresario Dillac. Sin hacerse rogar mucho, el otro explica los motivos de su visita. Viene a hacerle una propuesta concreta y

tentadora en nombre de la empresa Bordeau y Dillac, propietaria de varias salas, entre ellas el Royal y el Parisiana, situada esta en la calle Esmeralda entre Sarmiento y Corrientes.

Las ventajas son:

Sueldo de trescientos cincuenta pesos mensuales, y contrato por un año. Parra irá dirigiendo la compañía que se creará con este fin para actuar en el Parisiana, y tendrá el honor de inaugurar un nuevo salón, el Roma.

Las condiciones son muy favorables y Parra no titubea. Da por terminada su actuación en el *concert* y se traslada al Roma, que estaba situado en 25 de Mayo, entre Corrientes y Lavalle. Entonces se produce un hecho muy curioso y significativo: el público se va con él. Acostumbrados a ese diario refresco de la salada comicidad de Parra, sus espectadores asiduos se resisten a perderlo. La sala del Varieté queda vacía. Y poco tiempo después es preciso cerrarla...

As del género libre

¿Cómo sobrelleva Parra, mientras tanto, el cambio de ambiente? En forma inmejorable, por cierto. Los concurrentes al flamante concierto constituyen —además de sus antiguos admiradores— dos sectores perfectamente delimitados: la juventud elegante y adinerada de Buenos Aires, que ocupa preferentemente los palcos situados en la parte alta, y los trabajadores portuarios y marítimos, una clientela bien dispuesta para la risa fácil después de haber soportado la soledad monótona de a bordo o el rudo trajinar de la carga o la descarga de los buques. Esta gente habría de sentir, poco a poco, una admiración sin límites por Parravicini, ruidosamente exteriorizada. Pero no son los únicos. El nuevo as del género libre conquista a todo ese Buenos Aires noctámbulo y ansioso de sensaciones fuertes que sacudan su estragada sensibilidad.

Unas palabras proféticas

Y hasta los críticos que se ocupan del género le reservan sus elogios. En una revista de la época publican su foto en la carátula, y en el artículo inserto en el interior, después de referirse a él como “el simpático joven”, aseguran que en el género libre, “a pesar de sus pocos estudios se revela como un artista consumado”. El párrafo final dice así, proféticamente:

“Expresivo en su mímica y oportuno en sus comicidades, Florencio Parravicini, con algún serio estudio, podría llegar a ser un buen actor cómico, género hacia el cual lo llevan sus inclinaciones artísticas”.

“Podría llegar a ser un buen actor cómico”. La realidad no ha de tardar en confirmar este aserto. Pero cuando las publicó el crítico, nada, sino su perspicacia, autorizaba a asegurarlo con tanta firmeza. ¿Habrá vivido el autor del artículo para ver la carrera meteórica de Parra? Y este, ¿habrá recordado alguna vez, en plena racha de triunfos, la auspiciosa predicción del ignorado cronista?

El novel autor

Ya durante su actuación en el Varieté había comenzado Parra a fabricar algunas de las piezas que allí se presentaban. Lo mismo hace en el Roma. La receta —bien pronto lo ha comprendido él— es sencilla, y la doble o triple labor del director-autor o adaptador es realmente proficua. De *Impresiones*, por ejemplo, se opina “que es una zarzuela ni mejor ni peor que muchas otras” —lo que casi es un elogio—, y de *Mi ideal*, adaptada por él, que “puede calificarse como una de las más acertadas que se han representado en estos últimos tiempos”.

Desde el primer día Parra hace notar esa costumbre suya, que no perdió nunca, de negarse a estudiar los papeles.

—Esta es la obra —le dijeron en el Roma, entregándole el libreto—. ¡Ah, bueno! —contestó, y se lo puso bajo el brazo.

Pero al día siguiente, cuando apareció en el escenario, no sabía una palabra. No por eso le hizo caso al traspunte. Se dedicó a improvisar, desconcertando a sus compañeros, pero ante el evidente entusiasmo del público. Sus monólogos picantes contribuyeron a aumentar su éxito e inclinaron decididamente la balanza en su favor.

La pareja de Parra es la entonces famosa Pepita Avellaneda. La primera *vedette* canta a dúo con él canciones picarescas, acompañándose con la guitarra. Es ella una de las primeras en vaticinar a Parra su afortunado porvenir:

—Vas a triunfar... Sos demasiado inquieto y ambicioso para conformarte con este ambiente.

Él reía... Cuando otros vientos arrastraron a Florencio, dejaron de verse. Hace cuatro años, confundida entre la gente de teatro presente en el velorio de Parra, se vio a una mujer anciana, de cabello completamente blanco, que llevaba un ramo de flores. Era la ex compañera de dúo de Florencio, Pepita Avellaneda.

Censuras que ayudan

La afluencia de público es grande, crecen las ovaciones y la popularidad de Parra. Su éxito es firme y tan ruidoso como él podía aspirar. Hasta que se produce un cierto escándalo en torno a su persona.

Parra representa con su compañía una pieza donde hace referencia a un caso patológico ocurrido por entonces en Buenos Aires. Como él mismo habría de reconocerlo, la obra “no valía ni el costo de un programa, pero tenía la virtud de ser oportuna”. Un diario importante salió al encuentro del criterio con que se hacía esa representación, censurando acremente tanto a Parra como al Roma y a sus empresarios. Las consecuencias

deberían haber sido gravísimas para la naciente popularidad de aquel. Pero una vez más se interpone su tradicional buena suerte, y los sucesos tienen un desarrollo muy diferente.

El público porteño se ha caracterizado siempre por una curiosidad avispada, siempre despierta, pronta a hurgar con preferencia en todo aquello que se le niega. La acerba censura periodística origina un acrecentamiento notable del interés público hacia la pieza que se presenta en el Roma. Grandes oleadas de ansiosos espectadores vuélcense noche a noche en su sala para ser superadas al día siguiente por una cantidad mucho mayor. El *affaire* de Parra es ya la comidilla de media ciudad. La expectación pública se refleja fructíferamente en la boletería. Pero a poco la afluencia es tan grande que dificulta el tránsito y amenaza provocar disturbios. Estos se producen, efectivamente, una noche en que un grupo nutrido de espectadores, furiosos por no haber tenido cabida en la sala del Roma, inician contra el teatro una pedrea que termina con muchos de sus vidrios. Desde entonces, el escuadrón de seguridad monta guardia frente al local. ¡Parra y sus amigos necesitan protección contra sus excesivamente efusivos partidarios!

Y la verdad es que tarda mucho en renacer la calma. Durante cinco largos meses se mantiene la guardia. Y todo por una infracción de Parra, que él mismo reconocería más tarde diciendo:

—Fue por un acto inconsciente que realicé en una obra mía titulada *Los tres infiernos*, pieza de género libre en la cual, sin querer y sin ánimo de ofender, cometí una falta de respeto y me descargaron un artículo furibundo...

Un castillo en Francia

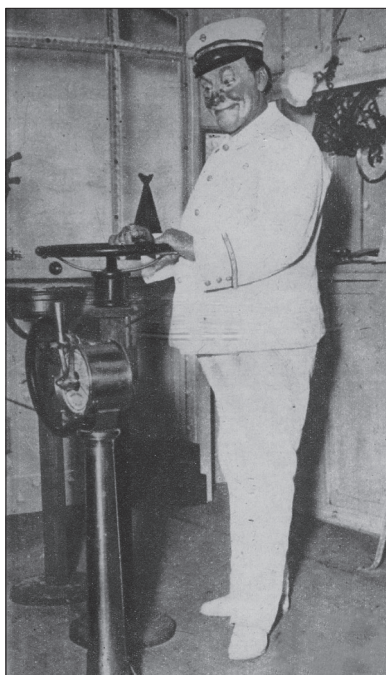
Los que están muy lejos de indignarse por los sucesos son los empresarios del Roma, “centro y sede —dice un crítico— de cuanta manifestación escénica que, estando al margen del

teatro, intentaba parecerse”. Ni en sus cálculos más optimistas habrían previsto un golpe tan beneficioso. Han tenido el acierto de establecer una entrada fija, reemplazando a la “consumición obligatoria” que regía comúnmente en esas salas. Sus ganancias son grandes. A tanto llegan, que un día, al celebrarse una cantidad crecida de representaciones, traen a Parra un magnífico regalo. Es una valiosa medalla de oro orlada con brillantes. El actor se apresura a mostrarse agradecido. Pero sus empresarios, que son franceses, lo detienen en esta forma:

—Esto no es nada —le dicen—. Queremos que la conserve en recuerdo de nuestro agradecimiento. Con lo que hemos ganado desde que usted está aquí, hemos podido comprarnos un castillo en Francia, a fin de pasar allí nuestra vejez...

No exageraban. Durante esa primera temporada, cada uno de los socios retiró cuarenta mil pesos de ganancia líquida.

Pero siempre se filtran, entre tantas satisfacciones, algunos disgustos. La tendencia de Parra a entablar diálogos jocosos con el público ocasiona a veces incidentes, sobre todo cuando sus interruptores no conservan la chanza en el mismo tono intrascendente que le da el actor. Entre los calaveras y patoteros que acuden allí habitualmente, no son pocos los que



En la interpretación de la obra *De Mar del Plata a Sevilla metido en una barquilla*, Parra obtuvo uno de sus resonantes éxitos. Foto: Archivo General de la Nación.

vienen dispuestos a tomar el pelo al ya famoso bufo. Hasta se hacen apuestas sobre si lo lograrán o no. Pero noche a noche, la experiencia que Parra tiene como hombre que ha corrido mundo le permite sortear las pruebas y hasta poner en ridículo a sus contradictores.

Parra, preso

Pero no siempre le resulta tan fácil esquivar las provocaciones. Una noche, mientras representan una piecita llamada *El asistente*, alguien interrumpe a Parra una y otra vez. El público lo hace callar, pero el interruptor insiste. Se crea una situación embarazosa, y comienza a insinuarse uno de los tantos bochinches célebres en esos centros de diversión nocturna. Parece que los asientos van a saltar por los aires a cada momento. De todas maneras, se llega sin mayores tropiezos hasta la caída del telón, para el intervalo. Pero cuando Parra intenta dirigirse a su camarín, se ve interpelado por el interruptor de marras, que evidentemente se encuentra bebido. Discuten. Los epítetos que se intercambian son cada vez más violentos. Finalmente, el espectador quiere pasar a vías de hecho. Entonces Parra, que aún está caracterizado y vistiendo un traje de época que incluye un espadín, extrae el arma y asesta a su rival un par de planazos. La disputa se contagia a la sala, y se produce una agitada controversia donde las palabras casi no juegan papel y, en cambio, actúan puños y proyectiles... Finalmente interviene la policía. Y el ídolo del Roma, acusado de lesiones, tiene que sufrir una corta detención.

Al término de cada uno de estos singulares choques, Parra recibe nuevas ovaciones de su adicto público. Hay entre escenario y sala una comunicación fácil y directa. Ambos, actor y público, parecen cortados por la misma tijera. Y las frases intencionadas, los chistes de tono subido, las canciones picarescas

que el bufo endilga con su gracia directa y efectiva, satisfacen cumplidamente los deseos de su heterogénea clientela.

Damas alegres y “niños bien”, hombres de mar y ciudadanos correctos que quieren escapar a la solemnidad de su vida cotidiana por la vía de la risa fácil, encuentran que Parra es su más adecuado intérprete.

Y se lo demuestran con efusión.

Pero no saben que están en trance de perderlo. Una noche, mientras Parra cumple su función habitual, seis pares de ojos lo escrutan cuidadosamente, vigilan sus gestos, examinan con detención cada uno de sus ademanes, todo el desopilante juego escénico del bufo. Aunque no lo sepan Parra ni el público, en esos momentos él está bajo la observación de un jurado que decidirá su futuro.

Seis hombres de teatro encuentran un primer actor

“EL QUE FUE MI HERMANO PEPE” ♦ PODESTÁ NO
TIENE CONFIANZA ♦ LAS LIBERTADES DE FLORENCIO ♦
¿CUÁNTO QUIERE GANAR? ♦ EL PÚBLICO DE PARRA SE
RESISTE A PERDERLO ♦ UN ANÓNIMO IMPRESIONANTE

El origen de todo está en esa pelea de los hermanos Podestá. Hace tiempo que Pablo intenta quebrar la hegemonía de su hermano Juan José; independizarse. Como no se llega a acuerdo alguno, resuelven separarse amigablemente. La salida de Pablo y los elementos del mismo elenco que lo acompañarán está fijada para el 20 de noviembre. Pero mucho antes, apenas comienza octubre, estalla de pronto la tormenta artística, “en forma ruidosa y casi campal”, como dice un diario de la época. Parece ser que don Pepe se había presentado esa noche en los camarines de los intérpretes que debían de abandonarlo requiriéndoles que rompieran su compromiso con Pablo, o, de lo contrario, que se retiraran de inmediato del Apolo. Como esto no era lo convenido, menudearon las protestas y las censuras. Solo la presencia de terceros evitó que el incidente tuviera contornos más graves.

Pero su resonancia fue amplísima, al aparecer al día siguiente, en los diarios, una comunicación de Pablo Podestá, donde explicaba la disputa desde su punto de vista. Aludía a los ofrecimientos que había hecho a todos sus parientes para que actuaran junto a él. Y allí estaba aquel concepto que fue la comidilla del ambiente durante un tiempo:

El que fue mi hermano Pepe...

Las ofertas de Pablo

“Al que fue mi hermano Pepe” le había ofrecido mil quinientos pesos mensuales, la concesión para explotar el café contiguo al teatro, y el pago de los derechos por las obras de las que José fuera autor; todo, a condición de que renunciara a la dirección artística del elenco. No le había prometido nada a Antonio, al principio, en vista de su buena posición pecuniaria, pero, ante su rechazo, le ofreció un sueldo de mil pesos, sin que tampoco se aviniera a irse con él. A Juan, que estaba enfermo, le ofertó mil pesos mensuales, trabajara o no. Y a los “chicos” de la familia Totón, Marino y Aparicio —estos últimos de catorce y nueve años respectivamente—, retribuciones que llegaban hasta los trescientos pesos mensuales.

Pero, ni “el que fue mi hermano Pepe” ni los demás quisieron aceptar. El rompimiento era un hecho.

La salida del gran intérprete pone a la compañía de Pepe Podestá ante una severa disyuntiva. ¿Dónde y cómo encontrarle reemplazante? Parece una empresa imposible. Pablo no es solo un actor ya formado, sino que ha venido revelando una capacidad pareja para la cuerda dramática y para la cómica. No hay más que recordar, en este último sentido, su “Silvino Abrojo”. Su ausencia anticipa un desastre para la compañía del Apolo, a menos que el claro que deja sea llenado prontamente, y bien.

Pero eso no parece posible. El horizonte teatral de la época no permite divisar a ninguna figura capaz de convertirse en el sucesor de Pablo.

El valet interviene

Así transcurren unos días angustiosos. Todos están dedicados —sin éxito— a buscar el anhelado reemplazante. Desde los autores, que concurren habitualmente al camarín de Pepe Podestá,

hasta el administrador o los otros integrantes del elenco, y aún el *valet* del jefe del elenco. Y justamente es este el que primero encuentra la solución.

El hombre —se llama Eduardo Di Carli— se decide a abordar, un buen día, a Julio Traversa, administrador del Apolo, y le hace la confidencia:

—¿Buscan a un primer actor? En el Roma hay uno... ¡Si viera cómo hace reír a la gente!

Pero la proposición no va muy lejos. Todo lo que tenga que ver con el Roma y su género menor es muy mal visto por los del Apolo.

Sin embargo, es preciso encontrar una solución.

Y la solución —parece que estuviera escrito— tiene que venir, precisamente, del Roma.

Seis en busca de un actor

Ahora es uno de los autores favoritos de la casa, Ulises Favaro, el que comunica a don Pepe, con cierto aire de misterio:

—Ya tengo a su primer actor.

El otro lo observa con desconfianza.

—¿Dónde está? ¿Quién es?

—¡Ah! Todavía no puedo decírselo. Pero ya estoy pensando hasta en el personaje que crearé para él en la obra que le preparo.

Durante dos días continúan los elogios. Al fin, el creador de Pepino el 88, no puede contener su impaciencia e interpela a Favaro:

—¿Quién es ese fenómeno, se puede saber?

El autor uruguayo comprende que no debe hacerle esperar más, y le espeta, a boca de jarro:

—¡Parravicini!

Instantáneamente, el desaliento se retrata en la faz de don Pepe. Sin ganas para contradecir a Favaro contesta, en tono desabrido:

—Nunca lo he visto trabajar...

—Bueno; si quieren verlo, vamos al Roma, donde él trabaja, y así se convencerán. Le repito que allí hay un gran actor en ciernes...

La búsqueda ha durado lo suficiente para que Podestá se haya convencido de que está ante un problema casi insoluble. Por eso se deja convencer con cierta facilidad.

—Y, bueno... Vamos, si quieren.

Por eso, esa noche de septiembre de 1906 Parravicini está sujeto, sin saberlo, a la observación de seis pares de ojos avezados, que calculan y sopesan todas sus habilidades, gestos y muecas.

Son seis hombres de teatro que andan desesperados en busca de un primer actor...

Parra nos hará clausurar la sala

Acompañando a Favaro y a Podestá, han ido Carlos María Pacheco, Carlos Vidal —que es secretario de la compañía— y Julio Traversa. La primera impresión que recibe don Pepe no es nada favorable. Un poco espantado, exclama:

—¡Las cosas que hace, amigo!

—Espere un poco más —pide Favaro— y luego juzgue.

En su libro de memorias ha recordado Juan José Podestá las sensaciones experimentadas aquella famosa noche, allí, “donde se celebraba un espectáculo mixto sui géneris, ante un público más sui géneris todavía que el espectáculo”. Apenas llegan, el administrador del Roma se les queja de las zafaduras de Parra. Si siguen así, asegura el hombre, tal vez para despistar, pronto quedarán arruinados. Los inspectores municipales no hacen más que asestarles multas por las libertades que se toma el bufo en sus monólogos o en los diálogos de subidísimo tono que mantiene con Pepita Avellaneda.

A pesar de esa poco favorable recomendación oficial, entran en el local.

—Era este —recuerda don Pepe— un salón rectangular, espacioso y maloliente, donde se respiraba una atmósfera enraecida por el humo de cigarros de todas clases, que fumaban hombres y mujeres, y por el vaho de tanto licor y tanta bebida que allí se consumía. Al frente, un tablado, que servía de escenario como podía servir de patíbulo, para “ejecutar” las obras.

Se revela el fauno

Y a todo esto, ¿qué es del astro del Roma?

Parra dice monólogos o improvisa, “porque hablaba con el público como si estuviera entre amigos y contestaba a las ocurrencias que algún espectador le dirigía provocando francas carcajadas y aplausos formidables”.

El inspector municipal intenta interrumpirlo, llamándolo al orden. Es inútil. Florencio le contesta con una sonora chuscada. Entonces, en vez de enojarse, el otro se retira. Se nota que apenas puede contener la risa.

Ahora, don Pepe está francamente asombrado.

Parravicini tenía gestos y actitudes de fauno, y tras los característicos rasgos de su cara mefistofélica se adivinaba todo el arte que vivía en su alma, y que para manifestarse necesitaba, tan solo, cambiar de ambiente, como así fue.

Favaro se sale con la suya

Favaro se vuelve hacia él con rostro triunfante:

—Y, ¿qué me dice ahora?

—Sí. Es muy bueno. Pero se pasa a la otra alforja para conquistar al público...

—Pero tenga en cuenta que el Apolo no es el Roma. Y escribiéndole una obra para él...

Lo cierto es que no se precisa convencer a nadie. Quien más, quien menos, todos se dan cuenta de que han hallado el hombre necesario.

¡Y hay que encontrar al sustituto de Pablo!

En la piecita cómica que se representa, Parra encarna a un personaje torpe que se presta fácilmente al chiste directo y efectista.

—Ese Panete que acabamos de ver —comenta Favaro— será el mismo tipo de mi obra. Ya lo tengo.

Y así fue.

“¡Gana dos veces más que nosotros!”

Traversa queda encargado de entrevistar a Parravicini. Pero al principio cuesta convencerlo. Se resiste a creer en su buena fortuna. Teme que su modalidad choque violentamente fuera de la atmósfera propicia del Roma.

—¿Cuánto me darán?

Traversa prefiere jugar fuerte, para derrotar de una vez las vacilaciones del otro:

—Cuatrocientos pesos.

—¿Para mí solo? ¿Y Pepita?

—A ella podríamos darle algún papelito. Pero eso es otra cuestión. Ahora se trata de usted.

—¿Tanta confianza me tiene?

—Sí.

Finalmente, llegan a un acuerdo. En lo que a ellos respecta, todo está arreglado. Pero el choque se produce cuando don Pepe Podestá se entera del convenio:

—¿Cuatrocientos pesos? Pero..., ¿están locos? Entonces va a ganar casi tanto como yo... ¡Es una locura! Usted sabe que Pablo nunca recibió más de quinientos pesos. ¿Y cuánto gana Lea Conti? ¡Doscientos cincuenta! ¿Y Herminia Mancini? ¡Doscientos cincuenta! Y ahora, un sujeto que estuvo haciendo

toda clase de payasadas va a comenzar con semejante sueldo...
¡Es una barbaridad!

—Mire, don Pepe. Desde que no está Pablo, las entradas se han venido abajo y usted bien lo sabe. Con Parravicini podremos repuntar. Además, usted no tiene que preocuparse. Págueme doscientos pesos, y los otros doscientos corren por cuenta de la empresa.

Podestá tiene que aceptar el acuerdo, refunfuñando. Pero pocos días después estalla otro conflicto. Entre don Pepe, Traversa y Parra, habían acordado mantener en secreto el monto de su remuneración, para no despertar el recelo de los otros actores. Y, como siempre, Florencio se olvida de su promesa...

Una tarde, durante el ensayo, se le acerca Humberto Zurlo, el ya notable actor.

—¿Cuánto le pagan a usted, Parravicini?

Risueñamente, su flamante compañero se lo dice. El otro empalidece:

—¡Cuatrocientos!

La sorpresa y la cólera se apoderan de Zurlo. Él, primer galán, gana ciento cincuenta pesos. Y este recién llegado...

Antes de cinco minutos, la noticia circula entre todos los miembros del elenco. Y don Pepe Podestá, que entra en ese instante, los encuentra en plena rebelión. Uno lo amenaza, otro protesta, un tercero jura que es una ofensa incalificable. Don Pepe quiere mantener la ficción, pero lo derrotan.

—¡Si les digo que gana doscientos pesos!

—¡Cuatrocientos! ¡A nosotros no nos engañan!

—¡Cálmense, muchachos!

¿Y dónde está el autor del enredo? Asustado ante las consecuencias de su indiscreción, ha tomado el portante. No vuelve a aparecer por el Apolo sino cuando le informan que después de largas discusiones, promesas y convenios, la tempestad se ha apaciguado... por el momento.

No quieren que se vaya

Convenido el próximo debut en el Apolo, Parra se prepara a despedirse de su público. Para eso se organiza una función especial. Pero esa noche se nota en el *concert* un ambiente extraño, de muda hostilidad. Todos comprenden que los espectadores están enfurruñados por el alejamiento del actor favorito. En semejante público el disgusto se manifiesta siempre en forma peligrosa. La función puede terminar en bochinche.

A pesar de todo, Parravicini sale a escena.

Los temores se confirman. En lugar de los aplausos y los “¡bravos!” con que se acostumbra celebrar su aparición, lo acoge un silencio hosco, amenazante. Ni sus primeros chistes logran cambiar la tensa situación. Pero a poco, sus ocurrencias, los monólogos en que prodiga lo mejor de sus habilidades, van fundiendo el hielo inicial. Asoman las primeras risas, y al poco rato toda la sala se confunde en una misma y ruidosa carcajada. Pero no por eso se ha alejado el peligro. En los rincones comienza a corearse un estribillo que luego repiten todos:

—¡Que se quede! ¡Que se quede!

—¡No queremos que se vaya!

—¡Si se va —amenazan algunos exaltados— vamos a quemar el Apolo!

El actor comprende que no se trata de meras amenazas. No les costaría nada convertir esa promesa en hechos. Por eso pide silencio, y comienza a arengarlos explicándoles que, aunque cambiando de sala, estará dispuesto siempre a prodigarse para ese su querido público. Convencidos, sus admiradores quieren demostrarle su simpatía. Entonces comienzan a caer sobre el escenario los objetos más diversos, que le han llevado especialmente como homenaje. El piso queda literalmente cubierto con relojes, cajas de cigarros y cigarrillos, tabaqueras, bastones, lápices finos, látigos, cinturones y otros objetos de cuero trenzado, sombreros, pasteles, flores, hasta palomas... Es una escena insólita.

Mientras tanto, desde el gallinero, los palcos o las plateas, hombres y mujeres le dirigen la palabra. Algunos se acercan, lo estrujan, lo llevan en andas...

En medio del tumulto, un estibador se sube a una silla y pronuncia un discurso. Después de asegurarle cuánto se lo estima, le promete que irán a aplaudirlo todos en su debut del Apolo. La emoción sacude a esa multitud heterogénea compuesta por marineros, “niños bien” y mujeres alegres.

Es un delirio.

Y a la vez es la despedida del *music-hall* y del *variété* al cual ha venido dedicando Parra sus últimos años. En esta forma se prepara para ingresar en otro género, en otro ambiente, incluso con otro público.

Comentando este tránsito, alguien habría de apuntar luego:

—No llegó al teatro por la puerta grande, sino por la claraboya...

Al irse Parra, lo reemplazó otro actor llamado Braconi. Conociendo la forma en que Parra contentaba a su público, intentó también recurrir a los mismos métodos, como los zafados diálogos con los espectadores. Pero lo que se toleraba en Parravicini no se le permitía a nadie. Su sustituto sufrió un completo fracaso.

El anónimo

Mientras tanto, en el Apolo se hacían febrilmente los preparativos para la función en que había de presentarse Parra. Como lo ha prometido Favaro, la pieza en que ha de actuar se llama *El Panete*. Además, el programa anuncia otras obras: *Jacinta*, de Alberto Novión; *Camila*, de Agustín Fontanella; *Uxoricidio*, adaptación de una farsa italiana hecha por Traversa.

Ocupados por esos preparativos, ni Parravicini, ni Pepe Podestá, ni la gente de su elenco notan que se aproxima la tormenta.

La primera noticia la tienen la mañana de la función, el 6 de octubre de 1906. Es cuando reciben un anónimo.

Basta leer las primeras palabras para comprender que algo grave se avecina.

“Esta noche —comienza la carta— no quedará una butaca sana en el Apolo...”.

“Esta noche no queda una butaca sana en el Apolo”

NI UN BUEN TRAJE PARA RETRATARSE EN EL ENSAYO,
POR PRIMERA Y ÚLTIMA VEZ ♦ EL ACRÓBATA SE LLAMABA
PABLO PODESTÁ ♦ “PARRAVICINI VA A FRACASAR” ♦ UN
AMIGO DE LA CASA QUE NO DEBE SER AMIGO

Hasta la llegada de ese amenazador anónimo, todos han estado muy contentos...

Además, en los días anteriores a ese 6 de octubre de 1906, la gente del teatro Apolo no ha hecho sino dedicarse activamente a preparar la función. No se ha querido descuidar ni un detalle.

Es que don Pepe Podestá no las tiene todas consigo, realmente. De golpe, su elenco ha perdido el valiosísimo concurso de Pablo, que ya está por debutar en el Teatro Nuevo con Orfilia Rico. ¿Cómo recibirá el público a este reemplazante angustiosamente buscado y conseguido? ¿Qué pasará con ese Parravicini que hasta hace unos días deleitaba con gruesas chocarrerías a los complacientes parroquianos del Roma, motivando insistentes protestas periodísticas?

“Préstele su sobretodo”

De todas maneras, prefiere asegurar todas las medidas que contribuyan, sino a un éxito retumbante, por lo menos a evitar que fracase la temporada.

Es preciso, ante todo, imponer, popularizar el nombre del flamante actor de la compañía Podestá. Hay que mostrar desde ese momento su rostro al público, para que este vaya reconociendo en él al futuro provocador de sus carcajadas. Hay que imprimir volantes, carteles, programas.

—Necesitamos una foto suya, Parravicini.

—No tengo. Hace mucho que...

—Bueno. No importa. Esta misma tarde iremos a un estudio.

Dicho y hecho. A la hora convenida, Parravicini se presenta en el lugar indicado. Los demás notan que su vestimenta es bastante humilde. Lo interrogan con la mirada. Él la interpreta.

—No tuve tiempo de vestirme mejor —aduce a modo de disculpa.

Los otros no insisten. Comprenden que hasta que Parra levante cabeza, su guardarropa seguirá bastante desprovisto. En ese momento, Julio Traversa —a quien debemos esta anécdota— tiene una ocurrencia. Se dirige al empresario, Silvio Giovanetti, que también los ha acompañado.

—Oiga, don Silvio. Préstenos su sobretodo por un momento.

Un cantante de ultramar

Es un abrigo de espectacular apariencia, con una piel oscura que rodea su cuello, dando al que lo lleva un aspecto “de *tenore* célebre” —como decía el mismo Giovanetti, en su pintoresco lenguaje.

Solemnemente, el empresario pasa el sobretodo a Parra, que procede a probárselo ante un espejo. Ensayo una pose, otra, y otra más. Ahora levanta el cuello de piel pavoneándose ante sus amigos, comenta:

—Yo sí que parezco un cantante “*d’otremare*”...

Así se explica que Parra aparezca en ese retrato en una pose y figura tan diferentes a otras centenares y centenares de fotografías suyas que se conocen. El gesto es melancólico, como si quisiera arriesgar una contradicción con el programa del teatro, donde se le recomienda como actor cómico, desopilante. Más bien parecería un trágico europeo concentrándose para actuar en un tenso drama. El famoso abrigo y la correspondiente piel contribuyen a completar esa, su enigmática apariencia. En ese



Este es el famoso sobretodo "de tenore" de la anécdota que se relata en este capítulo. Foto: Archivo Gráfico de la Nación.

momento, está más cerca de su abuelo, el conde Parravicini di Casanova, que del campeón tirador que ha sido hasta unos meses antes...

¡Parra ensayando!

Mientras tanto, se ensaya activamente la pieza que servirá de presentación a Parra: *Panete*. Favaro ha delineado el personaje teniendo en cuenta el que representaba el cómico cuando fue a verlo al Roma, y también una obra que en esos momentos ofrece en el teatro Marconi el actor dialectal Gaetano Gavalli.

Por primera vez en su vida, Parravicini interviene en un ensayo.

Casi podría decirse también que por última vez...

Durante toda su vida de actor, Parra conservó un santo horror por los ensayos. Lo documentan innumerables anécdotas. Esta característica suya ha llegado a ser proverbial. Hay mucha gente que nunca lo ha visto actuar y que apenas sabe algo sobre su vida, pero, por lo menos, está enterada de su desafección por el estudio, por la conquista de la técnica profesional, por el ensayo a solas o en conjunto.

Él mismo habría de confirmar y defender esta condición suya, muchos años después, en una conferencia llamada "Mis experiencias como actor". Conviene reproducir algunas líneas, porque si sus argumentos no resultan convincentes, no se puede negar que son llamativos:

El artista tiene derecho a la inspiración; para eso es artista. Impedírselo es deformarlo, deshumanizarlo. Yo jamás, lo confieso sin ruborizarme, me he distinguido por lo estudioso y disciplinado, porque la experiencia me demostró que era contraproducente para mi temperamento, por la sencilla razón de que cuando salía a escena con el papel sabido

y sujetándome estrictamente a las indicaciones del director, la interpretación me resultaba fría y deslucida. ¿Por qué? Porque lo imprevisto, lo fortuito, lo improvisado, es lo que verdaderamente juega en mí un papel preponderante, que me ha hecho sacar partido de situaciones apenas abocetadas, y en las que mi intuición descubría ricos filones para la comicidad; y con esta modalidad he recogido grandes satisfacciones al provocar éxitos de manera imprevista. Claro está que esta es una modalidad personal, y ello no implica una advertencia para los intérpretes, pero desde luego, se trata de una manifestación innata con la cual no he podido romper lanzas...

“Se lo juro por mis hijos”

No podía romper lanzas. Así lo demuestran no pocos relatos de quienes lo conocieron íntimamente o trabajaron junto a él alguna vez. Como la anécdota, muy ilustrativa que contaba Supparo:

Un día, Parravicini me manda llamar. Estaba en cama, curándose de las quemaduras producidas en el incendio del Teatro Argentino, a consecuencia del cual falleció la actriz Borda.

Después de saludarme, me dice:

—Le pedí que viniera porque necesito que usted se haga cargo de la dirección escénica de mi compañía.

—Pero mire, Parra; usted no hace caso a nadie. Después hay que estrenar sin haber realizado los ensayos precisos, y entonces se producen los líos y los dolores de cabeza.

Solemnemente, Parra hizo protestas de estar arrepentido:

—Voy a asistir a los ensayos, Supparo. ¡Se lo juro por mis hijos!

—Pero ya ve cómo está mintiendo... ¡Si no tiene hijos...!

Y los dos lanzamos la carcajada.

Supparo decidió hacer la experiencia, y se hizo cargo del conjunto. Y, como suponía, los ensayos que él presidió no pudieron contar nunca con la presencia de Parravicini...

Tres figuras y una anécdota

Pero eso sería después. Serían hazañas del actor famoso, aplaudido e inundado por billetes de banco. Pero el debutante Parravicini no puede permitirse el lujo de desafiar la cólera de don Pepe. Por eso, es el primero en llegar a la sesión en que se da lectura al sainete de Favaro. También es el primero cuando se realizan los ensayos, que entonces eran largos y realmente agotadores.

“Parravicini se mostró atento y estudioso. A tal punto que el día del estreno era el único que conocía el papel de memoria...”.

Quien asegura esto tiene sus razones para saberlo. Es Lea Conti, la hoy veterana actriz que habría de actuar junto a él en distintas temporadas. En esta ocasión del estreno de *Panete* le tocaría desempeñar, por causas fortuitas, un papel preponderante.

Pero antes señalemos una coincidencia curiosa. Tres de las figuras que tienen algo que ver con el debut profesional de Parra han intervenido casualmente en un suceso singular acaecido años atrás.

Se trata de Pablo Podestá, a quien aquel debe reemplazar; de Antonio Podestá, su hermano, autor de la música de *Panete* y miembro importante de la compañía; y de Lea Conti, primera dama joven y destinada a compartir con Parra la responsabilidad principal de la mencionada pieza.

El acróbata de la malla celeste

Cuando ocurrió esto, Lea era una chiquilina inquieta, que se sentía locamente atraída por los espectáculos circenses. Admiraba a

Rosita de la Plata, y de vuelta en su casa hacía lo posible por imitar sus contorsiones y pruebas. También despertaban su entusiasmo otros acróbatas de la compañía Podestá-Scotti. Un día estaba presenciando los saltos admirables de uno de aquellos, muy joven, cuando este, al no recibir el apoyo de sus compañeros, cayó. Entonces las redes eran planas y angostas, y en este caso no fueron útiles para recibir el cuerpo del acróbata, evitándole el golpe. El muchacho, que llevaba una malla celeste, fue a caer en un lugar donde, felizmente, no había público. Lea, impresionada, dio un fuerte grito. Arremolinóse la gente, y de ella sobresalió un hombre fornido, de aspecto enérgico. Separó a unos cuantos comedidos, levantó al joven y comenzó a sacudirlo violentamente. La muchacha volvió a gritar, a pesar de los consuelos de su padre:

—¡Lo matan! ¡Lo están matando!

Años después, la joven actriz relataba el incidente a sus compañeros del Apolo. Pablo Podestá escuchaba atentamente y en silencio su relato. Cuando se hubo enterado de todos los detalles del lance, le dijo, sonriente:

—El de la malla celeste, era yo...

—¿Y el otro?

—¿El otro? ¡Ah! Era el bruto de mi hermano Antonio...

Es decir, el mismo que había sido esposo de la admirada Rosita de la Plata. El mismo con el cual habría de casarse ella misma poco después y con el que sigue unida actualmente.

La hábil propaganda de la empresa ha provocado algunos comentarios en torno a la figura de Parravicini y a su próximo debut. Pero la verdad es que muchas de las predicciones no son nada propicias:

—Será difícil que logre aclimatarse...

—No va a estar como en el Roma. Es otro ambiente, otro público...

—Va al fracaso...

—Se entierra esta misma noche...

“Un amigo” da el alerta

Bajo tan poco prometedores auspicios llega el 6 de octubre de 1906. Y para colmo, esa misma noche se recibe el anónimo a que aludíamos. Dice así:

“Esta noche no quedará una sola butaca sana en el Apolo.
¡Ojo, tome sus precauciones!
Un amigo de la casa”.

Quienquiera sea el autor del aviso, la gente de la compañía de Pepe Podestá tiene una suficientemente larga experiencia para comprender que se avecina un “meneo” de proporciones. Hay un hecho evidente: los partidarios de Pablo, sus más fervientes admiradores, no se han consolado del retiro y el posterior reemplazo de su ídolo. Y están dispuestos a hacer bochinche. Por entonces era muy común que los principales actores tuvieran su “barra”, que los seguía y defendía a capa y espada por donde fueran. El mismo Parra habría de contar con la suya antes de mucho tiempo. Pero, por ahora, son sus adversarios los que se hallan organizados.

Una legión de valientes

Hay que proceder a organizar la contraofensiva. Pero, ¿cómo?

Muy sencillo. Se manda llamar al famoso “Patasanta”. Si él no consigue hacer frente a los provocadores y arreglar el embrollo; ¿quién podrá hacerlo?

Como se sabe, ese seudónimo distingue a Luis Ghiglione, el indiscutido “Rey de la Claque”; se le explica detalladamente lo que ocurre, se le dan instrucciones. Aunque Patasanta, ducho en pateos y silbatinas, sabe perfectamente cómo debe conducirse. Para eso tiene a sus órdenes una amaestrada legión de

“claqueeros” y comparsas hábiles, decididos, sin miedo. No conocerán mucho en materia artística, tal vez, pero son invencibles manejando los puños o la estaca...

Las entradas para la función se agotan rápidamente. Y a las cinco de la tarde, ya se ven obligados a colgar en la ventanilla de la boletería el cartelito clásico: “No quedan más localidades”.

Ambiente tormentoso

Superfluo resulta decir, pues, que la sala del Apolo aparece repleta. Pero el compacto público está dividido. Unos son ajenos a la disputa que se avecina, o están decididos a proceder imparcialmente; otro sector de la concurrencia está compuesto por partidarios de Pablo, y viene con intenciones amenazantes; después está la gente de “Patasanta”; Y, además, antiguos compañeros y compañeras de actuación de Parra en el Variété, que quieren demostrarle así su solidaridad. Un numeroso grupo de bailarinas y camaristas del *concert* de la calle Rivadavia, en cuyo movimiento huelguístico él había colaborado, concurren llevándole cada una su correspondiente ramillete de flores.

Puede decirse, pues, que las líneas están tendidas. El ambiente es pesado, inquietante. Hasta un recién venido podría predecir la inminente tormenta.

En esas condiciones se levanta el telón...

La consagración del actor

“TENGO UN MIEDO HORRIBLE” ♦ COMIENZA EL
BOMBARDEO ♦ LA CONTRAOFENSIVA DE “PATASANTA” ♦
CONSECUENCIAS DE LA POPULARIDAD ♦ LOS AROS DE
LEA CONTI ♦ “DE DÓNDE SAQUÉ ESTE LOCO...”

¿Dónde está la clásica osadía, el conocido desparpajo de Parra? Antes de esta ocasión, los ha mostrado muchas veces. Después, ocurrirá lo mismo. Pero en las noches de su debut no las tiene todas consigo. El compromiso es bravo. Va a tentar sus fuerzas en un género desconocido, ante un público distinto al que solía ocupar las mesas del Varieté o del Roma. Un público que no lo conoce o está desfavorablemente impresionado por sus antecedentes en el género libre o por el alejamiento de Pablo.

Por eso es creíble que —como apunta don Pepe Podestá— Parra esté poseído de un “un miedo emocional enorme”. “Temblaba, de nervioso”, agrega.

Se desatan las hostilidades

Alzado el telón, comienza a jugarse el sainete. Parra está entre bambalinas, ya caracterizado para su papel de mensajero. Transpira abundantemente. Procura secarse el sudor con un gran pañuelo de hierbas que lleva. El traspunte le avisa que debe estar pronto, y en ese mismo instante se siente acometido de un extraño y visible temblor. Se trata de uno de esos “tics” nerviosos que a veces hacen terminar en catástrofe la carrera de un actor, o que motivan una desastrosa noche. De pronto, alguien le toca el brazo. Él se vuelve instintivamente. Es Lea Conti.

—Tengo un miedo horrible, Lea...

—¡Ánimo! ¡Yo estaré a su lado!

Ahora, confortado, él da unos pasos hasta aparecer ante el público. Pero, no bien lo divisan, se produce una silbatina copiosa, interminable. Al mismo tiempo, desde las galerías altas comienzan a caer en el escenario objetos extraños: clavos, bisagras, tachuelas, algunas papas... Parravicini, intensamente pálido, procura cuerpear los proyectiles. Al mismo tiempo, y perdida toda posible templanza, dirige a los agresores algunas expresiones violentas que podrían haber hecho ruborizar a los mismos fogueados lobos de mar asiduos al Roma. Entonces, la dama joven, ya caracterizada como “Chingolo”, corre hasta ponerse a su lado. La mano en la cadera y en actitud desafiante, mira hacia el público mientras le dice a Parra en alta voz:

—No te preocupes. ¡Aquí estoy yo para defenderte!

Es preciso tener en cuenta que los *habitués* del Apolo estimaban a la pequeña Lea, que solía compartir sus aplausos cuando actuaba junto a Pablo Podestá encarnando los primeros papeles. Por eso su intervención tiene una influencia morigeradora. Pero, al mismo tiempo, en las galerías se viene desarrollando la contraofensiva de “Patasanta”. El rey de la claqué envía a sus bravos al encuentro de los perturbadores, y se producen allí algunas escenas de pugilato acompañadas de puntapiés y palos. Y mientras los más violentos bochincheros van siendo desplazados, el otro sector de la claqué inicia un aplauso que a poco va acompañando todo el público. El aceite es vertido a raudales sobre el encrespado mar. La atmósfera ha sufrido un cambio completo.

Parra puede comenzar su papel.

La consagración

De cómo lo hizo, hablan elocuentemente las crónicas periodísticas del día siguiente. Parra evidencia ya en esta ocasión esa

aguda tendencia a la improvisación reidera, su extraordinaria “vis cómica”, ese imponderable sentido del humor que le permite arrancar las máximas posibilidades de cualquier leve insinuación del libreto. Al principio, es la claqué la que comienza e impulsa todos los aplausos; pero luego los espectadores no necesitan de ese aliciente para expresarle su aprobación. Parra se anima. De pronto, al divisar entre los espectadores a algunos de sus compañeros de trabajo en el Roma, se dirige a ellos con alusiones intencionadas y chistes. Para un teatro es una libertad excesiva. Pero el ambiente está tan a su favor que su actitud no provoca reacciones hostiles. En adelante, Parra podrá permitirse hacer lo mismo todas las noches...

El consejo de don Pepe

Entre aplausos, baja por fin el telón, dejando consagrado el nombre de Florencio Parravicini como actor cómico de primera fila. Tiene que salir muchas veces para agradecer las ovaciones. Está radiante de júbilo. Pero, de pronto, y aprovechando la confusión general, algún elemento rezagado de los alborotadores arroja al escenario dos papas y un clavo.

Parra los toma, contemplándolos con cierta amargura. En ese momento se le acerca el jefe de la compañía, y Florencio le muestra los proyectiles, quejoso:

—¿Ha visto, don Pepe...?

El aludido lo anima campechanamente:

—Este es tu mayor triunfo. Créemelo. Guardá esas cosas como recuerdo de tu debut...

No sabemos si Parra los habrá guardado realmente. Porque en ese caso, las dos papas y el clavo hubieran hecho digno *pendant* con aquella famosa postal a la cual nos referimos en una nota anterior y donde se le aseguraba, como “porvenir probable”, una choza de latas en “la quema”...

—Parra nunca olvidó ese día famoso —cuenta Lea Conti—. Cuando compró su primer yate, lo bautizó llamándolo “Panete”, y en el salón principal de la nave figuraban, dentro de un gran marco, las fotos de las seis principales figuras de la compañía de aquel entonces, así como un comentario periodístico donde se hacía referencia a la representación. Su actitud hacia mí fue inalterable, y muchos años después, en 1921, cuando iba a presentar *Melgarejo*, pensó enseguida en su antigua compañera y fue a buscarme...

Llega la fama

Al día siguiente, Parravicini se despierta convertido en hombre famoso. Las crónicas periodísticas son favorables, recibe felicitaciones de admiradores y de amigos, y muchos de ellos, novísimos... La vida le sonríe. Entonces, y para festejar el triunfo, manda un recado a la cochería más próxima.

—Que me envíen un buen coche y un hermoso “tronco”, para dar un paseo por Palermo esta tarde... ¡Ah!, y que el cochero venga bien uniformado...

El descendiente del caballero Casanova quiere tomarse el desquite...

Su fama comienza a extenderse. Hasta el Apolo se allegan figuras significativas en los diversos sectores: políticos, altos funcionarios... El subsecretario de Instrucción Pública le hace llegar su tarjeta, que dice:

... Habiendo podido apreciar en la función de anoche sus eximias y cultas condiciones de artista escénico, al interpretar con justeza y admirable inteligencia personajes difíciles y de indispensable estudio psicológico, a la vez que saber detenerse en el exacto medio de la nota chispeante, se permite presentarle sus plácemes sinceros, por si ellos pudieran servir de noble estímulo a su carrera...

Por su parte, el secretario de la presidencia de la República disculpa la inasistencia del primer magistrado a un beneficio de Parra y le solicita el envío de entradas.

Había caído en gracia

Panete, pese a sus flaquísimos méritos, se eterniza en el cartel. Llega con toda facilidad a las cien representaciones. Don Pepe Podestá sabe que Parra ha sido el factor decisivo para ello. Y le aumenta el sueldo a quinientos pesos. A los tres meses vuelve nuevamente a aumentarle a seiscientos.

No solo sus entradas ascienden: es su popularidad la que va superando todos los límites alcanzados hasta entonces por los actores, y, sobre todo, por los actores nacionales. La facilidad con que prende y se propaga su fama deja boquiabiertos a los más avezados hombres de teatro, a los periodistas, a sus mismos compañeros de trabajo. ¡Y ni que decir a sus familiares! Parra habría de contar luego, en una autobiografía humorística:

Nunca me aprendí las obras. Sabía que con solo salir a escena y decir “buenas noches”, el público se desternillaba de risa... Había caído en gracia de tal manera, que no se oía hablar más que de Parra en todos lados. Parra en la calle; Parra en las casas de familia; Parra en las carreras... Hasta le pusieron Parra a un café. ¿Parra qué se lo pondrían?, me pregunto yo...

Otro índice es la formación de un elenco filodramático que lleva su nombre. Para hacerlo constar le entregan una medalla en el día de su beneficio, en junio de 1907. En esa oportunidad, un periódico porteño comenta que la presentación de Parra en el teatro “ha sido una nueva calaverada que agregar a las que de él se cuentan”... El diario *La Prensa* señala que “se improvisó artista de la noche a la mañana y logró serlo de veras, mientras

otros, después de veinte años de experimento, permanecen estacionarios y no pasan de aficionados...”.

Este auspicio general de que gozaba lo incita a mostrarse con más desenvoltura aún en el escenario. Además de algún que otro diálogo con el público, hábito que no ha de abandonar nunca, introduce en sus papeles frases que ninguna relación guardan con ellos, o intercala bromas a sus azorados compañeros de elenco.

“Nos convidarás con café”

Por entonces, Lea Conti ya se halla comprometida con Antonio Podestá. El día en que ella cumple diecisiete años, aquel le regala un par de aros. Por su parte, los demás compañeros del elenco, a incitación de Parra, le obsequian con un juego de tacitas de café. Ambos presentes habrían de ocasionar a la joven actriz, esa misma noche, un verdadero sofocón.

“Yo estaba ansiosa por lucir los aros que me había regalado Antonio”, cuenta ahora la principal protagonista del incidente:

Así que, ni siquiera esperé a que terminara la representación. Aparecí con ellos en el cuadro del pasacalle de *Panete*. Parra, que observó ese detalle, sonrió. Casi enseguida me dijo en voz alta, ante los espectadores:

—¿Te gustan los aros que te regaló tu novio? ¡Sí, ya se ve que estás contenta! Pero no te olvides que las tacitas te las regalamos nosotros...

Yo no atiné a responder. Su ocurrencia tan inesperada, me había dejado sorprendida y confusa. Entonces él agregó:

—Espero que después nos invites a tomar café. Y si no, mejor será que nos devuelvas el juego...

A todo esto, el público se reía a mandíbula batiente, sin comprender el sentido de las palabras de Parra, ya que estaba ajeno al asunto, pero sí incitado por su expresiva gesticulación...

Al Tigre, en lugar de ensayar

Su pasión por los deportes, que luego habría de llevarlo a la aviación y a la práctica intensiva del *yachting*, después lo vuelca en el motociclismo. Ataviado con una extraña vestimenta, que incluye *breeches*, botas y una de esas características gorras deportivas con la visera hacia atrás, se le ve pasar hacia las afueras con un ruido tremendo. Casi todos los días viaja así hacia Tigre, y en muchas ocasiones lleva como acompañante a Enrique Muiño, quien comienza a imponer en el Apolo su caracterización del malevito criollo.

“En el Tigre”, cuenta Muiño,

tomábamos el té o comíamos cualquier cosa, y por la noche ya estábamos de vuelta para actuar en el teatro. Otras veces él aparecía por la puerta del Argentino, y sin bajarse de la máquina interpelaba al portero:

—Che, ¿están ensayando?

—Sí, don Florencio.

—Bueno, decile a don Pepe que no puedo quedarme, porque me voy al Tigre.

Dicho esto, picaba la moto y salía como una flecha, hasta desaparecer en medio de un estrépito descomunal...

Por una cuestión de faldas

Pero la extraña dualidad del carácter de Parravicini solo puede aquilatarse a través de ciertos episodios, que sirven de hilo conductor para penetrar en su extraña psicología. El que vamos a contar es uno de ellos.

Esa noche se estaba representando en el Apolo una obrita de Julio Traversa y Camilo Vidal. Es *Panete en la escuela*. Como siempre, la sala está rebosante de público. Tras la última

carcajada, Parra se refugia en su camarín. Empuñando la toalla, ya ha comenzado a limpiar la pintura que transforma sus rasgos, cuando lo sorprende la voz de Traversa, singularmente alterada:

—Florencio, vienen a detenerte...

—¿A mí?

—Sí. Aquí está el comisario, esperándote...

¿Qué es lo que ha hecho Parra? No vamos a ocuparnos de eso aquí, porque no nos corresponde entrometernos en su vida íntima, tan accidentada, por otra parte, como la que se cumplía a la vista de todo el mundo. Limitémonos a señalar que hay de por medio una pelea; y, ¿cuándo no?, una cuestión de faldas...

Y el caso no debe ser sencillo, porque el comisario dice unas palabras que consiguen dejar a Parra intensamente pálido:

—Vamos cuanto antes. El coronel Falcón quiere hablar con usted...

—¿El nuevo jefe de policía?

—El mismo...

Hace apenas cinco días que el coronel Falcón se ha hecho cargo de la jefatura. El que haya dado orden de llevar a su presencia al detenido, indica que se ha tomado el asunto muy a pecho. Los amigos de Parra se asustan, y comprenden que deben movilizarse de inmediato. Es preciso recurrir a las influencias. Pero, ¿quién las tiene, si el jefe es nuevo? Traversa y Giovanetti corren de un lado para otro, y al fin consiguen dar con un hombre de teatro que ha sido compañero de Falcón en la escuela primaria. Acompañados por él, piden y obtienen una audiencia. Pero su gestión choca con una cerrada negativa. Falcón quiere dar un escarmiento. Finalmente, hace comparecer a Parra en presencia de sus amigos. Entonces le enrostra su conducta.

—¿No le da vergüenza? —le dice—. ¡Un descendiente de los Parravicini! ¡El hijo del coronel Reinaldo Parravicini! ¿Qué diría él viéndolo aquí? ¡Yo he sido muy amigo de su padre!

La filípica continuó en el mismo tono durante largo rato. Florencio permanece de pie, la cabeza gacha, entre temeroso

y avergonzado. Recibe la avalancha de reproches sin intentar defenderse siquiera. Ni un gesto, ni una palabra. Es la viva imagen del arrepentimiento. Sus amigos están asombrados al verlo tan humilde. El mismo Falcón comienza a comprender que ha sido demasiado duro. Y cuando unas lágrimas comienzan a deslizarse por las mejillas de Parra, suspende el sermón.

—¡Vamos, vamos! —dice palmoteándolo—. Quise hacerle comprender y lamentar lo que ha hecho. Prométame portarse bien en lo sucesivo.

—Se lo prometo —responde Florencio, demudado y con un hilito de temblorosa voz.

—Bueno. Entonces lo dejo en libertad.

Arrebatado por el agradecimiento, el actor hasta intenta besarle la mano. Hace confusas promesas de corregirse, y luego, acompañado por sus amigos, abandona el lugar. Traversa, Giovannetti y los otros que integran la delegación, están tan emocionados como Parra. De pronto, un gesto sorpresivo de este les llama la atención. ¿Qué ocurre? Se ha transformado repentinamente. La mueca de dolor ha desaparecido. Ahora exhibe un gesto de triunfo. Ya no hay compunción, sino una frenética alegría en su rostro. Y no es esa voz temblona de hace un momento, sino una bien firme, llena, alegre, la que exclama exultante:

—¿Han visto? ¡Lo embromé!

Y enseguida:

—¡Y después algunos dicen que no sirvo para hacer papeles dramáticos!

Sus amigos están estupefactos. Les llevará un buen rato para comprender que han asistido a una singular farsa. Y que no solo Falcón ha sido chasqueado...

Mientras tanto, aumentan las exigencias de Parra en el Apolo. Él sabe que constituye la atracción máxima, y se hace valer. Por otra parte, hay empresarios que han fijado sus miradas codiciosas en ese verdadero filón de oro. Las proposiciones tentadoras se

sucedan. Por su parte, a don Pepe Podestá le duele abrir demasiado la bolsa...

Y así no puede extrañarle que un día estalle el conflicto.

Ese año trágico de 1908

QUINCE PESOS POR UN SALTO MORTAL ♦ LA GRAN
COMPAÑÍA DEL ARGENTINO ♦ CONTRATANDO A MUIÑO
♦ ÉL SE FRÍE EL PEJERREY ♦ ACCIDENTES A GRANEL EN
EL TEATRO ♦ LOS TULES Y GASAS DE FLORENCIO
♦ EL RECURSO DEL HIMNO NACIONAL

ISi le valdría a Parra esa amplia experiencia de la vida! Por un descuido no han hecho contrato con él, al llegar al Apolo. Por su parte, Florencio ha dejado pasar los días sin mencionar el asunto, seguro de que el tiempo trabajaba a su favor. Cuando quieren establecer el compromiso sobre bases firmes, él se niega. Y pide sucesivos aumentos.

—Mire, Julio —le dice a Traversa—. Por vos me voy a quedar hasta el año próximo. Pero van a tener que darme ochocientos...

—Y bueno... Te los voy a conseguir...

Es cierto que don Pepe protesta. En el fondo, le duele que un extraño a la comunidad familiar y teatral —siempre tan cerrada— que forman los Podestá, haga tabla rasa con los éxitos, los aplausos y los sueldos. Y de cuando en cuando, señala el contraste con sus propios comienzos humildísimos:

—¿Saben cuánto ganaba yo, ¡yo mismo!, en el circo Raffeto? ¡Dos pesos por función!

O también:

—¡Ganar la plata tan fácil cuando, para que me dieran quince pesos, yo tenía que hacer un salto mortal!

Pero esas razones no convencían a nadie, y menos que a nadie a Parra. Eran otros tiempos. Y el público iba por él. Eso era evidente. ¿Entonces?

Y Florencio recibe sus ochocientos pesos. Y don Pepe Podestá no deja de recordarle que lo quiere como a un hijo.

Pero, ¿qué son ochocientos pesos para Florencio Parravicini? Tan solo una parte —una parte cada vez más pequeña— de lo que gasta. Por eso, sus visitas al administrador se hacían cada vez más frecuentes.

—Yo —nos cuenta don Julio Traversa— temblaba cada vez que se me acercaba diciéndome: “Vamos al escritorio. Tengo que hablarte...” Es que nunca tenía un centavo en el bolsillo. Si su sueldo hubiera sido de cien mil pesos, hubiera ocurrido exactamente lo mismo.

Panete había llegado a las cien representaciones, lo que entonces significaba un triunfo casi sin precedentes. No hay que olvidar que de *Barranca abajo* solo se dieron veinticuatro. No menos suculentos “borderós” se obtienen con *Panete en la escuela*, hecha sobre la base de una pieza de Cayetano Cavalli, representada en el entonces teatro Rivadavia; *La cabra tira al monte*, de Miguel López; *Facha bruta*, de Agustín Fontanella; *Don Quijano de la Pampa*, de Carlos María Pacheco, o con *Sinfonía*, firmada por Florencio Parravicini, con música del maestro Payá.

Y con cada una de ellas se repiten los anteriores triunfos del nuevo dueño de las carcajadas. Se llega a asegurar que, en Buenos Aires, no queda una persona que no haya ido a reírse con él...

Y, por lo tanto, continúan sus demandas. Mil pesos mensuales. Se los dan. Mil trescientos. También. Mil quinientos. No hay más remedio que acceder. Pero con eso no se somete al derrochador impenitente. Además, en esos días, se le ha acercado el empresario don Esteban Serrador. Su oferta es tentadora. Parra dijo después que le había ofrecido su incorporación como socio, con el cincuenta por ciento de las entradas. No vamos a entrar aquí a dilucidarlo, lo único que interesa anotar es que la propuesta de Serrador asegura a Florencio ganancias muy superiores a las que obtiene en el Apolo.

—El asunto me interesa, déjeme unos días para pensarlo...

Y entonces le pide a don Pepe una entrevista.

—Mire, don Pepe...

—¿Qué te pasa?

—Yo creo que debería ganar más.

—¡Pero ya te estoy dando mil quinientos pesos! ¡Ya sabes que nadie gana tanto aquí!

—Y, bueno, pero a mí no me alcanza. Usted sabe que gasto mucho. Estoy lleno de deudas...

—¿Y cuánto querés?

—Los mil quinientos de sueldo y, además, un porcentaje sobre las entradas vendidas.

El viejo actor —refería luego Parra—, entre sorprendido e indignado por mi insolencia, gritó:

—¿Nada menos que eso?... ¡No, no y no!



Reunión de empresarios. En el grupo aparecen, rodeando a Parra, Carcavallo, Podestá, Quiroga, Delgado, Casaux, Vittone, Muiño, Traversa, Pomer, Gerino, Rosich, entre otros.

Y volviéndose hacia los otros, con gesto despectivo:

—De donde saqué este loco, otro loco sacaré...

Entonces, don Pepe...

Así queda rota la vinculación de Parra con los Podestá.

En ese momento, Florencio se da cuenta de que están por abordar el mes de octubre de 1907. Es decir, que ha pasado exactamente un año desde su espectacular debut en la sala del Apolo. Doce meses que han sido decisivos para su carrera.

Se separa de los Podestá, y las relaciones no son muy afectuosas durante un tiempo. Pero, en la familia teatral, muchas divergencias y roces se van olvidando poco a poco. La antigua amistad ha de restablecerse luego. Lo demuestra ese ofrecimiento generoso que, en una hora crítica, ha de hacerle Florencio Parravicini a don Pepe Podestá.

Años después de ese día de octubre de 1907, Parra se encuentra nuevamente con don Pepe Podestá. También rodean la mesa Roberto Casaux, Luis Vittone y Segundo Pomar. La conversación ronda, naturalmente, los temas del oficio. Los actores no ignoran que don Pepe ha atravesado, en los últimos dos años —están en 1918—, una racha de mala suerte. Hasta tuvo que volver a representar los antiguos dramones criollos y reiniciar los espectáculos acrobáticos que caracterizaran al circo de la familia en sus comienzos. Se habla de que sufrió apuros, que está cargado de deudas... Finalmente, alguien aborda con franqueza el asunto que a todos preocupa:

—¿Es cierto que le ha ido tan mal don Pepe?

—Así es. Peor de lo que se imaginan. He pasado unas angustias...

—¿Y por qué no recurrió a cualquiera de nosotros?

—No sé... Tal vez por temor a un desengaño, que hubiera quebrantado aún más mi moral...

No es cuento

Es don Pepe Podestá el que cuenta la entrevista. Por eso, la verosimilitud del relato que sigue no puede ponerse en duda.

—Don Pepe —dijo entonces Vittone—, si necesita cinco mil pesos para formar compañía, cuente con ellos.

Parravicini, a su vez, extrajo de un bolsillo su libreta de banco, que acusaba un depósito de más de cien mil pesos, manifestando que podía disponer de ellos; mientras, Casaux, que había tomado en sus manos la libreta, agregaba, ante la elocuencia de las cifras:

—Vea, don Pepe que esto no es cuento...

—Gracias, muchachos —respondí, conmovido—. Felizmente, por ahora, no necesito... Si alguna vez las circunstancias me obligan, no olvidaré sus generosos ofrecimientos...

Levantando la puntería

Una vez decidida su separación del Apolo, Parravicini concibe planes ambiciosos. Quiere presentarse en el Teatro Argentino con una gran compañía, y dedicarse a representar obras de calidad. Lo cierto es que esos sus primeros pasos por el nuevo camino que tienta como actor, son muy acertados... Es que esta es una de las pocas veces en que intenta levantar la puntería. Habría de cansarse, luego, pronto, como se cansaba siempre. Habría de volver, una y otra vez, a los recursos de la comicidad fácil, que hacían decir a uno de los críticos teatrales: Parra, engolosinado con el aplauso y la carcajada de cierto público ignaro, romperá sus propósitos de enmienda. Y es una lástima, porque tiene condiciones excepcionales para trabajar como uno de los actores cómicos de mayor gracia de aquende y allende los mares.

Pero, por ahora, los pasos que da solo merecen plácemes. Como director del flamante elenco es elegido don Ezequiel Soria, el prestigioso organizador de las compañías nacionales, que tanto impulso ha dado a la escena y a los autores argentinos. Parra se reserva los papeles cómicos, y para la parte dramática es traído Guillermo Battaglia, que acaba de desvincularse de la compañía del Nacional. Completan el elenco: las hermanas Borda, Aída y Fedora; Ada Cornaro, Sara Ortiz, José Gómez, Enrique Muiño, Segundo Pomar, Salvador Rosich, Luis Vittone, y otras figuras que, aunque ahora ocupen puestos humildes, no tardarán en destacarse con perfiles propios en la escena nacional.

Para atraer a tan competentes colaboradores no se regatea el dinero. Lo demuestra lo que ocurre con Muiño, que entonces, como dice un diario de la época, “caracteriza insuperablemente a los vigilantes de facción, milicos de cuartel, sargentos de campaña, gauchitos compadres y orilleros enamorados”. Así lo cuenta el mismo intérprete de *Su mejor alumno*.

“Si te parece mucho”

—Un día, Parra me comunica que está por separarse de Pepe Podestá, y que piensa tentar suerte encabezando un elenco.

—¿Me acompañás?

—Y..., bueno. Contá conmigo.

—¿Cuánto te paga Giovanetti, aquí?

—Doscientos mensuales.

—Si venís conmigo, te doy cuatrocientos.

Yo me quedé admirado y agradecido:

—¡Macanudo, Florencio!

—¿Te parece mucho? Bueno, te doy quinientos...

Y con estas palabras dio por cerrado el trato, llevándome a trabajar al Argentino.

Parra se prepara el vino

La flamante compañía se presenta, ante una sala desbordante de público, con dos obras: *Fruta picada*, de Enrique García Velloso, y un juguete cómico cuyo autor es Parravicini, titulado *Panete, conscripto*. No hay que decir que el brillante elenco, ayudado por una correcta *mise en scène* y decorados que revelan una preocupación poco común, obtiene un rotundo éxito. En cuanto a la obra de García Velloso, motiva elogios y censuras. Los diarios anotan que “no es ni comedia, ni pochade”, sino una sucesión de escenas ligadas entre sí con bastante habilidad, a pesar de carecer en absoluto de interés de argumento. Se censura, también, el lenguaje de *Fruta picada*, del cual se dice “que haría ruborizar a un cosaco”, y que ciertas frases “ni un payaso de circo se habría permitido pronunciarlas ante un público selecto”.

Pero el caso es que el telón baja entre aplausos y que la novísima compañía tiene la vida asegurada. Los triunfos han de continuar, a través de la interpretación de otras obras, de autores argentinos y extranjeros. Por entonces, Parravicini comienza a imponer su condición de monologuista, que el público celebra alborozadamente. Uno de sus admiradores le dedica un verso que comienza así:

Es en el Teatro Argentino
 como un simpático rey:
 él se fríe el pejerrey
 y él se prepara su vino.
 Con perspicacia y con tino
 le da vuelta al repertorio...

En este repertorio figuran obras de Novión, de Ezequiel Soria —*El primer triunfo*, donde Parra hace un papel femenino—; de Carlos María Pacheco —*Los reos*, en que caracteriza a un brasileño—, y de Carlos O. Bunge. El de este es un episodio dramático, tomado de su libro *La novela de la sangre*, y se llama *Regis*. Por primera vez,

Parravicini se presenta ante el público cumpliendo un papel dramático, en la caracterización del tirano Rosas.

La bohemia pierde partidarios

Por entonces se ha venido produciendo una marcada transformación en las costumbres, en la forma de vivir de los profesionales del teatro. La bohemia recalcitrante comienza a perder adeptos. Actores y actrices ya no se pasan el día en el teatro, como en esas jornadas heroicas que se prolongaban desde las dos de la tarde hasta las tres o cuatro de la madrugada. Tampoco conviven, como bulliciosas familias, en hoteles y pensiones. Parravicini es uno de los que dan el ejemplo. He aquí cómo refiere un periodista sus visitas a los actores más en boga de entonces:

Pablo, sin ir más lejos, se ha construido un palacete magnífico, cerca de Lomas. Allí ha reunido, al confort, todo lo que le seduce, desde el punto de vista deportivo y artístico. Tiene un poético jardín, que él mismo cultiva; billar, piano, armonio, pájaros, muebles raros, “atud”, ¡la mar!

La abominable casa de huéspedes está siendo abolida.

Parravicini, que tiene en su haber mundano el hábito de vivir a lo príncipe, se ha instalado en una preciosa casa de la calle Libertad y Arenales. Lo hallamos frente a un escritorio monumental, trabajando. Vestía, el artista, una *robe de chambre* roja, un gorro parecido a los que solía ponerse, para andar por casa, el general Mansilla...

Aprendiendo a vestirse

Pero, al mismo tiempo, se está produciendo otro cambio, puertas adentro del teatro, y este sí realmente importante para el

género. Los actores comienzan a vestir bien, a moverse con soltura, en sus trajes correctamente cortados y a medida. Antes, en las primeras épocas del teatro criollo, la vestimenta de hombres y mujeres ha sido idéntica en su simplísima monotonía. Ellas vestían siempre, como las “chinas”, con amplios batones y los clásicos vestidos de percal; ellos, de gauchos o paisanos. Pero lo que queda bien en las obras gauchescas, no se adapta al clima de la comedia ciudadana, a la obra de salón.

Miguel López —“el pelao López”—, actor y periodista, fue, como recuerda Muíño, uno de los primeros en llevar a la escena galanes vestidos con elegancia y soltura. Otro es Parravicini. Ezequiel Soria está de acuerdo con esas innovaciones. Por eso, una de las medidas iniciales tomadas en el Argentino, es la de desterrar de la escena los *fracs*, *chaquets* y levitas de ocasión, adquiridos por docenas en las ropavejerías. La ropa y todo lo que necesite el actor —pelucas, etc.— serán hechos, en lo sucesivo, a la medida.

El año trágico

Si 1907 se les presenta sonriente, no lo es menos el año siguiente. En realidad, es todo el teatro nacional el que atraviesa una misma coyuntura favorable. Es cuando en el Moderno estrenan *Las de Barranco*, que llega a las ciento ochenta representaciones. Pero, ese mismo 1908, ha de recibir el calificativo de “año trágico del teatro”, por razones ajenas a la calidad de las obras, a las cuestiones financieras y a la afluencia de público. Es que la muerte parece querer ensañarse, por unos meses, con el mundillo teatral. Y el mismo Parra llega a sentir la proximidad de su indeseable aliento...

Primero es don Casimiro Monserrat, conocido hombre de teatro, empresario y apuntador. En este último carácter está trabajando en el Mayo en esa temporada. Una noche, durante la

representación de *El dúo de la Africana*, los actores esperan, en vano, su susurro habitual. En su concha se ha hecho de pronto el silencio. Se sospecha cualquier cosa, menos la verdad. Un síncope cardíaco ha terminado con él. Don Casimiro ha muerto en su puesto de trabajo...

Luego es Carlos Bordeaux, primer actor cómico de una compañía italiana. Terminada la función sale, con su esposa, a dar unas vueltas por Palermo. De pronto la ruptura de un aneurisma le produce la muerte, en el mismo coche en que paseaba. Un fin parecido tiene Juan Orejón, tenor cómico de zarzuela en su juventud, y durante muchos años empresario teatral en varios países sudamericanos. Su muerte está rodeada de circunstancias más dramáticas aún, porque se produce al regresar de una función dada en su beneficio, para costearle su viaje a Europa...

¡Incendio en el Argentino!

También sufren accidentes el barítono del teatro Mayo, Capsir, que se quema gravemente al intentar sacar, a luz de magnesio, una fotografía del interior del teatro. O doña Teresa Rodríguez de Gil, antigua tiple, quien sufre serias quemaduras al estallarle en las manos una lámpara de acetileno que pretendía encender; y también su esposo, Enrique Gil —popular creador de *Justicia criolla*— cuando pretende ayudarla.

Está visto que, este año de 1908 ha de ser fatal para la vida y seguridad de los actores.

La familia teatral no se ha repuesto aún de la impresión causada por tantas peripecias trágicas cuando, una noche, corre por las distintas salas una voz de alarma:

—¡Incendio en el Argentino!

—¡Están heridos varios actores!

—¡Parra en estado gravísimo!

Parra, víctima de las llamas

POR LLEVAR VESTIDO DE GASA ♦ MUERE FEDORA ♦
UN MES DE CAMA PARA FLORENCIO ♦ LA DRAMÁTICA
REPARICIÓN ♦ CÓMO SALVARSE DE UN INCENDIO

El siniestro se produce justamente una noche en que se representa una revista cómica cuya paternidad pertenece a Florencio y que se denomina *Parra-Concert*. En la pieza se reconstruye —montando un escenario pequeño sobre el grande— la atmósfera de un *music-hall*. Y eso da oportunidad para incluir diversos números de variedades.

Parra interpreta varios papeles en la pieza, y entre ellos uno en que aparece vestido de mujer, como tiradora y bailarina mejicana. Lleva un traje vaporoso, de gasa. Pero hasta que le toque intervenir, permanece en su camarín, charlando con su amigo el doctor Valentín Cano Álvarez. El prólogo está a cargo de Ada Cornaro, Alberto Ballerini y Eliseo Gutiérrez. Entre grandes aplausos dicen su letra y ya se retiran. Ada Cornaro es la última en hacer el mutis. Ahora llega el momento del dúo, que deben hacer Fedora Borda, una graciosa actriz de dieciocho años, y Parravicini. Aquella aparece primero, llevando un vestido de tul con una falda amplia y vaporosa. Se adelanta hacia el proscenio del falso escenario, o sea el que imita el *music-hall*, y...

—¡Fuego! ¡Fuego!

Un recurso oportuno de Payá

Alguien da la voz de alarma. Pero el público no puede distinguir lo que ha pasado. Acaba de producirse una pequeña explosión,

al golpear inadvertidamente el pie de la bailarina contra algunas lamparitas. Pero ese ruido es disimulado por las notas estridentes de la pieza musical que acaba de atacar la orquesta del maestro Payá. Salvo unos pocos, nadie puede divisar a Fedora, cuyo vestido se ha incendiado, rodeándola de un halo de llamas. Ella, horripilada, escapa hacia el interior, y en esos momentos se logra hacer caer el telón.

¡AQUÍ ESTÁ!
AÑO X - N.º 984
2 de OCTUBRE de 1945
FRANQUEO A PAGAR
Cuenta 78
PABLA RODRIGUEZ
Calle de 3008
Gente de la Provincia Entreríos
N.º 20873

**PARRA,
VICTIMA
DE LAS
LLAMAS**

Lea en las págs. 24, 25 y 26 un nuevo capítulo
de la vida de Florencio Parravicini,
escrita por Martín Alvera

Pero, aunque los espectadores no dominen el trágico accidente, la alarma ha cundido con rapidez. Muchos ya son presas del pánico. Payá comprende que la falta de serenidad puede provocar una catástrofe espantosa. Entonces, volviéndose a la orquesta, da una orden. Y entre los gritos, las corridas y el furioso oleaje del público que busca salvarse de cualquier forma, se escuchan los compases del Himno Nacional.

Con eso no se tranquiliza por completo a la gente, pero, al menos, se consigue que la desbandada se produzca sin peligrosas precipitaciones. El público, pues, está salvado. Pero, mientras tanto, ¿qué es lo que ocurre telón adentro?

La hoguera humana

Al sentir el estrépito, Parra sale de su camarín. Y casi se le echa encima una hoguera humana, entre los gritos despavoridos de actrices y actores. Ni siquiera distingue de quién se trata. Florencio echa una rápida mirada buscando una manta para tirársela encima. No la encuentra. Mientras tanto, Fedora corre despavorida hacia el escenario, acercándose a los decorados de papel. Parra comprende que, de tocarlos, el incendio se extenderá rápida e irresistiblemente, y que la vida de todos está en peligro. Entonces la toma de un brazo para arrojarla al suelo, pensando que así podrá dominar con más facilidad las llamas que la rodean. Pero, en su desesperación, Fedora se aferra a su salvador.

Si Florencio vistiera cualquier otro traje, su habitual traje masculino, las pesadas ropas podrían ayudarle a tapar esas llamas voraces. Pero sus velos y gasas son el material más indicado para recibir y propagar el fuego. Así es que de pronto se encuentra en la misma situación de Fedora. Logra, no obstante, arrojarse al suelo y arrastrarse por él hasta apagarlo. Mientras tanto, la gente del elenco corre de un lado para otro, dando

gritos, pero sin atinar a poner remedio a la dramática situación. Sin embargo, el doctor Cano logra quitarse su saco y echarlo sobre la bailarina hasta que se le queman las manos; algo semejante hace Payá, que también resulta herido. En esos instantes se levanta de nuevo Parra y vuelve a arrojarse sobre Fedora. Ahora ambos ruedan sobre el suelo, las ropas incendiadas. Y es entonces, precisamente, cuando las fuerzas del bufo le faltan, y pierde el conocimiento...

Todo ha transcurrido en un lapso brevísimo. No hace dos minutos que alguien lanzó el grito de alarma.

Todos se abalanzan para socorrer a los caídos. A Fedora, que presenta un estado lastimoso, y a Florencio, exánime.

Las dos máscaras

Alguien consigue poner orden entre tanta confusión. Así se consigue levantar a los heridos y llevarlos en un coche de plaza hasta el cercano local de la Asistencia Pública. El cortejo no puede ser más estrafalario. Entre los acompañantes hay algunos que todavía visten los trajes —marineros, bailarinas...— con que debían haber salido a escena. Otros continúan pintarrajeados. La intensa emoción que aún los domina contribuye a acentuar la impresión de ese grotesco contraste. Parece que esta noche, las máscaras de la comedia y de la tragedia hubieran decidido aunar sus muecas...

A la madrugada, el estado de la joven actriz es desesperante. Los médicos han echado mano de todos los recursos inútilmente. Tres días después tiene lugar su velorio en el mismo Teatro Argentino. Toda la familia teatral desfila por el reconstruido escenario. También es imponente ese entierro, durante el cual una gran orquesta le da el adiós en nombre de la entristecida farándula.

¿Y Parravicini?

Un mes en cama

El estado de Parra sigue siendo grave. Tiene, según dicen los médicos, quemaduras de tercer grado. En el brazo izquierdo, la piel le ha quedado colgando como un guante desde el codo hasta la mano. Los facultativos que lo asisten dirigen sus esfuerzos, en primer término, a evitar que pueda perder el movimiento de esa mano, además, tienen que cuidar sus dedos, no menos seriamente afectados. Algunos —impresionados por el trágico fin de Fedora— llegan a pensar que Parra tampoco podría recobrase del todo.

Es que su buena estrella habitual, su suerte increíble, ¿han sufrido un eclipse?

Es lo que parecen preguntarse las innumerables personas que desfilan constantemente por la residencia de Florencio, entre los que figuran diputados, el intendente, artistas, figuras destacadas de los diversos sectores, y, en una palabra, el *tout* Buenos Aires.

Pero —como para darles una contestación elocuente— antes de que transcurran treinta días, se anuncia en el Argentino la reaparición del eficaz actor cómico.

¿Quiere significar eso, por supuesto, que ya se ha curado?

Y bien: no.

La dramática aparición

Es esta una cuestión no muy clara, y tampoco muy edificante. Parra contó alguna vez, luego, que el empresario lo había obligado a reintegrarse a su trabajo. “De lo contrario, no me daba plata. Y yo estaba en la miseria...”.

No es difícil creer que para entonces no dispone de ningún dinero. Como siempre, Parravicini vivía gastando a cuenta de lo que habrían de pagarle por su futura labor. Por otra parte, esas cuatro semanas de inactividad en el Argentino debían producirle

al empresario cuantiosas pérdidas. O, mejor dicho, le quitarían cuantiosas ganancias. Y entonces, es concebible que regateara los adelantos al actor mientras no volviese a ocupar su puesto.

Su *rentrée* no puede ser más dramática. Se presenta ante el público visiblemente afectado de la vista y llevando muletas. Todavía está imposibilitado de usar su brazo izquierdo.

La concurrencia es la más nutrida que haya conocido jamás el Argentino. A las nueve de la noche, ya no cabe en la sala una sola persona más. Son muchos los que deben contentarse con aplaudirlo en la calle, cuando llega acompañado por médicos y amigos.

“Cuando don Florencio Parravicini apareció en escena”, dice un diario de la época,

se le tributó una ovación tan prolongada y tan entusiasta como jamás se ha hecho con ningún actor nacional. Los aplausos le conmovieron visiblemente. No era para menos, ante aquella tempestad de aplausos.

En primer lugar, sube al escenario una comisión de damas, para hacerle entrega de una medalla de oro y de la suma de mil pesos moneda nacional. Es el producto de una colecta con la cual se quiere recompensar su actitud en la noche infausta. Parra acepta la medalla y anuncia que dona el dinero a un hospital. Recrudescen los aplausos.

En el programa figura, en primer término, un monólogo a cargo de Parra: “El nuevo cañón”. Después hay otras piezas: “Cuadro N° 3”, “El conventillo”, “Resucitó”. Pero ese programa no ha de cumplirse...

Comienza a recitar su monólogo y de inmediato debe sentarse, porque ni con muletas consigue mantenerse en pie. A ratos, su misma voz vacila, y su risa no es tan segura ni espontánea. El público nota que algo anda mal. A pesar de todo, logra llegar al fin del monólogo. Pero ni él está en condiciones de continuar, ni el público lo permitiría.

Son muchas las voces que se elevan pidiéndole que suspenda su trabajo. Los médicos opinan en el mismo sentido. Y, por lo tanto, tiene que despedirse nuevamente, entre tantos aplausos, que se siente obligado a decir:

—Para curarme, solo me faltaba esta prueba de simpatía...

El incendio del Argentino tiene aún un último coletazo. Parra rompe el libreto de la pieza que se daba aquella noche trágica: *Parra-Concert*. Jamás quiso volver a representarla. Igualmente, hizo quemar los decorados que debían servir para la función que costó la vida a una muchachita de la farándula...

Para salvarse de las llamas

Tiempo después se le ocurre tocar el tema de los incendios, cuando se halla en escena sosteniendo con otro actor un animado diálogo que, como siempre, es improvisado y nada tiene que ver con la pieza que se representa. Los espectadores suponen enseguida que se va a ocupar de la tragedia aquella. Pero se chasquean. El accidente que costó la vida a Fedora ha sido demasiado doloroso como para tomarlo en broma.

—Yo sé lo que te digo —está diciendo Parra—; en esto de los incendios, lo principal es no perder la sangre fría y la presencia de ánimo...

—Pero, ¿has presenciado algún incendio en un teatro?

—¡Claro! Una vez, en París, con un tío mío. Promediaba la función cuando comenzaron a salir grandes llamaradas del escenario. Casi enseguida se corrieron a la sala. Los espectadores, aterrados, abandonaron sus asientos, o intentaron hacerlo. Todos se atropellaban tratando de llegar a las puertas. La confusión era terrible. Menos mal que mi tío conservaba la serenidad. Se subió a una butaca y arengó al público: “Calma, señores..., aquí no hay peligro alguno... ¡Vuelvan a sus puestos!”

—¿Nadie le hizo caso?

—¡Al contrario! Si el miedo es contagioso, también lo es el valor. La tranquilidad de mi pariente se impuso, y todos volvieron a ocupar sus asientos...

—¿Y no hubo ninguna desgracia, Parra?

—¿Qué? ¡No se salvó ni uno! ¿No le digo que era un incendio terrible?

—¿Y ustedes?

—¡Ah!, nosotros nos libramos, porque apenas terminó de hablar mi tío salimos de la sala tranquilamente, sin que nadie nos disputara la salida.

Un ventrílocuo que hará carrera

Alrededor de esa época, hace sus primeras armas en el teatro un intérprete que habría de destacarse luego netamente entre los tres o cuatro mejores actores nacionales. Circunstancias curiosas rodean su aparición. Por entonces, es un correcto empleado de banco —el Banco Francés—, con un buen sueldo y perteneciente a una familia acomodada, Cazaubon. Pero al mozo lo atrae el teatro. No pierde función. Y sobre todo, concurre persistentemente al Argentino, hasta llegar a hacerse *habitué* del camarín de Parra. Allí pasa largos ratos, mientras contempla cómo se caracteriza su actor predilecto. Es movedizo, inquieto, de contagioso buen humor. También tiene sus habilidades, y las hace conocer. Sabe imitar con gracia a los distintos personajes que observa en la vida diaria; y además es ventrílocuo. A veces aprovecha esta condición suya para burlarse del prójimo.

Por ejemplo, de aquel desdichado autor inédito...

Esa noche el hombre ha tomado por su cuenta a Parravicini. Se ha hecho fuerte en el camarín, y no hay razón que valga para desalojarlo. A toda costa insiste en leerle una obra en cinco o seis actos que —según asegura— ha de causar sensación. No hay

más remedio que oírlo. El hombre saca un voluminoso legajo y comienza la pesada lectura. Pero hay una curiosa variante. A ratos se interrumpe, y tomando un violín que ha traído consigo, le arranca unas notas. Y luego sigue leyendo. De pronto, se oye una voz imperiosa:

—¡Che, atorrante, dejate de rascar el violín...!

El hombre, azorado, mira a uno y otro lado sin encontrar al dueño de la voz. Con él solo están Parra y el señor Cazaubon. ¿Quién es el que ha hablado? Los dos amigos parecen compartir su extrañeza. Pero apenas vuelve a recitar su obra, surge de nuevo la voz insolente:

—¿Por qué no suspendés la “lata”...?

A la tercera interrupción del crítico invisible, el aspirante rinde sus armas y se bate en retirada. En el camarín, los dos bromistas festejan ruidosamente la treta del hábil ventrílocuo.

—¡Qué bien estuviste, Roberto! ¡Este no vuelve más!

El empujón de Parra

Finalmente, Parravicini vence las dudas que abriga Cazaubon sobre sus propias condiciones artísticas. Y un día lo hace debutar en el Argentino con un papel que —valga el dato para la historia— es ínfimo. La pieza se llama *En la ventana*, y es firmada por el apuntador, un español llamado Bejarano, quien —según refería Parra— tenía un humor tan fúnebre, que se alegraba cuando no había público. El debutante solo tiene que decir cuatro o cinco palabras en todo el sainete. Pero revela, en esa su mínima intervención una tal eficacia cómica, que desde entonces comienza a abrirse camino rápidamente en la estima del público.

Es así como el espaldarazo de Parravicini dio a la escena nacional ese gran actor que se llamó Roberto Cassaux.

Veremos cómo este no había de olvidar nunca ese empujón de Parra.

Una época de vacas gordas

EL AGRADECIMIENTO DE CASAUX DERROCHANDO
PLATA A RAUDALES ♦ EL “MANTEL LARGO” EN CASA
DE PARRA ♦ PIANOS, AUTOS, CABALLOS DE CARRERA Y
ESMERALDAS ♦ MUIÑO Y ZURLO SE PELEAN

Es cierto que Roberto Casaux no olvidó jamás la decisiva intervención de Parra, allá en los comienzos de su carrera teatral. No olvidó que sin sus consejos alentadores hubiera llegado a jubilarse como un correcto empleado de banco...

Parra visto por Casaux

Y es cierto que luego sobrevinieron diferencias, roces, la inevitable separación. Pero estos gajes comunes en la vida teatral no llevaron a Casaux a disminuir su estima por el bufo. Y por el año 1924 se lo demostró con una carta expresiva. Fue a raíz de un homenaje que la farándula ofreció a Parravicini, al cumplir este treinta años de vida teatral.

Casaux no pudo asistir porque andaba por Rosario, en gira artística. Pero se hizo reemplazar por estas líneas que, si honran al destinatario, destacan aún más la hidalguía del remitente:

La urbe intelectual de nuestro país —dice uno de sus primeros párrafos— honra en usted al comediante dilecto, al intérprete tal vez más genuino e indiscutiblemente más autorizado de su inconfundible gracia criolla. Nosotros, los comediantes de la escena nacional, podemos y debemos honrar en usted, a nuestra vez, al propulsor del teatro cómico argentino, al animador de una literatura dramática,

que ha contribuido a divulgar el nombre de nuestro pueblo en el exterior, al *condottieri*, en fin, de una crecida falange de actores intuitivos y entusiastas.

Estas palabras no podrían ser comprendidas en su amplio significado de no tenerse en cuenta la posición destacada —y para muchos, de rivalidad— que ambos actores ocupaban en el teatro nacional y específicamente en el género cómico. Es lo que también da realce a las frases que siguen.

“Usted me indujo...”

“Por mi parte, no olvido en esta hora que fue usted quien me indujo a ingresar al teatro, descubriendo en mi condiciones que yo mismo desconocía. Sus consejos guiaron mis primeros ensayos de actor, y su estímulo afectuoso los encaminó hacia la independencia, que es campo donde fructifica el germen de la personalidad”.

Y termina diciendo que recuerda con gratitud conmovida a quien, “como usted, nos enseñó a cultivar, como precioso patrimonio, el ingenio natural y el espíritu de observación e iniciativa”.

Pero mientras tanto, Parravicini procura gozar locamente esa vida que se le muestra tan pródiga, que cuando se trata de él no mezquina éxitos, aplausos, amistades, amores, ni... dinero. El dinero, sobre todo. Aún para sus conocidos, constituye un verdadero problema el explicarse cómo puede Parra gastar tan rápidamente las enormes sumas que le asegura su trabajo en el Argentino. Este episodio servirá de ejemplo: el día 9 de enero de 1908, el empresario Rivas le da diez mil pesos como adelanto sobre la actuación que cumpliría para él meses después. Y bien; el día cinco del mismo mes, Parra va a entrevistarle nuevamente para pedirle unos pocos miles prestados, a cuenta también... El otro mesaba los cabellos.

Corre el champaña

Pero, ¿acaso es tan difícil explicar en qué se consumen los ingresos del bufo?

¿Acaso no cuestan un platal esos banquetes espléndidos ofrecidos en su residencia de la calle Posadas, con crecido número de comensales, y donde los licores y el champaña corren generosamente, como la risa del que los paga?

En el ambiente suele comentarse:

—La mesa de Parravicini tiene poco que envidiarles a la de Benito Villanueva y a la de Jaime Lavallol...

¡Y hay que ver lo que significan en el Buenos Aires del Centenario los convites fastuosos de esos mecenas porteños, cuyos invitados se cuentan por docenas!

Corre el champaña. Sigue corriendo cuando amenizan la reunión los bailes y contorsiones de esculturales damiselas contratadas especialmente por el anfitrión. Y sigue corriendo hasta llenar las espejeantes bañeras donde las trémulas bacantes se esponjan entre el espumoso líquido...

Los caprichos del niño mimado

¿Y los repentinos, inexplicables antojos de Parra?

Tiene lujosamente alhajada su casa de la calle Posadas. Pero, de golpe, se cansa de los muebles y se le ocurre reemplazarlos por otros. Por lo tanto, vende los primeros en cualquier forma y paga por los nuevos un precio altísimo, sin regatear. No por ello han de durarle mucho tiempo más.

Capricho de *enfant gaté*, se dirá. Es posible...

Un día se le ocurre comprar un piano eléctrico. Acompañado de su amigo Julio Traversa, se presenta en una casa del ramo y adquiere uno por valor de cinco mil pesos. Al día siguiente recibe el instrumento, con numerosos rollos de música clásica,

popular, etc. Apenas tiene tiempo de probarlo, porque en esos días se halla muy ocupado. Pero no ha transcurrido aún una semana, cuando anuncia que va a venderlo.

—¿Ya? ¿Estás loco?

—Y... ¿qué querés? Necesito plata...

Como necesita plata —y como siempre urgente, imperiosamente— llama a un comprador de muebles usados. El hombre observa la magnífica pieza, pero se cuida de dejar traslucir su interés.

—¿Cuánto da por esto? —interroga Parra, impaciente.

El otro se ha dado cuenta enseguida de que la pianola está sin usar, prácticamente. Pero procura conservar la ventaja que le da el evidente apuro monetario del vendedor.

—Y..., le daría ochocientos pesos.

El actor titubea. Seguramente va a romper las negociaciones en forma violenta, indignado por una oferta tan desconsiderada. Eso es lo que piensan sus amigos. Pero...

—Si me da mil, se lo lleva. Con rollos y todo.

—Che, pero es una barbaridad...

—Déjame... Ahora quiero plata.

Y así se cierra el estrafalario negocio. En menos de una semana, ha perdido en la transacción cuatro mil pesos...

Vacas gordas para todos

Los negocios de Parra... Que los cuenten quienes compartieron en cualquier época alguna de sus zigzagueantes andanzas. Se encontrarán siempre los mismos antojos ruinosos.

Un día compra una esmeralda por varios miles de pesos. Pero a las 48 horas ya no le interesa la adquisición. Y entonces accede a cambiarla por dos caballos.

Otra vez compra un auto por teléfono, sin preguntar el precio, siquiera. Algún problema pasajero le hace olvidar el asunto,

y ni siquiera va a buscar el coche. A los pocos días se encuentra necesitado de dinero, y entonces malvende el mismo auto. Sin haberlo usado, sin siquiera haber ido a probarlo, sin conocer ni el color que tenía...

Son los años de las vacas gordas. Son los años prósperos, para el país y para el ex “tirador sobre blanco humano”; el público hace cola para alegrarse con él. Parra representa un estado de ánimo de la ciudad cosmopolita, frívola, alegre, satisfecha. Es un hijo de su época, pero el hijo mimado, y por lo tanto, el niño terrible a quien, finalmente, se le perdona todo y se le ríe todo— lo que hace en el teatro y fuera del teatro—, lo que, implícitamente, autoriza nuevos caprichos, nuevas barrabasadas. Es como dice alguien por ahí: “Tal vez no guste a todos, pero hace reír a todos”.

Para pagar deudas, no alcanza

La gente corre a depositar sus billetes en la boletería del Argentino o del Buenos Aires, pagando el derecho de reír sin trabas con las muecas de Parravicini. Muchos de esos billetes crujientes pasarán enseguida a los bolsillos del actor, para ser derrochados de prisa, sin perder instante, afiebradamente.

Y el dinero no le alcanza. A tal punto, que no puede pagar deudas. Y los acreedores andan buscándolo por todas partes. Y él pierde largos ratos huyendo, escondiéndose de sus acreedores.

Uno de ellos es el sastre De Bono, a quien recurren muchos de los integrantes del mundo teatral. La cuenta de Parra sube rápidamente, sin que se produzca amortización alguna. Mil, mil quinientos, dos mil... Al principio el sastre no se inquieta. Todo el mundo sabe que Parravicini gana plata a torrentes. Cualquier día de estos le enviará dentro de un sobre unos cuantos billetes grandes y amarillos. No hay por qué preocuparse. Pero el tiempo pasa, y la cuenta sigue impaga. De Bono procura conseguir

una entrevista con Parra. Pero este sabe eludir hábilmente el encuentro con los acreedores. Parece fácil poder encontrarlo en su camarín. Allí —caracterizándose, descansando o entre sus amigos— pasa largos ratos. Sin embargo, el camino hacia el recinto está erizado de inconvenientes, obstáculos y prohibiciones. Hay órdenes severas, y no se deja pasar a nadie que pueda molestar al actor. Y sobre todo, cuando se trata de un acreedor. Si se logra salvar a porteros y ordenanzas, se tropieza finalmente con la oposición insuperable de su fiel *valet*.

Batalla con el sastre

Pero, ¿qué muralla puede detener a un sastre? Valiéndose de mil recursos, De Bono logra llegar una noche hasta la misma puerta del camarín. En esos momentos están allí, de tertulia, algunos de los infalibles: Sánchez Gardel, José León Pagano, Ezequiel Soria. Parra los escucha y desliza algún chiste mientras se pinta. De pronto, cuando se está pasando un lápiz rojo por las mejillas, ve por el espejo que en la entrada acaba de aparecer el sastre. Tras el primer sobresalto logra recobrar su sangre fría. De Bono saluda en voz alta, aunque con expresión poco amigable:

—Buenas noches...

Parra se vuelve hacia él con un gesto inusitadamente cordial:

—¡Hola, qué tal! ¡Qué grata visita!

Los amigos se dedican a contemplar el espectáculo. Como si no advirtiera la expresión hosca de su acreedor, Parra continúa:

—Seguramente han llegado algunos géneros de Londres y ha venido a ofrecérmelos, ¿no?...

Ante tanta impavidez, el otro adopta un tono enérgico:

—No. No han llegado géneros de Londres. Ni de ninguna otra parte. Si hubieran llegado, no se los ofrecería, tampoco. ¡Quiero que me diga cuándo me va a pagar!

Parra ensaya un gesto de asombro magníficamente logrado. Y volviéndose enseguida hacia sus contertulios, con tranquila desfachatez:

—¡Pero vean la pregunta que me hace! ¡Yo que sé! Soy artista, no profeta...

No hay dinero, pues, para pagar al sastre. Alcanza, en cambio, para comprar un “Matadueños”...

Deteniendo el tráfico en Florida

Así llamaban por entonces a los ruidosos coches marca Italo, que corrían a una velocidad desenfrenada —¡oh, tiempos de cincuenta kilómetros por hora!— sembrando el pánico por las calles porteñas. La primera máquina la trae el juez doctor Roth, allá por el año 1907. La guía un mecánico llamado Meneghelli, que parece conocer los secretos del endiablado coche. Por eso, cuando a su vez Parra adquiere otra “Italo” —a la cual la gente comienza a llamar “la hija del Matadueños”— le ofrece al mecánico un sueldo mucho mayor y se lo lleva consigo.

Pero a veces es él quien la maneja, y los transeúntes se acostumbran a verlo pasar como alma que lleva el diablo y haciendo un bochinche descomunal. Un día, cuando está atravesando la concurrida calle Florida, divisa de pronto a Marcelo Torcuato de Alvear. Baja del coche, dejándolo con el escape abierto, y corre al encuentro de su amigo. Tomados del brazo, entran en la confitería. Mientras tanto, la gente se acerca, atraída por el ruido que hace la máquina; y como esta impide la circulación, se produce un embotellamiento de tránsito. Al rato aparecen unos vigilantes. Pero nadie sabe manejar la “Matadueños”, y se dan a la búsqueda de Parra. Allá como a la media hora, este, terminada su charla con Alvear, sale de la confitería feliz, sonriente, satisfecho de sí mismo.

En los labios de todos

—¡Qué desparpajo!— dirá alguno.

Sí. Pero, ¡qué propaganda!

Así es como el hijo del coronel Parravicini consigue mantenerse constantemente en los labios de todos. Cuando no es uno de sus chistes picantes que circula de corrillo en corrillo —¡anoche lo contó Parra, che!, ¡vieras los gestos que hacía!— entonces son sus extravagancias las que concitan sobre su figura la atención pública. Parece que le resultara difícil vivir sin ser blanco de la expectación general.

¿Qué pasó luego con su “Matadueños”? Lo de siempre. La había adquirido por dieciocho mil pesos. A los seis meses tiene un capricho cualquiera, y para costárselo la vende por cuatro mil pesos...

Vamos a pelearnos a cuchillo

Pero tampoco faltan los dolores de cabeza. Las peleas con los empresarios —de cuyos incidentes jugosos vamos a ocuparnos pronto—; los líos con los autores y entre los actores. Estos se producen a veces por causas importantes o triviales.

Entre las primeras, figuran las que provocaron el retiro de Salvador Rosich, Vittone, Pomar y Ballerini. Entre las otras podríamos mencionar aquella famosa riña entre Zurlo y Enrique Muíño.

El futuro socio de Alippi suele vanagloriarse constantemente ante sus compañeros de sus prodigiosas aventuras. Aventuras que —ciertas o inventadas— refiere con un acopio extraordinario de detalles, que parecen confirmar su verosimilitud. Pero siempre hay algunos descreídos. Entre ellos forma ese gran actor que se llamó Humberto Zurlo, quien llega a convertirse en un contradictor permanente. Basta que Muíño abra la boca para que el otro tenga la réplica a flor de labios.

—Cuando yo era cabo de cañón...

—¡Pero qué cabo ni qué cañón! ¡Si ni siquiera sabés cómo es un barco!

Y así siempre.

Un día la disputa se hace más enconada y los dicterios más fuertes. Los dos actores están a punto de irse a las manos; parece que ya nadie podrá evitar el choque. Pero de pronto, Muiño detiene a su rival, ante la expectación de los demás integrantes del elenco.

—Mirá—dice—, no nos vamos a pelear como dos cualquiera.

—¿Y?...

—Te desafío a pelear a cuchillo, en duelo criollo.

Zurlo, arrebatado, acepta de plano.

Todos miran hacia donde está Parravicini, esperando que interceda para evitar el lance. En efecto, este se adelanta hacia los contendientes. Pero lo que dice no es lo que los otros esperaban:

—¡Muy bien! ¡Macanudo! Yo les serviré de padrino...

Parra, árbitro de duelos

PONCHOS Y CUCHILLOS ♦ ¡SON DOS VARONES!
♦ MUIÑO LES DA UNA SORPRESA ♦ UN DESAFIANTE
“CORTO DE VISTA Y LARGO DE LENGUA”
♦ AQUELLA “BALA PERDIDA DEL BARÓN”

Todos suponían que la intervención de Parravicini iba a evitar ese “duelo a la criolla” entre Muiño y Zurlo. Pero ocurre justamente al revés. Al ofrecerse como árbitro, ha venido, por decirlo así, a oficializarlo.

Y no se conforma con eso. Todavía atiza más el fuego de esa súbita enemistad nacida entre el intérprete de los compadritos y el mesurado Zurlo.

—Enrique anda siempre provocando a la gente —le susurra a aquel—. Tenés que darle una lección...

Y a Muiño:

—Te han ofendido, che. Y un caballero no puede permitir que se lo lleven por delante así nomás...

No hay arreglo posible

Algunos actores creen que las cosas ya se han llevado demasiado lejos. Y proponen un temperamento conciliatorio. Pero es inútil. La inexplicable y enredadora conducta de Parra dificulta cualquier arreglo pacífico. Y Muiño, además, exhibe un aire imponente de Juan Moreira embravecido:

—¡A ese yo lo hago callar de una vez para siempre!

Formalizado el lance, se procede a llenar los requisitos de rigor. Siendo el duelo a cuchillo, es preciso cuidar de que ninguno de los contendientes lleve ventaja. Y se procede a medir los

que usarán dentro de un instante para lavar con sangre fresca el honor ofendido.

En ese momento llega el empresario. Apenas se entera de qué se trata, Serrador intenta disuadirlos. No consiguiéndolo, se opone a que su local sea escenario de la escaramuza.

—¡Ah, no! ¡En mi teatro, no! ¡Yo no quiero líos!

Es preciso, por lo tanto, abrir nuevamente las deliberaciones. Alguien, a lo mejor el mismo Parra, propone como lugar del duelo el atrio de la iglesia de la Piedad, situada en Bartolomé Mitre y Paraná, a unos pasos del Argentino. En realidad, el sitio no puede ser más propicio. En la esquina no suele haber vigilancia y se cuenta con cierta oscuridad cómplice. Aprobada la sugerencia, todos salen para allá.

Parra no quiere intervenir

Debe de haber sido curioso el desfile de los cómicos. En primer término, Parra con uno de los duelistas, quienes, como buenos criollos, llevan sus respectivos ponchos. Luego siguen el otro rival, musitando amenazas, los otros actores, dos o tres actrices que a pesar de su temor no han podido vencer su curiosidad femenil y, finalmente, el atemorizado empresario. Hace ya un rato largo que sonó el campanazo de la una de la mañana. Es, pues, una hora propicia para tales desaguizados...

Llegados al atrio, se deja un ancho lugar para los adversarios. Estos están ya frente a frente. Zurlo se envuelve el brazo con el poncho y otro tanto hace Muiño. En el centro, como impecable director del lance, está Parravicini. Aquellos se cambian algunos insultos:

—¡Te voy a dar una lección!

—¡Unos tajos te van a hacer bien, maula!

Mientras tanto, algunos compañeros del elenco hacen un último intento, para cerrar el paso a la tragedia.

—¡Che, Parra, intervenga, pues!

—¡Claro! ¿No ve que son unos muchachos?

—¡Obligalos a reconciliarse!

Pero Parravicini ni quiere oír hablar de que lo priven de ese espectáculo.

—¡Que se arreglen, che! Y así está bien: ¡son dos varones de mi flor!

Y procede a dar las últimas instrucciones a los duelistas. Luego, interroga:

—¿Listos?

Un doble asentimiento de cabeza.

—Bueno, cuando diga ¡ya!, le meten nomás...

Los espectadores, anhelantes, contienen la respiración. Un leve destello frío se escapa de las hojas que empuñan los contrarios. Zurlo baja la cabeza como un toro presto a embestir.

Y entonces es cuando tiene lugar ese golpe de efecto.

“¿Vos creíste que iba en serio?”

—¡Pero, che! ¿Nos vamos a desgraciar por estos... sinvergüenzas que quieren divertirse a nuestra costa? ¡Que se embromen! No les vamos a dar el gusto... ¡Vení a darme un abrazo!

El del gesto teatral es Muiño, que ahora arroja el poncho, tira el cuchillo y se dirige hacia su contrincante con los brazos abiertos.

Zurlo, estupefacto primero, no tarda en hacerse cargo de la situación y se echa en brazos de su compañero.

Los otros, descargados de pronto de su tremenda tensión nerviosa, se ríen, exhalan suspiros de alivio, comentan en diversos tonos el frustrado duelo. Pero lo cierto es que han quedado estupefactos. El único que se ríe a carcajadas, como si siempre hubiera estado al cabo de la situación, es Florencio. Todos lo rodean. Alguien pregunta:

—¿Qué te pasa? Si hubiera sido por vos, estos se achuran...

Y él, sin dejar de reírse, con un tono convencido:

—¿Pero vos te creíste durante un momento que esto iba en serio? Yo no, hermano.

Un rato después, reunidos alrededor de una mesa, toda la compañía celebra la ocurrencia de Parra, y el susto de todos...

Parra quiere que haya duelo

Esto de intervenir en los duelos como espectador, árbitro o padrino, siempre lo atrajo mucho a ese espíritu amante de las emociones fuertes que era Parravicini. Seguramente quería encontrar allí, en el choque de los aceros conducidos por brazos vengadores, ese mismo cebo espectacular que lo incitaba a las hazañas deportivas y a las mil y una aventuras de su existencia.

Decimos esto porque nos consta esa participación suya en unos cuantos lances duelísticos. Lances más serios que aquel que acabamos de relatar, aunque a veces terminaban también sin derramamiento de sangre y con abrazos. Y a veces, no...

Allá por agosto del año 1905, cuando Parravicini tiene todavía por compañera de actuación ante las multitudes ávidas del Roma a Pepita Avellaneda, le toca intervenir en una enconada disputa. En síntesis, se trata de lo siguiente: un actor o empresario se siente agraviado por una publicación hecha en la revista *La Divette* y califica duramente al corresponsal que la ha enviado. Macías, director de la revista, recoge el guante. Se nombran los respectivos padrinos, y por Macías intervienen Florencio Parravicini y P. Mac Carthy.

Estos tienen una actuación enérgica. Preguntan a los representantes del empresario:

—¿Retira esos términos, sí o no?

—No.

—Bueno. Tenemos órdenes de nuestro representado de establecer condiciones severas. El duelo será con espada de combate,

de punta y filo. Y seguirá hasta que uno de los adversarios quede en condiciones de imposibilitado...

Como se ve, a Parra le gusta llevar los conflictos hasta sus últimas consecuencias. Parece que en medio de esos enredos se sintiera a sus anchas, como un inquieto Mefistófeles divertido al ver las disputas de los hombres...

Pero el causante del duelo parece sentirse ahora ganado por las vacilaciones. Sus padrinos provocan una nueva entrevista, donde intentan llegar a un arreglo amistoso, pretextando la inferioridad física de su apadrinado, que es corto de vista. Sin embargo, Macías replica por boca de Parravicini, que si su adversario “huye del terreno, se haga reemplazar por otro más largo de vista y corto de lengua...”.

Visita a deshora

Todas las gestiones quedan, así, definitivamente terminadas. El duelo debe tener lugar el domingo a las 6 de la mañana. Parra vuelve a su casa, como siempre, a la madrugada. Como no le queda tiempo para dormir, procura entonarse con una ducha y licores. De pronto —alrededor de las 4— tocan insistentemente la campanilla de la puerta. Como el *valet* está descansando, va él mismo, después de echarse encima una *robe*. Antes de que llegue a la puerta, otros campanillazos sacuden la casa. Es evidente que los nocturnos visitantes están dominados por la impaciencia. Pensando echarles una reprimenda por su desconsideración, Parra hace girar la llave y...

—¡La policía!

En efecto. Un oficial y dos vigilantes se destacan entre la incierta luz de la madrugada.

—¿Usted es Parravicini? Venimos a buscarlo.

—¿Qué quieren de mí?

—No sabemos nada. Orden de la Jefatura...

Florencio tiene un pálpito. Y un rato después, en el Departamento, se confirman sus sospechas. Allí están detenidos también los otros tres padrinos y los duelistas. Alguien ha dado cuenta a la Policía del inminente combate. Y la consecuencia es que solo los dejan en libertad cuando todos los complicados dan su palabra de honor de que renuncian a la realización del duelo.

Y así queda terminado el asunto.

¿Quién ha sido el confidente? Es lo que nunca se consigue poner en claro. Pero los suspicaces señalan como responsable al más vacilante de los rivales, al “corto de vista y largo de lengua...”.

En todo caso, lo que puede asegurarse es que el más defraudado no es el ofendido, que se queda sin reparación, sino su solícito padrino, Florencio Parravicini.

Otra vez en líos

Pero él se hubiera defendido enérgicamente de esta suposición. Según el bufo, era el destino quien lo elegía para mezclarlo “en sucesos raros y fantásticos”.

—Parece que la gente me buscara para complicarme la existencia más de lo que siempre la he tenido. Por ejemplo, con ese duelo del barón...

Esta vez sí que se trata de un lance en serio. Con personas de otro ambiente y distinta categoría.

Y seguramente, con más ardor, como lo demuestra el hecho de que corra la sangre con cierta abundancia. Pero no nos apresuremos.

Como siempre, lo tenemos a Parra de entusiasmado espectador...

—Una tarde, después del ensayo, se presentó en mi camarín del teatro Buenos Aires el barón de Benidoley, pidiéndome que le concediera urgentemente una entrevista a solas. Entonces, nos dirigimos a La Castellana a tomar el aperitivo, y entre copa y copa me explica lo que quiere...

Una bala perdida

¿Quién es este barón de curioso nombre? Se trata de un español cercano a la cincuentena, ex capitán de húsares, que había sido dado de baja en el ejército peninsular por su condición de “calavera” y pendenciero, y a causa de ciertos escándalos de bulto. Perteneciente a una familia noble y adinerada, el barón consuela su destierro frecuentando el Buenos Aires nocturno. Justamente así es como ha llegado a conocer a Parra, “una noche de juerga, en un colmado de la calle Rivadavia, en que la manzanilla y el jerez corrían abundantemente”. A poco de conocerlo, el actor se da cuenta de que el ex capitán es lo que se llama “una bala perdida”, pero dotado de cierto arrojo y evidente coraje. Además, su charla es lo suficientemente amena para que Parra lo incluya en el círculo de los asiduos a su camarín.

Debido al interés que le inspira el tal personaje, se siente ahora muy intrigado. ¿Qué es lo que busca?

—Vengo a pedirle su teatro para batirme...

—¡Demonios! ¿Y con quién es la cosa?

—Con el secretario de Tallaví. ¿Lo conoce?

—¡Ah, sí! Barona...

Parece que habían tenido horas antes un violento altercado intercambiándose ante testigos violentos insultos. La ofensa es grande, y no hay más solución que borrarla violentamente, con sangre.

—Como usted es un caballero, me sentiré amparado batiéndome en su teatro...

Parra reflexiona unos instantes. La responsabilidad que se hace caer sobre él no es pequeña. Pero...

—Bueno. De acuerdo. Los espero aquí mismo, un cuarto de hora después de terminado el espectáculo.

—Gracias, Parravicini. Otro pedido más. ¿Tiene espadas?

—Francamente, no. Las mías las presté hace unos meses, para otro duelo, y nunca me las devolvieron. Entre nosotros, creo que los padrinos las llevaron a una casa de compra y venta... Pero no se preocupe, yo las conseguiré en alguna parte...

Como para partir cabezas

Desde su casa, y mientras cena, el bufo se pone en comunicación con varios amigos, pidiéndoles que le presten las espadas de combate. Pero por una causa u otra, nadie las tiene disponibles. ¿Qué hacer?

Cavilando sobre el asunto sale de su casa y se encamina hacia el teatro, adonde llega más temprano que de costumbre. De pronto se le ocurre una idea. Llama al utilero del teatro y le pide dos sables iguales. Luego, ubicándose en el foso del escenario, y ayudado por aquel, comienza a sacarles filo en una piedra apropiada que allí encuentra.

—Lo cierto es que yo me sentía como el que va a cometer un crimen. Estos sables cortaban como una navaja. Hay que calcular lo que sería un golpe pegado con ellos. Agregando a su peso la fuerza del brazo, es seguro que si llegaban a caer sobre la cabeza de uno de los rivales, este iba a ser partido por la mitad como una astilla de leña...

Pero como no hay otro arbitrio y su palabra está en juego, Parra no se anima a retroceder. En esos momentos llega Enrique Muiño, que lo ha buscado inútilmente en su camarín y se sorprende al encontrarlo en esa singular ocupación, “afilando sus armas como el dios Marte”.

—Y estos preparativos bélicos, ¿a qué vienen?

—Si guardás reserva, te cuento...

Después del relato, Muiño toma una de las armas y tira un mandoble al aire. El silbido es escalofriante. Muiño queda impresionado:

—Che, me parece que con esta sables, no les van a quedar ni los rabos... Si querés, y para ganar tiempo, puedo ir pidiendo los ataúdes.

Y los dos largan la carcajada. Total, los que tienen que batirse son los otros.

Sangre en el teatro

LAFERRERE DA LA SOLUCIÓN ♦ JULIO ROCA,
ESPECTADOR ♦ UN ADVERSARIO FUERA DE COMBATE
♦ ¿DUELO PARRA-PACHECO? ♦ LOS “ARREGLOS DEL
BUFO” ♦ EL FAMOSO ESTRENO DE *CAMPO ALEGRE*

Parra y Muiño deben subir a prepararse para la función. Pero, mientras Florencio juega su papel en la obra, no puede dejar de pensar en ese duelo que dentro de un rato sostendrán, en ese mismo escenario del Buenos Aires, su amigo el barón de Benidoley y el secretario del gran actor español Tallaví, también conocido suyo, llamado Barona. Los sables, que el mismo Parra les ha preparado, afilándolos concienzudamente, representan un peligro seguro para la vida de los contrincantes. Pero no hay otra solución. ¿Dónde conseguir espadas de combate a último momento?

Durante uno de los entreactos, alguien pronuncia al pasar a su lado, casualmente, el nombre de Gregorio de Laferrere. De inmediato el actor se da cuenta de que ahí reside la solución. Sin perder tiempo, le envía un mensajero al Círculo de Armas, donde aquel suele encontrarse, pidiéndole que le consiga en el club esas espadas.

No ha terminado el segundo acto, cuando regresa el mensajero trayendo las armas y una carta de Laferrere pidiéndole que les deje presenciar el duelo a él y a otros socios del Círculo...

Conseguidos los duelistas, las armas y hasta el público, todo está preparado para el drama. Pasada la una y media de la madrugada, únicamente quedan en el teatro, Muiño, Parra y el conserje De la Calle, hermano del *valet* que durante tantos años sirviera fielmente al bufo. Pero este no tiene idea de lo que va a ocurrir. Florencio le ha dicho que pronto llegarán unos amigos

para dar lectura a una obra, y que, por lo tanto, los deje pasar cerrando después las persianas metálicas del teatro. Y el hombre así lo hace, inocente de lo que le espera...

Caballeros y aventureros

Primero llegan Laferrere, Julio A. Roca —futuro vicepresidente de la República— y otros socios del Círculo de Armas. Luego, el barón de Benidoley y sus padrinos. Después, Barona con los suyos y un médico. Y, finalmente, el director del duelo.

Se llamaba Terol de Palma. Era un mozo culto, fino, delicado, pero con una historia complicada y fantástica que dio mucho que hablar en España y en Buenos Aires por sus repetidas fechorías. Pero, eso sí, con sus amigos era de una honestidad sin límites...

El telón está levantado y la escena iluminada a plena luz. En la platea, que está a oscuras, se ubican cómodamente, como para contemplar uno de los acostumbrados espectáculos teatrales, Laferrere y sus amigos. Los contrincantes quedan desnudos de cintura arriba. Mientras el médico desinfecta las espadas y prepara su caja de primeros auxilios, Benidoley pide un cigarrillo. Al dárselo, Parra nota que su mano no acusa temblor alguno y que el barón se conserva sereno. En cambio, Barona se muestra pálido y nervioso. Pero no es a causa del miedo, sino porque está dominado por el resentimiento y ansioso de terminar de una vez con su adversario. Yo era amigo de los dos —confiesa Parra—, y a los dos les daba ánimo, deseándoles igual suerte, cosa imposible en un duelo.

Un hachazo que termina el duelo

Terol de Palma hace las últimas recomendaciones. Y luego dice:
—A ustedes, caballeros, ¡en guardia!

Comienza el diálogo de los aceros. Barona es el primero en arremeter con una furia desordenada. Benidoley consigue a duras penas defenderse, pero lo hace con una calma meditada. En el primer asalto no consiguen tocarse. Benidoley, más fogueado, deja que su adversario se canse en vehementes pero inútiles ataques. En esos momentos, Parra se da cuenta de que la balanza ha de inclinarse fatalmente en su favor. A partir del tercer asalto, y notando que su rival se halla fatigado, el barón ataca con decisión descargándole un hachazo certero y violento, que produce a Barona una profunda herida, desde el codo a la muñeca. Y la espada se le cae de la mano...

Los espectadores pueden estar satisfechos. Su expectación no ha sido defraudada.

No se necesita el cajón

Pero Barona no se resigna ante el contraste. Furioso y desacatando el orden del director del duelo, se abalanza sobre su espada. Consigue tomarla con la izquierda y anuncia su propósito de proseguir, a pesar de la sangre que mana de su herida. Sin embargo, se lo impiden. El médico tiene que esmerarse para curar su brazo y unir la destrozada piel mediante unos broches de metal. Luego, y satisfechos, al parecer, el honor de los contrincantes y la curiosidad de los demás, cada cual se va a su casa a descansar de tantas emociones.

—¿Viste que no hacía falta el ataúd? —comenta Parra, dirigiéndose a Muiño—. Ya ves que todo terminó bien...

Pero no hay que cantar victoria demasiado pronto. El conflicto se produce al día siguiente, cuando el comisario seccional se entera de lo ocurrido y hace comparecer a todos.

Que arresten al otro

—¿No saben que están prohibidos los duelos aquí? Usted, Parravicini será castigado por haber cedido el teatro...

Pero Parra —a quien le sucede lo mismo por cuarta o quinta vez— ya se ha vuelto ducho en tantos líos. Y se lava las manos, hábilmente.

—¿Yo? Yo no tengo nada que ver. El teatro no es mío...

—Pero es el empresario.

—Tampoco...

La consecuencia es que lo meten preso al administrador, Beltrán, que no sabía una palabra de todo el asunto. Y no tiene más remedio que tomar su arresto con resignación filosófica, mientras Parra se justifica:

—Alguno tiene que pagar el pato. Y si yo no trabajo, no entra plata en la boletería...

Hay otro inocente que resulta perjudicado: el conserje De la Calle, a quien se le quita el empleo.

En cuanto a Benidoley, que tan bien parado saliera de este lance, halló el fin que Parravicini y otros amigos venían prediciéndole. Tiempo después, y hallándose en Asunción del Paraguay, tuvo una gresca con un marido ofendido. Y este, más listo, lo dejó fulminado con un certero balazo...

No se sabe a quién desafiar

Y por su parte, ¿es que Parra nunca sostuvo un duelo?

No existen constancias que lo afirmen... Pudiera ser que su acreditada fama de buen esgrimista y habilísimo tirador desalentara de antemano a todos los candidatos a desafiantes.

Es cierto que una vez —hacia octubre de 1911— pareció que habría de formalizarse un lance. Un diario de la tarde destacó la noticia en grandes titulares.

Duelo Parra-Pacheco

La versión circuló a raíz de la *reprise* de una obra de Pacheco, *La ribera*, en el teatro Buenos Aires, donde entonces actuaba Parravicini. Parece ser que la puesta en escena desagradó al autor, quien manifiesta airadamente su opinión en un reportaje.

Ofendido, y pese a tratarse de un viejo amigo, Parra le manda sus padrinos. Son Mariano de la Riestra y Alberto Macías.

Pero, sin saberlo y antes de que los representantes lleguen a su casa, Pacheco envía un desmentido a la prensa. Admite su descontento, pero niega haber empleado los términos que se le atribuyen.

Un duelo cómico

Menos seria pero más sabrosa es la incidencia o el duelo cómico que un día le toca mantener con un autor. Ya se sabe que quienes entregaban sus obras a Parra, o se las escribían especialmente, tenían que resignarse con antelación a las alteraciones que el cómico introducía, a sus abundantes “morcillas” y retruécanos sembrados a lo largo de toda la obra. Por lo general, nadie se molestaba con estas irreverencias, debido a que esas improvisaciones de Parra lograban salvar a menudo obras mediocres y sin aliento. ¿Qué hubiera sido de tantas piezas cómicas y sainetes deleznable, sin esas acotaciones salvadoras que el bufo intercalaba tan oportunamente?

Pero no siempre su “colaboración” era bien recibida. Es lo que sucedió cierta vez en el Argentino, con una obra gauchesca. Como tan a menudo habría de ocurrirle, se presentó el día del estreno sin haber estudiado la letra y sin participar siquiera en un ensayo general. Por lo tanto, tiene que recurrir a sus habituales injertos. Cada vez que sus compañeros se dirigen a él, contesta con bromas y ocurrencias que nada tienen que ver con el argumento.

En un momento dado, debe sostener un diálogo con Alberto Ballerini. Este se dirige a él como si se tratara de un curandero, hablándole de una mujer afectada por una grave enfermedad.

“Además”, concluye, “la vaca también está enferma... ¿Qué hago?”.

El apuntador quiere hacerse escuchar por Parra. Vanamente. Este ni le hace caso. “Para la vaca”, le contesta a Ballerini “un buen remedio es que la lleve a un salón de lustrar y le haga lustrar los botines...”.

Es el colmo. El disparate deja alelado a Ballerini, sorprendido al público y enfurecido al autor. Este, que se halla en una de las primeras filas, se pone de pie, y en voz alta se dirige a los espectadores:

—Estimado público: les advierto que yo no escribí eso. Y la que se está dando no es mi obra...

A mandoble limpio

La salida del autor molesta a Parra. ¿Cómo se atreve? Habría que darle un escarmiento. Adelantándose hacia el proscenio, grita:

—¿Por qué no sube a protestar desde aquí, desde el escenario?

Arrebatado, el otro se encamina hacia la escalerilla utilizada para los espectáculos de revista. Pero apenas ha puesto el pie en el primer escalón, Parra se le va encima, después de haber extraído de su disfraz de gaucho la herrumbrosa daga. El autor corre, y Parra lo persigue por la sala y luego por la calle hasta la esquina de Bartolomé Mitre y Uruguay donde consigue aplicarle algunos planazos. Entonces, regresa triunfador.

Mientras tanto, la representación ha quedado suspendida. Una vez que el bufo se halla de nuevo en escena, refiere al público lo sucedido con su donaire habitual, y todo el mundo lo festeja. Y recién entonces puede continuar la función...

Déjeme arreglarla

Las relaciones de Parra con los autores siempre fueron muy pintorescas. En este aspecto, su anecdotario no puede ser más nutrido...

Cuando están por estrenar *Los disfrazados*, de Carlos María Pacheco, el actor le pregunta de sopetón:

—¿Me dejás hacerle los “arreglos” que yo quiera?

Acostumbrado a esa característica de Parra, Pacheco ni intenta discutir.

—Y... bueno.

El día del estreno, Pacheco se acomoda en la platea, dispuesto a todo. En realidad, esa paciencia ha de hacerle falta durante la noche. Porque en cada acto, Florencio intercala no menos de una docena de chistes que nada tienen que ver con la obra. Cuando sus amigos van a buscar a Pacheco, temiendo que se halle furioso, lo encuentran enfermo... de risa. Sus carcajadas superan a las de cualquier otro espectador.

—Claro que eso no tiene nada que ver con la pieza. Pero es muy gracioso...

Ayudas que matan

Oportunas o no, esas ocurrencias de Parra provocan inevitablemente la hilaridad general, creando el ambiente favorable que permite a una pieza mantenerse sin tropiezos en el cartel. La mayor parte de las que le traen son tan pobres en su argumento o en su realización, que exigen, para sobrevivir, esa valiosa ayuda que significan los múltiples recursos del actor. Pero a veces, necesita prodigarse tanto, que al concluir la función queda completamente exhausto.

Al verlo así en cierta ocasión, un autor le dice consternado:

—Pero, Parra, ¡no puede continuar así! ¡Se está matando!

Y él, sin poder contenerse, retruca de inmediato:

—¡Me estoy matando para que no lo maten a usted...!

No le gusta a nadie

De esa preocupación da fe lo que ocurre con la famosa pieza de José de Maturana, *Campo alegre*. Hace tiempo que el poeta se la había prometido, y al fin se llega un día hasta su casa para leerla. Cuando concluye, nota que Parra se ha quedado silencioso y cabizbajo.

—¿No le ha gustado mi obra?

—Francamente, no. Esto no puede gustar a nadie, y menos aún al público que me sigue, porque está falta de interés.

—¿Sabe que es curioso lo que me sucede? Después de habérsela leído a usted, a mí tampoco me gusta...

Entonces se ponen de acuerdo para leerla al entonces director de la compañía de Parra, don Ezequiel Soria. Su opinión también es adversa. Maturana sugiere tímidamente que tal vez, si se pusiera a ensayo, se descubriría el valor de su trabajo.

Al leerse ante la compañía, se comprueba que tampoco aquí la obra tiene admiradores.

No le gusta a nadie.

“A pesar de todo”, contaba Parra en una conferencia que diera sobre cosas del teatro,

en homenaje a mi amigo y gran poeta di orden de que se pusiera la obra en ensayo. Había resuelto estrenarla de cualquier manera, porque necesitaba un estreno para el día viernes. Durante los ensayos, todos aseguraban el fracaso, y los mismos dimes y diretes corrían de boca en boca, no ya en el escenario, sino afuera de los telones, en rueda de café y peñas de alacranes. Día tras día, el desaliento hacía mayor, aún para el propio padre de la criatura.

Dos días y dos noches estuvimos en capilla con los nervios destrozados...

Lo que iba a ocurrir demostraría hasta qué punto pueden equivocarse los hombres de teatro más experimentados.

Los locos del aire

NO SE PUEDE RETROCEDER ♦ MATURANA NO LO CREE
♦ LA AVIACIÓN ES UN VICIO... ♦ LOS OTROS “YO” DE
PARRA ♦ NACE LA AERONÁUTICA EN EL PAÍS
♦ EL LLAMADO DE JORGE NEWBERY

Todavía dos días antes del estreno, Maturana hace un último esfuerzo para que su obra no sea presentada ante el público. El pesimismo se ha apoderado por completo de su ánimo y teme lo peor. Por eso se presenta en el camarín de Florencio.

—¿Usted me estima, Parra?

—¿Lo duda, acaso?

—Bueno. Entonces le ruego que retire mi comedia del ensayo. Ya es bastante con que sea autor de una mala pieza. Pero no quiero convertirme en responsable de la muerte de varios artistas y del incendio de un teatro... Porque creo que pasado mañana nos apedrean.

Parra lo contempla reflexivamente. Al fin, opina:

—Francamente, Maturana, me es imposible complacerlo. La suspensión de este estreno me ocasionará la pérdida de tres grandes entradas: viernes, sábado y domingo...

—Pero las consecuencias pueden ser peores.

—No, Maturana. Ya no es posible retroceder.

Quemadas las naves, llegan al día del estreno en medio de una tensa expectación. Maturana hace avisar a Parra que no quiere asistir y que esperará el resultado en un café de la calle Corrientes. El teatro está repleto. Los integrantes de la compañía se han resignado a lo peor. Pocas veces una obra ha sido puesta en escena bajo perspectivas tan sombrías...

Lo que no esperaban

“Los artistas”, cuenta Parra,

permanecían en sus camarines preocupados y en silencio; las actrices, ya vestidas para la obra, se persignaban junto a los bastidores. El apuntador, que era español, al pasar junto a mí para encaminarse hacia la escotilla, me dijo:

—Don Parra, ¡que Dios nos reciba confesados!

A poco de comenzar la obra, creo que en la tercera escena, estalla en la sala una ovación clamorosa.

—¿Qué sucede? —inquiero yo al traspunte.

—Aplauden la poesía que recita el galán Eliseo Gutiérrez —me responde.

—Ah, sí, esas poesías son muy hermosas, y Gutiérrez las dice muy bien.

Al rato, y esta sí que no me la esperaba, otra ovación, tributada a una joven actriz, Linda Telma. Aún no acallados los aplausos, y echando mano a cuanto recurso pude, hice reír al público a mandíbula batiente. Cuando el telón bajó sobre el primer acto, el entusiasmo del público no podía ser más caluroso.

Los temores de Maturana

Pero, mientras tanto, Maturana permanece en el café, devorado por la impaciencia, sin saber lo que ha ocurrido. Espera que le llegue una indicación cualquiera de Parra, para saber a qué atenerse. De pronto ve llegar al emisario del bufo y se precipita a su encuentro. El otro, pálido y demudado por el éxito, tartamudeó:

—Don José..., ¿sabe usted...?

Maturana interpreta erróneamente la emoción del mensajero, se toma la cabeza desesperado:

—¡No me diga nada! Ya sé lo que pasó: ¡han roto todo!

—¡No, no!
 —¡Sí, es inútil que quiera mentirme! ¡Ya me lo imaginaba!
 —¡Pero si ha sido un triunfo bárbaro! ¡Parra lo espera! ¡Lo invita a celebrarlo con champaña!

El *récord* impensado

Cuando Maturana llega al teatro, el público, que ha estado aguardándolo durante largo tiempo, ya se ha retirado. La platea se halla a oscuras y el escenario en silencio. Allí está reunido el elenco, y allí se abrazan autor e intérprete. Y mientras Maturana deja correr las lágrimas, Parra le dice con voz triunfante:

—¡Qué suerte que nos equivocamos!

Y tanto se han equivocado, que la obra se convirtió en un éxito rotundo. Se mantiene en cartel durante tres meses consecutivos, lo que para entonces constituye un envidiable *récord*. Lo mismo ocurre con las abultadas recaudaciones...

Los “yo” de Parra

Pero mientras tanto, Parra se viene sintiendo arrastrado cada vez más por una flamante pasión deportiva: el arte de volar. Su espíritu ansioso de aventuras intuye que son innumerables las que ha de ofrecerle la conquista del aire. Y se entrega al deporte con una dedicación tan exclusiva, que sus asuntos quedan abandonados y pasa a segundo plano su vida escénica.

—La aviación —ha de decir alguna vez— es un vicio del que nunca he podido curarme...

Pero no se tema que el actor salga perdiendo. En Parra, intuitivo, temperamental, improvisador, el actor nunca tiene que lamentar las variadas experiencias del hombre. En realidad, eso le enriquece. En una forma u otra, todos sus otros “yo” —sus

otros personajes— trabajan a la larga en favor del “yo” actor. Este es el más egoísta de todos, tal vez, porque aprovecha y devora sin recato lo que acumulan los demás.

Aunque en trueque, el cómico gana enormes cantidades de dinero, que los otros —el *sportsman*, el *gourmet* el caballero Casanova que coexistían en él—, devorarán y aprovecharán en la primera oportunidad...

Pero si Parravicini hubiera cultivado seriamente su vocación de actor, ¡qué magnífica figura de las tablas habiéramos tenido, considerando esas sus condiciones ingénitas y su inagotable, múltiple experiencia de la vida!

Desgraciadamente, solo aspiró a la gloria fácil y pasajera del momento. Una gloria de la cual, por lo tanto, no podían quedar ni las cenizas. Que se fue con él, o, mejor dicho, aún antes que él...

A la conquista del aire

Pero ahora estamos ante este hombre inquieto, que después de haber desempeñado mil oficios en tierra y de haberla recorrido en barco, auto, motocicleta o trineo, intenta atravesar las ignotas rutas del aire.

En realidad, la historia de Parra está consustanciada con los comienzos de nuestra aeronáutica. Porque la práctica de esta en la Argentina tuvo principio cuando unos cuantos deportistas animosos —entre los cuales se contaba Florencio— le dieron el envión inicial y decisivo.

Ya había entrado el año 1907, sin que en la Argentina se conociesen los progresos de la aeronáutica sino a través de las crónicas extranjeras. Por entonces, Silimbani deja a la gente con la boca abierta haciendo exhibiciones acrobáticas y comerciales con un globo primitivo, que arranca conduciendo a un acróbata suspendido de un trapecio. Pero, como se ve, estas pruebas tienen un limitado carácter circense. Entonces es cuando llega de París

don Aarón Anchorena con un globo esférico de mil doscientos metros cúbicos.

Es el que pronto habría de ser bautizado con el nombre —al que la tragedia hizo famoso— de “Pampero”.

E. Newbery desaparece

Jorge Newbery, apasionado como él por el deporte, lo acompaña en su primera ascensión en globo esférico libre. El 25 de diciembre de 1907 logran remontarse sin dificultades hasta tres mil metros de altura, cruzan el río y aterrizan con éxito en tierra uruguaya, cerca de Colonia. Pero no habría de pasar mucho tiempo sin que la sombra del drama oscureciera las perspectivas del nuevo deporte. Un día de octubre de 1908, Eduardo Newbery se embarca en el “Pampero” con la intención de volar durante toda la noche. Por casualidad lo acompaña en la barquilla el sargento Romero. Están destinados a no regresar. Y, más aún: a que nunca se vuelva a saber qué ha sido de ellos. El misterio cubre aún la trayectoria de su odisea...

Los que contestan al llamado

La catástrofe enfría bruscamente la creciente afición general por el vuelo. El Aero Club Argentino, organizado diez meses antes por cuarenta y un *pioneers*, sufre las consecuencias. Muchos de los entusiastas de la primera época comienzan a evidenciar cierto desapego. Entonces es cuando Jorge Newbery hace un caluroso llamado para que no se abandone la obra comenzada. Entre los que responden cálidamente, figuran Alfredo Palacios, Horacio Anasagasti, Florencio Parravicini y unos cuantos más. Muchos, asombrados, los suponen simples candidatos al suicidio. Y los bautizan con el mote que los distinguirá por mucho tiempo.

Son “los locos del aire”.

Sin embargo, para que la aviación nacional reciba un nuevo y poderoso impulso, tiene que llegar el año 1910. Es decir, cuando arriban al país los primeros aviadores extranjeros, cuando se realizan las primeras competiciones, cuando reciben sus *brevets* los primeros aviadores argentinos...

El primer *brevet* nacional ha de llevar el nombre de Florencio Parravicini.

Se luce el francés

Con motivo del centenario de la Independencia, el Aero Club Argentino decide acertadamente realizar la “Semana de la Aviación”. Se obtuvo la participación de deportistas extranjeros de cuyas proezas se había hablado mucho. El primero en llegar es un italiano, Ponzelli. Varios fracasos y un accidente constituyen el único balance de su defectuosa actuación. El público, decepcionado, deja de interesarse. Por eso son pocos los espectadores que asisten a las primeras exhibiciones de un joven aviador francés recién llegado, Henri Brégi. Pero este, que no ha sido precedido por la fama como Ponzelli, está destinado a dar mucho que hablar...

La primera prueba tiene lugar el 6 de febrero de 1910 en el extinguido hipódromo de Longchamps. Se ha creado un premio de veinticinco mil francos, que se adjudicará al piloto que consiga recorrer en varios días veinticinco kilómetros en circuito cerrado. Para atraer al público, se completa la exhibición con carreras de automóviles y motocicletas. A pesar del fuerte viento que se le opone, Brégi logra a los quince segundos despegar del suelo, entre las aclamaciones delirantes de los espectadores, que ven realizar esa hazaña por primera vez. El francés aterriza después de dar dos vueltas a la pista a veinte metros de altura. Su primera intervención ha sido ampliamente

exitosa. Durante ese día y los siguientes, su proeza constituye el comentario de los porteños...

¡Nada menos que setenta metros de altura!

En su segundo vuelo logra alcanzar los sesenta metros de altura, volando en total nueve kilómetros. Y completa, no menos brillantemente, la prueba durante los días 8, 12 y 13 de febrero.

Poco después, el 10 de marzo, llega otro francés, Aubran, atraído por los concursos organizados por la Comisión Auxiliar de los Juegos Olímpicos. Y consigue llegar a los setenta metros de altura. También cumple una actuación brillante otro francés, Pecquet, que se eleva diez días después.

Sin embargo, el que concitó más simpatías es Brégi; y, por lo tanto, no puede extrañar que los deportistas argentinos más entusiastas se anoten para recibir sus lecciones. Parra está entre los primeros.

Pero antes de ocuparnos de las *performances* de aviación del cómico, hay que referir la participación que le cupo en aquel accidentado viaje en globo en el cual estuvo a punto de perder la vida el esforzado Jorge Newbery.

Jorge Newbery corre peligro

El nuevo esférico fue bautizado, en homenaje al malogrado piloto del "Pampero", con el nombre de "Eduardo Newbery". Lo habían preparado cuidadosamente, y por fin fijaron la fecha en que hubo de elevarse: el 14 de febrero de 1910. En la canasta del aeróstato viajaron, entre otros, Jorge Newbery y Parra.

—¿Listos? —preguntó aquel a los hombres que sostenían los cables desde tierra.

Y los corazones de los viajeros zumbaron tumultuosamente.

—¡Sí! —respondieron.

—¡Larguen!

Al ser liberados los cables, el globo da un pique violentísimo. Tanto, que la barquilla se ladea peligrosamente. Para colmo, el viento sopla con fuerza y arrastra al aeróstato a gran velocidad. Es muy difícil, si no imposible, gobernarlo.

—¡Cuidado! —les advierten.

Pero la advertencia es inútil, ya que todos saben perfectamente que deben cuidarse, y sus manos se aferran con vigor a las sogas. Pero eso no impide que llegue aquel momento terrible.

El accidente no ha podido ser más espectacular. Impulsado por el viento, el globo se ha ido contra unos postes telegráficos. Aunque la parte superior supera el obstáculo, la barquilla, después de chocar contra los cables telegráficos, ha quedado detenida por ellos. En el encontronazo, Jorge Newbery ha sido impulsado violentamente hacia adelante y su cabeza se halla extrañamente aprisionada entre vibrantes alambres que salen del poste.

La situación no puede ser más grave. A merced del viento, la barquilla se ladea como un péndulo haciéndose cada vez más peligrosa la posición de Newbery.

¿Qué hace entonces Parra?

... comprendiendo el peligro de muerte que él corría, y sin temor a caer en el espacio, hice unas piruetas de equilibrista, me colgué de los alambres, separé estos para que Jorge, ya casi estrangulado, sacara su cabeza, y...

Y en ese momento es él quien se queda de pronto suspendido de un alambre entre cielo y tierra.

Volando en una “cafetera”

UN DESCENSO MILAGROSO ♦ UN AVIÓN EN SOCIEDAD
♦ EL DURO Y SENCILLO APRENDIZAJE ♦ ¿ASPIRANTES A
CADÁVER? ♦ “LOS LOCOS DEL AIRE” PROGRESAN
♦ LA “DEMOISELLE” SE DESTROZA

Newbery está a salvo, ya. Pero Parra... “¡Casi me dejan colgado de los alambres!”, contaba él, después del famoso susto.

En efecto, él se había tomado de los hilos telegráficos para separar estos y dejar libre la cabeza de Jorge. Pero en ese mismo instante, un nuevo golpe caprichoso del viento empuja la barquilla, antes de que el bufo haya podido regresar a ella. Menos mal que sus compañeros maniobrar hábilmente, lanzan el gancho de amarre, y acercan otra vez el aeróstato al poste telegráfico. Entonces, y después de otros alardes de equilibrista, Parra se encuentra nuevamente en la canasta del esférico.

Las emboscadas del viento

Pero las dificultades no han sido vencidas. Para empezar, Jorge Newbery, que ha sufrido entre los alambres un principio de asfixia, está desmayado en el piso de la barquilla. Es preciso que le atiendan solícitamente, hasta hacerlo volver en sí. Por otra parte, el viento sigue haciéndoles víctimas de sus malvadas jugarretas. Es cierto que los arrastra hacia lugares poblados, pero no les permite descender. Luego, bruscamente, el viento cambia de dirección, y los lleva hacia el río. ¿Se habrán salvado de una muerte para sufrir otra peor? El cambio no seduce a nadie. Prefieren seguir vivos. Parravicini, comprendiendo que les conviene tomar altura, comienza a arrojar lastre. Suben vertiginosamente, y de

nuevo, cambian de ruta. Cuando ya sus fuerzas se hallan agotadas, y están por rendirse ante los acontecimientos, el viento amaina de golpe, y pueden descender sin inconvenientes.

¡Están en una estancia: la estancia de los Rocca! Y —lo que les importa más— sanos y salvos...

No sabemos que Parravicini haya intentado otra ascensión similar. Parece que le bastaron las emociones recogidas en ese día ventoso.

Un calentador y dos cucharas

Pero en cambio ha de reincidir, y por mucho tiempo, con la aviación. Y aquella sí que era una aventura, teniendo en cuenta los aparatos de que se disponía.

Para dar una idea aproximada de ellos, valga la definición del mismo Parra. La dio durante el reportaje que le hicieron en cierta ocasión ante un micrófono.

—¿Eran peligrosos aquellos vuelos?

—¿Que si eran peligrosos? Vea: en aquella época, agarrábamos un calentador primus, le poníamos dos alas de telas de cebolla, dos cucharones como si fueran hélices y ¡arriba, caballeros! Eran aeroplanos sin gomina, como los muchachos de antes...

—¿Y no usaban paracaídas?

—¡Cómo no! Los llevábamos en un frasco.

—¿...?

—¡Claro! Lo único que teníamos “para caídas” era un frasco de árnica. Al que se caía, le untaban un poco, ¡y listo!

Aunque esta interpretación aparezca solo como un alarde humorístico, no se crea que será tan alejada de aquella realidad. Ya hemos de comprobarlo muy pronto.

Tras las primeras y valiosas lecciones de Bréggi, el cómico comprende que para dominar efectivamente los secretos de la aviación, es preciso poseer un aparato. Entonces se pone al habla

con el Dr. Juan A. Roth, el mismo cuyo ejemplo había imitado comprando aquel ruidoso auto “Matadueños”. Roth también está tomando lecciones de aviación, y accede a comprar un aparato en sociedad con Parra.

Una “cafetera” por treinta y cinco mil pesos

—Compramos una “cafetera” voladora en treinta y cinco mil pesos. Volando en ella despanzurré nubes, me reí de la furia de los vientos, y hasta hice gambetas a los rayos y centellas. Hasta que una vez se me escapó el aparato, y ¡cataplún!, aterrizó de hocico en un campo salpicado de vizcacheras. Los treinta y cinco mil pesos quedaron convertidos en un montón de hierros viejos. Pero mi figura quedó ilesa.

Sin embargo, antes de que ocurran esas peripecias pasará algún tiempo. Con esa respetable cantidad de dinero los dos entusiastas adquieren un biplano Voisin al cual bautizan —vaya a saberse por qué— “Octavio III”. Es un aparato que tiene una larga historia, porque ha rendido amplios servicios en Europa, donde muchos pilotos se han ejercitado con él.

Un aprendizaje sencillo

—Las máquinas de entonces —solía referir años después Florencio Parravicini— carecían de los modernos mecanismos que hacen del vuelo una cosa matemática y segura. Con decirles que para salir, todo el instrumental de que disponíamos era un pañuelo...

—¿Para qué?

—Para comprobar la dirección del viento y calcular más o menos su velocidad... En cuanto al aprendizaje, era muy curioso. Como los aeroplanos no tenían más que un asiento,

la instrucción se daba en seco, por así decirlo, dentro del hangar. Es decir, que el aparato no se remontaba. En otra etapa de la instrucción nos hacían recorrer un centenar de metros en línea recta, sin elevarnos. Y después, el que se animaba, movía la palanca, elevándose como podía, y trataba de mantenerse en las alturas el tiempo necesario para pensar cómo haría para descender sin ponerse la máquina de sombrero...

El primer vuelo y el primer accidente

El primer vuelo de Parravicini con su profesor Bréggi, en el hipódromo de Longchamps, constituyó todo un acontecimiento. En ese ensayo, recorrieron alrededor de cinco kilómetros normalmente. Por la noche, el francés acude al Argentino, y allí se cuenta animadamente el “debut” de Parra en el aire.

Desde entonces, le dedica las mejores horas de su tiempo. Un periódico de la época lo comenta, diciendo: Parra ha tomado el asunto con calor, y todos los días se ejercita en este deporte, siendo hoy uno de los más aventajados aficionados. Al teatro concurre con traje de aviador. No tiene tiempo para nada. Su preocupación constante es el aeroplano, y al extravagante aparato le dedica todos sus pensamientos y todos sus anhelos. Y concluye diciendo que corre peligro de romperse el alma.

A los pocos días parece confirmarse la predicción. Bréggi está practicando con un hidroaeroplano Bréguet. En su primera salida, Parra consigue acompañarlo. Al principio la prueba se cumple normalmente. Pero, de pronto, un mal descenso determina el vuelco del aparato. Todos corren hacia el lugar del accidente, temiendo por las vidas de ambos. Pero ni piloto ni pasajero han experimentado el menor rasguño.

¿Aspirantes a cadáver?

No se podría imaginar hasta qué punto influyen en el ánimo general este y otros accidentes sin consecuencias. Al principio, la gente considera que “los locos del aire” están condenados a muerte.

—Los vecinos de Villa Lugano cuando nos veían pasar rumbo al aeródromo, comentaban: “¡Ahí van los aspirantes a cadáver!”...

Todos suponen que el menor accidente que se produzca terminará con la vida del aviador. Por eso se comentan, con sorpresa y animación, las primeras caídas de aeroplanos, que no entrañan pérdidas de vidas. Y, como consecuencia, el Aero Club obtiene nuevos y decididos adeptos.

Subiendo a veinte metros

Entre las primeras víctimas figura un mecánico francés, Lucien Passebon que, a pesar de caer desde treinta metros de altura, logra salvarse milagrosamente porque atina a tomarse de los palos rígidos cercanos a su asiento, a modo de trapecio. El aeroplano queda destrozado, y al francés se lo elimina como aviador por haberse conducido con torpeza.

El mismo día, el aviador Paris Le Cler conduce algunos pasajeros, de los pocos que —según decían las crónicas de entonces— “arriesgaban buscar la sensación del dominio de aire por un cuerpo más pesado”...

Y el mismo día, también, Parra consigue elevarse a veinte metros de altura, y da varias vueltas y circuitos para luego aterrizar correctamente en un campo próximo. Los profesionales opinan que el aviador argentino “tiene un perfecto dominio de la máquina”.

“Los locos del aire” están haciendo progresos...

“Si soy ingeniero...”

Y entonces ocurre ese estrafalario accidente al ingeniero Irmscher.

Hasta entonces no habían sufrido daño alguno ni siquiera los que cayeran desde veinte o treinta metros de altura. Pero este estuvo a punto de matarse desde un metro...

Don Carlos Tornquist, el banquero, se contaba entre los primeros pilotos. Para satisfacer su afición había comprado un minúsculo aparato construido por Santos Dumont, y al que llamaba “Demoiselle”. Luego, los negocios, o cualquier otra causa, le impidieron volver a volar.

“Un buen día”, contaba Parra,

apareció en el hangar un señor, al parecer suizo, exhibiendo una carta del señor Tornquist, por la que lo autorizaba a volar en su máquina.

—¿El señor —le preguntó nuestro instructor— es piloto?

—No, señor —fue la respuesta.

—Entonces, el señor no podrá volar...

—Sí, señor —respondió el hombre que, además de suizo, era lacónico.

—Pero, señor...

—No hay pero... Yo soy ingeniero. Y un ingeniero es capaz de manejar cualquier motor.

Ante la seguridad de que hacía alarde el visitante, y la autorización en regla que traía, los encargados del aeródromo le hicieron traer el monoplano. Uno de los instructores se comió a darle las instrucciones correspondientes. Él escuchó con atención, y luego subió al aparato. Mientras tanto, el ingeniero Macias mandó llamar la ambulancia, y nos pusimos a calcular la cantidad de algodón y vendas que precisaríamos.

Un hombre de coraje

No están errados. Lo cierto es que la “Demoiselle” ofrece dificultades para su conducción, sobre todo a los novicios. Después de unas tentativas infructuosas, Imschter logra, sin embargo, elevarse del suelo. Cuando al fin la máquina ha alcanzado un metro de altura, de pronto da un breve salto, pierde estabilidad, y se precipita a tierra con estrépito.

El choque es tan violento, que el aparato sufre serias roturas. Entre el polvo, los espectadores divisan al ingeniero inmóvil. Se apresuran a llegar hasta él. Está herido, pero no de gravedad: dos costillas afectadas y fractura de la rótula.

—¡Qué bárbaro! —comentan otros “candidatos a cadáver”.

Pero Imschter era un hombre de coraje —según Parra—, y mientras lo entablillan se limita a preguntar seriamente:

—¿Hay alguno que quiera comprarme el motor?...

Ese mismo ingeniero suizo habría de recibirse poco después como piloto, para convertirse en uno de los aviadores más competentes del país.

Pero ¿con qué derecho puede reírse Parra por las locuras que cometen los demás? ¿Y las suyas? Porque es difícil considerar de otra manera esos vuelos que suele realizar después de una noche de juerga.

Y no se crea en una exageración nuestra. Ahí está, para confirmarlo, el testimonio de Eduardo Zamacois.

“Si se atreve, volamos juntos”

El escritor español —que tan elogiosa y reiteradamente se ocupa de Parra, aquí y en la península— acaba de asistir a una de sus funciones. Ha terminado tarde porque el programa es largo: siete actos.

Dejemos que sea su pluma la que relate lo que sucede entonces:

Parravicini terminaba de vestirse ante los amigos que lo esperaban. Febril, con la alegre impaciencia del preso que recobra su libertad, acabó de anudarse la corbata, se ensortijó las manos, tomó su sombrero...

—¿Vámonos?...

Luego, dirigiéndose a mí:

—Mañana voy al campo de aviación. ¿Quiere usted acompañarme? Me verá usted volar y, si se atreve, volará conmigo. Tengo un Voisin muy bueno...

Acepté. Él agregó:

—Entonces no debemos acostarnos, pues la hora mejor para remontarse es la del alba, antes de que empiece esa evaporación, semejante a una corriente de aire, que arranca de la tierra la salida del sol.

El resto de la noche la pasamos todos, en su casa. Allí cenamos, y las botellas de champaña, vaciadas generosamente, fortalecieron los espíritus dando a las conversaciones aquel pique desenfadado, y libertino que amaba Brantóme.

Más de cuatro horas duró la fiesta, y ya amanecía cuando Parravicini, para demostrarnos sus excepcionales condiciones de tirador, partió en dos pedazos, y limpiamente, la tarjeta que alguien, a una distancia de nueve a diez metros, le presentaba de perfil.

Hasta aquí la nota de Zamacois, que sirve para dejar en evidencia una situación muy contradictoria. El que se alarma porque un ingeniero atrevido sube a un avión sin dominar mayormente sus secretos, es el mismo que dirige el suyo llevando como pasajero a un huésped ilustre después de haber bebido largamente durante cuatro horas seguidas...

No se puede aterrizar

¿No saldría Parra de una fiesta similar el día que hizo aquel sorprendente aterrizaje?

En esa ocasión ha picado con cierta velocidad. El aparato se desplaza fácilmente, alcanzando cada vez mayores alturas. Ya deja atrás el campo de aviación, y está, internándose por zonas que no conoce. Comprendiendo que puede llegar a encontrarse en una situación peligrosa se dispone a aterrizar... Pero de pronto descubre que no es empresa tan fácil.

—Comienzo a perder altura, y cuando diviso un lugar apropiado para tocar tierra..., ¡zas!, se me aparece una carreta cargada de pasto. Vuelta a tomar altura y a tratar de maniobrar buscando sitio. A todo esto me acercaba cada vez más a un pueblo. Las casas se me aparecían, a pesar de sus modestísimas proporciones, como si fueran imponentes edificios en los cuales tendría que chocar fatalmente. Y de pronto me vine abajo...

“Las viejas y heroicas alas”

UN ATERRIZAJE PERFECTO ♦ EL *BREVET* PARA
FLORENCIO ♦ UN RELATO SIN TESTIGOS ♦ PILOTO-
VOLADOR EN FRANCIA ♦ PROBADOR DE AVIONES ♦
VOLANDO HASTA ROSARIO

Nunca hubiera supuesto Parravicini que resultara tan difícil aterrizar. Cada vez que quiere hacerlo, un obstáculo cualquiera que divisa en tierra le obliga a tomar altura de nuevo prudentemente.

Pero ahora el Voisin embica hacia el suelo en forma tal que no puede evitar el descenso. Únicamente atina a amortiguar la rapidez de la operación y consigue retomar el dominio del aparato, de manera que cuando tocan ese terreno rodeado de alambrados, pero llano, logra aterrizar correctamente como un piloto veterano.

“Suerte de novicio”, comentaba él.

A la peluquería en avión

Y solía agregar, contando el jocoso remate de la aventura:

Pero a todo esto, los tranquilos vecinos del lugar —aquellos que nos saludaban como “aspirantes a cadáver”— no estaban tan tranquilos viendo al pajarón aquel maniobrar sobre sus azoteas. Cuando me vieron en tierra, vinieron corriendo, acosándome a preguntas. Ahora bien: yo no podía, por amor propio, confesar que me había caído. Y entonces, al salir del alambrado y verme en plena calle del pueblo, frente a un negocio de peluquería, contesté a los curiosos:

—No es nada. Vine a afeitarme...

Todo el vecindario se agolpó en la puerta de la peluquería, comentando el extraordinario caso. El peluquero, no menos asombrado, estaba orgulloso de que hubiera ido a parar a sus manos. Y, mientras me enjabonaba, decía en alta voz a los presentes:

—Vean lo que es el progreso. Ahora se vienen a afeitar en aeroplano...

Mientras tanto, Jorge Newbery, Horacio Anasagasti y Félix Macías comentan alarmados la tardanza de su condiscípulo. La única explicación posible es que le haya ocurrido algo desagradable. Después de una espera suplementaria, suben a la ambulancia —siempre preparada para esos casos— y salen en su busca. Luego de dar muchas vueltas, y pidiendo datos en todas partes, consiguen avistar el terreno donde ha caído el Voisin. Se sorprenden al notar que está intacto. ¿Y Parra? Nuevas pesquisas los llevan hasta la peluquería. Y allí, el actor, en lugar de congratularse con ellos por el feliz desenlace del asunto, se esfuerza por impedir que revelen que no ha llegado hasta allí para hacerse la barba, precisamente...

Avión contra auto

Pero en ese famoso aeródromo de Villa Lugano suceden otros accidentes más graves, y más pintorescos también. Como ese que sufre el chofer de Tornquist...

El hombre —se llama Juan Monticelli— toma sus lecciones con el profesor francés Valenton, y progresa rápidamente. Ese día sube al biplano Farman para dar una prueba concluyente de sus progresos. Después de varios ensayos y vuelos en línea recta, da un viraje y se dispone a descender en el centro del aeródromo. Pero de pronto, una mala maniobra le impide realizar ese propósito. “Felizmente —piensan los que

contemplan la exhibición—, no hay ningún obstáculo en el campo”. Efectivamente, no hay ninguno en el amplio terreno, salvo un automóvil, el de Goffre, entusiasta del automovilismo y de la aviación. Y justamente contra él, como si fuera un pararrayos, va a chocar la parte posterior del Farman... Monticelli es despedido a varios metros de distancia.

Con todo, ha salido increíblemente bien del singular accidente; solo sufre la fractura del pie izquierdo. En cambio, el biplano experimenta deterioros de consideración, y el auto queda irreconocible.

El primero

Para entonces, Parra ha obtenido su *brevet* de aviador. El número 1 lo tiene un francés, Emile Aubrán, que revalida su licencia en nuestro país. El 20 de junio de 1910, Florencio recibe el número 2, o sea el primero entre los aviadores argentinos.

Hay que descontar que Parra utilizará esta nueva habilidad suya no solo para impulsar el deporte. Como siempre, le interesa llamar la atención general, constituirse en el tema preferente de los comentarios. Además, la propaganda que eso constituye ha de beneficiar al actor, aumentando su público...

Y un día aparece interviniendo en una singular carrera: un aeroplano contra un automóvil. La gente, que aún no ha perdido del todo el miedo a este, ha de ocuparse durante mucho tiempo de la singular competencia.



Parravicini en la época en que se dedicaba activamente a la práctica de la aviación.

Volando a lomo de vacas...

¡Ah, la propaganda!

En una ocasión se difunde la versión de otro impresionante accidente sufrido por Parra. Se trata de otro aterrizaje forzoso realizado en condiciones poco menos que fantásticas. Apenas él llega, lo rodean animados corrillos donde se le pide que repita su asombroso relato. Él no se hace de rogar.

Había dado tres vueltas al campo de aviación y la máquina respondía admirablemente. Esto me animó, y sintiéndome más seguro en el manejo, decidí cobrar un poco más de altura para demostrar mi pericia. ¡Mejor no lo hubiera hecho! Una ráfaga de viento hizo inclinar el biplano sobre el ala izquierda, y vanos fueron mis esfuerzos para intentar enderezarlo. Puse en juego apresuradamente cuanto recordaba de las lecciones del maestro, tanto teóricas como prácticas, pero sin resultado. El aparato se inclinaba cada vez más...

El viento me había sacado fuera del campo de la escuela, y con terror veía que las casas de la villa venían sobre mí vertiginosamente. Pasé como bala sobre el pueblo. Cuando dejé atrás las últimas casas, respiré. Ante mí se extendía el campo abierto, y renacieron mis esperanzas de salvación.

De pronto, el motor comenzó a “ratear” y el aeroplano se vino para abajo. Entonces, accediendo al deseo del aparato, comencé un descenso en estilo gaviota, que fue a terminar precisamente sobre un rodeo de vacas que miraban espantadas ese monstruo alado que les caía del cielo. Conseguí depositar el aparato sobre los lomos de las mansas bestias sin hacerles mucho daño. Al sentir el peso comenzaron a caminar...

Y así fui haciendo aquel vuelo a lomo de vaca, hasta que terminé en una chacra, en un sembradío de tomates. Los colonos, un matrimonio de italianos, en lugar de recriminarme por el destrozo, me atendieron a cuerpo de rey.

Creo que puedo vanagloriarme de ser el único aviador en el mundo que haya realizado un aterrizaje semejante.

Algún lector, desconfiado, pensará que esta aventura puede figurar junto a las más grandes hazañas de los más insignes mentirosos. No decimos ni sí ni no. La versión corre por cuenta de Parravicini. Y es cierto que no la contó una, sino muchas veces. Que sepamos, nunca presentó testigos...

En Francia también

Como le ocurriera con otras actividades, no menos afines a su temperamento aventurero, no tardaría Parra en alejarse paulatinamente de la aviación. La práctica de esta le exigía, por otra parte, conservarse permanentemente en perfecto estado físico. Y esto era casi imposible teniendo en cuenta la vida agitada, irregular, del actor.

Sin embargo, su interés por la aeronáutica no decreció nunca. Lo demuestra una anécdota que data de su estada en Francia, allá por el año 1911 o 12.

En París se encuentra con su estimado profesor Brégi. Un diario francés anuncia que

Le célèbre acteur et excellent aviateur a la fois, vient d'arriver dans notre capitale. C'est le premier élève que Brégi ait formé lors de son séjour en République Argentine.

Y luego, informa:

Il pense rester quelques mois en France, dans le but de piloter un hydroaéroplané Bréguet, moteur Salmson.

En efecto, dedica muchos días a las prácticas con el Bréguet, y después de un examen satisfactorio obtiene la licencia de piloto-volador en Francia.

Probando aviones en venta

Un día se encuentra en el aeródromo, cuando se recibe la visita de una comisión rusa. La ha enviado el gobierno zarista con el objeto de realizar la compra de algunos aeroplanos. Al parecer, los funcionarios respectivos no han sido debidamente informados de la llegada al campo de aviación de esos visitantes. Y por lo tanto, se encuentran con que no hay nadie calificado para recibirlos. Parravicini, que en el aeródromo entra y sale cuando quiere y se siente como en su casa, pregunta:

—¿De qué se trata?

Se lo dicen. Haciéndose cargo de la situación, propone enseguida:

—¿Hay que mostrarles el funcionamiento de los aviones, no? Bueno: eso puedo hacerlo yo.

Y sin más dilación se trenza en animado diálogo, en francés, con los integrantes de la comisión rusa. Finalmente, estos lo siguen al campo, donde Parra sube a uno de los aviones, justamente el Bréguet que utiliza en sus prácticas diarias. Terminada la exhibición con él, monta en otro, y realiza a satisfacción de los visitantes todas las pruebas que estos requieren para comprobar las condiciones y características de los aparatos. Cuando todo ha terminado, aquellos se retiran satisfechos de las atenciones recibidas, y seguros de haber tratado con un representante autorizado del gobierno francés.

Difícilmente nadie hubiera podido convencerle de que su interlocutor era un simple aficionado al vuelo, y el actor cómico más popular en aquel lejano y poco conocido país, la República Argentina...

Una condecoración

El interés de Parra por la aviación habría de manifestarse igualmente cuando su desempeño como presidente del Aero Club

Argentino, cargo al que llega muchos años después, en 1928 y hasta 1930. Como tal, le toca recibir la visita del presidente de la Aviación Francesa, conde Delavaux; de Francisco de Pinedo, embajador aéreo de Italia; del maestro aviador Jean Mermoz; del aviador militar uruguayo Larre Borges; del coronel Herrera, enviado por el gobierno español para elegir el lugar donde debía instalarse la base para el hangar de la futura línea aérea Sevilla-Buenos Aires.

También le toca entonces dar la bienvenida a los españoles Jiménez e Iglesias. Y los agasaja con tal esplendor, que el gobierno de la península, en reconocimiento, lo condecora con la Real Orden de Isabel II.

Animador de *raids*

Aún en épocas en que no desempeña cargo representativo alguno en la aviación nacional, contribuye eficazmente al fomento de esas actividades. Cuando Sarniguet quiere intentar el raid aéreo Buenos Aires-Río de Janeiro, en 1920, Parra contribuye con dos mil pesos a la colecta que se hace para la compra del avión. Además, organiza una función de beneficio, donde se representa su exitosa obra *Melgarejo*. En esa oportunidad el piloto Eduardo Bradley presenta al público a Sarniguet, quien habla sobre el proyectado vuelo. Y después se otorga al actor el distintivo honorario del Centro Pro Aviación Civil.

Y más tarde, cuando Hearne lleva a cabo la interesante iniciativa, le es conferida a Parravicini una medalla de oro, como recompensa a la labor realizada en favor de ese vuelo.

Cuando Ángel María Zuloaga quiere realizar el vuelo a través del Atlántico, uniendo a Buenos Aires con Palos de Moguer, Parra le ofrece amplio apoyo, y le cede el Teatro Argentino a fin de que pronuncie allí una conferencia sobre su proyecto. Al expresarle su agradecimiento en una expresiva carta, Zuloaga

dice: “Su ofrecimiento me da la sensación de encontrarme protegido por las viejas, y heroicas águilas de la aviación argentina, entre las cuales usted es la primera...”.

Aquel vuelo a Rosario

Pero todo esto no significa que el celebrado actor cómico abandone por completo los vuelos. De tanto en tanto, el público tiene conocimiento de alguna nueva intentona realizada por su cuenta. Y, como siempre, adelantándose en alguna forma a los demás. Por ejemplo, con aquel famoso vuelo a Rosario, que tantas aprensiones provocó entre sus amigos y el público.

La empresa tiene lugar justamente en la Navidad del año 1914. Le han organizado unas funciones en Rosario, y él anuncia a los periodistas:

—Llegaré en avión...

Semejante novedad acrecienta sensiblemente la expectación popular. Para acompañarlo ha de ir su amigo Castaibert. Junto con Cattáneo, este figura entre la segunda tanda de quiénes se sintieron atraídos por la aviación en nuestro país. Y había conseguido destacarse rápidamente, en tal forma que un comentarista dice de él:

“Castaibert es uno de nuestros grandes pilotos, quizá el más meritorio, desde que se ha formado por sí solo, sin maestros, siendo el que forjó sus propias alas, construyéndose el pájaro mecánico que vuela”.

Y no llegan

Los dos salen solos, pues, rumbo a Rosario, piloteando un Farman. En aquella ciudad están avisados de la hora aproximada a que deben llegar y una imponente multitud los espera en

la plaza Independencia. Sin embargo, pasan las horas y no se ven señales del biplano. Al acercarse la noche se encienden grandes hogueras en la plaza, a fin de que el aterrizaje nocturno pueda producirse sin inconvenientes. Pero no llegan.

Mientras tanto, los que han adquirido entradas están esperando en sus butacas. Han sido vendidas íntegramente, y en la sala no se ve un solo claro. Aquí, la gente experimenta la misma impaciencia y ansiedad que domina a los que esperan en la plaza Independencia. Finalmente, hacia las 11 de la noche, uno de los empresarios se ve obligado a anunciar que no hay noticias de Parra y Castaibert. Confía en que no les haya ocurrido nada grave. Y termina diciendo que las entradas son válidas para la noche siguiente...

Pero ¿quién puede asegurar que llegarán al día siguiente?

¡Parra ha desaparecido!

UN SUBMARINO QUE VUELA ♦ GUERRA A LOS
EMPRESARIOS ♦ LA INFORMALIDAD DEL BUFO ♦
COMPROMETIÉNDOSE CON DOS A LA VEZ ♦ “SE CASÓ
EN SECRETO O SE SUICIDÓ” ♦ A EUROPA CON NOMBRE
SUPUESTO ♦ ESE CONTRATO LEONINO

De todas maneras, el empresario del Independencia está lejos de abrigar el optimismo que ha intentado comunicar al público, al asegurarle que las entradas para la función de Parra serán válidas hasta el día siguiente. ¿Quién le asegura que el bufo no ha sufrido un accidente serio? Hasta este momento, o sea la medianoche, no ha llegado a Rosario indicio alguno sobre su situación o paradero.

¿Se habrá producido lo que todos se resisten a imaginar?

Un submarino que vuela

No. A esa misma hora, dos hombres fatigados y sucios de grasa y polvo se inclinan sobre el descompuesto motor de un aparato, allá por la ciudad de San Nicolás. Son los aviadores Castaibert y Parra. Una falla del motor los ha obligado a aterrizar inesperadamente a mitad de camino. Lo más juicioso —piensa Parra— sería seguir viaje a Rosario con cualquier otro vehículo. Por lo menos, eso es lo que merecen los millares de espectadores que en estos momentos lo esperan en el teatro. Pero hay un inconveniente: su tozudez. Él ha prometido llegar a esa ciudad por aire, y tiene que cumplir su palabra. Así que recién al día siguiente, y una vez conseguida la pieza de repuesto para el aeroplano, este levanta vuelo nuevamente para llegar a Rosario sin mayores molestias. ¡Y por

eso el viaje entre la primera y la segunda ciudad de la República les lleva dos días!

Los periodistas rodean al actor. Quieren recoger sus impresiones del viaje, que seguramente serán amplias e intensas. Él las resume en una palabra:

—Novedoso...

La multitud se abalanza para palmear y abrazar a los atrevidos aeronautas, y también para conocer el aparato “amenazando con llevárselo a pedacitos —cuenta Parra— para recuerdo”. Y agrega:

—Allí andaban los pibes rosarinos metiéndose entre las alas, tocando los tensores, que entonces se hacían con cuerdas de piano, y hurgando todo cuanto se ponía al alcance de sus manos. Naturalmente, no podía faltar la autoridad que pusiera fin a esos desmanes, y un sargento, ingenuo bonachón, atusándose el mostacho gritó a los chicos:

—Retírense inmediatamente de aquí. Dejen eso tranquilo. ¡Parece que nunca hubieran visto un “submarino”!

Cayendo del cielo

Tantas peripecias no apagaron el interés de Parravicini por la aviación, aunque ya no volaba sino en raras ocasiones. Allá por mediados de noviembre de 1919, los diarios argentinos y uruguayos aparecen un día con grandes titulares a toda página. Acaba de realizarse un difícil viaje en aeroplano. Se ha unido Buenos Aires con Montevideo en menos de dos horas. Para la época y el país, es un progreso considerable. El avión es un Farman de dos motores con un total de quinientos caballos, que han traído unos aviadores franceses y está piloteado por el teniente Gustavo Grillón. En tono emocionado los reporteros refieren que la travesía se ha hecho a dos mil metros de altura sobre el Río de la Plata. ¿Quiénes son los pasajeros? Los que se apresuran a leer la crónica se encuentran —¡otra vez!— con el

nombre del conocido actor cómico, presente siempre en todas las noticias sensacionales. Lo han acompañado su esposa, Sara Piñeyro, su amigo el autor García Velloso, y el aviador Enrique A. Roger.

En esta oportunidad, es recibido por el presidente del país hermano, Dr. Baltasar Brum, y por el famoso líder colorado, don José Batlle y Ordóñez. Al regresar, los amigos de Parra le preguntan:

—¿Qué te dijo el primer magistrado?

—“Usted es el primer cómico que veo caer del cielo...”.

—¿Y don Pepe Batlle?

—Me preguntó: “¿Cuándo viene a trabajar aquí?”. “Pronto”. “Bueno, apresúrese porque no quiero que me agarren las elecciones con la gente triste y aburrida. ¡Ah, si yo fuera usted! ¡Pobres blancos! Los mataba de risa, sin necesidad de revoluciones...”.

Y después de adjudicarles tales expresiones a los dirigentes uruguayos, se quedaba tan fresco...

Los empresarios y Parra

Pero en estos años procelosos de su vida que rondan el Centenario —entre 1908 y 1912— no es la aeronáutica, pasión pasajera como las demás, la única que introduce variantes en la vida de Parravicini. Otros problemas e intereses lo mueven y zarandean, lo preocupan otros contratiempos casi siempre atraídos por su voluntad veleidosa. Entre ellos figuran, en primer término, sus pleitos con los empresarios.

¿Quién tiene razón? El actor se queja de ellos. Asegura que son los que realmente aprovechan los cuantiosos beneficios que reporta su constante éxito. Por su parte, los empresarios se lamentan de la informalidad de Parra, y aún se atacan entre sí. Porque lo cierto es que se realizan interminables maniobras para atraerlo, para quitárselo a quien ha logrado asegurarlo por una o dos temporadas.

El forcejeo ha comenzado en el Apolo, apenas Parravicini comprende el provecho financiero que puede reportarle su labor de cómico. Con los Podestá y el empresario Giovannetti, había llegado a ganar quinientos pesos mensuales. Luego, Serrador le paga una suma fabulosa: diez mil pesos mensuales. Cuando Rivas se lo lleva a su vez para otra temporada, en mayo de 1908, el contrato especifica la entrega de quince mil nacionales por mes. Es el vértigo... Pero aún así no le alcanza.

Y para hacerse del dinero que necesita, Parra recurre a sinuosas combinaciones, a enredos que terminan por envolver al que los urde. Como en esa ocasión en que se compromete con dos empresarios a la vez, recibiendo adelanto de ambos...

La firma del bufo

Don Julio Traversa, administrador entonces de la empresa Giovannetti, es el que nos refiere el lance.

—Queríamos tenerlo en el Apolo para el año 1910. Para eso llegamos a un convenio con él, adelantándole diez mil pesos en efectivo. Al mismo tiempo, firmamos un documento provisorio. ¿Quiere leerlo? Es un comprobante más del carácter tornadizo de Parra.

El cronista se inclina sobre la nota.

Dice así:

Por el presente documento me comprometo a firmar un contrato con el señor Silvio Giovannetti, empresario del teatro Apolo, para actuar con mi compañía en el año 1910, siempre que dicho señor me haga una bonificación al firmar de diez mil pesos, y un compromiso de dos mil pesos a abonarse en cuotas mensuales, además del porcentaje y demás condiciones a estipular de común acuerdo entre el señor Giovannetti y yo en el mencionado contrato, cuya base

principal será el cincuenta y siete por ciento de las entradas brutas como mínimo.

Al pie hay una fecha: noviembre 22 de 1909. Y la firma del actor.

“También se comprometió conmigo”

“Como usted ve, las ventajas que se reservaba Parra no eran pocas”, agrega Traversa:

Pues bien. Le adelantamos, como digo, los diez mil pesos.

Unas semanas después de esto, recibimos la visita de Serrador.

—¿Es cierto que Parra firmó un contrato con ustedes?

—¡Claro! No hay inconveniente, supongo...

—¿Que no hay? ¿Y el que firmó antes conmigo no significa nada? ¿No tiene carácter previo? ¿Y no le he adelantado ya veinte mil pesos a cuenta?

—Si es así...

—¡Claro que es así! ¡Vea el documento firmado por él!

Entonces le hice notar que el asunto nos venía costando diez mil pesos según recibo. Serrador se ofreció a descontarlo. Y así quedamos afuera. Otra jugarreta de Parra...

En realidad, poco representaban entonces esos diez mil pesos, teniendo en cuenta la situación de Serrador. Lo que a este le importaba era resarcirse de sus adelantos, más importantes aún, y sobre todo retener al productivo actor a pesar de todos los líos provocados por este.

Y, sin embargo, ni aún así iba a poder conservarlo, ni librarse del *affaire* que habría de provocar Parravicini unos pocos meses después...

¡Se pegó un tiro!

Un buen día del año 1911, Buenos Aires se llena de rumores. El tema es Parra. Aseguran que ha desaparecido misteriosamente. ¿Cómo? ¿Por qué? Todos presumen de enterados, y las versiones se multiplican.

—Lo asedian los acreedores. Estaba muy entrampado y no sería difícil que se hubiese pegado un tiro...

—¡Si está en la estancia de un amigo suyo! Es en lo de...

—Nada de eso. Está de por medio una dama extranjera... y casada. ¿No ven que han desaparecido los dos al mismo tiempo?

—A mí me han dicho que se casó en forma secreta con una millonaria y acaba de salir para Río...

La confusión es extraordinaria. Y lo cierto es que Parra ha hecho todo lo posible por provocarla, ya que favorece sus planes. Necesita que el agua se enturbie suficientemente, a fin de que sus movimientos apenas se noten. Los únicos que están en el secreto son algunos periodistas. Y aún estos no consiguen adivinar por completo la maniobra del bufo hasta que esta ha sido exitosamente desarrollada.

Toda Buenos Aires ríe

El caso es que Parra ha anunciado a varios de sus íntimos que el día 11 de marzo saldrá para Europa en el vapor “Principessa Mafalda”. La noticia llega enseguida —como Parra preveía— a oídos de su empresario, Serrador. Este, que se encuentra en Montevideo, se traslada al instante a Buenos Aires, dispuesto a hacerle respetar los convenios firmados. Pero el caso es que Parra no aparece por ninguna parte. Tampoco figura entre el pasaje del “Mafalda”. ¿Qué ha sido de él?

Al enterarse, veinticuatro horas después, toda Buenos Aires rompe en una carcajada que suena zumbonamente para el

desconcertado Serrador. ¡Parra ha salido tres días antes, el 8 de marzo, en otro vapor, el “Argentina”!

Hay que hacerle justicia. La treta había sido preparada con cuidado. El pasaje ha sido tomado a nombre de Juan Barretta. Su acompañante y secretario, Carlos Coletti, figura como ayuda de cámara suyo, también con apellido supuesto. Los únicos que han ido a despedirlo son los empresarios Rivas y Beltrán, con los cuales ha hecho Parravicini esta nueva combinación. El primero le ha adelantado treinta mil pesos, a cambio del compromiso firmado por aquel para su próxima temporada de 1911-12.

Precauciones de Coletti

En el fondo de todo el asunto, está el consejo de un abogado. Cercado por las deudas contraídas con medio mundo, obligado por sus compromisos previos hacia Serrador, Parravicini había acudido a su amigo el doctor Malagarriga. Y este es el que le ha dado la idea de ese improvisado y salvador viaje a Europa.

—Deje el asunto en mis manos. Cuando vuelva, estará todo arreglado...

Uno de los cronistas que se dedican a seguir minuciosamente el curso de la divertida cuestión refiere que el fiel escudero de Parra, Coletti, no ha querido arriesgarse en semejante aventura fiado en la sola palabra del voluble actor. Por eso adoptó sus precauciones. “Como quien no quiere la cosa, se agenció un contrato con



Parravicini fotografiado a su llegada a Rosario después de realizar un vuelo en avión. A su lado aparece la actriz Perina Dealesi.

el empresario, señor Seguí, para dar espectáculos y lecciones de baile criollo-tango, allá en París. Con el sueldo que ganará, y con el pasaje de vuelta en el bolsillo, se ríe Coletti de las infidencias probables de Parra”.

Como se ve, hasta sus íntimos amigos no se fiaban de sus contradictorias ocurrencias...

Que lo detengan en Santos

Pero el burlado Serrador no considera el episodio terminado. Por el contrario, confía aún en hacer fracasar el plan de Parra. Para eso, se presenta al juez de instrucción. Y pide:

—Que se decrete la prisión preventiva de Parra. Y que sin más trámite se libre exhorto, a fin de que cuando su barco se detenga en algún puerto brasileño pueda conseguirse su extradición.

Para solicitar medidas tan graves es preciso apoyarlas en no menos graves razones. Y el empresario se apresura a proporcionarlas.

Hay una cláusula del contrato por la cual Parra declara haber recibido de Serrador la suma de cincuenta mil pesos, como adelanto y depósito. Como se ha ido sin cubrirla, el actor aparece, entonces, como depositario infiel. Ante tan seria acusación, el fiscal se expide “con una rapidez pasmosa” aconsejando al juez que haga lugar a lo solicitado. Y se procura que el juez resuelva la cuestión con igual celeridad, a fin de que Parra pueda ser detenido por las autoridades del puerto brasileño de Santos.

Pero es entonces cuando el cómico, o mejor dicho, sus representantes, desatan la contraofensiva.

La expectación pública

Ahora resulta que es Parravicini quien aparece demandando a su ex empresario. En primer lugar, presenta un certificado

médico, según el cual padece neurastenia, con frecuentes ataques de congestión pulmonar. Ahí mismo se le prescribe, si es que quiere mejorar su salud, abundante descanso y urgente cambio de clima.

Denuncia, por otra parte, que el contrato firmado era verdaderamente leonino, y que Serrador se lo había hecho firmar, aprovechando su situación de angustia económica. Que amarrado en esa forma, ha trabajado mucho tiempo en el Argentino produciendo a su empresario grandes ganancias, de las que él no ha aprovechado sino una mínima parte.

Y finalmente, declara que Serrador no le entregó nunca los cincuenta mil pesos. Y que por lo tanto, reclama el pago de la multa de veinte mil pesos convenida por no cumplimiento de su obligación de rendirle cuentas y darle parte de los beneficios obtenidos en el teatro Argentino, “en vez de los cuales les ha facilitado prestamos en condiciones usurarias y ruinosas”.

Como se ve, la contrademanda no puede ser más enérgica.

Delimitados así los campos, solo se espera el fallo del juez. ¿Quién saldrá triunfante? ¿El sublevado actor o el quejoso empresario? La gente de la farándula y el público se convierten en entusiastas espectadores del duelo que se está dirimiendo ante la justicia. Lo que lo hace más apasionante son las dos perspectivas que se presentan.

O bien triunfa Parra, y puede volver a su país exultante y sin temores o bien se impone Serrador, y entonces la aventura ha de salirle cara al bufo, cuyo regreso quedaría tal vez impedido por largo tiempo.

Ahora, el juez tiene la palabra.

“Me doy a pedazos para que mi público se ría”

TODOS DESESPERADOS Y PARRA DIVIRTIÉNDOSE
◆ “PUEDE VOLVER” ◆ CARICATURAS Y LETRILLAS
◆ FLORENCIO SE VISTE DE MUJER ◆ UNA ANÉCDOTA DE
PARRA, SEGÚN TITTA RUFFO ◆ PARRAVICINI,
MAGOT JAPONÉS

Los más preocupados, y con razón, son los elementos de la compañía Parravicini. Entre ellos se encuentran figuras prestigiosas como Roberto Casaux, Enrique de Rosas, Enrique Muíño, Herminia Mancini, Eliseo San Juan, la Goby y unas veinte personas más. Todos tenían contrato firmado y estaban ensayando para iniciar la temporada dentro de tres semanas. Y es en esos momentos cuando les llega la noticia de la repentina fuga de Parra.

Con el bolsillo repleto

Deshecha la combinación al desaparecer la cabeza de la compañía, actores y actrices se ven sumidos en la incertidumbre. ¿Qué hacer ahora?

Entonces es cuando Serrador recurre a Atilio Supparo. Este —según un periódico de la época— acababa de pasar una temporada en el campo ejerciendo funciones de capataz de una estancia, “y diciendo que prefería domar potros a enseñar cómicos”. A pesar de esa rotunda afirmación, acepta dirigir la nueva compañía formada en el Argentino sobre la base del elenco ya existente. En primer término ha de darse una obra de Laferrere.

Y mientras tanto, ¿qué es de Parra?

Despreocupado como un turista, este sigue viaje en el “Argentina”, sin afligirse por lo que pueda traerle el porvenir. Para alejar las dudas le basta palpar la abultada cartera, donde lleva ochenta y un mil francos en letras pagaderas a fecha fija contra diversos establecimientos bancarios europeos.

Mientras él se divierte...

Claro que pende sobre su cabeza la desgraciada posibilidad de que lo detengan en Santos, enviándolo detenido a Buenos Aires por solicitud del juez, si es que este accede a la petición del empresario Serrador. Pero esas nubes son rápidamente aventadas. El juez en lo comercial, ante quien se ha presentado la demanda de aquel y contrademanda del abogado de Parra, se excusa de intervenir. El bufo puede seguir tranquilamente su viaje a Europa.

Llega a París, se divierte como él sabe hacerlo, olvidándose de lo que dejó en Buenos Aires. Y a tres meses escasos, recibe un telegrama del doctor Malagarriga: “Puede volver, todo arreglado”.

En efecto, el ruidoso pleito iba de tener un inesperado final. Ambas partes comprenden que no les conviene prolongar un asunto que lleva miras de durar años, insumiéndoles grandes sumas en costas del juicio. Malagarriga, actuando en nombre de Parra, y el empresario del Argentino firman una escritura pública por la cual desisten de las acciones judiciales ya iniciadas. Una vez más, la fortuna ha demostrado su parcialidad hacia Parravicini.

Reaparición ruidosa

Vuelve a Buenos Aires, pues. Pero vuelve como un triunfador. Amigos y partidarios le hacen un gran recibimiento. Los diarios dedícanle columnas enteras, y los caricaturistas más conocidos glosan su reciente aventura. Málaga Grenet lo dibuja pasando

junto a una cantidad de grandes clavos —que simbolizan las deudas que dejó aquí pendientes—. Al pie hay una letrilla, adjudicada a Parra:

No, no me causan pavor vuestros semblantes esquivos; ni pagarés ni recibos ha de cobrar Serrador.

Y es cierto que no los cobró.

Y cuando unos días después reaparece con una opereta que trae de Francia, recibe una ovación formidable de la sala repleta. Las entradas se hallan íntegramente vendidas desde ocho días antes.

Una vez más, Buenos Aires ríe y festeja las travesuras del hijo pródigo, de su *enfant gaté*.

Una sorpresa

Su éxito escandaloso se mantiene durante toda esa movida temporada. Noche a noche, la boletería ostenta el mágico y codiciado cartelito:

“No hay más localidades”.

Como ocurre habitualmente, tratándose de Parra, la gente concurre para verlo y escucharlo a él para saber qué es lo que se le ocurre inventar esa noche. En cuanto al repertorio, poco importa. Eso explica el ruidoso triunfo obtenido con una opereta ínfima, adaptada por Parravicini y con música del maestro Payá: *Gastón y René*. En esa obra actúan, entre otros, Roberto Casaux, Humberto Zurlo, Enrique de Rosas, Coletti y Matilde Rivera.

Para la noche del estreno, el bufo ha prometido dar una sorpresa a su público. Todos suponen que les brindará un nuevo monólogo, o alguna de sus bromas espectaculares. Pero no. Lo que ocurre es que se presenta en el escenario vestido... de mujer.

Al reconocerlo bajo los atavíos femeninos, los espectadores quedan estupefactos. Pero, decidido a conquistarlos, Parra

no les permite recobrase. Recurre a su inagotable catarata de chistes, a sus más secretos y efectivos recursos cómicos. Marea, aturde, y se impone al público. “Echó el resto en materia de habilidades —dice un periódico al día siguiente— porque tocó el violoncelo, pintó, tiró al sable y bailó”...

Los vestidos vienen de París

Claro está que Parravicini tenía predecesores. Muchos años antes, hacia 1894, el gran Novelli había provocado los comentarios generales al representar la hilarante comedia *La tía de Carlos*, en que encarnaba al protagonista. También se habían hecho célebres en Buenos Aires los tocados femeninos de Frégoli y Bertin. Pero en Parra esa caracterización tenía un particular sentido picaresco.

El caso es que los comentarios sobre el trabajo del desopilante cómico circulan por toda la ciudad, y la gente se apresura a ver el espectáculo. A los veinte días, la empresa ya ha recogido una ganancia líquida de veinticinco mil pesos. Y el interés no decrece. Los diarios dedican largos artículos informando dónde se fabrica la ropa femenina que usa Parra. Alguien aclara que uno de los vestidos, solicitado especialmente a París, costó tres mil quinientos francos. Otro tanto habríase gastado en la primorosa peluca rubia que noche a noche pone el actor sobre su raleado cabello.

Imitando a Le Bargy

Una de esas noches se produce el gracioso incidente que Le Bargy no habría de perdonarle nunca, y que Titta Ruffo no habría de olvidar jamás. Realízase un festival de beneficio, donde entre otros muchos intérpretes actúa el cotizado actor francés. Entre

los espectadores se halla Titta Ruffo, que luego repetía la anécdota a quien quisiera oírse la:

—Acababa de recitar un monólogo el ex socio de la Comedia Francesa y, como era justo, fue muy aplaudido. Le hicieron salir varias veces a escena. En esto, le tocó el turno a Parravicini, y quiso la mala suerte que el apuntador no tuviese el papel de lo que había de decir. Parravicini no se inmutó ni se cortó, y adelantándose a las candilejas sin que el apuntador abriera la boca, empezó a hablar... ¿Qué era aquello? No hablaba en castellano, sino en francés... Recitaba el mismo monólogo que minutos antes dijera Le Bargy, y que por primera vez en su vida oyera Parravicini. Le bastó oírlo para aprendérselo de memoria. No solo lo decía, sino que lo *hacía* con los mismos gestos de Le Bargy. Y como acentuaba de propósito la enfática declamación francesa, resultaba una imitación portentosa y una caricatura preciosísima. ¡Estuvo asombroso! ¡Y qué ovación! El teatro se venía abajo... Le Bargy, todo azorado, huyó del teatro.

El enemigo de los ensayos

Como siempre, se olvida de asistir a los ensayos. Sigue teniendo por ellos un franco horror. Por eso —cualquiera sea la obra que se esté representando—, tiene que valerse de su inventiva para salir del paso. A veces el recurso le sabe bien. Y a veces ocurre lo contrario. Pero él no se preocupa mayormente. Exhibe el mismo desenfado que acreditara tiempo antes, cuando el estreno de *Los melenudos*, de Pacheco. Ballerini es el que ha conservado el recuerdo de lo ocurrido con mayor fidelidad. Dice el ahora empresario del Smart:

En *Los melenudos* hacíase alusión a los escritores que solían reunirse en el famoso café Los Inmortales. Aunque Parravicini, de acuerdo con sus hábitos inveterados, no concurría a los ensayos,

nosotros continuábamos la preparación de la obra. Al fin llega el día del ensayo general. Aparece entonces Parra, se acerca a los actores de los que era más amigo y empieza a preguntar:

—¿Cómo me llamo yo en esta obra? ¿Qué tengo que hacer? Pacientemente, y acostumbrados a estos métodos suyos, nosotros comenzamos a explicarle:

—Mirá: vos te llamás Robustiano. En la obra sucede esto y aquello, y a vos te toca desempeñarte de esta manera...

En plena exposición, entra en el Teatro De la Riestra el gran deportista y amigo inseparable de Parra. Desde la platea pega un grito:

—¡Che, Parra! ¡En la puerta tengo un auto fantástico, recién comprado! ¡Vení y lo probamos juntos!

Parra vacila, lo mira a De la Riestra, después a nosotros, y en tono de disculpa nos dice:

—¿Ven? Tengo que ir a probar el coche. Ustedes sigan. No se preocupen por mí...

Y se fue. El lío se produjo el día del estreno. Parravicini nos llamaba a todos los demás actores "Robustiano". Nosotros le avisábamos en voz baja:

—¡Pero no! Robustiano sos vos...

Y él, impertérrito, mientras golpeaba con un bastón las mesas de hierro del figurado café Los Inmortales:

—¿Y a mí, qué me importa? Yo seré Robustiano, pero me equivoco cuando quiero...

Como un dios de la risa

Son esos años felices para Florencio. Su popularidad parece no tener fronteras. El público lo agasaja y lo mima. Y en realidad, no le pide mucho: solo que le haga reír. Para eso, le basta con su gracia ágil y picaresca, chocante pero eficaz. Y le paga con aplausos y dinero. Se hallan, pues, mano a mano. Muchos son los que

entonces, y después, intentan vanamente explicarse el porqué de su constante éxito. Hay quien lo compara a esos *magot* japoneses llamados “los dioses de la risa”, cuyo solo aspecto basta para comunicar a quien los contempla una sensación de bienestar físico.

Sí, el público llega a sentir afecto por él, al extremo de que hay muchas personas que van a verlo en la misma obra durante varias noches seguidas. Parra llega a experimentar también un cariño especial por aquellos que lo siguen tan fielmente, que van buscándole a él como al médico que habrá de curar mágicamente su melancolía.

Por eso se refiere a él llamándolo “mi público”. Y tiene una manera singular de explicar su relación con los espectadores:

Me entrego a ellos, y hago que ellos se entren en mí. Los llevo de un extremo a otro del proscenio, desde las candilejas hasta el foro. Rompo la barrera que nos separa, dejo volar mi espíritu por la sala, haciéndolo llegar hasta el espíritu de ellos... Y hablo, toco un resorte, y mi público ríe, ríe... es un placer único el que experimento al oírlo reír. Floto en un oleaje de carcajadas, vibro, hago mi juego rápido, seguro, eficaz... ¡Ah! Cuando veo que en un palco o en una platea alguien no se ríe, que alguien está dentro de sí, pensando, sufriendo acaso, entonces ya no pienso en nada más que en él. Lo miro, le hablo mentalmente, trabajo para él, entro en él, y hago cosquillas en el espíritu. Cuando ha sonreído... ¡a otra cosa!

Y me vuelvo a todos, al público, a los compañeros, a los obreros que me miran desde el interior de la escena y torno a darme íntegro, a pedazos, para que mi público se ría...

¡Mi público! Cada uno en sí es un ser que piensa, un ente que juzga, una razón que analiza. Pero todos juntos, reunidos en mi sala, ante mí, son niños, un montón de niños. Yo los hago reír a carcajadas, los hago llorar de risa. Después, cuando se van, ya no son niños. Son hombres, razonan:

—No ha estado mal, Parra... Me ha hecho reír un poco...

Llorar de risa... Alguna vez Parra se excede en la dosis. Y entonces llega a poner en peligro la misma salud de sus entusiastas espectadores. Por lo menos, eso es lo que ocurre ese día en que uno de ellos sale del teatro en camilla, ante la mirada atónita de los demás...

Parra prohibido por prescripción médica

EL ESTANCIERO QUE CASI SE MUERE DE RISA ♦
PARRA PELEA CON UN ESPECTADOR ♦ *PIONEER*
CINEMATOGRAFICO ♦ EL BUFO HACIENDO PAPEL DE
NODRIZA ♦ PARRA, VISTO POR EDUARDO ZAMACOIS

Solo en forma figurada acostumbramos decir que alguien ha estado a punto de morir de risa.

Pero en el caso de aquel espectador de Parra la acostumbrada figura retórica casi se convierte en un hecho real.

Esa noche él está recitando uno de aquellos desopilantes monólogos que provocaron millones de carcajadas: “El nuevo cañón” o cualquier otro. Las risas del público van *in crescendo*. Sobre todas se destaca una más ruidosa, más prolongada que las demás. Parece una risa sin control, que se ha desprendido de su dueño para solo obedecer a las muecas y las palabras de Parra. De pronto, en la situación más cómica del monólogo, surge un grito de espanto, que suena en forma extraña entre el coro de carcajadas. Pero al principio nadie se da cuenta. Recién cuando las risas se van amortiguando es cuando se oye distintamente la queja de una mujer de la sexta fila:

—¡Mi marido! ¡Le ha dado un ataque!

La tragedia barre a la risa

Todos se precipitan hacia la pareja. Despatarrado sobre su butaca se halla un hombre robusto, cuya quemada tez denuncia su procedencia campesina. Como está exánime, tienen que conducirlo entre varios hasta un lugar más cómodo, mientras llega la ambulancia solicitada. Actores y público se mezclan alrededor del sufriente, haciendo en voz baja animados comentarios. En esa sala

del Argentino, donde hasta hace unos instantes solo tenía la palabra Talía, acaba de entrar Melpómene. La tragedia expulsa a la risa y barre las últimas carcajadas diseminadas por el amplio salón.

Llegan al fin médicos y enfermeros y trasladan al enfermo en una camilla hasta la ambulancia.

Solo se oye la voz de la desesperada mujer, que dice:

—¡Me lo han matado!

Se lo llevan, pues, y continúa la función. Pero ya nadie está con humor para suscitar o soltar la risa. Y cuando por fin cae el telón, la gente se levanta y se va comentando animadamente lo único que no estaba en el programa de aquella noche...

No lo dejan ver

Parravicini se interesa por su víctima. Le hacen saber que se halla en un sanatorio. Y que su estado es muy grave. En realidad, está agonizando...

El bufo siente como un cargo en su conciencia. Él tiene mucho que ver con esa situación, aunque la haya provocado inocentemente. Sube a un auto y se hace conducir de inmediato adonde se halla el estanciero. Ya va a penetrar en la sala cuando una mujer le sale al paso:

—¡Usted! ¡No, no! ¡No va a entrar!

—Señora, yo...

—Sí, ya sé. ¡Usted es el de anoche! ¡Si lo ve de nuevo me lo va a matar!

Parra, prohibido

No es posible convencerla. Parra tiene que conformarse con averiguar su estado en forma indirecta. Por lo pronto, esa noche puede actuar tranquilo. El hombre no se ha muerto.

La noche siguiente, tampoco se ha producido el desenlace fatal.

Ni la otra. Ni vaya a saber durante cuántos años. Porque la última noticia del estanciero la recibe Parra mucho tiempo después. Es él mismo quien le escribe desde sus campos en Córdoba. Le cuenta jocosamente todo lo ocurrido, y termina así:

“Leo todo lo que se escribe sobre usted, pero no puedo ir a verlo, por el bendito ataque...”.

Es decir que Parra le estaba prohibido por prescripción médica.

Derrochando botellas de risa

A veces llega al teatro un rato antes de la función, y para hacer tiempo se sienta en la boletería, al fondo, para estudiar al público, “su” público. Luego, cuenta a sus amigos:

Llega gente, sola o en parejas... Llega gente seria, melancólica...

Llega un hombre pobre y saca del bolsillo, trabajosamente, un pesito arrugado. Pregunta:

—¿Hoy trabaja Parra?

—Sí...

—Bueno. Deme un paraíso.

“Entonces”, concluye Parra, “salgo para mi camarín a caracterizarme, dispuesto a trabajar como nunca, a descorchar botellas de risa, a transformar todos esos rostros taciturnos y ansiosos de alegría...”.

El insensible espectador

Pero que nadie se quede serio. En su sala, ante él, Parra consigna la seriedad como un insulto. Un insulto que inferen a

su condición de dueño de la risa. Y si está de mal humor, toma el asunto a la tremenda, provocando incidentes espectaculares. Benita Puértolas es la que recuerda otro de ellos:

¡Fue en el Metropolitan, hace unos años... Se representaba una adaptación de *El gran fascista* donde eran ridiculizados sangrientamente el dictador italiano y toda su pandilla. Como de costumbre, Parra no escatimaba medios para hacer reír al público, y este respondía ampliamente, electrizando la atmósfera con sus carcajadas. Pero un espectador, ubicado en un palco *avant scene*, parecía no festejar la gracia del capo cómico.

Esas excepciones no se le escapaban a Parra. Se dedicó a oírlo, y hasta le dedicó especialmente algunos de sus chistes. Pero era inútil. El hombre seguía serio, imperturbable, como si estuviera en otro planeta.

Finalmente, y ya irritado, Parra se encaró francamente con él, preguntándole por qué no se reía como el resto de la sala.

¿Le molesta la obra, acaso? ¿Soy yo el que le disgusta? Y entonces, ¿por qué no se va?

El espectador seguía mudo sin hacerle caso.

Entonces, Parra mandó llamar al empresario, a fin de que este invitara al espectador insensible a sus gracias a que se retirara de la sala. El otro aceptó cumplir el encargo; y al rato volvió con una explicación bastante aceptable. Al conocerla, Parra la explicó a su vez en alta voz al público, y todos se confundieron en una misma carcajada.

—¡El hombre era sordo!

Esa pobre señora sorda

Sorda también era la persona con la cual se encaró Parra en otra oportunidad, pero en circunstancias muy distintas. Es una anécdota que revela el carácter juguetón de Florencio, propicio siempre a la farsa improvisada y a la burla. Es Lea

Conti, que le acompañara en su debut como actor en el Apolo, la que conserva este brochazo entre sus recuerdos sobre el famoso actor:

Era cuando actuábamos en el Argentino. Una noche, Florencio observa que en la primera fila estaba una señora que debía de ser sorda. Se notaba por la trompetilla que constantemente se aplicaba a una oreja. Al comprobarlo, Parra se vuelve hacia nosotros, y nos dice en voz baja, sin que se enterara el público:

—Ahora van a ver cómo nos divertimos...

De golpe empezó a gesticular endiabladamente, como si hablara a gritos, acompañándose con grandes golpes al pecho. El truco tuvo su efecto, y la pobre señora, segura de que se le había descompuesto el aparatito, lo retiró de su oído y comenzó a buscar nerviosamente las causas del desperfecto. Apenas vuelve a colocarlo en el oído, Parra emite unos gemidos tremebundos, pero con el rostro sereno y entreabriendo apenas los labios, como si estuviera murmurando. De nuevo aquella señora examina su trompetilla acústica, suponiendo que estaba mal graduada o descompuesta. A todo esto, el público reía de las muecas o berridos, pero sin darse cuenta de lo que ocurría. En cambio, nosotros nos reíamos libremente, casi olvidados de nuestros papeles. Parravicini siguió con ese juego durante un buen rato. De pronto, la mujer retira la trompetilla con un gesto de desesperación, la guarda, y levantándose, sale de la sala. Parra había conseguido marearla por completo...

“Hasta después de muerta”

Pero mientras tanto, entre un viaje y otro, entre un enredo y un desaguizado, Parra ha ido ensayando sus fuerzas como *pioneer*

cinematográfico. Entrégase con entusiasmo nuevo a la flamante pasión y decide realizar una película de la cual es director, autor del argumento y actor. En este *film*, perteneciente a la primerísima época de nuestro cine, intervinieron intérpretes tan conocidos como Orfilia Rico, Enrique Serrano, Silvia Parodi, Ladrón de Guevara, Argentino Gómez y el pibe Pedrito Quartucci. La calidad del elenco, y las noticias que se filtraban al público sobre las características de la película, rodearon su estreno de un ambiente de inusitada expectación. Al fin se presenta, con un título conmovedor y tremebundo: *Hasta después de muerta*. Esa noche, el film es aplaudido. Pero al día siguiente comienza la polémica periodística.

¿Es buena o mala la película?

Un diario dice:

Tanto la *mise en scene* como la interpretación, han constituido un verdadero éxito. La obra consta de 24 partes. *Las doce primeras partes, son francamente cómicas, y las otras doce, intensamente dramáticas.*

Después de esta llamativa comprobación, agrega:

El señor Parravicini ha tenido momentos de ternura de que no lo creíamos capaz. ¿Por qué no interpreta siempre así? El bufo ya no era el bufo: era el buen papá adoptivo, aceptando el papel de nodriza seca con una bonhomía encantadora. Nuestros plácemes, y que siga así.

En cambio, otro crítico se expide en forma muy diferente. Comienza recordando que la exhibición lleva dos horas, y comenta:

Es demasiado tiempo para ser dedicado a la narración gráfica de una aventura que en su fondo y en sus características carece de originalidad. Solo puede mantenerse a causa de que los artistas que allí trabajan son tan conocidos por sus actividades teatrales.

Un tercero sale a la palestra señalando que

este nuevo trabajo de la cinematografía argentina supera a los antecedentes por la nitidez de su impresión fotográfica, el interés del asunto que lo informa y el lujo de la presentación escénica.

Pero un cuarto recuerda que el argumento parece estar tomado de la obra *Torno libre*, del doctor Trongé...

Pero sea así o no, el caso es que las empresas exhibidoras se disputan la película. *Hasta después de muerta* se mantiene gallardamente en cartel durante mucho tiempo. Y los ingresos que arroja, tanto en Buenos Aires como en Montevideo, superan los cálculos más optimistas de los empresarios.

El actor dispone de una varita mágica, que convierte en oro todo lo que toca. Lleva buena compañía. Del brazo izquierdo, la audacia, y del otro, la fortuna. Por eso es que acomete todo con despreocupado espíritu, y todo le sale fatalmente bien...

Parra y Zamacois

¿Cuál es por entonces el aspecto de Florencio Parravicini?

Hemos intentado reflejar la impresión que producía en su niñez, primero; en sus años mozos, después. Vamos a referirnos ahora a la silueta que de él hiciera en esta época Eduardo Zamacois. El novelista español lo trató intensamente en nuestro país y en España, y en la dedicatoria de su libro *Dos años en*

América, le dice: “Para Florencio Parravicini, la única gran alegría de Buenos Aires, con toda mi amistad”.

Opinión autorizada es, pues, la de quien lo tratara tan de cerca y que tantos títulos tenía para ser buen juez. Veamos, pues, cómo lo describe en un artículo:

Cumplió 34 años —dice—. Es de estatura más que mediana, recio, ágil; tiene el cuello riguroso y una frente pánica, ancha y cargada de instintos. La nariz aguileña y fuerte, los labios sin ilusión, el mentón redondo, lleno de voluntad, componen un interesante perfil florentino, bello y triste. Y luego, en la melancolía color cera del rostro, apoyando la expresión mefistofélica de las cejas finas y dirigidas hacia arriba, aparecen los ojos, pequeños, verdosos, de expresión imborrable; ojos de ajenjo que recuerdan la alegría del terrible brebaje que enloquece a Europa; ojos inteligentes, astutos, sinceros, burlescos, que son una “dolora” porque disueltas en un cristal riñen constantemente una lágrima y una ironía; ojos, en fin, que retratan toda el alma triste y cordial de este comediante caballero, sacerdote insigne del buen humor y gran príncipe de la risa, a quien todos sus íntimos han visto llorar.

La gran aventura de España

Y agrega también:

En esta urbe inmensa, devorada por el trabajo, donde nadie ríe, la carcajada de Parravicini, esa gran carcajada que ilumina su rostro faunescos, resuena todas las noches, interminable y victoriosa. Buenos Aires le adora y hace bien: es su alegría, su orgullo; el único comediante que puede oponer con éxito ante los primeros maestros de la risa europea.

Y como para poner a prueba la afirmación de Zamacois, Parra lleva su particularísima manera de actuar a los escenarios del otro lado del Atlántico. Como si quisiera medir sus fuerzas con “los primeros maestros de la risa europea”.

Es la aventura de España. Una de sus más grandes aventuras de hombre y de actor...

“Lo precisamos urgentemente en Madrid”

BROMAS A BORDO ♦ GARCÍA VELLOSO TELEGRAFÍA
♦ “PARRA ES LOCO” ♦ RECEPCIÓN EN LA EMBAJADA
ARGENTINA ♦ MIENTRAS ENSAYAN, FLORENCIO SE PASEA

A fines de 1912, Parravicini se siente acometido por tremenda nostalgia de París y, a la vez, de unos inmensos deseos de divertirse sin trabas. Por eso se embarca rumbo a Europa, hacia mediados de diciembre, en el barco Duque de los Abrazos.

Como siempre, lo acompaña su secretario y comodín, de quien alguien dice: Parra tiene por compañero inseparable a un barril de aceitunas en forma de hombre que se llama Coletti. Este es un hombre pequeñito y eternamente silencioso, que no despega los labios sino cuando Parra le dirige alguna pregunta, lo cual ocurre muy de tarde en tarde...”.

Divirtiéndose a expensas de los viajeros

Llevando junto a sí, pues, la sombra protectora de su silencioso y fiel Coletti, emprende una vez más la tan conocida travesía. Para matizar el aburrimiento del viaje, se entretiene haciéndoles pesadas jugarretas a los viajeros. Una noche recorre sigilosamente los pasillos y se apodera de un botín por cada par que los pasajeros han dejado en las puertas de sus camarotes para ser lustrados. Cuando completa una buena cantidad, los arroja al mar.

Y al día siguiente asiste con rostro imperturbable, pero interiormente regocijado, a la extraordinaria confusión que se produce cuando se descubre la misteriosa desaparición de tanto y tanto zapato...

¡Morreu!

Pero él también tiene sus sobresaltos. A bordo se comenta el precario estado en que se encuentra un enfermo, de origen portugués. Como Parra es muy supersticioso, espera no tener que tropezarse con él siquiera. Pero el azar dispone las cosas de otro modo. Y de pronto, el actor descubre, aterrorizado, que el enfermo ocupa la cabina situada frente a la suya. De inmediato realiza gestiones para que lo trasladen. Imposible. Le responden que todos los camarotes están adjudicados y que ningún pasajero tiene interés en hacer cambio. Para colmo, el enfermo se agrava y todas las noches se queja en forma desgarradora. Sus ayes y lamentos ahuyentan el sueño, y Parravicini se enfurece por este forzado insomnio. ¿Cómo librarse de vecino tan molesto?

Al fin encuentra un recurso que le parece ingenioso. Ya que no quieren escuchar sus quejas, tendrán que atender forzosamente las del enfermo, sobre todo si estas son reforzadas. Por eso, cada vez que el portugués lanza al aire uno de sus quejidos, o se revuelve en su cama con acentos lastimeros, Parravicini se yergue en su cabina y con voz tan cavernosa como lúgubre, exclama:

—*¡Morreu!*

Y lo repite tantas veces, y con acento tan convencido, que el doliente pasajero se dirige al capitán pidiéndole encarecidamente que lo alejen de allí. Dice que seguramente es el mismísimo diablo quien pronuncia a cada rato la fatídica sentencia del *¡morreu!* como un llamamiento del otro mundo.

Le hacen caso, y lo trasladan a otro camarote. Parra puede dormir tranquilo, por fin. Satisfecho por su idea, apenas llega a París cuenta a todos sus amigos la macabra anécdota. Tan macabra, que hace recordar aquella otra locura de su adolescencia, cuando enfermó a un sirviente fingiéndose loco.

Lo llaman desde Madrid

Llega a la Ciudad Luz y una vez más traba conocimiento con su fantasmagórica vida nocturna. Como tiene los bolsillos llenos de dinero, las semanas y hasta los meses transcurren sin hacerse sentir. Y así, llega un día de febrero de 1913 en que recibe un telegrama que le envía su amigo García Velloso, desde Madrid:

“Lo preciso urgentemente aquí. Lo esperan alegres camaradas y lindas madrileñas. Salga enseguida”.

—¿Qué pasará allá? —se pregunta Parra, intrigado.

En realidad, no tiene ningún deseo de alejarse de París. Por eso titubea. Pero de pronto se le ocurre que debe tratarse de algún homenaje —un banquete, seguramente— en honor de García Velloso. Claro está que en ese caso él no puede faltar. Así que sin pensarlo más, pone unas ropas en su maletín de mano y toma el rápido rumbo a la capital española. Calcula estar de vuelta en la misma semana.

Las circunstancias, sin embargo, dispondrán una cosa muy diferente...

Un compromiso olvidado

Cuando se dispone a bajar del tren, encuentra un recibimiento impresionante. En el andén se han dado cita compatriotas y españoles, periodistas, actores y políticos. Están allí el ministro Francos Rodríguez, el escultor Benlliure, Luis Morote, Martínez Cuitiño, García Velloso, José de Maturana y otra gente conocida.

Parra queda intrigado. ¿Qué tiene que ver esta acogida inesperada con el telegrama de Velloso? ¿Y para qué lo necesitan con tanta urgencia?

No ha de tardar en saberlo. Y en acordarse de un compromiso que contrajera aún antes de salir de Buenos Aires... Se había hablado entonces de realizar en Madrid algún espectáculo que

diera pretexto para estrechar la amistad hispano-argentina. Con más precisión, fue mencionada entonces la posibilidad de realizar dos funciones, una de ellas a favor de la Cruz Roja y otra en beneficio de la Asociación de la Prensa de Madrid. Como se sabía que Parra iba a hallarse en Europa a comienzos del 1913, se había solicitado y obtenido su concurso. Pero la memoria del actor no había registrado la promesa. De ahí su total olvido...

Parra se resiste

García Velloso y los demás amigos rodean a Parravicini explicándole que por lo menos una de las funciones ya está completamente programada para unos pocos días después. El espectáculo promete ser de primer orden. Se ha conseguido el famoso teatro de la Comedia. La representación estará a cargo de la reconocida compañía de Tirso Escudero. Ha sido elegida la obra de García Velloso *Fruta picada*. Y para hacer el papel de Mr. Thurbury se necesita a Florencio Parravicini...

Él quiere resistirse. Comienza por oponer una cerrada negativa. Y luego se refugia tras mil razones que son desechadas una a una por sus amigos, viejos y nuevos.

—¡Si ya está todo organizado!

—No nos querrás dejar en la estacada, me imagino...

Todo el mundo está ansioso por conocer en la escena a Parravicini.

—Imagínese: queremos ver un gran actor argentino en un escenario español...

Porfías y halagos, incesantemente repetidos, no consiguen arrancarle un formal consentimiento, a pesar de todo. Pero no se desaniman.

—Parra es loco —les avisa García Velloso a los demás—. Yo lo conozco. Él es medio veleta. Mañana va a estar dispuesto a hacer lo que hoy le parece imposible...

Recepción y emboscada

A la mañana siguiente, Parra recibe en su hotel una ornada tarjeta:

“El ministro de la República Argentina y la señora de Wilde invitan a usted a la recepción que en honor de los señores académicos de la Lengua tendrá lugar en su casa el sábado 22 de febrero, a las cinco de la tarde”.

Interesado, Parra se dispone a concurrir. Está lejos de pensar que allí pueda esperarlo una singular emboscada. Poco después va a visitarlo García Velloso, que ha recibido una invitación semejante. Conviene, pues, en ir juntos, con la orientadora compañía del periodista Luis Morote.

La recepción asume características poco comunes y un brillo extraordinario. Asisten diplomáticos políticos, escritores, periodistas, miembros de la nobleza. El mismo Benito Pérez Galdós se hace presente, pero adelanta la hora de su llegada, “no queriendo encontrarse en medio de la concurrencia a causa de su ceguera”.

Sucesivamente van llegando el presidente del Consejo de Ministros, conde de Romanones; el ex presidente del Consejo, Antonio Maura; el ministro de Estado, Navarro Reverter; el ministro de la Gobernación, Santiago Alba; el ex ministro de Estado, García Prieto; el ex ministro de la Gobernación, La Cierva; el presidente de la Academia de la Lengua, el marqués de Cerralbo; el americanista y presidente del Ateneo, Labra; el director de *El Liberal*, Alfredo Vicenti; los artistas Mariano Benlliure, Moreno Carbonero,



Parra haciendo de las suyas en el Rastro de Madrid, cuando llegó a España para debutar con *Fruta picada*.

Chicharro; los escritores Linares Rivas, Martínez Sierra, Palomero, Marquina; el presidente de la Asociación de la Prensa, Moya; el secretario de la reina María Cristina, Aguilar; y muchas otras figuras notables de aquella época...

“Me cazaron”

El embajador Wilde se apresura a hacer las presentaciones:

—Tenemos el honor de contar hoy entre nosotros a un ilustre periodista y a un actor famoso, los señores Velloso y Parravicini...

Naturalmente, todos inquieran sobre sus planes. ¿Qué piensan hacer en Madrid? Entonces es cuando García Velloso y algún otro ponen en ejecución el plan previamente combinado:

—Vamos a realizar una función a beneficio de la Asociación de la Prensa. Parravicini tendrá a su cargo el papel más importante. Y siguen proporcionándose detalles sobre la proyectada función. Cada uno de los presentes compromete su asistencia. Quieren tener el placer de aplaudir a los argentinos. Por su parte, Parra rumia su derrota. Comprende que lo han cazado. Pero después de este compromiso público ya no está en condiciones de retroceder. Y se inclina ante lo que han dispuesto sus amigos. Seguramente, allá en el fondo, la aventura no le disgusta...

Una foto histórica

En esta oportunidad, García Velloso —que está en España como enviado especial de *La Nación*— obtiene un triunfo periodístico: una fotografía en que aparecen ¡juntos! enconados adversarios de la política española. Morote ha de contar poco después, en un extenso artículo:

Ahí es nada conseguir que se dejen retratar juntos Romanones y Maura, Pidal y Echegaray ministros liberales y ex ministros conservadores, republicanos y jaimistas. A mí, como el más atrevido, me dieron el encargo de componer el cuadro. ¡Los trabajos que pasé! Y como no me paraba en escrúpulos, como no me detenía en opiniones adversas y enemigos de los representantes de la intelectualidad y la política, alcancé al cabo convencerlos. Era una ocasión única de juntarlos, de comprometerlos. Aquello era un campo neutral, y no se volverían a ver en otra. Allí estaban en la casa de una república que tiene como virtud, a modo de varita mágica, confundir los colores del arco iris de la política española.

—Conde, colóquese ahí; don Antonio, hágame el favor. Usted, Romanones, a un lado; usted, Maura, al otro lado, y Echegaray en el medio de los dos...

—En medio, no. Si acaso, arriba —corrigió don Antonio Maura.

Y en efecto, funcionó el magnesio... y salieron fotografiados todos aquellos señores, que en las Cortes jamás estuvieron unidos, dándole al cuadro un valor histórico.

La desesperación de Tirso Escudero

Se fija, pues, la fecha de la función: será el 7 de marzo. Comienzan los ensayos. Y, como siempre, Parravicini brilla por su ausencia. Los actores españoles no están acostumbrados a semejante informalidad. Se comenta desfavorablemente la actitud del cómico argentino. El director reclama su asistencia. Después de haber registrado varias faltas seguidas, Tirso Escudero le hace una citación especial, y convoca puntualmente a todos los elementos de la compañía. Pero tampoco entonces aparece Parra. Lo más que consigue el director es que García Velloso se presente alguna vez para presidir los ensayos y dar su opinión de

autor. Pero exhibe un notorio aire de mártir, y apenas Escudero se descuida, él se va. Y no hay caso de encontrarlo luego ni en el escenario ni en la sala ni en ninguna parte.

En cuanto a Parravicini, resta decir que se pasea y se divierte. O se va a la Cuesta de las Perdices para disfrutar del aire sano de la sierra, o ambula por el famoso Rastro, donde revuelve las antiguallas que ahí se exhiben, en busca de objetos raros para sus colecciones. A veces, alguien consigue dar con él y arrastrarlo al teatro. Pero apenas sube al escenario, dispara tres o cuatro chistes que no están en el papel, provocando las carcajadas generales e introduciendo la confusión en el trabajo colectivo. Su alegría comunicativa, simpática, sugestionadora —apunta alguien— les infundía esperanzas, sin embargo. Y con ello una chirigota a tiempo desarmaba el mal humor legítimo del empresario...

Sí. A pesar de todo, amigos y conocidos cifran sus esperanzas en él. Total, Parra tiene su especialísima manera de ser. Y ya se ha comprometido formalmente. No pueden suponer, entonces, que a último momento quiera dar el gran escándalo, eludiendo su promesa.

Ya lo ha dicho García Velloso:

—Este Parra es loco...

“Este tío no me hace reír ni con cosquillas”

DRAMÁTICA REUNIÓN EN EL DORMITORIO DE PARRA

- ◆ CONVENIO SECRETO CON EL MÉDICO
- ◆ LA INTERVENCIÓN DE MARTÍNEZ CUITIÑO
 - ◆ BAILANDO TANGOS EN MADRID
 - ◆ LOS NERVIOS DE GARCÍA VELLOSO

Ajenos a lo que prepara Parra, los diarios madrileños se ocupan extensamente de él, en notas y reportajes que consiguen aumentar sensiblemente la curiosidad del público hacia el bufo.

Un periódico compara su popularidad en Buenos Aires con la que disfruta la célebre Loreto Prado en Madrid. Otro comentarista, que pretende pasar por ducho en terminología porteña, asegura: “Nadie como él, según dicen, para encarnar los *compadritos*, los *amigazos* y los *atorrantes*...”.

El cronista ignora, seguramente, que los *amigazos*, a pesar de la fama que les dio el tango del mismo nombre, no componen un tipo determinado y específico de la fauna criolla...

“Prefiero morirme”

Extrañado al no ver a Parra en ninguno de los ensayos, Martínez Cuitiño va a visitarlo en el hotel. Allí se encuentra con un cuadro inesperado. El actor está en cama, con un médico al lado. García Velloso, en pijama y con un brazo vendado, se pasea nerviosamente de un lado para otro. Por ahí andan también, lúgubres y silenciosos, Eliseo San Juan y Beltrán.

—¿Qué ocurrirá aquí? —se pregunta el visitante, profundamente intrigado.

No tarda en explicárselo, cuando García Velloso se sienta en la cama para sostener con el actor un diálogo que luego habría de reflejar el mismo Martínez Cuitiño.

—Bueno. Le juro por mi honor que prefiero morirme. Yo me escaparé de Madrid; me iré al fin del mundo; no regresaré a Buenos Aires en dos años, hasta que se olviden de todo.

—Pero... ¿por qué? —indaga Parravicini, con un desconcertante aire de compunción.

—¿Cómo por qué? —se exalta Velloso.

—¿Le parece a usted poco, todavía? ¡Yo me escapo, yo me pego un tiro!

Mientras tanto, a cada rato hace gestos de sufrimiento y se acomoda el brazo herido.

Un resfrío oportunísimo

A través de la discusión, se establece que Parra ha decidido desaparecer de Madrid, diciendo que según el médico el clima de la ciudad no es nada favorable para su salud, y particularmente para el fuerte resfrío que sufre. Su actitud decide, pues, el fracaso estrepitoso de la función proyectada. Y esto, cuando ya se han hecho todos los gastos y trabajos, cuando casi han concluido los ensayos de la obra y a solo cinco días de la fecha señalada...

—Yo me pego un tiro... —insiste Velloso a cada rato, después de cubrir con sus pasos el espacio que media de una pared a otra.

Parra se conforma con suspirar con aire enfermizo a cada exclamación del otro. Mientras tanto, el médico le toma el pulso, ausculta sus pulmones y bronquios y despliega una intensa actividad sobre el enfermo. Velloso, impaciente, lo interpela:

—Oiga, doctor: este hombre no está enfermo. Tiene sanos su corazón, su hígado, sus riñones y su estómago. Yo no soy médico, pero lo sé, y si él se va yo me pego un tiro. ¿Dónde está el mal? ¿En la tráquea?

—No: tiene un poco inflamados los bronquios; pero yo no le garantizo que esté bien para el día de la función. El sacerdocio de mi profesión me obliga a aconsejarle que cambie de clima para reponerse totalmente.

—Que se cure si está enfermo; pero que no se vaya, porque si él se va, yo no sé lo que va a pasar. Por lo pronto, yo me escapo de Madrid, no regreso a Buenos Aires, y me pego un tiro...

En eso, Parra lo interrumpe con una voz suave y lastimera:

—Entonces, ¿usted quiere que me muera, Velloso?

Creerán que tiene miedo

El autor de *Jesús Nazareno* bufa furiosamente y se hace a un lado. Entonces es cuando interviene Cuitiño. Este ya ha advertido que existe una combinación entre Parra, su médico y San Juan, tendiente a facilitar la huida del primero.

Martínez Cuitiño se da cuenta de que es preciso intervenir para evitar la catástrofe que se avecina.

—Se me ocurre que Parravicini, con perdón del galeno, no está enfermo. Un ligero constipado no es una enfermedad para él. Lo que pasa es que está aburrido de Madrid: extraña París. Y por querer irse a París, no se da cuenta de varias cosas: por ejemplo, que en este trance él no se debe a sí mismo. Ahora, él representa a todo el teatro argentino, al cual no tiene derecho a hacer responsable de un capricho cualquiera. Lo propio diría de García Velloso si por una causa insignificante quisiera dar máquina atrás. Además, Parravicini no ha reflexionado en las consecuencias de su capricho. Voy a suponer que se vaya mañana, echando a rodar todos los preparativos de la representación. ¿Qué sucederá entonces? Que en Madrid pensarán que es un deschavetado, que no es un hombre digno de ser tratado ni un cómico admirable, como se ha propalado por todos los medios. Y en Buenos Aires, donde él

tiene tantos admiradores, sospecharán que no ha trabajado en Madrid porque ha tenido miedo...

Parra se incorpora súbitamente:

—¿Miedo yo?

García Velloso se prende desesperadamente al argumento:

—¡Sí, señor!: miedo, miedo y miedo.

Florencio baja la cabeza, preocupado. Se hace un silencio expectante. Nadie se atreve a quebrarlo. Por fin, el actor suspira:

—Está bien. Haré un sacrificio. Me quedo.

El ex enfermo, de francachela

El ambiente de la habitación cambia como por encanto. Aventadas las preocupaciones, todos se lanzan a charlar, a reír y a cambiarse bromas. El médico se une al regocijo general. Parravicini, olvidado por completo de su supuesto malestar, fuma un cigarro tras otro mientras imita a Morote, a Benlliure y a todos sus nuevos amigos de Madrid. Finalmente se levanta, deshace las valijas que ya había preparado para la fuga, y extrae del fondo de una de ellas el traje con que caracterizará al inglés de *Fruta picada*.

Y eso no es todo. Como para desvanecer cualquier sospecha que pudieran haber abrigado sus amigos sobre la enfermedad que parecía aquejarlo, a la noche siguiente lo encuentran en la taberna del Salón Madrid, bebiendo champaña, bailando tangos con “la Chelito” y repartiendo dinero entre los golfos que se le acercan.

“Es loco, pero...”

“Mientras los pobres cómicos de la Comedia”, cuenta Martínez Cuitiño,

ajenos como todo el mundo a la incidencia producida, ensayaban *Fruta picada* con un esmero verdaderamente laudable,

él corría en automóvil por las calles de Madrid, como alma que lleva el diablo, y se entregaba con espontaneidad a todos los placeres de la vida.

Llegó el día de la función. Acudí yo, como un vulgar curioso, al ensayo general de la obra. Y cuál no sería mi sorpresa cuando supe que Parravicini no había ido al ensayo. Requerí a Velloso la razón de aquella ausencia, y me dijo:

—No se preocupe. Es loco. Está en el hotel, más tranquilo que el conde de Romanones. Es loco. Ya se lo dije a Maturana, a Morote, a Tirso Escudero y a los cómicos.

—Es loco —repetía—, pero no hay más localidades.

Titta Ruffo suspende *Rigoletto*

Las dos cosas son exactas. Parra no ha aparecido por el teatro de la Comedia hasta el mismo día de la función, por la noche. En cuanto a las entradas, llega a tal punto la demanda, que de hecho no han podido reservarse las de favor. Entre las diez y las doce de la mañana de ese viernes, una larga cola de personas agota todos los asientos. A la una de la tarde ya no quedaban ni paraísos. Los revendedores han conseguido algunas butacas, que venden a un precio cuatro o cinco veces superior al verdadero. “El teatro de la Comedia —refiere Morote— jamás se vio en otra, y hubiera sido cinco veces mayor y también se hubiera llenado. García Velloso y yo andábamos locos porque nos habíamos comprometido a guardarle un palco a Titta Ruffo y otro a la Gagliardi y no los podíamos ubicar en ninguna parte”.

Y lo cierto es que Titta Ruffo, haciendo una extraordinaria excepción, ha decidido suspender su *Rigoletto* en el Real para asistir a la función de su amigo.

Pero no es él solo. Todo el Madrid artístico, diplomático, aristocrático, los *habitués* del mundo teatral, se han dado cita esa noche en el teatro de la Comedia. Los cronistas sociales

apuntan que la concurrencia “no solo es enorme, sino distinguidísima, y que la integran las mujeres más bellas de Madrid”. El alcalde ha enviado a los jardineros del Ayuntamiento para que adornen al teatro.

Con los nervios de punta

García Velloso se siente invadido de pavor ante la posibilidad de un fracaso. Deshechos sus nervios, se refugia en el camarín de la actriz Mercedes Pérez de Vargas.

Los amigos pretenden animarlo:

—¡Valor! ¡El triunfo es seguro!

—Es mucho lo que me juego, ¿saben? —responde el afebrado autor—. Estrenar en Madrid y ante un público como el que hay esta noche, es librar una batalla muy dura...

¿Y Parravicini?

Al bufo han ido a buscarlo desde temprano, para asegurárselo... Él no parece nervioso. Se está pintando serenamente en su camarín sin demostrar inquietud ninguna. De cuando en cuando sorbe un trago de whisky. Pero su tranquilidad desaparece repentinamente cuando se acerca al escenario. Al espiar por el telón y darse cuenta de la cantidad y calidad del público allí reunido, siente que le recorre un estremecimiento. Por primera vez experimenta un miedo profundo ante la prueba que lo aguarda. En cuanto a Velloso, se apabulla más y más. Parra se le aproxima, y le dice:

—¡En buena me has metido!

Comentarios inquietantes

Para colmo, escucha que alguien situado entre bambalinas susurra, después de observarlo:

—¿Y este es el fulano que viene a hacer reír? ¡Este no hace reír nadie!

¡Y si solo fuera ese comentario aislado! Pero no. En el paraíso se ha reunido un público ocurrente, decidor, jaranero. Desde un largo rato antes de la hora fijada para la iniciación del espectáculo, está haciendo acotaciones a la posible actuación de Parra. Y este, protegido por los telones y con el corazón en la boca, escucha el jaleo:

—A mí—dice uno—ese tío no me hace reír ni con cosquillas...

—En cuantito diga un chiste —completa otro— me hecho a llorar como una Magdalena.

—¡Que salga el fenómeno! —gritan varios, impacientes.

—¡A ver ese americano que se las da de búfalo!

Y otro ingenio anónimo, glosando el título de la obra, berrea voz en cuello:

—¡Que nos den la fruta *picáa*...!

Luego, García Velloso habría de referirse en el curso de una charla a ese momento impar:

—¡Qué inolvidable, señores, aquel minuto en que este hombre que se reía de todo y que no tomaba en serio absolutamente nada, ni su propia suerte, se acercó a mí, mientras el telón subía! Estaba pálido; le veía desconcertado por primera vez en su vida. “¡Buena suerte!”, le dijo el poeta Marquina. “¡Tranquilidad!”, dijo Martínez Sierra. Y nos dejaron solos. Cuando se acercó el tras-punte al saloncillo, gritando: “¡Señor Parravicini, prevenido!”, este se marchó vertiendo en mi angustia esta frase de consuelo:

—Hoy nos matan...

Todo Madrid habla de Parra

DOS MINUTOS PARA CONQUISTAR AL PÚBLICO
♦ EL INGLÉS DE FLORENCIO ♦ “MIS MONÓLOGOS SON
ALGO... SUBIDOS DE COLOR” ♦ LAS OCURRENCIAS
OPORTUNAS DE PARRA ♦ ALMUERZO CON
LA INFANTA ISABEL

“**H**oy nos matan...”. Con este lúgubre augurio acaba de despedirse Parra de su amigo García Velloso, para salir a escena. Sabe que los dados están jugados, y que ahora solo resta descubrirlos para saber si han caído en suerte o en fracaso.

Una conquista fulminante

Apenas aparece el actor argentino, el público le tributa un aplauso. Pero un aplauso frío, ceremonioso, simplemente cortés. Apenas unas palmaditas, como cumplido. Parra se da cuenta del peligro que lo acecha. Y piensa: “A este público tengo que ganarlo de entrada. ¡Y si no, no lo gano más!”.

Es su instinto de actor acostumbrado a captar de una ojeada el ambiente, es su larga experiencia la que le dicta al oído ese aviso. El lo cumple al pie de la letra. Y se lanza a realizar una interpretación excepcional, a prodigar su gracia natural y sus mejores recursos. Pocas veces se lo ha visto desenvolverse con tanta prestancia, chispa, y autoridad. A los dos minutos, ya ha avanzado mucho camino en la estima de los espectadores. Y poco después los tiene conquistados, los arrebató con cada uno de sus gestos, con su manera de decir cada frase, de animar cada escena. Los aplausos se repiten, más numerosos, más entusiastas. Se producen las primeras carcajadas, que enseguida corea la

sala toda. Cuando cae el telón sobre el primer acto, se escucha una verdadera ovación.

El inglés de todos los días

No poco ha contribuido la original caracterización que hace Parra de *mister* Thurbury. Él se había preparado especialmente para sorprender a la concurrencia. Y lo consigue:

—El público esperaba verme aparecer según el *cliché* de entonces: un inglés con chuletas rojizas, con casco blanco, polainas, traje cazador blanco... Sufrió una decepción: yo era un inglés como los que andaban por Madrid, con el mismo lenguaje. Había cuidado bien de emplear los modismos locales, y los empleé con la autorización de Velloso. De modo que mi inglés no les fue ni viejo ni desconocido: era el mismo que veían a cada paso por las calles de Madrid...

Aplausos y regalos

Por su parte, los actores y actrices españoles se han esmerado para hablar en “lenguaje criollo”. Así es que el espectáculo se desarrolla sin tropiezos, entre las risas y aplausos del público. Las intervenciones de Parravicini son subrayadas con un huracán de palmadas. El bufo se muestra ceñido y sobrio, y admira a quienes le conocían tan alborotador y desordenado en los escenarios de Buenos Aires.

Sobre todas las risas, hay una que se escucha con más fuerza sobre todas las demás, y que se prolonga cuando las otras han cesado. Es la de Titta Ruffo, que al parecer sabe reír tan sonoramente como cantar. No en vano ha abandonado hoy su velada del Real para escuchar a Parra...

Al terminar el segundo acto menudean las ovaciones, y cuando concluye la obra es el delirio. Desde las plateas hasta los palcos y

paraísos, todos se unen en un sostenido aplauso. Cuando Parra sale a saludar, caen sobre él regalos diversos: sombreros y mantillas, abanicos y flores. En cuanto a Velloso, corroído por sus dudas y sus nervios, ha desaparecido. Al cabo de un buen rato lo encuentran en un café y consiguen remolcarlo.

La huelga de los inquilinos

Pero las exigencias del público han crecido. Ahora le piden, le exigen a Parra que recite sus famosos monólogos. Esto lo inquieta seriamente. Teme que sus zafaduras disgusten, y borren la favorable impresión primera.

—Disculpen... Ustedes saben... Para el público de Buenos Aires, yo soy *son enfant prodigue*. Me tolera ciertas cosas que los públicos extranjeros...

—¡No importa! ¡Que los diga! —interrumpen varios.

—Bueno. Dicen que mis monólogos son un poco... subidos de color, y algo escabrosos. Como no quiero ofender a nadie, voy a dar tres palmadas, a fin de que mientras tanto puedan retirarse las damas y todos aquellos que quieran hacerlo. Luego, comenzaré.

A la tercera palmada, puede comprobar que no se ha levantado nadie...

Entonces recita su "Descubrimiento de América" recibido con grandes risas y aceptación general. Le piden otro. Justamente en esos momentos se está discutiendo en Madrid el impuesto del inquilinato. Se ha abolido el pesado tributo de los consumos, pero sustituyéndolo con aquel. El público protesta, y los inquilinos han declarado una original huelga. Como el asunto es tan difícil, el jefe del Gobierno ha ofrecido un premio de cincuenta mil pesetas al que lo resuelva. Parra se vale de ese pretexto y se adelanta hacia los espectadores:

—Yo he encontrado la forma de arreglar el conflicto. Y me voy a ganar las cincuenta mil pesetas...

En ese momento, e inesperadamente, un nacionalista cerril, de los que nunca faltan, lo interrumpe, allá por el fondo de la sala:

—Sí. ¡Pero el premio no es para los extranjeros!

Parravicini apenas titubea un segundo. Intuye que si deja esa frase en el ambiente, habrá perdido mucho terreno. Y ante el público expectante, lanza su réplica oportuna:

—¿Extranjero? ¡España es la madre de la Argentina y un hijo nunca puede sentirse extranjero en casa de su madre!

La feliz respuesta provoca grandes ovaciones. Caen en el escenario nuevos regalos, y entre ellos un paraguas. Abriéndolo, y poniéndose debajo, el bufo dice su último monólogo y su chiste final.

Tiros que matan y cocinan

Esta facilidad para la ocurrencia oportuna es una de las más conocidas características de Parra. A veces, es así como ha logrado salvar situaciones difíciles. Hay quienes recuerdan aún lo que ocurriera cuando el estreno de *Campo alegre*, de José de Maturana. Dándole instrucciones al traspunte para una escena del tercer acto, Florencio le ha dicho:

—Cuando yo empuñe la escopeta y haga un disparo al aire, usted, de entre bastidores, arroja por lo alto un pato a la escena...

—Muy bien, señor.

Llega el momento indicado. Parra levanta su escopeta, apunta, hace fuego. Como él había pedido, cae del figurado cielo un pato, ¡pero es un pato asado, de rotisería! La gente comienza a reírse del chasco. Entonces Parravicini se dirige a la que hace de doña Ramona, diciéndole solemnemente:

—Este pato lo he cazado para usted. Lo cociné con el tiro...

Sonoras carcajadas celebran la salida. La gente cree que se trata de un chiste previamente preparado por Parra. No pensaría lo mismo si escuchara el diálogo que en ese momento sostienen entre bambalinas el cómico y el traspunte:

—¿Por qué me ha hecho esa barbaridad?

—Y... cuando a último momento quise cumplir la orden, vi que no tenía en los baúles ningún pato con plumas, y eché mano a lo que encontré en el negocio de la esquina...

¿Polichinela, Arlequín?

Al día siguiente de la función en la Comedia, los diarios prodigan plácemes y elogios. Caramanchel, en *La correspondencia de España*, dice de Parra:

Es un improvisador digno de haber sido Polichinela o Arlequín en los mejores tiempos de la comedia del arte italiano. Sus ojos charlatanes, su multiplicidad expresiva, su naturalidad adorablemente grotesca, seducen y rinden al más exigente. *Es algo aparte*, con todas las vertiginosidades de un buen funámbulo y todas las instintivas adivinaciones de un gran artista.

Otro afirma:

Tiene una pasta de cómico envidiable, y una gracia personal que, a las dos palabras, se llevó detrás a nuestro público, como si no fuera la primera vez que lo hacía reír.

Y Morote llega a hacer una comparación riesgosa:

A la hora actual, y sin ofender a nadie, no tenemos en España un actor cómico que lo pueda igualar y mucho menos superar. En ese escenario de la Comedia donde desfilaron tan notables actores, Parravicini se lleva la palma. Para encontrar algo igual o parecido, sería preciso ir a buscarlo en el teatro italiano. Sin que él lo sepa, sin que se haya propuesto imitar a

nadie, sin que probablemente lo haya aprendido en ninguna parte, por condiciones nativas suyas, procede de la estirpe de los grandes cómicos italianos. *E un artestone, sai.*

Y en los cafés y mentideros no se hace sino comentar algunos aspectos de su interpretación, intercalando las expresiones porteñas que los madrileños acaban de aprender a través de Parra:

—*Che*, ¡y cómo dijo aquel cuento del león, en el segundo acto!

—Pues, ¡y referir el chapuzón de la laguna?

—¡*Macanudo!* ¡*Cosa bárbara!*

Otras razones del éxito

El éxito ha sido, pues, sensacional. Nadie duda que a ello ha contribuido el deseo visible en todas las esferas de estrechar la confraternidad hispanoargentina, de establecer un estrecho intercambio cultural. La visita de García Velloso y de Parravicini se produce en el momento más propicio, y como consecuencia recogen a manos llenas esa amistad que el pueblo español está ansioso de brindar a los argentinos.

Pero las condiciones de Parravicini han jugado un papel muy importante. Una vez más, el bufo demuestra que su capacidad natural para la comedia es fecundísima. Por eso resalta más —antes y después de esa memorable función— su habitual desgano por las buenas interpretaciones. Es el impaciente, el frívolo, el improvisador. A veces eleva la puntería, emplea recursos más sobrios, se afirma. Pero se cansa enseguida, y muy pronto vuelve a las andadas. A deslizarse por la línea del aplauso fácil y del menor esfuerzo. Mejor dicho, del esfuerzo mínimo, porque “esas cosas” que él suele hacer en Buenos Aires noche a noche, esas bufonerías, no le cuestan absolutamente nada, no le obligan a esforzarse. No tiene más que salir a escena y dejar fluir esa demoníaca gracia, esa tendencia a la broma gruesa, con mucho

ají y más verde. Es así como gana fortunas y montañas de aplausos, pero pierde el actor, el gran actor, el intérprete genial que tal vez lleva en sí...

¿Para qué servimos los Borbones?

Mientras tanto, seguimos en España. Velloso y Parra son agasajados en todas partes. Un día, el rey los convida a tomar una taza de té en el campo de aviación. Y conociendo su antigua pericia, los presentes le piden a Parra que haga unas pruebas. Para el ex aviador, ya fuera de *training*, esa exhibición representa un verdadero sacrificio. Hace ya tres años que no vuela. Pero no obstante, consigue salir airoso. Otras veces se trata de almuerzos en casa del escultor Benlliure o visitas al establecimiento de campo del famoso torero, el “primer espada” Bombita, o reuniones en Toledo... Pero lo que le resulta más significativo es una invitación a almorzar que le hace la infanta Isabel.

La infanta siente una espectacular atracción por el teatro. Sabiéndolo, un miembro de la casa real y sobrino suyo, Carlos Allen, recurre a ella para que lo apoye en su pretensión de dedicarse a tablas. Ese propósito ha despertado en el palacio un disgusto profundo. Además, existe en España una ordenanza —que luego conseguiría hacer derogar Fernando Díaz de Mendoza— según la cual los actores no pueden usar títulos nobiliarios. Pero don Carlos siente una vocación muy fuerte, y nada consiguen consejos ni reprimendas. Por eso se dirige a doña Isabel: buscando aliados quiere convencerla:

—No sé por qué tienen tal tirria a los cómicos. Ser cómico es...

La infanta lo interrumpe:

—Mira, no me cuentes nada. Ser cómico está muy bien cuando se es bueno. Pero tú lo haces muy mal, y entonces dirán por ahí que los Borbones ya no servimos ni para el género chico.

Almuerzo con la infanta

La autora de esta salida tan chusca e ingeniosa, que revela el desapego que ya existe por entonces en España hacia la monarquía, recibe solícitamente a Parra y Velloso. Suscita la conversación sobre la Argentina, que ha visitado hace pocos años.

—Los he invitado para que hablemos largamente de vuestro país, del cual conservo recuerdos gratísimos. Pero como ustedes son jóvenes, he creído que almorzando con una vieja como yo no lo pasarían ustedes muy divertidos. Por lo tanto, he hecho venir a dos princesas, que voy a presentarles inmediatamente.

Y los conduce a la Sala de las Vitrinas, donde aguardan la princesa Berta de Lys y la princesa Pía de Saboya.

Luego pasan a la mesa. El almuerzo se desenvuelve sin mayores tropiezos. Y así transcurre hasta que de pronto se le ocurre al diabólico Florencio hacer una de sus bromas...

Parra en su casa de juguete

CHASQUEANDO A LA INFANTA ISABEL ♦ UN ACTO QUE
NO ESTABA ESCRITO ♦ EL RÉCORD DE *EL TANGO EN*
PARÍS ♦ TANGO EN BARCELONA ♦ AQUEL PRÍNCIPE
ALBANÉS ♦ CUANDO “LA MALA” ESTORNUDA

¿Una broma, dijimos? El singular no corresponde, tratándose de Parra. Tal vez lo inspiren especialmente los exquisitos platos y el vino de tan buena prosapia con que llenan a cada momento su copa. Pero el hecho es que, en lugar de mantener una conversación protocolar y corriente, se dedica a endilgar a sus compañeras de mesa chiste tras chiste. La infanta Isabel es quien los celebra con risas más sonoras. Y hacia ella endereza sus dardos el cómico argentino:

—Esperaba que se llevase a la boca el tenedor con un bocado. Y en el mismo instante en que iba a engullirlo, apuntaba alguna frase jocosa que la obligaba a retirar el cubierto y lanzar la carcajada. Así la tuve un buen rato sin comer. Por mi parte, mientras hablaba, comía a más y mejor. No era cosa de perder la oportunidad de probar platos de rey...

El miedo de García Velloso

Pero eso no es lo peor. Poco después los invitan a pasar a otra sala, donde ha de servirse el café. Infanta y princesas piden a Parra que dé nuevas muestras de su ingenio. Él no se hace rogar. Y cuando aquella se vuelve para reírse libremente, él le hace una morisqueta, que los demás celebran. Intuyendo que algo extraño ocurre, la infanta Isabel mira sospechosamente a todos. Pero Parra le hace una cortés reverencia, para repetir la mueca al

menor descuido de su anfitriona. Mientras tanto, García Velloso transpira copiosamente, temiendo que, de un momento a otro, se descubra la irreverencia de Parravicini y que los pongan a los dos de patitas en la calle...

Esa es la despedida a la tan sonada aventura en España. Parravicini se va pensando en volver. Lleva en su cartera tentadoras ofertas de los empresarios madrileños. En principio, ya han planeado, para el año siguiente, la realización de dos funciones en Barcelona y cinco en Madrid, con la compañía de Tirso Escudero, en el Comedia. El bufo proyecta llevar para entonces dos o tres buenas figuras argentinas y representar obras de calidad, como *Los mirasoles*, de Sánchez Gardel. Las circunstancias dispondrían otra cosa...

Y la obra no aparece

Mientras la famosa actriz Loreto Prado presenta en Madrid la zarzuela de Parra y el maestro Payá *El gorrión y Palito*, aquel ya está de regreso en Buenos Aires, donde lo reciben en triunfo, sabedores de su éxito en la capital española. Trae varias piezas extranjeras, arregladas por él mismo. Tras ellas, presenta *Los provincianos*, una *pochade* de Novión, donde Parra consigue la colaboración de Casaux. Pero necesita tener ese año un gran éxito, que haga digno *pendant* con el obtenido en Madrid. García Velloso le viene prometiendo una pieza muy buena desde hace meses pero...

—¿Y esa obra, Enrique? ¿Para cuándo?

—Ya me falta poco. Una semana más y la entrego.

Pasa la semana, y el mes, y el libreto sigue siendo invisible. Las reclamaciones de Parra, del empresario, de todos los que tienen algo que ver con la compañía, menudean. García Velloso es jaqueado por la protesta general. Por eso, un día anuncia, con semblante jubiloso:

—Bueno. Ya está. La tengo.

—¿Le damos lectura, entonces?

—Y, si quieren...

Llega el día señalado y, ante la compañía reunida, García Velloso extrae un rollo de papeles.

—¿Y leyó?... —preguntamos a Julio Traversa, que nos está refiriendo el suceso.

—Sí —nos contesta este, risueño—. Leyó..., un segundo acto que aún no tenía escrito...

Surfeando todas las peripecias, la comedia queda escrita por fin, y es estrenada el 29 de octubre de 1913. El público le da un visto bueno tan clamoroso, que el mismo Parra queda sorprendido. Ese mismo día del estreno se produce un hecho curioso que vale la pena registrar: una de las primeras figuras femeninas de la compañía da a luz un niño, durante un entreacto...

La zarandeada obra de García Velloso es *El tango en París*.

Un nuevo récord

El *vaudeville* ha nacido bajo la buena estrella de Parra. En forma llamativa consigue mantenerse sin esfuerzo en el cartel hasta febrero de 1914. Entonces el bufo se siente aquejado por unas enfermedades que ya han comenzado a cebarse en su organismo, y debe abandonar el teatro durante dos meses. Al reaparecer, en abril, reprisa *El tango en París*, y sigue ofreciéndolo, sin interrupción, hasta el 9 de julio. Las satisfacciones que reporta este éxito son múltiples, comenzando por las de la boletería. La entrada bruta no ha bajado de los trescientos ochenta mil pesos. Se trata de la primera producción nacional que da, en el período de las representaciones consecutivas, una suma tan crecida en concepto de derechos de autor: ¡Treinta y dos mil pesos!

En menos de un año, todo Buenos Aires ha desfilado por el Argentino para admirar la nueva caracterización de Parra en

El tango en París, donde lo acompañan figuras de tanto relieve como Ada Cornaro, Pierina Dealessi, Esperanza Palomero, Olinda Bozán, María Ester Podestá, Roberto Casaux, César Ratti, Francisco Ducasse, Eliseo Gutiérrez y Humberto Zurlo.

Viajando en burro

Entre los espectadores que concurren noche a noche para disfrutar, tanto o más que de la obra, de la cambiante versión que da Parra, se cuenta Gómez Carrillo. El cronista guatemalteco, conquistado por el cómico, lo llama “tirano de las tablas”. Y luego escribe:

Desempeñando el mismo papel ciento cuarenta noches seguidas, como acaba de pasarle en *El tango en París*, da así, sin exagerar, ciento cuarenta matices diferentes al mismo tipo, haciéndolo, a su antojo, rudo o tierno, socarrón o cómico, elegante o chabacano, y conservándole siempre un relieve de humanidad que solo los autores geniales saben encontrar...

Para festejar el nuevo triunfo —o, mejor dicho, para gastar la fortuna que le ha reportado—, Florencio toma de nuevo la consabida ruta a Europa. En España, recordando su sensacional actuación del año anterior, lo recibe la prensa cálidamente. Un periódico asegura que “Parra ha llegado como un personaje de Julio Verne, utilizando los medios de locomoción más absurdos, más nuevos y enrevesados. Se dice que ha hecho una parte del camino en burro”.

El verdadero tango argentino

Alguna razón se opone a que ofrezca las anunciadas funciones en Madrid; un recrudecimiento de sus malestares, tal vez. El

caso es que pasa a Barcelona. Allí nada le impide divertirse. Lo prueba aquella su famosa exhibición de tango bien porteño, del que se hizo eco jaranero alguna crónica periodística.

Estábamos con Parravicini en el *music-ball* Edén. Buxeda —que con la misma fortuna asiste a la primera representación de *El caballero de la rosa*, de Strauss, en Dresde, que a la primera de *Parsifal*, en Roma—, asombraba a la juventud dorada bailando un remedo de tango argentino. Parravicini contemplaba sonriente el espectáculo. Terminó Buxeda la danza y Parra dejó asombrados a cuantos en el *foyer* del Edén aplaudían a Buxeda, bailando con su secretario el verdadero tango argentino...

¡Fue el disloque! Hay que ver a Parra haciendo guiños y disparando chistes en inglés, en francés, en italiano, en alemán, en húngaro...

Se presenta el príncipe

Pero —como tantos otros— él sabe que el centro de la diversión mundial está en París. Allí sienta sus reales pocos días después. Como tiene las faltriqueras llenas, no regatea para conseguir un buen alojamiento. Y lo instala en el famoso palacio situado en 11 Rue d'Astor. Este se divide en ciento veinte lujosas *garçonnières*, las que, según se afirma, son ocupadas siempre por cuanta testa coronada llega a París.

Allí, el ex “tirador sobre blanco humano” ofrece suntuosas fiestas, a las cuales asisten celebridades de las tablas, del arte, de la política. Siempre hay algún invitado sorpresa, la sensación de la noche. En una ocasión se hallan presentes la Mistinguett, la Polaire, Gaby Deslys, y otros. En el apogeo del baile, uno de los sirvientes, situado junto a la puerta, anuncia con voz sonora: —¡El señor príncipe de Weid!

Los concurrentes creen que se trata de una de las tantas bromas de Parra. El anunciado visitante es el príncipe de Albania que está por hacerse cargo del trono. Todos saben que pasa unos días en París, pero no imaginan que ha de ir a presentarse justamente en el salón de Parravicini. Y lo gracioso es que este resulta el primer sorprendido. Lo que ocurre es que el príncipe albanés, aburrido en su alojamiento, situado en el piso superior, ha querido divertirse un poco con los bochincheros amigos de Parra. Estos tienen que convencerse de la autenticidad del extraordinario visitante.

Un futuro autor

El creciente desgaste de Parra le origina una nueva recaída. Cuando regresa a Buenos Aires, pasa directamente de su camarote en el barco a la cama de su residencia. Empeora a tal extremo que se teme por su vida. Pero consigue ir mejorando poco a poco. Después, él mismo ha de contar:

—Se puede decir que acabo de nacer, porque me he escapado a “la mala”, aprovechando el tiempo que ella perdió en el estornudo...

Los que asisten a su nueva temporada en el Argentino comprueban la presencia de un flamante portero. Se trata de un negro gigantesco, sobre quien circulan las más pintorescas versiones. Parece que Parra lo ha traído de Dakar...

—Cuando Florencio pasó por allí le dio cincuenta francos de propina para pagarle un servicio cualquiera —cuenta alguien debidamente informado—. Entonces el negro lo llamó príncipe...

—Y los dos quedaron encantados. Parra con el tratamiento, y el negro, que se llama Alejandro, con la propina...

—Y un buen día, Alejandro se le presentó en Buenos Aires, con dos compañeros más. Venían buscando trabajo. A estos Parra les consiguió empleos de ordenanza en el Congreso...

—Y se ha convertido en el protector de Alejandro. ¿Saben lo que se propone, ahora?

El comentarista baja la voz, temiendo que sus frases lleguen a oídos indiscretos. Y continúa:

—Me dijo que le ha designado profesores para enseñarle a leer y escribir, a fin de que, andando el tiempo, Alejandro se convierta en un respetable autor teatral...

La humorada circula rápidamente por el mundo de la farándula, y si provoca sonrisas, no contribuye, precisamente, a mejorar las relaciones del bufo con el gremio afectado...

Su caja de resortes

Mientras tanto, Parravicini se otorga largos descansos en su casa de San Isidro. Porque, desde un tiempo antes, se ha convertido en propietario. El derrochador profesional se siente tentado por el ahorro...

Lo ha empujado en ese sentido una desgraciada experiencia que tuviera un tiempo antes. Hallándose enfermo, había mandado pedir un adelanto a su empresario de entonces. Este se negó, diciéndole que si quería dinero volviera a trabajar. La contestación obligó a Florencio a reflexionar profundamente sobre las perspectivas que podría traerle el porvenir. ¿Y si se enfermara durante largo tiempo? ¿Qué sería de él? ¿Tendría que vivir de favor? La posibilidad le causa tal amargura que, a partir de entonces, reserva una parte de sus ganancias. Y con esos primeros ahorros compra una casa.

Ese es su famoso chalet de San Isidro, que había de conservar toda su vida y que ahora pertenece a su viuda, doña Sara Piñeiro. A quienes iban a visitarlo allí, Parra se les aparecía como un muñeco saliendo de su caja de resortes.

Una casita como de juguete, uno de esos juguetes costosos y de buen gusto donde nada falta y nada sobra; la casita enclavada en un lindo jardincito rodeado de silencio, baño tibio y

perfumado para los nervios en tensión —silencios así, como el que reina en torno a la villa de Parra, son silencios que “nutren” más que el mejor régimen alimenticio—; dentro de la casa un bellissimo perro, un criado mudo, y un hombre encantador, de carácter locuaz y que irradia energía.

Pero, ni el que así habla ni otros visitantes conocían seguramente las peripecias ocurridas desde que Parra decidiera comprar “su casita de juguete”. Se exigía el pago de la mitad del importe al contado, y el resto en cuotas. Parra ofreció abonarlo al contado inmediatamente. Sin embargo, su dueña vacilaba:

—Voy a decirle la verdad. Usted tiene una fama tremenda. Me imagino que aquí estará de fiesta continua. Y ocurre que al lado viven unos parientes míos. Se acuestan temprano. Temo que la molestia sea muy grande...

Parra hace notables esfuerzos de elocuencia para convencerlo:

—¡Pero, no! ¡Le doy mi palabra de que no ocurrirá semejante cosa! Justamente, yo quiero esta casa para poder alejarme de la permanente agitación en que vivo, para descansar. Le prometo hacer los bochinchas afuera...

Finalmente, consigue asegurar la adquisición. Seguramente está decidido a dar fiel cumplimiento a su promesa de hacer en San Isidro una vida tranquila pero las barajas se mezclan en una forma muy rara, y, poco después, es él quien aparece quejándose por las ruidosas diversiones de otros...

¿Es un Garrick o un bufón vulgar?

¡NO QUIERO QUE ME VEAN! ♦ UN ENTENDIDO QUE
NO ENTIENDE UNA FANTÁSTICA EXPEDICIÓN EN YATE ♦
LOS CAÑONAZOS EN CURTIEMBRE ♦ LA MARAVILLOSA
VELADA DE ZACCONI

Es que Parra ha dicho la verdad. Busca ese retiro de San Isidro para hacer un paréntesis a su constante actividad profesional o deportiva, a su febril búsqueda de emociones y placeres.

La dueña del chalet había temido vendérselo pensando que lo convertiría en punto obligado de cita y escándalo para la gente de la farándula. Pero ocurre justamente lo contrario...

Después del primer mes se encuentran de nuevo, y aquella le dice:

—Tengo que hacerle justicia. Yo suponía que sus fiestas y jaranas iban a molestar a los vecinos, y sobre todo a mis parientes, que viven al lado. Pero ahora sé que aquí reina la tranquilidad más completa y que, en cambio, ellos...

Parra suspira, asintiendo:

—Ya que usted lo dice... Yo no quería mencionarlo, pero la verdad es que de no haber cerrado la operación, hubiera renunciado a la casa. Imagínese... Llego por las noches rendido y extenuado, y el bochinche que hacen los vecinos, divirtiéndose, me impide descansar...

Pasan a otro tema.

—Si me permite un consejo —dice la ex propietaria—, yo le daría al jardín un estilo inglés, quitándole además el cerco de ligustros, que impide contemplarlo desde la calle... El bufó pega un respingo.

—¡Cómo! —protesta vehemente—. ¡Si lo que yo busco justamente es que no me vean! ¡Si estoy cansado de andar exhibiéndome todo el día!

Y el cerco de ligustros, cada vez más tupido, quedó...

Fruto de sus ahorros

Como quería Parra, aquel rincón de San Isidro siguió siendo, hasta sus últimos días, el lugar donde iba a refugiarse para calmar sus nervios exasperados, recobrar su intermitentemente afectada salud, huir de ese rumoroso mundo al cual lo seguían llevando, sin embargo, sus propias aficiones. Aún en sus más enconados apuros financieros no se le ocurrió nunca hipotecar esa casa. Es que además representaba para él el producto de sus primeras economías, el fruto palpable de su trabajo. Después tuvo otras propiedades, más caras también, como ese palacete de cuatro pisos de la calle Rodríguez Peña. Pero ninguna estuvo unida a sus afectos como la villa de San Isidro.

Ya hablaremos de su vida casera, tan diferente a la que había venido llevando desde que batiera las alas lejos del hogar paterno, y aún a la que siguió cumpliendo hasta que se despidió bruscamente del mundo. Ya nos ocuparemos del hombre ordenado que, contradictoriamente, reveló ser. Pero más vale tocar ahora otra de sus grandes pasiones: el *yachting*. No lejos de su chalet corren las achocolatadas aguas del río, por donde suele deslizarse manejando hábilmente su barco para hacer —a veces— largos cruceros. En uno de sus primeros yates, el “Panete”, emplea a un marinero español. Quiriendo realizar una excursión hacia las playas uruguayas, el cómico le pregunta:

—¿Conocés bien el río?

—Cómo no lo voy a conocer, señor...

Una experiencia rara

—¿Sabés dónde están los bancos en que podríamos encallar?

Con no menor suficiencia, el otro replica:

—Ya le diré dónde están, ya... No se preocupe.

Parten. Al cabo de varias horas se siente un sacudón tremendo. Y el “Panete” queda varado.

Parra dirige a su marinero una mirada asesina, que el otro resiste impávido:

—¿Ve? Aquí hay un banco.

Sobre la base de esa experiencia, Parra habría de preocuparse de conocer por sí mismo, en lo sucesivo, las cartas de ruta. Pero ni así evitaría contratiempos menos serios. Y más pintorescos. Como el que tuvo con un yate más grande y moderno, llamado *Melgarejo* en homenaje a la obra que le rindiera una fortuna.

Navegando y bebiendo

Un buen día, después de almorzar alegremente con un grupo de amigos, propone:

—¿Qué les parece si damos una vuelta por las costas uruguayas? Nos vamos hasta el Real de San Carlos, hacemos unos tiritos a la ruleta, y mañana estamos de vuelta...

La proposición es recibida con entusiasmo. Telefona al encargado, en San Isidro, para que prepare el barco, y después de las cinco de la tarde levantan anclas. El timonel le previene:

—Mire, don Florencio: hay mucha niebla y la noche se presenta mala...

Parra no le hace caso. Para colmo, poco después todos cenaron entre



Un día se despertó en Florencio el interés por el ahorro e invirtió varios miles de pesos en la adquisición de una quinta en San Isidro. Esta fotografía fue obtenida en esa misma quinta. Foto: Archivo General de la Nación.

abundantes libaciones. Luego bailan y cantan. El mismo actor va en busca de su timonel:

—Venga a tomar unas copas...

—Preferiría quedarme aquí. El viaje se presenta peligroso, con el río picado...

—¡Pero no, hombre! Deje el timón al cocinero y venga nomás...

Las botellas se vacían rápidamente. De pronto el cocinero, que también está algo achispado, da un grito:

—¡Tierra a la vista!

Todos suben a cubierta. Distinguen las formas de una ciudad envuelta vagamente por la niebla.

—Mirá —dice uno—, aquellas luces son las del centro; debe ser la avenida 18 de Julio...

—Aquel es el cerro...

—Y esas son las lanchas del Club Neptuno. Estaremos como a una hora de tierra...

Parra, que conserva cierta lucidez, extrae su reloj.

—¡Pero qué cosa! —exclama admirado— ¡*Melgarejo* ha batido un récord!

¿Dónde estamos?

El asombro de Florencio y la satisfacción general han de durar muy poco tiempo más. Porque de pronto se dan cuenta de que han llegado ¡a la dársena Norte de Buenos Aires!

En efecto, arriban al Yatch Club Argentino, cuya farola habían confundido, desde lejos y entre la niebla, con el faro del Cerro montevideano. Igualmente, los espigones del canal Norte se les habían antojado la escollera de la bahía del puerto uruguayo...

¿Qué ha ocurrido?

Algo muy sencillo. Desde que el timonel bajara a beber con Parra y sus amigos, el yate había cambiado repentinamente el rumbo. Y desde entonces había seguido navegando a merced de las agitadas aguas, tardando varias horas para cubrir el breve trayecto entre San Isidro y la dársena.

Como decía Parra, ¡el *Melgarejo* había batido un récord!

“La batalla de Curtiembre”

Otro lance curioso había de ocurrirle allá por 1922. Realizan una travesía por el Paraná, cerca de las costas entrerrianas, varios yates pertenecientes a Parra y sus amigos Marín y Varela Castex. Cuando navegaban río arriba, luchando con la correntada, les toca pasar frente al pueblo Curtiembre, situado en lo alto de una barranca, a centenares de metros de la costa. Es de noche. En el pueblo están realizando una *kermesse*, y desde lejos se divisa el reflejo de los farolitos, las guirnaldas de luces, el prefulgente estallar de los cohetes. También se perciben los sonidos de la banda municipal. Solidarizándose con la diversión del pueblo, a Parravicini se le ocurre saludarlo haciendo unas salvas con el cañoncito que lleva a proa. Apenas se ejecuta la primera andanada, nótase allá, en la población, un revuelo general. Se produce una gran confusión, numerosos caballos son lanzados por sus jinetes al galope, hay disparos de winchester y revólver, corridas...

Parra y sus amigos, estupefactos, se consultan. ¿Qué les ocurrirá a los vecinos de Curtiembre?

Desde tierra, alguien llega con la aclaración. Se están viviendo agitados momentos políticos. Los entrerrianos sostienen en esos días una violenta polémica con el gobierno nacional, que tiene inquietos los ánimos. Al escuchar las salvas de artillería, procedentes del río, algunos las han vinculado con la supuesta presencia de la escuadra, llegada para castigar a los revoltosos. Así queda explicado el desconcierto reinante.

—Ahí nomás todo quedó oscuro, y se terminó la *kermesse*—contaba Parra luego, riendo a carcajadas de la colosal broma que había motivado involuntariamente, movilizándolo a todo un pueblo.

Y desde entonces solía llamarla “la batalla de Curtiembre”.

Parra, *il pagliaccio*

Al reiniciar su actuación en ese año de 1914, Parra ha prometido una vez más:

—Les participo que el Parra de hoy no es el de ayer, y que mi teatro será el *rendez vous* de las familias argentinas. En ese sentido haré todo lo que está a mi alcance. Se ha dicho que yo soy en la interpretación de mis papeles muy subido de color. Pues ahora demostraré lo contrario y haré reír más.

Lo de hacer reír, lo cumple, como siempre. Pero la promesa de variar sus métodos, no. Como siempre, también...

Es como habrá de decir de él un crítico francés:

Il faut qu'il fasse rire; peu importe comment. Et le clown du public ne sait pas dire je ne veux pas.

La cuestión es que haga reír, no importa cómo...

Otros replican:

—Parra solo hay uno, y sería absurdo querer cambiarlo. Hay que tomarlo como es. Lo peor es que muchos “subparras” viven de su reflejo...

O también:

—Es que la gente va a verlo a él. En su teatro, la calidad del repertorio nunca ha tenido importancia. Esto pone de relieve su personalidad, pero también su falla, puesto que ha restado su concurso al desarrollo de una buena producción nacional. Y así nos ha perjudicado, perjudicándose...

Esta polémica no ha de calmarse mientras Parra viva. El interrogante sigue planteado: ¿Estamos ante un simple y vulgar payaso? (*Pagliaccio* —recuerda alguien— deriva de *paglia*; la voz italiana originaria aludía al vestido de paja que usaban los graciosos. Y justamente Parra gusta ensayar todas y hasta las más

ridículas e inesperadas indumentarias.) ¿O es que se trata de un actor genial, que desperdicia sus condiciones siguiendo la línea del menor esfuerzo y del aplauso fácil?

Y los interrogantes se suceden:

—¿Es un Garrick?

—¿O un bufón vulgar?

—¿Un farsante genial?

—¿Un caricato mediocre, que triunfa halagando burdamente a cierto público sin pretensiones?

Ya se ha visto y se verá en los capítulos que nos restan sobre su actuación teatral que casi siempre dio la razón a sus detractores. Que sus intentos de levantar la puntería no tuvieron nunca la consistencia necesaria, que no persistió con la paciencia y la voluntad indispensables.

—Su cómico —sentenció alguien— es demasiado él mismo para hacerse susceptible de evolución cualquiera.

Y sin embargo...

Ahí está lo que le ocurrió a Zacconi.

El dolor de María Guerrero

El gran actor italiano obtuvo resonante éxito entre nosotros. Poco antes de irse ofrece un espectáculo especialmente dedicado a los actores argentinos. Asisten muchos de ellos. Pero otros no se dan por aludidos.

—Sin duda —comenta mordazmente algún crítico—, son los que no tienen nada que aprender.

La velada resulta magnífica e inolvidable. Primero brinda el segundo acto de *Tristi amore*. Luego, *Don Pietro Caruso*. Y como final, el tercer acto de *Morte civile*. El público, compuesto casi exclusivamente de artistas y políticos, queda suspenso y conquistado. María Guerrero, que contempla el maravilloso espectáculo desde un palco *avant-scene*, exclama suspirando:

—¡Y pensar que todo esto que hemos visto desaparecerá para siempre el día que este hombre baje a la tumba!

Parece que pensara en sí misma, en su propio arte fatalmente perecedero, cuando agrega, entre el comprensivo silencio que se ha hecho a su alrededor:

—¡Todo! Sus matices, sus transiciones, sus gestos, sus ademanes, su voz...

Parra es el encargado de agradecer, en nombre de todos los actores y actrices argentinos, el gesto del maestro. Y comienza diciendo:

—Tal vez por dar una nota de contraste han querido que el actor argentino que cultiva con más intensidad el género cómico, ligero, festivo, sea el que exprese el homenaje de respeto y cariño al más grande actor dramático de la época contemporánea...

En un aparte, luego, Zacconi dice a quemarropa:

—Pero usted debe ser un gran trágico...

Parra se defiende:

—No. Soy un simple cómico. El otro le dirige una mirada penetrante:

—¿Cómico?... Tiene usted en el rostro, en todo su físico, las características de los trágicos...

En esa misma ocasión, Parra lo invita a que lo visite en su teatro. Sin embargo, no espera que su anhelo se vea satisfecho. Por eso su sorpresa es mayor cuando al salir a escena una noche divisa a Zacconi en un palco, solo, esperando...

Y esa misma noche tiene lugar aquel curioso duelo entre el aplaudido cómico argentino y el extraordinario trágico italiano...

Parra escribe un drama

ACTUANDO PARA UN ESPECTADOR ♦ ZACCONI RÍE Y
LLORA ♦ LA CULPA LA TIENE EL PÚBLICO ♦ CAZANDO
POR PABLO PODESTÁ ♦ PAYRÓ UNA EXCEPCIÓN
♦ ¡PARRA ASISTE A UN ENSAYO!

Esa noche, Parra ofrece una obra extranjera, traducida con el título *El hombre sándwich* y que años después fuera llevada al cine nacional.

Al hacer su primera salida a escena se encuentra con la mirada del gran Zacconi, el mismo que hace unas noches le ha dicho con su aplomo habitual:

—Usted parece un gran trágico. Tiene el rostro, el físico, las características...

Y ahora está allí, solo, en su palco, como un calificado e imponente juez. Y Florencio siente que ese hombre tiene para él más autoridad que cualquier otro de los críticos que lo hayan visto trabajar. Por eso lo dominan unos impetuosos deseos de ganarlo, de impresionarlo. El resto del público se borra. Solo actúa, solo vive en esa noche para Ermete Zacconi.

Desde el escenario lo espía continuamente, mientras trabaja, para comprobar la impresión que causa en el eximio actor italiano.

Tiene que mirarme

“Contrajo el rostro”, habría de contar Parra tiempo después,

en ese gesto tan suyo que indica sorpresa, duda, atención, en una mezcla que lo hace raro e incomprensible. Apoyó la barba en las manos y quedó como petrificado...

—¿Es posible que yo no pueda hacer reír a este hombre?
—me preguntaba.

Noté, a poco, que no me miraba a mí, sino que estaba atento a los mutis de otros personajes, a la entrada de estos, a la disposición de la escena, al público, a cualquier cosa, menos a mí. Eso no podía ser.

No recuerdo qué hice para que me mirara, y entonces ya no dejé que me sacara la vista de encima; empezó a sonreír, a reír... Lanzó una carcajada.

Cuando terminó la función, todavía reía, reía y lloraba a la par. Y así, entre risas y lágrimas, vino a mi camarín y me abrazó... Una botella de coñac, que andaba por allí a mano, sirvió para que ambos brindáramos; yo, por él, gran trágico; él por mí, gran bufo.

Desde esa noche, todos los lunes estaba en el palco, riendo y llorando, llorando y riendo...

Esa es la versión que de su famoso duelo espiritual con Zacconi hiciera el mismo Parravicini. Si las cosas ocurrieron exactamente así, o si su fantasía agregó cierto condimento a la anécdota, es cosa que no podremos dilucidar. Pero en caso de ser exacta su versión, es seguro que el público estuvo esa noche muy ajeno a esa singular farsa que se desarrollaba ante sus ojos, detrás de la otra comedia...

¿El loco Parra?

Este posible parentesco con las grandes figuras de la escena lo preocupó a menudo. Cuando estaba por interpretar una obra dramática, *Guillermo Warton*, se siente disgustado por su papel e interpela a su director de entonces, Atilio Supparo:

—Mire, me parece que yo no sirvo para hacer estas cosas; si me sacan de los papeles cómicos, soy hombre al agua...

Supparo le contesta:

—Claro, usted prefiere que lo llamen el loco Parra a que lo consideren el Novelli argentino. Le pasa lo que a Pepe Podestá, que creía que lo echaba a perder a Pablo haciéndole hacer papeles trágicos o dramáticos...

Sorprendido por la observación, Parra se queda pensativo por un momento. Y luego, confuso y emocionado, exclama:

—Pero soy un loco lindo...

Años después, intenta establecer por su cuenta esa imaginaria relación con el arte del notable actor italiano:

—Me censuran por lo que hago sin notar que es lo que mi público me exige. ¿Acaso toleran que yo me presentara de otra manera? La gente está acostumbrada a reír conmigo. Haga lo que haga y diga lo que diga. Fue el público el que me llevó insensiblemente hacia mi modalidad. Quiere reírse con mis cosas, y nada más. Lo mismo le ocurrió a Novelli. Tuvo que salir de Italia para poder actuar en la vena dramática. Recién cuando volvió lo reconocieron como tal...

A cazar, disfrazados

Esos años de la guerra europea no son favorables para el teatro. Las temporadas se arrastran lánguidamente en los distintos escenarios. Y lo mismo le ocurre a Parra, a pesar de que forma conjuntos tan calificados como el que integrara con Angelina Paga y Francisco Ducasse. O aquel otro elenco que ofreció al público “Mamá Culepina”, de García Velloso. Esta compañía demanda un gran presupuesto, debido a los sueldos que se pagan a las primeras figuras. Además de lo que percibe Parra, le tocan seis mil mensuales a Orfilia Rico, y diez mil pesos a Pablo Podestá. Gastos tan crecidos apresuran la “debacle” de la temporada. A esta época debe pertenecer aquella humorada que ejecutaron el gran Pablo y Parravicini. Aceptando una invitación especial de

Julio A. Roca (hijo), deciden realizar una cacería en la estancia de este, situada en Estación Solís. Terminada la función de la noche, los dos actores toman un coche para llegar enseguida a la estación Retiro. Allí se convierten enseguida en el blanco de todas las miradas. Numerosas personas los rodean hasta hacer en torno de ellos un cerco compacto, que les cuesta abrir. La risa baila en todos los rostros.

¿Qué ha sucedido?

¡Los dos actores no se han quitado el maquillaje y siguen llevando las estrafalarias ropas que vistieron para la función!

El caso es que así llegan a la estancia, donde los paisanos los observan con expresión de intenso asombro. Como si hubieran caído de algún planeta remoto. Del planteta del buen humor y de la risueña arbitrariedad...

La carne es de Parra

Parra intenta salvar ese mal momento del teatro nacional buscando obras de éxito. Se dirige a los autores, incitándolos a escribir para él. Y como a menudo no consigue lo que quiere, escribe él mismo.

Pero antes de considerar esta otra faceta del dinámico Florencio, detengámonos a examinar sus relaciones con los autores. Estas fueron siempre muy variables. A veces, el afecto reinante entre aquellos y el bufo era estrecho, cálido, casi fraternal. Otras, se producían roces y desacuerdos continuos, que llevaron en ocasiones a violento rompimiento de hostilidades.

¿Quién tenía la culpa?

Ambos sectores aducen razones de peso, Parra se queja por la mediocre calidad de muchas piezas que le llevan y a las que tiene que salvar con sus improvisaciones. Los autores le echan en cara, precisamente, la constante alteración que introduce en las obras y que concluye por desfigurarlas por completo.

Los críticos intervienen en la discusión inclinándose por uno u otros, o también —lo que suele ser frecuente— censurando a tirios y troyanos. Uno de ellos apunta:

—Cuando una obra llega a las cincuenta representaciones en manos de Parra, ya no la conoce ni el autor... Del libro original ya no queda sino el esqueleto. La carne jugosa es de Parra. Los autores miran con terror este procedimiento que consideran irrespetuoso y que es, sencillamente, generoso.

Y otro:

—“Rey de la morcilla” es uno de los tantos apodos con que se distingue a Parra por su indeclinable propensión a ese recurso. Gracias a eso ha salvado muchas piezas de un fracaso seguro. Parra es un maestro en la confección de este artículo, de fabricación sucinta, después de todo, como que le salen sin esfuerzo, sin previo maquillaje y a su pesar muchas veces, como si fueran morcillas “de oficio”...

Vino el cuco

Convencido de que es así, Parra provoca situaciones que revisitan contornos curiosos y pintorescos. El autor de una pieza que se mantiene en el cartel durante muchos días, se indigna por los agregados del cómico. Hasta amenaza con retirarle la obra. Parravicini le promete atenerse en lo sucesivo al libreto. Pero sigue haciendo de las suyas. Sin embargo, apenas le avisan que el puntilloso autor está en la sala, les advierte a sus compañeros:

—Cuidado, che, que vino el cuco... No se salgan de sus papeles, hoy.

Pero si aquel falta al día siguiente, la versión de su obra vuelve a ser muy distinta...

A veces, crea situaciones apuradísimas a sus mismos compañeros de elenco, desconcertados por sus salidas imprevistas.

Cuenta la veterana Herminia Manzini:

En cierta obra, yo tenía que decirle a una muchacha:

—Yo sé que vos estás enamorada. ¿Querés que te diga el nombre de él?

Y entonces alguien situado tras las bambalinas debía decir en alta voz:

—Carlos...

Una noche el que se colocó más allá del decorado fue Parra. Cuando yo hube pronunciado la frase habitual, él respondió con voz estentórea:

—¡Petray!

Los actores no pudimos conservar la serenidad y nos reímos a carcajadas. Yo tuve que abandonar el escenario dando tropezones, sin terminar mi parte. Menos mal que el público —que veía a Petray trabajando noche a noche con nosotros— entendió perfectamente la alusión y celebró la ocurrencia con ruidosas carcajadas...

Cumpliendo su palabra

Un día, recibe una obra de manos de Roberto J. Payró. El autor de *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* le advierte, entre serio y risueño:

—Mejor que haga aquí, delante de mí, todos los agregados que piensa ponerle a la obra. Porque después no le voy a permitir ninguno.

—Mire, don Roberto —contesta Parra con rostro compungido—. A su obra no pienso hacerle agregados, ni ahora, ni después.

Y cumple su palabra, por esta vez. Por esta única vez...

En cambio tropieza con otro autor por la calle y le grita, de vereda a vereda:

—¿Cuándo va por el Argentino?

—¿Por qué?

—¡Vaya a ver su obra! ¡No la va a conocer!
Y lanza la carcajada, ante el gesto perplejo del otro.

Dos pavaditas por año

Pero así como ofende a los autores, también se le ocurre a veces defenderlos.

Una noche, cuando acaba de estrenar con notable éxito cierta obra, entra en su camarín, entre las numerosas personas que desean saludarlo, un conocido suyo, hombre de posición y fortuna. Después de los comentarios de rigor, Parra invita a los presentes con una copa de champaña. Mientras beben, aquel se acerca al autor de la obra estrenada.

—¡Ah! ¿Usted es el autor de la piecita que acaban de estrenar? —le dice con aire condescendiente—. Muy entretenida la pavadita esa. ¡Lo felicito, che!

“Yo noté en la cara del prestigioso hombre de letras”, cuenta Parra,

el efecto del exabrupto de mi amigo, y para hacerle menos doloroso el momento, respondí al otro:

—Vea, amigo: si usted se comprometiera a traerme dos pavaditas como esta por año, le aseguro que nos ganaríamos ciento cincuenta mil pesos cada uno.

Y para remacharlo, agregué:

—Es una lástima que no se decida a escribir. Para hacerlo, usted no tendría que gastar ochenta mil pesos, como si fuera para un toro de raza destinado a un plantel. No. Para hacer una pavadita como esta, con un bloque de papel y un frasquito de tinta, que en total no le costarán ni un peso, alcanza. Y nos podemos llenar de dinero...

El autor me agradeció con la mirada. Y el de la “pavadita” me contestó con toda ingenuidad:

—Nunca he probado, che. Pero este verano, en la estancia, le prometo hacer unas cuantas.

—Todavía —terminaba Parra— estoy esperando uno...

Cuando se cansa de esperar que le traigan una obra de éxito, cuando quiere aumentar sus ganancias con los derechos correspondientes, escribe él mismo. Su actividad en este sentido es muy intensa, a lo largo de toda su carrera. Escribe, traduce o adapta alrededor de ochenta y dos obras. En esta lista se encuentran todos los géneros: sainetes, zarzuelas, comedias, revistas, operetas, piezas cómicas, policiales, bufas y “de gran guiñol”, *vodevils*, humoradas. Y, finalmente, dramas...

¡Parra escribiendo dramas!

Esta exclamación de asombro parte de muchas bocas el día que se lee la noticia en los programas. Florencio Parravicini ha escrito un drama. Y esta vez no piensa hacer representar la obra por su compañía. La entrega a Pablo Podestá, quien ha de estrenarla en el Teatro Nuevo, con Camila Quiroga como protagonista principal.

Un periodista encuentra a Parra en la calle, y lo detiene:

—¿Adónde va, tan apurado?

—¡Al ensayo!

—¡Usted... al ensayo! ¡No!

—Sí, hombre. Al ensayo de mi drama, en el Nuevo...

Mientras tanto, en el Argentino su propia compañía está ensayando una obra del mismo Parra sin que él aparezca ni por equivocación.

Llega, al fin, el día del estreno. La expectación pública es muy pronunciada. Contribuye a acrecentar el título de su drama: *Suprema venganza*.

Pero ese mismo día se produjo otro drama entre los integrantes del elenco que ha de presentar la obra. Y cuando faltan apenas seis horas para la función, se encuentran sin la primera actriz...

Melgarejo le regala una fortuna

SE FUE LA PRIMERA ACTRIZ ♦ PARRA HACE LLORAR ♦
PIERROT SIEMPRE ES UN PAYASO ♦ PARRAVICINI AUTOR
Y LOS CRÍTICOS ♦ CÓMO NACIÓ *MELGAREJO*
♦ CIEN MIL ESPECTADORES

Ese día de noviembre de 1917, Parra está tan nervioso como un autor debutante.

Es que van a estrenar ese truculento drama suyo: *Suprema venganza*.

Es cierto que tres años antes ha dado a conocer otra producción dramática: *Alma de bohemio*. Pero en este caso cree haberse esmerado más, y, por otra parte, la interpretación corre a cargo de otra compañía: la tan calificada de Pablo Podestá y Camila Quiroga.

Él mismo les ha leído a los integrantes del conjunto los tres actos de su obra. Ha asistido a los ensayos y ha dado consejos. Finalmente, los preparativos quedan terminados. Solo resta esperar el veredicto del público.

Y es entonces, a unas horas del estreno, cuando alguien se acerca a Parra, excitado, para comunicarle:

—¡Nos hemos quedado sin primera actriz!

¡Tiene que ser Lea!

Es cierto que al principio se anuncia que la ausencia de Camila Quiroga se debe a una inoportuna enfermedad. Pero dos o tres días después habrá de saberse su desvinculación definitiva del elenco de Pablo Podestá. Lo que significa, pues, que el desacuerdo ha sido muy hondo.

Pero ahora no se trata de eso. Hay que encontrar a una actriz capaz de desempeñar el papel principal. ¿Dónde ir a buscarla?

Pablo se acuerda de Lea Conti, “la Petisa”, como él la nombra cariñosamente. Y a su encuentro van todos.

Pero Lea se resiste. No conoce el papel. Ni siquiera ha leído el libreto. No dispone de vestimenta adecuada. Y es un papel de mucho compromiso.

La respuesta es: ¡no!

Sin embargo, insisten. Explica Parravicini, encarece Pablo Podestá, ruega García Velloso. Sobre todo, es Pablo quien pone en juego su tenaz voluntad y su simpatía avasalladora. Y, finalmente, Lea acepta.

Todos despliegan entonces una prodigiosa actividad. Hay que llevar a la actriz a la modista y al peluquero. Y mientras tanto, leerle el papel, hacerla ensayar tres veces en la misma tarde, aleccionarla, dirigirla.

Cuando están por levantar el telón, Lea vacila, impresionada por la posibilidad de un fracaso. Pero reacciona valientemente y se adelanta.

Parra, entre bambalinas, retuerce las manos.

“Vimos llorar”

Sin embargo, sus temores no tienen razón de ser. Lea Conti realiza una de las mejores interpretaciones de su carrera, y el público la premia con prolongadas salvas de aplausos. Pablo Podestá repite, entusiasmado, refiriéndose a su cuñada —ya que Lea se haya casada con Antonio Podestá—:

—¡Yo ya sabía que “la Petisa” no me iba a fallar...!

En cuanto a la obra en sí, ¿qué podría decirse de ella?

Uno de los críticos afirma, sarcásticamente:

Vimos llorar a algunas mujeres en el curso del angustioso argumento, y ello quiere decir que el autor logró ampliamente su propósito de emocionar. Vimos al público nervioso, inquieto, identificándose con los personajes, sufriendo con las terribles alternativas en que las situaciones del habilidoso argumento ponen a estos.

Nunca vimos a un público tan pueril, tan cándido. El señor Parravicini conocía bien todas sus debilidades. Diríamos que él es un hábil psicólogo del público teatral, si no temiéramos confundir su modestia con una palabra científica.

Su triunfo fue tan sencillo y tan fácil, como la boga de Ponson du Terrail o Luis del Val. Fue bastante medido en los procedimientos, puesto que no mató más de un personaje...

También se decían cosas como estas:

Los espectadores salieron satisfechos. Nosotros también, porque el señor Parravicini tuvo la prudencia de no forzar sus dotes intelectuales, y porque habíamos visto un drama del que no teníamos que perder el tiempo en discutir nada. El público podrá anotar una nueva excentricidad en la lija privada de su bufo...

Y con todo, la obra habría de mantenerse en cartel durante más de un mes.

Hasta triste, Pierrot hace reír

El mismo Parra se presenta luego un poco desilusionado por la acogida hecha a su obra, a pesar del éxito obtenido. Teme que su ocurrencia dramática no haya sido aquilatado por la gente con la necesaria seriedad. Y confiesa:

El mundo que me celebraba las gracias llegó a darme estrilo. Quise vengarme de mis admiradores, escribí *Suprema venganza*, un drama que de ser firmado por un actor dramático, hubiera sido menos jocoso para el público. Es muy difícil luchar contra la gente que va un estreno, diciendo: "Vamos ver qué nueva diablura se le ha ocurrido al loco ese de Parra..."

Es la eterna historia de Pierrot: llora, y su mueca produce hilaridad en el auditorio. Pierrot siempre es un payaso, y aunque quiera ponerse triste, os hará reír.

Parra es y será siempre Parra..., el bufo Parra, el ocurrente Parra, y cuando me muera, los artículos necrológicos que me dediquen estarán plagados de chistes. ¿Qué le vamos a hacer?

Los críticos se lavan las manos

Pero la mayor parte de sus piezas solo buscan provocar la risa fácil del público. Y lo logran. En este sentido, obtuvo siempre lo que quiso. Con Parra autor, los críticos intentan vanamente luchar. Se les opone un espeso muro de carcajadas. Poco a poco se van rindiendo. Descubren entonces la teoría de que, tratándose de Parra, el metro común no puede aplicarse, y el bistori analítico no tiene nada que hacer...

Uno dice, hablando de *Submarino U-74*:

Hay allí un poco de todo. Bien es cierto que eso es secundario en una obra cuyo carácter bufo supedita al de hacer reír todos los demás propósitos.

Otro, comentando *Sindicato Treyst*:

No se puede analizar, así como no se puede clasificar más que en el renglón de los grandes éxitos.

Pero son alfilerazos que se pierden y se olvidan cuando el triunfador cómico juega noche a noche su pantomima sobre las tablas. Él gana siempre. Y no le importa que digan:

“Una obra del señor Parravicini no puede ser más o menos trascendental o más o menos artística, sino, simplemente, más o menos divertida”; de donde se infiere que el fallo que sobre

ella dicte el público será el único que interprete la voluntad de los dioses...

Él sigue escribiendo y ganando dinero por paladas. Y ni lee las crónicas que sostienen:

Parra está fuera de la literatura y más allá o más acá de la crítica. Nada tenemos que hacer con él. En cuanto somos público, nos reímos con su trabajo. En cuanto críticos, nos callamos la boca...

No escribe para la posteridad

Pero la mejor definición de su desempeño como autor la hace el mismo Parravicini. Una noche en que los espectadores, después de aplaudirlo cálidamente, le piden que hable, él pronuncia esta frase con la que “hizo su profesión de fe como autor, sintetizó su ideal de dramaturgo, y dio forma a su filosofía de comediante”:

—Esta obra se ha hecho para divertir al público. Lo ha divertido, y por eso, es buena...

Parece que por esa norma se hubiera guiado a lo largo de toda su actuación como actor, autor y empresario.

Parra, que es muy inteligente, carece de vanidades literarias —opina alguien—; si no fuera inteligente, sería literato y, por lo tanto, vanidoso. Parra no escribe ni para la posteridad ni para la crítica. Escribe para su público, para este Buenos Aires que siempre debe aplaudir a Florencio, porque Florencio hace muchos años que lo divierte, y le regala el buen don de la risa, grato a los dioses...

Sin obra, y faltan cuatro días...

Por esas u otras razones, Parravicini insiste en varias ocasiones en su diálogo con la pluma. Sobre todo cuando las temporadas flaquean por falta de obras atrayentes. Es lo que le ocurre, por ejemplo, allá en 1920. Varios autores conocidos le han prometido

escribirle algo especialmente para él, a fin de que pueda iniciar el año con buen pie. Pero las piezas no llegan. El mismo García Velloso, que es el obligado iniciador de sus temporadas, le ha adelantado ya el título de su próxima comedia, *El conde Chopin*. Sin embargo, tampoco cumple. Y a pocos días de la fecha fijada para su reaparición, la compañía no tiene obra.

Y entonces, Parravicini decide que tiene que volver a escribir para Florencio Parravicini...

En un reportaje, refiere así la situación creada:

Iba a comenzar la presente temporada. Varios autores me habían ofrecido sus obras. ¡Ah!, también me solicitaban varios anticipos. Faltaban cuatro días para el debut de mi compañía. Las promesas fracasaban. Y yo no tenía obra. ¿Qué hacer? ¿Desesperarme? No. Me hubiera arrugado la pechera. ¿Pegarme un tiro? Eso hubieran querido los autores. Preferí encerrarme en mi casa. Estaba dispuesto a hacer yo mismo la pieza de mi estreno. ¡He inventado tantas obras haciendo obras ajenas!

Bien podía inventar una propia. Llamé a mi viejo apuntador Rodolfo Rico, y le dije: “¡A la obra!” Durante cuatro días, como le consta a mi querido Ezequiel Soria, estuve dictando las escenas a Rico. Se las dictaba nerviosamente, representado yo mismo los parlamentos a medida que los imaginaba. Y en esos cuatro días, *Melgarejo* salió a todo lo que daba su automóvil...

Como al toro con el capote

Son curiosos los diálogos que se desarrollan durante esas jornadas en su casa de San Isidro, donde trabaja rodeado de algunos de sus colaboradores.

—Soria, ¿dónde está Soria? —interroga nerviosamente Parravicini.

Al fin aparece su director de ahora, que casualmente es el mismo que lo dirigiera cuando sus comienzos en la carrera teatral, allá en el Apolo.

—¿Qué quiere, Parra?

—Vea: aquí tengo un personaje que me estorba. ¿Lo mato o lo hago aviador?

—Y..., es más efectista. Hágalo volar.

—Bueno. Con eso termino el tercer acto.

Empleando métodos tan expeditivos, pronto consigue tener lista su obra. Así se explica que alguno dijera luego:

—El señor Parravicini gradúa a su placer las reacciones de su auditorio; lo deslumbra con su verba cómica crepitante y así como el toro con el capote, lo lleva a las situaciones melodramáticas más peligrosas; cuando la emoción dramática cobra tensión excesiva, una salida de tono oportuna vuelca bruscamente el extremo opuesto, a lo reidero, la sensibilidad del público. El procedimiento es infalible...

Y tan infalible, que con esa obra Parra restablece sus quebrantadas finanzas. Y gana una fortuna.

Símbolo de la tontería

La presentación de esa pieza parravicinesca motiva varias pintorescas anécdotas.

Parra necesita un muchacho para confiarle uno de los papeles. Prueba a Pedrito Quartucci, que ya trabajara con él, incluso en aquella mentada película *Después de muerta*. Pero no le convence:

—Sos demasiado alto, che...

Prueba a otros, a cuantos se le presentan. Desfilan muchos, pero ninguno sirve. Cuando tienen las condiciones físicas requeridas, les falta desenvoltura escénica. Al final se ve obligado a llamar nuevamente a Pedrito. Apenas se presenta este en escena, obtiene un éxito de risa al caracterizar a ese muchacho

retardado, Jacinto, que agitando los brazos y con gesto imbécil, grita a cada momento: “¡Mamá! Yo quiero ir a la laguna...”.

Lo que más provoca la hilaridad del público es justamente aquella que motivara el rechazo de Parra: esa figura larguirucha y flaca de Quartucci, con sus medias altas y pantalones cortos...

Una semana después, su personaje se ha hecho popular, y toda Buenos Aires lo remeda: “¡Quiero ir a la laguna!”.

Y desde entonces, la frasecita queda en los anales porteños, como símbolo y burla de la tontería incurable.

En cartel para mucho tiempo

En esta ocasión, no es solo Parra el que tiene que confiarse en el apuntador. A los otros integrantes del elenco les ocurre lo mismo porque nadie ha tenido tiempo de ensayar. El consueta debe multiplicarse para atender a todos y susurrarles a tiempo el papel. Por eso se ve obligado a levantar la voz en demasía. Algunos espectadores protestan:

—Hemos escuchado la obra dos veces. ¡Cómo gritaba el apuntador!

Alguien los consuela:

—Peor hubiera sido no escuchar ninguna. Si el apuntador no grita, esta noche la comedia no termina.

Pero la mayor parte del público no tiene tiempo ni posibilidad de fijarse en eso. Su atención es distraída por tantos episodios circunstanciales, todos teatralmente eficaces, que es mareado, aturrido y convencido hasta que cae el telón sobre el último cuadro. Recién cuando está en la calle puede respirar tranquilo, y entonces exclama:

—¡Pero qué bárbaro este Parra! ¿Se dan cuenta de todas las cosas raras que hace en *Melgarejo*?

Esta es la definición más exacta de la obra que en cuatro meses arrastró a cien mil espectadores.

El niño mimado de su ciudad

EL AUTO ENTRA EN ESCENA ♦ DOSCIENTOS MIL PESOS
EN CUATRO MESES ♦ MUIÑO, ALIPPI, VITTONI Y
POMAR DISPUTAN POR UNA OBRA ESCRITA POR PARRA
♦ FLORENCIO EXPONE CUADROS ♦ SUSPENDIENDO LAS
FUNCIONES... PARA IR A PASEAR

¿Qué es lo que no hace Parra en *Melgarejo*? ¿Cuántas cosas raras no ejecuta?

El espectáculo es tan vistoso, dinámico y variable, que hasta hace olvidar el precario argumento y trae remembranzas de los tiempos en que Florencio actuaba en compañías circenses o de *music-hall*.

Es que el actor Parra ha comunicado confidencialmente al autor los mil y un recursos teatrales de su crecida experiencia, a fin de que sean debidamente utilizados en *Melgarejo*.

En pago, el autor le ha hecho al bufo un papel a su medida, que le permite demostrar a la vez su ductilidad escénica, sus condiciones de políglota, sus conocimientos de automovilista y sus facultades de diletante musical.

El auto, nuevo personaje

Es así que, de pronto, Parra aparece en escena manejando un auto que se va sobre el proscenio, ante el natural sobresalto del público. Pero al llegar frente a las baterías, lo frena en seco, recibiendo por su notable pericia una ovación comparable a la que suelen provocar algunos de sus chistes.

Pocos días después, el automóvil queda aceptado como un nuevo personaje teatral. Y como tal, figura en tres escenarios distintos.

Además de *Melgarejo* lo incluyen en la pieza *Armenonville*, que se ofrece en el Nacional, y en *El campeón del kilómetro*, representada en el Politeama.

—Antes —refiere alguien—, constituía una novedad el hecho de que un actor hiciera *rayar* un manso parejero sobre las tablas del escenario, y después de breve coloquio de sabor campero, huyera con la prenda de sus amores en ancas de su flete; otra novedad era que un coche hiciese su aparición entre bastidores. Ahora entran automóviles en los escenarios al son estridente del motor y de la bocina. No hace mucho vimos un aeroplano ideado con tablas y telas, suspendido sobre un escenario de otro teatro. Mañana, ¿qué nuevas sorpresas nos ofrecerá la mecánica escenográfica?

Todas las noches, algo nuevo

Además, Parra sale tocando el violoncelo, mientras Antonio Podestá se revela como un eximio clarinetista y Lea Conti como tonadillera. En su doble papel, Florencio debe hablar también en perfecto italiano. Se desempeña bien, pero se le ocurre intercalar caprichosamente voces de otras lenguas. Procede así, sobre todo cuando le toca dialogar con Herminia Mancini. Unas veces, incluye párrafos en francés y otras en italiano. Como la Mancini conoce, aunque solo sea superficialmente, esos idiomas, le responde sin inmutarse. Entonces Parravicini lanza una franca carcajada:

—¡Pero, che! ¡No se te puede agarrar sin perros!

Y esto tiene lugar a la vista y paciencia del público, que no puede comprender la brusca transición de uno a otro idioma...

—Como siempre —cuenta Herminia Francini—, Florencio no iba a los ensayos. Sin embargo, nosotros seguíamos practicando con el director Mariano Galé, para conservar, por lo menos, cierta ilación en la obra. Pero resulta que cada noche

traía una serie de asuntos diversos, novedades, chistes, anécdotas, etc., y todo lo intercalaba en la obra. Nosotros teníamos que esperar pacientemente que terminaran sus injertos para comenzar con nuestra parte...

Comparada con los bodrios

La crítica no hace mucho hincapié en los defectos de la obra parravicinesca, intimidada, seguramente por su éxito escandaloso. Solo hace notar que

es una pieza de enredo, con situaciones y procedimientos nada originales y propios de los viejos repertorios, pero de interés sostenido y efecto placentero.

El asunto de *Melgarejo* es viejo. Pero, ¿necesita Parravicini, como autor, un asunto nuevo para convencer a su público? Evidentemente, no...

No es una obra para aspirar a la fama, ni tal pretende Parra. Pero comparado con los innumerables bodrios con que todos los días nos tropezamos, es, sencillamente, una obra modelo...

Y así debe ocurrir, según informa la taquilla, supremo juez en estos casos. Al cumplirse los primeros treinta días de exhibición, se han percibido 72.102 pesos, o sea a razón de 2.403 pesos por día. Un bonito borderó. Y la cifra más alta que hasta entonces registrara el teatro nacional.

Marcha triunfal

Ese récord ha de ser superado en los días siguientes. Cuando se cumplen las 100 representaciones, Parra hace acuñar una medalla especial, en una de cuyas caras aparece su personaje, el chofer

Melgarejo. Y la reparte entre todos los espectadores. Al alcanzarse el número 179, tiene lugar un beneficio, y en él Florencio hace reprisar su antigua película *Después de muerta*. Pero *Melgarejo* sigue su marcha triunfal. Cuando dobla el cabo de las 200, se hace notar que ninguna pieza en tres actos ha producido lo que *Melgarejo* en igual número de representaciones. La única que puede parangonarse sería *Con las alas rotas*, pero, sin embargo, esta ha distado mucho de constituir un éxito semejante.

Y así se llega a las 250 representaciones y más. En cuatro meses desfilan por el Argentino 102.825 espectadores.

La entrada bruta es de 256.169 pesos...

Y solo por derechos de autor le corresponden a Parra 26.000 pesos...

En total, ha redondeado en ese periodo alrededor de 180.000 nacionales. Luego, aún esta cifra será superada.

Eufórico, Parravicini asegura que, en lugar de derrochar la plata se comprará un castillo en Francia para pasar los días de su vejez, y que aquí hará construir una casa de departamentos con jardines y mucho fondo. ¿Cuánto tiempo habrán durado estos proyectos? ¿Y cuánto la fortuna acarreada por ese servicial chofer Melgarejo?

Parra, remedio para todos

Lo que no ha de apagarse tan fácilmente es el nuevo brillo que su fama acaba de recibir. Por entonces, nadie cree divertirse si no ha ido a ver a Parra. En otra época solía contarse que los médicos de los presidentes Sáenz Peña y Figueroa Alcorta les habían recomendado concurrir al Argentino para alejar sus preocupaciones y combatir sus males. Pero ahora, ya es remedio obligado para sanos y enfermos.

—Ha llegado a convertirse —se comenta— en una institución ciudadana. Es un elemento necesario a la vida de Buenos Aires.

Un ministro nacional, en tren de agasajos a viajeros ilustres, los lleva a ver Palermo, el Congreso, Florida, el Jockey y... Parra.

Comiendo a dos carrillos

Ahora no solo se lo disputan como actor, sino también como autor. Se repite una curiosa situación ocurrida poco tiempo antes. Parra está escribiendo una opereta a la que llamó *Submarino U-74*. Mientras tanto, ha entrado en negociaciones con las compañías del Buenos Aires y del Nacional, comprometiéndose con las dos. Como resultado, se produce un lío. Escrita la obra, ambos elencos la reclaman:

—¡Es nuestra! —dicen Alippi y Muiño.

—¡Dijo que sería para nosotros! —replican Vittone y Pomar.

Hostigado por ambos bandos, Parravicini encuentra al fin una solución salomónica. Y casualmente es la que mejor contempla sus intereses de autor.

—Muiño y Alippi han aceptado ya la proposición de estrenar la opereta la misma noche que el Nacional. Vittone y Pomar es casi seguro que aceptarán también. De este modo, nadie puede enojarse y yo sigo siendo amigo de todos...

—Pero a usted le conviene más que a nadie. Comerá a dos carrillos...

—No es más que diplomacia, che. Diplomacia... Aunque si llego a fracasar, recibiría una silbatina por partida doble...

Quince ovaciones por acto

Ni en esta ocasión ni en otras similares recibe las temidas silbatinas. A él, que ha impuesto tanta obra mediocre, no le puede resultar difícil salvar las que llevan su propia firma. De una de ellas afirma un crítico: "La obra agradó, sin entusiasmar.

Solo hubo carcajadas sinceras cuando Parravicini las provocó poniendo en juego sus inagotables recursos de *machiettista*.
 ¿Y del otro éxito, que sucede a *Melgarejo*?

El asunto de *Sindicato Treyfist* es muy largo de contar. Baste saber que hay en la obra veinte personajes que hablan, hacen reír a carcajadas, van y vienen, tienen conflictos hilarantes o sentimentales, se disfrazan, se pegan, se casan... Parravicini se hizo aplaudir en su doble papel y con sus habilidades de tirador...

¡Otra vez el antiguo artista de *varieté*!

Las cosas de Parra están marcadas siempre con un sello distintivo. De *Sindicato Treyfist* hay que decir que resulta la obra más aplaudida del teatro nacional, aunque a los dos años quede olvidada por completo, incluso por su mismo autor; aunque hoy día nadie hable de ella, ni se la recuerde, conviene anotar ese sugestivo fenómeno. Pocas veces ha sucedido que se produzcan unas quince ovaciones por acto.

Son estos lauros que deben acreditarse en la foja del cómico irresistible, y no del autor...

Parra expone sus telas

Mientras su situación teatral atraviesa tan agitadas alternativas, la otra existencia suya, la que vive apenas se quita el "maquillaje", también concita constantemente el comentario público. Pero no se crea que el motivo es siempre algún escándalo. Son sus tendencias de hombre ansioso, de buen vividor, de aventurero, las que toman forma de excentricidades que llenan las columnas de los diarios y dan condimento a corrillos y mentideros.

—Che, ¿ustedes sabían que Parra es pintor?

—¿De brocha gorda?

—No, che; ¡es de veras! Ayer estuve en su casa. Estaba haciendo una “marina”. Y ya tenía terminada otra tela que se llama *Temporal del Cabo de Hornos, en Mar del Plata*. ¡Vieran qué mano!

Y un día, el hijo del coronel Parravicini aparece exponiendo en el Salón Witcomb veinte cuadros surgidos de su pincel. Quiere venderlos a beneficio de los canillitas.

No sabemos si los vendió. A lo mejor, sí. Por ahí deben andar las telas firmadas por ese inquieto excéntrico que se llamó Florencio Parravicini. Una de ellas, que creemos haber visto en casa de quien fue su esposa, muestra a una mujer sonriéndose levemente, iluminado el rostro por una secreta alegría. Se llama *Una actriz que ha debutado*. Es que el aprendiz de pintor no puede olvidar ni en el silencio del *atelier* el torbellino del teatro, en el cual su espíritu aventurero ya había anclado de una vez para siempre.

No quiere pagar

En otra ocasión tiene una desavenencia con el encargado de cobrarle el impuesto correspondiente a sus propiedades. Entonces, encolerizado, toma una resolución extrema:

—¡No pagaré más los impuestos!

Sus amigos quieren disuadirlo, explicándole los inconvenientes que tal situación le acarreará. No consiguen nada. Tampoco las reclamaciones oficiales. Y ni siquiera los juicios que se le entablan. Cuando él muere, su viuda descubre que el importe de los impuestos a pagar, más el aditamento de las multas correspondientes, representa una buena parte del valor de la villa de San Isidro.

Pero Florencio se había salido con la suya. En vida no pagó jamás los impuestos...

El empresario Muscio le había prestado en cierta oportunidad una determinada cantidad de dinero. Por algún capricho, a Parra

se le antoja no devolvérsela. Es inútil que su acreedor demande cada vez con más insistencia el pago de aquella cuenta. Parra lo elude con su habilidad acostumbrada. Muscio recurre al teléfono. Cuando el bufo reconoce su voz cambia la suya y pretexto que el otro se ha equivocado de número. Repite la broma cinco, veinte, cien veces. Y en cada ocasión representa un personaje distinto, cambiando su nacionalidad, la inflexión de su voz, el tono.

Al final, su acreedor debe batirse en retirada, convencido de la imposibilidad de convencer a deudor tan testarudo...

Burlando al público

¿Y las posturas arbitrarias que adopta de pronto, con respecto al público, a ese “su” público que lo sigue con tanta fidelidad?

—Había domingos —cuenta Juan Mangiante— en que llamaba al teatro enseguida del almuerzo preguntando cómo iba la recaudación para la función *matinée* que debía realizarse dos horas después. Generalmente, le aseguraban que había entrado en caja cerca del medio millar de pesos, cantidad que a esa hora y para una función especial era por demás suculenta, y pronosticaba unos cuantos cientos más para la hora de levantarse el telón.

Pero Parra prefería descansar, en vez de cobrar ese dinero. Había preguntado solamente para encontrar un pretexto.

Entonces le gritaba al asustado empleado:

—Suspendé. No trabajo hasta la sección vermut.

—Otras veces —agrega Mangiante, que trabajara a su lado algunos años— hacía víctima al público de jugarretas similares o más graves aún. Algunas noches, vísperas de feriados o en días de fiestas especiales, suspendía repentinamente la función. Para eso, alegaba haberse indispuerto de golpe. La gente debía resignarse, molesta porque a último momento se le había privado de su diversión. Pero se indignaba más al día siguiente, al enterarse

por los diarios de que el actor “enfermo”, había figurado entre los concurrentes a la velada del Teatro Colón...

Cosas como estas se le ocurrían a Parra a cada rato, pero el público, que siempre tuvo por él un especial cariño, se las perdonaba de inmediato; y luego, cuando la ira colectiva había pasado, hasta las festejaba como una ocurrencia más...

¿Tendremos que agregar que Parra sigue siendo *l'enfant gaté* de su ciudad?

—Hay en él —señala Zamacois cuando lo conoce al llegar a nuestro país— un “tic” especial, semejante a una espuma de cosmopolitismo. En este sentido, puede afirmarse que Florencio Parravicini es algo más que un actor: es un “producto” o mejor dicho, un símbolo de esa sociedad porteña tan abigarrada, tan multiforme, plateresca, como hecha de aluvión donde la emigración incesante baraja y confunde tipos de todos los países.

Por eso Parra interpreta tan justamente a la Buenos Aires de aquella época, de varias épocas. La ciudad alegre y confiada, la ciudad fácilmente próspera, se encuentra retratada en este frívolo comediante que la tiraniza manejando el látigo de la carcajada. Le disculpa sus caprichos, alaba sus aciertos, disimula sus errores. Y lo aplaude siempre.

Por eso causa sensación la noticia que circula un día de 1924: —Florencio Parravicini abandona el teatro.

Si el espejo de su camarín hablara...

UN FENÓMENO PARA ATRAER PÚBLICO

◆ MIENTRAS CASAUX PIERDE CINCUENTA MIL PESOS...

◆ PARRA, CONCEJAL ◆ COSIÉNDOSE LOS BOTONES ◆

CITA DE PRESIDENTES DE LA REPÚBLICA

◆ ADIÓS AL TEATRO ARGENTINO

¿A qué obedece ese anunciado abandono del teatro por parte de Parra?

No se puede quejar, realmente, de ese año 1924. Los éxitos menudean y las ganancias no les van en zaga. Después de dar una pieza de Favaro —*Ni deuda que no se pague*—, representa durante largo tiempo una obra hecha por él mismo sobre la base de una *pochade* francesa. Esta se llama *L'enfant de ma sœur* y la adaptación de Parra, *Cristóbal Colón en la Facultad de Medicina*. Logra llegar a las 156 representaciones. Luego se traslada a Rosario, y en pleno verano consigue redondear 48.000 pesos en entradas, con solo 16 funciones. De allí pasa a Montevideo, y el resultado es no menos alentador. Un diario dice:

Parravicini es un fenómeno para atraer público. Vientos, fríos, calores, lluvias..., nada consigue hacer el vacío en la sala del Urquiza...

Y otro, intentando explicarse esta absorción del público por el bufo porteño:

No estamos muy seguros de que el señor Parravicini en esta modalidad haga teatro. Pero lo que no se puede poner en duda, es que hace reír...

Y hay quienes ya comienzan a llamarlo “el favorito de los presidentes”. Se sabe que en Buenos Aires, Marcelo T. de Alvear es un asiduo concurrente al Teatro Argentino. Por su parte, el presidente uruguayo de entonces, José Serrato, ríe de muy buena gana ante sus chistes y pantomimas. Esta predilección presidencial por Parra es uno de los tantos elementos que contribuyen a acrecentar su prestigio.

¿Se retira realmente?

Quiero decir, pues, que sus acciones no pueden hallarse mejor cotizadas. En el ambiente se comenta que mientras él se impone con tanta facilidad, hay actores muy buenos, como Casaux, que pierden durante ese mismo año alrededor de cincuenta mil pesos...

Con motivo de su alejamiento del teatro, y conmemorando sus dieciocho años de vida escénica, los actores, autores y empresarios le ofrecen un banquete. El homenaje asume contornos destacados. Casaux, detenido en Rosario, le envía una carta de calurosa adhesión. Orfilia Rico, impedida de asistir por su dolencia, le dirige unas líneas no menos conmovedoras. Después de llamarlo “mi viejo amigo y compañero”, expresa:

Lo recuerdo con frecuencia y revivo horas inolvidables de mi labor a su lado. Y créame que es un gran consuelo el recuerdo de su regocijante humor en los días penosos de mi enfermedad...

El presidente Alvear, excusándose de concurrir porque debe presenciar las maniobras finales de la escuadra, le asegura nostálgicamente:

... pienso con amistosa pesadumbre en la ausencia del prestigioso actor a quien nuestro público debe tantas horas de saludable alegría...

Pero, ¿es que Parra se retira realmente? Aunque lo parezca, por esta vez no será. El público había de reírse con él dos años después. Pero he aquí que, allá por 1928, el autor de *Melgarejo* vuelve a decir que abandona definitivamente el teatro. Ya sabemos que tampoco en esa ocasión el gesto tendrá más alcance que un descanso de varios meses. Entonces, ¿a qué obedecen estos anuncios que luego no han de cumplirse ¿Al afán sensacionalista del bufo?

“Me destrozan los personajes”

Tal vez no.

Posiblemente se halle cansado. Hay un tedio sutil que lo va royendo por dentro, y no solo tedio del teatro; es el que a veces se experimenta tras una vida gustada en forma exhaustiva. Cuando la amargura sube incontenible hasta los labios y el cansancio toma forma en el rictus de su boca y las desconocidas arrugas que afloran al rostro, es cuando acaricia proyectos para dejar todo. Así, en 1919; o en el 24, o en 1928, y en el 34. Finalmente, en el 40.

Pero cuando se ve obligado a abandonar las tablas, definitivamente, entonces prefirió dejar también la vida, porque unas o otra representaba para él la misma cosa...

A veces ocurre que se siente molesto por la desafección —real o supuesta— del público. Considérase a él mismo como una víctima. Y dice:

—Si naciera de nuevo, volvería a ser actor, pero dramático. Ahora es imposible. Parra en serio, nadie quiere concebirlo. Así no quieren verme. Se ríen hasta cuando me emociono. Creen que todo es intención en mí. ¡Ah, la intención del público...! Me destroza los personajes. En mis manos, Eurípides resultaría un Muñoz Seca. Imagínense hasta qué extremos llega: Payró tiene en su obra una frase oportuna, pero brava. Le opuse reparos.

“Usted la dice”, me contesta. Y la dije, y todos vieron allí un exceso irreverente de Parra. Así siempre. Ni ciñéndome al libreto escapo al tilde de colaborador de los autores. ¡Y llueven entonces las censuras! ¡Estoy cansado de cargar el sambenito!

Y recobrando el buen humor, agrega con una sonrisa:

—Como aquella vez del accidente en Montevideo. Estaba durmiendo la siesta cuando me despiertan unos sonoros golpes dados en la puerta de mi habitación. Medio dormido aún, abrí. Allí me esperaban un oficial y un agente de policía, notificándome mi detención, acusado por múltiples heridas, producidas a dos personas. Yo no salía de mi asombro. Después se aclaró de pronto el asunto. Yo había prestado mi auto, y el nuevo conductor era el responsable del desaguizado. Probada mi inocencia, recobré la libertad. Sin embargo, todavía hay gente que anda diciendo por ahí que yo maté con mi coche a dos criaturas...

En plena campaña electoral

Pero para entonces ya hace más de un año que Parra ha sido llevado al Concejo Deliberante. Es decir, que se presenta al público con una nueva modalidad. ¿Cuántas van, ya?

Ocurre que el mundo de la farándula ha decidido, en ese año de 1926, presentar también una lista de candidatos, para defender sus derechos específicos. Por lo tanto, se presenta como Agrupación Gente de Teatro. La singular iniciativa obtiene rápido y fervoroso apoyo. Reciben adhesiones de distintos núcleos sociales y políticos. Once comités y subcomités les abren los brazos. Igualmente los apoyan otras entidades, como la Asociación de Propietarios, la Asociación de Yachting y distintas organizaciones comerciales, deportivas, artísticas.

Los profesionales de la escena están entusiasmados con sus perspectivas. En la lista figuran, entre otros nombres, Joaquín de Vedia, González Castillo, Arturo Capdevila, Aquino,

Velloso, por los autores; Casaux, Muiño, Ratti, Arata, Camiña, Mangianti, por los actores, y José J. Podestá, Carcavallo, Quiroga, Traversa, Gerino, etc., por los empresarios. Parravicini —que figura a la cabeza de la lista— pasa muchas horas en el Comité, imparte órdenes, se adapta a este nuevo campo de la lucha electoral, prepara un discurso, arregla el plan de conferencias callejeras y apronta nuevos argumentos para convencer a los futuros electores de la necesidad de que un hombre de teatro figure en el elenco comunal para representar los intereses de millares de personas y conseguir que aquel, como fuente importante de ingresos para la ciudad, sea mejor atendido por la Municipalidad.

Hablando en serio

El primer acto, realizado en la intersección de Boedo y San Juan, reúne a una concurrencia crecida, que no se estima menor de tres mil personas. Hay que interrumpir el tránsito. Pero, ¿es que la gente ha ido a escuchar al candidato o al desopilante cómico? En este último caso, más bien se lleva un chasco. Es cierto que Parravicini deja caer alguno que otro chiste, pero su discurso es desusadamente serio.

Realizada la elección, Gente de Teatro consigue una banca. Le toca ir a Parravicini. Una foto de entonces lo muestra en pose muy correcta, de riguroso traje claro. Hay una sonrisa apenas esbozada, y toda su persona exhibe cierto aire de figura patricia, de senador retirado o algo así, o bien de una de esas figuras enigmáticas que concentran los secretos de la política nacional. Hasta puede notarse que, junto a la boca hay un leve pliegue que parecería denunciar su comprensión de la responsabilidad que recae sobre el estadista.

Eso es lo que parece derivarse de la fotografía. En cambio, en la actuación política de Parra, habría de resultar algo muy distinto...

“Me sirve de escarmiento”

¿Será preciso decir que no convence a nadie? Los actores, los empresarios, los autores, aseguran que no defiende sus derechos e intereses como correspondería. Sus adversarios del Concejo demuestran que no estudia los asuntos, aunque a veces quiera intervenir en ellos. Para colmo, resulta enredado en ciertas combinaciones no muy edificantes desde el punto de vista de las normas democráticas... Además, las sesiones del Concejo resultan demasiado serias para este hombre acostumbrado a la conversación amable y en rueda de amigos, al chiste pronto y al comentario superficial.

Cuando le toca dejar la banca, él mismo respira con alivio:

—Llevado al Concejo por razones circunstanciales, más que por convicción política, me he visto envuelto en una serie de cuestiones cuyo resultado todavía lamento, y que me han servido también, y por suerte, de serio escarmiento...

En definitiva, Parra concejal no cosecha muchos aplausos. La arena de los negocios públicos no resulta agradable para quien está habituado al tabladillo de la farsa.

Parra el ordenado

Definitivamente, se siente más cómodo en la atmósfera acogedora de su camarín.

Ese camarín de Parravicini es otro mundo interesante donde transcurren algunos de los momentos mejores de su vida. Digamos, ante todo, que el desordenado Florencio, se convierte allí en un ser exigente y disciplinado. Él mismo distribuye con cuidado los pinceles y cepillitos, potes de pintura, trapitos limpios y sucios, y vuelve a ponerlos en orden después de usarlos. En una caja especial tiene su material de costura, para arreglar su indumentaria. A veces, cuando sus amigos vienen a comentar

con él las novedades de la jornada, lo encuentran aguja en mano, cosiéndose un botón...

La señora Sara Piñeiro de Parravicini conserva un trozo de aquel espejo de su camarín, que tantas veces reflejara el rostro del actor, preocupado o feliz, decaído o alegre. ¿Cuántas cosas no habrá visto ese espejo? ¿Cuántas no podría contar si abandonara por un momento su mudez azogada?

Su camarín no estuvo cerrado a nadie

Porque ocurre que en su camarín, Parra era otro espectáculo.

Muchas figuras ilustres lo frecuentaban allí, fuera de las tablas —cuenta Mertens—, porque Parra era, probablemente, tan actor entre maquillaje y maquillaje como cuando ya salía compuesto el tipo. Sus anécdotas, sus cuentos al caso, eran de una gracia extraordinaria. Además, era un hombre de mundo, y su trato, de finezas poco comunes, atraía. Por lo demás, en su camarín, con intención de buen componedor, él acercaba a veces a los enemigos irreconciliables.

Sabía, por ejemplo, que un alto político tenía diferencias con algún opositor, y los citaba a ambos en su camarín, logrando así un encuentro “casual” que derivaba en una reconciliación. Sus chistes y su champaña realizaban el



Florencio Parravicini no estuvo conforme con su actuación como concejal. “Fue —decía— una mala experiencia”.

milagro de un abrazo y de un apretón de manos. Su camarín no estuvo cerrado a nadie, ni al hombre público, ni al más modesto aspirante a un puesto de partiquino.

Allí, Pepe Ingenieros reposaba de sus tareas de escritor y de estudioso psiquiatra. Por su camarín pasó toda una generación de hombres de prestigio de todas las actividades. Entre los autores, eran infaltables en su camarín Iglesias Paz, Carlos M. Pacheco, Maturana, López de Gomara, Roberto Payró, etc. Eduardo Zamacois y Zonza Briano solían también pasar largas horas en el camarín del Argentino.

Todos los presidentes sentáronse alguna noche, después de la función, a escuchar sus chascarrillos. Inclusive, Hipólito Yrigoyen, de naturaleza reacia a toda clase de fiestas y reuniones. Alvear, su asiduo más consecuente, fue quien más disfrutó de un espectáculo desconocido para el gran público...

Siempre en actor

No solo Julio A. Roca, Figueroa Alcorta y Marcelo T. de Alvear eran asiduos al camarín de Parra. También pasa por allí alguna que otra figura política extranjera. Dos años antes de llegar a la presidencia de Chile, don Arturo Alessandri concurría a menudo. En aquel tiempo quería tentar suerte como autor. Alguien propuso allí, en rueda de amigos, que escribiera una comedia, lo que consultaba los más íntimos deseos del político chileno. Parra habría de estrenarla. Pero ocupaciones de otra índole distrajeron a aquel, después, y la obra no llegó nunca al Argentino.

En ese mismo camarín se originan, en distintas épocas, algunas iniciativas interesantes. Por ejemplo, la que tiende a obtener para la gente de teatro una casa de retiro y descanso. O la del raid aéreo Buenos Aires-Río de Janeiro. Y tantas otras de diversa índole, que reciben el impulso inicial en esa charla sabrosa, matizada por los comentarios agudos de Parra. Mientras los

demás hablan, el actor, empuñando un pequeño pincel, dibuja sobre el rostro coloridos trazos, que borran su personalidad y lo convierten en otro personaje, ese que tiene que vivir su vida precaria la misma noche. De pronto se vuelve, y enarcando mefistofélicamente sus famosas cejas, cubiertas ahora con un grueso trazo de pasta blanca, deja caer un chiste, una observación picante, una de sus réplicas felices y contundentes. Aun en su camarín, aun entre amigos, está en actor.

Siempre en actor...

No hace mucho que Parra ha abandonado definitivamente su camarín y todo el teatro Argentino —qué arrendara durante 21 años consecutivos—, cuando debe afrontar en otro escenario una tragedia más terrible que la que ensombreciera su temporada de 1908. Aquella vez fue su actriz Fedora Borda quien perdió la vida. En esta ocasión, son dos integrantes de su elenco los que caen inesperada y dramáticamente.

Y todo por culpa de un loro...

El veterano de 60 años quiere renovarse

“PELAGIO” TRAE LA MALA SUERTE ♦ EL TRÁGICO
FIN DE HUMBERTO ZURLO - PSITACOSIS EN EL
LICEO ♦ APARECE EL CHARLISTA ♦ “QUÉDESE EN EL
MANICOMIO” ♦ ¿HUBIERA HECHO EL *TARTUFO*?

Sí. La culpa es de aquel loro, asesino a pesar suyo... Habiendo abandonado aquella sala del Argentino, que presencié tantos y tantos éxitos suyos, Parra se presenta al año siguiente, 1929, en el Liceo. Allá por el mes de septiembre ofrecen *Panete, marinero*, una obrita de Malfatti y de las Llanderas. Por lo menos, la pieza tiene un detalle original: interviene un loro entre los principales protagonistas. Es un animalucho flaco, cuyas plumas verdes desentonan con su aspecto nada bizarro. Hay quienes creen ver en su desgarbada figura un anuncio fatídico... Pero la obra se mantiene gallardamente en el cartel, y el loro recibe su buena cuota de aplausos. Correspondería que, como cualquier otro intérprete, se envaneciera por su triunfo. Sin embargo, lejos de eso, sus *compañeros* de elenco lo encuentran cada vez más decaído. Es consultado un veterinario. Varios. Se hacen consultas, como si se tratara de un magnate de las finanzas. Todo inútil. Alguien transmite un día la fúnebre nueva:

—“Pelagio” acaba de morir...

La tristeza es general, sobre todo entre los integrantes del elenco. Pero hay que continuar las representaciones. A loro muerto, loro puesto. “Pelagio” es reemplazado. Y todos están por olvidarse del suceso cuando se produce una serie de hechos muy extraños.

Primero es la señorita Más, una joven actriz. Cuando cae enferma, se supone que es apenas un resfrío o, a lo más, una simple gripe. Luego es Zurlo quien debe guardar cama. El mismo Parravicini se siente afectado. Y a los pocos días, son siete los

integrantes del elenco que sufren trastornos cuyo origen y características no es posible establecer claramente. Los que quedan en pie se miran unos a otros, extrañados y alarmados...

Pero cunde el pánico cuando circula la trágica nueva: acaba de fallecer Carmen Más...

La psitacosis, argumento teatral

¿Cómo explicarse tan anómalos acontecimientos?

Para tranquilizarse, alguien recuerda que la actriz Más tenía dañado un pulmón desde mucho antes. Pero cuando la tesis está ganando terreno, se produce otro desenlace fatal. Esta vez se trata de Zurlo, Humberto Zurlo, el recio actor veterano. Ahora ya no vale la explicación anterior. Zurlo era un hombre sano. Una nube de sombríos presentimientos se cierne sobre la compañía. La temporada fracasa y debe clausurarse. Pero aún no se ha revelado el misterio. De pronto, un médico comprueba en Córdoba la aparición de una no menos rara enfermedad contagiada a numerosas personas, de las cuales mueren varias. Una investigación a fondo da en la clave. Y entonces el extraño mal es presentado con su nombre oficial: "psitacosis".

Y durante unas cuantas semanas, Buenos Aires vive aterrorizada por el fantasma de ese mal que los loros pueden transmitir a los humanos. Se convierte en el tema preferido. Hasta se hacen argumentos para revistas bataclánicas. Y así vuelve al teatro la enfermedad cuyas primeras manifestaciones trágicas se registraran, precisamente, en un teatro.

Ganado por la amargura

Es como si el loro Pelagio hubiera atraído sobre Parra el viento adverso de la mala suerte. Es lo que a veces se le ocurre pensar,

cuando advierte el fracaso de sucesivas temporadas. Desde el punto de vista económico, se está metiendo en un tembladeral. Uno de sus balances anuales de entonces arroja una pérdida de 32.000 pesos. Es mucho perder para quien estaba acostumbrado a recibir el dinero por paladas. Para enfrentar la mala situación, introduce sucesivas variantes. En 1930 deja de lado los *vaudevilles* y astracanadas a que venía dedicándose para volver a su antiguo repertorio de sainetes. Reprisa *Fruta picada*, *El tango en París*, *El lobo de mar*, pero reduciéndolas a un acto. Busca desesperadamente la antigua huella de sus éxitos, sin encontrarla. Para colmo, durante la representación de *El lobo de mar* sufre un accidente. Al bajar una escalera da un traspíe. Lo aprovecha para hacer una pirueta, utilizándola como efecto cómico, que el público celebra risueñamente. Pero luego, el golpe se hace sentir, y él debe guardar cama durante varios días.

Sus amigas lo hallan cambiado, invadido por una amargura desconocida en él. Se queja de los autores, del público, de la crítica. ¿Por qué le niegan lo que antes prodigaban? ¿De quién es la culpa? Hay que oírlo:

—Hubo un tiempo en que me reprochaban tener una compañía insuficiente. “Aquí falta una mujer que haga reír”. O “aquí falta un hombre que haga llorar”, decían y repetían. Entonces contraté a Orfilia Rico y a Pablo Podestá. Pues no me llevaron una obra de valor, a pesar de que estaban conmigo “la risa” y “el llanto”... Ahora pasa lo mismo.

Exige obras, obras que le devuelvan su antiguo público, ese vino mareador de los aplausos.

—Es fácil escribir para mí. Ofrezco con mi personalidad de intérprete los más variados recursos de expresión. Toco por igual el género serio como el cómico; puedo animar una escena con demostraciones de tiro al blanco y con juegos de ilusionismo y prestidigitación. Hablo varios idiomas; ejecuto diecisiete instrumentos distintos. Sin embargo, parece que todo eso lo ignorasen los autores...

Alguien le pregunta:

—¿Por qué no escribe usted mismo, como antes?

—No puedo escribir. Estoy desanimado. Me han vapuleado mucho como autor. Y sin embargo, he tenido que defenderme muchas veces con obras mías y con traducciones. Hace poco, alguien me trajo una pieza corta; al margen del libreto se leía a menudo la siguiente indicación: *Aquí Parra hace sus cosas*. ¿No es como para indignarse? Así llevo treinta años en el teatro, haciendo mis cosas. ¡Y luego protestan algunos porque yo cobro derechos de autor!

Todavía no percibe que el público se renueva y busca en el teatro expresiones más completas y depuradas. Pero hay otra razón para explicar ese alejamiento de la gente, y esa sí la comprende Parra. Se trata de la crisis económica que por entonces soporta el país. Sin embargo, él se niega a rendirse. Está acostumbrado desde aquellas épocas de su juventud famélica a ganarse la vida mediante los más diversos y originales recursos. Ahora acaba de ocurrírsele otro.

Y un buen día debuta como charlista.

El mejor tema

Charlar, improvisar, mantener al público atado a su inagotable facundia, no puede ser empresa difícil para Florencio. Pero, ¿de qué ha de hablar? ¿Qué temas abordará para complacer a los espectadores? De pronto, encuentra el filón: su propia vida. ¿Qué asunto puede ser más interesante, variado, novedoso, turbulento? No tiene más que recordar sus tiempos de revolucionario adolescente, o las primeras piruetas del arrojado aviador, las hambrunas de París y las peripecias atravesadas por el “tirador sobre blanco humano”. Además, como Mark Twain, puede completar sus disertaciones con chistes y cuentos de todos los calores y nacionalidades. Así lo hace. Y pocos días después, los porteños desatan

olas de risa viéndolo actuar a cara limpia en una sala céntrica. Durante quince días se suceden los llenos. El negocio es redondo. Sin gastar en compañía ni decorados ni derechos de autor, obtiene ingresos cuantiosos. Sale en gira por el interior y fuera del país también. Un día, le piden que ofrezca una charla en el hospicio de las Mercedes. Acepta. La primera sorpresa se la ofrecen dos o tres de los internados cuando le dicen que son viejos asiduos a los funciones que daba Parra en el viejo Teatro Argentino. Luego...

—No todos los que me escucharon estaban locos. Había muchos que solo sufrían trastornos nerviosos: alguna demencia apacible. Lo que sí puedo asegurar es que los hice reír a todos, y esto en parte me hizo un poco feliz. Cuando terminé la charla, los locos me pedían que me quedara. Yo agradecí mucho el ofrecimiento de mis accidentales amigos, pero resolví irme...

Luchando por el descanso

Es cierto que el nuevo género le ofrece muchas ventajas. “Así trabajo solo, sin administrador, sin gastos, sin lucha, en una palabra. Yo y mi valija bastamos para el espectáculo”. Pero no se puede pasar la vida charlando. Hasta el renovado argumento de su intensa vida va perdiendo novedad. Por eso debuta en el Maipo, en 1932, con una compañía de revistas que integran Libertad Lamarque, Alicia Vignoli y otras figuras conocidas. Al poco tiempo se desvincula repentina e inesperadamente:

—Era un contrato opresor —explica—. No me dejaba tiempo ni para estornudar. Yo ya no estoy para estos trotes. Quiero trabajar apenas una hora y media por día.

No es sino hacerle justicia a Parra, recordar que desde su aparición en la escena insistió siempre para que el intérprete gozara de merecidos y reparadores descansos. Muiño recuerda que aquel siempre decía: “Somos actores, no esclavos”. Por eso imponía en sus elencos largas vacaciones que databan de tres a

cuatro meses, en la época veraniega. Además, durante su larga actuación en el Argentino se negó a cumplir la función vespertina, llamada vermut. Luego intervino con entusiasmo y energía para imponer la conquista de un día de descanso semanal para las compañías. Aseguraba, con razón:

—El actor debidamente descansado da de sí mucho más en eficacia dramática o cómica que el que se ve obligado a trabajar en cuatro o cinco secciones diarias, amén de los ensayos. Y por lo tanto, satisface también más y en la misma proporción al espectador. Gana, en suma, el actor y gana, asimismo, el público. Es decir, la boletería...

Estas premisas son aceptadas hoy como lugares comunes. Pero antes de imponerlas hubo que librar larga y reñida lucha. Allí ocupó un puesto importante Florencio Parravicini. Y los otros actores lo saben...

En el circo no dan *Hamlet*

Al salir del Maipo pasa al Ateneo con una compañía de comedias que lleva su nombre. Al año siguiente, en junio de 1933, debuta en el Monumental con la Compañía Argentina de Grandes Artistas. Lo acompañan Olinda Bozán, César Ratti, Santiago Arrieta, Luisita Vehil, José Otal... Comienza bien, y la prensa elogia los honestos recursos empleados.

Una de sus mejores noches... Papel de enjundia... Volvió a ser el cómico de gran calidad...

Cuando se lo aplaude así, en gran actor de comedia, de veras duele comprobar cómo por un capricho el artista va malogrando el final de su carrera. No necesita, nunca lo ha necesitado, de lo burdo, de lo indigno, para prestigiar su nombre. Es realmente el actor serio, de gracia sana, ingeniosa, donde mejor está.

Otro crítico —italiano— afirma que se halla “come nell’epoca migliore della sua carriera”.

Pero —¿cuándo no?— esta luna de miel con la crítica habría de ser muy fugaz. A los pocos días interpreta otra obra —salida de su pluma o arreglo suyo, y cuyo papel principal disputó con César Ratti tirando una moneda al aire— y vuelven a llover los palos:

Comicidad de grueso calibre... Objeto único, buscar por todos los medios, sin eludir las caídas en un terreno escabroso, los efectos de un teatro trivial y meramente reidero...

Y hasta hay quien remata, fastidiado:

¿De qué nos quejamos? Nadie va a un circo, por ejemplo, esperando que le representen *Hamlet*.

A la vejez...

Pero la persistencia de las malas rachas causa a Florencio un profundo desasosiego. Se ve obligado a comprender que la época de los éxitos fáciles ha pasado definitivamente. Una y otra vez ensaya la renovación de sus métodos. Al año siguiente, 1934, se presenta en el Ópera con una compañía nacional de comedias. Junto a él actúa Mecha Ortiz. Se propone ofrecer obras de cierta calidad. Sea o no definitiva tal postura, es emocionante oír a este fogueado veterano afirmar resueltamente:

—Ahora comienzo de nuevo. No es que esté arrepentido de lo realizado, sino que habiendo llegado a determinado momento de mi carrera, he resuelto cambiar por completo la línea de mi actuación e intentar otra clase de trabajo, opuesto al acostumbrado. Además, era preciso orientarse. En arte, los conceptos han variado fundamentalmente. Así que el teatro no podría

permanecer inmutable sin correr el riesgo de perecer. A eso vamos. Es cierto que yo cambio de modalidad cuando he recorrido mucho camino en la escena. Pero ¿pueden existir dificultades cuando sobra la voluntad?

Y durante un tiempo da a entender que, efectivamente, la voluntad le sobra. Lleva a escena *El inglés de anoche se llamaba Águila*, de Pagano, y otras obras. Se le aplaude. Se le alienta.

“Parra debe haber sentido una emoción extraña. La emoción de portarse bien...”. “Tenía una deuda con el público porteño y la ha pagado ampliamente...”.

“Estuvo muy correcto, con esa naturalidad de gran artista, en un personaje que no puso a prueba sus facultades de actor...”.

Lo que pocos saben es que en esta ocasión Parra ha quebrado un rígido hábito suyo, ha accedido a estudiar, asiste a todos los ensayos...

El diablo se convierte. A la vejez, viruela. Resulta curioso observar durante los entreactos las reacciones del público, y sobre todo a aquellos asiduos a los habituales espectáculos de Florencio. Muchos están desilusionados:

—¡Las cosas que hacía antes! ¡Como para morirse de risa!

—¿Qué le habrá dado por hacer esto? El arte es arte, pero a mí me gustaba Parra...

Y un adolescente:

—Mi padre me recomendó venir para que riera como él en sus tiempos. Pero a mí esto me da ganas de llorar...

Sea por esta presión de esa parte de su público, sea por falta de confianza en las nuevas formas que quería tantear, Parravicini insistirá hasta el final en tales altibajos de su carrera.

Pero, ¿ansiaba realmente renovarse, como decía?

Ya hemos referido lo que ocurrió en realidad. También citamos los juicios de la crítica. Ahora presentaremos el asunto desde otra faceta más íntima. Veamos lo que nos cuenta quien fuera su esposa, doña Sara Piñeiro:

—Él quería evolucionar continuamente, de acuerdo con los tiempos. Me acuerdo de una frase que repetía a menudo: “Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente...”.

Por eso sabía adaptarse a todas las modalidades. En la pieza *Baile en el Savoy* cumplió una interpretación muy diferente de las suyas habituales; a su edad bailó, tocó el serruche, el saxofón, los platillos. En todo estaba dispuesto a hacer lo mismo.



La señora Sara Piñero de Parravicini refiere al cronista algunas de las alternativas de la vida de su esposo. [N. del E. En la foto puede observarse a Alfredo Varela, quien elige posar de espaldas al fotógrafo].

Cuando llegó el auge del cine, se dedicó a él con el mayor entusiasmo. Pero abrigaba una ambición mayor. ¿Sabe qué es lo que leía mucho en los últimos años? Las obras de Molière. Quería hacer *Tartufo*. Entre los personajes nacionales, le interesaba particularmente el padre Brocchero. Estaba juntando unos pesos para poder llevar a la práctica esos proyectos. A veces me decía: “Ya tuve por demás éxitos de público, triunfos de boletería. Ahora quisiera cerrar mi carrera con un broche de oro, presentando un conjunto de obras muy buenas.

Nuestra interlocutora suspira:

—¡Cuántos proyectos tenía Florencio! Hasta el último momento...

Entre esos proyectos sabemos que figuraba uno, muy importante, que por alguna minucia no llegó a materializarse. Se trataba de formar un elenco con cierta famosísima actriz extranjera.

Nada menos que Cecile Sorel.

¿Qué es lo que impidió que se presentaran en un mismo escenario la trágica francesa y el cómico argentino?

Se le había terminado el tabaco...

LO CONQUISTA EL CINE ♦ EL REVERSO DE SU VIDA
♦ ¿QUIÉN CONOCÍA SU VERDADERO CARÁCTER? ♦
HABLA DOÑA SARA PIÑEIRO ♦ LA CEJA DE FLORENCIO
Y SU MALHUMOR ♦ REVÓLVERES POR TODAS PARTES ♦
EL GRAN FRUSTRADO ♦ EL GOLPE QUE LO MATÓ

Hubiera significado para mí la realización de mi más grande ambición de actor...

Así hablaba Parra, contemplando la foto en que Cecile Sorel había estampado una expresiva dedicatoria.

—Se trataba de reunirnos en un mismo y pequeño conjunto a la eminente comedianta francesa y a mí, para interpretar piezas expresamente elegidas. Por supuesto, en francés. La empresa del Casino estaba a tal extremo interesada, que llegó a ofrecernos treinta mil pesos mensuales a cada uno. Yo hubiera renunciado hasta al último centavo con tal de poder llevarlo a cabo. Pero desgraciadamente había de por medio intereses demasiado mezquinos... Cecile Sorel llegó a indignarse tanto que quería hacer intervenir a los diplomáticos de su país. Pero los intereses en juego eran demasiado poderosos, y una resolución extrema por parte de la actriz hubiera perjudicado a terceros, a quienes no teníamos por qué dañar. Y sin embargo, la Sorel me aseguraba que todavía podríamos encontrarnos en un mismo escenario...

No se encontraron nunca. Aquello no pasaría de un hermoso sueño.

Cuatro mil dólares, aunque no trabaje

Mientras tanto, y como ocurriera con otros intérpretes teatrales, ya lo absorbía el cine. Cuando lo llamaron por vez primera,

muchos predijeron su fracaso. Y es cierto que su actuación se resentía —en *Noches de Carnaval* primero, luego en *Melgarejo* y *El diablo con faldas*— de ciertas exageraciones caricaturescas, herencia de su pasado escénico. Pero supo ir adaptándose rápidamente, afinándose, ganando en soltura, en naturalidad. Por otra parte, y como alguien apuntó certeramente, Parra no necesitó crear personajes para el cine, ya que el público no iba a admirar sus caracterizaciones, sino a él mismo. De todas maneras, sucesivos éxitos jalonan su actuación en sus películas posteriores.

Hasta estuvo en un tris de triunfar en Hollywood...

Cuando representaba en el Odeón *Un baile en el Savoy* —refería él— se presentó un buen día en mi camarín cierto señor norteamericano. Según dijo, quería contratarme para hacer películas en la Meca del cine.

Yo no mostré mayor interés. Pero él insistía. “Pida lo que quiera”, me dijo. Lo miré asombrado, y, con el mismo criterio con que le hubiera pedido cualquier otra suma, así, al azar, le dije: “Cuatro mil dólares semanales”. Creí que se iría corriendo. Sin embargo, él, imperturbable, respondió: “Bueno, está bien”. Confieso que yo no estaba seguro de que hablara en serio. Insistí: “Pero me los tienen que pagar igual, trabaje o no”. Él dijo estar de acuerdo. Ya me veía actuando junto a Greta Garbo. Pero luego sobrevino el desastre. ¡Tenía que embarcarme en un avión al día siguiente por la noche! Por más que hubiera querido, no me quedaba tiempo ni para anudarme la corbata. Y yo tenía compromisos, contratos. ¡Qué lástima...!

El Parra de entrecasa

Estamos ante este hombre maduro, pero siempre activo; gastado pero aún dinámico; enfermo, pero que, a pesar de todo,

se resiste a abandonar esa vida de placeres a que se halla acostumbrado. El gozador de la vida sigue exigiéndole cada vez más, aunque ya ha recibido holgadamente su cuota...

Sin embargo, esa existencia suya tiene un reverso, insospechable en él. Demos vuelta a la hoja, y nos encontraremos con un Parra desconocido, el Parra de entrecasa, el Parra no domesticado, pero sí doméstico.

Hace mucho que se ha casado. Allá por 1918, cuando ya contaba 42 años, contrajo matrimonio con una jovencita llamada Sara Piñeiro, sobrina de la actriz Angelina Pagano. Con respecto a ese acontecimiento, él solía referir, con su habitual gracejo, que se había visto obligado a quemar dos cajones de cartas amorosas, dejando al mismo tiempo en depósito un gran baúl de fotos femeninas con dedicatorias comprometedoras...

El cambio de estado no implica una variación en los hábitos del frívolo impenitente. Pero desde entonces ya cuenta con un puerto seguro para refugiarse tras los temporales que afronta todos los días en el teatro, en sus relaciones con la gente y con



Cuando llegó el auge del cine, Parravicini fue invitado a actuar frente a la cámara, labor que cumplió con éxito. Aquí lo vemos en una escena de *Margarita*, Armando y su padre, junto a Mecha Ortíz y Ernesto Raquén.

el mundo. En su casa, tras el biombo que oculta su vida familiar, Parravicini se transforma. Esto es lo que surge del relato de doña Sara Piñeiro:

“Su verdadero carácter”, nos dice

solo han llegado a conocerlo algunos amigos cercanos, muy pocos y muy íntimos. Entonces afloraba en él una tristeza de profundas raíces. Cuando no tenía que trabajar, acostumbraba quedarse en casa todo el día. De pronto se sentaba ante el armonio, o al piano, para tocar alguna melodía que acababa de ocurrírsele. Siempre era algo melancólico. Yo no le interrumpía. Una o dos veces le dije, al terminar:

—¡Qué bonito es eso, Florencio! ¿Qué es?

—No sé nada. Algo que salió así...

—¿Por qué no lo repites? Me gustaría escucharlo de nuevo.

—No puedo. Ya se me fue...

La viuda de Parravicini sonrío ante el recuerdo.

—¡Era un niño grande! No podía estar sin hacer nada. En el garage de la casa de San Isidro guardaba su banco de carpintero, el serrucho y otras herramientas. Todos los muebles del jardín los fabricó él. A menudo me sorprendía, diciéndome: “Vení, vení a ver lo que te he hecho”. Cualquier objeto de la casa, roto o descompuesto, era arreglado por él, desde algún reloj hasta la instalación eléctrica. También confeccionaba juguetes o se ponía a decorar platos en forma artística. Hasta los últimos tiempos pintaba... Y todo lo hacía con el mismo entusiasmo. En nada evidenciaba desgano. Para él, las cosas debían estar bien hechas. Su prolijidad era notable. ¿Y su memoria? Extraordinaria. Yo solía decirle: “Te hubieras destacado igualmente en cualquier carrera u oficio que hubieras emprendido”.

”Y así lo creo; porque, a pesar de que no tenía paciencia para estudiar y de que en ese sentido siempre fue un indisciplinado, era muy intuitivo. Por ejemplo, yo había estudiado música, pero

él me aventajaba mucho por el sentimiento que ponía, la originalidad, el oído...

—Usted se refería recién a la tristeza de Parra...

—Sí. Era así. Y, además, de un carácter extraño, retorcido. Nunca he visto nada igual. A veces estaba muy contento, riendo, comunicativo. Y de golpe se le cruzaba algo, como una nube interior, y era suficiente para cambiarle el talante, dejándolo agrio y malhumorado. En ocasiones se pasaba de quince a veinte días sin hablar con nadie; encerrado en sus habitaciones del piso superior, sin que hubiera mediado causa alguna. Como todos conocían esas rachas suyas, no se le cruzaban. Había un signo en su rostro que permitía adivinar fielmente su estado de ánimo. Cuando bajaba su *valet*, yo le decía: “¿Cómo está el señor?”, “¡Uff! ¡Anda con la ceja hasta aquí!”. Es que cuando Florencio tenía la ceja levantada, nadie podía engañarse sobre su malhumor...

“Aunque haya que ir a la China”

“Pero al mismo tiempo”, continúa doña Sara Piñeiro,

¡qué sensibilidad la suya! No podía ver llorar a nadie, ni soportaba que nadie sufriera. Cuando le hablaban del dolor experimentado por una persona cualquiera, se angustiaba como si fuera propio. Mi madre padeció de una larga enfermedad, que la retuvo en cama durante dos largos años. Pues bien. En ese intervalo, él la hizo ver por unos veinte médicos, profesores, especialistas. Le costó una fortuna. Pero él decía: —Si para curarla fuera preciso ir a la China, iría...

En una oportunidad intervino en un importante concurso, realizado en Mar del Plata, de tiro al pichón. Su triunfo fue tan neto, que los diez mil pesos de premio y el rescate redondearon —sin contar la copa— alrededor de veinte mil pesos. De allí se fue a la ruleta y aumentó su ganancia a cuarenta

mil. Recuerdo que llegó a casa por la noche, muy tarde, y, despertando a mi madre, comenzó a tirar puñados de dinero sobre su cama, diciendo, mientras reía jubilosamente:

—¡Mire cuánta plata, Catalina! ¡Cómo nos vamos a divertir con esto! Los vamos a hacer sonar enseguida...

Desgraciadamente, mi madre murió, a pesar de todo, cuando apenas tenía cuarenta y cuatro años. Pensando en lo que Florencio había hecho por ella, yo solía decirme: es suficiente para que yo perdone a mi marido cualquier picardía que pueda hacerme. Y a él le dije, más de una vez: “Mirá, Florencio. Solo por lo que vos hiciste por mamá, merecés que me mantenga a tu lado, pase lo que pase, hasta el último momento...”

Y así lo hice.

Descansando para cansarse

Durante los últimos años, Parra siente recrudecer sus males físicos. Desde hace mucho tiempo ha tenido recaídas intermitentes. A veces, estas han sido tan serias que le obligaron a suspender viajes, temporadas teatrales o cualquier otra clase de compromisos. Así le ocurrió en el año 1912, cuando un ataque hizo que se anulara una función estando ya todas las localidades vendidas; o en 1914, al volver de París —estuvo tan grave, que hasta hizo testamento—; y luego en el 17; en el 18, cuando suspendió repentinamente su viaje en yate por el Paraná rumbo al Paraguay; en el 24, en el que la enfermedad le hizo dejar sin efecto, y de pronto, sus funciones en Montevideo; y en 1928, cuando la fuerte hemorragia sufrida en Bahía Blanca dio impulso a una fantástica versión sobre su muerte, que motivó algunas notas necrológicas muy sentidas, pero prematuras...

Sin embargo, a partir de su casamiento, su vida física tiene un carácter dual: durante la tarde, la noche, la madrugada,

derrocha energías en el teatro o en sus infaltables diversiones. Luego, al volver a su casa, se somete a un cuidadoso régimen prescripto por sus médicos, descansa ampliamente, y recupera así las fuerzas que le permitirán salir a la calle, otra vez reconstituido para la nueva jornada. Es decir, que la jovialidad que todos ven entonces en Parra era consecuencia de esas horas de total relajamiento mental y físico, del sosiego absoluto disfrutado en la placidez hogareña. Luego volvería otra vez, exhausto, en busca del descanso reparador...

Eludir al dolor

Pero ese desnivel no puede mantenerse eternamente. Un buen día cae rendido. Él quiere creer que también esta vez saldrá a flote. Es que siente un supersticioso terror por la muerte. Una larga temporada en Ascochinga no consigue devolverle ni un retazo de su perdida salud. Además, es preciso someterlo a una operación en la boca, que le produce crueles dolores. Y él nunca ha podido aguantar el dolor. Ni el ajeno, ni el propio. Ha nacido únicamente para reír, para hacer reír. Por eso puede asegurarse que su fin se acerca a pasos acelerados...

No puede resistir al dolor. Seguramente, la idea del suicidio lo ronda permanentemente. Un día le dice a su esposa, a quemarropa:

—Pienso a menudo en Alfonsina Storni. ¡Qué valiente fue...!

Es fácil conocer los antecedentes de esa reflexión. Sus familiares secuestran a Parra, muy a menudo, pistolas y revólveres que tenía escondidos en cualquier parte: bajo la almohada, entre unos libros, en algún mueble. Puede deducirse que quiere adelantarse a la muerte, pero que no se anima a dar el paso definitivo. Un día, en que los sufrimientos son más atroces, se le ocurre mirarse en un espejo. El azogue solo le muestra un rostro demacrado, la mueca de un fantasma. Entonces

decide concluir. El balazo que horada su sien es como una rúbrica sarcástica a una existencia transcurrida entre el placer, la risa, el éxito. Cuando sus familiares corren hacia él, todo está ya consumado. Ha conseguido evadirse de aquello que más odia: el dolor...

El manirroto

Así tiene fin esa existencia tan compleja, tan densa en peripecias y aventuras. Así desaparece el hombre de los mil oficios, el actor más aplaudido, más censurado, más discutido.

¿Quién provocó más comentarios que él? ¿Quién dio más que hacer a los críticos? Las placas fotográficas habían recogido su imagen incontables veces, y otras tantas los lápices de los mejores dibujantes y caricaturistas. Ni los altos funcionarios del país, ni los ases del deporte, pudieron hacer sombra a su permanente popularidad.

¿Quién ganó y derrochó más que Parra? Se calcula que percibió dos millones en concepto de herencias, cuatro como empresario, dos como actor y otro medio millón por sus derechos de autor. En total, no menos de ocho millones y medio de pesos. Al morir, no dejó mucho. Esa respetable cantidad de dinero la había gastado en vida, entre los veinte y los sesenta y cinco años. Alguien quiso hacer un cálculo, y extrajo la conclusión de que había gastado más de doscientos mil pesos anuales, término medio. Entre dieciséis y veinte pesos mensuales...

Esto no puede llamar la atención de quienes saben que a veces terminaba una temporada con una ganancia neta de doscientos mil pesos. Cuatro meses después, al comenzar la nueva temporada, recurría a la sucursal número 6 del Banco de la Nación, solicitando un crédito de treinta mil pesos para afrontar los primeros gastos...

¿Una ráfaga?

¿Vale la pena ensayar aquí un resumen de su vida? Todo está dicho ya. La figura de Parra surge como la del gran incompleto, o, mejor dicho, la del gran frustrado. Pudo ser un intérprete genial, y se conformó con los pequeños, pasajeros y productivos éxitos de todos los días. Alguien dijo de él: “Es una ráfaga”. Estas tres palabras lo definen con más precisión que un voluminoso diario íntimo. Porque siempre vivió en función de ráfaga. Y por eso mismo no maduró tranquilamente y no pudo realizarse. No tenía tiempo para eso. Sobre todo, le faltaba paciencia.

De todas maneras, en él vivió toda una etapa de nuestra escena. Era la época de la improvisación, de la espontaneidad. Parra fue su más auténtico representante. Al desaparecer él, también esa época quedó clausurada.

A una época, a una ciudad, a un país, no se los conoce solamente por algunos de sus aspectos, por más serios que sean. Ni las estadísticas, ni los discursos parlamentarios, ni los hechos sensacionales, ni sus proyecciones artísticas o sociales o deportivas, podrán retratarlos por sí solos, aislados. Para conocer a la Buenos Aires de entonces, el que se va, el que se fue, es preciso seguir a sus gentes también cuando iban al teatro, y cuando iban a reír. En ese sentido habrá que tener siempre en cuenta ese fenómeno, poco común, que fue Florencio Parravicini.

Algunos creyeron que se mataba por encontrarse arruinado. Parece no ser cierto, ya que su último contrato con la Lumiton le aseguraba sesenta y seis mil pesos por tres películas. Justamente cuando vinieron a entregarle el libreto y a probarle la peluca que debería usar para una de esas películas, descubrió que ni siquiera podía mantenerse de pie por un momento. Tuvo que devolver el libreto. Eso le produjo una depresión terrible. Desde ese mismo instante comenzó a morir.

Una vez, durante una conferencia, había dicho que seguiría improvisando mientras “tuviera tabaco”. Es decir, mientras

lograra mantener sus energías, su jovialidad, su espíritu cáustico y alegre. La certidumbre de que tendría que abandonar las tablas fue seguramente para él un golpe más mortal que la bala asesina.

Podría decirse que el bufo no murió aquella mañana, al apretar el gatillo de su revólver. Había terminado consigo mismo mucho antes.

Fue cuando descubrió que se le había “terminado el tabaco”...





Parte del numeroso público que asistió al sepelio del gran bufo que puso fin a su vida.

Este ejemplar se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2023
en los talleres gráficos de Área Cuatro.

La Biblioteca Nacional recopila y edita por primera vez en libro las cincuenta y dos notas que Alfredo Varela publicó, con el seudónimo de Martín Alvera, sobre la vida del popular actor Florencio Parravicini en la revista *¡Aquí Está!* entre julio y diciembre de 1945.

¿Cómo llegó un confeso militante del Partido Comunista a dedicarse a avivar la memoria de este genial actor cómico, experto en la improvisación y en los “chistes de tono subido”, de “gracia directa y efectiva”, pero que, al mismo tiempo, fue un retoño de la aristocracia porteña, un dilapidador de fortunas, “un frívolo impenitente”? El autor de la comprometida novela *El río profundo* sorprende con este retrato minucioso de un personaje que, nacido en 1876, se jactaba de ser pariente de Napoleón y Casanova, y de haber llegado a estas pampas junto con su abuelo, cónsul del Imperio austrohúngaro durante los años del gobierno de Rosas.

Las notas de Alvera/Varela ofrecen un cuadro de época hecho de intrigas eximidas del juicio moral y político. Su “Parra” no encaja bajo las formas de una vida burguesa ni en las retículas de una conciencia social, moderna o progresista. Su anecdotario, más bien, nos invita a asomarnos a una Buenos Aires “noctámbula” y “ansiosa de sensaciones fuertes” a través de un fenómeno artístico de masas que amenazaba con ponerlo todo patas para arriba y esmerilaba a la Argentina pacata, helada de sensatez.

ISBN 978-987-728-166-8



9 789877 281668



EDICIONES
BIBLIOTECA
NACIONAL